ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

Madrid
1910
2 Attrici
8° 6915

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/teatrosocialdel01lafu

TEATRO SOCIAL

DEL SIGLO XIX.

MADRID 1846:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELLADO.
calle del Sordo número 11.

D. MODESTO LAFUENTE.

(Fray Gerundio)

HSP
L17 Gt

La fuente y Zamalloa, Modesto

460236
S. 4. 47

TEATRO SOCIAL

DEL SIGLO XIX.

APARICION Y TRANSFORMACION.

Las apariciones y los sueños son el recurso de las imaginaciones pobres y estériles como la de Fr. Gerundio. Aunque esta aparicion que yo tuve, y que me alentó á llevar adelante el pensamiento de escribir este Teatro, no fué de las inventadas y fingidas, sino que fué una aparicion positiva, real y verdadera.

Y como viene ya de muy atrás que todo lo que á Fr. Gerundio le sucede ha de salirse de la regla comun y del órden natural de las cosas, la susodicha aparicion no fué de ninguno de los cuatro géneros, especies ó clases que distingue el P. Calmet, á saber; aparicion de la Divinidad, de ángeles buenos ó malos, de difuntos, y de vivos; que si el sábio benedictino hubiera alcanzado esta era gerundiana, estoy cierto que hubiera subdividido en algunas especies mas su doctrina de las apariciones. Pues lo que á mí se me apareció ni fué la Divinidad, como á Moisés; ni siquiera la Madre de Dios (que sin duda ni aun tengo la fortuna de ser bastante tonto para que esta Señora se me aparezca); ni fué ángel bueno como los que se aparecieron á Abraham y á Lot; ni tampoco ángel malo, puesto que ni traía cuernos ni uñas largas, ni ninguna de las otras excrescencias con que nos representan el diablo los taumaturgos de todas las naciones, aunque ahora últimamente

ha dado en aparecer bajo tales formas que casi se alegraría uno de que le tentára, sin que esto sea hacer alusion á los diablillos-hembras que modernamente se han apoderado de nuestros teatros, volviendo loco hasta al mismo *Diablo enamorado*, y añadiendo la tentacion diabólica á la tentacion humana, como si tanto fuera menester.

Ni fué tampoco ningun difunto, como aquel Guillermo Durand, que dicen se vino del otro mundo á este, nada mas que á anunciar que se hallaba ardiendo en los profundos por no haber distribuido á los pobres lo supérfluo de sus rentas y beneficios; que si el castigo es cierto, como yo no lo dudo, debe tener por allá el señor Durand abundancia de compañeros. Y de no ser difunto el que á mí se me apareció, lo certificaba el hallarse con tanta vida que ni aun habia llegado al medio de su carrera. Y á pesar de esto no era tampoco persona humana como la que se apareció á la reina Margarita de Valois la noche que precedió al torneo fatal en que pereció Enrique I de un golpe de lanza; y como las que todos los dias se aparecen en sueños á los enamorados, representándoseles mas al vivo de lo que fuera menester. Ni menos era figura de animal como el carnero de cuernos desiguales que se le apareció á Daniel en el año tercero del reinado de Baltasar, ó como la leona con alas de águila que antes habia visto, ó como la bestia de siete cabezas del apóstol San Juan, ó como el caballo blanco del Señor Santiago, ó como el ciervo con collar de oro, cuya aparicion fué causa de la locura del desgraciado rey Cárlos VI; ó como tantos otros animaluchos estravagantes y raros que con su presencia suelen venir á trastornar las imaginaciones ya un poco enfermas ó delicadas, ó á tentar la virtud de los hombres, como los innumerables con que tuvo que lidiar San Antonio en el desierto.

Nada de esto fué. Y antes de manifestar lo que fué, diré que me hallaba, yo Fr. Gerundio, en compañía de mi siempre fiel é inseparable lego Fr. Pelegrin, Tirabeque, en el retiro de nuestra humilde celda, discurriendo y cavilando en qué y sobre qué ejercitaríamos nuestra cesante péñola; en cuya incertidumbre mi paternidad era de dictámen de apartarla y apartarnos del espinoso y erizado terreno de la sátira, y emplearla y emplearnos en algun trabajo grave y sério, ya histórico ó ya científico, que si bien pudiera ser menos leido en estos tiempos novelescos é inconstantes que alcanzamos, tampoco tuviera las agudas puntas que germian en el campo de la sátira festiva, y le siembran y plagan de dificultades.

Mas Tirabeque, de quien yo ya sospechaba que no habria de conformarse con el parecer de su amo en este punto, comenzó á disuadirme de él con estas razones: «Si vd., señor mi amo, hubiera de hacer solo eso que

piensa y me propone, no me opusiera yo á que vd. se ocupara de esas tan graves y tan hondas materias que ha indicado; pero siendo como son cosas que esceden á mis alcances, escusaba en ese caso de contar conmigo, porque podria á lo mejor echarlo á perder, y eso ni vd. lo querrá de manera alguna, ni yo tampoco quiero esponerme á ello; y pensar en que yo haya de estarme callado seria pensar en lo imposible, y lo estraño es que despues de tanto tiempo de silencio no haya reventado todavia, que algunas veces me lo temo al ver como me bullen y me rebrincan mas de cuatro especies que tengo estancadas aqui dentro de la mollera. Cuanto mas que no es cosa de jubilarme todavia, cuando si bien es verdad que no soy un muchacho, aun me siento con el mismo vigor que si lo fuera, y me hierve la sangre en el cuerpo como en mis verdores; y ademas el público estrañaria el que yo estuviese callado, y lo achacaría con razon áque vd. me habria retirado su confianza, ó á otras causas peores. Y asi vea vd. de discurrir algo en que pueda yo tomar parte y decir lo que se me ofrezca, y que sean cosas divertidas y amenas si puede ser, no que formalotas ni tristes, que harto tienen los hombres por qué entristecerse sin que á ello ayudemos nosotros, y bien se pueden decir cosas útiles y provechosas y de buena moral, divirtiendo á los que las lean, y acaso se quedan mas en la memoria que las que enseñan los libros sérios, que asi suelen cansar como toda comida seca y sin salsa, y sin aquel saborete que la hace agradable y gustosa.

—«Pláceme en gran manera, PELEGRIN, le dije, que tan propicio te halles y tan espontáneamente te ofrezcas á ausiliar á tu amo en los nuevos trabajos que haya de emprender, y esta tu buena disposicion merece bien ser aprovechada. Cuenta, pues, con que lo haré así, siempre que ó tú ó yo, ó los dos juntos acertemos á discurrir y demos con una materia que á mas de ser útil y provechosa, y aun divertida y amena como tú dices, sea de naturaleza tal que se preste á tu cooperacion, y dé campo y pié para que tú puedas desahogarte de esas especies que dices tener estancadas, que esta es la sola dificultad que ya nos queda, aunque no es pequeña tampoco la de poder contar con tu prudencia y discrecion, y que no te me descosas y desmandes como en otro tiempo lo has hecho y de costumbre lo tienes.

—Señor, me dijo á esto PELEGRIN, no tenga vd. cuidado, que yo seré prudente y comedido, y no me descoseré.»

Dicho esto, fijamos los dos á un tiempo el codo cada uno en un lado de la mesa del despacho gerundiano, y puestas las manos en las megillas nos echamos á discurrir y meditar sobre lo que podríamos hacer objeto de nuestras tareas.

En esto que de repente se nos apareció un gallardo mancebo de apuesta y gentil figura y elegantemente vestido, el cual nos habló con estas palabras: «Supérfluas y escusadas fueran vuestras cabilaciones y discursos, hermanos mios, si os hubiérais acordado de mí; de mí, que mejor que na

die puedo suministraros materia para vuestro propósito, y tal y con tanta abundancia, que antes se ha de acabar vuestra vida que podais agotarla, porque yo he de vivir mas que vosotros.»

Miróle Tirabeque atentamente y le dijo: Mucho asegurar es eso, señor mio, porque ha de saber vd. quien quiera que vd. sea, que tan pronto suele ir el cordero como el carnero, y que nadie sabe el dia ni la hora, y que la vida no se tiene escriturada; y así no hay que fiarse, que aunque vd. parezca ser mas jóven que nosotros, la guadaña de la muerte no se ahorra con nadie, y asi siega al mozo como al viejo, y acuérdese de aquella coplita que concluye: «mira que no sabes cuándo.» Ademas que tampoco me parece vd. ningun niño: ¿cuántos años tiene vd. si se puede saber?

—Aunque la pregunta no sea de la mayor educacion, contestó el mancebo, no tengo reparo en decir que aun no he cumplido los cuarenta y cinco, pero que estoy seguro de llegar á ciento, y que antes habeis de morir vosotros que yo, porque vosotros vivís en mí.

—Perdone vd., caballero, replicó TIRABEQUE; que yo no vivo en nadie, sino en Dios y en mi celda, á lo menos desde que salí del vientre de mi madre, que es la única persona en que viví el tiempo de ordenanza, como cada uno de los hombres.

—Dígote, TIRABEQUE, repuso el mancebo; que vives en mí, y á veces mas de lo que fuera menester, y mas de lo que de tu estado y antigua profesion es propio.

—Pues dígame vd. pronta y brevemente, si gusta, dijo TIRABEQUE, quien es vd. y por qué habla y se esplica de esa manera, que hasta que yo sepa quién es vd. tampoco puedo saber ni confesar si tiene ó no razon en lo que dice.

—No tengo inconveniente en ello, PELEGRIN, respondió el aparecido, puesto que vengo con intencion de manifestarlo. Habeis de saber, pues, que yo soy EL SIGLO DIEZ Y NUEVE: que al ver cómo y sobre lo que discurriais y meditábais, he querido venir á sacaros de esas dudas é incertidumbres, recordándoos que en mí, y sin salir de mí, en mis costumbres, en mi sociedad, en mi fisonomía y caractéres, en los dramas que cada dia en mí se representan, en mis virtudes y en mis vicios, teneis una fuente inagotable de materia para vuestros discursos, un campo inmenso para vuestras observaciones, y un teatro de tan variadas escenas y de tan pintorescas decoraciones, que como al principio os dije, antes acabará vuestra vida por larga que sea, que pudiérais agotarlas, porque yo he de vivir mas que vosotros.»

TIRABEQUE me lanzó una mirada de asombro y de sorpresa, á la cual acompañó un signo de aprobacion, demostrativo de su convencimiento de ser verdad cuanto el Siglo habia dicho; si bien se le traslucia haberle picado un poco aquello de que «vivia en el Siglo mas de lo que era propio de su estado y antigua profesion.» Y por mi parte me sentí con esta revelacion tan animado, que ya no vacilé un momento en adoptar por tema y título de las nuevas tareas gerundianas el pensamiento del TEATRO SOCIAL *del Siglo XIX*, que ya otras veces á mi gerundiana imaginacion le habia venido y asaltado.

«Y para dejaros consignada una muestra de los principales caractéres que me distinguen, prosiguió el aparecido mancebo, miradme y contemplad.»

No dijo mas palabra. Nosotros comenzamos á mirarle con atencion de

arriba abajo, y el hermano lector podrá suponer cuál seria nuestra sorpresa, cuando vimos que el pié izquierdo se le iba alargando poco á poco y gradualmente, y al paso que le crecia iba perdiendo la forma de pié y tomando la figura de un barco. Este barco se fué tambien agrandando lentamente: á cada uno de sus costados vimos nacer de pronto dos ruedas, y no lejos de la punta ó estremo, ó sea proa del ex-pié, se fué elevando una chimenea, que al momento comenzó á arrojar humo.

«Señor, esclamó sorprendido TIRABEQUE, este hombre se nos convierte en barco de vapor, y lo peor es que nos va á llenar la celda de humo, y quiera Dios no nos ahogue si no salimos pronto.

—Eso significa, PELEGRIN, le dije, que este SIGLO marcha en vapor, y que los barcos de vapor son una de las invenciones y adelantos que mas le caracterizan y distinguen; y acuérdate que nos dijo que le miráramos, porque iba á dejarnos una muestra de sus principales caractéres.»

No habia acabado de decirle esto, cuando volvió á esclamar PELEGRIN: «Señor, señor; atienda vd. cómo se le estira el pié derecho! Ya no es pié, que son dos barras de hierro..... allí sale otra máquina de vapor..... un coche!.....; Señor, el pié se le vuelve camino de hierro..... el diablo me lleve si no parece esto cosa de brujería.

— Ahí tienes, PELEGRIN, le dije, como se realiza lo que nos ha anunciado. Efectivamente este es un SIGLO que marcha con un pié en barco de vapor y con otro en camino de hierro; lo cual se asemeja al ángel grande del Apocalipsis, que tenia un pié en la tierra y otro en el mar, y ya no le falta sino llegar como él con la cabeza al cielo; bien que aun no sabemos en que parará. Y en cuanto á la trasformacion ó metamórfosi, no estraño que te sorprenda, á tí que no habrás leido los quince libros de los Metamorfóseos de Ovidio, que si los leyeras, verias que asi de esta misma manera y por este órden se trasformabn, por egemplo, Atis en pino, Jacinto en flor, Cerastes en toro, Niso en milano, Acis en rio, Escila en roca, y mil otros personages, ya en aves, ya en peces, ya en cuadrúpedos, ya en montañas, y ya en otros cualesquiera seres y objetos, adaptados á las cualidades dominantes, propiedades ó circunstancias que el poeta atribuia principalmente á los sugetos transformados.»

Al decir esto, un resplandor iluminó de repente nuestra celda. Y fué que en la mano izquierda del mancebo aparecieron de improviso porcion de luces de todos tamaños, con las que á no dudar quiso significarnos nuestro aparecido que era el verdadero SIGLO de las luces; y esta alusion ya la comprendió bien TIRABEQUE.

Mas á favor de aquellas luces le vimos tambien llevar la mano derecha al corazon, del cual creí, yo FR. GERUNDIO, que iba á sacar las virtudes

que en él albergaría, como sitio y asiento que es de las mejores y más principales. Así fué que le dije á TIRABEQUE: «ahora verás, PELEGRIN, como despues de la industria y de la ilustracion que miramos simbolizadas en los pies y en una de las manos de nuestro SIGLO, nos presenta á continuacion algun emblema de las virtudes morales que le adornan, que es lo que en mi entender ha ido á buscar con la derecha en el corazon.

—¿Cómo virtudes, mi amo? esclamó TIRABEQUE: juraria que es una bolsa la que de allí ha sacado y tiene empuñada; y si no lo es, parécesele como un huevo á otro: de lo que infiero (puesto que todas las partes que se le mudan dice vd. que significan algo) que este señor SIGLO XIX debe tener la bolsa en el corazon, ó acaso el corazon en la bolsa, que allá viene á dar.»

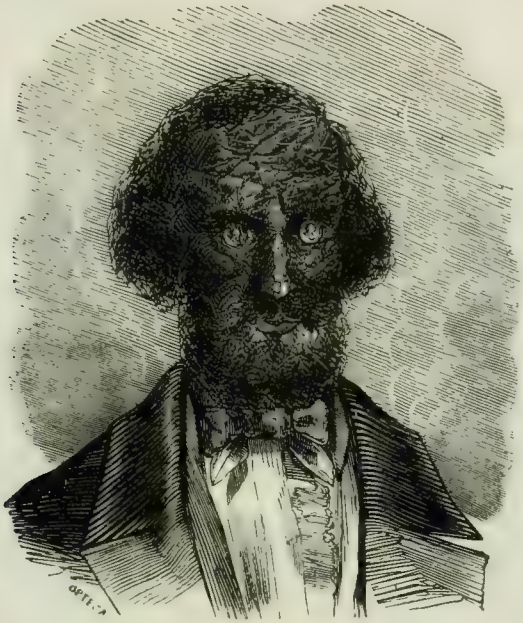
Asi lo parecia en efecto, tal como me lo hizo notar TIRABEQUE. Y lo mas singular de todas estas metamórfosis fué, que en seguida de esto observamos que las facciones de su rostro se iban alterando sensiblemente y perdiendo la delicadeza de sus formas. Los cabellos se le engrosaban como á Dafne cuando se convirtió en laurel, y como á las hermanas de Faeton cuando fueron transformadas por Júpiter en álamos: y ya no eran sutiles y delgadas hebras, sino como duros nervios semejantes á los del arbusto que forma el coral. Su nariz, barba y megillas, sin perder absolutamente la figura de fisonomía humana, fueron convirtiéndose en duro y áspero metal, como aquellos pedruscos de mena y cuarzo que se estraen de las minas. Las cavidades del órgano de la vista se fueron llenando de un humor que no era áqueo, ni vítreo ni cristalino: los músculos y membranas se fueron endureciendo, y se trocaron en planchas de metal brillante que por pupila tenian un busto, por círculo iris un rótulo, y por órbita un cordoncillo: sus ojos, pues, ya no eran ojos sino dos monedas de oro brillante. EL SIGLO XIX se metalizó á nuestra presencia.

«Señor, me dijo TIRABEQUE, este debe ser sin duda el siglo de Oro, de que tanto nos hablan y que tanto nos ponderan.

—A lo que yo veo, PELEGRIN, le dije, asi es de oro como de plata, y de hierro y cobre como de plomo y de cinabrio, puesto que en su nueva fisonomía se divisan y descubren vetas encarnadas y rojas, amarillentas y blancas, que es prueba de haber de toda clase de metales: si bien es verdad que todos parece estar subordinados al oro acuñado en que tiene clavados los ojos, y en la henchida y repleta bolsa donde debe tener el alma y el corazon segun que la aprieta y asegura (1).

(1) En cuanto al metal que debe dar su nombre á este Siglo, hay quien pretenda, sin negar su aficion al oro y la plata, que la calificacion que mas le conviene es la de *Siglo de hierro*. Y fúndase

Diciendo esto, las ruedas que bajo ambos pies tenia comenzaron á moverse á impulsos del vapor, y desapareció de nuestra celda con la velocidad del relámpago, dejando tras de sí un olor no nada grato ni suave, que yo atribuí al humo del carbon de piedra: pero TIRABEQUE manifestó su contra-



rio parecer diciendo: «Desengáñese vd., mi amo; este olorcillo no es de carbon de piedra, ni á él se parece en nada, y ojalá no fuera de peor calidad: sino que tengo para mí que el Sr. SIGLOXIX se va corrompiendo á toda prisa, y esta y no otra debe ser la causa del rastro de mal olor que vá dejando en su marcha.

No me pareció del todo infundada la observacion de mi lego, si bien en ella dió un testimonio de no haber perdido aun aquella maliciosa socar-

en que todo se va haciendo de hierro. Ya teniamos plumas de hierro, barcos de hierro, caminos de hierro, puentes de hierro, camas y muebles de hierro. El año pasado se embarcó para el Nuevo-Mundo una casa entera de hierro. Los arquitectos se van volviendo Cíclopes. Dentro de poco hemos de tener coches de hierro, porcelana de hierro, botas de hierro, y hasta vestidos de hierro tegido que nos servirán de cotas de malla. Esto, dice el mismo observador, no excitará demasiado la sensibilidad de los poetas, pero los poetas echarán tambien corazon de hierro, y se pondrán al gusto del Siglo, si es que ya no lo están en su mayoría.

ronería que tanto en otro tiempo me hizo trabajar para irle á los alcances, moderar sus parciales ímpetus, reprimir la liviandad de sus juicios, y corregir la ligereza de su lengua.

En cuanto á la aparicion del Siglo XIX en persona en nuestra misma celda, y su transformacion en los emblemas de los principales atributos que le distinguen y caracterizan, luego que nos pasaron las primeras sensaciones de la sorpresa, convinimos amo y lego en la importancia de su visita y en la utilidad de su revelacion para servirnos de entrada y como de *telon de boca* para nuestro Teatro Social, preparándonos con esto á proseguir la descripcion de las escenas del gran Teatro de este siglo, sin mas órden que en el que á nuestra imaginacion se le vayan presentando y ocurriendo.

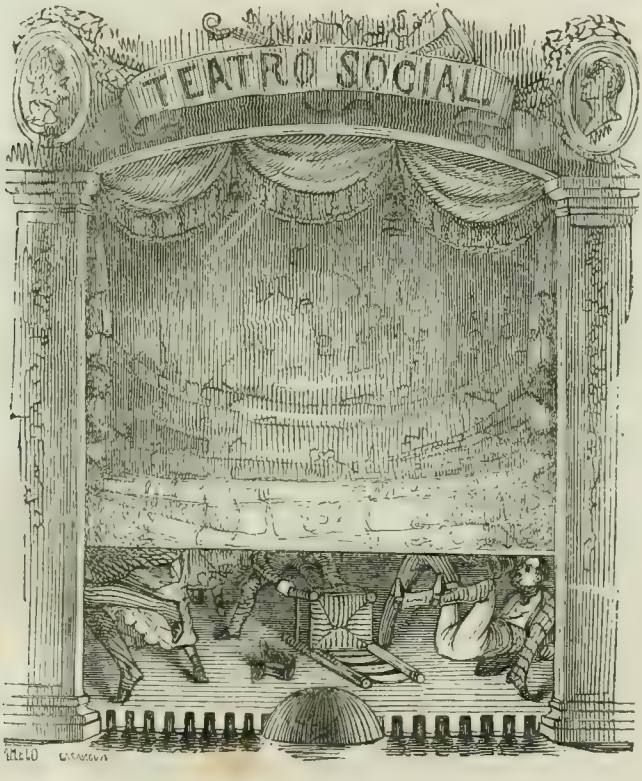
TEATRO-MUNDO.

Probaros hé de mil modos,
Como dos y dos son cuatro,
Que este mundo es un Teatro
Los hombres cómicos todos

Fijos ya en la anterior idea, le dije á mi lego Tirabeque: «éa, Pelegrin, ten ánimo, esfuerzo y valor; cuento con tu cooperacion y auxilio. Jamás escritor alguno tuvo tan ancho campo como el que á nosotros se nos abre y presenta. El Siglo XIX en persona ha venido á ofrecernos sus costumbres y á trazarnos en bosquejo los principales rasgos de su organizacion y fisonomía. Nuestro Teatro es el universo entero: nuestros actores los hombres todos; de cualquier clase y condicion, edad y sexo que sean; nuestro público todo el género humano, Porque en el Gran Teatro del mundo, Pelegrin, todos los hombres son actores y espectadores á un mismo tiempo, que es lo que acaso movió á uno de nuestros primeros ingenios á decir: *Todo es farsa en este mundo.*»

«Asi pues, discurre tú y calcula qué de dramas, qué de tragedias, qué de sainetes, qué de escenas de todo género no se representarán cada dia y cada hora, y aun cada instante y momento en el gran escenario del

mundo. Si fuera posible descorrer de repente el telon del TEATRO SOCIAL.... Oh! no lo permita Dios, PELEGRIN mio; porque si de pronto se dejaran ver los hombres tales como son, y no como aparece cada uno con su estudiado papel en la escena, tengo para mí que nos habíamos de avergonzar aun mas que nuestros primeros padres cuando se vieron desnudos. Por lo que será conveniente que nos contentemos con alzar un tantico el telon, y aun pienso que asi hemos de ver muchas veces mas de lo que quisiéramos.



—Y dígame vd., mi amo, me preguntó á esto PELEGRIN: ¿qué papel es el que me toca á mí representar en este TEATRO? Que ya supongo yo que no será el de primer galan, porque á ello no me ayuda la estampa y notomía del cuerpo: ni tampoco el de barba, que aunque la tengo mas cerrada de lo que quisiera, tambien suele ser de los mas principales papeles, y á mas

es demasiado serio para mí: el de traidor no lo haré yo aunque me emplumen; pero á algo me ha de destinar vd., y yo me contento con ser cualquier cosa, aunque sea apuntador, que es el oficio mas bajo de todo el Teatro.

—El mas bajo por el sitio que ocupa, PELEGRIN (le dije), pero el mas alto y principal por su importancia, puesto que un buen apuntador es el alma y la guía y la confianza y sosten de todos los actores, asi en los teatros materiales como en el GRAN TEATRO del mundo, donde si bien se repara y analiza, el éxito de los primeros papeles depende de tener un buen apuntador. Asi verás, por ejemplo, que un ministro, que es el primer actor de un estado, es muchas veces elogiado y aplaudido del público por tal medida ó proyecto que merece alabanza, y bien desentrañado, no es el ministro quien lo ha hecho, sino un apuntador que le ha insuflado, por no decir soplado, el pensamiento, y que acaso está metido en un escotillon como el apuntador del Teatro. Asi verás tal proclama, alocucion ó manifiesto de tal autoridad, del cual se hacen lenguas cuantos le leen, y bien averiguado, todo es obra de un apuntador oculto, siendo la autoridad solamente un mero recitador del papel, y asi en todas las cosas.

«Con que mira si es oficio importante el de apuntador. Sin embargo tú le harás algunas veces, pero cuidando de no apuntar tan alto que lo oiga el público antes que yo, y de no parecerte en esto á los apuntadores de nuestros Teatros, que de tal manera vocean y gritan que antes que el actor recite ya sabe el público lo que va á decir, con lo cual como tú conoces, pierde todo el mérito y todo el gusto la representacion.

—Asi lo haré, mi amo, respondió PELEGRIN: yo le apuntaré á vd. con tal disimulo que nadie mas que vd. lo entienda y perciba. Y supuesto que vd. dice que en este mundo todos los hombres son cómicos, nosotros lo seremos tambien; por lo que seria de opinion que lo primero que debiéramos hacer era ver de proporcionarnos una comision de aplausos, pues á lo que yo entiendo es la primera y mas esencial cosa que trata de buscarse todo el que ha de salir al público.

—Tan cierto es eso, PELEGRIN, que apenas hay actor nuevo que antes de ponerse en escena no procure agenciar y reclutar el mayor número de personas posible, que de antemano, y por cuanto vos asi lo pedis y de tal manera os esplicais, vayan preparadas y resueltas á aplaudir y á atronar el teatro á palmadas, siquiera el actor mereciese ser ahogado á silbidos, y á arrojarle á los pies coronas de flores, siquiera las merezca de cardenchas y espinos. Y sinó acuérdate de aquellas estrepitosas comisiones de aplausos que has visto en los teatros de esa tan civilizada Francia.

—Señor, la primera vez que vimos eso en Francia me acuerdo que fué

en una ópera. Los que cantaban eran un galan y una dama, y cuando á mi me parecia que se marchaban por los cerros de Ubeda, y que cuando mas se desgañitaban, mas se desafinaban y perdian, entonces era cuando los que estaban á mi lado aplaudian á rabiar, y entre *bravos* y palmadas temí que

se les secára la boca y se les desolláran las manos. Yo decia para mí: «ó esta gente está loca, ó tiene orejas de corcho, ó es que yo no tengo los oidos hechos á la música francesa.» Hasta que luego supe que todos aquellos ciudadanos eran aplaudidores de oficio y gente pagada para ello, que asi aplaudian á aquellos dos cantantes como aplaudieran á dos cigarras, con tal que las cigarras les dieran el asiento gratis y alguna propineja encima.

—Asi es la verdad, Pelegrin, y esos son los que llaman allí *claqueurs*; gente mercenaria, adminícula y sórdida; aduladores de oficio, y mentidores á sueldo y plaza; y lo peor del cuento es que lo que allí pasa no es sino

el remedo y trasunto, y el símbolo y emblema, y la copia y retrato de lo que acontece y se verifica en el GRAN TEATRO del mundo (1).

«Porque has de saber, TIRABEQUE hermano, que desde el punto y hora que el hombre viene á este mundo fementido, lo primero con que topa es con una comision de aplausos ó seccion oficial de *chaqueurs*. Nace el parbulito, y aun no ha abierto los ojos cuando ya no falta quien pronostique al padre y á la madre que los ha de tener negros y rasgados; y todavia no se le ha hecho la primera ablucion cuando aseguran y garantizan que el niño ha de ser blanco como el ampo de la nieve, rubio como el papá, y gracioso como la que le ha dado á luz. El primer sonido que hiere su tierno y delicado timpano es la palabra *hermoso*, que á fuerza de ser repetida por la seccion de

(1) Voy á dar una idea de como se halla organizado el servicio de los aplaudidores en los teatros de Paris, y nada la puede dar mejor que la historia del famoso Augusto, gefe y director de aplausos en la Grande Opera, el cual murió el año pasado, hallándose en Paris mi paternidad.

Augusto estaba en intimas relaciones con la administracion y con los artistas. Era hombre que no gastaba guantes. Los dias de representacion se presentaba á eso de las tres en el despacho, donde ponian á su disposicion un cierto número de billetes, unos personales, y otros que llaman billetes á la mano, que sirven para cinco personas. A las cuatro se iba Augusto por los cafes á organizar su tropa. Alli vendia á precios bajos muchos de aquellos billetes á sus conocidos, imponiendo al comprador la obligacion de aplaudir; los demas los distribuia entre sus subalternos, con la facultad de negociarlos.

Un dia, estando Mr. Leduc de director de este servicio le puso en la mano billetes para 40 plazas, pero Augusto le dijo: «Mirad señor, que desorganizais mi servicio, porque estoy comprometido con tres pelotones de á 15.»

En las primeras representaciones de óperas y bailes, y en los debutos protegidos por la administracion, el número de billetes dados á Augusto subia á veces hasta 150 ó 200.

Augusto entraba en el teatro á eso de las cinco por la puerta de los actores, y su tropa se encontraba colocada en sus puestos cuando el público comenzaba á entrar. La primera representacion de una opera era un acaecimiento capital para Augusto. Se preparaba con 15 dias de anticipacion. Asistia á un gran número de ensayos; estudiaba el poema, la musica y las decoraciones, y tomaba notas. La víspera de la representacion, despues del ensayo general, conferenciaba con el director. «Estoy contento de la nueva obra, le decia una noche al director; puedo comprometerme á coronar «con *tres salvas de aplausos* el duo del tercer acto: en cuanto al trio del quinto acto, es cosa con«venida con mi gente, estamos en *gritar*. Por lo que respecta á los demas artistas, aguardo las órde«nes de la administracion.»

Aunque la administracion es la que mide y arregla el entusiasmo de los *claqueurs* ó aplaudidores, ciertos artistas hacian con Augusto sus contratos parciales, por meses ó por año, sin perjuicio de los papeles ó pasos nuevos que le pagaban por separado. Pero Augusto era hombre de conciencia á su modo. En una ocasion le ajustó una bailarina para su primera salida y le dió cien francos. La administracion no era favorable á la bailarina, y exigió de Augusto una completa imparcialidad. Augusto lo ofreció, y devolvió á la artista sus cien francos religiosamente.

Uno de aquellos mal intencionados que suele haber en los teatros como en todas partes, ofreció á Augusto 25 luises si queria silbar á una debutante. «Yo no silbo jamás, le respondió. Pero si me dais 25 luises porque sea silbada, lo será; os dire como. El público gusta tanto de llevarnos la contraria, que aplaudiéndola nosotros con esceso yo le inclinaré á que la silbe.»

Augusto tuvo tambien sus contratiempos; y llegó el caso que por quejas de una primera y muy acreditada bailarina fué declarado cesante, y reemplazado por Mr. Sauton, gefe de los aplaudidores del Teatro del Gimnasio, protegido por el célebre Scribe. Pero Sauton aplaudia á todo el mundo y no contentaba á nadie. Poco conocedor de los misterios de la ópera, aplaudia menos como *claqueur* entendido que como sorprendido espectador. El gobierno del teatro tuvo que reponer á Augusto, el cual recobró su puesto con general aceptacion y continuó desempeñándole con su acreditada maestria.

Augusto dejó á su muerte una buena fortuna.

aplausos, los padres llegan á creer que tienen un Apolo ó un Narciso en el que lleva trazas de ser un Thersites ó un Agesilao; y el niño mismo cuando no le llaman *hermoso*, riñe y se incomoda á su manera, porque aquella sola palabra y no otra alguna es la que le suena bien, que tal es la influencia de los primeros aplausos en el prólogo é introduccion de la comedia mundana.

«Crece el párvulo; y pónenle un dia vestidito nuevo. Y aun cuando el gusto del ropage sea el mas estragado, cada prenda de vestir un anacronismo, cada trapo un desacuerdo, y el conjunto un pequeño vestiglo, es de ordenanza dramático-social que cuantos ven al niño delante de los padres han de esclamar diciendo: «¡ay que *bonito* está el niño!»

«Con lo cual, PELEGRIN, aunque por detrás los sirva de irrision y burla el mal pergeño del inocente y el protervo gusto de los padres, estos quedan tan satisfechos de su obra como agradecidos á la comision de aplausos, y la criatura comienza á sentirse picada del guijo de la vanidad al verse tan lisonjeramente saludado á su aparicion en la escena del mundo.

«De esta manera, Tirabeque mio, se acostumbra el hombre á ser cómico y á vivir entre cómicos desde la cuna hasta el sepulcro, sin pausa, interrupcion ni intérvalo. Discurre tú por todas las clases de la sociedad, y hallarás que el primer cómico en todo estado es el rey; la comision de aplausos todo el pueblo. Aunque el rey tenga la cabeza mas vacia que una campana neumática despues de extraido el aire, no hay súbdito que cuando á él se dirige no envíe por delante «*la alta penetracion de V. M.*» ni solicitante que no encomie *su notoria justificacion*, y que no ruegue á Dios *conserve largos y dilatados años su importante vida, para bien y felicidad de sus pueblos*. ¿Qué rey no tiene el corazon mas, magnánimo y los sentimientos mas piadosos que se han conocido, aunque sea un Neron?

«Y ya que Neron se me ha venido á la boca, sábete, PELEGRIN, que este piadoso emperador fué el primero que introdujo en el teatro las comisiones de aplausos. Cuéntase de él que era tan aficionado á la música, que aunque tocaba la lira muy adocenadamente, le gustaba tocarla en el teatro delante de todo el pueblo. Jóvenes de las mas distinguidas familias se colocaban en diversos lugares del anfiteatro para aplaudir, y muchos soldados pagados para lo mismo se mezclaban con el pueblo, á fin de que el príncipe oyese un concierto unánime de aplausos. Y para que veas, TIRABEQUE hasta donde llega la adulacion de los hombres, has de saber que los coriféos y gefes de aquella comision de aplausos eran Séneca y Burro.

—Señor, en Séneca es en quien lo estraño, que por lo que hace á Burro no me maravilla, puesto que eso y no otra cosa se debia esperar de poner, como dice el adagio, Burros á portillo.

—Es que aquel Burro, PELEGRIN, no era lo que hoy este nombre suena y significa entre nosotros, sino que él y Séneca eran los ayos y maestros de Neron; tan ilustrados ambos y de tan buenos sentimientos, que á sus consejos y educacion se atribuye todo lo bueno que aquel emperador hizo en los primeros años de su reinado. Y esto mismo te probará dos cosas: la primera, cómo los hombres mas grandes se dejan arrastrar del espíritu de adulacion hácia sus superiores; y la segunda la gran analogía y semejanza que hay entre los teatros materiales y el TEATRO SOCIAL, y cómo en uno y otros los que aplauden son muchas veces comisiones pagadas y gente que se busca *ad hoc*.

«Tú sabes lo que suele ser la prensa ministerial, y lo que significan los elogios con que ciertos aplaudidores celebran todos y cada uno de los actos de ciertos gobernantes.....

—Segun eso, mi amo, el diablo me lleve si se puede creer nada en este mundo, aunque la gente lo aplauda y se haga lenguas de ello, porque segun vd. se esplica todo es farsa y engaño.

—Mucho hay de eso, PELEGRIN, por desgracia nuestra, en el gran Teatro del mundo. Mas eso no quiere decir que no haya en todos los ramos y clases de la sociedad actores de muy distinguido y verdadero mérito; pero que por lo mismo que este suele confundirse con el que las comisiones oficiales de aplausos quieren atribuir á los que de él carecen, por eso á descorrer el telon que en el TEATRO SOCIAL asi encubre, mezcla, confunde, perturba y equivoca lo verdadero con lo falso, y lo sólido y real con lo aparente y ficticio, es á lo que tú habrás de ayudarme. Y por ahora y sin perjuicio de lo que en confirmacion de esta verdad en el discurso de nuestras tareas irá saliendo, paréceme que he indicado lo bastante para que tengas por cierto y fundado lo que en el principio del capítulo dije:

Probaros hé de mil modos
Como dos y dos son cuatro,
Que este mundo es un TEATRO,
Los hombres cómicos todos.

—Asi es la verdad, señor, y cuente vd. conmigo para alzar y bajar el telon, que yo le correré hasta donde vd. me mande, y lo bajaré cuando vd. lo disponga.

LA CIVILIZACION.

CONFERENCIAS GERUNDIANAS.

CONFERENCIA PRIMERA.

Lo que se entiende por Civilizacion.

Entre los pocos amigos que me han sido consecuentes é invariables en todas las situaciones de la vida, y que lo son, en espresion de un célebre poeta, asi en invierno como en verano, asi en la adversa como en la próspera fortuna, el mas constante, el mas fiel, el mas inseparable ha sido el amigo Don Magín; mas todavia que el mismo TIRABEQUE. Siempre ha estado conmigo, á todas partes me ha acompañado, no se ha separado de mí un solo momento. Despues diré quién es este Don Magín, del cual estrañará el lector que no le haya hablado nunca, mediando entre los dos tanta intimidad, al estremo de mirarle como mi *alter ego*, como otro GERUNDIO enteramente.

Pues bien; este Don Magín me habia dicho ya muchas veces, cuando mi paternidad escribia de política: «dígame vd., hermano FR. GERUNDIO: ¿por qué no dedica vd. algunos artículos á esplanar una materia importantísima, y tan profundamente moral y filosófica como altamente política y social? Hablo de la *Civilizacion* de los pueblos, de esa civilizacion que dá el nombre é imprime el sello á nuestro siglo, de esa civilizacion que todas las naciones modernas pugnan y trabajan á porfia por alcanzar, y que tanta influencia egerce y puede egercer en el bien ó el mal de la humanidad entera?

—Por la razon sencilla, hermano Don Magín (le decia yo entonces), que en esta nuestra patria toda la atencion se absorve ahora la política viviente, la política de circunstancias y de movimieuto, ante la cual ó callan y enmudecen, ó se postergan y se miran con desden todas las demas cuestiones sociales.»

Dábase al parecer por convencido el hermano Don Magín con esta razon. Mas tan luego como me vió abrir el TEATRO SOCIAL, volvió á insistir con mas empeño en la conveniencia de hacer algunas consideraciones sobre la Civilizacion, presentándola como una de las materias mas análogas al objeto de nuestro *Teatro*: y de las mas dignas de ocupar la atencion del hombre pensador y filósofo.

Mi paternidad no halló ya que oponer á las invitaciones del hermano Don Magín sino la dificultad de tratar el asunto con el tino y elevarlo á la altura que su importancia merece. Pero el deseo de darle gusto me hizo acceder á ello, y en su virtud acordamos tener algunas conferencias sobre la Civilizacion del Siglo, que si bien no serán como las conferencias de Amiens ó las de Besanzon, ni como los coloquios de Claudio y de Bossuet, ni como los diálogos de los muertos de Fenelon ó de Fontenelle, servirán al menos para despertar la atencion sobre un punto, en mi gerundiano entender poco tratado y esclarecido, y para que otros mas superiores genios puedan suplir lo que nuestros humildes talentos no alcancen.

Hallábase presente mi lego TIRABEQUE á esta *conventio* ó tratado, y levantándose de repente dijo: «pues el Sr. Don Magín y mi amo FR. GERUNDIO me darán su licencia para retirarme, que esto de hablar de Civilizacion son demasiadas honduras para un pobre lego, y yo no podré hacer aquí sino estorbar: y asi cumpliendo con lo que manda el undécimo.....

—Estáte quieto, PELEGRIN, le dije, que muchas veces una pregunta de un lego, ó la observacion de un rústico suele dar pié y ocasion á esplanar una doctrina ó un punto que sin ellas quedára oscuro ó pasára desapercibido. Cuanto mas que podrá no venirte mal estar presente y oir, para que tú tambien te vayas civilizando.

—Asi lo haré, señor, en virtud de santa obediencia.»

Convenidos ya en esto, era menester principiar por saber el verdadero sentido de la palabra *Civilizacion*. Oido lo cual por TIRABEQUE, «en cuanto á eso, dijo, facil es salir de dudas.» Y tomando el Diccionario de la lengua, comenzó á hojear, y al cabo de un rato leyó. «CIVILIZACION es aquel grado «de cultura que adquieren los pueblos ó personas, cuando de la rudeza na«tural pasan al primor, elegancia y dulzura de voces, usos y costumbres «propios de gente culta. *Urbánitas, civilitas, cómitas.*»—Señor esto de las *comitas* es lo que yo no entiendo.

—No se le lee *comitas*, PELEGRIN, cargando en la *i*, como tú haces, sino *cómitas* breve, cargando en la *ó*; palabra latina que significa urbanidad, política, finura, cortesania, ó sea civilidad. Y ahi tienes como no se puede aprender español por el Diccionario de la lengua española, puesto que esa

definicion no espresa lo que hoy se entiende por civilizacion: sino la civilidad, que es solamente uno de los efectos de ella. Y la prueba de que no es lo mismo uno que otro es que no hay gente en el mundo mas urbana, mas atenta, mas política y mas ceremoniosa que los chinos, y sin embargo nadie dirá que la China sea la nacion mas civilizada de la tierra. Un hombre puede ser muy dulce en su trato: y deshacerse ademas en ceremonias y cumplimientos, y no obstante no ser el mas civilizado.

—Como de esos conozco yo, mi amo, que se desconciertan y descoyuntan para decir á un prógimo; «buenos dias tenga vd., me alegro ver á vd. bueno.

—Pues bien, Pelegrin, no es esa la *Civilizacion*. La Civilizacion, tal como se comprende en el dia, significa el desarrollo de la inteligencia, el progreso y perfeccion en la industria y en las artes, el fomento y prosperidad del comercio, la facilidad de las comunicaciones, y el adelanto en fin de todos los ramos y conocimientos del saber humano. ¿No es esto, hermano Don Magín?

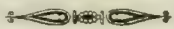
—Estamos conformes, me dijo. Falta que lo estemos en las demas cuestiones relativas á la Civilizacion. Yo bien sé, hermano Fr. Gerundio, que apenas y con dificultad se hallará un hombre que ponga en duda que la Civilizacion sea el supremo bien que puedan alcanzar los pueblos; y que todo el afan, todos los conatos y esfuerzos de los hombres y de los estados llevan por blanco y fin adelantar en la carrera de la Civilizacion. Por lo mismo acaso le escandalizarán á vd. los problemas que voy á proponerle.

—Yo no me escandalizo de nada que sea objeto de discusion, hermano Don Magín.

—Pues bien; en esta confianza quisiera que me ayudara vd. á aclarar ó resolver las cuestiones siguientes: 1.ª La Civilizacion, tal como en el dia se entiende, ¿hace mejores y mas virtuosos á los hombres? 2.º ¿Los hace mas felices? 3.ª ¿Mejora la condicion de la sociedad humana? 4.ª ¿Es el supremo bien á que pueden aspirar los hombres y los pueblos?

—Puntos son todos, hermano Don Magín, de la mas alta importancia y trascendencia, y que por lo mismo merecen una detenida y concienzuda discusion. Y pues hoy es un poco tarde, y tengo aun que cumplir con algunas obligaciones religiosas, dejémoslo, si á vd. le parece para mañana, que podrémos conferenciar mas despacio.»

El hermano Magín manifestó su conformidad, y asi quedó resuelto.



LA CIVILIZACION.

CONFERENCIA SEGUNDA.

La Civilizacion ¿hace mejores y mas virtuosos á los hombres?

DON MAGIN.
FR. GERUNDIO.
TIRABEQUE.

Reunidos al dia siguiente en la celda gerundiana los tres colocutores que al márgen se espresan (á guisa de acta de sesion de junta), atento yo FR. GERUNDIO y lleno de curiosidad TIRABEQUE, tomó la palabra el primero el hermano Don Magín y dijo:

«Debo ante todo advertir, hermanos, que cuando pregunto si la Civilizacion hace mejores y mas virtuosos á los hombres, no hablo de aquella Civilizacion que enseña al hombre sus principales deberes en sociedad asi religiosos como políticos y morales; no hablo de aquel grado de Civilizacion y de cultura que es indispensable á la dignidad del hombre y que le hace distinguirse de los brutos. El dudar de las ventajas de esta civilizacion fuera una aberracion del sentido comun, y una especie de ultraje hecho á la humanidad. Asi, pues, entiéndase desde luego que hago abstraccion completa y doy por segregados á los hombres y á los pueblos rústicos y salvages, porcion desgraciada del linage humano, digna solo de lástima y compasion.

«Hablo solo de la Civilizacion tal como en el dia se comprende y tal como se recibe; hablo de la civilizacion refinada, de la civilizacion del lujo, de la civilizacion del gas y del vapor, de la civilizacion de los télegrafos y de los globos aerostáticos, de la Civilizacion de los periódicos y de los caminos de hierro.

«Ahora bien; esta civilizacion ¿hace á los hombres mas virtuosos, ó daña y perjudica á las buenas costumbres y á la moral? Dejadme esponer, y no os escandalicéis. Amo la discusion, porque busco el convencimiento.

«Yo he leido en una obra de uno de los escritores mas ilustrados de nuestro siglo las frases siguientes.....: «Hemos perdido en costumbres lo que hemos ganado en luces. Estas parecen colocadas de tal suerte por la naturaleza, que las unas se corrompen siempre en favor del engrandecimiento de las otras; cual si la balanza estuviese destinada á hacer imposible la perfeccion entre los hombres.» Y mas adelante esclama: «¡Felices los griegos si al adquirir las luces no hubiesen perdido la pureza de sus

costumbres! ¡Felices si no hubiesen trocado las virtudes que los salvaron de Jerjes, por los vicios que los pusieron en manos de Felipo (1).»

«Pero no necesitaba yo leer esto para estar convencido de que la refinada civilizacion perjudica á la moralidad, porque apaga los sentimientos mas nobles del corazon. Y no puede menos de ser así. La Civilizacion fomenta, es verdad, las artes y la industria; inventa, perfecciona, descubre, propaga y generaliza los objetos de comodidad y de lujo, aumenta la riqueza de los estados, y les dá esplendor y brillo. La física, la química, la mecánica, la geometria, todas las ciencias exactas ofrecen sus recursos y revelan sus secretos al hombre civilizado. Con esto las manufacturas se perfeccionan, las máquinas se multiplican, el comercio crece, las relaciones se estrechan, los medios de trasporte se facilitan, y no hay pais apartado que no pueda gozar de las producciones de todos los climas, y de los artefactos de todos los pueblos. Esto seguramente es muy brillante.

«Mas al propio tiempo y con la misma rapidez se aumentan las necesidades, crece y se desarrolla el deseo de adquisicion, los celos de las fortunas y de los rangos roen y atormentan el corazon del hombre, la ambicion se desenfrena, la pasion del lujo se desenvuelve, se meditan las ganancias, todo se sujeta al frio cálculo, todo se valúa á peso de oro, y el interés individual es el único lazo que une á los hombres. ¿Qué se hizo, pues, de los sentimientos del corazon? Las pasiones interesadas los han borrado, los han corrompido, porque ellas han penetrado en la sociedad y han gangrenado sus entrañas. El deseo de adquirir hace que no se repare en los medios de enriquecerse; para ello se emplea la astucia, la intriga, el dolo, el fraude, y cuando estos no alcanzan, se recurre á la violencia y al robo. El que no sea bastante diestro podrá ser castigado por los tribunales, si ya la Civilizacion no le sugiere tambien los medios de evadir el fallo ó de burlar el castigo. El mañoso y el disimulado quedará impune. ¿No es esto reducir la sociedad al sistema de Hobbes, que sentaba por principio de ella la utilidad particular y la conservacion de sí mismo? ¿Es asi como ayuda y favorece la Civilizacion á la moral?

Tirabeque.—Paréceme, mi amo Fr. Gerundio, que se ha de ver vd. y se ha de desear para contestar á las razones del hermano Don Magín, y tengo para mí que si la Civilizacion es como este señor la pinta me hará vd. un favor en no civilizarme.

Fr. Gerundio.—Poco á poco Pelegrin, que no eres tú el que ha de decidir esta cuestion, y fuérate mas conveniente por ahora escuchar y estar callado.

(1) Chateaubriand: Ensayos sobre las Revoluciones, cap. 68.

«No niego, hermano Don Magín, que la vida social de los pueblos civilizados tiene sus vicios y sus males, y que los progresos de las luces y de la industria engendran y escitan el interés y la codicia, y con ella la tentacion de adquirir por malos medios, y de aqui los atentados y los crímenes. Pero si bien la Civilizacion produce estas enfermedades, tambien produce los remedios oportunos para curarlas. Ese mismo interés individual, por egemplo, al paso que puede ser un manantial de pasiones y de vicios, ¿no lo arregla y combina la Civilizacion de tal modo que del propio deseo del lucro y de la ganancia resulta una complicacion de intereses recíprocos, que haciendo necesitar á los hombres unos de otros los liga y estrecha entre sí, y es uno de los lazos mas fuertes que tiene la sociedad? Y en cuanto á los ataques á la seguridad y á la propiedad que la envidia, ó la avaricia, ó el deseo inmoderado de las riquezas y del lujo pueden producir en los hombros mal inclinados, ¿no lo puede muy bien ó evitar ó reprimir una sociedad bien organizada por medio de los tribunales, del empleo de la fuerza pública, y de una policía vigilante, astuta, severa, ayudados de unas leyes sábias, propias á asegurar y garantizar las vidas, las propiedades y la tranquilidad de los ciudadanos?

Don Magin.—¡Desdichado pais aquel, hermano Fr. Gerundio, en que es necesario un laberinto de leyes para castigar ó tener á raya á los viciosos y criminales! La prueba de la corrupcion de un pueblo es la abundância y la complicacion de sus códigos y sus leyes. Cuanto un pueblo es mas sencillo y mas morigerado, tantas menos leyes necesita.

Y si fuera menester probar que toda la inmensa legislacion de los pueblos civilizados no alcanza á impedir los delitos, no tendria sino remitirme á los fastos judiciales y á la estadística criminal de esa Francia y de esa Inglaterra tan civilizadas, y compararla con los de otros pueblos no tan avanzados en la carrera de la civilizacion, pero tambien mas morigerados y de mejores costumbres.

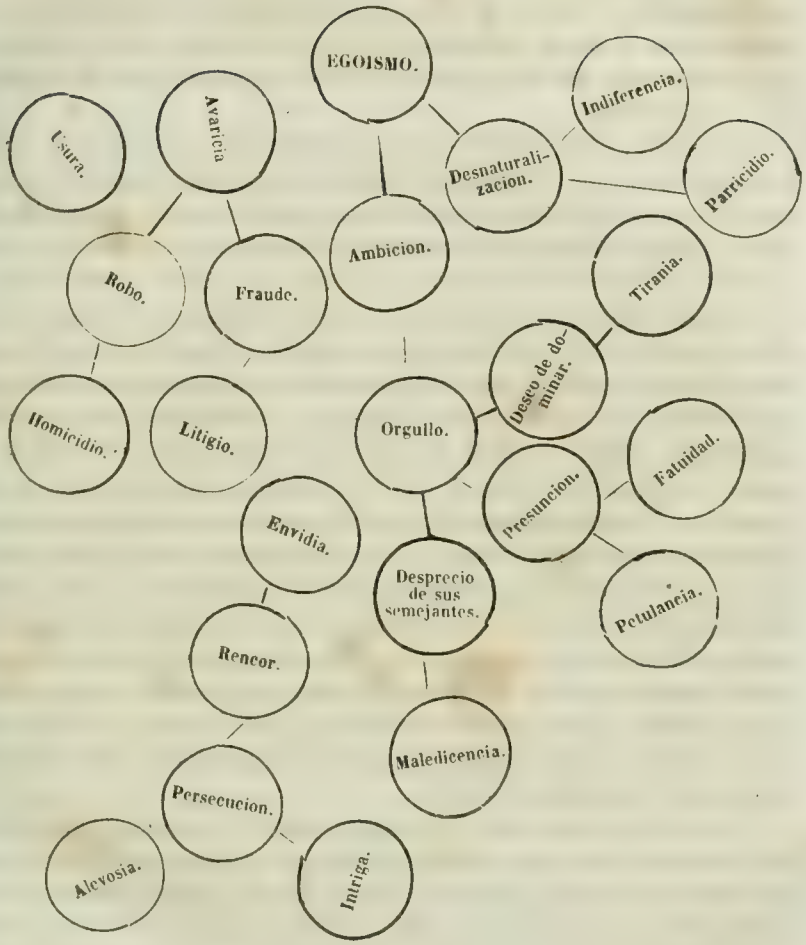
«Vd, confiesa, Gerundio hermano, que el interés individual es uno de los efectos de la Civilizacion, tal como hoy se comprende, ¿no es verdad?

Fr. Gerundio.—No puedo negarlo.

Don Magin.—¿Y negará vd. que el interés individual engendra naturalmente el egoismo?

Fr. Gerundio.—Tambien es cierto.

Don Magin.—Pues bien, del egoismo como de un tronco robusto nacen los vicios y pasiones que mas corrompen la sociedad y mas la desmoralizan y desconciertan. ¿Quereis conocer toda la familia del egoismo? Pues contemplad ese árbol genealógico.



Saqué, yo Fr. Gerundio, mis antiparras, y montándolas en mi nariz en cuarto mayor, púseme á contemplar la larga y curiosa progenie del egoismo, y aquel árbol que por la naturaleza de sus frutos pudiera llamarse bien el árbol de la muerte, por contraposicion al árbol de la vida. Tirabeque le miró tambien muy atento, y despues de haberle contemplado un buen espacio esclamó: «verdaderamente, mi amo, que si la Señora Civilizacion crece á la sombra de este arbolito, ó si este arbolito crece á la sombra de la Señora Civilizacion, que para mí viene á ser igual, mala sombra nos cobija de todas maneras; y algo debe haber de esto, y aun mucho, porque yo mismo he

visto por mis ojos que donde mas gente egoista se encuentra es en esos pueblos que se dicen mas civilizados, pues de mí sé decir que no halla un hombre quien le dé un sacramento ni una sed de agua, como no vaya la paga por delante, que lo que es por caridad y buen corazon, Dios guarde á vd. muchos años.

Don Magin.—Muy bien discurre el hermano lego á su manera. Y si nó decidme: ¿qué se hicieron aquellos tiempos y aquellas costumbres patriarcales, en que los hombres se complacian y gozaban en dar hospitalidad al viajero, en que ofrecian al caminante su albergue para descansar, y le obsequiaban gustosos con la fruta de su huerto y con la leche de sus ovejas, y le invitaban á refrescarse en su baño, y le despedian con sentimiento; sin recibir ni aspirar á otra recompensa que al placer y á la satisfaccion de haberle hecho bien? ¿Qué halla hoy el viagero en los pueblos civilizados? Carruages cómodos, es verdad, mesas opíparas, habitaciones elegantemente amuebladas, sirvientes que se disputan con bajeza el honor de ejecutar sus gustos y sus caprichos, y aun de servirle de pedagogos para sus desarreglos y estravíos. Pero todo á precio de tarifa: las atenciones se justiprecian como los artículos de boca: la amabilidad de una asistente cuesta tanto como la vianda, y una sonrisa de alhago al viajero está tasada en el valor de una botella de vino espirituoso. Las relaciones hospitalarias son relaciones mercantiles. El huésped es bien recibido si presenta indicios de buen pagador; es tanto mas obsequiado cuanto mejor paga, y se llora su marcha porque deja de pagar. Nadie pregunta su historia, sino el número de monedas que ha dejado: á nadie importa su suerte sino su bolsillo. Esta es la hospitalidad de los pueblos civilizados.

Y eso es tan cierto, señor Don Magín, esclamó Tirabeque, que cuanto mas civilizados dicen que son los pueblos, mas subida es la tarifa y mas sin conciencia desuellan al pobre viajero. Miento, que he debido decir al viajero rico, porque el pobre si quiere viajar, tiene que dormir al fresco contando las estrellas, y beber agua de las fuentes, si las encuentra, que esto de tropezar con bobos que le den leche y frutas y posada gratis como vd. dice que lo hacian los señores patriarcas, no está en uso en estos tiempos civilizados.

Fr. Gerundio.—Prevenidos os hallo en demasía, hermanos mios, contra los efectos de la Civilizacion por parte de su influencia en los sentimientos filantrópicos y morales del hombre, representándola como propia para apagarlos ó corromperlos. Habeis hablado de los perniciosos efectos del egoismo. No negaré yo que el egoismo sea una de las pasiones que menoscaban mas la moralidad de las sociedades modernas, si bien las le-

yes proveen en cuanto es posible á la supresion y castigo de los delitos que de él nacen. Pero habeis hablado tambien de la falta de hospitalidad en los pueblos cultos. Y qué ¿no se cuenta para nada ese número infinito de asilos de beneficencia, de hospicios, de hospitales, de casas de espósitos, de establecimientos de inválidos, de colegios de huérfanas, y de otras mil filantrópicas instituciones, en que se dá albergue al desvalido, asistencia al enfermo, alimento al necesitado; instruccion al ignorante, proteccion á la horfandad, consuelo á la desgracia, alivio á la indigencia, correccion al crímen y ocupacion á la vagancia, debido todo á los progresos de la Civilizacion?

«Habeis hablado de las costumbres patriarcales, y de la hospitalidad que en aquellos tiempos encontraba el viajero por do quiera. Yo tambien hallo estas costumbres muy dignas de alabanza, aunque acaso las haya exagerado algo la imaginacion de los poetas y de los admiradores de los tiempos primitivos de la sociedad. Y las habeis comparado con la interesada especulacion y el espíritu todo mercantíl que domina hoy en los establecimientos públicos destinados á los viajeros. Pero al lado de eso, ¿nó entran para nada las comodidades con que hoy convida al viajante la Civilizacion por donde quiera que camine? ¿nó entra para nada la rapidez, la facilidad con que puede trasladarse de un punto á otro? Comparad la inmensa escala que la Civilizacion ha recorrido desde la pollina ó el camello en que viajaban los patriarcas, cuando no lo hacian pédibus andando, hasta las diligencias, las sillas de posta y los coches de vapor en que se viaja en el Siglo XIX. Cotejad la choza de la montaña en que el viandante de las edades patriarcales se deba por feliz si encontraba quien le ofreciese un tarro de leche ó algunas frutas, ó acaso un mendrugo de pan y un jarro de agua, con los hoteles-palacios de Lóndres y París, y sus opíparas mesas y su trato de príncipes. Y decid ahora con ingenuidad por cuál de los dos estremos optaríais, y que diga Tirabeque cómo preferiria viajar, si patriarcalmente y á pié y con la alforja al hombro, ó caballero en un pollino, como lo hacía cuando era lego del convento, aunque encontrara tal cual hermano que le diese gratis *modo patriarcali* algun trozo de carne curada al humo; ó bien en coche de vapor por camino de hierro, con la seguridad de hallar al fin de la jornada una mesa abundante y una cama de muelles, aunque le cueste el dinero, pues nadie como él ha esperimentado de todo; y puede juzgar con conocimiento de causa.

—Señor, dijo Tirareque, quédense desde luego los pollinos y las costumbres patriarcales para quien las quiera, que yo estoy por los adelantos de la Civilizacion, aunque los pague el bolsillo, y mejor por los coches de va-

por que por las diligencias de caballos, y perdone el señor Don Magín, que pienso se ha de ver perdido para contestar á las razones de mi amo.

Don Magin.—Ciertamente, hermanos, que si yo tratára de disputar las comodidades y materiales ventajas que al hombre proporcionan los adelantos de la Civilizacion, debiera darme por vencido. Pero he dicho que apagan los sentimientos del corazon; y esto voy á probarlo con vuestro mismo egemplo. Habeis hablado de los caminos de hierro, y de sus inmensas ventajas. Pues bien, considerémos lo que será la España con caminos de hierro.

Rapidez, velocidad, comodidad, baratura, actividad, en el comercio, facilidad de satisfacer todas las necesidades y caprichos de la vida, hé aqui las ventajas de este medio de transporte: ventajas inmensas, que esceden á todo lo que puede abarcar el cálculo humano. La España con caminos de hierro saldria de su inaccion mercantíl, prosperaría en industria y en comercio, y hasta en ilustracion, y daría un paso agigantado en la carrera de la Civilizacion y de las luces.

¿Pero mejorarían sus costumbres? Hé aqui el problema. La España es el pais de la poesia y del sentimiento; veamos si los caminos de hierro son propios á conservar estas bellas afecciones del corazon, ó si al contrario las ahogan y apagan. La historia del viajero en camino de hierro está reducida á estos capítulos.

«Capítulo 1.° Tomé el billete á precio de tarifa, y me metí en la sala de espera. Allí encontré muchas personas desconocidas que aguardaban lo mismo que yo. Nadie me preguntó quien era ni yo lo pregunté á nadie.

«Capítulo 2.° Sonó la campana. Nos disputamos á empellones quién habia de salir primero. Nos embutimos en diferentes coches, acomodándose cada cual en el que pudo ganar por derecho de conquista.

«Capítulo 3.° Comenzó á rodar el convoy. Los unos se recostaron á dormir: los otros leian un periódico, y yo veia pasar los objetos esteriores con la velocidad del relámpago sin poderme fijar en ninguno. No sé como es el pais que atravesé. Encontramos otro convoy que venia, y que pasó rozándose con el nuestro. No sé quién iría en él, porque no ví á nadie. Quizá sería mi hermano, mi padre... pero no le ví.

«Capítulo 4.° Convencido de que de nada me servia mirar y no ver, me recosté tambien á dormir.

«Capítulo 5.° Cuando empezaba á tomarme el sueño, abrieron la portezuela y me dispertaron. Era que habiamos llegado al término de nuestro viaje.

«Capítulo 6.° Entramos en la fonda y comimos como en nuestra casa, con la diferencia de ser mas los cubiertos, y todos los comensales desconocidos.

«Capítulo 7.° Concluida la comida, cada cual salió sin despedirse de los

otros, y yo hice lo mismo. No sé con quien viajé ni con quien comí. No he vuelto á ver á nadie, y si me encuentro con alguno, es probable que ya no le conozca ni aun de vista. Fin de la historia.

«La historia de otro viaje seria una segunda edicion de esta sin notas.

La monotonía es su carácter distintivo. Desde casa sabe ya el viajero todo lo que le ha de suceder en la jornada. Ni una aventura, ni un encuentro casual, ni una ocasion de socorrer á un desvalido, ni un momento para observar las costumbres del país, ni nada de lo que hace los encantos de la poesía. El camino de hierro es el tipo del prosaismo; es el enemigo de los romances; y si los caminos de hierro se multiplican, se acabarán las novelas contemporáneas, ó serán unas novelas muy insípidas.

«Antiguamente mas, y ahora algo todavia, un viaje en España era un manantial fecundo; no solo de aventuras y anécdotas curiosas, sino de nuevas y afectuosas relaciones. Los españoles, en el hecho de viajar juntos, se creian con derecho y obligacion de entregarse á una espansion y confianza recíproca. Lo primero era manifestarse mútuamente su patria natal, lo segundo revelarse el objeto de su viaje, y lo tercero referirse su historia. Si resultaba tener un amigo comun (lo cual es raro en España que no suceda), un solo conocido que fuese, no era menester mas para mirarse desde aquel momento como amigos, cuya amistad contribuian á intimar las mismas privaciones que juntos padecian en el camino ó los chistes y bromas con que las sazonaban, recordándolas con placer y hasta con entusiasmo en cualquiera otra ocasion que se volviesen á encontrar. ¿Cuántas amistades improvisadas en un viage no han durado toda la vida? Esto era muy tierno, hermano Fr. Gerundio, y constituia una de las bellezas distintivas del carácter español.

«¿Y á cuántas relaciones amorosas no daba ocasion un viaje en España? ¿Cuántos enlaces dichosos no han tenido principio en un viaje? Un accidente impensado, una indisposicion repentina, una privacion cualquiera, la molestia misma daba ocasiou á la galantería, á los sacrificios espontáneos, á la gratitud, á la manifestacion de los sentimientos del alma, y al amor en fin. Esto era mas tierno todavia.

«Pues bien: estas bellas afecciones, qne hacian de la España un pueblo poético y sentimental, y que ya ha entibiado bastante la moderna civilizacion, acabarán de desaparecer y estinguirse con los caminos de hierro. Por que ya no habrá historias, ni trabajos comunes, ni proteccion mútua, ni aventuras, ni encuentros, ni confianzas, ni amistades, ni amores, ni recuerdos, ni poesía. Seremos como los ingleses, que viajan un rato leyendo y otro callando; ó como los franceses que se echan á dormir, y cuando despiertan no ven en el compañero que va al lado sino un bulto mas. Pagare-

mos cinco pesetas por la conduccion de nuestro cofre y diez por la de nuestro cuerpo, y serémos maletas vivientes que llevan de un punto á otro por un tanto. Pero en cambio harémos mas pronto nuestro negocio mercantíl, y cuantos mas viajes mas ganancias. Llevarémos la cabeza para calcular, y dejaremos en casa el corazon.

—«¡Ay, mi amo, mi amo! esclamó TIRABEQUE: razones son las del señor Don Magín que no tienen vuelta de hoja. Paréceme que me declaro contra la Civilizacion, por que yo soy hombre de corazon y no quiero perderle; y aun estoy por decir que le siento un poco menguado desde que he andado por hoteles y caminos de hierro, acostumbrándome á ver muchos hombres y ningun amigo.

—Por nuestro padre San Francisco, PELEGRIN (le dije), que eras una alhaja para juez. Todo te convence; eres del último que habla, y la mariposa y las veletas son mas constantes que tu opinion. ¡Cierto que no dejas de contribuir bien con tus observaciones al esclarecimiento de la materia! Para eso vale mas que calles.

Y por lo que á vos hace, hermano Don Magín, de tal manera os veo pronunciado en contra de ciertos progresos sociales, que me temo llegueis hasta aprobar los tres famosos decretos que recientemente ha dado el Romano Pontífice anatematizando el progreso en sus estados; pues por el primero prohibe la construccion de toda especie de caminos de hierro en sus dominios; por el segundo impide á todos sus súbditos la asistencia á cualquier congreso científico; y por el tercero ordena á los médicos que abandonen todo enfermo que despues de la tercera visita no se haga administrar los sacramentos. Sin duda que vos estais cerca de uniros á esta bandera pontifical enarbolada sobre la cúpula del Vaticano contra el progreso social del mundo.

—Librárame Dios de tal pensamiento, amigo FR. GERUNDIO. Antes bien lo que veo con amargura es que al estremado y esclusivo principio de proteccion de la civilizacion industrial y material no se sabe oponer sino otro mas estremado y esclusivo principio de la tiranía del pensamiento y de la esclavitud intelectual. No hablaré del tercer decreto que envía el sobresalto y el terror á la alcoba del enfermo, y por un esceso de celo religioso (dado que esto sea), introduce una pesquisa desconsoladora y terrible en torno del lecho de dolor, y que acaso le anticipa la muerte. Porque ademas de ser materia delicada, es de las tres la que menos conduce ahora á nuestro intento.

Solo diré, que mientras la Inglaterra se deja arrastrar de esa fiebre, de ese delirio de los caminos de hierro, como si no estubiera satisfecha hasta llegar á construirlos sobre las azotéas de las casas, aumentando horriblemente á su compás el pauperismo y la emigracion forzosa del pueblo, Roma

no se satisface con menos que con proscribirlos y anatematizarlos en los estados de la iglesia, y le falta poco para declarar *cerrado el camino de la gloria* para todo el que intente *abrir caminos de hierro* (1). Y mientras el rey de las Dos Sicilias asiste y preside al séptimo congreso de los sábios italianos reunido en Nápoles, y los honra y obsequia y le dispensa mercedes, el Rey de Roma su vecino prohibe á sus súbditos hasta la asistencia á todo congreso científico, tratando á los hombres de letras como á otros tantos hereges *vitandos*.

Lo que esto prueba, hermano Fr. Gerundio, es lo que he dicho antes, que no se sabe curar el vértigo industrial sino oponiéndole la tirania del pensamiento; que los reyes como los pueblos caen en ideas diametralmente opuestas y estremadas en lo que toca á la Civilizacion y la moral; y que nadie hasta ahora ha acertado á amalgamarlas, ni menos á colocar á cada una en el lugar que le corresponde.

—Puesto que tanto os vais acercando á la razon, hermano Don Magín, yo tambien confesaré que los adelantos industriales, tales como los que hemos citado, al paso que desarrollan prodigiosamente la prosperidad material de los pueblos, amortiguan bastante la poesía del corazon y secan el manantial de muchas nobles pasiones, porque le metalizan de algun modo. Esto es cierto, y nunca he desconocido yo que la civilizacion del lujo tiene algunas contras al lado de sus muchas ventajas.

«Mas considerémosla ahora en su relacion con las costumbres en general. Cotejemos las costumbres de los pueblos civilizados con las de las naciones inciviles. En estas ¿qué es lo que hallarémos? Tiranía en los que mandan, bajeza y humillacion en los que obedecen, tendencia á la crueldad, pasiones violentas, aspereza en el trato, esquivez, falta de ternura y de sensibilidad, pereza é inaccion. Mientras las naciones civilizadas, que por lo regular gozan tambien del inapreciable don de la libertad, se distinguen por la dulzura y suavidad de sus costumbres, por sus maneras blandas é insinuan-

(1) En prueba de la simpatía del Papa á los ferro-carriles, cuéntase la siguiente curiosa anécdota.

Supo Su Santidad que ciertos individuos habian levantado secretamente los planos del pais que media entre Civitavechia y Roma, y esto bastó para alarmarle y enojarle en tanto grado, que dió órden de prender á todo el que se encontrase con instrumentos para construir ferro-carriles. En cumplimiento de esta órden echaron mano un dia á un pobre calderero que por allí viajaba con sus herramientas, tomándolas á ellas y á él por sospechosos de constructores de caminos de hierro. En vano fué quererse justificar el infeliz remendador de calderas. Para probar su inocencia ó culpabilidad le enviaron á un convento de frailes. Y en verdad, ¿quién como ellos podia dar un fallo facultativo? Hé aqui establecido el jurado en los Estados Pontificios.

Los frailes, pues, comenzaron el exámen del artista por darle á componer una gran caldera, y viendo que lo ejecutaba con inteligencia y maestria, acordaron que les remendase toda la bateria de cocina del convento, que no era pequeña, y en seguida declararon el calderero inocente. Asi supo la santa comunidad convertir en provecho de la órden el santo celo del Gefe de la Iglesia.

tes, por esas mismas demostraciones esteriores de consideracion, de respeto, de estimacion ó de cariño, con que los hombres se saludan, se reciben, se despiden y se ofrecen recíprocamente sus servicios; por todas las señales en fin que demuestran la cultura y la civilidad de un pueblo.

Don Magin.—Sí, por todo ese comercio contínuo de mentiras ingeniosas, como dice Flechier; por toda esa geringonza de frases, gestos y contorsiones establecidas por los hombres para disfrazar sus malos sentimientos; por todo ese manual de lisonjas inventado para engañarse mútuamente, que harto bien lo esplica el adagio vulgar que dice: «manos besa el hombre que quisiera ver quemadas.» La verdadera Civilizacion, hermano Fr. Gerundio, es franca, natural, sin estudio, sin aparato. Los sentimientos de un alma generosa y noble no necesitan de un libro de ceremonias para darse á conocer.

«Y sinó, decidme con ingenuidad: ¿de quién aceptarías con mas confianza un ofrecimiento, del sencillo labriego que con frases nada rebuscadas os convidase á descansar en su casita ó á probar el vino de su bodega, ó del cortesano refinadamente culto que con las palabras del ritual corregido y aumentado y mandado observar en sociedad os invitase á ocupar un asiento en su mesa?

«No dudaré que en los pueblos menos cultos se cometan mas actos de violencia. ¿Pero acaso faltan en las sociedades modernas mas civilizadas? Con la diferencia que en aquellos, los enemigos para herir llevan el puñal desnudo, y viéndosele brillar se le puede huir: y en estos, para clavarle con mas seguridad le suelen cubrir con flores como Armodio y Aristogiton cuando mataron á Hiparco.

«Cuando mas que como he dicho antes, yo no comparo pueblos civilizados con pueblos salvages, sino hombres y pueblos refinadamente civilizados y refinadamente corrompidos, con hombres y pueblos que no han alcanzado tanta civilizacion, pero tampoco tanta corrupcion de costumbres.

«Ademas, hermano Fr. Gerundio, ¿no vemos cada dia en los pueblos mas adelantados de la Europa culta actos de barbárie y de ferocidad que acaso no cometerian los mismos Sármatas, Escitas ó Cosacos? ¿No vemos diariamente parricidios premeditados, asesinatos entre esposos con circunstancias horribles, y madres que ponen fin á la existencia de sus mismos hijos con una crueldad que hace estremecer? Qué mas? ¿No hemos visto muy recientemente á un gefe militar de esa Francia tan civilizada dejar muy atras la ferocidad de los mismos Beduinos (1)?

(1) Alude el hermano Don Magin al acto de inaudita barbarie cometido por el coronel Pelisier en Dahra (Argelia) en junio de 1845, quemando dentro de una gruta á 600 árabes de todas edades y sexos. Suceso que hizo estremecer de horror todo el mundo.

«¿Dónde están, pregunto yo ahora, la moralidad, las inspiraciones generosas del corazon, la buena fé, la noble franqueza, el desprendimiento, la hospitalidad, los sentimientos humanitarios, la amistad verdadera, el amor sublime, la fidelidad conyugal, las virtudes en fin que nacen de la Civilizacion, tal como hoy se comprende? Recordad el árbol del egoismo y del interés individual.

Fr. Gerundio.—Obcecado veo á vd. en demasía, hermano Don Magin, en contra de la Civilizacion.

Don Magin.—Al contrario, soy el mas ardiente apasionado de ella.

Tirabeque.—Pues señor Don Magin, vd. perdone, pero se le conoce muy poco.

Don Magin.—Eso yo os lo demostraré otro dia. Por hoy es tarde y necesito descansar. Pero confio haceros ver en otra ocasion que la Civilizacion puede ser el mayor bien á que puede aspirar en esta vida el linage humano.

LA POESIA EN DECADENCIA.

Indudablemente la poesía recreativa ha tenido su época de furor en nuestro siglo y en nuestra España. No habia publicacion que no saliera atestada de composiciones, ya de algunos poetas, ya de innumerables fabricantes de versos. El bello sexo era el consumidor en grande de esta mercancia, y con eso los poetas nacian y pululaban como yerbas en primavera lluviosa.

Pero el mejor género pierde de su valor cuando llega á hacerse escesiva su abundancia en el mercado, y esto debe haber sucedido á la poesía lírica-amorosa, á juzgar por la indiferencia con que es leida ó escuchada por el mismo sexo que antes contribuyó tanto á su desarrollo.

Entre otros ejemplares puedo citar una escena de *Teatro casero* que tuvo lugar no há muchos dias entre un versificador y dos jóvenes señoritas Hallábanse estas entretenidas en sus labores domésticas de costura, que la longitud de la noche habia hecho necesario emprender, y la confianza con el poeta no habia hecho necesario interrumpir. Mientras llegaba la hora en que otros actores acostumbraban á concurrir á la tertulia, preguntáronle al jóven poeta sino tenia algo que leerles, á que contestó que sí, y que lo haria con mucho gusto.

Y echando mano al bolsillo, sacó algunas composiciones de su propia cosecha é ingenio, y dió principio á la lectura, que ya la mamá, ya las niñas, y ya tambien la criada, salpicaban con las interrupciones que van señaladas con letra cursiva, resultando un diálogo tan original como curioso.

¡Muger! ¡muger! oye mi triste acento!
Que llaman, Celestina.
Dime quién es ese rival odioso.
El aguador, señora.
que de beber su sangre estoy sediento,
Dí que traiga otra cuba,
y en ella ¡sí! me bañaré gustoso.
y llene la tinaja.

———

¡Muger! mira mi pecho desgarrado!
¿Se cose esto á pespunte?
Mira mi rostro en lágrimas deshecho!
Jesus, qué hilo tan gordo!
Muger, ó ten piedad de un desdichado,
Corta sin duelo al viés,
ó el duro acero clavaré en mi pecho.
¿Dónde están las tijeras?

Por este estilo prosiguió toda la lectura, debiendo quedar sin duda altamente satisfecho el poeta de la atencion é interés con que era escuchado, ó al menos de la oportunidad de las interrupciones.

Yo Fr. Gerundio, siento que en el *Teatro social* se den tales muestras de la decadencia de la poesía.

FR. GERUNDIO Y SU LEGO

EN UNA CASA DE LOCOS.

Como en nuestras escursiones y viajes hemos tenido siempre por costumbre mi lego y yo visitar toda clase de establecimientos, asi literarios como artísticos, asi de recreo como de beneficencia, acaecianos lo mismo con los hospicios de dementes. Diré lo que nos pasó en uno de ellos. No le nombraré, y es uno de los obsequios que puedo hacerle.

Escusado es ponderar el dolor que se siente al entrar en un hospital de locos en España. Nosotros que habíamos visto los célebres hospicios de *Bicêtre* y *Charenton* en Paris; nosotros que habíamos recorrido sus vastos salones y sus ventilados y limpios dormitorios, sus salas de baños calientes y frios, sus estufas, sus galerias, sus corredores, sus anchos y vistosos jardines; nosotros que habíamos admirado la abundancia de sus aguas; que habiamos visto las salas de recreo, con sus mesas de villar, sus pianos y sus libros; nosotros que habíamos presenciado el espectáculo, sorprendente para un español de 40 ó 50 dementes de ambos sexos comiendo tranquilos á la mesa del director, y en compañia de los médicos, practicantes y otros empleados del establecimiento, con tanta decencia y abundancia, y con tan finas maneras como pudieran observarse en un colegio de educacion ó en las casas de sus familias: nosotros que habíamos sido testigos del órden, prudencia y miramiento con que eran tratados aquellos desgraciados, asi como del sistema sanitario tan perfeccionado por Mr. Esquirol: nosotros que conocíamos la admirable sabiduría que preside al régimen de los dos hospicios de dementes mejor organizados que se conocen en el mundo, el de *Bedlam* en Lóndres, y el de *The Hanvel Asylum*, modelos inimitables en este género de instituciones; edificios magníficos, inmensos, que han hecho decir la espresion hiperbólica de que los ingleses alojan los

desgraciados en palacios, y los reyes en hospitales; y veíamos ahora las lóbregas y mezquinas jaulas en que arrastraban su miserable existencia los infelices desjuiciados de España, y aquellos pátios, ó con mas propiedad corrales, en que se agitaba y revolvía, como si fuese una piara ó rebaño de animales inmundos, una multitud de hombres que apenas se conoceria que lo fuesen si de antemano no se supiera; y sobre todo cuando veíamos aquellas gabias en que yacen y son tratados los hombres á guisa de perros rabiosos; padron de vergüenza, y afrenta y escándalo de la humanidad, del siglo y del país.... nuestro corazon se partía de dolor, nuestro espíritu se abatía, y venia á aumentarnos la pena y el desconsuelo de tan repugnante espectáculo, la inevitable comparacion que nos inspira el recuerdo de lo que en otra parte habíamos visto, lo cual añadia el bochorno al sentimiento, y el sonrojo á la compasion.

En aquellos paises casi se puede desear el padecer una puntilla de enagenacion mental á trueque de ser tratado como en *Bedlam*, *Charenton y Hanvel*: en el establecimiento español que visitábamos, el que por equivocacion éntre cuerdo, puede tener el consuelo y la seguridad de ponerse á los pocos dias loco rematado. No es que le falten al gobierno modelos que imitar: es que nosotros debemos estar condenados á tener gobiernos que nos hagan á todos perder el juicio, despues de perderle ellos los primeros.

Acompañábannos el director y el conserje, álias cómitre, los cuales nos invitaron á visitar los diferentes departamentos. Mi paternidad accedió de buen grado, pero Tirabeque se apresuró á hacer la escepcion del departamento de los furiosos, «pues por muy sujetos que vds. los tengan, añadió, el hombre aunque sea loco hace esfuerzos increibles por recuperar su libertad, y quién sabe.....» y miraba en todas direcciones por si acaso se habia soltado alguno, y le agarraba por detrás.

La reflexion de Tirabeque fué tomada en cuenta, y en su virtud nos encaminamos á los departamentos de aquellos mas pacíficos y tranquilos, cuyas estravagancias escitan naturalmente la risa al mismo tiempo que la compasion. Mezcla singular de afecciones semejante á la que se esperimenta cuando se reciben ciertos desengaños, que aflige y se siente el resultado, y alegra y tranquiliza el salir de la ansiedad que dá la incertidumbre.

Para entrar en la primera jaula nos advirtieron el director y el conserje que hiciéramos por ocultar nuestros relojes: preguntamos la causa, y nos

informaron que al que en ella se encerraba le habia dado la mania por querer impedir el curso del tiempo y de los años. Parece que en su juventud habia sido muy enamorado, y viendo que con la edad le iba faltando el parti-

do con las damas, de tal manera dió en cabilar y discurrir sobre el medio de evitar que la vejez se le viniese encima y que por él no pasaran los años, que estaba en movimiento contínuo como pugnando por huir de que le alcanzára el tiempo. En efecto al entrar encontramos un hombre de edad madura paseando rápidamente de un lado á otro, como asombrado de algo que le perseguia.

Al vernos asomados á la rejilla nos preguntó: «¿no es verdad, señores, que estamos en el 15 de agosto de 1820 á las doce del dia?

—Si señor, le respondimos todos.

—Entonces voy bien.» Y miró á una esfera de reloj que con carbon habia trazado en la pared señalando á las doce, y se quedó un poco mas tranquilo. En seguida nos preguntó: ¿qué edad me echan vds?

—Dicen los señores, contestó el director, que sobre 28 ó 29 años.

—No llego, contestó él; 25 hechos, y 26 no cumplidos. Vamos, el tiempo se está quieto; pero no me fio.» Y volvió á pasear apresuradamente mirando hácia atrás.

—Esta si que es una locura verdadera, nos decia PELEGRIN: y en una señora no la estrañaria demasiado, pero en un hombre no la imaginára yo nunca.

—Al contrario, PELEGRIN, le respondí yo; esta es una clase de manía de que participan muchos hombres. Y aun fuera de esta casa los conozco yo, y tú deberás conocerlos tambien, que quisieran que no pasára nunca el año 12, otros que desearian que no hubiera pasado ó que volviera el año 23, otros que querrian estacionarse en el 34, otros en el 40, y otros en el presente de 45 ó en otro año y dia cualquiera que para ellos haya sido memorable y feliz, como sin duda lo sería para este pobre hombre el que tiene tan presente aun marcado en la pared como dia fausto; sin considerar unos y otros que el tiempo no pasa en valde y que es imposible detenerle.

—Señor, á esas reflexiones no tengo nada que decir.»

Y pasamos á otra jaula.

El segundo era un jóven de mediana talla, cuyo rostro hacian aparecer mas pálido y demacrado la espesa barba que hasta cerca del pecho, y las largas melenas que del occiput hasta un tercio de la espalda le caian, las cuales nos dijo el director tenian que peinarle diariamente, por cuyo trabajo pasaba la familia un plus de pension á la casa, porque en ellas, á semejanza

de Sanson que tenia la fuerza en los cabellos, hacía él consistir la fuerza de su númen.

Segun eso, pregunté yo, este jóven era poeta.

—Servidor de vds., contestó él, anticipándose al director; y principalmente poeta dramático, aunque poseo todos los géneros sentimentales: bien que demasiado habrán vds. oido hablar del poeta Casimiro. ¿Pertenecen vds. acaso al comité, ó á alguna empresa de teatros?

—No señor, le dijimos.

—Lo creo, porque sinó no se presentarian vds. á mí sin venir dispuestos á darme una satisfaccion: pero una vez que vds. son jueces imparciales, díganme vds. qué razon hay para no haber puesto en escena ninguno de mis 12 dramas, el que menos de siete actos y once cuadros. Bien que la razon es bien sabida. Ya hace tiempo que la envidia y la intriga se han apoderado del teatro y de la literatura, y no digo mas. Yo bien conocia que no habia autor capaz de hacer mi *Saturno* devorándose á sus propios hijos; por eso me ofrecia yo á hacerle; pero no les convenia, porque hubiera revelado sus pobres facultades. ¿Quién era capaz de hacer mi *Ricardo Furioso*, en medio de las ánsias de la muerte, consiguiente al veneno que tomó, repartiendo tajos y mandobles y deshaciéndose de la mayor parte de sus enemigos y principalmente de Arturo y sus cómplices al compas de 63 endecasílabos, los mejores que tenia la pieza? ¿Quién mi Reina *Hermenegilda* con sus dos hijos, uno en cada brazo, degollados por ella misma, inalterable y serena á la vista del cadáver de su infiel esposo, y enseñándolos á su rival la bella Matilde, con una sonrisa que indica la seguridad de que no puede ya escaparse á su venganza, y que la aguarda tambien una muerte cierta y tormentosa? Ya se vé, esto no lo podia hacer nadie, y para no verse deslumbrados autores y actores, era menester que se conjuráran para traerme aqui por loco. Vds. juzgarán, señores; Saturno es el que habla:

¡Cuán sabroso manjar! ¿quién de sus hijos
como yo la sustancia gustó nunca?»

(Saturno enseña los dientes.)

Tirabeque se asustó, y volvió presuroso la espalda, y tras él seguimos todos, encargando mucho mi lego al conserje que por Dios no le enseñára mas locos románticos, porque le daban un poco de miedo. Prometiólo este asi, y nos llevó á otra jaula, donde fuinos saludados con una bendicion.

Era el Arzobispo de la diócesis. Es decir, era un capellan que creia ser

el Arzobispo, el cual nos entregó unos papelitos, que él llamaba pastoral, en que conminaba con las penas mas severas á los clérigos que se mezclasen en negocios temporales y que abusáran del púlpito y del confesonario

para inquietar las conciencias de los fieles hablándoles de política y de cosas que no les incumben.

—Señor, me dijo Tirabeque, este eclesiástico como capellan será loco, pero como Arzobispo, por mi ánima sino es mas cuerdo que el mismo Arzobispo Turpin; y por mi voto diérale yo la primer mitra de España, bien que si fuera arzobispo de veras, es regular que no pusiera estas pastorales.

Pasamos á otra jaula. Su inquilino, segun nos dijo el director, se habia vuelto loco por celos de su muger, sobre lo cual observó Tirabeque que

si tales causas produjeran siempre tales efectos, no habria en el mundo jaulas donde recoger tantos locos.

En la siguiente encontramos un hombre de mediana edad totalmente estenuado; tanto que, como se suele decir, no tenia mas que el armazon. El conserje nos dijo que no habia medio de hacer á aquel hombre que se alimentára, y que solo vivía de algun líquido que en los pocos ratos que le tomaba el sueño le podia introducir con la sonda.

—A muchos, le dije yo, les dá la enagenacion mental por no comer.

—Este pobre hombre, añadió el conserje, era un cesante.

—Y lo soy todavía, respondió él: y sepa vd., caballero, añadió, que no obro asi por mi gusto, ni por falta de hambre, pues ahora mismo la tengo tal que me zamparia á todos vds., y aun con este mozo no tendria bastante para almorzar (señalando á Tirabeque); sino que obro por órden del gobierno, y no comeré ni probaré bocado hasta que sean atendidos mis méritos y servicios.

—Pues vd. se morirá antes, le dijo Tirabeque, y así no sea vd. tonto, cóma vd. lo que le den, que eso se hallará; y en cuanto á la locura no lo estraño, y lo que me maravilla es que no tenga aqui mas compañeros.»

Prosiguiendo nuestra visita nos enseñaron nuestros conductores al duque del Infantado, al de Osuna, al Rey legítimo de España, al Patriarca de las Indias, y á otros diferentes personages que decian hallarse allí por haber querido hacer valer sus legítimos títulos y derechos: que nunca á los locos los dá por ser menos de lo que son, sino por creerse los mas elevados personages, y apenas habrá casa de locos en país alguno (si se esceptúa la Inglaterra) donde no se encuentre un Napoleon.

Hallamos en seguida un jóven que tenía constantemente puesta la mano á la boca para que no se le escapase la voz.

Preguntamos quién era, y nos informaron que aquel jóven habia sido un mal cantante, á quien en las sociedades habian prodigado tantos aplausos que habian concluido por hacerle perder el juicio, y que habia llegado á enamorarse de su misma voz en términos, que para no gastarla y para no encantar con ella sino en ocasiones solemnes, de tal modo la cuidaba y economizaba que á veces por reprimirla le faltaba poco para ahogar la respiracion.

—Tantos son los que ha puesto locos la adulacion, dijo Tirabeque, que no sé como no los tienen vds. á centenares enjaulados.»

Otro se empeñaba en que hacia cuatro años que estaba muerto, con áni-

mo decidido de no volver al mundo, decia, hasta que supiera que habian desaparecido tres castas de gentes; los ingratos, los envidiosos y los que fingiendo mucha amistad no van buscando mas que su interés.

—Pues entonces, hermano, le dijo Tirabeque, échese vd. la cuenta de haber muerto para nunca mas vivir, al revés de nuestro divino Redentor.»

Otro al contrario, se aplaudia de haber alcanzado el don de la inmortalidad, lo cual habia sido una fortuna para los demas hombres; «porque si yo faltára, añadia, ¿qué sería de la sociedad sin mis luces?»

Otro decia que era tan desgraciado y que tenia tanto por qué llorar, que si no se reprimiéra, y soltára el trapo, iba á ocasionar sin remedio un segundo diluvio universal.

Interminable fuera no menos que impertinente y dificil hacer mencion de cada una de las estravagancias de los infelices desjuiciados. Mas cuando creíamos llevar casi terminada nuestra visita, «pasemos, nos dijo el director, si vds. gustan, al departamento de los maniáticos modernos.»

—¿Quiénes son los modernos? le pregunté; ¿los que han ingresado recientemente?

—No señor, me respondió, llamamos así á los que padecen las manías de la época.

—No conozco esa clase de manías, repuse yo Fr. Gerundio.

—Pues yo pienso, me replicó, que no solo las conocerá vuestra paternidad, sino que será facil que reconozca á algunos de los que las padecen.

—Vamos pues, le dije; y nos dejamos conducir. El rostro de Tirabeque se habia ido alterando con tantas novedades y sorpresas en términos que no parecia el mismo.

Hallábase el primero muy ocupado y como embebido y absorto en hacer números y colocarlos en casillas.

—«Este será algun estadista, dije yo, ó acaso algun comerciante.»

Ya estábamos dentro de su celda cuando volvió la cabeza á mirarnos.

—Me alegro que lleguen vds. tan á tiempo, nos dijo.

«Quince votos me sobraban en buena ley, aun suponiendo que las elecciones de dos colegios hubieran sido bien anuladas: que tampoco ha habido razon para ello como estoy pronto á probar. Pero aun asi resulta que siendo la mayoria absoluta 4,500 votos, y reuniendo yo 4,515, debí salir diputado en primer escrutinio, sin contar las cuatro papeletas en que me ponen Go-

mez Perez en lugar de Perez Gomez. Aqui están los estados por colegios: vean vds. Ahora bien; en el escrutinio general resulto con 4,000 escasos; ¿qué prueba esto? lo que yo sospeché siempre, que las actas del colegio de Montefrio han sido falsificadas. Señores, van siete elecciones generales, y

debiendo salir diputado en todas no he salido en ninguna, siempre por intrigas. Pero no importa, otras vendrán, y yo seré diputado. ¡Oh, si, yo he de ser diputado á la fuerza! ¿Qué papel haria yo ya en el pueblo, si no fuera diputado, cuando lo es cualquiera? Es menester que yo sea diputado, y les juro á vds. que lo seré. ¿Vds. están por la eleccion directa ó por la indirecta?

—Yo estoy por la indirecta, contestó Tirabeque.

—Vd. es de mi opinion, repuso él; oh! por la indirecta yo hubiera sido diputado en todas las legislaturas, estoy seguro de ello; pero lo seré de todos modos.

—Yo me alegraré, dijo Pelegrin, porque en el estado en que vd. se encuentra regularmente lo haria mejor que otros que no están aqui.

Despedimonos de él y nos dijo el director: «este pobre hombre era un propietario del pais, bastante bien acomodado en su clase y muy hombre de bien; pero le dió la manía por ser diputado, y despues de haber arruinado la casa y vendido la labranza por servir á intrigantes que le incluían en sus candidaturas para hacerle cargar con los gastos, vino á parar en loco.

—Esa es una manía de la época, como otras muchas, le dije, y no lo estraño.»

Pasamos á otro, el cual se hallaba escribiendo, y tenia ademas toda la habitacion, inclusa la cama, cubierta de manuscritos. Luego que nos acercamos nos preguntó si éramos periodistas. La pregunta nos paró un poco, y mi primera sospecha fué que nos habia conocido. Ya iba TIRABEQUEÁ contestar que para servirle, si yo no le hubiera prevenido respondiendo por la negativa. Entonces nos dijo: «pero á lo menos conocerán vds. á algunos periodistas, y me harán vds. el favor de entregarles estos comunicados para que los inserten en uno de los primeros números (y nos puso en la mano una media resma de papel): porque han de saber vds. que pasan de mil los que llevo escritos, todos sobre materias importantes, y que darian mucho interés al periódico, y sin embargo no han querido ponerme ninguno, y es que yo debo tener enemigos ocultos en las redacciones, ó que estas no conocen sus intereses.

—Eso debe de ser, le dije yo, y pierda vd. cuidado, que todos se insertarán, y despues de estos los demas que vd. envie.

Luego que nos despedimos pasamos una ojeada rápida por los comunicados. Los unos iban suscritos con su propio nombre; los otros con diferentes seudónimos, como *El imparcial*, *El Amigo de la justicia*, *Un patriota*, *Un Apasionado de sus doctrinas;* y otros para que hicieran mas fuerza iban firmados por «*Varios amantes de la libertad*; *Una reunion de amigos del bien público* y *defensores de las instituciones.*» Por lo poco que leímos, todos versaban sobre asuntos propios ó sobre alguna ocurrencia de su pueblo, y principalmente sobre la injusticia mayor y mas escandalosa que habia hecho el gobierno que era la de haberle quitado á él el destino.

Preguntónos el director si conocíamos á aquel sugeto, á lo que contesté yo FR. GERUNDIO que nó, pero que conocía á muchos centenares que tenian la desgracia de padecer de manía de comunicados, y que si hubieran estado en la casa me hubieran ahorrado algun dia mucho tiempo y muchos quebraderos de cabeza, como hoy se los darán á otros redactores.

El que vimos despues nos dió un buen rato al principio. No podia darse

mas cordura ni mejores sentimientos que los que manifestó. «Yo, señores, nos dijo, era el hombre mas desinteresado que se conocía: para mí no habia mas miras que el bien del pais y de mis semejantes, ni mas norma que la ley, ni mas razon de preferencia que el mérito, ni mas regla que la justicia, ni mas premio que el testimonio de mi conciencia, ni mas recompensa que la satisfaccion de hacer bien á mi patria, por la cual no habia sacrificio que no estuviera dispuesto á hacer. Estos fueron siempre mis sentimientos. Educacion pública, moralidad, mejoras positivas, bienes materiales, alivio en las cargas, esto es lo que dije constantemente que necesitaba el pueblo.

—Señor, me decia Tirabeque al oido, este hombre no está loco, sino muy cuerdo. A este por fuerza le han metido aqui sus parientes por quitarle la herencia ó por alguna otra cosa asi, porque de estos locos quisiera yo por allá fuera.

—¿Y ahora, le pregunté yo, no conserva vd. esos mismos sentimientos?

—No señor, me contestó; estoy enteramente trastornado, y es que soy otro hombre: me llaman lo mismo, pero yo conozco que soy otro; en fin, ahora me ven vds. completamente al revés de lo que era antes. Si vd. oye á esos señores, le dirán que estoy loco, pero lo que creo es que me han dado hechizos y me han cambiado.

—¡Pobre señor! decia por lo bajo mi lego, ahora se le conoce que está un poco tocado (y señalaba á la frente).

—¿Y de cuando acá, le pregunté, se siente vd. otro hombre al revés del que antes era?

—Desde que me han hecho ministro, me contestó muy sério.

Oir esta respuesta, y conocer que el infeliz lo estaba de remate fué todo uno.

«Señor, dijo entonces Tirabeque, los niños y los locos dicen las verdades. A lo menos este hombre es franco, pues confiesa que desde que le han hecho ministro le han vuelto de al revés. Algo peores son los de allá afuera, que les pasa otro tanto y no quieren confesar que no son los mismos. Y por lo gordo que está el señor ministro debe ser del ramo de Hacienda.

Yo Fr. Gerundio salí de allí sacando de aquel desgraciado dos tristes consecuencias: la primera, que una de las manías de la época es hacerse ministro, y la segunda, que el ministerio vuelve los hombres al revés y les hace perder el juicio.

Al que ocupaba la jaula de enfrente le hallamos sentado en su pobre cama y llorando como un perdido.

—¿Me la traen vds? nos preguntó: ¿ha parecido?

—¿Cuál?

—La carta.

—¿Qué carta?

—¡Ah! nadie me dá razon de ella! ¿Por qué no se me franquean todas las

bibliotecas y archivos de España y del estrangero, y yo la encontraria?

—¿Qué carta es la que le falta á este hombre? pregunté al director: ¿es alguna carta de pago, ó de crédito, ó bien alguna carta ejecutoria que se le haya estraviado?

—No señor: me respondió: este era un rebuscador de manuscritos antiguos, que ha consumido el tiempo, el dinero, el cerebro y la vista en escudriñar y recoger documentos y papeles que nadie acierta á leer; y la carta por la cual pregunta á todos los que aqui vienen, dice ser una carta autógrafa nada menos que de un asistente de Hernan Cortés, en que escribia á su madre dándole la importante noticia de que se hallaba bueno á Dios gracias, y encargando memorias para todos los parientes: cuya carta, que parece hacía parte de una coleccion de documentos inéditos y curiosos para la historia que pensaba publicar, dice que se le ha traspapelado, sin haber sacado por precaucion el *fac-simile*. Y ahí tiene vd. por que está contínuamente llorando.

—Señor, dijo Tirabeque, ¿y por una carta de un soldado tanto se aflige este hombre?

—Eso, Pelegrin, le contesté, es una mania como otra cualquiera. ¿No

has visto tú hombres que se vuelven locos por haber adquirido á costa de oro una moneda de cobre que sería corriente hace dos mil años, pero que ahora no darias tú por ella el valor de cuatro maravedís?

—Tambien los tenemos de esos, respondió el director. Pero ahora van vds. á ver un comprofesor suyo.

—¿Comprofesor nuestro?

—Si señores, un periodista. Vds. deberán conocerle.

—Eso no será fácil, respondió Pelegrin, porque si hubiéramos de conocer á todos los que les ha tomado la manía por ser periodistas, era menester que conociéramos una mitad de España. Porque ha de saber vd. que no hay colegial de provincia de estos que van á Madrid á buscar fortuna, que no pretenda escribir en un periódico, ni cesante ó abogado sin pleitos que no quiera fundar un periódico, teniéndolo por cosa tan fácil y hacedera como si fuese mamarse unos buñuelos, y echando unas cuentas tan galanas que de seguro les van á llover las suscriciones y los pesos duros al estremo de temer ahitarse, á mas de la influencia poderosa que van á ejercer en la opinion. Y lo particular es, señor director, que aunque todos los dias se ven morir periódicos de estenuacion y falta de alimento, no por eso disminuye la manía, antes crece y se propaga como la peste.»

En esto llegamos donde estaba nuestro hombre, y hallámosle escribiendo un artículo de esos que llaman de fondo, aunque no siempre le tengan, en el cual, segun advertí, hablaba á cada paso de *recta razon y sano juicio*, lo cual en la pluma de un loco me pareció lo mismo que lo de *patriotismo* y *virtudes* en la pluma y boca de los que se pusieran á escribir por buscar empleo. Nos preguntó si íbamos á suscribirnos, dijímosle que ya lo estábamos, y que leíamos con mucho gusto sus producciones.

—No esperaba yo otra cosa, respondió; diez y ocho mil suscriciones tengo solo en la casa; y las de fuera ya supondrán vds. que serán muchas mas. Estoy loco con la empresa. Yo no tenia fondos para ella ni menos para el depósito, pero encontré aqui un capitalista loco (que entre paréntesis (nos dijo al oido) de mí dicen que estoy loco sin estarlo, pero el que lo está verdaderamente es él), el cual me ha facilitado todo lo que necesitaba. Si se gana, ganamos á medias, y si se pierde, pierde él, que entre bobos anda el juego.»

No nos pareció tan desjuiciada la última idea, y pasamos á otro, el cual estaba tambien escribiendo.

—Por mi santo hábito, le dije al director, que no faltan escritores en la casa.

—¿No vé vd., me respondió, que es la manía general de la época?

Acercámonos á el, levantó la cabeza, y nos encandiló los ojos. «¿Traen vds. algo que traducir? nos dijo.

—No señor.

—Pues entonces ¿á qué vienen vds?

A nada, hermano, respondió TIRABEQUE lleno de susto; quede vd. con Dios y perdone.» Y luego dijo al director: «si ese hombre no tiene otra manía que la de traducir, es una injusticia tenerle aqui encerrado, porque la ley debe ser igual; y una de dos, ó traer los innumerables que andan sueltos, ó soltar á este.»

Ibamos andando, cuando se sintió TIRABEQUE llamado con una fuerte manotada en el hombro que le heló la sangre, porque creyó que algun furioso se habia soltado. Pero nó; era el de los comunicados que habia venido corriendo á decirnos: «Caballeros, se me habia olvidado advertir á vds. que digan en las redacciones que no pongan mas que las iniciales, porque asi me conviene.

—Pues si á vd. le conviene asi, le dijimos, será vd. servido.» Y se retiró tan satisfecho.

¡Oh, mi general! esclamó el conserje tropezándose con uno de los que andaban por allí libres. Aqui tienen vds. al Excmo. Señor General Don Pedro Aguinaldo. ¿Le caben ya á su Excelencia?

—No señor, por mas que hago no me caben, respondió él golpeándose la frente.

—¿Y qué significa esto de si le caben ó no le caben? pregunté yo.

—Este, me dijo el conserje, parece que era un oficial del ejercito, á quien le dió la manía por ser general, en términos que para poder traerle aqui fué preciso ponerle una faja y unos entorchados, con lo cual vino muy contento. Pero ha aprendido que para ser general deben caberle en la cabeza cuando menos diez mil hombres: él se empeña en que no le caben, y de ahí es el golpearse en la frente como quien quiere hacerlos caber por fuerza.» Oido lo cual por TIRABEQUE, se dirigió al loco y le dijo: «Excmo Señor Don Pedro Aguinaldo, hace muy mal vuecencia en maltratarse asi, porque Generales conozco yo á quienes no cabe en la cabeza un regimiento y son tan Generales como V. E. y aun mas, y constan en la Guia, y cobran sueldo.»

Pareció S. E. tan complacido con el discurso de TIRABEQUE, que poniéndole la mano en el hombro, «señor oficial, le dijo, tengo el gusto de pre-

miar á vd. sobre el campo de batalla por el buen consejo: desde hoy llevará vd. las dos charreteras.» PELEGRIN le dió las gracias, seguimos riéndonos de las ocurrencias y aun discreciones que suelen tener los locos.

Seguidamente encontramos dos disputando muy acaloradamente entre sí. El uno defendía todo lo que era español, de cualquier género que fuese, con preferencia á lo estrangero; el otro elogiaba todo lo estrangero menospreciando todo lo español.

—Bien merecen estar los dos en esta casa, dijo TIRABEQUE, porque tan maniático y tan loco es el uno como el otro.»

El que nos fué presentado despues se hallaba el infeliz casi desnudo y sin camisa. Mas apenas habíamos tenido tiempo para fijarnos en su lastimoso estado, cuando se acercó á nosotros y nos preguntó: «¿han subido los treses?»

—Creo que sí, le respondí yo.

—No tenia remedio, repuso él; la baja no podia ser duradera. Estos hombres se empeñan en tenerme aqui encerrado, que sinó la jugada era hecha. Dos millones á prima, cuatro á sesenta dias, tres en firme... no, en firme seis, porque el alza es segura..... los ocho millones al contado..... si, no puede fallar..... ¿Y como anda la deuda?

—La deuda anda perfectamente, le dije yo.

—A 8⁵/₈? Pues pongámosla á ³/₄..... Veinte y dos millones á prima de uno... para el diez de octubre.... si, es bastante, ¿para que quiero mas?

—¿Quién es este mozo, preguntó Tirabeque, que está sin camisa y echa tantas millonadas?

—Este, respondió el director, como vds. podrán haber conocido, es un pobre hombre á quien le dió por jugar en la Bolsa, y segun me ha informado su familia, le cogio una fuerte baja mas comprometido de lo que sus fuerzas pecuniarias podian resistir, y despues de haberse quedado sin camisa para pagar lo que llaman diferencias: y despues de perder el dinero perdió tambien el juicio y le trajeron aquí.

—Pues este debia ser un hombre honrado, exclamó Tirabeque, que otros hay que en tales casos en vez de pagar y volverse locos y venir á estas casas, conservan su juicio cabal y su dinero y se van á comerlo con mucha calma á estrañas tierras, y á estos no falta todavia por el mundo quien los llame cuerdos.»

Mi paternidad, al ver tanta analogía entre los maniáticos allí encerrados y los que andan libremente por el mundo, estubo cerca de admitir la idea del hermano Montesquieu, á saber: «que sin duda se encierra unos pocos locos en una casa para hacer creer á los de fuera que no lo están (1).»

Por supuesto que encontramos allí otra porcion de *monomanos* tan parecidos á los que cada dia tropezamos por las calles, que fuera trabajo de volúmenes hacer memoria particular de cada uno de ellos, mucho mas cuando su mayor número es de los que irán saliendo á representar su respectivo papel en este nuestro Teatro.

En su consecuencia manifesté á nuestros conductores que nos podian dispensar de continuar la visita, puesto que nuestra curiosidad se hallaba satisfecha.

—¿Y no han de ver vds. me preguntó el director, el departamento de las mugeres?

(1) Cartas Persianas: carta 78, Rica á Usbek.

—Por hoy, le respondí, no me es posible. En un caso seria objeto de la ocupacion de otro dia, si aun nos detuviésemos alguno mas en este pueblo.»

Preguntéles si conocian el sistema de tratamiento de Mr. Georget, ó el de Mr. Esquirol, ó mejor el del famoso inglés Willis, gloria de la Inglaterra y prodigio singular en este ramo, á quien tantos infelices eran deudores de haber recobrado el juicio. Respondiéronme que no habian oido nunca hablar de estos sugetos, y que ellos trataban los dementes *á su modo*. La respuesta no me sorprendió, pero no por eso desconsoló menos mi ánimo gerundiano.

Despedímonos del director y conserge, dejando en sus manos un pequeño testimonio de que no nos era indiferente la desgracia, en la escala en que podian hacerlo unos pobres religiosos; y salimos de allí afligidos, habiendo visto muchas estravagancias, y un bosquejo de las manías de la época. El cuadro en grande se encuentra en el Gran Teatro Social del Mundo.

LA HOMEOPATIA.

I.

Dosis infinitesimales

El pobre Tirabeque se me habia puesto malo. Su semblante presentaba una rubicundez al parecer erisipelatosa, á juzgar por la facilidad con que la flegmasía se trasladaba de un sitio á otro ó se estendia á mayor superficie, y por ir tambien acompañada de fiebre ó calentura, aunque mas benigna que fuerte. Pero al mismo tiempo se le habia presentado una inflamacion en los miembros inferiores, que se estendía por toda la pierna del defecto, y le causaba dolor y bastante incomodidad. Todo esto acompañado de debilidad, desgano, insomnios, y otros síntomas que mi paternidad no podrá calificar bien, por ser estraño á la medicina, y por tanto poco apropósito para formar un diagnóstico facultativo completo.

Fuera lo que quisiera, mi paternidad no podia ver con indiferencia su mal estado de salud, y asi le dije: «yo no sé lo que esto será, PELEGRIN, pero de todos modos es preciso llamar un médico.

—Señor, me respondió, esto debe ser irritacion ó niervos; porque ahora todas las enfermedades ó son de los niervos, ó son irritaciones.

—Nervios has de decir, hombre, que no niervos. ¿Qué diria el facultativo si te oyera esplicar así? Pero repito que sea lo que quiera, es menester que te vea alguno. ¿Quiéres que venga un médico homeópata?

—Señor, mucho he oido hablar de los médicos meopatas, y si mal no me acuerdo, me parece que fué un meopata el que le curó á vd. hace cuatro ó cinco años en Burdeos; y sin sangrías ni sanguijuelas, señor, que de eso me acuerdo bien.

—Asi es la verdad, PELEGRIN; pero esto no debe servirte de regla, porque los médicos son como los confesores; cada cual debe elegir el que mas el guste, ó en quien tenga mas fé. Aquel caso que tuvo lugar conmigo, ó por decir, los varios casos que yo he esperimentado, han podido muy bien ser efecto de casualidad, aunque yo no lo creyera así. Los efectos admirables y cuasi-milagrosos que se atribuyen á la medicina homeopática muchos los creen, muchos los niegan, y muchos dudan de ellos: la Homeopatía es muy defendida por unos y muy impugnada por otros, y no soy yo, PELEGRIN, el llamado á resolver la cuestion. Y adviértote que no digas *meopatía* ni *meopatas*, sino *homeopatía*, palabra griega que quiere decir curacion por homogéneos ó semejantes, porque su principio es: «*similia similibus curantur.*»

—Señor, mucho se habla ahora de la tal homeopatía, y á ser ciertas las cosas que cuentan de ella, mas parecen ser milagros y cosas de Dios que obra de la medicina y de los hombres.

—Como que la llaman la *medicina de Dios*, PELEGRIN; asi la llama el Doctor Chancerelle. Y para que veas el entusiasmo con que de ella hablan sus secuaces, no tienes mas que oir á Augusto Guyard en su obra. *La medicina juzgada por los médicos.* «¡Bendito sea Dios (exclama), y salte la tierra de «alegria! Que al fin ha sido hallada la medicina, la terapéutica de Dios, sim«ple, una, infalible, que debe destronar la terrible Allopathía; este poderoso «morbífugo que va á reducir á sus límites naturales el imperio de la muerte, «á ensanchar los límites de la vida y á restituirle todos sus derechos! Si; des«de hace 50 años, el astro benéfico que disipará un dia la noche profunda de «un cielo sin sol, se ha levantado radiante en el horizonte medical, pero in«visible aún para una parte del mundo que ha de iluminar, ¿por qué ha sido «despreciado ó blasfemado por la multitud de los que no han percibido aun

«su luz, como si fuese un resplandor engañoso y pérfido? Si; hace 50 años «una voz inspirada (esta voz inspirada, PELEGRIN, es la del famoso *Hanne-«mann* descubridor de la Homeopatía) anunciá la tierra el evangelio de los «médicos y de los enfermos, la solucion de aquel gran problema propuesto «por Celso, pero hasta entonces indisoluble á la ciencia humana; á saber; «curar las enfermedades de una manera *segura, pronta y agradable*; *tutò*, «*citò et jucundè* (1).

Y en otro lugar dice: «Hénos aquí salidos de la oscuridad de las hi-«pótesis y de los sistemas; dejamos las fronteras tenebrosas de los domi-«nios del error para entrar en los campos luminosos de la verdad y de la es-«periencia: la noche ha cesado; es de dia..... La Homeopatía es una «verdad, una ciencia, una ley natural, la verdadera verdad, la verdadera «ciencia, la verdadera ley therapéutica, fuera de la cual no hay salud para «los enfermos..... (2).

—Señor, si eso es así, ya no tengo miedo de morirme. Que venga un médico de esos cuanto antes, mi amo, que si es la medicina de Dios como dicen, y tan infalible como el Evangelio, y al mismo tiempo tan pronta y tan agradable, en pocas horas deberá dejarme como nuevo, no solo de esta irritacion que tengo ahora, sino tambien de la pierna mala, que siendo asi como vd. dice, la Homeopatía deberá curar tambien las cojeras, y por mi ánima que si á mí me cura yo le ofrezco á vd. que no solo daré al médico todos mis ahorros, sino que le ayudaré á predicar el Evangelio por esos mundos con mas fé y mas calor que el mismísimo San Pablo. Y asi dígame vd. si la Homeopatía cura no solamente escarlatinas ó lo que yo tenga, sino tambien cojeras de muchos años.

—Mucho pretender es eso de una vez, PELEGRIN. Y adviértote que yo no te aseguro los efectos y resultados de la Homeopatía. Yo no hago mas que dártela á conocer y decirte lo que dicen sus apasionados, para que luego tú hagas lo que mejor te parezca. La salud y el matrimonio son los dos puntos mas delicados, y sobre los que es mas aventurado el meterse á dar consejo.

—Y diga vd., mi amo, y vd. perdone, porque con solo lo que vd. me ha dicho parece que me siento mejor y mas animoso, y aun estaba por decir que me habia bajado algo la hinchazon del muslo en este rato. Dígame vd.; ¿y es cierto que es tan sencilla y tan gustosa esa medicina?

—En cuanto á eso, PELEGRIN, no hay duda alguna, y de ello puedo certificar. Desde luego no hay ni sangrías, ni sanguijuelas, ni apósitos, ni can-

(1) Pág. 92 y 93 de la citada obra. Edicion de Paris. 1842.
(2) Página 100.

táridas, ni cataplasmas, ni drogas, ni brevages; ni unturas, ni nada de todo eso que tanto incomoda al enfermo y á sus familias. Las medicinas homeopáticas están reducidas á dos globulitos blancos del tamaño de dos cabecitas de alfiler, los cuales molidos y mezclados con otros polvítos tambien blancos, pero en muy mínima cantidad, se toman ó bien puestos sobre la lengua, ó bien disueltos en medio cuartillo de agua, del cual se van tomando cucharadítas en los tiempos y á las horas que el médico dispone; y como estos polvítos ó estas cucharadítas de agua no tienen sabor alguno perceptible, de ahí es que se toman sin repugnancia alguna, como puedes conocer.

—Señor, ¿y con esos polvitos de la madre Celestina curan las enfermedades?

—Con esos polvitos, PELEGRIN.

—¿Pero todas las enfermedades, mi amo?

—Todas las enfermedades curables; porque hay algunas que de tal manera tienen ya destruido un órgano, que no hay remedio que alcance á curarlas; pues como ellos dicen, la Homeopatía no fabrica órganos nuevos.

—¿Y cura las tercianas tambien?

—Tambien, hombre: ¿qué valen las tercianas para la Homeopatía?

—¿Y las irritaciones?

—Lo mismo.

—¿Y los nervios?

—Igualmente.

—¿Y las pulmonías?

—Esas con una facilidad prodigiosa. Y las hemorragias, y las optalmías, y los cólicos, y los tumores, y los reumas, y las hidropesías, y las convulsiones epilépticas, y las contusiones, y las caidas, y la apoplegía, y la hidrofobia, y el cólera-morbo, y todo el infinito catálogo de las enfermedades y padecimientos á que está sujeta la naturaleza humana: las agudas con una admirable prontitud, y las crónicas mas lentamente. Adviértote, Pelegrin, que voy hablando siempre en boca de los que defienden la Homeopatía, y con solo el objeto de dártela á conocer.

—¿Y las cojeras, mi amo?

De eso no te puedo decir, pero es probable que tambien, á no ser que de tal manera tengas ya desconcertada la pierna (como yo me temo), que fuera preciso hacerte una pierna nueva, ó una parte al menos, sea la tíbia, el peroné, ó la rótula, á lo cual no creo que alcance la Homeopatía.

—Pero señor, digo yo una cosa, y vd. perdone. Si no dan mas que dos granitos tamaños como dos cabecitas de alfiler, y estos disueltos en agua, y

de esta agua hay que tomar una cucharadíta, ¿cómo diablos puede esto curar una enfermedad, mi amo? Porque si el grano es como la cabeza de un alfiler, lo que llega al estómago será una cosita asi como la punta, y menos si cabe. ¿Y esto es capaz de curar, señor?

—*Mirácula*, TIRABEQUE, ahí está el milagro. Y para qne acabes de admirarte (pues aun estamos muy al principio), voy á demostrarte la pequeñísima, imperceptible, é incomprensible porcion á que se reducen las medicinas homeopáticas, y las operaciones por que antes ha tenido que pasar cada una de esas partecitas microscópicas que decimos.

«Ellos toman un grano de medicamento, cualquiera que sea (y adviértote de paso que no usan mas que los simples). Este grano se tritúra por espacio de una hora con 99 granos de azúcar de leche. De esta primera mezcla se toma un grano (el cual contiene ya una centésima de grano de medicamento), y se demuele y mezcla de nuevo con otros 99 granos de azúcar de leche. Cada grano de esta segunda trituracion contiene una diezmilésima parte de grano de medicina. Tomase todavia un grano de esta segunda mezcla, y se muele otra vez con otros 99 de azúcar de leche, resultando de esta tercera preparacion $^1/_{100\cdot000\cdot000}$, un cienmillonésimo de medicamento.

—Pero señor...

—Espera, que aun no he concluido.—Traidos á este grado de tenuidad los medicamentos antes indisolubles en el alcohol, se hacen perfectamente solubles en este líquido; entonces para hacer mas fáciles las atenuaciones subsiguientes, se reemplazan los 99 granos de azúcar de leche con 99 gotas de alcohol, á las cuales se añade un grano de la trituracion tercera. Se agita por dos veces fuertemente este líquido; luego se toma una gota de esta cuarta mezcla, que lleva ya el nombre de dilucion, y que contiene $^1/_{10\cdot000\cdot000\cdot000}$ de medicamento. Con una gota de esta dilucion mezclada á 99 gotas de nuevo alcohol por una doble succusion se obtiene la dilucion quinta, y asi sucesivamente la sesta, la séptima etc., hasta la trigésima, donde se hace alto, y que contiene una decillionésima de grano de sustancia medicinal, que es la que luego se divide en globulitos, que despues se disuelven en medio cuartillo de agua, como te he dicho, y es de donde se vá dando á los enfermos á cucharaditas.

—Señor, si fuera de las 9 no queda nada; fuera de las 30 ¿que quedará? Y ahora es cuando digo que si los médicos homeópatas curan, curarán por brujería, y no de otro modo, ó tendrán el don de hacer milagros, ó mezclarán algun encanto en la medicina, pues de otra manera tengo por imposible que curen, y mas con la facilidad que dicen que lo hacen.

—No estraño, PELEGRIN, que te parezca inconcebible la fuerza de las medicinas asi preparadas y á tan mínima espresion reducidas, porque el sistema de las dosis infinitesimales, de por si dificil de comprender, es por lo tanto uno de los principales argumentos que sirven á los enemigos de la homeopatia para atacarla, y aun les ha dado pié para emplear contra ella la burla y el sarcasmo. Me acuerdo haber leido en un diario estrangero, el *Journal Medical News and Library*, una receta burlesca para hacer *sopa homeopática*, la cual decia asi: «Tómese dos pichones flacos: suspéndaseles á «la ventana de la cocina de modo que su sombra dé sobre una marmita que «contenga cuarenta litros de agua; hágase hervir este agua lentamente por «espacio de diez horas, y de esto tómese una gota en un vaso de agua cada «diez dias.»

Pero no creas que á ellos les faltan razones para probar la accion prodigiosa de las dosis infinitesimales. Y ademas de citar los testimonios de famosos médicos, y entre ellos del mismo Broussais, cuyo sistema es el mas opuesto á la homeopatía, en que confiesan la accion incontestable de las dósis mínimas sobre la economía animal, ponen ejemplos que no dejan de hacer muchísima fuerza.

El virus contagioso de la viruela, dice Brera, reducido á un estado casi inmaterial é imperceptible, é inoculado en un sugeto, ¿no desarrolla al cabo de cierto tiempo una accion de tal manera poderosa que llega á encender en el organismo un procedimiento que multiplica á millares los átomos contagiosos introducidos? Pues bien, añade el Doctor Nauche escribiendo al Doctor Peschier: «las esperiencias que yo he hecho relativamente á la vacuna demuestran, que *un solo átomo* de gas amoniacal introducido debajo de la piel inmediatamente despues de una vacunacion, basta á desnaturalizar todos los efectos y á impedir el desarrollo de la vacuna (1).»

¿Hay quien niegue, dicen ellos, la energia, la fuerza prodigiosa del gas, del vapor, de la electricidad? ¿Y qué cosa mas atómica, mas infinitesimal? ¿que dósis mas mínima que la de una chispa eléctrica? Y sin embargo sus efectos físicos son admirables.

¿Qué peso, qué cantidad, qué estension pueden tener aquellos efluvios soporíferos que se desprenden de los sentidos y de la voluntad de un magnetizador, y que envian el sueño y la insensibilidad á la persona sometida á su influencia?

¿Cuál podia ser, dicen, el peso de aquel aire famoso que causaba la nostalgía y diezmaba los hijos de la Helvecia? ¿Quién ha podido pesar ni medir

(1) Gaceta de los hospitales, tom. 5, pág. 597.

la dósis de aquellos soplos invisibles de la peste, del tífus, del cólera, que suelen venir de improviso á pasear por la tierra la desolacion y la muerte? ¿Quién ha pesado nunca, ni medido la dósis que tiene la virtud del delfinio que pone en convulsion la mano que le toca, ó del contacto imprudente del zumaque tosiguero? ¿No es bien infinitesimal la dósis de aquellos aromas ó esencias á cuyo simple olfato se trastornan muchísimas personas?

De estos te ponen mil ejemplos, PELEGRIN, deduciendo de todos que no son las cantidades grandes las que producen mas efecto, sino la conveniente preparacion de las sustancias y su oportuna aplicacion á las enfermedades, con el necesario conocimiento de las virtudes de cada medicamento simple, que es el gran descubrimiento que dicen se debe á la Homeopatía, y que produce esas curaciones tan fáciles y tan milagrosas.

—Le aseguro á vd., mi amo, que es cosa de volverle á uno loco. Y yo voy á preguntar á vd. una cosa, y á ello me atengo. La Homeopatía ¿cura ó no cura? ¿A quienes se les mueren mas enfermos, á los médicos homeópatas, ó á los otros? Ahí está el *busilis*, mi amo, y si vd. me prueba que los homeópatas curan mas gente, y mejor y mas fácilmente que los otros, entonces llamaré un homeópata, y sinó nó; las cosas claras, y á las curas me atengo.

—Punto es ese, PELEGRIN, sobre el cual no haré tampoco sino referirte y de ninguna manera fallar, para que luego hagas tú lo que mas te acomode. Pero será en otro rato, que ahora me acuerdo que no he rezado maitines, y la obligacion es lo primero.

—Pues despache vd. pronto, mi amo, que tengo gana de salir de estas dificultades, y quien tiene calentura y la pierna hinchada no admite mucha espera.

DON FRUTOS DE LAS MINAS.

HISTORIA

verídico-novelesca, político-metalúrgico-subterránea.

CAPITULO I.

En este siglo de lo positivo, en este siglo metalizado, como se ha visto en el telon de boca de este Teatro, era natural, consiguiente é indispensable que se dieran las gentes con ahinco á buscar los metales, siquiera estuviesen, como de ordinario están los muy arrastrados, en los escondrijos y latíbulos de las entrañas de la tierra, vecinos y colindantes del infierno, donde con tan plausible motivo no es maravilla que se escurran los humanos que con tanta solicitud los buscan, pues nada mas fácil que el que un escudriñador de aposentos se cuele al del vecino, y mas si halla la puerta abierta, como lo está siempre de par en par la de los profundos, Dios nos libre.

Y mas natural que en ninguna otra parte era en España el desarrollo de este espíritu metálico-escrutador, puesto que sobre habernos faltado cuando mejor recado nos podrian hacer, aquellas remesas de géneros tan elegantes y tan de buen gusto que *in illo tempore* nos venian de Méjico y del Perú, y á que nos habíamos ido amoldando aunque con trabajo, nos constaba por Plinio, Tito Livio, Lucio Floro, Strabon y otros autores, que aqui mismo en nuestro suelo, á poco que se profundizára teníamos, no digo ya para suplir, sino para antojársenos miseria y pobreza lo que de nuestras antiguas colonias antes recibíamos. A lo que se agregaba la fama y tradicion de aquello de los *Pozos de Annibal*, y lo de las flotas atestadas hasta el tope de oro y plata que se llevaban á Cartago aquellos fementidos huéspedes que se vieron

« . . . . . .¡los traidores!
fingirse amigos por salir señores.»

Empezóse en efecto á horadar la tierra allá hácia la Nueva Cartago, ó

sea Cartagena, y el éxito no solo correspondió á las esperanzas, sino que las escedió con creces. Sierra Almagrera comenzó á dar metales con tal abundancia que los primeros esplotadores de minas, antes visionarios y locos, ahora muy cuerdos y profundos calculistas (que segun los resultados asi la opinion se vuelve patas arriba ó patas abajo) pasaron de repente de pobres como Batos, á ricos como Cresos. La mina del *Cármen* adquirió tal fama y celebridad que nadie la nombraba sin relamerse de envidia. Las que luego junto á ella se descubrieron, como la Observacion, la Esperanza, la Estrella, Vírgen del Mar y otras, se fueron haciendo casi igualmente famosas. El *Cármen* y sus colindantes eran en nombradía Napoleon y sus contemporáneos, por usar de la frase titular de la obra de Mr. Augusto Chambure.

Ya se construyeron hornos de fundicion; ya se hicieron copelaciones, y el resultado *positivo* de estos trabajos publicado en las Gacetas del gobierno, con espresion de los tantos miles de marcos de plata limpia y pura que cada operacion habia producido, junto con ver á los mineros del *Cármen*, primero Carmelitas descalzos, y despues Carmelitas calzados y aun vestidos de pies á cabeza, acabó de despertar el *auri sacra fames* tan natural en las humanas criaturas. Los cerros y cordilleras de Cartagena, Murcia y Almería se poblaron de esploradores armados de pico y azada, que en pocos meses abrieron cincuenta mil ó mas bocas.

El furor minero creció á pasos de gigante, y con la rapidez del cólera-morbo se difundió por todas las provincias de la Península. Andalucia en sus cuatro reinos, Aragon con su coronilla, el Principado de Cataluña entero y verdadero, el de Asturias en redondo, Galicia en toda su estension, las dos Castillas íntegras y completas, Estremadura en todos sus estremos duros ó blandos, y toda la España en particular se vió en poco tiempo convertida de agrícola en minera. No hubo cerro que no se catára, montaña que no se abriera, collado que no se agujereara, cuesta que no se registrára, barranco que no se inquiriera, roca que no se barrenára, monte que no se reconociera, pendiente que no se horadára, colina que no se removiera, cresta que no se arañara, bosque que no se revolviera, cordillera que no se calára, lomo que no se rompiera. La España se halló hecha una criba.

De todas partes se recibian las noticias mas lisongeras y satisfactorias. Aqui el descubrimiento de un criadero de cobre; allí el hallazgo de un filon de plomo argentífero; allá una veta de rico cinabrio; aqui una montaña de carbon de piedra; allí el hidrargirio á no poderse agotar; allá el alcohol á surtir los dos mundos; aqui la plata á flor de tierra; allí el oro vírgen en

tortas como ruedas de molino, que dejan muy atrás á los *pepitones* que á mediados del siglo XVIII vinieron de Choco y del Perú. Ahí están las muestras, presentes están los ejemplares, para convencerse no es necesario mas que tener ojos.

Pero la esplotacion exige gastos, el beneficio pide desembolsos, el laboréo necesita concurrencia de capitales, que aunque el metal está á flor de tierra, y es abundante y esquisito, sin embargo. Ea pues, fórmense sociedades de accionistas. Y se formaron sociedades de accionistas en cada capital, en cada villa, en cada aldea y lugar pedáneo, con inclusion de cortijos, ventas, quintas de recreo y casas de labor, donde por casualidad, habria inquilino, colono ó propietario, que no fuese sócio minero por una ó mas acciones y en una ó mas empresas, segun sus facultades. Pero siendo la córte el punto céntrico, y el asiento y emporio de las primeras fortunas y de los capitales mas sanos y mas corrompidos, en Madrid, donde habia penetrado el espíritu minero hasta los tuétanos de los cortesanos á semejanza del hidrargirio, fué donde se formó el número mas prodigioso de empresas y asociaciones mineras. Una accioncita de minas era tan indispensable como la fé de bautismo.

Cada sociedad se dividia en 10, 20, 50, 100 ó 200 ó mas acciones de pago, de á 100, 500, 1,000, 2,000 ó 20,000 ó mas rs., á mas de las gratuitas concedidas al denunciador ó denunciadores, al director facultativo ú otros cualesquiera á quienes se debiese particular consideracion. Y el primer paso de toda sociedad era el nombramiento de una junta directiva ó de gobierno, con sus cargos de presidente, vice-presidente, contador, tesorero, secretario y suplentes respectivos, cuya junta gobernaba la sociedad, si bien con la obligacion de someter sus actos á la aprobacion y sancion de la junta general de sócios accionistas.

Los nombres bautismales con que se distinguia cada sociedad eran infinitos y muy variados y curiosos. Por de contado el martirologio romano se agotó para investir á cada santo de la córte celestial con el patrocinio de alguna sociedad minera; sin que se libertáran ni San Cayetano, ni mi Padre San Francisco, ni otros Santos que habian hecho voto de pobreza para ganar el cielo, de cargar con el patronato de una sociedad que andaba en busca del oro y de la riqueza. Se apuró el Manual de Mitología, y los Dioses falsos y los semi-dioses. Júpiter y las Musas presidian las sociedades mineras á una con la Santísima Trinidad y las Once mil vírgenes del Cristianis-

mo. Se puso en contribucion de nombres á la Teología, á la Astronomía, y á la Zoología. Se echó mano de los adjetivos mas rimbombantes del vocabulario de la lengua, y no bastando todo esto, se apeló á los nombres propios de personas, no dejando en paz á Fr. Gerundio y Tirabeque, con cuyo nombre se bautizó una sociedad en Cartagena, haciéndonos espontáneamente accionistas de ella á amo y lego, sin duda por derecho de nomenclatura, aunque hoy es el dia que ni Tirabeque ni mi reverendísima persona sabemos si estamos en metales ó hemos resultado estériles, si bien el silencio hace presumir que los que en nosotros buscaban riquezas se hayan encontrado con dos pobres mendicantes.

Los nombres de las minas eran los mas consolatorios y del mejor agüero. La Rica, la Poderosa, la Abundante, la Dicha, la Felicidad, la Inagotable, la Argentina, la Afortunada, la Suerte, la Envidiada, la Prosperidad, la Superior, la Venturosa, la Positiva, la Incomparable, la Primorosa, la Perla, la Pujante, la Afamada, la Sin-igual, la Infalible, la Risueña, la Buena-ventura, la Deseada, la Amaltéa, la Bendicion de Dios, la Boca-qué-quieres, el Hallazgo, el Tesoro, el Nuevo-Potosí, Dí con ella, Gracias á Dios, y otros semejantes y no menos significativos nombres.

Así las cosas, llegó á Madrid Don Frutos de las Minas, electo diputado á córtes por su provincia. La coincidencia de su nombre patronímico con el espíritu minero que entonces reinaba en España y en Madrid, le persuadió fácilmente que su horóscopo debia ser enriquecerse con las minas, y dedujo que algun ángel ó profeta habia inspirado á sus padrinos de pila el nombre que le habian de poner, y que tan de molde cuadraba con el apellido, al tiempo que tan en consonancia andaba el apellido con la época. Halagábale tanto mas este pronóstico, cuanto que para venir á hacer la vida de diputado y darse el trato y tono correspondientes á un padre de la patria, habia reunido todos los recursillos de su escasísimo patrimonio, y los mas escasos que le producia su profesion de abogado, no tanto porque él no buscára pleitos como porque los pleiteantes no le buscaban á él.

No tardó Don Frutos en ver satisfechos en parte sus deseos, pues al poco tiempo de estar en la córte, se halló ya accionista de varias minas y miembro de varias sociedades, cuyas adquisiciones hizo, parte buscándolas con solicitud y empeño, parte viniéndosele á la mano como llovidas y brindándole con ellas los amigos. A lo que se agregó la siguiente carta de un pariente que tenia empleado en Córdoba, con que se vió un dia agradablemente sorprendido.

«Querido Frutos: habiendo visto por los periódicos que te hallas en esa desempeñando el honroso cargo de diputado, faltaría á mi deber sino manifestára la satisfaccion que me cabe de que la provincia haya hecho justicia á tus talentos y servicios patrióticos.

«Deseando darte una prueba de mi particular aprecio, te he hecho inscribir sócio de la compañía minera *El Sol* que se ha establecido en esta bajo los mas *brillantes* auspicios, cediéndote una de las dos acciones que en ella llevo. La mina se titula *Felicidad*, y está ya en metales; consta de cuatro pozos llamados *El apetecido*, *La buena dicha, Generoso y San Pedro Alcántara*. El mineral dá un 75 por 100 de alcohol y un 17 y ½ de plata. Por el conductor Pedro Estevez, que sale de esta el lunes, te envío unas muestras para que veas que esto es cosa positiva. Lo ha reconocido el inspector del distrito, y lo ha calificado de mineral de primera. La mina presenta un filon de mas de media vara que va aumentando en potencia. No se encuentra quien enagene una accion ni por un ojo de la cara. Espero que no pasarán dos meses sin que sus productos empiezen á llenar nuestras gabetas, y á sonar en nuestros bolsillos. Me parece que no puedo hacer mas por tí que partir contigo mi *Felicidad.*

«Tengo una solicitud en secretaría, pretendiendo, ó bien una contaduria de rentas de primera clase ó bien una intendencia de segunda. Y suponiendo que como diputado estarás en buenas relaciones de amistad y tendrás favor y confianza con el ministro, espero que no le dejarás de la mano hasta que dicha solicitud tenga el éxito que se desea en alguna de sus partes, qué me alegraría mas fuese la segunda, y si pudiese ser en Málaga ó Cádiz, mejor, porque allí los intendentes siempre tienen algun *pre-mánibus*. En fin lo dejo á tu cuidado y confio en tu influencia y actividad.

«Con esta ocasion tiene el gusto de repetirse tuyo afectísimo amigo y pariente.—*Mariano de la Esperanza.*»

Esta carta llenó de contento á don Frutos, al cual parecia empeñada en sonreirle la fortuna por todos lados, pues hubo accion que logró por cien pesos, cuando le aseguraban que en el pais se andaban solicitando á quinientos pesos el cuarto, en razon á haberse descubierto una galeria antigua, no se sabe si del tiempo de los romanos ó de los cartagineses, ó acaso de los fenicios, y que se duda si será de la que habla Strabon en el libro segundo, ó á las que se hace referencia en el primer libro de los Macabéos. Pero él ha tenido la suerte de tropezar con uno que se deshacia de ella por una necesidad del momento. Y de estas tuvo una porcion de casualidades y chiripas, hasta compadecer muchas veces á tantos infelices como se presen-

taban á transferirle por un pedazo de pan el derecho á una riqueza y á unas obvenciones tan pingües y tan bonitas como las de las minas, atribuyéndolo todo á su signo, fundado en la analogía misteriosa de su nombre con el reino mineral.

CAPITULO II.

Primera Junta minera á que asistió Don Frutos.

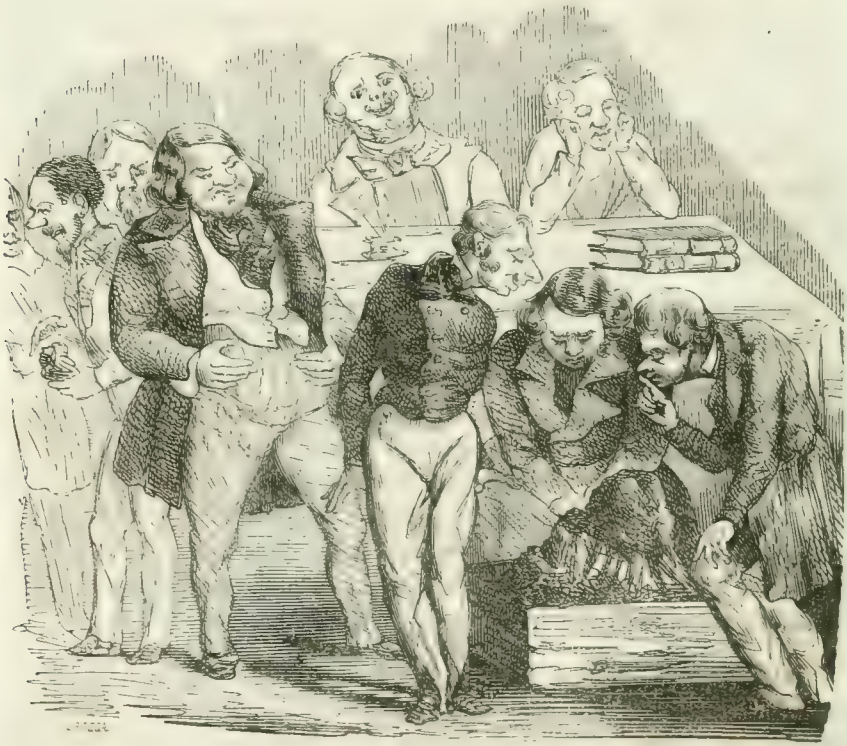
Al poco tiempo recibió Don Frutos el primer oficio de citacion del Presidente de la sociedad *San Pascual Bailon* para la junta general que habia de celebrarse en el salon de la calle de la Paz el domingo inmediato, y el lector supondrá bien que Don Frutos no haria falta ni llegaría el postrero.

Los sócios iban tomando plaza en el órden que concurrian. El presidente y secretario ocupaban los dos frentes de la mesa: sobre esta se veia el libro de actas, los documentos relativos á la sociedad, y varias muestras de mineral, unas al descubierto y otras envueltas en papeles. Al pié de la mesa un gran cajon que contenia unos enormes pedruscos de cuarzo con gruesas vetas de plomo. Los ojos de los concurrentes se clavan en los pedruscos y terrones: el presidente nota aquella impaciencia escrutadora y dice: «Señores, en tanto que concurre el número suficiente de sócios para constituir junta, pueden vds. acercarse á examinar los ejemplares que nos han sido remitidos por el sócio administrador.»

Todos se levantan, y el primero Don Frutos; cada cual echa mano al trozo que puede agarrar: cada cual se apresura á desenvolver un papel: arrebátanselo unos á otros de las manos: fórmanse corrillos; las órbitas de los ojos se achican; las bocas se sonríen; el uno esclama: «esto es esquisito:» el otro dice: «si hay mucho de esto, tenemos una verdadera riqueza:» el otro saca una navajita, y hace sus cortaduras en la veta; el otro escarba con la uña, y por las venas de Don Frutos corre un filon de placer que ahonda hasta las entrañas.

Las miradas de todos se convierten luego hacia el peñasco del cajon. El

sócio mas robusto le saca, pero no puede sostenerle sin la ayuda de otro consocio, á la cual se prestan todos á porfía alargando simultáneamente los brazos. «¡Oh qué prodigio!» esclaman á tres voces. «Y aquí hay plata,» observa un medio accionista, sintiendo en aquellos momentos no tener á lo menos seis enteras. «Y acaso alguna cosa mejor,» añade el presidente con cierto misterio.



—«Señor presidente, dice el secretario, creo que se puede abrir la sesion, porque veo ya mas de la mitad de los sócios: ademas que el señor Gutierrez representa las dos acciones del señor Andrade, que está ausente: el señor Rubio ha presentado el poder de doña Nicolasa Contreras: Don Juan

Albuerne, ademas de su accion, representa las de su señora y sus dos hijas; y don Frutos de las Minas representa tambien la de doña Magdalena Rico: que con los demas señores presentes componen 47 acciones, cerca de las tres cuartas partes del total.»

El presidente toca la campanilla y declara abierta la sesion. Se lee el acta de la anterior, y despues de algunas ligeras observaciones queda aprobada.

—*El Presidente.*—Señores, se va á dar cuenta del informe que la junta de gobierno ha recibido del director facultativo sobre el estado de las pertenencias de la sociedad.» El secretario lee.

Informe del director encargado de los trabajos de esplotacion de las minas de la sociedad titulada *San Pascual Bailon.*

«Señores: desde que la sociedad me hizo la honra de cometerme la direccion de las obras de laboréo y beneficio de las minas de su propiedad, no he perdonado medio ni fatiga para dar á los trabajos una direccion atinada, á fin de que estas posesiones, que tan ricas prometen ser, puedan dar en su dia, que no creo muy remoto, los felices resultados que la sociedad tiene derecho á esperar, y que si no fuera tan opuesto como soy á anticipar noticias lisongeras, diria que acaso irian mucho mas allá de sus esperanzas (los sócios se dirigen unos á otros una mirada jaculatoria).

«Desde los primeros reconocimientos que practiqué conocí, señores, la falta de direccion é inteligencia con que se habian hecho los anteriores trabajos, sin que sea mi ánimo ofender al sócio facultativo que los dirigiera, pues reconozco su celo y laboriosidad. Las labores consistian en grandes zanjones de entrada de escesiva latitud; galerías rectas de grandes dimensiones hechas sin arte, y en direccion á mi entender opuestas al criadero, pues debiendo este marchar de levante á poniente, aquellas llevaban el rumbo de norte á sur: encontré tambien falta de pozos de ventilacion, y de galerías de comunicacion y de nivél: entradas irregulares que no permitian montar tornos ni otros aparatos para la estraccion; vastas cuevas abiertas en terreno blando y esponjoso, y amenazando hundimiento: falta en fin de conocimientos facultativos; siendo de sentir que en tan inútiles obras se haya hecho invertir á la sociedad las crecidas sumas que le han costado (un sentimiento uniforme de indignacion se vé en los semblantes de los sócios).

«El estado actual de las minas, signos que las acompañan, calidad de sus metales, y labores que en ellas se han hecho en el tiempo que están bajo mi direccion, aparecerá del adjunto estado que someto á la aprobacion de la Junta y es como sigue:

«Mina de cobre titulada *Niño Jesus.*—Esta posesion consta de cuatro pertenencias designadas con los nombres de *Caballo de Troya*, *Mil y una noches*, *Lázaro resucitado*, *y Pluton y Proserpina.* Sus dimensiones, la naturaleza del terreno, distancia de unas á otras bocas-minas y demas, se puede ver por el adjunto *croquis.*

Linda al E. con la rica mina *Te-encontré* de la sociedad *El Padre Eterno*, que tantas riquezas está suministrando á sus afortunados poseedores, aunque espero que el *Niño Jesus* ha de ser aun mas poderoso en su dia que el *Padre Eterno*, porque el filon de este que vá creciendo en potencia tengo fundados motivos para creer que pasará por medio de *Lázaro resucitado.* Este pozo tiene 75 varas de profundidad, con dos lumbreras ativadas á sus estremos opuestos. El mineral estraido es un óxido de cobre natural, mezclado con el cobre nativo y verde de montaña, que á pesar de haberse fundido en hornillo abierto por entre el carbon ha dado al respecto de un 45 por ciento. De ello son muestras las señaladas con los números 1 y 2.

Mina de plomo titulada *La bendicion de Dios.* En la galería principal de esta mina á las 92 varas se encontró una capa de cuarcita de mas de media vara de espesor con algunas eflorescencias: al cabo de otras tres varas se hallaron algunas vetítas de galena beneficiable, acompañadas de rica ganga, cuyas vetas, aunque delgadas, van engruesando y llevan el mineral perfectamente pronunciado. Dicha veta ó filoncíto se esplotará luego por una galería de recorte, pero aun no puede atravesarse aquella, porque es preciso

(*La continuacion en la funcion siguiente.*)

contar con su inclinacion y la profundidad relativa, pues nos hallamos en su yacente. De esta mina son los ejemplares señalados con los números 3, 4 y 5, que han dado hasta ahora entre 70 y 80 por ciento de plomo, y entre 7 y 11 de plata. De esta mina se han estrahido sobre 500 varas cúbicas de escombros; viéndose en todos ellos eflorescencias.

Mina titulada *La Bienaventuranza.* Esta mina tiene una galeria principal de investigacion de 115 varas lineales inclusa su entrada; un ramal interior que se dirige de norte á oeste; otro que parte del interior á sub-este; una zanja esploratoria á cielo abierto á la izquierda de la galeria principal, y varias calicatas y pozos al nordeste y sub-oeste. Al final de la primera hemos tropezado con una roca cuarcitosa de estraordinaria dureza, que se romperá á barreno, porque tengo antecedentes para creer que detrás de ella está el gran criadero que tanto buscaron los antiguos, y que ha de hacer verdaderamente *bienaventurada* á la sociedad en pocos meses, pues la mina es riquísima. Mas para esto son necesarias algunas obras, como la de entibacion en el ramal paralelo á la galeria principal y otras que costarán algunos desembolsos.

Mina titulada *Rinoceronte*, con su agregada *Las siete Cabrillas.* De los cuatro registros que se han hecho en esta concesion, dos de ellos indican ser una de las pertenencias mas ricas de la sociedad. En el primero, denominado *El Soberbio*, se ha perseguido un filon, primero en su echado hasta unas 20 varas, y luego en su rumbo, el cual va enriqueciendo á medida que crece á su izquierda una ancha faja de arenisca. Si este filon, que califico de barita, no se pierde como espero, es inealculable la riqueza que producirá. El segundo llamado *Azúcar y Canela*, y cuyo mineral por las señales que presenta no debe ser ni menos abundante ni menos rico que el mejor del barranco Jaroso, y que el tan ponderado del *Cármen*, tengo el sentimiento de anunciar á la Junta que habrá que sostener un pleito sobre él con *Los siete Infantes de Lara*, ó sea la sociedad minera de este nombre, que quiere posesionarse de un denuncio hecho dentro la línea de nuestra demarcacion.

—No digo contra *Los siete Infantes de Lara*, esclamó Don Frutos, interrumpiendo la lectura del informe, sino contra todos los Infantes y aun Reyes de Castilla y del mundo sabrá la sociedad sostener sus derechos ante todos los tribunales de la tierra, y si la sociedad necesita un abogado que la defienda con sus cortas luces, aqui estoy yo que lo haré con la mejor voluntad y gratuitamente.....

Todos.—Muy bien, muy bien: que se nombre á Don Frutos abogado defensor y consultor de la sociedad.

El Presidente.—Al órden señores. El generoso ofrecimiento del señor Don Frutos es muy digno de elogio, y la sociedad le acoge con gratitud. Pero yo no puedo permitir que se interrumpa el órden de la discusion, y nadie como el señor Don Frutos que es diputado á Córtes debe hacerse cargo de esta necesidad.

Don Frutos.—Señor Presidente, yo ignoraba que en las juntas de minas se siguiese el mismo órden de discusion que en las Córtes.

El Presidente.—Exactamente igual y sin desviarnos un ápice. Ahora el señor Secretario acabará de leer el informe.»

Continúa el Secretario la lectura del informe sobre los pozos *Nuevo Mundo*, *Santa Melitina*, *Can Cerbero*, *Cristo del Perdon*, *Doy para todos*, *El Brujo*, *Suerte loca*, y otros; con todo aquello de galerías rectas y trasversales, frontones y testeros, ramales y recodos, horizontales y perpendiculares, vetas, crestones, cintas y bolsas, tierra arcillosa y arenisca, jaboncillo, cuarzo, pintas, eflorescencias, capas, gangas, pizarras y galenas, sulfatos, óxidos, álcalis y sales, tornos, cilindros, poléas, entibaciones y muros de sosten, con lo demas de «espero, me prometo y confio;» y termina el informe diciendo:

«Concluyo, señores, con advertir á la Junta que para ejecutar las obras que llevo indicadas, y que son todas de indispensable necesidad, será menester que la sociedad haga el sacrificio de un pequeño desembolso, que no podrá bajar por ahora de tres á cuatro mil duros, con arreglo al presupuesto detallado que separadamente envio. Es cuanto por hoy puedo comunicar á la Junta etc.—El Director encargado.—Pedro Largo.»

El Presidente.—Señores, la Junta acaba de oir el informe del director encargado de nuestras minas, que no puede ser mas satisfactorio. Los ejemplares del mineral están ahí, debiendo poner en conocimiento de la Junta, que de ellos se han hecho varios ensayos, todos con el mejor éxito. En la direccion de minas se ha fundido un trozo como de dos libras, y hecha la copelacion ha resultado contener viente onzas de alcohol rico y un granito de plata del tamaño de un garbanzo, que es el que está ahí á la vista. Se ha hecho otro ensayo en el horno de fundicion de la plazuela de Afligidos, y ha dado un 85 de plomo y un 9 de plata. Ademas el señor Secretario, valiéndose de su amistad con el farmacéutico Don Lino Costilla, ha logrado hacer otro ensayo en pequeño en los hornillos de este, y ejecutado á su presencia ha dado un 70 de plomo y una lentejuela de plata bastante gruesa.—(El Secretario.—«Aqui está.»—Y la enseña en la palma de la mano).

El señor Berdonces.—Señores, aqui lo que nos conviene es saber la verdad, y yo debo decir que he hecho tambien un ensayo en el horno de

un amigo, aficionado y muy inteligente, que es tambien sócio de la compañía *Los Santos Inocentes* y de *La Afortunada*, y escasamente ha dado un 25 de plomo y nada de plata. Y á esto me atengo, porque aqui no ha habido fraude, que se ha hecho la operacion á mi vista desde el principio hasta el fin.

El Presidente.—Señor Berdonces, eso es decir que en los ensayos que yo he hecho practicar podrá haber habido fraude, lo cual es ofensivo á la Direccion y á las personas que hemos asistido á ellos, y sepa el señor Berdonces que si él busca la verdad y tiene interés por la prosperidad de la empresa, los demas.....

El señor Neira interrumpiendo.—Señores, yo no estoy por las fundiciones en pequeño, porque nunca se puede saber el verdadero resultado. Yo propongo á la Junta que se haga un ensayo en grande de 40, ó 50, ó 100 arrobas, y de esta manera podremos saber á que atenernos: lo demas es quedar siempre en las mismas dudas (el señor Berdonces por lo bajo: «eso no lo quiere la Junta directiva, por que no le tiene cuenta).»

El señor Sarmiento.—Señores, llamo la atencion de la Junta sobre el informe del Director encargado, que si es ó no facultativo y no un mero aficionado, se podria disputar. Pero no me meto ahora en eso, ni si se portó bien ó mal con la sociedad *Jesus María y José,* que le tuvo á su frente y luego le separó por causas que aunque se susurren mucho yo no las creo. Lo que digo es que el señor *Largo* no parece corto para pedir con pretesto de hacer obras. Las obras yo no dudo que serán muy útiles; pero señores, ¿está la sociedad hoy para hacer estos gastos? Dice que las obras anteriores estaban hechas sin arte: señores, yo lo que veo es que cuando estaba el otro capataz se sacaba mineral en abundancia, y que habia ya 500 ó mas quintales fuera de minas: ahora no se nos habla mas que de muchas obras y de muchas esperanzas; y pregunto yo: esos 500 quintales de mineral, ¿qué se han hecho? ¿existen ó no existen? Si existen, ¿porqué no se enagenan, y sus productos no se invierten en las obras, ó bien en ahorrarnos de pagar algunos dividentos? Debo ademas comunicar á la Junta, que acaba de llegar un amigo de toda mi confianza, el cual ha visitado nuestras minas, ha entrado en ellas, las ha reconocido, y viene, señores, asombrado de la riqueza que allí hay, y dice y asegura que especialmente en dos de ellas, (todas dice que son buenas), pero que especialmente en dos, el *Rinoceronte* y *Niño Jesus*, no hay otra cosa que hacer sino sacar mineral, que se encuentra puro no solo en el filon sino en todas las paredes de la mina, y á esto es á lo que me atengo y no á los informes de facultativos, que todos se reducen á hablar de señales y á emplear voces técnicas, y lo que aqui queremos no son términos retumbantes, sino mineral positivo.

Muchas voces: «¡Bien, bien!»—*Don Frutos* pide la palabra y dice: «Señores, veo con mucha complacencia que la discusion lleva el mism giro que la de las Córtes, y esto para mí es la mas segura prenda de la riqueza futura que espera á la sociedad, aunque otros datos igualmente satisfactorios no arrojára, como afortunadamente los arroja, la discusion misma. He oído, señores, el informe de nuestro director facultativo; he oido los resultados de los distintos ensayos que de las muestras de nuestro mineral se han hecho; he oido á los diferentes señores que me han precedido en el uso de la palabra, y principalmente al señor preopinante. De todo ello se desprende, señores, una verdad, un hecho, pero hecho importante, grave, satisfactorio, que nos debe servir de base para nuestras deliberaciones; á saber, que en nuestras posesiones tenemos una verdadera riqueza. (Bien, bien).

«Veo que hay quien dude de la inteligencia del actual director, y de la necesidad de las obras que propone; que se habla de grandes existencias de mineral que había; y que no parece haberse aumentado ni se mencionan en el informe; que la calidad del mineral no está aun bien averiguada; que en medio de la riqueza que poseemos no se tocan los resultados que habia derecho de esperar; que el tiempo pasa y los dividendos corren. Señores, esto para mí es hasta cierto punto incomprensible, y es menester indagar de una vez la verdad: verdad y dinero, señores, es lo que hay que buscar aqui, no palabras ni frases sonoras (muchos aplausos). Para conseguirlo, me atrevo á proponer á la Junta uno de dos medios: ó enviar un ingeniero de cuenta de la sociedad, para que reconociendo las minas.....

Una voz.—Eso ya se ha hecho, y despues de costarle á la sociedad nuevos desembolsos, nos quedamos sin saber si las minas eran buenas ó malas.

Otra voz.—Los informes de los ingenieros son como las respuestas de los oráculos, que hacen á todo y no dicen nada.

Otra voz.—Es que no quieren comprometerse.

El Presidente.—Al órden señores, está en el uso de la palabra el señor Don Frutos.

Don Frutos continuando.—Tanto mejor, señores, para venir al segundo medio, que me parece el mas eficaz. Este se reduce á que se nombre una comision de visita del seno de la sociedad, que se persone en el terreno de las minas, las reconozca, recoja muestras del mineral de todas clases, presencie los ensayos y copelaciones, tome cuentas al administrador, le reemplace si necesario fuese, haga pesar las existencias, obligue á dar cuentas á la sociedad del mineral que se estrahe cada semana, oiga las proposiciones de compra que se hagan, y en fin arregle aquello, y dé resultados positivos y metálicos á la empresa.

Todos.—Aprobado: que se nombre la comision como lo propone Don Frutos, y que emprenda el viage cuanto antes.

El Presidente.—Una vez que la Junta acuerda que se nombre la comision, vds. propondrán los individuos que la hayan de componer.

Muchas voces.—El señor Don Frutos de las Minas debe ser el primero.

Todos.—¿Quién mejor que Don Frutos? Se nombra á Don Frutos por aclamacion.

Don Frutos.—Señores, doy gracias á la Junta por la confianza que me acaba de dispensar, y estoy dispuesto á hacer cualquier sacrificio en obsequio de la empresa. Yo confieso que no soy inteligente en mineralogía, pero creo que el buen celo y la simple vista, junto con una mediana razon natural, bastan para conocer si allí hay metales, y si se presentan con abundancia ó nó.

Una voz.—¿Qué duda tiene? La simple vista.

Otra voz por lo bajo.—¿Y la ventaja de ser abogado y diputado á Córtes? Mejor nombramiento no se podia hacer.

El Presidente.—Debiendo componerse la comision á lo menos de tres individuos, falta nombrar los dos que han de acompañar al señor Don Frutos.

Voces por lo bajo.—Nombrar á Sarmiento, que es el que mas ha hablado contra el Director.

Muchas voces.—El señor Sarmiento, el señor Sarmiento.

El Presidente.—Bien, señores, irá el señor Sarmiento, y si á vds. les parece, el tercero será el Secretario. (Muchos arrugan el ceño. Se murmura un poco; y al fin se accede á que vaya el Secretario.)

El Presidente:—Nombrada ya la comision, se va á tratar de otros asuntos. El sócio administrador remite la cuenta mensual (*voces*: que pase á contaduría, y á la comision de revision de cuentas). El mismo oficia pidiendo que se le envíen tres mil rs., pues la semana última no ha podido pagar los jornales de los obreros. En otro oficio dice, que habiendo servido ya dos años gratis á la sociedad y siguiéndosele muchos perjuicios, no puede continuar desempeñando la administracion si no se le señala un sueldo. En otro insiste en la necesidad de que se construya una casita al pié de alguna de las minas, que sirva para guardar las herramientas, para que puedan quedarse á dormir en ella algunos trabajadores, y aun para ir almacenando el mineral, que de otro modo está espuesto á ser robado como ya ha sucedido. Y en otro oficio propone á la sociedad que se compre una pollina, pues teniendo que usarla para ir de una pertenencia á otra, y costando una peseta cada dia, y aun así á veces no se encuentra, le es á la sociedad mas ventajoso tener pollina propia que pagar este sueldo diario. La Junta de-

terminará sobre todos estos particulares lo que crea mas conveniente.»

Muchos piden á un tiempo la palabra, pero el Presidente la concede el primero al señor Manzano que la pidió con alguna anticipacion, y dice:

El señor Manzano.—Señores, he pedido la palabra para hablar sobre la burra (risas prolongadas: *una voz* «apéese vd.») Señores, no hay que reirse; la sociedad, como dice muy bien el administrador, se está gravando con una peseta diaria de pollina que podemos economizar, ó á lo menos hacer que no nos cueste tan cara, por que yo sé lo que cuesta el pienso en aquel pais, que es una friolera, y comprando la sociedad una pollina, que quiero que le cueste 10 á 12 duros.....

Una voz. Buena será ella.

El señor Manzano. ¿Qué buena será ella? Eso le vino á costar á la sociedad *Vellocino de oro*, y la pollina hace perfectamente su deber.

El señor Alonso. Pido la palabra para un alusion personal (risas). Señores, yo soy de la sociedad *Vellocino de oro*, y fuí el encargado de comprar la pollina, debiendo decir en obsequio de la verdad que me costó 15 duros, y creí haber logrado una ganga.

Voces. Que quede lo de la pollina á cargo de la Junta Directiva.

Don Frutos de la Minas. Señores, una vez que está nombrada una comision de visita, soy de dictámen que sea ella la que arregle, con presencia de datos, el asunto de la burra.

Todos. Tiene razon Don Frutos; que lo arregle la comision.

El Presidente. Señores, es menester ver lo que se determina sobre la casita y sobre sueldo al administrador.

El señor Rivero. Lo de la casita lo encuentro muy justo: á lo de dar sueldo al administrador me opongo hasta que la empresa esté en utilidades.

Una voz. Que sirva de valde si quiere, y si nó que lo deje, que no faltará quien lo haga.

El Secretario. Señores, ¿no ha de ir la comision?

Todos. Dice bien; que vaya la comision y proponga sobre todos estos particulares.»

La generalidad de los sócios cree terminada la sesion y se levantan. Los mas se dirigen á Don Frutos, y el uno le dice: «Señor Don Frutos, ajústeme vd. bien la cuenta á aquella gente, que es una picardía lo que está pasando: si las minas hubieran estado bien dirigidas, hace un año que debiamos estar en productos.»—El otro: «nada, nada, firme con el Director; y si vd. ve que no entra por el camino derecho, fuera con él; cuantos menos facultativos haya, mejor.»—El otro: «no tengas cuidado, que en buenas manos está el pandero.»—El otro al oido: «No se fíe vd. del Secretario, que está de

acuerdo con el Administrador.»—El otro á la otra oreja: «Todos estos de la Junta directiva están á su negocio nada mas: para otra Junta es menester mudarlos todos.»—El otro: «Señor Don Frutos, cuanto antes emprendan vds. su viaje, mejor: ahora sabremos de cierto lo que es aquello.»

Y como den muestras de irse saliendo, el Presidente agita la campanilla, y esforzando cuanto puede la voz «Señores, dice, hagan vds. el favor de sentarse un momento, que aun no se ha concluido.

Voces.—Que arregle la comision lo que falte, sea lo que sea.

El Presidente.—Esto no lo puede hacer la comision, porque es cosa del momento. Hagan vds. el favor de sentarse. (Se sientan).

«Señores, el administrador pide 3,000 rs., y esto no admite dilacion, sopena de mandar cesar los trabajos. Ademas al boticario Costilla no se le ha satisfecho nada por su ensayo, porque el señor Tesorero no tenía en caja un maravedí, aunque esto es cosa de una onza (*una voz*—«por media lo ha hecho el boticario Bermudez para la sociedad de la *Confianza*). Y tampoco se ha acordado el honorario que se ha de señalar á los señores de la comision.

El señor Neira.—En cuanto al honorario de los señores de la comision, opino qne le señale la Junta directiva al respecto de lo que se acostumbra en otras sociedades en iguales casos.

El Presidente.—De todos modos, señores, la Junta directiva que habia previsto este caso propone que se hagan dos dividendos extraordinarios, que podrán ser de 160 rs. por accion cada uno, ó sea un solo dividendo de á 320 por accion (los sócios arrugan las cejas y callan.)

El Tesorero.—Señores, ¿Y qué hago yo con seis recibos que no puedo cobrar?

El señor Garcia Sanchez.—Pido que se cumpla con los morosos el artículo 5 del reglamento.

El señor Alonso.—Que se lea el artículo del reglamento (el Secretario lee)

Los sócios van tomando las sombreros. El Presidente pregunta en alta voz, «señores, ¿se acuerdan los dos repartos extraordinarios que propone la Junta directiva? Los sócios se encogen de hombros, y unos de palabra y otros con un gesto responden: «qué se ha de hacer!» Y se despiden en tumulto.

El Presidente.—Señores, suplico á vds.; dos minutos nada mas. Vds. saben que hay incoada una competencia con *Los siete Infantes de Lara* sobre una de nuestras posesiones; ¿qué se hace en este asunto?

Muchas voces.—De eso se encargará la Junta directiva con el abogado consultor.

El señor Alonso.—Y el señor Presidente, que conoce á uno de los vocales de la direccion de minas, se encargará de hablarle: yo tambien conozco al Secretario, y no tengo inconveniente en que les hablemos juntos.

Todos.—Corriente; confiamos en vds.»

Y antes que el Presidente declare cerrada la sesion, los sócios van desfilando, y desaparecen. Marchan por la calle divididos en grupos y fracciones de tres y cuatro, en una de las cuales se van haciendo malos juicios del Director, en otra se corta al Administrador un sayo completo, en otra se ajusta una bata al Secretario, en otra se murmura del Presidente, y en otra se pone de vuelta y media á toda la Junta directiva, pues todos y cada uno son causa de que la empresa no sea ya á la hora de esta poderosa, porque las minas no pueden ser mejores segun informes contestes de todos los que las han visto, y en otras manos no sabríamos ya donde echar el dinero. Y asi concluyó la sesion.

(*La historia continuará en otros capítulos*).

NAPOLEON Y FERNANDO VII.

Nos lamentamos todos los dias de no tener en España un Napoleon. Esto es lo que se llama quejarse de vicio. ¿Hay nada que abunde mas en España que los Napoleones? ¡Desgraciado el que no tenga un Napoleon! El hombre que no cabía en el mundo le trae ahora un cualquier miserable español metido en el bolsillo de su chaleco. ¿Podemos desear mas?

Sin otras esplicaciones supongo ya que no hay lector que desde la segunda linea de este capítulo no haya fijado su pensamiento en esas monedas francesas de cinco francos que llamamos Napoleones. ¡Hasta en esto se ha de conocer la influencia póstuma del grande hombre! Hay moneda, de cinco francos de la república; hay Cárlos y hay Luises. Sin embargo, al nombrar una de estas piezas nadie dice en España «un Cárlos, un Luis,» sino siempre «un Napoleon, diez Napoleones.»

Asi los grandes hombres
todos los nombres borran con sus nombres.

En una ocasion, estando yo Fr. Gerundio bien tranquilo en mi celda

y bien ageno de pensar en este semi-dios del siglo quellaman dinero, sentí bullir y moverse hácia el lado del corazon una cosa que confieso me asustó al pronto, porque sospeché si el movimiento sería del corazon mismo, y me amenazaría un aneurismo, una cardialgía ó una pericarditis. Mas luego me tranquilize, por que la trepidacion era esterior; era en el bolsillo del chaleco. Y no era solo movimiento, sino que oí clara y distintamente palabras, y palabras acaloradas.

Yo no soy hombre que traiga nunca mucho dinero en el bolsillo, ni le estaría bien á un religioso, que al fin y al cabo profesó de mendicante. Pero me acordé que llevaba un Napoleon y un peso duro, cantidad nada escandalosa, y el *minimun* que puede llevar cualquiera persona decente con destino á imprevistos del ramo de menudencias y á eventualidades de segundo y tercer órden. ¿Qué significa esto? dije para mí.

Con respecto á hablar y moverse por sí la materia bruta, cosa era que debia sorprenderme, si ya no tuviéramos los ejemplos de los árboles del sol que hablaron al rey Alejandro, del terron que conversaba con los labradores etruscos, del navío Argos que conferenciaba con Jason, y de otros infinitos inmuebles que en ocasiones hablan y se esplican mejor que mas de cuatro muebles y semovientes. «Y sea lo que quiera, dije para mí, si estas señoras monedas tienen algo que decirse, salgan al Teatro Social, y oigámoslas todos, que á mí no hay que venirme con secretitos.»

Y aplicando la mano, y llenándoles á uno y á otro la cara de dedos, los saqué resueltamente y los puse sobre la mesa.

«Ahora bien, señores mios, les dije: aquí á mi presencia y á la luz clara pueden vds. departir cuanto gusten y les venga en voluntad.»

Asi lo hicieron, entablando los dos monarcas (el español era un Fernando VII) el siguiente curioso

DIALOGO.

Fernando VII.—¿Con que tú, no contento con haber invadido mis dominios en vida te has propuesto inundar mis estados y plagar todo mi territorio en muerte? ¿Con que no satisfecho con haberme llevado y tenido prisionero con engaños y malas artes, parece que aspiras á aprisionar cuantos ejemplares llevan mi real busto y el blason de las armas españolas? Y al fin entonces invadió la España un solo Napoleon, aunque precedido y seguido de numerosas legiones y ejércitos de soldados: y ahora se ve invadida y plagada de ejércitos de Napoleones. Al fin entonces te contentastes con destronarme y desterrarme á mí solo; pero ahora se aspira á destronar y desterrar á todos mis antecesores y sucesores. ¿Se puede saber quién es el rey de España? ¿Napoleon, ó Cárlos IV? ¿José I, ó Fernando VII? Luis Felipe, ó Isabel II?

Napoleon.—Estos últimos son los que te debieran responder, que no yo. Por que en su tiempo es cuando esto pasa y sucede. Y si bien yo no puedo negar que circulo profusamente por España, aun circulan mas mis sucesores, cargando sobre mi nombre una responsabilidad que no tengo.

Fernando VII.—¿Si circulan? Como que no vá corriendo ya otra moneda: como que se vá haciendo raro encontrar un peso duro en España: como que á juzgar por el numerario que corre se dudaria si éramos franceses ó españoles, y aun se deberia pensar lo primero. Y cuando un pais apenas puede reconocer á su rey por la moneda. ¿qué prueba esto sino que aquel pais esta influido, dominado y aun esquilmado por otro?

Napoleon.—Repito que estas deben ser cuentas de mi sucesor Luis Felipe y de tu Hija é inmediata sucesora. Mi reinado ya pasó, y lo que no ha sido en mi año no puede ser en mi daño. Pero si, que en mi daño es, y no poco; y estas son quejas que yo á mi vez tengo que darte. Mi dignidad y mi valor se ven rebajados: yo valgo en Francia cinco francos, y aquí solo se me aprecia en 19 rs.

Fernando.—Cuestion es esa, Emperador, que valiérate mas no tocar, por que es la que ha de darme la victoria.

¿Diez y nueve rs? Imposible fuera discurrir un valor monetario que peores y mas complicadas y difíciles cuentas hiciera, y que peor se prestára á la division, amen de las pérdidas que ocasiona. Los comerciantes no pueden hacer llegar una mercancia al valor de un duro, porque inmediatamente les presentan un Napoleon; no se atreven á reclamar el real, y maldicen en sus

adentros el Napoleon, por mucho que respeten su nombre. El que cambia un Napoleon pierde de seguro el ochavo, y por un ochavo reniega de Napoleon y sus sucesores, porque de ochavos vive el pobre, y aunque un grano no hace granero; un grano y otro grano y otro grano llegan á hacer monton.

Pero no son estas pequeñeces las que hacen la justicia de mi causa. ¡Diez y nueve reales! ¡Engaño, mentira, superchería! ¿Por qué ha de valer un Napoleon diez y nueve rs? Hablo de la moneda, Emperador, no de la persona. ¿Sábes lo que debia valer un Napoleon en buena ley? Diez y siete reales y veinte maravedís.

Napoleon.—¡Oh! yo no puedo admitir esa rebaja.

Fernando.—Pues es la rebaja exacta y legal; es la que me ha dado el ensayo del peso y el de la regla de aligacion. Yo he pesado un Luis Felipe de cinco francos y una Isabel II de 20 reales. ¿Y sabes el peso relativo de plata pura que contenían uno y otro? 530 granos y 9 décimos el duro de Isabel, y 466 y $^{3}/_{4}$ la pieza de Luis Felipe, que dá la valoracion que te he dicho.

Napoleon,—¡Oh! sería un Luis Felipe adulterado.

Fernando.—Yo no diré que los Luises no tengan alguna mácula que no tuvieran los Napoleones, pero creo sucederá lo mismo en mi España; que por desgracia las monedas nuevas no suelen ser de tan buena ley como las antiguas. Y por último, si quieres que nos pesemos los dos, no tengo inconveniente en ponerme en la balanza á tu lado. ¿Consientes en que nos pese Fr. Gerundio?

Napoleon.—No tengo dificultad en ello.»

Entonces mi paternidad tomó una balanza, pesó cada moneda en su platillo, y halló que el peso correspondia, poco mas ó menos, al del ensayo hecho por el mismo *Fernando VII*. Oido lo cual por éste, exclamó: ¿lo ves, Emperador?» El emperador de cinco francos se encogió de hombros como no hallando qué replicar. Primer triunfo que ganó Fernando VII con sus propias fuerzas sobre Napoleon.

Seguidamente el *Peso duro* continuó con arrogancia:

—¡Diferencia notable y escandalosa! Ya no hablo de la pureza de aquellos Mejicanos, mis antiguos compañeros, del *Plus-Utra* y del *Utraque Unum*, de cada uno de los cuales se hacia un vaso entero, y que van desapareciendo como por ensalmo de la haz de su antigua metrópoli, gracias á vuestras intrusiones y al arrebañamiento que de ellos haceis. Sino que yo mismo me admiro de conservarme en mi patria, y de haber salvado de la universal emigracion de mis compañeros y sucesores.

¿Y para qué nos llevan allá? Demasiado se comprende la especulacion: para ganar con nosotros un 8 por$^{0}/_{0}$, y fundirnos de nuevo, y ponernos otro

cuño, y volvernos á enviar convertidos en piezas de cinco francos, que es para lo mismo que extrahen la plata de nuestras minas. Para volvernos llenos de mezcla y liga; sí, de mezcla y liga, Emperador. ¿Qué apostamos á que no os ponen las nueve milésimas de plata y una sola milésima de cobre que les marca la ley?

Napoleon.—Yo no sé lo que hacen ahora, porque mi reinado, como te he dicho, ya pasó. Pero no dejaré de replicar á algunas de tus razones, en las que estoy seguro de salir victorioso tambien.

Has hablado de la mala division del valor monetario que á nosotros se nos dá en España, de la complicacion para las cuentas, y de las pérdidas que en el cambio á la menuda ocasionamos. ¿Hay por ventura sistema monetario mas complicado y mas imperfecto que el de España? ¿Qué razon hay para que una peseta valga 34 cuartos, y un real 8½? Hay cosa mas absurda, mas complicada, mas enredosa, y de mas impertinente contabilidad que esas columnarias de 42 cuartos y medio, que esos reales de 21 y maravedí, que esas doblillas de 21 y cuartillo, y que tantas otras monedas que con sobrada razon se llaman quebradas, y que mejor se llamarian quebradísimas? ¿Hay nada mas absurdo ni mas desarreglado? ¿Por qué no se adopta en España el sencillísimo y ventajosísimo sistema decimal que nosotros tenemos desde las leyes de 24 de agosto de 1790, de 16 de vendimiario del año II y del 28 de thermidor del año III de la república? ¿Cuántas ventajas no reportarian el estado, el comercio y los particulares?

Fernando.—No niego ni desconozco, Emperador de á 19, las ventajas inmensas de la decimacion para los valores monetarios, aunque para adoptarla en España fuera preciso fundirme á mí de nuevo, que no faltaría á quien le gustára un Fernando VII refundido. Ya parece que el gobierno ha nombrado una comision para que presente en las próximas córtes un proyecto de arreglo de sistema monetario: pero confío en que se quedará en proyecto, y que seguirá reinando en España Napoleon y Luis Felipe. Y contentárame con que el gobierno aplazára esta reforma, con tal que cuidára mas por ahora de conservar los pocos que quedamos, de que no se extrajese la plata de nuestras madres las minas para volvernos á inundar convertida en Napoleones que no valen lo que suenan, sino que se convirtiéra aquí en pesos duros como es de justicia y de necesidad, y de que desapareciera en fin la plaga de Napoleones intrusos, contra la cual protesto y con todas mis fuerzas me declaro.»

Calló Fernando VII: amostazóse *Napoleon*; y ya iban tomando los dos una actitud hostil, cuando yo por evitar un disgusto, dispuse que vinieran á las manos; es decir, á las manos mías; y restituyéndolos á su primitivo

encierro, los hice avenirse á la fuerza y habitar juntos hasta que otra necesidad los separára. En caso de tener que soltar á uno de los dos prisioneros, soy franco, primero daría libertad á *Napoleon* que á *Fernando VII*.

JUICIO CRÍTICO-DRAMÁTICO.

Señor, no me ha dicho vd. nada de la funcion de la otra noche en el Príncipe, y ya que yo no pude ir, desearía saber qué tal cosa es esa comedia nueva. (Esto no ha sido precisamente en este mes.)

—Ví dos comedias nuevas, TIRABEQUE. La primera gustó mucho. Y así era lo natural: porque el argumento es interesante, el enredo perfectamente conducido, el desenlace ingeniosa y diestramente combinado, la versificacion fácil y fluida; en ella vá creciendo el interés gradualmente: abunda en situaciones cómicas, y en episodios llenos de chiste: los caractéres están perfectamente desenvueltos; los diálogos son animados, el lenguage puro y castizo, y toda la composicion respira un fondo de moralidad no comun en los dramas de estos tiempos. El público aplaudió espontáneamente y con entusiasmo, y el autor fué llamado á la escena á recoger los merecidos lauros de su obra, y aunque su modestia parecia rehusar esta ovacion, el público lo pidió con tales instancias y tal empeño, que venciendo el autor su laudable repugnancia fué por último saludado con una salva universal de aplausos, y mas de dos coronas cayeron á sus pies.

La segunda fué, por decirlo así, el reverso de la medalla. El asunto es ya de por sí árido y seco. El enredo se vá arrastrando con languidez: el interés decáe con frecuencia, y aunque el autor parece esforzarse por reanimarlo en tal cual situacion, se trasluce la violencia y se echa de menos la inspiracion: no carece de algunos chistes: aunque la mayor parte son forzados: hay alguno otro carácter natural y tal cual dibujado, pero el del pro-

tagonista está recargado de una manera que se hace inverosimil: la versificacion es desigual, y se observa en seguida de algunos versos sonoros y bien sentidos, otros flojos y desaliñados, con un lenguage á veces de buen tono, á veces rastrero y apenas tolerable en la escena: y en cuanto á la parte de moralidad mucho se equivocaría el que pensára sacar de este drama una leccion de buenas costumbres: el público aplaudió en alguna ocasion, asi como en otras mostró un marcado disgusto: el autor sin embargo fué llamado á las tablas, pero esta honra, que ya se dispensa á todos, no debe envanecerle, sino cuando mas alentarle en su dificil carrera: él es jóven, y por lo tanto se puede esperar que sabrá corregir con el tiempo los graves defectos que se notan en sus primeras obras.

—Señor, siento no haber visto la primera comedia, y me alegro de no haber visto la segunda..... Pero ahora que recapacito, mi amo; ó mucho me engaña la memoria, ó aquella noche no hubo mas que una comedia nueva.

—Asi es la verdad, Pelegrin.

—Pues entonces, ¿cómo ha podido vd. ver dos?

—Ahí verás tú.

—Lo que yo veo es que si no hubo mas que una comedia como vd. dice y á mí me parece, es imposible que haya vd. podido ver dos, porque lo que no hay no se puede ver.

—Eres un torpe, Pelegrin. Te lo esplicaré. Efectivamente no hubo mas que una comedia nueva; pero despues he leido el juicio crítico que de ella hacen dos periódicos, y de tal manera son encontrados y opuestos que al leerlos casi duda uno si son dos comedias las que ha visto ó una sola.

—Ahora ya entiendo el acertijo, mi amo. Y eso debe consistir, si yo no soy muy lego, en que uno de esos dos periódicos será amigo del autor y el otro nó.

—Consiste, Pelegrin, en que muchas veces hay mas parte de farsa en lo que se representa fuera de los teatros que en lo que se representa en los teatros mismos.

Y ahora ya entenderás tambien la siguiente descripcion que de dos paises hace un escritor ingenioso de nuestro Siglo. «Existe, dice, un pais horriblemente miserable y deshonrado. No hay en él ni comercio ni industria, y si alguna habia vá decayendo de un modo espantoso. Todos los pueblos insultan y desdeñan á los habitantes de este pobre pais. Los hombres que le gobiernan son traidores, cobardes y tiranos implacables.

«Y existe otro pais, rico, feliz y respetado. El comercio y la industria florecen y prosperan en él cada dia de un modo sensible. Este pueblo es

temido y respetado de los demas pneblos. Y todas estas ventajas las debe á un gobierno justo y paternal, que sabe unir la firmeza á la prudencia.

¿En cuál de estos dos paises querrias tú vivir mejor, PELEGRIN?

—Señor, témome que esos dos países no sean uno solo, al símil de la comedia. Y lléveme el diablo si el primer país no es el país de un periódico ministerial, y el segundo el de un periódico de la oposicion.

—¡Cáspita, TIRABEQUE, y cómo vas conociendo el *Teatro del mundo*! Así cuando leas mañana: «El señor N. pronunció en la sesion de ayer un brillante y bien sentido discurso: jamás hemos visto al señor N. mas elocuente, mas lógico y mas felíz: las galas de la oratoria con que supo realzar la fuerza incontrastable, la solidez y profundidad de sus razonamientos, dejaron sorprendidos aun á los que ya teníamos la idea mas aventajada de sus brillantes dotes parlamentarias: sin separarse un punto de la cuestion hirió todas las dificultades y con una lógica incisiva pulverizó las débiles razones de sus adversarios. El señor N. estuvo ayer inimitable, y se escedió á sí mismo.»—Y luego leas en otra parte: «El señor N. pronunció ayer uno de aquellos discursos lánguidos y pesados que hacen dormir á los que los escuchan. Difuso, incoherente, divagó de una manera lamentable, y saliéndose con frecuencia de la cuestion dejó intactas todas las razones de sus adversarios. Nunca hemos visto á su señoría menos felíz;»—Cuando leas, digo, estos dos juicios críticos.....

—Señor, cuando lea esos dos juicios críticos, me acordaré de la comedia nueva.

—Y deberás acordarte tambien de lo que te canté en la primer funcion de este TEATRO:

Probaros hé de mil modos,
como dos y dos son cuatro
que este mundo es *un Teatro*
los hombres *cómicos todos*.

—De todo lo cual infiero yo, señor mi amo, que todo es farsa en este mundo.

—Y que la farsa, PELEGRIN, no está tanto en el teatro del Príncipe y en los demas teatros materiales, como en el *Teatro social*.

LA BUENA MUERTE DEL SIGLO.

Mira, Pelegrin (le dije un dia á mi lego): es menester seguir en todo los adelantos del siglo y de la época, porque obrar de otro modo seria acreditarse de estravagante y hacerse el excéntrico.

—Estoy en ello, mi amo.

—Tanto mejor, Tirabeque mio. Pero es el caso que no basta amoldarse á vivir como se vive, es decir, no basta vivir á la moda, sino que es preciso tambien morir al uso que se muere, y adoptar *in articulo mortis* los usos y costumbres y el gusto que domina *inter vivos*.

—¿Y qué pedís en esa peticion, mi amo?

—Pido, Tirabeque, que pues reconoces y confiesas la necesidad de marchar con el siglo, asi en la vida como en la muerte, quisiera que fueses ya discurriendo, no precisamente para ahora, sino para mas adelante, el modo y manera de morir mas acomodado al gusto dominante en la época en que vivimos.

—Señor, confieso que no le entiendo á vd. Yo moriré cuando Dios disponga y como Dios disponga, y harto haré en conformarme con su divina voluntad en todo y por todo.

—He ahí, Pelegrin, uno de los resabios de tu rancia y antigua educacion de convento. Verdad es que antes se esperaba á que Dios enviára la muerte, que cada cual recibia con arreglo al grado de conformidad religiosa que tuviese ó de que el mismo Dios le proveyéra. Pero en esto como en todo, el siglo ha hecho sus adelantos y progresos, y ya no es menester esperar á que Dios envie la muerte á cada hombre, sino que él mismo se la dá cuando se le antoja, ó cuando mas gana y deseo le entra de morir. Y asi tienes que esto de morir por los trámites comunes y ordinarios se va haciendo ya de muy mal género, y que al contrario el suicidio se va generalizando de una manera prodigiosa, rápida y edificante, quedando al gusto del consumidor el género de muerte que se haya de dar, pues los hay mas ó menos elegantes, vistosos y sonoros, como todos los géneros de moda, y que dan

mas gloria y fama póstuma al que los emplea. Hay quien prefiere la muerte de cuerda; hay quien recibe mas placer de la de pistola; hay quien encuentra mas gracia en la de arsénico; hay quien halla mas heróica la de arma blanca; y hay quien dá la preferencia á la de estrangulacion, ó á la de proyeccion, ó á la de inanicion, ó á la de inmersion, ó á la de combustion ó á la de evacuacion, ó á la de.....

—Páre, páre vd. ahí, mi amo, que tan demás están para mí las en *on* como las en *in*, y otras cualesquiera que hubiere: pues yo estoy decidido y resuelto á morir de mi muerte natural y á esperar á que Dios me la envíe, y aun le agradeceré mucho á su Divina Magestad que se acuerde de mí lo mas tarde posible, y harto haré en conformarme con la voluntad del que todo lo puede cuando llegue el caso, y no es poco; y esto porque no hay otro remedio, y porque así me lo manda la santa religion que profesamos, que si resistirlo valiera, tambien lo haria de buena gana hasta donde las fuerzas me alcanzasen, y aun lo haré como lo digo.

—Ya veo, Pelegrin, que no sabes morir al uso del siglo del progreso, y del progreso del siglo: y menester es que reconozcas que una muerte natural es una muerte prosáica y antigua, mientras el suicidio, sobre ser de un gusto mas moderno, encierra mucha mas poesía. ¿No te encanta ver en los teatros la muerte gloriosa y dulce de dos amantes, que con suspiros y palabras entrecortadas, se anuncian mútuamente que tienen dentro de su cuerpo el tósigo que está apresurando los momentos de su existencia, y diciéndose mil ternezas y requiebros se preparan á bien morir abrazándose y es-

trechándose y jurándose eterno amor, y faltándoles el aliento y la vida caen los dos á un tiempo tendidos á la larga, y al mismo tiempo cáe el telon, y se quedan los espectadores envidiando la suerte de aquellos bienaventurados amantes?

—Señor, lo que puedo decir á vd. es que yo no se la envidio, antes los compadezco de todo corazon, y quisiera quitárselo de la cabeza si pudiera, ó á lo menos que les diese tiempo para recibir los auxilios espirituales y morir como cristianos.

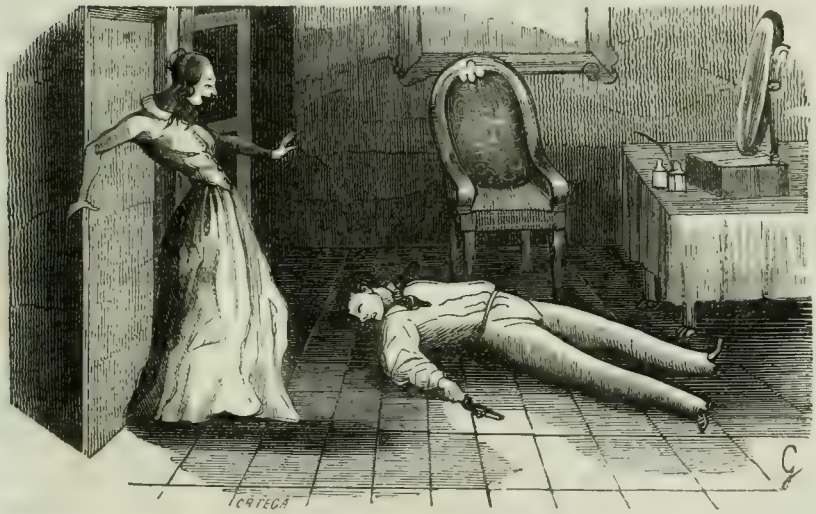
—Está visto, PELEGRIN, que no comprendes la poesía de las muertes heróicas. En cuyo caso tampoco envidiarás la suerte de aquel que cansado de los padecimientos y miserias de la vida, y ansioso de ponerles término y de buscar la felicidad, se arroja de una torre ó del cuarto piso de una casa, y vá diciendo por el camino: «ya soy feliz.»

—Señor, no diera yo el valor de una higa por la felicidad de ese pobre hombre, y tengo para mí que solo un rato de locura.....

—Rapto querrás decir, que no rato.

—Si señor, que solo un rapto de locura es lo que puede inducir á echarse á buscar la felicidad por tan malos caminos.

—Todo consiste en que tú no lo comprendes. Pues ahora figúrate tú un jóven enamorado y celoso, y que no hallando otro medio de vengarse de su dama se propone darle un mal rato, y hacerle ver con quién se las habia. Al efecto se coloca donde sabe que ella ha de entrar no tardando, se provee de una pistola, amartilla, dispara, se atraviesa el corazon, ó se levanta la tapa de los sesos, y cáe..... éntra la desdeñosa dama, se encuentra con el sangriento espectáculo, dá un grito de horror, y se desmaya.....



¿Comprendes tú bien lo que en aquellos momentos gozará el celoso y desesperado amante al ver lo que padece la ingrata que á tal estremo le ha conducido?

—Señor, ¿cómo ha de gozar si está muerto?

—Quiero decir, momentos antes de ejecutar la brillante accion.

—Lo que pienso yo que consigue con eso, mi amo, es dar por el gusto al otro mancebo su rival, que de esta manera queda libre de enemigos y dueño del campo. Y de todos modos tengo para mí que debe ser una gran simpleza eso de matarse por celos, puesto que si la doncella quiere á otro

se darán la enhorabuena de no tener quien los estorbe y haga mal recado, y si le quiere á él, eso mas se pierde. Y esto sin mirarlo por el lado de la religion y de lo que perderá su alma, que esta es la mas negra.

—No sé, PELEGRIN, si lo que te hace mirar los suicidios bajo ese punto de vista serán los principios de religion, ó será acaso tu pusilanimidad, que es lo que mas creo. Pero sea lo que quiera, has de saber que es uno de los progresos que vá haciendo la moral del siglo. Medio año hace que tengo la curiosidad de llevar cuenta y tomar nota de los casos de suicidio que nos anuncian los periódicos, y en estos seis meses, solo en nuestra España, han ocurrido seiscientas sesenta y tres muertes de esta clase, á las cuales habrá que agregar las que no comunican los diarios. Y por lo que hace al estrangero, no solo pienso que no es menor su número , sino que este género de muerte ha sido adoptado por muy nobles y principales caballeros, como son lores, títulos, literatos, hombres de estado, etc. Asi murieron el lord Castlereag, el caballero Yort, Sir Samuel Romilli, el baron Aquiles de M.... que no ha muchos meses se arrojó de una de las torres de *Notre-Dame* de Paris, el honorable Mr. White, presidente de la cámara de los representantes de los Estados Unidos, el duque de Saint-Tavannes, par de Francia, que es caso reciente de hace quince dias, y otros muchísimos que te pudiera nombrar muy facilmente. Lo que te probará, PELEGRIN, que el suicidio es una de las escenas dramáticas que se ván poniendo mas en moda entre los actores de mas categoría del gran TEATRO SOCIAL.

—Pero en cambio de eso, mi amo, tambien podría yo citarle á vd. otros suicidios bien plebeyos. Porque todos los dias nos están anunciando los periódicos que en tal parte se degolló un barbero con su propia navaja; que en cual parte se disparó el fusil un recluta al propio intento; que en tal ciudad se colgó de una escarpia la muger de un mozo de esquina con los cordeles de su marido; que en tal villa se tiró al río un sastre remendon; que en otro lado se levantó el cránio de la cabeza un oficial de zapatero; que acullá se arrojó al mar un vendedor de fósforos y librillos. Y acuérdanseme ahora dos casos de este mismo verano que acaba de pasar, y que Dios y vd. me perdonen, pero confieso que me hicieron reir.

¿El uno es el de aquel maestro de primeras letras de Osuna, que se arrojó en la noria de una huerta, y que dejó escrita una carta, que por Dios y por mi ánima que no era la mejor leccion para los niños de la escuela (1).

(1) La carta á que se refiere TIRABEQUE, y que se halló en el pretil de la noria decia asi: «En este *acuoso y corto recinto* se halla *frescamente* el cadáver de Don Ildefonso Ochoa de Aldas. Ha mucho tiempo tenia pensado suicidarme *por delicadeza*, omito los bastantes motivos al efecto: fui de-

Y el otro es el de aquel ciudadano que se suicidó aqui en Madrid en la calle del Calvario, y que dejó escritos un par de documentos que por vida de mi zapato si eran muy de hombre de estado que digamos (1). De lo que infiero yo que eso de quitarse la vida á sí mismo debe de ser de gente ignorante y vulgar y falta de cacumen.

—Al contrario, Pelegrin, lo que eso prueba.....

—Perdone vd. que le ataje la palabra, mi amo; porque ahora se me acuerda tambien otro caso de suicidio de un cuadrúpedo.

—¡Cómo de un cuadrúpedo!

—Si señor, de un animal; de una mula. Acuérdome que hará cosa de mes y medio, un Diario de la Habana contaba que yendo una mula uncida á un carro, al tiempo de entrar en la ciudad, sin duda cansada de los trabajos de esta vida, halló medio de desprenderse del yugo, y dirigiéndose á una zanja ó foso que allí habia, que no recuerdo bien lo que era, se arrojó deno-

jando trascurrir dias por ver si podria evitar tal catástrofe, pero la herida llego tanto á *incrementarse*, que á pesar de serme doloroso el tener que dejar de existir, *no hubo menos que para evadirme de un conjunto (todos de honor) que tan estrechamente me abrumaban*, poner en ejecucion mi pensamiento, escogiendo este sitio.—Hoy 20 de agosto de 1845.—*Ildefonso Ochoa de Aldas.*—*Lo que sigue estaba escrito de lapiz.*—Tres horas estuve perplejo *en este callejoncito de la noria*, muchas fueron las reflexiones mentales, pero conociendo no podia sobrellevar mas una muger fanática é imprudente *deliberé.....*»

Diario de Sevilla de 4 de setiembre.

(1) Los documentos verdaderamente *originales* de este ciudadano son los siguientes:

1.° «A todos los que la presente vieren, sabed: Que cansado de una existencia poco agradable, traté de abreviarla, pero como era un negocio de importancia lo pensé *con juicio* y deliberé á los 60 años; llegó el plazo, y todos los hombres cuando llega el plazo de cumplir sus compromisos encuentran algunos óbices; á mi se me presentó el óbice de los pocos bienes que poseia, y conociendo que si los delegaba no los recibiria el delegado, formé la idea y me resolvi á sufrir con tal que mis pocos efectos, que valian mas de 8,000 rs., no fueran presa de vándalos escribas.

Quince dias he sido victima de esas ideas, que ha sido el tiempo que he tardado en consumirlos. Se cumplieron mis ideas, llegó el tiempo de mi descanso: hombres ¿quereis ser libres? hablo con todos los del Universo; sabed que todas las religiones están basadas bajo principios erróneos, sostenidos por esos que llaman sacerdotes, que llamo yo embusteros, embaucadores, enemigos de la humanidad, que con pretesto de la religion, los pueblos y los reyes somos juguete de sus ideas ambiciosas. Hasta el Ser Supremo es juguete de ellos; tan pronto le hacen piadoso como cruel, se enfada por cualquier cosa, y dando dinero á sus sacerdotes todo lo perdona. Bastante digo con esto: ¿quereis ser libres? enseñad la buena moral, amad las virtudes, degollad á los santones que son los padres de los vicios: valor, constancia y serenidad. A las tres y media de la tarde del 1.° de julio de 1845.—Francisco Neira.

2.° A MIS CASERAS Con el mismo afecto y con la misma voluntad que me habeis dispensado, con ese mismo afecto y voluntad he procurado solventaros, pero no por eso dejaré de manifestaros, aunque ya lo sabeis, que hace diez y seis años y mas, que vivo en el cuarto, que á los seis años estaba indecente, que lo compuse y pagué doscientos reales por ello, que he seguido habitando el cuarto. Sin incomodar en lo mas mínimo á los vecinos; y pagando siempre adelantado, y las mas veces en oro; bien, ahora debo cuatro meses; no los he querido pagar, por la razon de los doscientos reales que pagué, cantidad igual al producto de los cuatro meses, porque pagar adelantado siempre y pagar la compostura del cuarto en tanto tiempo, eso no lo canta Jorge; en tal caso primero yo.»

Tiene razon, primero el.—Estos suicidios no dejan de honrar la doctrina moderna.

dadamente, y allí acabó sus dias al modo del maestro de la noria; con la diferencia que aquella no dejó nada escrito.

—Esas son chufletas, Pelegrin, y nada mas.

—Señor lea vd. el Diario de la Habana, que ahí está (y me lo hizo leer).

—Pues bien, PELEGRIN; prescindiendo de ese caso, los demas que has citado prueban bien el progreso que vá haciendo la ilustracion, y que las buenas ideas de moral cunden ya hasta las clases mas ínfimas de la sociedad, que es en lo que está el verdadero progreso de la civilizacion y de las luces.

—Lo que eso prueba, mi amo FR. GERUNDIO, es una de dos cosas; ó que hay muchos desesperados y muchos locos, ó que no vá quedando pizca de religion, ó las dos cosas á un tiempo. Porque menester es no creer en Dios y en la otra vida, y ademas tener trastornado el juicio para hacer tal disparate. Y así ahórquese quien quiera, y con su pan se lo coma, que yo soy cristiano rancio, y no estoy por ofender á Dios matándome antes que él me dé su licencia, que harto le ofenderé en otras cosas.

—Bien se conoce, PELEGRIN, que no has leido el tratado sobre el suicidio del Doctor inglés *Donne* titulado «*A declaration of that paradoxe or thesis that self-homicide is not naturally sin etc.*»: en el cual se propone probar el antiguo Dean de San Pablo, que el suicidio no se opone ni á la razon, ni á la ley natural, ni á la ley divina.

—Ese señor inglis, mi amo, podrá decir todo lo que se le antoje; que yo apuesto á que seria él, no digo un buen Dean, sino un buen perillan. Cuanto mas que los ingleses, sean ellos Deanes ó sean sacristanes, no tienen voto en la materia, porque en entrándoles á ellos el esplín, eso se les dá por matarse como por beberse una botella de cerveza ó de Jerez seco, que tan abonados son para lo uno como para lo otro. Pero mátense ellos, y buen provecho les haga y de salud les sirva, y no nos vengan enseñando á nosotros malas doctrinas y comunicándonos sus esplines, pues si ellos padecen de esa enfermedad, yo estoy porque viva la gallina, aunque sea con su pepita.

—Segun eso, PELEGRIN, te niegas obstinadamente á prepararte á morir muerte de moda. Mira; si no te agrada ninguno de los métodos que antes te he indicado, la moderna ilustracion ha inventado otros nuevos y muy ingeniosos, porque en todo se va adelantando admirablemente. Donde hay caminos de hierro, los hombres han discurrido tenderse atravesados en el ferrocarril al tiempo que va á pasar, y cuando ya no puede detenerse el convoy, y de esta manera tienen el gusto de morir aplastados bajo las ruedas de los carruages. En España, donde aun no los tenemos, se inventan otras mane-

ras no menos ingeniosas y divertidas. Tal hay que enciende con mucha calma una hoguera, y cuando ve que está en sazon la pira del sacrificio, se tuesta en ella muy apaciblemente como un San Lorenzo. Tal que se entretiene en descabezar unas cuantas docenas de fósforos, y luego se traga todas aquellas porcioncítas reunidas como un manjar esquisito, en fin como un manjar que le quitará en pocos momentos todas las penalidades de la vida, de cuyos dos métodos tenemos egemplos muy recientes.

—Desengáñese vd. mi amo, que aunque me dieran para morir el manjar mas dulce y mas sabroso que se pudiera decir ni pensar, de aquello de quedarme al tiempo de morir con la lengua fuera relamiéndome de gusto, ni me entraría de los dientes adentro, ni lo miraría siquiera. Lo dicho dicho, señor. Máteme Dios cuando sea su Divina voluntad, y entonces tendré paciencia, y de aqui no me apea nadie.»

Viendo yo Fr. Gerundio que por este lado no lograba persuadir á Tirabeque á que se fuera preparando una buena muerte al gusto del Siglo, hice una especie de cambio de decoracion, y dando á la escena otro giro le dije: «Verdaderamente, Pelegrin, que estoy asombrado de la espantosa frecuen-«cia con que se repiten los suicidios; y está visto ya que el señor Voltaire con «toda su filosofía profética se equivocó de medio á medio cuando escribió: «Lo que me atrevó á decir con seguridad es, que no hay que temer nunca «que esta manía de matarse llegue á hacerse una enfermedad epidémica: la «naturaleza ha sido en esto muy sábia: la esperanza, el temor, son los re-«sortes de que se vale para detener casi siempre la mano del desgraciado «dispuesto á herirse.»

«Digo que se equivocó de medio á medio, porque prescindiendo de los ingleses, de quienes dice con razon Montesquieu, que se suicidan sin que se pueda imaginar ninguna razon que los determine á ello, y que se matan en el seno mismo de la felicidad (1), por todas partes, inclusa nuestra España, va cundiendo rápidamente esta manía, estendiéndose á todas las clases de la sociedad, y cometiéndose con mil estravagantes circunstancias, unas veces espantosas y horribles, y otras caprichosas y ridículas.

«Yo no estraño, Pelegrin, que el hombre en ciertas situaciones de la vida se vea arrastrado á atentar contra su existencia, tal como el que sufre una larga y no interrumpida série de padecimientos físicos y morales, á los cuales no les divisa término ni fin, y le falta toda esperanza de alivio, tal como el que se vé deshonrado de por vida, y no se puede prometer otra cosa que el menosprecio ó el escarnio de los hombres, y otros que tengan la

(1) Espíritu de las leyes lib. 14., cap. 12.

desgracia de encontrarse en casos semejantes. A estos tales digo lo que Madame Staël, ni los aborrezco ni los aplaudo; los compadezco solamente.

«Pero es el caso, PELEGRIN, que no solo ya se suicidan estos, sino muchos otros de quienes se creeria que estaban en el colmo de la felicidad, tal como el baron Aquiles de M.... que he citado, de quien aseguran que era hombre rico, jóven, independiente, casado con una muger tambien jóven, hermosa, que le amaba entrañablemente, y que era conocida y notada por sus virtudes.

«Esto indica ya una especie de manía puesta á la moda. Y tanto es cierto, que hay muchos que hacen gala y alarde de llevar siempre consigo preparado un tósigo ó una pistola para poner término á sus dias en la primera ocasion oportuna, ó en el primer lance *de honor* que se les presente, lo cual tienen unos por rasgos de buen tono, y otros lo elevan á la esfera de lo heróico y sublime:

«Aqui hay precisamente, TIRABEQUE hermano, algunas causas, algunos principios erróneos que estravían la razon de los hombres de nuestro Siglo, y que merecen ocupar la atencion del filósofo y del humanitario.

—Yo pienso, mi amo, que se necesita poca filosofía y poca humanidad para conocer esas causas, que no pueden ser otras que las que le he dicho á vd., á saber, que hay poca religion y mucha locura.

—En cuanto á que las mismas causas conducen á la demencia y al suicidio, ya lo dijo un escritor ilustre, y aun las señaló diciendo que eran el «resultado de una civilizacion *demasiadamente* desenvuelta,» que yo llamaría mejor una civilizacion *mal entendida*. Y ya que hemos llegado á las causas de estas lastimosas escenas del TEATRO SOCIAL, en otro rato te esplicaré las que yo creo que tales dramas producen, y luego tú me dirás si las encuentras fundadas.»

DE LAS CAUSAS

QUE EN SENTIR DE FRAY GERUNDIO

PRODUCEN LA FRECUENCIA Y REPETICION DE LOS SUICIDIOS.

Te ofrecí, PELEGRIN, esponer las causas que en mi concepto influyen en esta calamidad social, y voy á cumplirlo.

1.ª—Tengo por la primera y mas general de todas, la perturbacion de las facultades intelectuales, ó sea la enagenacion mental.

—La locura querrá vd. decir, mi amo.

—Eso es, la locura, ó demencia, ó enagenacion mental que es lo mismo, que casi siempre se mezcla en esta clase de acciones, pues de otro modo no se puede comprender el que tan frecuentemente falte el hombre á *la ley natural* de la propia conservacion. Asi es que hablando milord Eduard de los que se suicidan cansados de luchar en vano contra dolores y padecimientos incurables, dice que estos mismos tienen *sus facultades enagenadas por el dolor*. Los que se suicidan sin estas causas, claro es que estarán todavía mas faltos de juicio.

2.°—La falta de fé, ó los principios erróneos en materia de religion. Por que siendo el suicidio manifiestamente contrario á *la ley divina positiva*, solo puede atentar á su propia existencia con pleno conocimiento y deliberacion y en el uso cabal de sus facultades, el que no crea en Dios ó niegue que hay otra vida ó no admita la inmortalidad del alma; en una palabra, el materialista é incrédulo.

—Señor, de eso hay mucho ahora, que creen mas de cuatro que el hombre es ni mas ni menos que otro animal cualquiera, y que muerto el perro se acabó la rabia. Pero allá se lo dirán de misas, que por mi parte no les arriendo la ganancia, y allá lo verédes dijo Grages. Siendo lo peor del cuento, mi amo, que con pensar asi estos hombres creen que se hacen á sí mismos un gran favor, sin considerar que se igualan á los perros y demas animales, como llevo dicho.

3.°—La tercera causa de los suicidios, PELEGRIN, es el uso inmoderado de los goces y placeres sensuales. El hombre se apresura á apurar la co-

pa de los deleites, y cuando llega á la flor de su edad, hallando ya agotadas todas las ilusiones, empieza á cansarle la vida, se seca, se aburre, concluye por aborrecer su existencia, y deseando libertarse de un peso que le abruma, apela al remedio de los desesperados, al suicidio.

4.º—El egoismo, el amor propio llevado al estremo. Este es uno de los manantiales mas copiosos de esta clase de calamidades. Ya lo dijo tambien Madame Staël: «*l' on est égoiste en se donnant la mort.*» El egoista cree sin duda que la sociedad se ha hecho para él y no él para la sociedad, y cuando se cansa de vivir le importa un ardite al privarse de una vida que no es de él solo, y que la sociedad se vaya privando tambien de sus miembros.—¿Qué es lo que impulsa al hombre que pone fin á su existencia porque no le permiten llegar á la posesion de la persona que ama, ó satisfacer otro cualquier deseo? El egoismo nada mas. Cumpla él su gusto y amará la vida: prívesele de un antojo y se hará suicida. Lo que quiere es su placer: el mal de la sociedad, el disgusto de su propia familia no le importa. No sé qué otro nombre puede darse á esto sino el de un egoismo refinado.—¿Qué es lo que mueve el enamorado que se suicida por celos? Su excesivo amor propio, su orgullo, el egoismo. La sola idea de otro hombre mas afortunado que él le desespera, le hace la vida insoportable. *L' on est égoiste en se donnant la mort.* Y esto mismo hallaríamos por donde quiera que discurriéramos.

5.ª—El apocamiento de ánimo. Esta causa te parecerá sin duda algo estraña Pelegrin, y sin embargo ninguna es mas cierta. Dígolo porque hay muchos que miran el suicidio como un acto de heroismo, como un rasgo de valor, de presencia de ánimo, de desprecio á la muerte. Ciertamente hay en esto algo de *bravura*. ¿Pero cuál es mas heróico, cuál denota mas *firmeza* de carácter, mas fortaleza de espíritu, mas grandeza de alma? ¿saber arrostrar la muerte por librarse de penalidades, ó saber sufrir con corazon resignado y firme los trabajos y los padecimientos? Ya Ovidio consignó la resolucion de este problema:

> «*Rebus in adversis facile est contemnere vitam.*
> *Fortiter ille facit qui miser esse potest.*»

> En la adversa fortuna
> cosa es bien facil arrostrar la muerte:
> pero el saber sufrir, esto es mas fuerte.

Ya lo dice tambien Madame Staël: *il fault pour se tuer ne pas craindre la mort: mais c' est manquer de fermeté que de ne pas savoir soufrir.*»

Y no estrañes Pelegrin, que con tanta frecuencia te cite este autor, por que es uno de los que han arrojado mas luz sobre esta materia.

Con que ya ves, TIRABEQUE hermano, que el suicidio no nace de ninguna causa honrosa, de ninguna pasion noble, si se esceptúa el de aquellos que le cometen por no sobrevivir á su deshonra: que estos aunque sean muy dignos de lástima, lo hacen al menos llevados de un principio plausible: y el de aquellos que directa ó indirectamente se sacrifican por su religion y por su pátria, ó se ofrecen en holocausto por sus semejantes, anteponiendo á su existencia el bien de la sociedad ó la salvacion de muchos, que en esto es en lo que se encuentra la verdadera heroicidad, y no en los motivos innobles ó livianos que arrastran á otros á darse la muerte.

—Señor, estoy conforme con lo que vd. dice en todas sus partes, y esté vd. seguro que no seré nunca yo mismo el que le prive á vd. de su TIRABEQUE, con tal que Dios me conserve las potencias sanas y el juicio cabal y completo. Y ahora solo falta saber si contra estos cinco vicios hay algunas virtudes, porque si no las hay, al paso que se repiten las escenas se nos vá á llenar el teatro de esos suicidistas que se matan á sí mismos. La dificultad que yo encuentro, mi amo, es que al muerto ya no se le puede castigar, por que de muerto no pasa y de allí no le saca nadie.

—Sin embargo, PELEGRIN, antiguamente y ahora todavia en algunos paises, los suicidas eran castigados con la confiscacion de sus bienes y con otras diferentes penas, si bien estas no recaian sobre ellos, sino sobre las desgraciadas familias que les sobrevivian. Pero hay un remedio para corregir esta calamidad social, remedio que yo preferiria á todos, y que aunque lento, téngole por el único apropósito para cortar ó prevenir el mal.

—Dígalo vd. mi amo, que en ello hará vd. una obra de misericordia, y Dios se la premiará, que estoy seguro que no dejará de hacerlo.

—Este remedio, PELEGRIN, es el mismo que he señalado á otros males, *la educacion*. Edúquese al pueblo en los verdaderos principios de la religion; hágansele conocer las obligaciones que contrae con la sociedad; imbúvasele en las máximas de la buena moral; hágasele distinguir la verdadera de la falsa virtud, el verdadero del falso heroismo, la verdadera de la falsa felicidad; y sobre todo enséñese á los hombres á no ser egoistas, y verás, sino desaparecer del TEATRO SOCIAL, al menos menguar notablemente la manía de los suicidios, y esas escenas horrorosas y sangrientas que estremecen y no edifican, que asustan y no producen ningun bien, y que son una verdadera plaga social.

—Asi sea, mi amo, y Dios nos oiga y lo remedie, para bien y felicidad de estos pueblos y aumento de su santa gloria.

EL PLAN DE ESTUDIOS VIGENTE (1).

Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura.

ARTICULO I.

Un plan de estudios es un gran barómetro para conocer los grados de ilustracion á que se halla cada pueblo.

Como en el teatro de España en escaso medio siglo se han representado tanta clase de dramas y ha habido tantos cambios de decoraciones políticas, estando el teatro unas veces en completa oscuridad, otras con mas luz de la que los espectadores podian sufrir, otras con entreactos de crepúsculo como el dia, ó con eclipses totales ó parciales como la luna, ó con lucidos intérvalos como los locos, el Plan de estudios no ha podido menos de sufrir las variaciones consiguientes á la índole de esta gran comedia que se ha representado, al argumento de cada jornada, y al propósito de cada actor.

En la época de 24 al 34, que ahora llamamos década del oscurantismo, porque en ella el teatro literario se quedó á buenas noches y la libertad sufrió una muerte trágica, con decoraciones de cárceles y cadenas, el Plan de estudios correspondió perfectamente al argumento de aquella larga jornada. Enseñábamos los frailes, la teologia escolástica estaba en voga, se hablaba en latin y en forma silogística, el Papa era sobre el concilio, no podia equivocarse ni pecar, y se cuestionaba si Copérnico habia sido un herege. Pero habia un Plan.

Vino el año 34, y cambió completamente el aparato escénico. Se proclamó de nuevo la libertad y amaneció para las letras. Parecia natural que uno de los primeros cuidados de los autores y actores del nuevo drama

(1) El participio *Vigente* se me ha quejado, á mí Fr. Gerundio, del aislamiento en que se le tiene en España de las demas partes de su verbo. Dice que derivándose del verbo latino *vigére*, subsistir, regir, estar en uso, ¿por qué se ha de decir solo *Plan vigente*, *ley vigente*, y no *plan que vige*, *ley que vigia*, *reglamento que vigió?* Su queja me parece justa, y yo le he remitido á los académicos de la lengua, que regularmente no le harán maldito el caso.

fuera cambiar el Plan de estudios. Pero el cimiento de la educacion del pueblo y la base de su porvenir fué mirado como un episodio muy subalterno y secundario. A fuerza de insinuaciones de los apuntadores, se empezó por coser un remiendo al plan que existia. Una vez adoptado el sistema de los remiendos, cada año se le ponia uno, y no todos de púrpura, como decia Horacio:

Purpureus late qui splendeat, unus et alter
assuitur pannus..... (1)
Tal cual remiendo se le zurze y cose
de púrpura brillante:

sino de púrpura y grana unos, de paño de Sedan otros, otros de paño de Segovia y aun de Prádanos, y hasta llevó remiendos de bayeta y de muleton, é hicieron del Plan de estudios una capa de pobre, como le llamó mi paternidad en las capilladas, ó propiamente la capa del estudiante, de la cual dice el cantar:

La capa del estudiante
Parece un jardin de flores
toda llena de remiendos
de diferentes colores

(1) Horac. Arte poét.

Esta capa remendona no solo era el símbolo del Plan de estudios, sino tambien de las reformas políticas y legislativas, que han sido un continuo coser y descoser, rasgar y remendar, sin que pueda asegurarse todavia que tal como se encuentra la capa del estudiante no haya de llevar nuevos retazos y zurzidos.

Once años largos pasaron así, hasta que en el presente de 1845 apareció un cambio completo de decoracion en el Teatro literario, un nuevo PLAN DE ESTUDIOS: y aunque digo cambio completo, esto no obsta para que se olvidáran porcion de bastidores y bambalinas, que posteriormente han ido apareciendo por intérvalos bajo el nombre de decretos supletorios y órdenes aclaratorias y adicionales: porque pensar que en el Teatro de España haya de cambiarse de una vez toda una decoracion, sería conocer muy poco la destreza mecánica de nuestros tramoyistas, á los cuales cuando no se les olvida el techo se les olvida el telon principal, si es que no hacen el edificio sin escalera como le sucedió al arquitecto de marras.

Pero en fin se publicó un PLAN de estudios, objeto de ánsias y deseos de once años del público literario, el cual no me meto en si es obra del que aparece autor ó lo es de algunos apuntadores como quieren decir, que á ser cierto no haria sino confirmar lo que mi reverencia dijo en la funcion de apertura de este TEATRO. Yo sin embargo le saludé con un *Hosanna*, y confieso que cuando leí el prólogo galeato, el gran prólogo de este gran drama, concebí esperanzas bastantes lisonjeras de su éxito, porque en la exposicion hallé entre algunas ideas malas bastantes pensamientos buenos.

Mas los preámbulos de los planes de este autor son sin duda el reverso de los preámbulos de los edictos de Luis XIV: de estos dice Montesquieu que fueron mas insoportables á los pueblos que los edictos mismos (1): este preámbulo es al contrario: á semejanza de las casas antiguas de los hidalgos de los pueblos, despues de una fachada magnífica, se encuentra un interior oscuro, intrincado y laberintoso.

En efecto, dejando á parte la idea de dar un PLAN de instruccion pública principiando por la segunda enseñanza y sin hacer mencion de la primera (no se le olvidó la escalera del edificio como al otro arquitecto; lo que se le olvidó fué hacerle la puerta de entrada), digo que aparte de este descuidillo, lo primero que le falta al plan es un curso académico para entenderle. Tal es el laberinto de *enseñanza secundaria elemental, enseñanza secundaria de ampliacion, letras y ciencias, facultades mayores, estudios superiores, estudios especiales, institutos de primera, segunda y tercera, regentes de primera*

(1) Montesq. Pensées diverses.

y segunda, regentes-agregados; *bachilleratos, licenciaturas y doctorados en filosofía, en letras, en ciencias*, y aun se le olvidó el *bachillerato en lenguas*, que es precisamente el que mejor le cuadraba al PLAN. Porque el PLAN no contiene mas que la friolera de las lenguas siguientes; que no hablaban tantas los apóstoles despues de la venida del Espíritu Santo cuando se dijo de ellos: «*loquebantur variis linguis.*»

Dígase si el escolástico que hable todas estas lenguas no merecería bien ser *bachiller en lenguas*. Ha habido sin embargo en este *Plan de Pentecostés* otra omision indisculpable. No se hace mencion de la lengua *italiana*, sin considerar el autor del PLAN que habrá muchos que arredrados de la longitud de las carreras literarias, las dejarán para dedicarse al canto, para lo cual es indispensable conocer la lengua de Rubini: y no digo la lengua de Rubini, sino la lengua del Santo Padre, con quien se está en importantes negociaciones, y no deberá haber quedado muy contento de este descuido. Mal modo ha sido este de captarse su voluntad.

Bien que hay otro punto, del cual debe haber quedado Su Santidad menos satisfecho todavía, y que no me tiene menos incomodado á mí Fr. Gerundio, que en esto estoy con el Santo Padre, y deberá estarlo todo español medianamente religioso. Este punto es el siguiente.

Se les prescribe á los niños *en el primer año de filosofía* el estudio de la *Mitología*: mientras el estudio de los *Principios de moral y religion* se deja para *el segundo*. ¿Con qué es decir, que en España, en la católica y religiosa España, antes de enseñar á los niños los misterios de la religion y los debe-

res del cristiano, y antes que sepan quiénes fueron Moisés y David, cuándo vino Dios al mundo, cuándo murió y resucitó, qué hizo, que nos dejó mandado, quiénes fueron y qué hicieron los apóstoles, y quién es ahora la cabeza visible de la iglesia; tienen que saber quién fué Júpiter, cómo fué eso de comerse Saturno á sus propios hijos, qué trapisondas fueron aquellas que trajo Marte con Venus y con Vulcano, en qué se distinguen los dioses de los semi-dioses, en qué consistieron los trabajos de Hércules, como fué que Castor y Polux nacieron de un huevo, porqué se pinta á las Gracias desnudas, y hasta los amores de Píramo y Tisbe, de Jason y de Medéa, y otros cualesquiera que hubiere, que no faltan en la *Mitología* muy curiosos y muy decentes y muy útiles para los niños de primer año de Filosofía, antes que sepan el mejor modo de guardar los divinos?

¡Aun si les fuera necesaria la *Mitología* para entender los autores latinos! Pero no habiendo de empezar á traducir los clásicos hasta el *cuarto año*, segun el PLAN, para cuando necesiten la Mitología ya la han olvidado.

Y esto me conduce naturalmente al estudio del latin que el PLAN dispone. Yo estoy por la utilidad del estudio del latin. Creo que se debe fomentar. Creo mas: creo que sin poseer regularmente la lengua latina no se puede poseer medianamente la española, como hija legítima que esta es de aquella. Pero creo tambien que el estudio del latin como le dispone el PLAN, en cinco años, y mezclado con la aritmetica, y la álgebra, y la geometría, y la geografía, y la historia, y la moral, y la lógica, y la psicologia, y el francés, y la física; y la química, y la historia natural, es el medio mas oportuno que se ha podido discurrir para que un muchacho salga tan latino como entró. El poeta Regnier dijo con otro intento:

Et ma philosophie y perd tout son latin.

Pienso que si hubiera visto el moderno PLAN de estudios de España hubiera dicho:

Et ma philosophie je perdrai et mon latin.
Y sin latin y sin filosofía
Vendrá á quedarse la cabeza mia.

Despues de los cinco años que constituyen la *segunda enseñanza elemental* viene la *segunda enseñanza de ampliacion*, que se divide en *seccion de letras y seccion de ciencias*, y abrazará las asignaturas siguientes:

LETRAS (1).

Lengua inglesa.
Lengua alemana.
Perfeccion de la lengua latina (2).
Lengua griega.
Lengua hebréa.
Lengua árabe (3).
Literatura general, y en particular la española.
Filosofía con un resúmen de su historia.
Economía política.
Derecho político y administracion.

CIENCIAS.

Matemáticas sublimes.
Química general.
Mineralogía.
Zoología.
Botánica.
Astronomía física.

Yo no sé qué razon habrá tenido el autor del PLAN para incorporar la Economía política, y el Derecho político y de administracion á las *letras* y divorciarlo de las *ciencias*. Por este PLAN, Juan Bautista Say y Adam Smith serían cuando mas unos literatuelos, y eso si sabian lengua griega y hebréa, pero hombres de *ciencia* ni por pienso. La economía política no es mas que *letra*, no sabemos si gorda ó menuda; debe ser menuda, porque para ser económico y político es necesario saber mucha letra menuda.

Para graduarse de *Licenciado en letras* es necesario segun el PLAN, ademas del grado de *Bachiller en filosofía*, probar los estudios siguientes, hechos en dos años *por lo menos*:

Perfeccion de la lengua latina.
Lengua griega, dos cursos (4).
Lengua inglesa ó alemana.
Literatura.
Filosofía.

(1) Esto de *letras* me hace muchísima gracia. ¿Si serán *música* los demas estudios? Si al menos dijera *bellas letras*, un poquito mas se entenderia, siquiera porque asi las llaman (aunque mal) en otras partes.
(2) Al cabo de cinco años falta la perfeccion.
(3) Si no fuera estilo bajo, diria que faltaban, lengua de carnero, y lengua de vaca.
(4) Que no se olvide la lengua griega.

Para ser *Licenciado en ciencias*, el Bachillerato en Filosofía, y los estudios siguientes:

Complemento de las matemáticas elementales.
Lengua griega, primer curso (1).
Química general.
Mineralogía.
Botánica.
Zoología.

Con los estudios de *Licenciado en letras* y *Licenciado en ciencias*, se podrá *optar* al título de *Licenciado en Filosofía*.

Y luego que el niño que entró á estudiar Filosofía de 9 años, se encuentre con una barba que le llegue hasta el pecho, cuando puede optar al título de *Licenciado en Filosofía*, ¿cuál es el porvenir de este mancebo despues de quedarse calvo á fuerza de estudiar Filosofía? ¿A qué opta este mozo cargado de Filosofía, y de letras y de ciencias?

(1) Aquí está la lengua griega. ¿A que creian vds. que se habia olvidado?

Licenciado en Filosofía.

El PLAN no lo dice. Y es que sin duda supone que no llegará este caso, porque antes reventará de una congestion cerebral filosófica. Pues si el alimento intelectual se ha de dar con arreglo á las fuerzas digestivas del entendimiento, como el alimento físico conforme á las fuerzas digestivas del estómago, es muy de temer que la abundancia de viandas acabe con el pobre filósofo antes de verse LICENCIADO.

Hasta aquí el TÍTULO 1.° de la *seccion* 1.ª del PLAN. Dejemos para otro dia el 2.° y siguientes.

DON FRUTOS DE LAS MINAS.

CAPITULO III.

Afecciones mineralógicas de Don Frutos.

Nada mas natural que el entusiasmo minero de Don Frutos creciese al paso que las empresas le iban dispensando su confianza y dándole cargos honoríficos. Y tanto era en esto afortunado, que á los dos dias de haberle nombrado *San Pascual Bailon* de la comision de visita, celebró tambien junta general la sociedad *Once mil vírgenes*, y le hicieron Presidente. Con razon, eso sí, porque habló mas que ningun sócio, se quejó mucho de la apatía de la anterior Junta de gobierno, declamó enérgicamente sobre la necesidad de un buen sistema administrativo, y se ofreció á defender gratis los pleitos de la sociedad, á pesar del pequeño inconveniente de no haber saludado la legislacion de minas, por cuya razon su ofrecimiento era mas de agradecer.

Todas estas satisfacciones las comunicaba inmediatamente á su querida

Magdalena, que era una sencilla y virtuosa jóven, á quien por concomitancia habia alcanzado tambien el furor minero, y con quien Don Frutos partía su corazon y sus acciones, con anuencia de los padres, que esperaban tener en Don Frutos un hijo político poderoso como minero, y un yerno acaso ministro como diputado.

Antes de emprender su viage en comision le pareció muy puesto en el órden participarlo á su familia, juntamente con la causa que lo motivaba, lo cual hizo escribiendo á su madre, que era una señora viuda, la carta siguiente:

«Mi querida mamá: hasta ahora en mis anteriores me he limitado á hablar á vd. de mi posicion como diputado y de las esperanzas que esta me ofrecía de ocupar, acaso no tardando, uno de los primeros puestos del estado, y vd. sabe ya lo que quiero decir con *uno de los primeros puestos*. Pero me he abstenido siempre de tocar otro punto algo mas lisongero todavía, porque mi gusto hubiera sido sorprender á vd. y sorprenderla de un modo..... en fin, hoy me hallo con el pié en el estribo para hacer un viaje, que me prometo será mas largo en resultados que en distancia, y no debo ya ocultar á vd. lo que lo motiva.

«Benditas sean mil veces, mamá, las trampillas que se hicieron para poder salir diputado, y por bien empleados podemos dar los sacrificios pecuniarios que vd. tanto lloraba, temiendo que todo fuera infructuoso. ¡Infructuoso! Ahora lo va vd. á saber. El menor fruto, y no es menguado, son los gages y consecuencias de la diputacion, que hasta dónde podrán llegar yo me lo sé, y no sería el primer abogado que á los tres meses de representante ha pasado de los bancos colorados al banco negro (ya sabe vd. lo que significa la frase). Pero hay otro fruto mas positivo si cabe. Sepa vd. pues, que me he hecho minero: ¡pero con qué suerte! Las acciones se me vienen á la mano, en términos que cuento mas que acciones de guerra dió el mejor de nuestros generales en toda la campaña. Las minas todas son buenas; la mayor parte están ya en metales, y las que nó, ademas de las buenas señales que presentan, da la casualidad de estar lindando con las mas famosas y en la línea misma de su filon. De casi todas ellas estaríamos ya tomando dinero en abundancia si no fuera la mala administracion y la mala direccion de los trabajos; pero todo esto se remediará pronto, gracias á la intervencion con que todas las sociedades me van honrando. Las *Once mil vírgenes* me han hecho su Presidente: *San Pascual Bailon* me ha nombrado de la comision de visita, que es el objeto del viaje que tengo que emprender pasado mañana: es probable que me nombren Contador de *Las Musas*, Tesorero del *Nuevo Potosí*, Secretario de *Santa Teresa*; y vocal al menos de la Junta Directiva de

La Creacion del Mundo. La suerte se empeña en adularme ahora, y yo no he de contrariarla: cuando te dieren la vaquilla acude con la soguilla, y por ahí me las den todas.

«Diga vd. á mis hermanas que cuando Dios dá no es escaso, y que sabe complacer todos los gustos. Dígolo por la manía de Cecilia, que se empeñaba siempre en que para vivir bien en Madrid era menester tener casa propia y poder gastar coche. Pues bien, esto y algo mas se lo podrá ofrecer su hermano antes de mucho; y veremos si entonces se anima á venir. Y diga vd. tambien á Laureana que una vez que á ella no le gusta la córte, y que su capricho sería tener en el pais una buena hacienda con casa de campo, huerta, jardines, palomares y demas, tambien se le cumplirá su gusto, que para todo han de dar las minas, Dios mediante.

«Y á propósito de esto, bueno será que vaya vd. tanteando á Don Simeon para ver si querría desprenderse, pagándosela bien, de la hacienda de su tio el Arzobispo, que es á la que yo tengo echado el ojo, porque agregándole las huertas de los Duranes, quedaba la posesion mas bonita de la provincia; y vd. en este caso podia pasar los inviernos en Madrid y los veranos en la casa de campo, ó hacer lo que á vd. mas le acomodára. Esto sin perjuicio de lo que yo estoy discurriendo por acá para dar á las chicas una colocacion que nos ponga en otro rango del que hasta ahora hemos tenido, porque desengáñese vd., mamá, el dinero lo hace todo.

«Cuando vuelva de las minas enviaré á vd. unos ejemplares de nuestra riqueza. Irá de todo, fundido y en bruto, para que vea vd., que parece imposible que de lo uno salga lo otro. Se habia vd. de reir si viera mi habitacion, porque la tengo ya que parece un gabinete de mineralogía.

«Dispense vd. que no pueda mas por hoy, porque tengo mil negocios: cariños á las chicas, y *Confianza y Seguridad*, mamá, que son los nombres de dos de las minas de su amante hijo.—Frutos.»

Despues de esta carta determinó Don Frutos hacer una tierna despedida á su amada Magdalena; y como era tambien un tanto aficionado á la poesía, acordó hacérsela en verso. Concentró, pues, su imaginacion y le dedicó este romance metalúrgico sentimental.

No llores porque me ausente,
mi bien; el dolor soporta,
que la ausencia será corta,
porque es mi amor muy ardiente.

Que si el ver minas es cosa
que me causa frenesí,

¿qué importa si dejo aquí
la mina mas poderosa?

Y aunque una mina sea buena,
aunque valiera un Perú,
¿qué mejor mina que tú,
mi querida Magdalena?

¿Qué veta de plata pura,
qué filon, qué criadero
para mí mas hechicero
que el filon de tu hermosura?

¿Qué son tus rubios cabellos
sino vetas de oro fino?
¿Qué es sino campo argentino
la frente que cubren ellos?

Son tus ojos dos esferas
de pura y brillante luz,
que al pozo de tu virtud
sirviendo están de lumbreras.

¿Y qué galena, qué alcohol,
qué capa de mineral
puede nunca ser igual
de tu rostro al arrebol.

Y aun las pecas agraciadas
que tu semblante salpican,
¿no son, ó no significan
eflorescencias marcadas?

¿Y tu boca? ¿No es mas bien
boca-mina de coral?
¿No es de discrecion raudal,
y de gracias almacen?

¿No es tu garganta filon
de plata nativa y pura?
¿Y en tu preciosa cintura
no echó Dios su *bendicion*?

Tu corazon ¿no es tesoro?
Tu pecho ¿no es criadero?
Tus venas ¿no son venero
de cinabrio, plata y oro?

Tus galerías, tus senos,
ya rectos, ya transversales,
¿no serán mas bien ramales
que están de riqueza llenos?

¿Y qué minero se hallára,
Magdalena, mas dichoso,
mas rico, mas poderoso,
que el que tu mina esplotára?

¿Qué vale la *Observacion*,
ni la *Esperanza* y la *Estrella*?
Y aun la del *Cármen* ¿qué es ella,
contigo en comparacion?

¿Qué sirve el *Niño Jesus*,
ni *Pluton* y *Proserpina*?
Miseria todo, pamplina,
si se comparan con tus....

Añade tú el consonante,
que aqui el filon de mi musa
se cortó mas no me escusa
de repetirte constante:

«No llores porque me ausente
mi bien; el dolor soporta,
que la ausencia será corta,
porque es mi amor muy ardiente.

«Y si el ver minas es cosa
que me causa frenesí;
¿qué importa si dejo aquí
la mina mas poderosa?

«Que aunque una mina sea buena,
aunque valiera un Perú,
¡qué mejor mina que tú,
mi querida Magdalena?

Si satisfecho quedó Don Frutos de su obra poético-mineralógica-amorosa, no lo quedó menos Magdalena de la finura y sentimientos del jóven abogado, poeta, diputado, amante y minero; el cual empleó el resto de aquel dia en hacer sus preparativos de viaje.

Mas al anochecer recibió una carta-billete del Presidente del Congreso que decia: «Mi amigo y compañero: en la sesion de mañana terminará y se votará la cuestion del voto de confianza para seguir cobrando los impuestos: cuestion que como vd. sabe no solo lo es de vida ó muerte para el gabinete, sino tambien para el país, y para las instituciones. Y como del giro que ha llevado la discusion aparezca problemático el resultado que pueda tener esta cuestion vital, me atrevo á recomendar á vd. la asistencia, pues un solo voto puede hacer la desgracia del país, ó abrirle una nueva era de prosperidad y de ventura. De vd. etc.»

Don Frutos, padre de la pátria, tomó la pluma y contestó sin titubear. «Mi amigo y compañero: siento en el alma tener que decir á vd. que mañana me es imposible asistir á la sesion, porque un asunto de interés personal altamente interesante me obliga á emprender un viage, que será de pocos dias, por cuya razon no he creido necesario pedir permiso al Congreso. Si pudiese vd. aplazar la cuestion hasta mi regreso, me alegraré; sinó, sírvase vd. agregar mi voto al de la mayoría. Suyo, etc.—*Frutos de las Minas.*»

A la diez del dia siguiente partía la diligencia que habia de conducir á la comision minera de *San Pascual Bailon.* A las nueve entró el cartero en casa de Don Frutos con la correspondencia; la cual, entre 20 solicitudes que le dirigian los amigos que le habian dado su sufragio en las elecciones, traia una carta de su hermana Cecilia, en que le comunicaba que su madre se hallaba bastante indispuesta, presentando la enfermedad algunos síntomas alarmantes: que en su afliccion y padecimiento suspiraba sin cesar por su hijo, y que por lo tanto le rogaba encarecidamente que tan pronto como recibiera la carta se apresurára á ponerse en camino y á venir á ofrecerle sus consuelos.

El tierno Don Frutos, con las lágrimas en los ojos, tomó la pluma y le dijo á su hermana: «Mi querida Cecilia: dos palabras no mas, porque dentro de seis minutos estaré ya en la diligencia. La indisposicion de mamá me ha afligido extraordinariamente; te recomiendo que la cuides mucho, como igualmente á Laureana: díle que tenga un poquito de paciencia mientras voy á darle un abrazo y á consagrarle los desvelos y cuidados de un hijo cariñoso; que volaré á su lado sin perder un momento... tan luego como despache la comision de minas, que es donde voy á partir al minuto de cerrar esta, como anunciaba en mi última que debereis recibir hoy. Mis consuelos á la pobre mamá; que se alivie, y á Dios.=*Frutos de las Minas.*»

A las diez arrancó el carruage con Don Frutos y sus dos compañeros de comision.

LA HOMEOPATIA.

II.

Estadística de mortalidad.

No habia concluido la última oracion de los maitines cuando entró Tirabeque, apoyado en una especie de muleta, la pierna muy entrapada, y todo él muy abrigado.

«Siéntate, Pelegrin, le dije, que estoy concluyendo.» Y no bien hice la última persignacion, ni habia cerrado aun el breviario, cuando me habló de esta manera: «Señor, he estado pensando que si todo eso que se cuenta de la Homeopatía es cierto, es la cosa mas grande que se puede decir ni pensar: perque eso de curar sin sacar sangre, y sin desollarle á uno vivo y ponerle hecho un San Bartolomé, y aun sin cantáridas, ni sinapismos, ni cataplasmas, ni emplastos, ni potingues, ni jaropes, ni vendajes, ni trapajos, y sin mas que unas cucharaditas de agua con unos polvillos finisitismales, ó como vd. los llama, y sin molestar nada al enfermo, dígole á vd. mi amo, que si asi fuera, no habria precio que lo pagára; y por eso yo deseo que vd. me informe incontinentimente de si cura ó no cura, porque si cura como dicen, la voy á llamar aunque sea arrastrando la pierna.

—Si la Homeopatía, Tirabeque mio, fuera una verdad tan exacta y de tan seguros resultados como afirman sus adeptos, seria el descubrimiento mas importante que se hubiera hecho en favor de la humanidad. Porque estos son los verdaderos adelantos, Pelegrin, y los descubrimientos que interesan, no el modo de disparar mas cañonazos en menos minutos, ni el de echar á pique un navío desde seis millas de distancia.

Por eso yo querría que los hombres y los gobiernos se dedicáran un poco menos á la investigacion de los medios de matar mas hombres en menos tiempo dado, y un poco mas á la averiguacion de las verdades que pueden conducir á salvar la humanidad. Porque si fuese cierto que á los cien

sistemas médicos llenos de oscuridad y de contradicciones hasta ahora conocidos; si fuese cierto que á las sangrías de Harvey, á los anti-espasmódicos de Hofmann, á los estimulantes de Browu, á la quinina de Verloff, á las sanguijuelas de Broussais, á las evacuaciones *coup sur coup* de Bouillaud, y á los innumerables males que esta confusion de sistemas ha causado á los hombres, en términos de haber dicho ya Boërhaave que casi hubiera tenido mas cuenta que no hubiese habido médicos en el mundo (1); si fuese cierto, digo, que á todo este centon de terapéuticas y de hipótesis se hubiera sustituido una medicina, simple, segura, cierta y hasta esacta, como suponen á la Homeopatía los sectarios de Hannemann, ¿qué habria que pudiera premiar bastante este descubrimiento, PELEGRIN?

—Todo eso es muy cierto, Señor; pero yo que no entiendo de sistemas, ni de tirapeutas, ni de hipóstasis, á los hechos me atengo, mi amo, y no á otra cosa: y así lo que deseo saber únicamente es, quién cura mas y mejor, si los homeopatas ó los otros, y aun en igualdad de circunstancias estaría por los primeros, porque á lo menos no me pondrían el cuerpo como una criva, ni me dejarian seco como un espárrago á fuerza de dieta, que no sería poca ventaja para mí.

—En eso tienes razon, TIRABEQUE: con solo averiguar que unos y otros curan, yo optaria tambien por los homeopatas. Si los protestantes confiesan que los católicos tambien se salvan, decia Enrique IV, quiero mas ser católico.

Y en cuanto á que los hechos deben ser la mejor guía en esta clase de cosas, estoy tambien contigo, y mucho mas para nosotros los profanos, que no podemos juzgar de las teorías. Y aun los médicos mismos lo reconocen; la estadística es la única prueba, decia Broussais: que cada uno recopile sus muertos, dijo el doctor Castel.

Los homeopatas dicen por su parte que lejos de esquivar esta prueba, desean por el contrario que se lleve una estadística de mortalidad comparada, y que se cuenten los que en igualdad de circunstancias se les han desgraciado á ellos, y los que se les han desgraciado á los otros, los que han salvado los homeopatas y los que han salvado los allopatas. Y en esta confianza presentan varias estadísticas de los muertos y curados de una misma enfermedad por unos y por otros. He aqui una de las que presenta el doctor Peschier, poniendo el ejemplo de las fiebres tifoideas, y apoyado, segun dice, en datos oficiales.

(1) Boërhaave, Instit. Medic. pág. 401.

Mortalidad allopática en casos ordinarios.

A Bonneau. . . . . se le murieron. . .	7	por	100
A Laroque.	10	por	100
A Piédagnel.	14	por	100
A Andral.	14	por	100
A Steinbremner.	14	por	100
A Forget.	22	por	100
A Bouillaud.	24	por	100
A Barthez.	33	por	100
A Louis.	33	por	100
A Chomel.	33	por	100

Mortalidad homeopática en casos ordinarios.

A Neuman. . . . . se le murieron. . .	12	por	100
A Krœmer.	11	por	100
A Fielitz.	11	por	100
A Koc.	8	por	100
A Knorre.	7	por	100
A Sckhleider.	7	por	100
A Wohlfahrt.	2	por	100
A Elwert.	0	por	100
A Wolfsohn.	0	por	100
A Peschier.	0	por	100

Resúmen.

Mortalidad allopática.	204	por	1.000
Mortalidad homeopática.	58	por	1.000

El Dr. Devergie prueba de sus estados, que de 2.100 enfermos tratados en diversos hospitales por la Allopatía, murieron 1.320: mientras que en los mismos hospitales, de 1.000 enfermos tratados por la Homeopatía, solo murieron 116.

Otros estados aun mas favorables á la Homeopatía han presentado los doctores Queen, Wolff, Monfalcon, Ouwrard, y qué sé yo cuantos otros, y aun si se ha de creer la estadística de los pocos enfermos que se les mu-

rieron del cólera, y de los muchos que salvaron, en Alemania, Austria, Rusia, Hungría y otros paises, es cosa que raya en prodigio, PELEGRIN.

—Pero diga vd., mi amo, y vd. perdone. ¿Es verdad todo eso ó no? Esos números son los que suenan, ó hay que tomarlos al 22 ó 23 por ciento como los títulos del 5?

—Repito, PELEGRIN, que yo nada aseguro; yo no hago mas que esponerte las pruebas y razones que los homeópatas alegan en favor de su doctrina. Lo único que podré asegurar es que yo he sido curado homeopáticamente mas de dos veces y de distintas enfermedades, aun antes que en Madrid fuera conocida la Homeopatía. Y lo que puedo decir, y esto tú lo oyes como yo, es que desde hace un año que la dió á conocer en España el Hannemann español, el Doctor Nuñez, diariamente se cuentan curas prodigiosas hechas por la Homeopatía, de las cuales cada uno podrá juzgar como le parezca, pero que se cuentan es cierto, y que se nombran las personas que con su ausilio han sido rescatadas, digámoslo así, de las garras de la muerte. Y lo que tampoco tiene duda (y esto no deja de ser muy notable y de merecer mucha consideracion, es que médicos de gran crédito y fama, profesores altamente condecorados, de una carrera consumada, y que gozaban de una posicion brillante, de estos en fin que llaman primeras espadas (que de paso sea dicho, no debe lisongearles mucho el dictado, puesto que las primeras espadas son las que matan mejor y mas pronto), han abjurado su antiguo sistema, se han convertido á la Homeopatía, y hoy la están ejerciendo y son sus mas acérrimos defensores. Algo, pues, habrán visto en ella de ventajoso para determinarse á esta conversion. ¿No te parece PELEGRIN?

—Asi parece, mi amo. Pero una cosa se me ocurre, y vd. disimule que la diga. Si, como vd. ha dicho antes, hace mas de cincuenta años que se descubrió la Homeopatía, y si es cierto que se hacen con ella tantos milagros como se cuentan, ¿cómo es que ha tardado tanto tiempo en introducirse en España, y cómo es que no está ya estendida por todas las partes del mundo?

—En cuanto á lo primero, TIRABEQUE hermano, no debes estrañarlo de manera alguna, porque como nosotros estamos á un estremo de Europa y ocupamos una puntita del mundo, tardan un poco en llegarnos los descubrimientos: y la Homeopatia corre parejas con los telégrafos, con los caminos de hierro, con las prensas mecánicas, y con otros varios adelantos de menor cuantía. Nosotros esperamos á ver cómo prueban los ensayos en otras partes: somos muy prudentes, PELEGRIN; los españoles no nos precipitamos.

Y en cuanto á la propagacion de la Homeopatía por otros paises, al decir de los homeópatas está ya difundida por todos los puntos del globo.

En Alemania, donde tuvo su cuna y fué al principio perseguida, dicen que está hoy floreciente y robusta. En Austria dicen que hay en el dia mas de quinientos médicos homeópatas. En Leipsick dicen que hay un hospital homeopático sostenido por el gobierno. Que en Darmstad han votado las cámaras la creacion de una cátedra de Homeopatía en todas las escuelas, y que los aspirantes al doctorado en medicina tienen que sufrir exámen sobre la nueva doctrina. Que en Hungría hay un hospital homeopático dotado por la alta nobleza. Que en Viena existen mas de cien médicos homeópatas, y que el archiduque Maximiliano ha consagrado una suma de treinta mil florines al hospital homeópatico de las hermanas de la caridad, dirigido por el Doctor Fleischmann. Que los gobiernos de Baviera, Sajonia, Gotha, Hesse, Baden, Wurtemberg y demas estados de la Confederacion, han publicado ordenanzas y leyes para favorecer el ejercicio de la Homeopatía. Que en Rusia hay una porcion de boticas homeopáticas fundadas por el emperador. Que el Dr. homeópata Queen es el médico del rey Leopoldo. Que el homeópata Stapf ha sido llamado por la reina de Inglaterra y la ha curado. Que en Génova hace progresos diarios la Homeopatía. Que la Sicilia entera se ha convertido á la nueva doctrina por las curaciones prodigiosas de los doctores Mure y Calendra. Que la América septentrional cuenta cinco sociedades homeopáticas. Que en Nueva Yorck se publica un diario homeopático en muchas lenguas. Que en Filadelfia hay una sociedad homeopática de cincuenta miembros, fundada por el Dr. Héring. Que en el Brasil, que en Persia, que en Bengala, que en Egipto.... qué se yo, en todas partes dicen que está haciendo prosélitos.

Y por último, que si la Academia Real de Medicina de París no la ha adoptado, es por aquel axioma que dicen: «*invidia medicorum pessima*: la peor de todas las envidias es la de los médicos.» Y en esto creo que no van fuera de razon. Y en prueba de ello citan lo que sucedió en dicha Academia con el exámen del magnetismo (1). Pero que la verdad no penetra en el mundo sino combatiendo, y que cuentan de seguro que si ahora la Homeo-

(1) La Academia Real de Medicina de Paris nombró en 1831 una comision para el exámen del magnetismo, sobre una proposicion de MM. Adelon, Pariset, Mare, Burdiu, y Husson: esta comision compuesta de MM. Leroux, Bourdois de la Motte, Double, Magendie, Guersaut, Husson, Thyllaye, Marc, Itard, Fouquier, Guénau De Mussy, afirmó la realidad de todos los fenómenos del magnetismo, y la Academia rehusó la impresion de la relacion de esta comision, porque *si los hechos anunciados por la comision eran ciertos, destruian la mitad de los conocimientos fisiológicos; que era pues peligroso propagarlos por medio de la prensa.* (Sesion del 28 de junio, 1831.)

De donde concluye el Dr. Deslou: que seria mas fácil hacer correr los cuatro grandes rios de Francia por un mismo cáuce que hacer convenir á los sábios de París para juzgar de buena fé una cuestion fuera de sus principios.

patía es perseguida y atacada por hombres que no quieren abrir sus ojos á la luz de la verdad, confian en que no llegará el siglo XX sin que pueda presentar su estandarte trinfante y orgulloso, y sin que sea en todas partes aclamada como la bienhechora de la humanidad.

—Señor, tal me vá vd. poniendo esta cabeza, que estoy por echar á correr ahora mismo en busca de un homeopático..... bien que si yo estuviera para correr no necesitaba ni de homeopáticos ni de lopáticos.

—Repito, Pelegrin, que yo ni aconsejo ni garantizo; no hago mas que esponer lo que ellos dicen, con el objeto de que, asi tú, como otros que estén en el caso que tú, tengan idea de lo que acaso no la tendrian, y que cada cual juzgue y obre con arreglo á sus creencias.

—Señor, estoy decidido. Venga un homeopático á Dios y á ventura, y salga el sol por donde quiera. Una vida tengo; y una pierna sana y otra echada á perder. Si en lugar de ponerme la mala buena, me pone la buena mala, y á mas de eso no me quita la calentura..... sea todo por Dios, mi amo, que no ha de quererme tan mal su Divina Magestad que permita que un pobre lego sea vítima en la flor de su vida. Y si Dios quiere que cure, á lo menos tendré el gran gusto de que sea sin emplastos, brevages, ni vejigatorios, y en el nombre de Dios padre, amen.

Corriente, Pelegrin; pero entiéndase que haces tu gusto, y que no me alcanza la mas mínima parte de responsabilidad.

—Señor, en un caso mi cuerpo lo pagará, y *Laus Deo.*

LOS ANIMALES AL GUSTO DEL SIGLO.

ARTICULO I.

LOS TRAJES.

De ningun hombre célebre se estraña que pasado mas de medio siglo en la otra vida le venga en antojo y voluntad darse una vuelta por este mundo, llevado de la curiosidad de ver el ser y estado en que encuentra las cosas que en él dejó, y las variaciones ó alteraciones que hayan sufrido.

Por lo que no es maravilla que este mismo gusto y antojo le haya tenido el hermano Buffon á los 57 años de estar en la tumba. Asi fué que se levantó un dia el célebre naturalista de humor de hacer una de estas escursiones, y en el sitio y lugar que le pareció mas acomodado, que dicen fué en el corazon de una selva, convocó una asamblea ó congregacion, no de hombres, que estos ya suponia él hallarlos en el grado de la civilizacion correspondiente á los elementos que en el mundo habia dejado, sino de sus queridos animales de quienes dudaba si habrian progresado tambien relativamente, al compas de la civilizacion humana.

Los animales respondieron y acudieron á la convocatoria con mas puntualidad y exactitud que los hombres suelen concurrir á sus juntas, al menos en esta parte del globo que le ha tocado habitar á mi paternidad gerundiana; y el hermano Buffon sentado en la cúspide de una áspera roca, tuvo el gusto de verse al instante rodeado de cuadrúpedos y bípedos, de aves y de peces, de reptiles, y hasta de insectos, que aun los insectos se creyeron con derecho de asistir y formar parte de la asamblea magna.

Un movimiento y sensacion de sorpresa se fué pintando en el semblante del ilustre zoólogo. Ni podia menos de ser así, viendo como vió que los animales se le presentaban y acudian, no vestidos con sus naturales pieles,

plumas ó escamas, sino adornados y ataviados *humano more* y al gusto del dia, con los mismos trajes y adornos que los hombres usan, y llenos ademas de cintas, cruces, insignias, y condecoraciones. Admirado el Presidente de tan inesperada novedad les dirigió este razonamiento.

«No puede menos de sorprenderme en gran manera, mis queridos animales, el veros tan elegantemente y con tanta novedad aparejados, que por seres racionales, no que por brutos os tomára, si el genero y particular especie á que cada uno perteneceis no me lo descubriera, la cabeza en unos,

la cola en otros, en otros las plumas, ó la zarpa, ó alguna de las partes que os distinguen de las humanas criaturas, y que no habeis podido ú os habeis olvidado de cubrir ó disfrazar. Semejante progreso, que yo no podia imaginar ni creer, me tiene tan lleno de asombro como en mi semblante habreis podido notar vosotros mismos, y necesito que me espliqueis la causa de una metamórfosis tan estraña. Decidme pues cómo es que asi habeis dejado el traje propio con que os vistió la naturaleza para reemplazarle con el artificial que usan los hombres.»

Apenas el hermano Buffon habia acabado de hablar cuando el primero que pidió la palabra (¡que siempre la ignorancia haya de ser la mas atrevida!) fué el *Jumento*; y hubiérala usado muy despreocupadamente si no se hubiera levantado en toda la asamblea un general murmullo de desaprobacion, que demostraba bien que de tal orador no podian esperar mas que un rebuzno. Otros animales pidieron la palabra, entre ellos el *Buey*, el *Oso*, el *Papagayo*, el *Grajo*, la *Cigarra* y el *Pavo Real*, cada uno de los cuales se creia adornado de las dotes oratorias mas distinguidas, que tanto es lo que obceca á los animales el amor propio. Pero todos hallaron oposicion en la mayoria de la asamblea, la cual optó porque hablase con preferencia á todos el *Cisne*, á quien la fama de la dulzura de su voz y de la melodia de su canto daba el primer lugar entre los oradores.

Comenzó en efecto el *Cisne* la contestacion al discurso del Presidente, pero hízolo con una voz tan áspera, ronca y desabrida, que todos se quedaron mirando unos á otros, sobrecogidos y admirados de ver que la alta reputacion que hasta entonces habia gozado el *Cisne*, era una reputacion usurpada como tantas otras, y se desconsolaron de ver lo que era el animal puesto en evidencia (1). Él sin embargo continuó impertérrito su oracion, que fué como sigue, si mal no la recuerdo.

(1) Nada hay que pueda citarse mejor como el emblema de las reputaciones usurpadas que el celebrado *Canto del Cisne*. Todos hablan de él como de el mas dulce y melodioso que se conoce, y en esta universal persuasion le aplican autonomásticamente á los buenos poetas, y á los oradores elocuentes, dulces y persuasivos. Sin embargo, yo puedo decir que he oido muchos cisnes, salvages algunos, y domesticados los mas, y á fé de religioso que su voz no me ha parecido maldita la mieja melodiosa, sino muy áspera, graznante y chirriosa, ya por el mismisimo estilo de la del ganso. Ya el mismo *Buffon* lo indica bastante al final del artículo consagrado al *Cisne* en su *Historia natural de las aves*. «Ninguna *ficcion*, (dice) en historia natural, ninguna *fábula* entre los antiguos ha sido mas celebrada, mas respetada, mas acreditada; ella se habia apoderado de la imaginacion viva y sensible de los griegos: poetas, oradores, hasta filósofos la habian adoptado como una verdad demasiado agradable para dudar de ella. Es menester perdonarles estas *fábulas*: ellas eran amables y tiernas, y valian muchas tristes y áridas verdades. Eran dulces emblemas para las almas sensibles. Los *Cisnes* indudablemente no *cantan su muerte*, pero siempre hablando de los últimos esfuerzos de un bello génio que se apaga, se recuerda con terneza esta bella espresion: «es el canto del *Cisne*.»

Asi son muchas tradiciones: para saber de cierto lo que son *Cisnes* es menester oirlos de cerca.

«Tiempo hacía, dignísimo Presidente, que murmurábamos entre nosotros los animales, (pues tambien los animales murmuramos como los hombres) que estos se estubieran vistiendo de nuestras pieles, y engalanándose con nuestras plumas, sin que nosotros tomáramos nada de ellos, y sin salir de la monotonía de nuestros trajes, cuando ellos á costa nuestra les daban tantas formas, hechuras y variaciones.

«En efecto, dignísimo Presidente; principiando por el *Carnero* cuyas lanas les sirven no solo para el abrigo, sino tambien para la ostentacion y el lujo; continuando por el *Becerro* y la *Cabra* con cuyas adobadas pieles se cubren y adornan los pies y las manos; prosiguiendo por la *Marta*, el *Armiño* y la *Chinchilla* el *Armiño* pide la palabra para rectificar, cuyas finísimas pieles lucen en los esbeltos cuerpos de las damas; considerando que el *Avestruz*, el *Paraiso*, el *Marabú* y otras aves, contribuyen forzosamente con sus hermosas plumas al ornato, y sirven á fomentar la vanidad de las señoras; y descendiendo por fin hasta el humilde *Gusano de la Seda*, que con el fruto de sus trabajos se vé obligado á abastecerles de ricas y preciosas telas; sin mencionar el *Castor*, la *Liebre*, el *Pavo Real* este último hace una rueda y pide la palabra), y tantos otros cuyos nombres omito por no hacerme molesto, todos, dignísimo Presidente, estamos pagando un tributo constante y perpétuo á los hombres, y les servimos para sus necesidades, sus caprichos y su orgullo.

«¿Por que, pues, (hemos dicho) no hemos de aprovecharnos siquiera de las formas que ellos dan á las materias de que nosotros les surtimos? ¿No hemos vivido harto tiempo en el estado de la naturaleza? ¿No hemos de participar de los adelantos de la civilizacion? Ademas, si los hombres muchas veces en sus trajes y hasta en sus costumbres se acercan á nosotros (la *Raposa* pide la palabra), ¿por qué nosotros no hemos de procurar asemejarnos á ellos en cuanto podamos?

«Estas y otras razones, dignísimo Presidente, son las que nos han movido á adoptar de comun acuerdo y consentimiento las vestiduras humanas en que nos veis, y que con mucha razon os sorprenden, puesto que cuando vos nos estudiábais aun no las habíamos adoptado.

«Y en cuanto á las condecoraciones que traemos, premios son de los servicios que cada uno ha prestado á la república animal, y en lo cual no hemos hecho sino imitar tambien á los hombres. El mérito y la justicia con que han sido distribuidas y aplicadas vos le juzgaréis, dignísimo Presidente, si os quereis tomar la molestia de examinarlo. He aquí todo lo que yo os puedo decir.»

Concluyó el *Cisne*, y tomando el *Armiño* la palabra para rectificar,

«Señor Presidente (dijo), se me ha citado entre los animales que suministran sus finísimas pieles para servir de adorno á las damas, y esto es muy exacto. Pero no puedo menos de quejarme y reclamar con todas mis fuerzas contra esas imitaciones miserables con que los hombres intentan fingir y contrahacer no solo lo blanco de mi piel sino hasta lo negro de mi cola, en perjuicio de mi propiedad y menoscabo de mi crédito y reputacion. Si las pieles con que muchas señoras adornan sus cuerpos son de *Gato* ó de otro animal menos favorecido que yo por la naturaleza, ¿porqué no se las llama así francamente, y no que se ha de tratar de usurpar mi nombre?»

La *Marta* y la *Chinchilla* apoyaron esta misma reclamacion, y tambien la hicieron el *Avestruz* y el *Marabú* con aplicacion á sus plumas. El *Gato*, respondiendo á la alusion del *Armiño*, repuso que no era tan malo todo eso como lo que con él hacian diariamente los hombres, que era darle por *Liebre*. La *Liebre* iba á responder por su parte, pero á todos los interrumpió el Presidente diciendo:

«Razon tuviérais para quejaros, ilustres volátiles y cuadrúpedos, si las usurpaciones de los hombres y sus imitaciones se limitáran á la república animal. ¿Pero qué os admira, cuando esto mismo que con vosotros acontece sucede tambien, y quizá en mayor grado, en la república literaria? ¡Qué estraño es que quieran hacer pasar la piel de *Gato* por de *Armiño*, y las plumas de *Ganso* por de *Cisne*, seguros como están de que vosotros no podeis querellaros, cuando en la república de las letras, á vista, ciencia y paciencia de un autor, hay quien se atreva, á usurpar su nombre, dándosele un árdite que le descubran el vergonzoso plagio con tal que haya conseguido sorprender el público por un dia, y espender bajo el supuesto nombre de aquel autor la pobre mercancía de que se propuso hácer comercio.

«Bien se vé que no estais al corriente de las muchas imitaciones literarias que hacen los hombres. ¿Tantas os parece que son las producciones que puedan llamarse originales? Y diérame yo por satisfecho y contento con que se imitára el estilo y aun las ideas de los buenos autores; pero el espíritu de imitacion ha invadido hasta los títulos, que es la mas insigne muestra de lo que ha cundido la manía de la imitacion (1).

(1) Yo no sé si el hermano Buffon tendria presente y aludiria en su discurso á lo que está sucediendo en Francia y en España de un tiempo á esta parte. Parece que los escritores se han propuesto estar á espera y andar á caza de títulos como un montero que se pone á espera de venados ó de jabalíes: y lo mismo es publicar una obra un escritor de fama, que se avalanzan al título como alanos ó perros de presa. Desde que salieron los *Misterios de Paris* se han publicado la friolera de los misterios siguientes de que yo tenga noticia.—Los *Misterios de Lóndres*, los *Misterios de la Rusia*, los *Misterios de Lisboa*, *Madrid y sus Misterios*, los *Misterios de la Opera*, los *Grandes Misterios de la Opera*, los *Pequenos Misterios de la Opera*, los *Pequenos Misterios de Pa-*

«Asi pues, mis amados animales, no estrañeis que vuestras pieles sean imitadas y vuestros nombres usurpados.....» La *Zorra* pide la palabra apresuradamente y manifiesta vivos deseos de hablar.—¿Qué tiene que decir la *Zorra*? exclamó otra vez el *Armiño* acalorado: ¿quién se ha acordado jamás de contrahacer su piél? ¿Cuándo la han imitado los hombres su vestido como á mi?

—Me imitan y usurpan lo que vale mas y siento mas que el vestido y la piel, contestó la *Zorra*. Me han robado las cualidades morales; la diplomacia se ha apoderado de ellas; asi el Sr. Presidente no estrañará que yo venga en el traje que vengo, porque la revancha es justa y permitida.»

Repararon entonces todos en ella, y aplaudieron con risas verla vestida con uniforme de diplomática. El mismo Buffon lo celebró diciendo: «verdaderamente que ninguno de vosotros viene con mas propiedad equipado que la *Zorra*.» Pero un prolongado ahullido llamó la atencion de los concurrentes, y todas las miradas se fijaron en un *Lobo* de estraordinaria magnitud. Era el único que no vestía de hombre. Iba cubierto con una piel de oveja. «Habeis dicho, dignísimo Presidente, esclamó, que ninguno de nosotros venia con mas propiedad equipado que la *Zorra*, y yo creo que sin necesidad de robar á los hombres su trage, en lo cual dejo á vuestra consideracion si tengo algun mérito, represento algo mayor número de hombres que mi compañera la *Vulpécula*.»

Admirado dejó á Buffon la feliz ocurrencia del *Lobo*, confirmóse en

ris, los *Misterios del Colegio*, los *Misterios de la Inquisicion*, los *Misterios de los Jesuitas*, los *Misterios del Jardin de Maville*, los *Misterios del Escorial*, los *Misterios de Sevilla*, los *Misterios de Puerta de Tierra de Cadiz*, los *Misterios de la Pintura*, los *Misterios del Trabajo*, los *Misterios de mi Muger*, y hasta los *Misterios de la camisa*, que deben ser los mas misteriosos y menos revelables de todos.

Tras de las *Memorias del Diablo* y las *Píldoras del Diablo*, la turba de imitadores se apoderó del Diablo en términos de no dejarle un momento de reposo, y la literatura se plagó de diabluras de toda especie. Tenemos *La Ciencia del Diablo*, los *Siete Castillos del Diablo*, *El Diablo en Paris*, *El Diablo en Madrid* (esto era consiguiente, y lo único que nos faltaba traer de Paris, el Diablo), *Paris á todos los Diablos*, *La Parte del Diablo*, *Otra parte del Diablo*, *El Diablo en la Escuela*, *Los tres pecados del Diablo*, *Las primeras armas del Diablo*, *Paris diabólico*, *Las diabluras del año*, *Las diabluras de Chaumont*, *El Diablo á cuatro*, y los diablos que carguen con tan serviles y diabólicas imitaciones.

Pone un autor dramático una *Segunda Parte* á su comedia, y ya no hay comedia á que no se añada *su segunda parte*, que por lo regular suele ser la mas lastimosa. Tras un *Album* viene otro *Album*, y tenemos el *Album de la Novela*, el *Album de las Mugeres*, el *Album del bello sexo*, el *Album de la Guerra*, el *Album de las tropas carlistas de Aragon*, el *Album del ejército del norte*, y no sé cuantos mas. Ahora están en moda los *Jesuitas*, y sobre los *Misterios de los Jesuitas*, tenemos la *Historia de los Jesuitas*, la *Historia verdadera de la compañía de Jesus*, *La Criolla y los Jesuitas*, *Eugenio Sue y los Jesuitas*, la *Defensa de los Jesuitas*, y no sé cuando acabaremos con los *Jesuitas*. Aun no han hecho mas que anunciarse los *Siete pecados capitales*, y ya tenemos los *Siete mil pecados capitales*, y no sabemos hasta qué cifra se elevarán los *Pecados capitales*. Hasta tras un *Gerundio* viene otro *Gerundio*. *Et sic de cœteris.*

la verdad de aquel adagio que dice: «El Lobo y la Vulpéja ambos son de una conseja:» y de aquella otra sentencia latina: «*lupus est in fábula.*»

La conversacion se iba animando, y el naturalista Presidente se hallaba sobremanera sorprendido de ver los adelantos que habian hecho sus animales en poco mas de medio siglo que hacia que no los examinaba. Pero otra cosa le estaba excitando vivamente la curiosidad, y deseaba por momentos interpelarlos sobre ella. Eran las condecoraciones con que iban adornados. Por lo que, aunque advirtió que el *Tigre*, el *Cuervo*, el *Loro*, la *Lechuza*, y otros varios deseaban hablar en el mismo sentido de quejarse de las propiedades que les habian usurpado los hombres, procuró cortar aquella discusion y les dijo: «Basta de esta materia por ahora, que ya estoy harto informado de las razones que habeis tenido para adoptar los trajes con que habeis concurrido á esta asamblea. Réstame averiguar y preguntaros sobre las decoraciones é insignias que cubren vuestros hombros y vuestros pechos. Acérquese cada cual en el órden que le vaya llamando, pues necesito examinaros uno por uno.»

Asi lo hicieron los animales sumisos y obedientes, y comenzó el reconocimiento de las condecoraciones (que mi paternidad suspende para otra funcion).

TIRABEQUE MAGNETIZADO.

Natural era que habiendo puesto el Señor *Cubí* á la órden del dia en esta córte la Frenología y el Magnetismo con sus lecciones y esperimentos, nos ocupáramos Tirabeque y mi reverencia de unas materias tan influyentes en las costumbres y tan importantes para el Teatro Social. Principiamos pues por el Magnetismo, dejando para mas adelante la Frenología.

No era sin embargo el Magnetismo cosa nueva para nosotros, pues habíamos presenciado ya muchos casos fuera de España, aunque siempre de meros espectadores. Lo cual no quiere decir que á Tirabeque dejáran por eso de sorprenderle sus efectos. Sorprendiánle allá y acá, y muy prin-

cipalmente estaba asombrado de la facilidad con que el hermano *Cubi* adormecia algunas personas, hasta el punto que con solo mirarlas y decir: «*duerme*,» cayesen al suelo redondas y dormidas como troncos. Tanto como esto no lo habia visto él en ninguna parte, y no es maravilla que lo tuviera por inesplicable y misterioso y casi de todo punto increible.

«Señor, me decia, ó este hombre sabe de antemano cuando la persona que se ha de dormir está ya que no puede levantar las compuertas de los ojos, ó ella se hace la dormida, ó de otra manara no puede hacerse eso sino por arte de encantamiento ó brujeria: y sinó que venga aquí ese señor y me diga á mí cuando no tenga sueño: «*Pelegrin, duerme*,» que yo le responderé: «perdone vd., hermano, que por ahora no estoy de humor de dar entrada á Morfeo ni á Fernandillo, que dicen que son los que traen el sueño.» Y esto se lo diria abriendo cada ojo como una taza, y estoy seguro que no me harian dormir todos los magnetizadores del mundo, siempre que me cogiera tan despavilado como estoy ahora.

—Mucho asegurar es eso, Pelegrin, le dije. Mira que la fuerza y la influencia del Magnetismo son grandes y hasta prodigiosas. Personas ha habido tan rehácias y recalcitrantes como tú en quererse dormir, y á la voz del magnetizador han caido como lirones. Sin embargo que dicen los escritores sobre Magnetismo que para que este obre sus naturales efectos es necesario que el que se haya de magnetizar crea en ellos de antemano, y se preste con docilidad y con fé, tambien dicen que á las veces la fuerza de voluntad del magnetizador vence y sobrepuja la imaginacion mas incrédula del mas rebelde magnetizando.

De todos modos Pelegrin, tú debes hacerte magnetizar por el hermano *Cubi*; porque la mejor manera de averiguar la verdad de las cosas es probarlas y esperimentarlas en sí mismo. Yo creo bien que con media docena de *pasas* que te diera el señor *Cubi* habias de quedarte dormido como un bienaventurado.

—Señor, lo que menos importaba era tomar una arroba de *pasas*, no que media docena, si él me las diese: pero yo tengo esperimentado que las *pasas* no dan sueño, antes creo que despabilan y despejan, y aun por eso sin duda las dan para ayudar á la memoria.

—¡Válgame Dios, Pelegrin, y qué lego eres en achaque de Magnetismo! Esas *pasas* de que te hablo no son la fruta asi nombrada, sino aquellos movimientos que hacen los magnetizadores con las manos, pasándolas, ya desde los hombros del magnetizado hasta el estremo de los brazos, ya desde los muslos hasta las rodillas ó hasta los pies, ya poniéndolas sobre la espalda y bajándolas á lo largo del espinazo, ya sobre el estómago ó las ca-

deras, ó en cualquiera otra parte del cuerpo, como recordarás haber visto, y esto es lo que en Magnetismo se llama *pasas*.

—Pues esas *pasas*, señor mi amo, háganle buen provecho á quien las quiera tomar, que yo no gusto que nadie me pase la mano por el lomo.

—Eso es una aprension, PELEGRIN, puesto que semejantes pasas son tan suaves que no pueden hacer daño. ¿Y sabes tú bien lo que á costa de un pequeño rato de *pasas* puedes conseguir con dejarte magnetizar? Una vez puesto tú en estado de *sonambulismo*, ¿quién sabe los bienes que te pueden resultar?

—Diga vd., mi amo, ¿y qué estado es ese en que me han de poner, que me ha sonado como á embolismo ó cosa así?

—*Sonambulismo*, PELEGRIN, que no *embolismo*, y tú mismo verás como de *embolismo* no tiene nada.

—Llámase *sonambulismo* el estado de sueño magnético en que se queda la persona magnetizada. En cuyo estado no puedes figurarte lo que podrán ganar todas tus potencias y sentidos. En primer lugar podrás adquirir un incremento de memoria estraordinario (y vé ahí como esas *pasas* dan tambien memoria); y te acordarás de sucesos que hayas olvidado hace largos años. En segundo lugar todos tus órganos y facultades intelectuales te se activarán y avivarán estraordinariamente. Verás con los ojos cerrados mas que ves ahora con ellos abiertos. Leerás un libro ó papel sin abrirle. Penetrarás hasta los pensamientos de los hombres. Los sucesos que pasan á larga distancia de aquí, aunque sea en Rusia ó en los Estados-Unidos, los verás tan palpablemente como si á tu misma presencia pasasen. Adquirirás, sin saber cómo, conocimientos científicos y literarios que ahora estás lejos de tener: especie de ciencia infunsa que dá el sonambulismo, y de cuya existencia no se puede dudar, aunque no se esplique su causa. Te sentirás dotado de una especie de espíritu profético y de una prevision como sobrenatural, principalmente sobre tu estado fisiológico y patológico.....

—Diga vd., mi amo, ¿ese estado patológico tiene relacion con la pata coja?

—Cabalmente. PELEGRIN; pero no porque te suene á pata, sino porque la Patológia es una parte de la medicina que trata de la naturaleza de las enfermedades y de sus causas y síntomas, y el sonambulismo dá un conocimiento admirable, una cuasi-presciencia de todas las modificaciones que han de sobrevenir á un órgano.

—Señor; es que mi pierna no es ningun órgano.

—No seas majadero, hombre; órgano llamo á toda parte del cuerpo que sirve para las funciones vitales. Y en esto infunde tal conocimiento el sueño

del Magnetismo, que probablemente adivinarás tú mismo mejor que ningun médico, sea homeópata, allópata, ó de cualquier escuela que fuese, las medicinas que pueden sanar tu pierna. En fin sabrás decir hasta cuántas cucharadas de sangre tienes en tu corazon; cuántas onzas de comida necesitas para satisfacer tu apetito, hasta por granos y escrúpulos; cuántas gotas de agua son necesarias para apagar tu sed: medirás á un golpe de vista el tiempo, el espacio.....

—¿Cómo puede ser ese golpe de vista, mi amo, si he de estar dormido, y tener cerrados los ojos?

—Ahí está el mérito del Magnetismo y del Sonambulismo, PELEGRIN, en ver con los ojos cerrados y dormido infinitamente mas que en el estado de vigilia se vé con ellos abiertos. Y aun podrá sobrevenirte tambien un estado de dulce y sabroso éxtasis ó arrobamiento semejante á los de Santa Teresa de Jesús, ó de lego que eres ahora te encuentres convertido en un Cardenal Cisneros cuando en sus contemplaciones místicas se ponia en comunicacion con las inteligencias celestiales.

—Témome, mi amo, que me habia de poner de tal manera en comunicacion con las inteligencias celestiales, que no volviera mas á comunicar con los hombres, y quiera Dios que no me durmiera en la tierra y fuera á despertar al cielo, ó á otro lugar menos agradable, que todo podria ser, pues muchas veces se duerme un hombre confiado en que le toma el sueño en gracia de Dios, y él y la Vírgen saben si puede haber algun pecadillo trasconejado: y como he oido de algunos que se durmieron con el Magnetismo y no volvieron á despertar.....

—Eso no debe darte cuidado alguno, PELEGRIN; es decir, no debes tener temor de no despertar, pues el buen magnetizador sabe tambien desmagnetizar cuando quiere, haciendo *pasas* horizontales en lugar de verticales, añadiendo algun soplo ó insuflacion en los ojos, y comunicando con energía la intencion al sonámbulo diciendo: «*despierta.*» Y aunque á tí te pareciese dormir algo mas de lo que te hubieras propuesto, tambien podrás tener la fortuna en este espacio de pasearte por los cielos, comunicar con la Vírgen, hacer una visita á tu ángel tutelar, pedir á Dios cara á cara lo que mas te conviniese, y encontrarte en fin en estado de beatitud, como dice Mr. Ricard en su obra ó tratado del Magnetismo animal, que les sucedió á la jóven Adela Lafrey y á Mad. Naude (1), y otros casos semejantes que se cuentan.

(1) Obra citada, pág. 66 hasta la 92.

(*La continuacion en la funcion siguiente.*)

—Señor, si eso fuera cierto, yo haria por dormirme al instante, y aun si me asegurára el hermano *Cubí* que me habia de subir á los cielos, rogaríale yo que no me dispertára nunca, sino que me dejára estar allí hasta que Dios dispusiera otra cosa, pues mejor me habia de encontrar por allá que en este valle de lágrimas, y viniera la bienaventuranza, y no me importaría que viniese por Magnetismo, que si un hombre teme morir es porque no sabe cúales serán sus postrimerías.

Pero es el caso, mi amo, que yo no creo nada de eso, que si lo creyéra bastárame el saber que se me habia de despejar la vista en términos de ver todo lo que pasa en el mundo, sea cerca ó sea lejos, y todo lo que piensan los hombres interiormente en su interior, aunque esto tengo para mí que valdría mas no verlo; y aun mas que todo esto me animaría el conocer el verdadero mal de mi pierna y los remedios que la habian de poner sana y corriente.

—Pues todo eso podrá sucederte muy bien, PELEGRIN, y aun mucho mas, porque de todo hay casos y ejemplos. Y así soy de dictámen que acto continuo y sin vacilar te hagas magnetizar por el señor *Cubí*. Yo me ofrezco á acompañarte.

—Muchas gracias, mi amo. Ya le he indicado á vd. que me repugna un poco el que me anden pasando la mano de una parte á otra de mi cuerpo: y dado caso que vd. tenga empeño en que yo me magnetice, discúrreseme ahora mismo una idea que lo podría conciliar todo: y es que, segun yo tengo oído, cualquiera puede magnetizar y ser magnetizado, cual mas cual menos; y siendo esto así, no tendría inconveniente en que vd. me magnetizára, porque vd. no habia de dejarme dormir mas de lo que conviniera; cuanto mas que sería condicion que yo le impondria á vd., y vd. disimule, la de dispertarme cuando hubiera dormido una ligera siesta.

—Tampoco tenías nada que temer de parte del hermano *Cubí*, pues ademas de su reconocida y esperimentada honradez y probidad, es condicion de todo magnetizador llevar una voluntad activa hácia el bien, y nunca hácia el mal. Y en cuanto á tu proposicion, ya conoces que aunque yo haya leido algo de Magnetismo, es imposible que pudiera magnetizarte con la inteligencia y con la facilidad del hermano *Cubí*, que sobre ser un distinguido profesor en la ciencia de Mesmer, le abona su constante práctica y sus celebrados esperimentos.

Verdad es que yo reuno para contigo circunstancias que no puede tener el señor *Cubí*, como por ejemplo, cierto ascendiente que conviene tenga el magnetizador sobre el magnetizando; las simpatías tan marcadas que á los dos nos unen, y que son una de las bases de la accion magnética; el co-

nocimiento que tengo de tu temperamento físico, de tu moral y de tu estado fisiológico.....

—Señor, por todas esas razones, y otras que yo tambien tengo, si vd. me asegura que no me ha de resultar ningun mal, y que no me dará ningun insulto, ni delirio, ni histérico, ni mal de rabia (1), ni otros semejantes ataques, y á trueque de ver por un rato lo que pasa por el mundo y lo que piensan los hombres, me resigno á que vd. me magnetize si quiere; en el bien entendido que no ha de ser nadie mas que vd.

—Comprometido es el caso, TIRABEQUE mio. Pero bien; por darte gusto me resuelvo á hacer un ensayo, del cual todo lo malo que puede resultar es que yo no acierte á dormirte y tú te quedes tan despierto como estás ahora, lo cual tambien le suele suceder al señor *Cubí*.

¿Y por qué método quieres ser magnetizado? ¿Por el método de Deleuze, por el del abate Fária, por *pasas*, por la vísta, ó por la simple voluntad?

—Señor, por el que sea mas breve y menos espuesto. Y en el caso que vd. me dé *pasas* haga vd. el favor de que sean suaves, y no vaya vd. á darme unas friegas que me llenen el cuerpo de ronchas y burujones, porque tengo una cútis muy finita, que por eso mismo ya no me disciplinaba yo en el convento.

—Asi lo haré, PELEGRIN. Y tú por tu parte procura desechar todo temor; ten fé y confianza; entrégate á mí sin reserva; no opongas ningun género de recelo ni resistencia, ni aun *mental* siquiera, á mis intenciones, porque esto podría neutralizar los efectos del Magnetismo, segun Ricard, Gauthier, Teste, Puysegur, Cubí y otros autores. La fé es la que salva en todas las cosas, y principalmente en el Magnetismo. ¿Y cuándo quieres que procedamos á la operacion?

—Cuando vd. guste, mi amo: el mal camino, como se suele decir, andarle luego.

—Afortunadamente, PELEGRIN, la soledad en que nos hallamos favorece mucho á nuestro objeto, pues segun todos los magnetizadores la presencia de testigos es perjudicial á las operaciones magnéticas, porque impiden ó cortan la transmision del fluido magnético, si en fluido consiste, ó

(1) Estos temores de TIRABEQUE no eran en verdad infundados, aparte de aquello del histérico; pues el mismo Ricard refiere que ha habido casos en que con haber alejado su atencion del adormecido pudiera éste muy bien haber pasado de la muerte aparente a la verdadera. Y el mismo señor *Cubí* en su traduccion de la obra de Alfonso Teste cuenta que en 1822 vió á un amigo suyo arrancarse los cabellos y comerse los puños en un acceso de ira, que terminó en demencia parcial durante algunos dias, en el momento de saber que cierta persona, y no la que él queria, habia sido nombrado para cierto empleo.

Si tales noticias produjeran siempre tales efectos, seria cosa de estar la mitad de los hombres en continuo estado de hidrofobia.

distraen la atencion si de la imaginacion pende: y así aconsejan la calma, la soledad y el silencio. Y puesto que ahora nadie nos vé ni nos interrumpe, podíamos aprovechar estos momentos, si te parece.

—Ya he dicho, mi amo, que cuando vd. guste: de consiguiente podemos dar principio.»

Puestas ya de acuerdo las dos voluntades, no faltaba mas que proceder á la operacion, y asi lo hicimos. Mandé pues á mi buen lego que se sentára en un sillon de brazos lo mas cómodamente que pudiese, cuya última parte en verdad era supérfluo recomendársela. Mi reverencia se colocó de pié frente de él.—«Mírame de hito en hito, PELEGRIN, le dije.»—Hízolo él así, y yo comenzé tambien á mirarle muy atentamente.

Asi estuvimos un buen espacio: sus párpados empezaron á pestañear, y á sus ojos asomaba ya alguna lágrima. Yo me revestí de toda la fuerza y energia de voluntad posible, conforme al Manual.

—¿Sientes venir el sueño? le pregunté.

—Ni por asomos, mi amo, me respondió. Y si vd. no halla otro medio de dormirme, paréceme que nos estaremos mirando tres dias, y si viene el sueño no será por magnetismo, sino por su natural costumbre de acometerme á ciertas horas.

—Pues créete que lo estraño, PELEGRIN; y mucho mas atendidas nuestras simpatías. La simple vista basta para magnetizarse dos amantes, que no parece sino que se envian mútuamente hechizos por los ojos. Por la simple vista dicen que magnetizan las culebras á los pájaros, los perros de caza á las codornices etc.

—Señor, eso consistirá en que yo ni soy pájaro, ni codorniz, ni pienso que estamos los dos en el caso de enamorarnos uno de otro; primeramente porque ya hace mucho tiempo que nos hemos visto á satisfaccion, y segundamente porque una cosa es querernos y estimarnos como nos estimamos, y otra que nos hayamos de enamorar como si fuésemos personas de diferente sexo. Y asi vea vd. de darme unas cuantas *pasitas* en los términos que le tengo dicho, y de ese modo podrá ser que me duerma.»

Viendo yo FR. GERUNDIO que no bastaba la simple vista para magnetizar á TIRABEQUE, recurrí al método de las *pasas*. Principié por concentrar sus pulgares entre mis dedos de manera que se tocasen las yemas de ambos, mirándole siempre de hito en hito, hasta que se estableció un calor igual en nuestros pulgares. Hecho esto, y mirándole siempre, como aconseja la ciencia, levanté las manos hasta la altura de la cabeza; se las puse luego sobre los hombros, y las tuve un buen rato. Luego se las pasé por toda la estension de los brazos hasta las puntas de los dedos, repitiendo esta ope-

racion por cuatro ó cinco veces. En seguida se las coloqué en la cabeza, las tuve un momento, y luego le dí unas *pasas* por la cara hasta la boca del estómago. Allí las detuve unos minutos, y seguidamente las bajé hasta las rodillas, y de allí á las estremidades de los pies.

—Téngalas vd. ahí un buen rato, me dijo Tirabeque al pasárselas por las piernas, que asi á la enferma como á la sana no les disgusta ese calorcito.

—¿Cómo es eso? le dije: ¿con esas salimos cuando yo creí que te vendría ya el sueño?

—Hasta la presente, mi amo, me respondió, me siento mas despavilado que un cesante con hambre.»

En vista de esto concentré toda la mayor energía y constancia de intencion; me revestí de calma y serenidad; dí á mis ojos la fuerza de dos dardos; continué y repetí las *pasas*, poniéndole las manos, ya en la frente, ya en el corazon, ya en la espalda, ya en el occiput, y casi en todas las partes de su cuerpo, hasta que advertí las señales precursoras del sueño; caimiento en los párpados, contraccion espasmódica en los músculos de la cara, una especie de estremecimiento ó ligera convulsion en todos los miembros, respiracion abatida, bostezos, cierto movimiento de rotacion en el globo ocular que por fin se inclinaba convulsivamente hácia la bóveda de la órbita, con otras señales no menos características. Entonces sin dejar de mirarle le pregunté: ¿siéntes alguna soñolencia, Pelegrin?

—Si señor, me respondió, ya me vá viniendo.

Continué mis *pasas*, y ya los bostezos eran mas frecuentes, la respiracion hiposa, las convulsiones mas violentas, y en fin creí llegada la *crisis* de Mesmer. Entonces le volví á preguntar:

—¿Duermes ya, Pelegrin?

—Como una marmota, mi amo, me respondió.

—Y bien; ¿ves algo?

—Y aun mucho, y con una claridad asombrosa. Veo un monton de cosas que pasan en el mundo, mejor que si estuviera despierto.

—Pues bien, cuéntame algo de eso tanto que ves.

—Asi lo hiciera, mi amo Fr. Gerundio, de la mejor gana, si no fuese que lo primero que veo es la intencion de vd. y su pensamiento.

—Y bien, no tengo inconveniente en que me manifiestes mi pensamiento é intencion; con eso sabré si es cierto lo que ves.

—Señor, la intencion de vd. es que deje para otra funcion el referir lo que estoy viendo, en atencion á que tiene vd. otras varias especies pendientes, y necesita ir saliendo de ellas.

—En efecto, Pelegrin: veo que empiezas á adivinar, y que tu sonambulismo es de los que llaman lúcidos, y de los que producen la intuicion y la penetracion. Duerme, pues, por ahora, y en otra funcion me comunicarás lo que estás viendo.

LOS ANIMALES AL GUSTO DEL SIGLO.

ARTICULO II.

LAS CONDECORACIONES.

Desde antes que el ilustre Presidente llamára á ninguno de los animales en particular, y desde el punto mismo en que lo anunció, comenzó el *Pavo-Real* esponjar las plumas de su cola, á hacer la rueda, á ostentar los cambiantes de sus colores, y á dar vueltas al rededor del Presidente, como llamándole la atencion, y disimulando poco su afan de presentarse el primero, segun hemos visto en la lámina del primer capítulo. Mas como el hermano Buffon conocia su flaco desde tiempo muy antiguo, propúsose no hacerle caso, mortificando así su amor propio. La asamblea oyó pronunciar el primero el nombre del *Buey*.

El tardío animal se presentó pausadamente á la presencia del ilustre calificador. Llevaba el humilde trage de labriego, propia insignia de su ocu-

pacion natural. Su condecoracion consistia en una medalla de plata orlada de una espiga en forma de corona : en el centro del anverso se leia : «*A la constancia en el trabajo.*»

—«Confieso, dijo el Presidente , que hallo esta condecoracion perfectamente aplicada, y muy justamente merecida. Con harto menos mérito y justicia habrán sido agraciados algunos hombres.»

Habló el *Buey*, y dijo *Mu* ..... con lo cual aseguran que quiso decir *muchos*, y que no concluyó la palabra por modestia.

Llamó en seguida el Presidente al *Cuervo*, el cual ostentaba en su pecho una gran cruz de plata de cuatro brazos esmaltada de oro, en cuyo centro se divisaba el busto de un hombre sin ojos. Preguntóle el Presidente cómo y por qué habia ganado aquella cruz; á que respondió el *Cuervo* que le habia sido concedida como premio *á la gratitud y á la lealtad.*

Rióse grandemente al hermano Buffon, y no pudo menos de preguntar quién era el que habia tenido la feliz ocurrencia de aplicar tan oportunamente aquel premio; á lo que contestó un individuo de la asamblea que quien asi le habia condecorado habia sido el *Topo* siendo ministro ; pero que bien habia pagado su torpeza, pues el agraciado en recompensa le habia sacado los ojos.

—«Digno castigo, dijo el Presidente, de quien tan desacertadamente distribuye los honores, y de quien asi desconoce las cualidades dominantes de algunos animales.»

Tras el *Cuervo* fué llamado el *Cocodrilo*, tanto por ir variando de especies, como por haber visto en él una gran cruz entrelazada de corderos, pendiente de un collar blanco, en cuyo centro llevaba escrito: *Filantropía, Humanidad, Beneficencia.*»

—¿Cómo es esto? esclamó Buffon: ¿de cuándo acá te has hecho tú benéfico y humanitario? ¿Es que has cambiado de inclinaciones desde que no nos vemos? ¿O es que se premia ahora en mi país (1) á los que sacrifican ó devoran mas víctimas?

—No es que yo haya cambiado de inclinaciones, respondió al *Cocodrilo*; mis pasiones y tendencias serán siempre las mismas: pero tambien sabeis que si bien devoro víctimas como decís, hartas lágrimas me cuesta la necesidad que me obliga á ello.

—Sí, sí, dijo el Presidente; ya sé yo lo que son las lágrimas del *Cocodrilo.*»

En seguida fijó la atencion en otros dos, pareciéndole haber divisado en ellos unas bandas blancas con fajas azules, placa y cruz con los brazos

(1) Siempre es un consuelo que estas escenas pasen en Francia y no en España. Aqui por fortuna no hay nada de esto.

en escama, y el mote: «*Pureza y Probidad.* Ambos llevaban uniforme de altos funcionarios. «Si no me engaña la vista desde lejos, dijo Buffon, vosotros debeis ser el *Buitre* y la *Lechuza.*

—Servidores vuestros, contestaron los dos.

—¿Y cómo habeis ganado vosotros el premio de la *pureza* y la *probidad*? ¿Acaso por chupar la una, y por tragar el otro? ¿O pretendeis engañarme á mí con estos atavíos, cuando hace un siglo que conozco vuestras propiedades? A fé que me cuesta trabajo creer lo mismo que estoy viendo.»

A todo esto el *Pavo-Real* continuaba haciendo su rueda y procurando enseñarse: pero Buffon proseguia tambien en su propósito de mortificar su vanidad y orgullo. Y deseoso el Presidente de saber si las condecoraciones de los otros corresponderian á las de los que habia examinado, llamó al *Elefante.* Llevaba éste unos grandes escudos, con armas, banderas, paveses y otros blasones militares, unos colgados al pecho y otros de la trompa, y sobre el lomo un castillo con el lema: «*á la Fortaleza y al Valor.*»

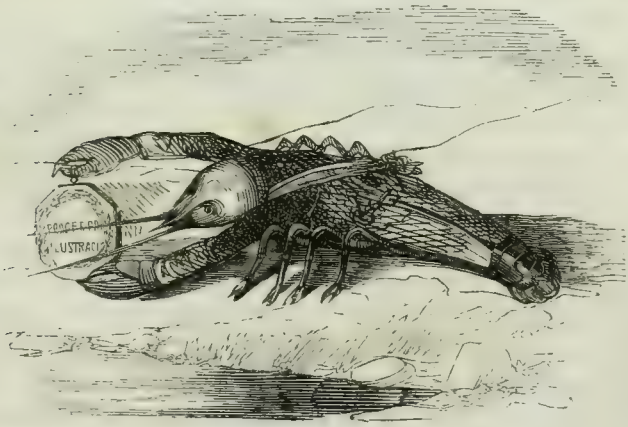
«He aquí una condecoracion bien empleada, esclamó el Presidente, y le mandó retirar: de lo cual no faltó quien murmurára en la asamblea, diciendo que el Presidente le trataba asi por temor de que se lo sorbiera con la trompa.

Presentáronse seguidamente el *Tigre*, el *Lobo*, y otros varios, alguno de gran uniforme, sembrado de placas.

«Apartad, les dijo, que ya os conozco, si bien algunos venís tan desfigurados y tan cargados de arréos, que otro que no tuviera la práctica que yo tengo de veros y tratáros, os tomára ciertamente por otra cosa de lo que sois.»

El *Tigre* volvió la cabeza como si quisiera decir á sus compañeros: «vámonos, que aqui nos han conocido.» Pero los otros permanecieron muy plantados sin dárseles un árdite por el juicio que se pudiera formar de ellos; como quien se echa la cuenta de decir: «bien ó mal ganadas, nosotros lucimos nuestras insignias, y á fé que no nos sientan mal, y nadie nos las quita de encima, y hoy se murmura y mañana se calla, y vamos viviendo.» Sin embargo el *Lobo* tuvo buen cuidado de ocultarlas bajo la piel de *Oveja*, dejando entrever alguna por humildad.

Y como los animales grandes ocultan siempre á los pequeños, no pudo ver el ilustre Conde una porcion de avichuchos, insectos, y reptiles que detrás de ellos se encubrían, todos mas ó menos condecorados. Alcanzó no obstante á ver un *Cangrejo*, que ostentaba y sostenia entre las dos tenazas una cruz octógona de esmalte blanco, angulada con una corona de laurel circular por el estilo de la del Mérito Civil de Sajonia, en cuyo centro se leia: *Progreso: Ilustracion.*



Preguntóle el Presidente cuándo habia ganado aquel premio, y contestó el *Cangrejo* que siendo ministro de la instruccion pública. Lo cual acabó de decidir al naturalista filósofo á echarlo todo á risa. «Retírate, le dijo.» Y asi

lo hizo el *Cangrejo*, andando hácia atrás como siempre, y dando en ello un testimonio de que los honores no le habian enseñado otro modo de andar.

—¿No está por ahí el *Toro*? preguntó el Presidente.

Un terrible mugido le avisó de su presencia. Llevaba el *Toro* una cinta encarnada con filetes estrechos de color naranjado en los cantos, de la cual pendia una cruz de oro de cuatro brazos iguales, esmaltados de blanco, que iban á juntarse en un centro circular, por el estilo de la cruz de San Fernando. En la circunferencia se leia: *Valor heróico: Bravura en la pelea.*»

—Huélgome mucho, dijo el Conde, cada vez que veo el premio tan oportunamente aplicado, y holgárame mas si con esta misma justicia le viera distribuido en todos»

Pero no bien encontraba el ilustre Zoologo algun ejemplar en que gozarse, cuando se le presentaba otro que parecia hecho para excitarle ó el enojo ó la risa. Asi sucedió que á la luz del sol que aquel dia alumbraba, hirieron simultáneamente sus ojos varios y diferentes colores que de un mismo punto partian.

—¿Quién es, preguntó, el que con tantos y tan diversos colores viene adornado?

—Servidor vuestro, señor Presidente, respondió una voz.

Esta voz se vió luego ser del *Camaleon*.

—Y vd., señor *Cambia-colores*, le dijo, ¿dónde ha ganado esa multitud de cruces?

—Las he ganado, señor Presidente, tomando como es natural en mí, el color de cada partido político que en nuestra república animal se han ido apoderando sucesivamente del poder. Y sabed que me creo todavía desatendido y postergado: puesto que otros, que debieran haber conservado el color propio que les dió la naturaleza, me han usurpado mi propiedad esclusiva, tomando los colores de cuantas banderas se han levantado, y aunque han huido siempre de los peligros, hoy se hallan mas condecorados que yo. Y en prueba de ello no está lejos de nosotros un *Culebron*, que entre otros muchos ha obrado de esta manera, y vos le podeis examinar si gustais.

—*Culebron* habia de ser él, dijo el Conde; y que no se me presente, porque sin verle conozco su manera de conducirse y de obrar.»

Faltaba el cuadro mas animado de la asamblea, el animalito mas condecorado de todos: un *Mono*, que encaramado en el tronco de un árbol se hallaba, esperando con impaciencia que le llegára su vez, y colocado en tan alto sitio para llamar mejor las miradas de todos los animales. Estaba admirablemente sobrecargado de cruces, bandas, collares y todo género de honoríficas insignias.

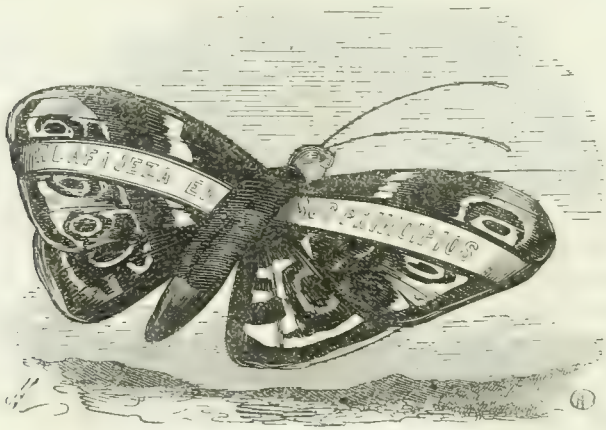
Aunque la abundancia de ellas las hacia confundirse bastante, distinguíase sin embargo una cruz de oro de cuatro brazos iguales, dentados con cinco puntas de esmalte rojo, orlados de oro, angulados con ráfagas del mismo metal, pendiente de una corona olímpica. El rótulo del medallon: *A la lealtad acrisolada*, no dejaba dudar que era la Gran Cruz de Isabel la Católica. Tras-

lucíasele en confuso la Corona de Hierro de Italia, la Orden de Cristo, la de Maria Teresa de Austria y la Espuela de Oro. En su pecho se ostentaba el collar con las armas del Duque de Borgoña significadas por las dos B B. antiguas; y el corderito y el lema: *Prœtium non vile laborum*, no dejaban duda que era el Toison de Oro. Cruzábale igualmente del hombro derecho al costado izquierdo, una banda roja y de aguas, de la cual pendia una gran estrella tambien de oro, con el mote *Honneur et Patrie*; que demostraba estar condecorado con el Gran Cordon de la Legion de Honor. Llevaba igualmente la Orden de la Jarretera, con el lema: *Honni soit qui mal y pense*. Solo que no se le veia, porque el animalito habia cometido la equivocacion de ponérsela en la pierna derecha, y la cubria el tronco del árbol

en que estaba sentado. Adornábanle en fin casi todas las grandes cruces de los estados de Europa, y no sé cómo no se habia puesto hasta la *Mano de siete dedos* inventada por Abd-El-Kader, que nada hubiera tenido de estraño en el afan de imitar y de engalanarse tan propio del *Mono*.

Grandemente se rió el ilustre Conde de ver al *Mono* tan alta y superabundantemente condecorado; si bien mas le causó enojo que risa, como buen francés, el ver empleado en un *Mono* el Gran Cordon de la Legion de Honor, y no pudo menos de esclamar: «¡Oh, si el gran Napoleon resucitára y esto viera!» Yo Fr. Gerundio, llevado de esta natural propension que tenemos á consolarnos de no ser solos á llorar males, confieso que me gozaba interiormente de ver que ya que las mas honrosas condecoraciones españolas se hallaban de aquella manera empleadas, se encontrasen en idéntico caso las de Inglaterra, Francia, Portugal y demas paises; y como la escena pasaba en Francia, «ahí me las den todas,» decia yo, y lo que esto prueba es que en todas partes cuecen habas, como dice el refran.

Tentado estuvo ya el Presidente á dar por terminado su exámen de calificacion, aburrido de ver aquella desigualdad y prodigalidad de premios. Y cuando está dudando qué hacer, viene á distraerle una *Mariposa* que por allí andaba revoloteando. Miróla el Conde, y vió que llevaba escrito en sus alas: *A la fijeza en sus principios.*



—¡Es hasta donde puede llegar, esclamó, el acierto y justicia en la distribucion de los premios! Ya no me queda mas que ver, y nada puede sorprenderme ya. ¿Y no me podreis decir, añadió, quien ha sido el atinado distribuidor de estos honores?

A lo que contestó la *Cigarra* como mas habladora: «cuando nos constituímos en república elegimos de entre nosotros los animales que nos parecieron mas apropósito para que nos gobernáran, y salieron nombrados los siguientes:

El *Topo* para el ministerio de negocios estrangeros.

El *Ciervo* para el de la guerra.

La *Culebra boba* para el de lo interior.

El *Cocodrilo* para el de la justicia.

El *Cangrejo* para el de la instruccion pública.

El *Lobo* para el de la hacienda.

La *Tortuga* para el de la marina.

Y el *Murciélago* para ministro guarda-sellos (1).

Estos son los que han distribuido mucha parte de los honores y condecoraciones que habeis examinado.

—A fé mia que anduvísteis atinados en la eleccion de gobernantes, y ya no me maravillan los frutos que de ellos habeis recogido. ¿Pero no habeis reemplazado nunca ese gobierno?

—Oh, sí, muchas veces: pero todos cual mas cual menos, con muy raras escepciones, han usado la misma prodigalidad; y en cuanto á la parte de justicia, vos dignísimo Presidente, la podreis juzgar mejor que yo.»

A todo esto el *Pavo-Real* continuaba en su ejercicio de hacer la rueda, pero lejos de atenderle el Conde, en quien fijó la vista fué en un animal que desnudo de toda insignia y condecoracion y en su propio y natural trage allí se hallaba. Era un *Perro*, que en la nobleza y gravedad del rostro, en lo penetrante y avizor de su mirada, en sus lábios y orejas colgantes, y en toda su figura y actitud demostraba ser un animal noble y castizo.

—¿Cómo es esto? le dijo Buffon: ¿cómo es que tú estás tan desprovisto de honores, cruces é insignias, cuando todos los individuos de esta asamblea se hallan tan lujosa y abundantemente condecorados? ¿No tienes alguna queja que dar, puesto que asi callas y te resignas?

—Nada tengo de que quejarme, dignísimo Presidente, respondió con aire de dignidad el animal interpelado. Yo he procurado ser fiel á nuestra república y á los que la gobiernan. He estado siempre vigilante y alerta. Cuando he visto que los gobernantes se estraviaban, he ladrado para avisarlos del peligro; y mas de una vez, observando que sordos á los ladridos se precipitaban y perdian, he llegado hasta á morderlos para ver si el dolor los despertaba y se apartaban de los escollos y peligrosos senderos, prefi-

(1) Como el suceso fué en Francia, el ministerio lo arreglaron tambien á la francesa.

riendo que me maltratáran irritados á que la república padeciera por culpa de mi silencio ó de mis adulaciones. Muchas veces me han querido halagar con maña; me han echado cebo para que callára ó les lamiera la mano agradecido. Jamás me he dejado seducir, dignísimo Presidente. He lu-

chado á brazo partido con toda clase de lobos, asi descubiertos como disfrazados; he evitado que devoráran muchas presas; he cumplido en fin con mi obligacion de ser vigilante y leal y de guardar la casa, y satisfecho con haber trabajado hasta donde alcanzaron mis fuerzas, estoy contento con mi suerte, y nada ambiciono: si alguno viene á seducirme con malas artes, le enseño los dientes, le gruño, y le despido diciendo: «á perro viejo no hay tús tús.

—Que me place, dijo el Presidente: tu conducta es digna de alabanza, y ojalá que tuviera muchos imitadores en este congreso, y en la gran república animal por él representada».—Y se acercó á él, y le pasó la mano por el lomo en señal de cariño y complacencia.

Despues volviéndose á la asamblea, dirigió una mirada circular á todos los concurrentes, y levantando la voz dijo: «Oid, cuadrúpedos, bípedos, volátiles, acuátiles, amfibios, insectos y reptiles; vosotros todos, vivíparos, ovíparos, mammíferos, cetáceos ó crustáceos, de cualquiera especie que seais, escuchad.—Grandes novedades y reformas hallo en vosotros, las cuales ciertamente yo no podia esperar. Os encuentro vestidos á estilo de los hombres y ataviados al gusto del Siglo. He escuchado las razones que para ello habeis tenido ú alegado, y os confieso francamente que no las tengo por bastante poderosas para justificar tan estraña determinacion. La

naturaleza os ha dotado de un vestido propio, durable, vistoso y variado en unos, fuerte y tupído en otros, y apropósito en todos para resistir á todo género de intempérie, y acomodado á las necesidades y género de vida de cada uno. El hombre solo es el que nace desnudo, y necesita por lo tanto de vuestras pieles, de vuestras lanas y de vuestras plumas, ya para el abrigo indispensable, ya para el adorno y la decencia que les son tan necesarios como el abrigo. La naturaleza y su criador han marcado á cada cual sus deberes y sus necesidades. El faltar á sus leyes fuera en los hombres criminal, en vosotros ridículo.

«Asi pues, mis queridos animales, dejad, os aconsejo, esos trajes usurpados, volved á vuestras propias y naturales vestiduras, que son las que os sientan mejor, y contando con vuestra obediencia no os inculcaré mas sobre este punto, porque deseo hablaros sobre el mas importante de las condecoraciones.

«Tambien en esto habeis querido imitar á los hombres del Siglo, y á fé que no habeis andado escasos ni os habeis quedado cortos, los unos en solicitar y pretender, los otros en conceder y otorgar, cruces, bandas, y todo género de honoríficas insignias. Semejantes distintivos, mis queridos animales, han sido muy sábiamente inventados para premiar las acciones heróicas, los servicios eminentes, las brillantes prendas y las cualidades distinguidas de los individuos. Digna recompensa del mérito, muy propia para excitar á la emulacion, y mas noble que las recompensas pecuniarias que naturalmente engendran el egoismo y corrompen el corazon.

«Pero cuando estos signos honrosos, cuando las decoraciones se prodigan, cuando se aplican y distribuyen profusamente y á granél, sin consideracion al mérito, y sin guardar una estricta é imparcial justicia, entonces caen en descrédito, se convierten en una extravagante ficcion, y dejan de significar lo que representan, porque lo que distingue á todos ya no distingue á nadie: el signo en tanto es signo en cuanto conserva la propiedad de distinguir.

«Por desgracia en una república, cualquiera que sea, son pocos los ciudadanos que prestan altos y eminentes servicios, ó que brillan por sus virtudes y talentos, ó que se distinguen por una série de acciones útiles y gloriosas. ¿Qué he de pensar yo pues de vosotros, al veros á todos tan llenos y cargados de honores y distinciones? Lo diré con franqueza, porque siempre os he hablado el lenguage de la verdad. Que los mas habeis empleado el favor y la intriga para obtenerlas, y que habeis tenido unos gobernantes imbéciles y no nada amantes de la justicia distributiva, ó acaso ignorantes y poco conocedores del verdadero mérito: bien que nada estra-

ño de los individuos que pusísteis al frente de vuestro gobierno, y no se debia esperar otra cosa del *Topo* y del *Murciélago* y demas á quienes la administracion de los negocios de república encomendásteis.

«Yo veo, es verdad, al *Elefante* muy justamente condecorado con la cruz de la *fortaleza y del valor*: veo al *Buey* premiado con la cruz de la *Constancia y sufrimiento*: veo al *Toro* con la del *valor heróico* y la *bravura en la pelea*. Todo esto está bien, porque en ello se ha atendido al mérito y la justicia. ¿Pero qué importan estas raras escepciones, si al propio tiempo estoy viendo á la *Liebre* premiada con la misma condecoracion que el *Toro*, á la *Mariposa* poco mas ó menos decorada que el *Buey*, y al *Ciervo* igualmente honrado que el *Elefante*? ¿Qué he de pensar de ver á un *Buitre* con la gran cruz de Cárlos III, á un *Cuervo* ostentando por lema *Lealtad y gratitud*, á un *Camaleon* honrado por todos los partidos, y á un *Mono* llevando sobre sí todas las Grandes Cruces y bandas de todos los estados, hasta el Cordon de la Legion de Honor, que es lo que mas al alma me llega, y no lo estrañaréis siendo como soy francés?

«¿Qué me sirve que haya unos pocos premios bien aplicados, si se confunden con la multitud de los que han caido en ánimas viles como se suele decir? ¿Quién distingue á los unos de los otros? Solo el que conozca las particulares cualidades de cada uno. Si pues el conocimiento de las prendas individuales es el que ha de juzgar del mérito y del honor, ¿qué objeto tienen ya las condecoraciones? Para otro tanto valiéraos mas presentaros desnudos de insignias como el *Perro*, el cual ademas de la lealtad de que siempre ha dado pruebas, se ha acreditado para mí por la virtud de la modestia y por su falta de ambicion, cualidades que le honran mas que todas las cintas y cruces que pudiera traer.

«Asi pues, mis queridos animales, concluyo con recomendaros, y os ruego que no olvideis nunca esta máxima de mi compatriota Boileau:

Le seul honneur solide,
C' est de prendre toujours la verité pour guide,
De regarder en tout la raison et la loi,
D' être doux pour tout autre et rigoureux pour soi,
D' accomplir tout le bien que le ciel nous inspire,
Et d' être juste en fin, ce seul mot veut tout dire (1).

«Que traducido al español para inteligencia de los que aqui os halleis de aquel pais, si alguno hubiere, quiere decir:

El solo honor estable y verdadero
es llevar siempre la verdad por guia,

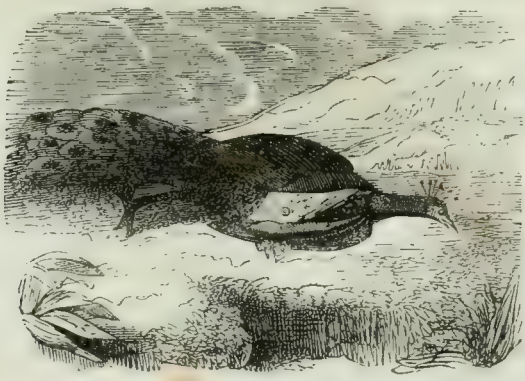
(1) Boileau, satira XI.

la razon y la ley mirar en todo,
ser á los otros la dulzura misma,
cuanto á sí propios rígidos y graves;
hacer el bien que el cielo nos inspira;
ser justo en fin, esta palabra sola
cuanto decir quisiera significa.

Repítoos que no olvideis nunca esta máxima: y con esto me vuelvo á mi tumba, sin que os pueda asegurar si volveré ó nó á visitaros, porque esto lo decidirán circunstancias que no dependerán de mí. Idos pues. La providencia os guarde.»

Y se restituyó el hermano Buffon á su tumba, quedando los animales mústios por demas y disgustados, que siempre disgusta y entristece oir verdades y desengaños como los que ellos acababan de oir. Asi es que se fueron retirando poco á poco y sin hablarse palabra, cada cual á su guarida, donde se duda todavia si se despojaron de los supuestos honores para dedicarse al ejercicio de las acciones virtuosas, que son el verdadero honor, ó si continuaron con sus antiguas mañas despreciando ú olvidando el consejo del sábio naturalista, que es lo que con mas fundamento se cree.

Lo que se sabe es que el *Pavo-Real* fué siguiendo por un buen espacio al ilustre Conde, pugnando por llamarle la atencion hácia sus cintas y sus guapos: pero el Conde, bien penetrado de que los méritos del *Pavo-Real* no podian ser otros que un escesivo orgullo fundado en su hermosura y sus adornos, continuó desatendiéndose y mortificándole. Al poco tiempo se encontró un *Pavo-Real* muerto entre unas malezas. Era el infeliz animalito, á quien el corage habia sofocado. ¡Digno castigo de la desmedida presuncion!



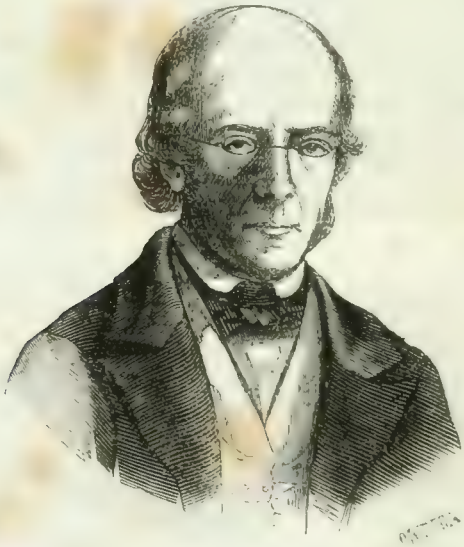
LA HOMEOPATIA.

III.

Tirabeque tratado homeopáticamente. (1)

Una vez resuelto y determinado, mi paternidad en persona (pues no hubiera permitido de modo alguno que el pobre Tirabeque saliera de casa en tan mal estado) fué á avistarse con el doctor Nuñez, que casualmente se hallaba á la sazon en Madrid, y de cuyas antiguas relaciones me prometía que se habria de prestar á asistir á mi buen lego, á quien nada sin embargo habia dicho.

No fueron vanas mis esperanzas; al contrario fué tanta su amabilidad, que á la hora ya estábamos los dos en la celda gerundiana, y á la presencia de Tirabeque.—Aqui tienes, Pelegrin, le dije, á mi amigo el doctor Nuñez.



Púsose Tirabeque á mirarle de hito en hito y esclamó: «Señor, si el mal no me tiene conturbada la vista, este señor es el mismo que ha curado á vd. dos veces en Burdeos.

(1) Ya supondrá el lector que esto le pasó á Tirabeque antes que lo del Magnetismo.

—El mismo, Pelegrin; y el mismo de quien tanto has oido hablar allá y acá, y que puede llamarse el Padre de la Homeopatía española.

—Muy señor mio, dijo Tirabeque, y esto me infunde algun aliento y confianza. Pero suplico á vd., añadió, por lo que vd. mas quiera en el mundo, que vea de tratarme con todo el cuidado y esmero y con todo el aquél de que sea capaz la Homeopatía, pues aunque un pobre lego no haga la mayor falta en el mundo, tengo un amo que sentiría perderme, ademas que la vida Dios la amó, y vd. no deberá estrañar que el hombre.....

—Vamos, dijo el doctor Nuñez sonriéndose, vd. querrá que le cure.

—Eso, si señor, contestó Tirabeque.

Entonces el doctor le hizo algunas preguntas sobre su padecimiento, y principalmente sobre las causas predisponentes y ocasionales que constituyen la parte integrante de un buen diagnóstico, que es el objeto de la atencion especial y escrupulosa de un médico homeópata, informándose ademas de su temperamento, de su género de vida, de su carácter, de sus enfermedades anteriores, del tratamiento que estas habian tenido, y sobre todo de las que pudiera haber contrahido por herencia y trasmision de sus padres, que es uno de los puntos en que mas se detienen los homeópatas.

Mientras Tirabeque satisfacía á su modo á todas estas preguntas, el doctor Nuñez con el ojo médico que le distingue observaba minuciosamente á Pelegrin, como aquel que estudia los síntomas morales de un enfermo, entre los cuales no dejaria de notar una muy decente dósis de aprension, y no sé si trasluciría su carácter socarron y maulero en estado de sanidad. A muchas preguntas tenia yo que contestar por Tirabeque, temeroso de que dijera alguna heregía higiénica, dinámica, patológica ó fisionómica, y gracias que no las dijéra yo.

Luego que el doctor hubo formado su juicio diagnóstico, «vamos, señor Tirabeque, le dijo, tenga vd. confianza que no se morirá de esta.

—¿De verdad, señor médico? ¿Y se me quitará este arrebato de la cara?

—¿Qué duda tiene?

—¿Y el humor de la pierna? ¿Oh, si me pudiera vd. arreglar la pierna, señor doctor, y ponérmela tan larga como esta otra!

—La Homeopatía no alarga piernas, señor Tirabeque, y mas cuando su cortedad es tan antigua como vd. me ha informado; lo que podrá conseguirse es que no cargue en ella ese humor que vd. dice, y que deberá desaparecer.

—Lográrase eso, señor doctor, y diérame yo con un canto, no digo en los pechos, sino en ella misma.»

Y dicho esto, sacó el médico su cajita, que al reves de la de Pandora que

contenia todos los males, esta creen que contiene los remedios de ellos; y tomando uno de los 90 menudísimos frasquitos que en otras tantas menudísimas casillas encierra, echó dos menudísimos globulitos en un menudísimo papel, y los trituró y mezcló con otros menudísimos polvitos blancos que en él habia.

«Esto, le dijo, lo disolverá vd. en medio cuartillo de agua, de lo cual tomará vd. una cucharadita antes de acostarse, y otra por la mañana temprano, cuidando de no tomar alimento hasta que pasen de dos á tres horas, procurando que el alimento sea módico y sano, y absteniéndose de todo lo que sea áccido y picante. Tan luego como vd. se sienta bien, dejará de tomar las cucharaditas. Cuidado con esto: nada de mas.»

Tirabeque miraba al médico, miraba á los polvitos, me miraba á mí, y en sus ojos se leia aquella frase tan de ordenanza hablando de las dosis homeopáticas: «vamos, parece imposible!» Luego encarándose al médico le dijo: «Señor doctor, vd. perdone, porque hasta la religion nos manda que no espongamos nuestra vida y nuestra salud, y aunque yo supongo que los médicos homeópatas son gente de mucha conciencia, el asegurarse bien nunca está demas, siquiera de que no le hará daño lo que toma; y así desearia..... nada, nada, vd. perdone, yo lo tomaré con fé.»

Las últimas palabras las produjo una mirada un poco espresiva que yo le lancé. El médico se sonrió, y se despidió de nosotros asegurándonos de nuevo que no tuviésemos cuidado.

El cuidado y la impertinencia fué despues para mí, pues aquella misma noche, hecha ya la disolucion de los polvitos, y al tiempo de tomar la primera cucharada, acometiéronle á Tirabeque nuevos temores é incertidumbres. Llenaba la cuchara, la miraba, se la acercaba á los labios, la volvia á apartar, y unas veces decia: «Señor, increible parece que esta tan mínima cosa sea capaz de curar á un hombre: ¿qué medicina puede haber aqui?» Otras veces esclamaba: «y si esto tiene tanta fuerza como dicen, y no fuera lo que á mí me conviene, y enviaran á un pobre lego al otro mundo antes de tiempo por meterse á andar con homeopatías....!

—Pues mira, le dije; si no tienes fé, vale mas que no lo tomes, porque no hay peor cosa que un medicamento tomado sin fé: basta la parte moral para neutralizar el efecto físico, dado caso que no le contraríe.

—Pues señor mi amo, la fé me salve, y haga Dios de mí lo que quiera.» Y se tragó la cucharada.

A la mañana siguiente tomó la otra segun se le habia prevenido. Aquel dia se sintió ya bastante aliviado, y se le iba desvaneciendo la aprension. Al siguiente aseguraba que se hallaba ya otro hombre, y en la mañana del

tercero entró á darme los buenos dias casi saltando de gozo. «Señor, ya no hay nada, me dijo, ni calentura, ni hinchazon, ni risipela..... me encuentro ágil como un muchacho..... quisiera ir ahora mismo á decírselo al doctor Nuñez, y á darle las gracias, y á pagarle lo que sea, que no le regatearé un solo maravedí de lo que me pida..... y tengo ya tanta fé, mi amo, que si quiere vd. que me eche al cuerpo ahora mismo y de una vez todo lo que ha quedado en el vaso, no tendré inconveniente ninguno, porque esto es milagroso, señor, y acaso me convendria para acabar de tomar fuerzas.....

—De eso te librarás bien, PELEGRIN; y sinó acuérdate de lo que te encargó el médico: «cuidado con tomar ni una gota mas desde el momento que se sienta vd. bien!» Y esto concuerda perfectamente con el sistema del mismo Hannemann, que nunca se cansaba de recomendar á los enfermos que no se excedieran en lo mas mínimo de las dosis marcadas: ¡tanta era la fuerza de accion que él atribuía á estas tan diminutas cantidades!»

Lo cierto es que la indisposicion de TIRABEQUE desapareció completamente en dos dias con solo tres cucharadítas, y sin necesidad de sangrías, ni de apósitos, ni de brebages, y que desde entonces hasta la fecha no ha vuelto á tener novedad, pareciéndole que hasta en la pierna mala siente cierta agilidad y soltura que antes no esperimentaba: con la particularidad que como el tratamiento habia sido tan benigno, apenas sintió convalecencia. Con esto, escusado será decir que es el mas acalorado defensor y apologista de la Homeopatía.

Por lo que hace á mi reverendísima, ni la impugno ni la defiendo, porque para fallar en tan delicada materia eran necesarios mas conocimientos de los que mi paternidad posee. He referido este caso, é indicado los que conmigo mismo han tenido lugar, y de cuya autenticidad respondo, (ya el resultado haya sido casual, ya se haya debido á la Homeopatía), con el objeto de que unidos al catálogo de otros mas graves que cada dia se refieren, puedan contribuir á despertar la atencion del gobierno, (si es que los gobiernos de España creen que las vidas y la salud de los hombres son atendibles), asi como de los hombres entendidos, para que miren este asunto con el interés que por su trascendencia merece, y procuren por todos los medios apurar la verdad y examinar imparcial y despreocupadamente los fundamentos en que se apoya y los resultados que se obtienen de la moderna doctrina.

Porque si la Homeopatía es una falsedad, y los prodigios que de ella se cuentan son ilusiones, la humanidad merece que se la desengañe. Y si la Homeopatía es una verdad, y ciertos los efectos maravillosos que se le atribuyen, seria el descubrimiento mas importante que hubieran hecho los

hombres, y el beneficio mas imponderable é inmenso que la humanidad podría recibir, como que no puede haber nada mas importante que la salud y la vida.

Diluciden y fijen la cuestion los que puedan y deban. A Fr. Gerundio no le toca mas que indicar. Entretanto cada uno obrará segun su creencia y sus convicciones.

LA HOMEOPATIA.

IV.

Sus principales capítulos.

Figurando ya como figura la Homeopatía en el Gran Teatro Social, creo que no será inoportuno, y que la generalidad del público no se disgustará de que haga aquí una breve y compendiosa esposicion ó estracto de los principales capítulos qne constituyen la doctrina de esta nueva escuela.

1.° La Homeopatía es la ciencia y el arte de curar las enfermedades de una manera dulce, pronta, cierta y durable. Se llama *Homeopatía* (palabra griega), porque su principio es emplear los medicamentos *homogéneos ó análogos* á las enfermedades, á diferencia de la *Allopatía* que emplea las medicinas *ó diferentes ó contrarias.* Los homeópatas llevan por axioma y principio: «*similia similibus curantur*:» los allópatas (es decir, los médicos de todos los demas sistemas) siguen esta otra máxima: «*contraria contrariis curantur.*»

2.° Segun los homeópatas, la vida es el resultado de la accion incesante de un principio invisible, inmaterial, dinámico ó virtual, llamado *fuerza vital*, cuyas funciones regulares constituyen el estado de salud, y su desacuerdo el de la enfermedad.

3.° Esta fuerza vital, dicen, como conservadora de la armonía orgánica, está obrando siempre contra toda modificacion que tienda á alterar su ritmo regular. Esto es lo que llamamos vulgarmente la naturaleza luchando contra las enfermedades que tienden á destruirla.

4.° Siendo la fuerza vital una, y las enfermedades alteraciones dinámicas del organismo, estas enfermedades no pueden ser destruidas sino por agentes capaces de modificar dinámicamente tambien el cuerpo humano.

5.° Asi (dicen) la virtud medicamental que cura al hombre enfermo es la misma que ha escitado síntomas morbosos en el hombre sano. Esto es

lo que se propuso esperimentar Hannemann, y esto es lo que dicen que consiguió probar hasta la evidencia por una serie de esperiencias hechas en un largo número de años en sí mismo, en su familia, en sus discípulos, y en sus allegados.

6.° Para que los medicamentos curen las enfermedades es necesario que aquellos tengan una virtud superior á estas. Las enfermedades (dicen) no tienen mas que un poder limitado para destruir el equilibrio de la economía viviente, mientras que los medicamentos obran de una manera constante, idéntica, absoluta. De consiguiente deben ser mas poderosos que las enfermedades, siempre que sean oportunos. Esta oportunidad es la que dicen ha alcanzado la Homeopatía, porque conocido el efecto que hace una sustancia médica en el hombre sano, se conoce la enfermedad que cura. Y como que aquello lo saben por una série de esperimentos constantes y uniformes, la aplicacion de la medicina se hace con una seguridad casi matemática.

7.° El objeto de las medicinas homeopáticas es ayudar siempre á la naturaleza, ó sea á la fuerza vital en su constante lucha y reaccion contra las alteraciones orgánicas que causan las enfermedades: es decir, añadir una sobreexcitacion revulsiva á la fuerza vital cuyas reacciones eran antes insuficientes.

8.° Las medicinas homeopáticas son todas simples, y sus efectos de antemano conocidos. Asi no pueden ellas causar otra enfermedad. Mientras que las medicinas allopáticas con sus diferentes mezclas pueden (dicen ellos) suscitar nuevas afecciones en otros puntos de la economía, causando asi una enfermedad nueva al tiempo que pretenden atacar la enfermedad existente.

9.° Los homeópatas emplean las sustancias medicinales puras en el mayor grado de su energía. Hay (dicen) muchas sustancias que en su estado natural no ejercen ninguna accion sobre el cuerpo humano, como el licopodio, la plata, la platina, el pedernal etc., y por medio de las preparaciones artificiales adquieren una actividad verdaderamente estraordinaria. Hé aqui el fundamento de las preparaciones químicas, y de la reduccion de las sustancias médicas á las dosis infinitesimales.

10. Conocen los homeopatas los efectos de mas de 1200 ó 1600 sustancias médicas, por repetidos esperimentos que sobre ellas dicen haber hecho, y siempre con los mismos resultados.

11. Ellos recojen las sustancias solubles, y los jugos de los vegetales en su mayor frescura y en el estado de la eflorescencia, que es cuando tienen mayor virtud natural.

12. En la Homeopatía el diagnóstico es el objeto especial de la atencion del médico.

13. Las dosis de los medicamentos homeopáticos, aunque iguales en la apariencia, son de diferentes grados de actividad, y las administran ó deben administrarlas conforme al grado de la enfermedad y á la naturaleza del enfermo. Una accion demasiado enérgica podria agravar el padecimiento ; por eso se limitan á provocar la reaccion suficiente del organismo , y encargan tanto no escederse en las cantidades.

14. El enfermo tratado homeopáticamente debe abstenerse de tomar cualquiera otra sustancia médica, porque todas ellas , mas ó menos, contrariarían ó destruirían el efecto de la medicina homeopática.

Debe evitar todas las causas debilitantes que pudieran disminuir la energía de las reacciones del organismo: los escesos de todo género, y sobre todo las fuertes emociones morales: no hacer uso sino de alimentos puramente nutritivos y de fácil digestion : ejercer todas las demas funciones de la vida de la manera mas conforme á las leyes de la naturaleza.

15. El régimen homeopático prohibe: las sangrías, las sanguijuelas, los baños frecuentes, las drogas medicinales, los olores fuertes, el café, el chocolate á la vainilla, los áccidos, especialmente el limon y el vinagre, las bebidas alcoholicas, los vinos fuertes, las comidas abundantes ó demasiado grasientas, el uso inmoderado de la sal, la pimienta, los lugares mal sanos, la vida sedentaria, las ocupaciones forzadas, las prolongadas vigilias, y finalmente todo género de escesos.

16. El régimen homeopático permite ú ordena: los paseos frecuentes al aire libre y á pié, el ejercicio regular y moderado del cuerpo y del espíritu, la distraccion, el alimento módico y nutritivo, la caza de toda especie, la vaca, la ternera, los pollos, los huevos, la leche, el queso, los pescados, las ostras, las patatas, los garbanzos buenos, las coliflores, la berza, las espinacas, los guisantes, las zanahorias, el arroz, la sémola, el arrouroot (sustancia alimenticia muy á propósito para los niños), las frutas maduras y no áccidas, el agua, ya pura, ya azucarada, ya mezclada con vino, la cerveza no adulterada, el chocolate sin aromas, las féculas, y en general las viandas sencillas y sin salsas fuertes ó estimulantes.

Parece, pues, que el régimen homeopático no es demasiado riguroso ni cruel, y que aun le deja al hombre recursos con que alimentarse sin merecer sentencia de muerte homeopática. Gracias sean dadas por esta parte al padre y á los hijos de la Homeopatía, que con tanta consideracion han querido tratar á la humanidad comiente.

LO QUE VIO TIRABEQUE MAGNETIZADO.

Para mejor asegurarme si mi buen lego se hallaba ó no en estado de verdadero sueño magnético, á pesar de su afirmativa, determiné hacer otra prueba; la de esperimentar si su sistema muscular habia adquirido ese grado de insensibilidad y adormecimiento que dicen produce en algunos el sonambulismo, hasta el punto de no sentir la picada de un alfiler y otras semejantes impresiones.

Al efecto me dirigí á coger de sobre la mesa un alfiler gordo que por acaso en ella habia, con intento de darle dos ó tres punzadas. Mas cuando me volví á Tirabeque oí que me decia: «la intencion de vd. en este momento, señor mi amo, no tiene nada de humana ni de caritativa; y hará vd. muy mal en picarme, pues tanto pueden picar al hombre, que aunque parezca estar muy dormido, salte y lo eche todo á rodar: y esto que digo de los hombres lo digo tambien de los pueblos. ¡Hombres que parece que estais despiertos! ¡no piqueis demasiado á los que parece que están dormidos! ¡Creed las palabras de un magnetizado!»

Confieso que me impuso el inesperado apóstrofe de mi lego, y esto, mas que la prueba del alfiler, me convenció de que estaba completamente sonámbulo, pues que así penetraba mis intenciones, y se esplicaba ademas en tan desusado lenguage. Dejé, pues, el alfiler, y acercándome á él de nuevo le dije: «puesto que te hallas ya en tal estado de *claravidencia*, haz el favor de decirme, si gustas (1), si te has subido ya á las regiones celestiales, y puesto en comunicacion con los espíritus.

—No señor, me respondió; aun estoy en la tierra.

—¿Y en qué lugar de ella, si se puede saber? ¿En España ó en el estrangero?

—En España.

—Mucho lo celebro, Pelegrin: eso prueba que tú no eres como aque-

(1) El señor Cubí encarga que se use con los magnetizados el estilo dulce y suplicatorio, y de ningun modo el imperativo, pues este los suele resentir y amostazar.

llos que sin conocer su propio país se van á conocer los estraños, y cuando vuelven quieren aplicar aqui todo lo que han visto allá, sin saber (porque no pueden saberlo) cuál es lo aplicable y lo no aplicable. Y en el supuesto que tan claramente ves las cosas, hazme el favor de decirme algo de lo que ves.

—Señor, veo primeramente la España hecha un laberinto de partidos: hay tantos como hombres; y sino tantos, casi casi.

—¡Qué diablura, PELEGRIN! ¿Y en qué consistirá eso?

—Eso consiste, mi amo FR. GERUNDIO, en que como yo penetro ahora las intenciones de los hombres, estoy viendo que el partido de cada uno es su propio interés, es decir, el egoismo aquel cuyo arbolito me enseñó vd. en la primera funcion.

—No lo estrañaré, PELEGRIN, porque ya hace algun tiempo que entreveo yo eso mismo.

—Es que yo lo veo claro, mi amo FR. GERUNDIO.

—Y dime; ¿cuál será el remate y fin que esto tendrá?

—Señor, eso no lo veo tan claro.

—Tampoco me maravilla, porque no todas las cosas las ven los sonámbulos con igual lucidez. Ahora voy á ver si has adquirido la presciencia. ¿Me harás el favor de decirme quién será el esposo de nuestra Reina?

—Su nombre le estaba pronunciando Mr. Guizot hace una hora delante de Luis Felipe y de otro personage que no conozco, en el gabinete que está á la espalda del salon de los Mariscales: pero le ha cortado la palabra la noticia del señor Russel. Porque es de saber que hay una madeja muy larga y muy enredada con varios cabos, de los cuales uno hay en San Petersburgo, otro en Viena, otro en Roma, otro en Nápoles, otro en París, otro en Londres y otro en Madrid, y que cuando parece que va saliendo bien la hebra de un lado, tiran del otro y se enreda de nuevo la madeja, y aun no se ha podido hacer ovillo.

—Pero si tú penetras los pensamientos de los hombres, sabrás al menos el que mereceria la preferencia en el corazon de S. M.

—Señor, los corazones de los reyes son sagrados é inviolables, y no están sujetos al sonambulismo. De modo que aunque me parece que lo sé, no lo puedo decir como sonámbulo».

Las contestaciones de TIRABEQUE tenian una mezcla de misteriosas, de discretas y de vagas, que me hacian dudar si habia adquirido la *presciencia*, si bien advertia una cierta dosis de *clarividencia* que no suele tener en su estado natural. Para probar si en otras materias veia mas claro ó se esplicaba mas esplícitamente, cogí un libro y se le presenté delante de los

ojos.—Tendrás la bondad, le pregunté, de decirme qué libro es este que tengo en la mano?

El sin vacilar, y sin abrir los ojos, de lo cual estoy cierto, me respondió: «el libro que tiene vd. en la mano es el Diccionario de la lengua; y por cierto que bien podía añadirle la Academia las voces que le faltan, como por egemplo, *escuálido*, *lote*, *plantilla*, *gestion*, *pupitre*, *gastrónomo*, *cotizacion*, *cupones*, *esplotacion*, *percal*, *gandúl*, *gaznápiro*, *fagot*, *impermeable*, *folletin*, *escalofrios*, y si vd. quiere, me estaré hasta mañana diciendo voces que no trae el Diccionario; y tampoco trae la *claravidencia* en que yo me hallo ahora.»

Lleno de admiracion me dejó TIRABEQUE, tanto porque el libro que yo le presentaba era realmente el Diccionario de la Academia, como por la copia de voces que él sabía le faltaban. Sin embargo para mas cerciorarme de su intuicion, tomé un periodico, y doblándole y poniéndosele á una regular distancia le dije: «¿me harías el obsequio de decirme qué es lo que contiene la última página de este periódico?

—Si señor, me contestó: despues de los anuncios de teatros trae el elogio de una obra que se acaba de publicar, el cual está escrito por el mismo autor, y la redaccion no ha hecho mas que ponerle conforme se le ha dado, porque es amigo.

—En cuanto al elogio de la obra es cierto, pero respecto á estar escrito por el mismo autor, perdóname, PELEGRIN, pero ni puedo creerlo ni puedo admitirlo, porque yo sé bien que no obran así las redacciones.

—¿A qué quiere vd. ver mas claro que yo?»

Y se me mostró irritado; porque los sonámbulos no pueden sufrir que se les contradiga, aun cuando no lleven la razon, en lo cual se parecen á muchos despiertos. En seguida hice un acto fuerte de *volicion*, y comunicando mi *querer* con energía, le dije á mi lego: «sal de España, PELEGRIN; da un paseo por esos mundos, y dime algo de lo que está pasando, si merezco de tí esta honra.

—Con mucho gusto, contestó él, y á Roma por todo.

—Pues ya que á Roma te has ido, dime si vendrá el dichoso concordato, cuándo y cómo.

—No veo claro, señor; parece que tengo delante de los ojos un castillo que todo me lo enturbia, confunde y embrolla. A quien veo con mucha claridad es al Santo Padre, que en este momento saca la caja del rapé, y le alarga un polvo al Emperador Nicolás con mucha amabilidad y dulzura.

—Perdona, PELEGRIN amigo, pero eso no puede ser. ¿Habia el Santo Padre de hacer tales demostraciones de amistosa confianza con el Autócra-

ta de las Rusias, con el perseguidor cruel de la iglesia católica, con el inhumano martirizador de las pobres religiosas, al mismo tiempo que tan regateador y esquivo se muestra para reconocer la legitimidad de nuestra Reina, siendo la Reina de una nacion católica-apostólica romana?

—Señor, yo digo lo que veo, y á lo que se está viendo no hay réplicas ni razones que valgan. Y ahora veo á todos los reyes grandes y chicos, y á todos los príncipes chicos y grandes en continuo movimiento de un lado á otro, viajando mas que si fuesen comisionistas de alguna casa de comercio, haciéndose visitas y dándose la mano de amigos, y diciéndose mil flores y mil ternezas, y como queriendo meterse unos á otros en el corazon, que es cosa que me está encantando ver lo derretidos que están ahora los señores monarcas unos con otros. Y al propio tiempo estoy viendo como todos ellos están acechando quien será la víctima en el momento que suene el primer cañonazo que ha de dar al traste con la paz y concordia entre los príncipes cristianos y con la amistad que felizmente los une.

—Tal creo, yo, Pelegrin; y estoy temiendo, porque ciertamente es muy de temer, que la calculada y estudiada paz que hace algunos años disfrutan las naciones, y todos esos al parecer estrechos lazos que unen á los monarcas, se rompan el dia menos pensado; y pienso tambien que ellos mismos á su vez participan de este temor. Así es que la Inglaterra se arma y previene como si amenazase un gran cataclismo, y que todos los políticos se preguntan: ¿de dónde saldrá el primer cañonazo que turbe la paz de Europa y de el mundo?

—Señor, eso lo veo yo por el sonambulismo.

—¿Es posible, Pelegrin?

—Señor, tan claro como la luz del mediodia.

—Dílo, pues, Tirabeque mio: dílo, si es cosa que puede revelarse sin comprometer la suerte de las naciones. ¿Saldrá de Inglaterra? ¿Saldrá de Francia, de Rusia, ó acaso de los Estados-Unidos?

—Lo único que puedo decir con seguridad, señor mi amo, es que el primer cañonazo que se tire ha de salir de la boca de un cañon. Lo demas son secretos del magnetismo que no puedo descubrir.»

Verdaderamente yo no sabia qué pensar de las contestaciones de mi lego. Por un lado parecia estarse burlando de mi buena fé; por otro se esplicaba en un lenguage y emitía unas ideas que no le son habituales en su estado natural y de vigilia.

Dispuse, pues, hacer otra prueba y le dije: «Pelegrin, haz el favor de hablar en muchas lenguas: ahora veremos si estás ó nó sonámbulo

Y sin hacerse mas de rogar, y con indecible sorpresa mia, comenzó á esplicarse así:

En francés.—Chacun son metier, les vaches sont bien gardées: que quiere decir: cada cual atienda á su juego.

En latin.—Turbatis rebus, improbi valent: ó á rio revuelto ganancia de pescadores, ó en revueltas el que intriga es el que medra.

En italiano.—Dimmi con chi vai, e ti diró chi sei: ó dime con quien andas y te diré quien eres.

En portugués.—Do pão de nosso compadre grande fatia á nosso afilhado: ó lo que es lo mismo, pues que no ha de salir de mi bolsillo, paga, pueblo, y calla el pico.

En inglés.—They are as like as two peas: que equivale á decir, tan bueno es Pedro como su compañero.

En aleman. —Es steck etwas dahinter: es decir, aqui hay gato encerrado.

Atónito por demas me tenia TIRABEQUE, y no menos me admiraban los efectos del sonambulismo; como que al ver tanta discrecion en un lego me daban tentaciones de no despertarle. Le habia hablado del magnetismo como agente terapéutico, y era menester hacerle algunas preguntas sobre su estado patológico.

Primeramente le pregunté: ¿cuántas cucharadas de sangre circulan por tus venas?

—Ciento treinta y siete, me respondió sin vacilar.

—Me parecen pocas, le repliqué.

—Segun sea la cuchara, me contestó.

—Y conoces algun método para la curacion ó alivio de tu pierna?

—La curacion completa será dificil, por ser el mal muy viejo, pero para el alivio sí le conozco. Me convienen alimentos sólidos y sanos, como aves gordas, pescados frescos, frutas maduras etc. Me conviene ademas un poco de vino, puro y sin mezcla, á cada comida: no hacer demasiado ejercicio, por lo que mi amo deberá mandarme á los menos recados que pueda: no manejar cosas de mucho peso: distraherme honestamente, á lo menos los domingos y fiestas de guardar.

—Cierto, PELEGRIN, que el sistema curativo es cómodo por demas y no nada molesto.»

Pero esto mismo me hizo sospechar si el tal TIRABEQUE me estaria jugando alguna mala pasada Para salir de dudas le dije: ¿me podrás informar de algo de lo que esté pasando á estas horas aquí en España, pero lejos de nuestra celda?

—No hay inconveniente. Ahora entra un diputado en el despacho del

ministro con intencion de hacerle algunas indicaciones sobre cierta intendencia á la cual tiene él ya puestos los puntos hace mas de cinco meses. No tardará en salir para Madrid un buen alijo que desembarcó ayer en un pueblo de la provincia de Málaga. En este momento están reunidos siete capitalistas tratando de los medios de hacer subir mas los treses, de acuerdo con otros, que aunque no son capitalistas pueden disponer de capitales.

—Un poco misterioso estás, PELEGRIN: si me dijeras nombres, podria yo saber despues si todo eso era cierto.

—Señor, cuando abrimos el TEATRO SOCIAL me encargó vd. mucho que no alzára del todo el telon, sino un tantico no mas, y de esto me acuerdo mejor con las *pasas* que vd. me ha dado; y ahora haga vd. el favor de dispertarme, que ya es tiempo.»

No tanto por complacer á TIRABEQUE como por salir yo de las dudas é incertidumbres en que me habia puesto su género de sonambulismo, y sobre todo porque él no estaba muy esplícito que digamos, me propuse desmagnetizarle, y dí principio á la operacion del despertamiento.

TIRABEQUE DESMAGNETIZADO.

Yo comencé por ejecutar lo que previenen y encargan tanto el señor Teste como el señor Cubí para obrar la desmagnetizacion. Hice una fuerte intencion de que TIRABEQUE despertára. Le aproxime las dos manos por el dorso, y las separé luego con violencia como si con cada una de ellas quisiera darle un revés. Repetí esta accion varias veces delante de la cara, bajando despues por toda la línea media hasta los miembros inferiores inclusive. Todas estas *pasas* eran horizontales en lugar de verticales, segun prescribe el Manual.

Viendo que aun así TIRABEQUE no despertaba, le insuflé diferentes veces en los ojos, y le dije: «*Despierta, Pelegrin: Pelegrin, despierta*».

Pero sí, ya baja: asi despertaría él como un muerto. Yo ya iba entrando en aprension. Por un lado sospechaba si habria alcanzado el estado de

éxtasis y se hallaria conversando con los espíritus angélicos; por otro temía y recelaba si habria hecho alguna de Barrabás enviando á TIRABEQUE á despertar al mundo en que nadie duerme. Ello es que yo sudaba ya como un cabador al ver que por mas *pasas* verticales que le hacía, por mas que mis brazos parecían aspas de molino de viento y mi boca fuelle de órgano sin dejar de soplar, ni por esas lograba desmagnetizarle. Le empujaba, le movía, le zarandeaba, y tampoco. «¡Está bueno esto por vida mía! exclame en alta voz. Hé aqui un estado de adormecimiento, añadí, en que á este mozo se le podría hacer bien la amputacion de la pierna sin que sintiese el mas pequeño dolor.

—¡Para el tonto que lo esperára! exclamó abriendo cada ojo como el arco de un puente. Y agradezco la buena intencion, mi amo.

—¿Con que has despertado, PELEGRIN mio? ¡Vaya un susto que me has hecho pasar! ¿Y te sientes fatigado? ¿Te acuerdas de algo de lo que has dicho durante el magnético?

—¡Pues no me he de acordar, señor! Punto por punto y coma por coma.

—Pues es maravilloso, porque los que duermen por magnetismo no se acuerdan absolutamente de nada de cuanto han visto ni dicho durante su adormecimiento.

—Es que yo no me he dormido, mi amo.

—¿Qué no te has dormido, hé? Mas de lo que yo ya quería, que creí no acertar á despertarte, y he pasado unos sudores que he temido acongojarme de susto y de pena.

—Pues ha hecho vd. muy mal, porque así he dormido yo como vd.

—Segun eso, PELEGRIN, me has engañado, te has burlado de mí.

—Burlarme, no señor, ha sido una broma no mas. En vista del empeño que vd. tenía en dormirme, y al ver que no acertaba, dije para mí: «voy á hacerme al sonámbulo á ver que es lo que mi amo me pregunta: y esto mismo creo que han de hacer muchos de los que dicen que se magnetizan.

—Bribon, mauléro, socarronazo y ganapan que tú eres, ¿y eso no es burlarse de mí? ¿Y cómo has podido adivinar mis pensamientos y responder á mis preguntas del modo que lo has hecho?

—Señor, en verdad sea dicho, yo no he adivinado nada. Cuando vd. se dirigió á la mesa á coger el alfiler, abrí yo los ojos y lo ví. El libro que usted me presentó no podía ser sino el Diccionario, porque era el único que tenía vd. sobre la mesa, y no sentí abrir ninguno de los armarios en que están los otros.

—¿Y lo del periódico cómo lo esplicas?

—Señor, muy sencillo: todos los dias traen el anuncio de alguna obra

nueva, y en esto no podía equivocarme. Y en cuanto á aquello de que el elogio hubiera sido escrito por el mismo autor, no era mas que un juicio inocente mio; y fundábale en que todas las obras y escritos que salen las elogian y recomiendan los periódicos casi por igual; y como no es posible que todas sean igualmente buenas, y por otra parte no pueden tener tiempo los hermanos periodistas de leer las que salen cada día para formar su juicio, discurría yo que se necesitaría darles el trabajo ya hecho. Pero si vd. dice que en esto me he equivocado, que no valga, señor, que los sonámbulos tengo para mí que tampoco aciertan en todo.

—¿Y lo del candidato para esposo de la reina, cuyo nombre decias haber oido pronunciar á Mr. Guizot, hasta señalando hora y sitio? ¿Y lo de Roma? ¿Y lo de Inglaterra, y lo del primer cañonazo?

—Señor, en cuanto al primer punto no tengo duda que el nombre le habría pronunciado Mr. Guizot, pero que facilmente le habrá cortado la palabra el señor Russel; y quédese esto así. Las demas noticias son las que yo por ahí he pescado, y vd. deberá saberlas todavia mejor que yo. Aquello del diputado, como que es el pan nuestro de cada día, dánosle hoy tambien, y perdóneme vd. la certeza, que si no es como lo he dicho: no le andará muy lejos. Y lo propio digo con respecto al contrabando, que si no desembarcó ayer habrá desembarcado hoy: y en un dia cualquier sonámbulo se puede equivocar, puesto que no todo se ve tan claro.

—Lo que me hizo sospechar algo de tu sonambulismo, Pelegrin, fué el plan curativo que prescribiste para tu pierna. Pero por otra parte, como acababa de oirte hablar en tantos idiomas, cosa qne yo creí tan agena de tu escasísima erudicion en tu estado natural.....

—Señor, algo se me habia de haber pagado en tantos viajes como hemos hecho, y por torpe que sea..... ya ve vd., hasta los soldados aprenden sus palabras y refranes por poco que estén en pais estrangero.

—Pues mira, con poquito mas que supieras de idiomas ya casi podias aspirar al bachillerato en lenguas que debiera prescribir el nuevo Plan de estudios.

—Señor, y aun sin *casi* : porque tengo para mí que con tanta confusion de lenguas han de salir tales babilonios que el que llegue á decir como yo un refrancito en cada una sin mezclar acelgas con culiflores se ha de tener por un doctor.

—Pero bien, Pelegrin, y vamos al objeto principal de nuestra sesion de hoy. Segun eso tú no creerás ya en los efectos del magnetismo.

—Lo que yo creo, mi amo, y vd. perdone la franqueza, es que vd. no acierta á magnetizar.

—Ya te dije que no estaba muy seguro del resultado; pero tambien podrá consistir en que tú eres ya un poco talludo para recibir impresiones magnéticas, puesto que las épocas mas favorables de la vida para ello son la adolescencia y la juventud, las cuales hace tiempo has dejado atrás. Por otra parte tú debes ser mas linfático que nervioso; ademas que lo que debió producir en ti aquellas aparentes *pandiculaciones*, ó bostezos, al parecer febríles, seria alguna *idiosincracia* morbífica.

—Sin gracia ó no sin gracia, mi amo, el resultado es que vd. no me ha dormido; y ahora me maravilla mas la facilidad con que dicen que duerme el hermano *Cubí*.

—Eso dependerá, PELEGRIN, de los conocimientos y práctica magnética que él tiene y yo nó; como lo prueban las muchas magnetizaciones que dicen ha ejecutado, y los infinitos testimonios librados por sugetos de todas clases que han esperimentado en sí mismos su rara habilidad, y que andan unidos á sus obras. Entre ellos es notable la manifestacion que hacen una porcion de personas de Reus, cuyo documento tengo á la vista y en el cual se lee: «Todos creíamos imposible el poder magnetizar; hasta creíamos todos «que la existencia del Magnetismo era una quimera; pero hoy TODOS MAG-«NETIZAMOS. El Magnetismo entre nosotros puede llamarse *el imposible ven-«cido, la mentira que se nos ha vuelto verdad, etc.*»

Y este documento le firman médicos, cirujanos, fabricantes, cómicos, barberos, profesores, estudiantes, carpinteros, tejedores, pintores, tenderos, músicos y danzantes. Todos dicen que magnetizan ya, y sin embargo yo no he podido magnetizarte á tí. Yo creo que tú debes ser muy poco impresionable.

—No señor, antes á mí me imprimen cada diez dias muchas veces y en letras grandes ó chicas, conforme se les antoja, y hace ya muchos años que ando impreso, y aun reimpreso. Sino que eso del magnetismo debe ser cosa de músicos y danzantes como vd. ha dicho.

—Poco á poco, PELEGRIN; eso es dar á entender que tú no crees en el magnetismo.

—Señor, yo.... por un lado sí, y por otro no.

—Vaya, vaya, muy atrasado estás en la materia, y muy indocil te veo en creer la existencia y efectos de este maravilloso descubrimiento. Menester será que tomes algunas lecciones del señor Cubí.....

—Perdone vd., mi amo, que eso de hacer dormir á un hombre y no poder dispertar sino cuando al magnetizador le acomoda me hace un poco de miedo. Y asi en tal caso mejor querría aprender del hermano *Cubí* eso otro que enseña sobre el modo de conocer á los hombres por unos bultitos

que dicen que tenemos todos en la cabeza, y aun á algunos sin mas que mirarlos á la cara. Esto me gustaría mas, porque debe ser muy útil y muy curioso, y no tiene la esposicion de quedarse uno dormido en la celda como por broma, y acaso ir á dispertar á la eternidad de veras.

—Muy bien; yo tambien me alegraré que tomes algunas lecciones de Frenología.

—Eso, si señor, de Frenología; sino que yo no queria decirlo, porque como empieza con *Freno* temía cambiar los *frenos* y decir algun disparate.

—Pues bien, Pelegrin; te enviaré á sus lecciones, y veremos cómo te portas. Y en lo que hace al Magnetismo, pienso que no vas descaminado en decir que por un lado sí y por otro no, porque yo tambien creo que hay algo: mas digo, creo poder probar que hay algo, pero que tambien hay secretos en la naturaleza que no ha penetrado todavía, ni acaso los penetrará nunca el hombre; y el que quiere ir mas allá de lo conocido, ó tiene que suplirlo con la farsa, ó caer en el descrédito y en el ridículo.

DON FRUTOS DE LAS MINAS.

CAPITULO IV.

Viaje de don Frutos y frutos de su viaje.

A los seis dias leyó mi paternidad en la Gaceta el parte siguiente.= Gobierno político de la provincia de.....=Excmo. Sr.=A pesar de las enérgicas medidas y esquisita vigilancia empleadas por mí para la total estincion de la gavilla de malhechores capitaneada por el llamado *Ojo-turbio*, que recorre varias comarcas de esta provincia, no se ha podido lograr su completo esterminio, y tengo el sentimiento de participar á V. E. que la diligencia que salió de esa córte el 8, fué asaltada por algunos bandidos de la referida cuadrilla, y robados y maltratados los viajeros, entre los cuales parece se hallaba el digno diputado á córtes Don Frutos de las Minas, á quien, despues de haber tratado con bastante inhumanidad, despojaron de todas sus ropas, habiendo tenido que cubrirse con las de un filantrópico paisano del pueblo inmediato al sitio de la catástrofe. No ha habido que lamentar otra desgracia física que algunas contusiones que los malvados ocasionaron á los viajeros, siendo las mas considerables las que sufrió el mencionado Don Frutos. La fuerza destacada en persecucion de los bandidos deberá haberles dado alcance á estas horas, segun noticias que acabo de recibir, y no dudo los destruirán, como ya lo hubieran hecho, si no fuera la proteccion que encuentra *Ojo-turbio* en algunas masadas y caseríos, que tambien vigilo de cerca. La paz mas completa y el órden mas admirable reinan en toda la provincia. Dios &c.»

Fatal incidente fué este para Don Frutos y para toda la comision; la cual, como tuviese que andar una jornada por fuera de arrecife para penetrar en el corazon de la sierra donde radicaban las minas, tuvo que dejar pronto la diligencia, y proveerse en uno de los pueblos vecinos del competente número de cabalgaduras que al término de su viaje los transportáran.

Mas como todos tres fuesen tan limpios de moneda como sucios de polvo, y por otra parte sus trazas y apariencias no los abonáran demasiado, dieron con mil dificultades para encontrar quien les alquilára las caballerías. Su

fortuna fué que el robo de la diligencia habia sido noticiado en el pueblo por los demas viajeros, con lo cual y con haber conservado Don Frutos su pasaporte en que constaba su alta dignidad de diputado, se presentaron al alcalde, y éste bajo su garantía les proporcionó los auxilios que necesitaban, y con los cuales emprendieron de nuevo su ruta. Eran estos auxilios dos jacos y un mulo, enjalmados á estilo del país, y cuya estampa y catadura ya hubiera querido igualar á la de aquellos jamelgos llamados *bridest* que á Tirabeque y á mi paternidad nos dieron allá en Bélgica cuando fuimos á visitar la gruta de *Remouchamps*, y en que tan batídos sacamos nuestros hipocondrios (1).

Ved, pues, hermanos mios á la comision de minas de *San Pascual Bailon* y principalmente á *Don Frutos de ellas*, caballeros en las tres alimañas, trepando cerros, cruzando valles, salvando riscos y atravesando barrancos.

(1) Viages de Fr. Gerundio, tomo 2.

Y contemplad á todo un representante de la nacion española (que no sé ciertamente, yo Fr. Gerundio, cuándo la representa mejor, si cuando está sentado en bancos de terciopelo y habla de su grandeza y vota contribuciones en un salon lujosamente adornado, ó cuando vá sobre un desdichado rocinante, vestido de prestado, espoliado por una cuadrilla de salteadores, y golpeado ademas, asendereado y molido). Y lo iba tanto en verdad, que unido á no ser el mejor ginete que digamos, fué milagroso que cayera algunas menos veces que cae el justo cada dia, y la jornada fué la mas molesta que pueda haber hecho viandante alguno.

Sin embargo, como lo último que pierde un abogado es el humor de hablar, fué lo único tambien que en medio del quebranto y molimiento conservó Don Frutos; y asi dirigió á sus conviajantes este razonamiento: «Triste cosa es á fé mia, compañeros y amigos, que unos hombres que dentro de poco tiempo habremos de andar en carruages propios, cómodos y elegantes, por las calles de la córte, hayamos de vernos ahora tan innoblemente montados y por tan escabrosas sendas tan plebeyamente conducidos; y que los que vamos á disponer y ordenar el modo de extraher cuanto antes los tesoros que se encierran en nuestras propiedades, tesoros que ni nosotros ni nuestros hijos podremos agotar por despilfarrados que fuésemos, háyamos de venir en este momento tan exhaustos y vacíos de moneda, y por lo que á mí hace, hasta vestido de caridad. ¿No les parece á vds. que contrasta bien esta miseria con la opulencia que nos aguarda?

«Y lo que nos aguarda tambien, contestó el Secretario, son los votos y conjuros de los sócios, cuando sepan que el producto de los dos dividendos estraordinarios han caido en manos de unos administradores con quienes ni ellos ni nosotros contábamos.

«Pues no nos recibirá de mejor humor, añadió Sarmiento, el verdadero administrador cuando vea que en lugar de los fondos que esperaba ha de tener que proveernos de lo necesario para poder vivír los dias que dure la visita.

—Lo cual, añadió por su parte Don Frutos, no deja de ser un embarazo para estrechar al Director y al Administrador en aquello del *redde rationem.*»

En estos y semejantes razonamientos llegaron al pueblo y territorio de las minas, donde ya los dos funcionarios de la empresa impacientemente y de una hora para otra los aguardaban, como igualmente los obreros y alarifes que al verlos llegar prorumpieron en gozosas demostraciones y aplausos, como quien dá por asegurados sus salarios por una buena temporada. Pero tanto como unos y otros se habian regocijado, y tantas como eran las gala-

nas esperanzas que habian concebido de la llegada de la comision, tanto se quedaron de melancólicos, mústios, lánguidos, tétricos, opacos y marchitos cuando supieron la malandanza que les habia pasado, y lo limpios, mondos, escamoteados, éticos, despavilados y ligeros que venian. Algo no obstante se repusieron y tranquilizaron con escribir aquella misma noche á la Junta Directiva comunicándole su percance y pidiendo nuevos fondos con urgencia. Emplearon lo demas en descansar, que bien lo habian menester, y al dia siguiente se dispuso ejecutar la primera visita y reconocimiento de las minas.

Componíase la comitiva, de los tres individuos de la comision, del director facultativo, el administrador, el capataz, y un peon. Cuando Don Frutos se vió á las bocas de las minas comenzó á pensar, que no habiéndolas visto nunca ni mas gordas ni mas flacas, y careciendo de estudios geológicos y de conocimientos de arquitectura subterránea, no dejaria de verse algo embarazado para dar su dictamen sobre la direccion de los trabajos y sobre la naturaleza y clasificacion de los metales. Mas luego añadió para sí: «¿y qué? ¿tanto entendia yo de hacer leyes cuando entré en el Congreso, y sin embargo he hablado con el desparpajo que el que mas, y doy mi voto sobre lo que no entiendo, y es un voto que pesa y vale en definitiva como el de otro cualquiera? Ademas ¿no he aprendido ya algunas voces de minería? ¿qué me detiene pues?» Y levantando la voz, «adelante, señores (dijo); bajémos cuando vds. gusten.»

Bajaron primero al pozo *Bendicion de Dios*. El peon con su candileja de ordenanza en la mano iba alumbrando las oscuras galerías: de tiempo en tiempo, previa órden del director ó del capataz, aproximaba la luz á las paredes; miraba Don Frutos con atencion, y esclamaba: «verdaderamente, señor director, que le está bien puesto á esta mina el nombre que lleva, porque esto es una verdadera *Bendicion de Dios*: por todas partes no veo mas que mineral, y mineral esquisito segun todas las señales.

—Hasta ahora, señor Don Frutos, contestó el director, no son mas que eflorescencias; vamos mas adelante, y hallaremos ya algunas vetas, que aunque delgadas, por la clase de ganga que las acompaña, pienso que han de ir engrosando.

—¡Poder de Dios, y cómo se suda aquí! esclamó Don Frutos: y andando algunas varas mas, «já, já, gritó alborozado; ya está aqui el filon: ¡cáspita y qué robusto es, y qué potencia tiene!

—Eso que vd. vé, replicó el director, no es filon, sino una roca pizarrosa que me hizo creer que trabajábamos en estéril; pero variando de rumbo hemos hallado una faja de arenisca, que apoderándose gradualmente

de la caja del filon le vá haciendo mas rico, si bien será menester para proseguirle, dar mas inclinacion á la galería.

—¿Y por qué no se abre preguntó Don Frutos, un ramal de recorte de norte á sur?

—Por la sencilla razon, contestó el director, que el rumbo del filon, segun todos los signos, marcha de este á oeste.

—Bien, replicó Don Frutos; pero aquí hay que hacer una entibacion, con algunas calicatas, y unos socabones, un par de pozos maestros con las labores de arranque correspondientes y su bomba, á fin de desatorarlo en regla y trastornar su rumbo hácia los testeros, porque la cuarcita que aquí se encuentra lo hace necesario, y es menester sacar mineral pronto y en abundancia, puesto que lo hay como se vé á la simple vista, y lo indican tambien las pintas de hidrógeno, sulfato y galena, y el alcohol que se respira, y lo demuestra igualmente mi sudor.»

Mientras que Don Frutos creía que se estaba esplicando como un Humbolt, un Beccher ó un Haüy, y que tenia estático de admiracion á su pequeño auditorio, costábales no poca violencia al director y capataz el reprimir la risa al escuchar tanto desatino y blasfemia minera; y segun testimonio que dió despues el Secretario de la comision, tuvo que detener el brazo del albañil ó alarife, que ya le tenia levantado en actitud de descargar un candilazo sobre la frente ó narices del diputado mineralogista, sin tener en cuenta ni dársele un ardite por la inviolabilidad, que no creería alcanzarle debajo de tierra.

Salieron de aquel pozo y reconocieron otros, en los cuales desplegó Don Frutos iguales ó parecidos conocimientos metalúrgico-arquitectónicos; y en seguida pasaron al pozo *Bienaventuranza*.

—¿Para qué han puesto vds. preguntó Don Frutos, esta especie de garrucha á la boca de este pozo?

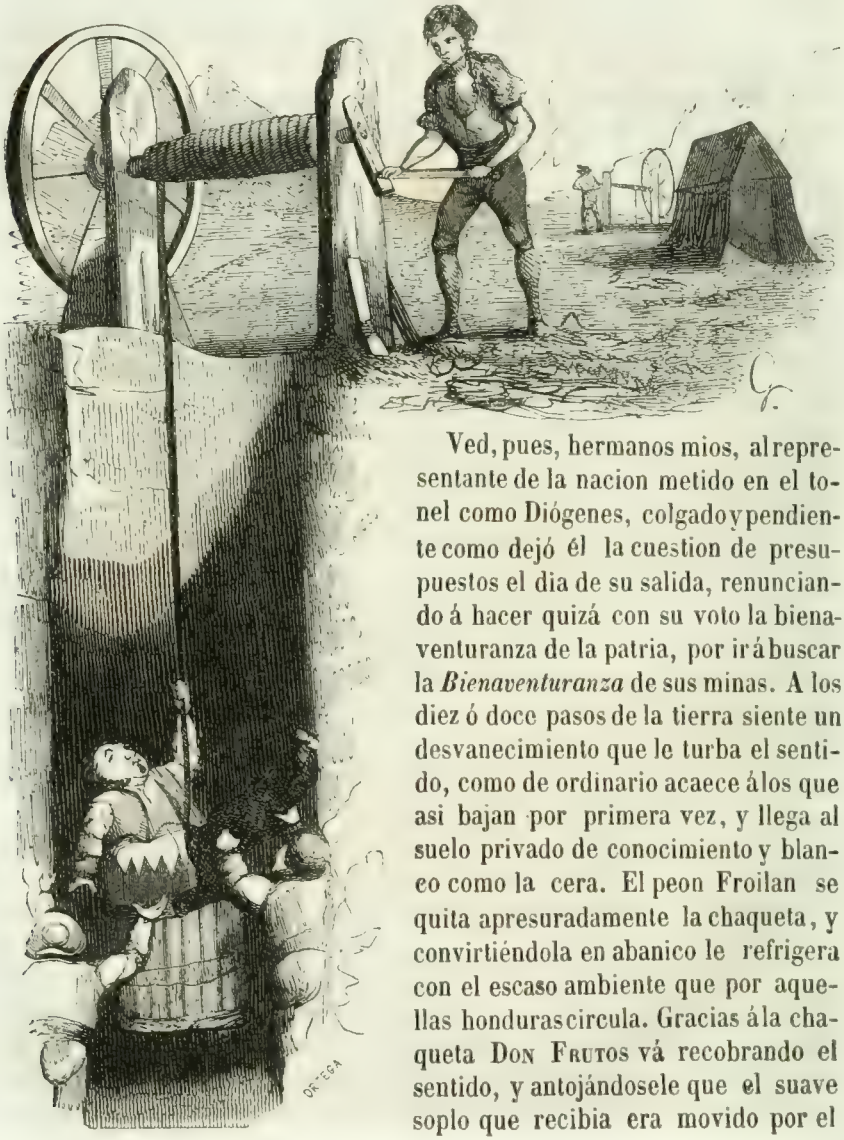
—Para bajar á él le respondieron: aquí no hay galería de descenso.

—¿Y yo habré de bajar tambien por aquí?

—Es la cosa mas sencilla del mundo respondió el aperador; no hay sino meterse en ese cubo, y se baja sin cuidado. Baja tú primero, Froilan, le dijo al peon, y luego bajaré yo, para que vea el señor Don Frutos que esto no tiene nada que hacer.

Bajaron los dos, y gritábanle desde abajo: «¿lo vé vd. como esto no es nada?» Animábale tambien el director por su parte, mas Don Frutos á todo respondia: «Señores, no se molesten vds., que no bajo; esto no es para mí, y si no tiene la *Bienaventuranza* otra entrada mas fácil, renuncio á la *Bienaventuranza* de las minas.» Pero habiéndole picado sus compañeros el amor

propio, añadiendo la reflexion de que ¿qué diria la sociedad si por un esceso de cobardía y timidez se volvía y presentaba sin haber visto y examinado sus mas ricas pertenencias? junto con el egemplo que le dió el Secretario, prestándose á bajar antes, se decidió por fin nuestro padre de la patria á embutirse en el cubo.



Ved, pues, hermanos mios, al representante de la nacion metido en el tonel como Diógenes, colgado y pendiente como dejó él la cuestion de presupuestos el dia de su salida, renunciando á hacer quizá con su voto la bienaventuranza de la patria, por ir á buscar la *Bienaventuranza* de sus minas. A los diez ó doce pasos de la tierra siente un desvanecimiento que le turba el sentido, como de ordinario acaece á los que asi bajan por primera vez, y llega al suelo privado de conocimiento y blanco como la cera. El peon Froilan se quita apresuradamente la chaqueta, y convirtiéndola en abanico le refrigera con el escaso ambiente que por aquellas honduras circula. Gracias á la chaqueta Don Frutos vá recobrando el sentido, y antojándosele que el suave soplo que recibia era movido por el

abanico de su amada, «¡Magdalena! esclama; ¡Mi querida Magdalena!» Abre los ojos, se encuentra con el tostado y barbudo rostro de Froilan, y poco faltó para que volviera á caer en el parasismo. Al fin se repuso casi completamente y fué sacado del tonel; y mientras bajaba el director, Froilan encendió una pajuela y con ella un candil, y comenzaron todos á recorrer la galería.

Habrian caminado como unas veinte varas, cuando ¡oh catástrofe dolorosa! una enorme masa de tierra y cuarzo se desprende de la bóveda de la galería; un pedrusco arrebata el candil de la mano á Froilan, y quedan todos á oscuras, atónitos y consternados. Afortunadamente no hubo mas lesion que la que causó á Don Frutos en el hombro izquierdo un trozo de roca cuarcitosa que quiso su mala suerte le cayese encima. Todos de comun acuerdo resolvieron salir cuanto antes de la *Bienaventuranza*; pero el material desgajado habia casi obstruido el paso, y tuvieron que salvarle gateando á tientas, no sin una decente dosis de miedo, y sin escoriarse las manos, rasguñarse las rodillas y arañarse los rostros.

Al fin lograron ganar la boca de salida, y vueltos á embutir uno tras otro en el tonel fueron saliendo á tierra y aire libre. Admiráronse recíprocamente de verse tan mal parados, y Don Frutos en medio de su mal humor aprovechó la oportunidad para decir al director, que si en la *Bienaventuranza* hubiera hecho las obras que él le aconsejó en la *Bendicion de Dios*, no hubiera sucedido tal hundimiento, y que ya él tenia la obra en la boca cuando le cortó la palabra el material que se desgajó de repente. «Por hoy, dijo el capataz, no nos queda mas pozo que reconocer que el *Lázaro resucitado*; aquel tiene muy bueua entrada.—Pues vaya vd. y éntre y no salga si le acomoda, respondió amostazado D. Frutos, que harto *Lázaro resucitado* estoy yo hecho, y basta de resurrecciones y de pozos, que bien puedo decir que he nacido hoy, y juro y protesto no entrar mas debajo de tierra, hasta que me zambullan muerto para no resucitar sino en la gloria.»

Con esta resolucion de Don Frutos iban ya á retirarse á poblado, cuando les llegó aviso de que los obreros de *Los siete Infantes de Lara* se habian puesto á trabajar dentro de la demarcacion y casi á la misma boca del pozo *Azucar y Canela* de la pertenencia de la sociedad, que era precisamente el denuncio que habia motivado la incoacion del pleito entre ambas compañías.

—Eso no, voto á tal, esclamó Don Frutos asi que oyó la noticia; si es la mina del pleito, no consentiré yo que otro trabaje en ella impunemente, pues es bueno que sepan *Los siete infantes de Lara*, que *San Pascual Bai-*

lon tiene un abogado capaz de defender su derecho sobre el terreno mismo de la competencia con razones tan legales, que los confundirá y anonadará y condenará en el acto en las costas del proceso y en el resarcimiento de daños y perjuicios etc »

—«Pues llevémos allá, dijo el capataz, nuestros operarios, y que trabajen allí, y no consintamos que nadie se apodere de nuestras propiedades.» Y llamóse á los obreros, y se les hizo ir armados de todas armas y útiles al sitio de la contienda para emprender en él decididamente los trabajos. Mas como al doblar el primer cerrillo que dominaba el susodicho registro fuesen apercibidos por los jornaleros de los *Siete Infantes de Lara*, y conociesen la actitud hostil y determinada que llevaban aquellos, pusiéronse en guardia, supendieron la labor, y tomaron el aire imponente de una preparada espera. Los otros prosiguieron impávidos su marcha, y llegados al terreno en cuestion, «aqui, dijeron, nada tienen que hacer *Los siete Infantes de Lara.*

—Quien no tiene que hacer aqui, replicaron estos, es *San Pascual Bailon*. La mina es nuestra, y si algun obrero de *San Pascual* se atreve á dar un azadonazo no sacará sanas las costillas.

—Quien las ha de sacar rotas y para no prestar, dijeron los de *San Pascual Bailon*, han de ser *Los siete Infantes de Lara*, si vuelven á clavar el pico en la tierra.

—Pues veremos quien es el mas guapo, contestaron estos.

—A verlo vamos, replicaron los otros.»

Y los unos y los otros comenzaron á cabar, y en el instante comenzaron tambien, primero á darse empellones, despues á sacudirse garrotazos, y luego á arrojarse las herramientas, viéndose volar por los aires una lluvia de picos y azadones, de barrenos y martillos, de esportones, palancas, taladros, sierras, escofinas y todo género de armas y utensilios bélico-mineros. Y agotados estos, y embravecida mas y mas la pelea, aquellos nuevos Titanes, verdaderos hijos de la tierra mas que los que movieron la guerra á Júpiter, echaron mano de los guijos, cascotes y pedruscos que extrahido habian, y rompíanse la crisma mútuamente con pedazos de galena, con rudas masas de cuarzo, con trozos de plomo argentífero, con espuertas de ganga beneficiable, y acaso se abollaban la cabeza con guijarros impregnados de vetas y pepitas de oro.

Nuestro Don Frutos que veia la pelea con el disgusto de un hombre pacífico y de ley, se acercó á los contendientes y les arengó en estos términos: «¿Es posible, ciudadanos, que de esta manera hayan vds. de querer ventilar las cuestiones y dirimir los litigios de minas? ¿para qué son las ra-

zones? ¿para qué los abogados y los tribunales? ¿para qué las ordenanzas y las leyes? Esponga aquí cada cual, sobre el terreno mismo, ya que en él nos hallamos, el derecho que crea asistirle á la pertenencia que se litiga; nom-

bren, si quieren, *Los siete Infantes de Lara* su abogado defensor, como yo lo soy de *San Pascual Bailon.....*»

A este tiempo vino á cortarle el uso de la palabra un pedazo de roca cuarcitosa de las muchas que por allí se cruzaban, y acertándole en el hombro que habia sacado sano del pozo de la *Bienaventuranza*, poco faltó para que diese con él en tierra. Entonces á semejanza de San Pablo cuando para hacer resaltar la injusticia de su maltratamiento esclamaba; «*civis romanus sum*, soy ciudadano romano,» asi exclamaba Don Frutos: «¿cómo es esto, señores? ¿saben vds. que soy un diputado de la nacion española?»

Pero los contendientes nada oian y nada escuchaban en el calor de la refriega; y Dios sabe hasta dónde hubiera esta llegado si por fortuna no hubiera acudido el alcalde llevando consigo un destacamento de tropa que en el pueblo para estos casos destinado habia, pues no era el primer pleito de esta clase que habia ocurrido en las minas de aquel distrito. Al ver llegar la fuerza armada se desbandaron los peleadores sanos, se recogieron los heridos, y la comision de San Pascual con el director y toda la comitiva se

retiraron al pueblo, todos profundamente disgustados, y en especial Don Frutos, que al ver los que iba sacando de la visita formó resolucion irrevocable de disponer su regreso á Madrid tan pronto como llegasen los nuevos fondos pedidos á la sociedad, y sin los cuales no podia emprender viaje, y tan pronto tambien como se curára de las diferentes y no nada leves contusiones que en su cuerpo habia recibido.

EL PLAN DE ESTUDIOS VIGENTE.

ARTICULO II.

Vita brevis, ars longa.
Hipocrates, Aforismo 1.°

Si Hipócrates dijo: «la vida breve, el arte larga,» el autor del Plan debió decir para sí: «yo te juro que lo que tiene de corta la vida, lo han de tener de largas las carreras.»

Cinco años de segunda enseñanza elemental, y uno por lo menos de segunda enseñanza de ampliacion, son los que se exigen para ser admitido al estudio de las facultades mayores de teología, jurisprudencia, medicina y farmacia. Las tres primeras han de durar siete años, que con seis son trece.

¡Ay que se nos va acabando
la vida burla burlando!

La mas corta es la de Farmacia. Con once años de estudios y dos de práctica tiene bastante un jóven para hacerse farmacéutico. Con esto, y con que la Homeopatía se vaya estendiendo y las boticas vayan sobrando, no necesita mas este jóven para prometerse un porvenir dichoso despues de

once años de gloriosa carrera, y de un capital invertido en botes, redomas, almireces y espátulas, y en yerbas, raices, álkalis y gases.

Un alivio es el que tiene en su favor la Farmacia; alivio que no sabrán apreciar bien los que se dediquen á esta profesion: singularidad notable y especialísima: escepcion rara y cuasi milagrosa: privilegio insigne, prerogativa dulce, distincion señalada..... ¡La Farmacia es la única facultad para la que no se exige el estudio de la lengua griega! El médico tiene que saber griego, el abogado tiene que saber griego, el teólogo tiene que saber griego, el licenciado en letras tiene que saber griego, el licenciado en ciencias tiene que saber griego; todos tienen que saber griego menos el farmacéutico.

Nadie dirá que el PLAN es obra lega,
pues fuera necesario estar muy ciego
para no conocer que es un PLAN *griego*
desde el principio al fin, desde *alpha* á *oméga* (1).
Griego tiene que ser el terapéutico,
griego el jurisprudente, griego el teólogo,
griego será el filósofo, el zoólogo;
solo no será griego el *farmacéutico.*

Ni mi paternidad ni nadie creo que negará la utilidad del conocimiento de la lengua griega; pero pienso que mientras un estudiante de jurisprudencia emplea su tiempo en aprender el griego por obligacion, en el cual nunca podrá ser muy fuerte con un solo curso mezclado con otras muy diferentes materias, no le faltarian otros conocimientos que adquirir, algo mas directamente útiles á su carrera y futura profesion. Verdad es que en cambio tendremos á su tiempo abogados que sepan ó puedan saber que Solon para publicar sus leyes las hacia grabar sobre la piedra en la forma llamada *boustrophédon*; y si no llegan á aprender esto, podrán saber por lo menos que el *tribunal de Pilatos* se llamó *Lithostrothos*, que quiere decir pavimento de piedra: ó al menos sabrán que *Ennéadécaétérides* es el famoso *periodo de diez y nueve años* que descubrió Methon; que *Batrachomyomachia* quiere decir *combate entre las ranas y las ratas*; que *homoousios* significa *consustancial*, y que *homoioteleuton* es una figura retórica, como *ichthyologia* la ciencia que trata de los pescados; con otras noticias no menos útiles que estas para saber pedir ó administrar justicia con arreglo á derecho y con conocimiento de la legislacion civil y criminal de España.

Pasando del TITULO II al III, que trata de los *estudios superiores* y del *doctorado*, hallamos los *estudios superiores* divididos tambien en *letras y*

(1) Nombres de la primera y última letra del alfabeto griego.

ciencias. Y cuando un hombre haya logrado á fuerza de *estudios superiores* graduarse de *Doctor en letras*, que son muchas, y de *Doctor en ciencias* que no son menos, este Doctor *in utrisque* podrá tomar el título de *Doctor en filosofía*. De manera que para aspirar á ser *Doctor en filosofía*, se necesita emplear la mitad de la vida, saber casi todas las cosas y otras muchas mas, y poder sostener conclusiones públicas *de omni re scibili*, como el padre Francisco de Macedo en Venecia (1).

Para el doctorado en facultades mayores no se exige sino un año ó dos mas de estudios, que con los otros trece, componen catorce ó quince de carrera. En este punto está moderado el PLAN.

Sigue el TITULO IV, que trata de los *estudios especiales*, y como no hace sino indicarlos, reservando su órden y duracion, número y clase á lo que determinen los reglamentos, tambien mi reverencia los pasa por alto, como el autor del PLAN.

Solo diré, que por mas que discurro y he discurrido, ni atino ni he podido atinar qué es lo que ha servido de base y en qué puede haberse fundado la distincion y clasificacion de los estudios. Yo veo *facultades mayores*, y no encuentro las *facultades menores*: veo *estudios superiores*, y no encuentro *estudios inferiores*, ni *estudios comunes*: veo *estudios especiales*, y no encuentro *estudios generales*. Yo veo la *lengua griega* hacer parte de las *letras*, y veo la misma *lengua griega* hacer parte de las *ciencias*. Yo veo en las *letras* la *Historia de las ciencias eclesiásticas*, y veo en las *ciencias* la *Historia de las ciencias naturales*. Yo veo lo economía política constituir parte de las *letras*, y veo la misma *economía política* hacer parte de una *facultad mayor*. Yo veo la *Zoología* en la *segunda enseñanza de ampliacion*, y veo la *Zoología* en los *estudios superiores*. Y no veo la razon por qué la una haya sido colocada acá, y la otra allá, y la otra en las dos partes, habiendo estudio que pertenece al mismo tiempo á la *segunda enseñanza* y á la *superior*, á las *letras* y á las *ciencias*. Y dígase ahora si este no es un interior oscuro, intrincado y laberintoso, escondido tras de una fachada magnífica, elegante y vistosa.

Trata la SECCION SEGUNDA de los establecimientos de enseñanza públicos y privados, dividiéndose los primeros en *Institutos* de primera, segunda y tercera clase, *Colegios reales*, *Universidades* y *Escuelas especiales*.

Lo primero que me ocurre es que debia haberse suprimido el nombre de *Universidades*. Porque ¿qué significa *Universidad*? La Academia de la lengua nos lo dice: «UNIVERSIDAD. Comunidad ó cuerpo de profesores y maes-

(1) Este padre era portugues, natural de Coimbra, que portugués habia de ser él para echar la fanfarronada de anunciar y defender tesis públicas *sobre cuanto hay que saber* en el mundo.

«tros, establecido por la autoridad legítima para la enseñanza pública de «*todas las ciencias y artes liberales*, y por el cual se confieren los respec- «tivos grados en cada facultad.»

En efecto se llaman *Universidades, quia in illis* OMNIA ET UNIVERSA *docentur*. La Universidad de Lieja tiene escrito en su fachada: «UNIVERSIS DISCIPLINIS: *para todas las enseñanzas.*» Y está bien, porque allí están concentradas todas.

Ahora bien: ¿qué enseñanzas establece el nuevo PLAN en las diez Universidades que deja en España? En cinco de ellas se enseñará *jurisprudencia y teología*; y en las otras cinco *jurisprudencia y medicina*; y nada mas. La *Farmacia* solo se podrá estudiar en Madrid y Barcelona. Las letras, las ciencias, la filosofía, las artes, se estudian en los *Institutos*. Para los *estudios especiales* se crearán *escuelas especiales*. ¿Qué queda pues á las *Universidades*? La jurisprudencia y la medicina en unas, la jurisprudencia y la teología en otras. ¿Y merece esto el nombre de *Universidad*? ¿Son estas *todas las ciencias y artes liberales?* ¿Son estas *universæ disciplinæ?* Mucho mas se enseña en los *Institutos de primera clase*, y mejor merecerían estos el nombre de *Universidades*. Ni aun el grado de Doctor se confiere en ellas. El estrangero que venga á España y lea UNIVERSIDAD, y se eche á buscar las ciencias que en ella se enseñan, deseoso de oir alguna leccion de *física*, ó de *astronomía*, ó de *matemáticas*, ó de *historia*, ó de *química*, ó de *mineralogía*, ó de *lenguas*, ó de *literatura*, y vea que no las encuentra por ninguna parte, y al cabo de mucho rebuscar halle que en aquella *Universidad* solo se estudia jurisprudencia y teología, ¿no dirá naturalmente: «y esto es lo que se llama *Universidad* en España? ¿Y aquí es donde se aprenden conocimientos *universales?*»

Esto, sino fuera ejemplo vulgar, diría que se parecia al cuento del posadero, que preguntado qué tenía que comer, respondió con arrogancia: «aquí hay de todo cuanto vd. quiera;» y luego resultó que no tenia mas que lo que llevára el huésped.

«*Solo en la universidad de Madrid* (dice el artículo 77) *se conferirá el grado de Doctor y se harán los estudios necesarios para obtenerlo.*»

Las demas universidades deben quedar agradecidas al favor que el PLAN les dispensa en este artículo.

Yo estoy por que el grado de Doctor no se pueda obtener con la facilidad que hasta aquí; por que el Doctorado habia llegado á hacerse un grado de fórmula, y así habia regimientos de doctores que de todo tendrian menos de *doctos*, y la mayor parte de los Doctores de la santa madre iglesia *no sabian responder*, siendo ademas muy comun entrar en una oficina cual-

quiera y encontrarse á todo un señor Doctor honrando la borla con una plaza de escribiente.

Pero me parecia mas regular que las dificultades para alcanzar el doctorado fuesen dificultades de estudios, dificultades de ejercicios y conocimientos científicos, dificultades de saber, no dificultades metálicas para poder soportar los gastos de dos cursos en Madrid. Que este es un monopolio tan metálico como literario, no muy propio del espíritu de ilustracion que requiere la época y debiera proponerse el autor del PLAN. La superabundancia es un estremo, y el monopolio es otro. Aquí ¡siempre saltamos de estremo á estremo. En España no hay términos medios.

Y sinó pasemos á los *establecimientos privados*. Llámanse así los fundados ó sostenidos por particulares ó corporaciones, y que por tanto no dependen inmediatamente del gobierno.

La libertad de crear y abrir establecimientos privados de enseñanza habia llegado á tal estremo en este país estremoso, que cualquier individuo, cualquier Pedro, Juan ó Pelayo, sin mas que ser ciudadano español y mayor de 25, siquiera sus letras fuesen tan gordas como el edificio destinado á la enseñanza, abría muy sériamente su colegio, que á veces llamaba nada menos que *polimático*, se ponia muy seriamente á dirigirle, y los padres de familia enviaban muy sérios sus hijos á recibir educacion en estos establecimientos libres. Así es que la España estaba sembrada de una clase de colegios que daban lástima al mismo tiempo que risa: así como los habia tambien, y mi paternidad los ha visto con mucha satisfaccion, por egemplo en Cádiz, en Jerez, en Sevilla, y algunos tambien en la córte, tan perfectamente dirigidos y organizados, y donde se daba una educacion literaria, bien puede decirse mas esmerada que en lo general de los establecimientos del gobierno. Esto necesitaba indudablemente una reforma.

¿Qué ha hecho, pues, el gobierno en el nuevo PLAN? Si no hubiera pasado de estremo á estremo, ni la reforma sería reforma española, ni el gobierno sería gobierno español. Ha dicho pues: «habrá, sí, establecimientos privados de segunda enseñanza, de primera, segunda y tercera clase: pero aunque digo que los habrá, nos los podrá haber: porque yo les pondré tales trabas, grillos, cadenas y ligaduras, que buenos con malos, y malos con medianos, ó poco he de poder, ó no me ha de quedar un colegio privado ni aun por señal, aunque fuese la misma Sorbona. Porque en primer lugar, yo estableceré en el artículo 93, una triple policía ¡alma de los gobiernos ilustrados!, que no haya colegio que la aguante ni la pueda soportar. En segundo lugar, yo exigiré tales condiciones y requisitos en los profesores de los colegios privados, que sea imposible que se encuentren aunque los busquen por toda

la haz de España con candíl; y sin profesores, á ver cómo hay colegios ni enseñanzas. En tercer lugar, por si alguno hubiere todavia, yo me reservo el derecho de cerrarle mediando causas graves para ello, que las habrá cuando yo quiera, porque siempre hay causas graves cuando hay mucha policía.»

Cosas contiene el TITULO relativo á *establecimientos privados*, que tienen chiste por su originalidad. Tal es el depósito que se exige á los empresarios ó directores de ellos; de 10,000 rs, si el establecimiento es de primera clase, de 6,000 siendo de segunda, y de 3,000 siendo de tercera. Una de las mayores pruebas que un gobierno puede dar de su ilustracion, es exigir un depósito de 3 ó 6 mil rs. como garantía de que en un establecimiento se dará buena enseñanza. Esto se demuestra lógicamente. Un empresario ó director, que, suyos ó agenos, tiene ó busca 150 ó 300 duros que depositar, es imposible que deje de estar dotado del mayor tino y sabiduría para dirigir convenientemente un colegio literario, y es imposible que la juventud no encuentre en él la mas esmerada educacion científica. Por lo menos no se puede negar la baratura; y es una felicidad para un padre de familias saber que mientras haya un depósito de 150 duros, su hijo no puede dejar de salir aprovechado en las letras. Hasta ahora no sabía yo que la calidad y estension de la enseñanza se medía por la cantidad metálica que un empresario pudiera depositar. Esto, sino es muy conforme al espíritu de ilustracion, está muy en armonía con el espíritu del siglo, y es bastante.

Los empresarios de los establecimientos privados están tambien obligados por el PLAN á tener un editor responsable como los periódicos; pero de muchas mas campanillas, porque ha de ser nada menos que un Doctor en letras ó ciencias, ó por la parte mas corta y por ahora un Licenciado en Filosofía el cual *hará las veces de director*, conforme á la regla 5.ª del artículo 83. Lo primero que dudo es que se encuentre este Licenciado ó Doctor, y lo segundo que dudo es que este señor, caso que se encuentre, haya hecho una carrera de diez ó doce años de estudios y secádose el cerebro y consumido un capital para venir á parar en hacerse editor responsable del empresario de un colegio privado de segunda enseñanza elemental. La recompensa es halagueña por vida mia.

Pero lo mejor que tiene el TITULO de que me ocupo (y concluyo con él) es lo siguiente. Por el artículo 81 son establecimientos de tercera clase de segunda enseñanza elemental los que den una parte de ella, *pero la suficiente para formar al menos el primer curso*. De consiguiente, parece que teniendo estos establecimientos *el número de profesores correspondiente á las materias ó asignaturas del primer curso*, no deben necesitar mas. Esto parece que es lo lógico.

Pues no señor que por el artículo 89: «*los mismos establecimientos no podrán tener para la enseñanza menor número de profesores que los siguientes*:

Lengua latina, uno ó dos.

Retórica, poética é historia, uno.

Principios de moral y religion; idem de psicologia, ideologia y lógica, uno.

Geografia y matemáticas, uno.

Física y química, uno.

Mineralogia, botánica y zoólogia, uno.

Literatura y filosofía, uno.

Lengua griega (*para que no falte*), uno.

Lenguas vivas, uno.»

Total de los que exige el artículo 89, *nueve ó diez*.—Total de los que exige el artículo 81, *tres*. Los seis restantes los tendrán *ornatus gratia*.

He consultado con muchas personas entendidas para ver si me deshacian esta contradiccion, y no he podido hallar ninguna. Los autores del PLAN sabrán responder. Yo cito las palabras testuales de los artículos.

Dejo para otro dia la TERCERA SECCION.

LAS PATATAS

Y LA ORGANIZACION SOCIAL DEL MUNDO.

De tal manera está organizado el mundo político y social en el Siglo XIX, que unos gusanillos ó una gangrena de patatas bastan para descomponerle, desorganizarle, destruirle, ó al menos alterarle y conmoverle. Parecerá una paradoxa, y sin embargo nada es mas cierto.

Sean gusanillos, ó sea gangrena producida por las escesivas lluvias y humedades, ello es que las patatas han sufrido este año una enfermedad (*epizootia*). Esta enfermedad de las patatas han resucitado en Inglaterra la cuestion de la ley de cereales. Esta cuestion ha originado la caida del ministerio *tory*. Esta caida traerá la formacion de otro gabinete, que aun no sabemos como las gastará. Este gabinete podrá dar al traste con la famosa *entente cordiale* de la Inglaterra y la Francia. De esta *entente cordiale* pendía, segun dicen, la paz del mundo, y todas las grandes cuestiones, de Europa, de Oriente, de Argél, de Marruecos, de Chile, de Méjico, de Tejas, de los Estados-Unidos, de Buenos Aires, de la India, de la China y hasta de España, donde podrá ser que la enfermedad de las patatas influya en que el futuro esposo de la Reina sea ó no sea el que segun Tirabeque en su sonambulismo acababa de pronunciar Mr. Guizot. La suerte de *ambos mundos* en fin depende de la marcha y giro que tome el nuevo gabinete inglés, y el nuevo gabinete inglés será producto de la enfermedad de las patatas.

El mundo está en espectativa, el mundo tiembla, el mundo no sabe cuál será su porvenir; porque la *epizootia* de las patatas puede traer un *epizootia* social y política universal. La organizacion social y política del mundo en el siglo XIX depende de la enfermedad de unos tubérculos! ¡acaso de unos gusanillos! *¡Quam incomprensibilia sunt judicia Dei!* ¡Cuán incomprensibles son los juicios del que formó el mundo de la nada!

MODAS DEL SIGLO.

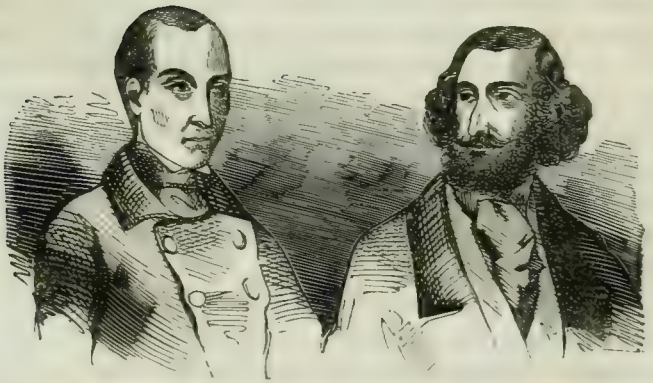
Dicen que los moros y judíos están por civilizar, y los tomamos por modelo.

Se espulsó á los frailes: los llamábamos fantasmas, y nos han servido de figurines.

PROGRESO DEL SIGLO.

NO ES HOMBRE.

GUSTO VARONIL DEL SIGLO XIX.



YO Á LA INGLESA. YO Á LA FRANCESA.

LOS ESPAÑOLES TOMAMOS *LO MEJOR* DEL ESTRANGERO.

LA CIVILIZACION.

CONFERENCIA TERCERA.

La civilizacion ¿hace á los hombres mas felices?

Soberbia gana tenia Tirabeque de ver cómo esplicaba don Magin las últimas palabras de la anterior conferencia, que tan en contradiccion hallaba con todos sus anteriores discursos. Y asi el primero que comenzó á hablar en el instante de habernos otra vez reunido fué el bueno de Pelegrin diciendo: «Señores, vds. disimularán el atrevimiento, pero han de saber vds. que la Civilizacion me ha desvelado esta noche; es decir, apenas he podido pegar los ojos pensando y cabilando sobre las últimas palabras que soltó ayer por despedida el señor Don Magin, las cuales me han quitado el sueño como si fuesen pulgas ú otros peores animales que me picáran, salva sea la comparacion. Pues no he podido yo entender ni compaginar cómo habiendo defendido que la Civilizacion era tan contraria á la buena vida y costumbres y madre de tantos vicios, pudo decirnos despues que era un ardiente apasionado de ella (que estas fueron sus propias palabras), y que podia ser una cosa tan buena y tan útil, lo cual, si yo no soy mas lego de lo que pienso, es una contradiccion manifiesta. Y asi desearía que el señor Don Magin me disolviera cuanto antes esta duda, aunque no sea sino por caridad, pues no deberá querer que pase otra noche tan mala como la que he pasado.

Don Magin.—Hiciéralo así con la mejor voluntad, mi apreciable Tirabeque, y tuviera en ello el mayor gusto, si no lo estorbára el órden que hemos señalado á las cuestiones.

Fr. Gerundio.—Asi es la verdad, Pelegrin, que hoy nos toca discutir si la Civilizacion hace ó no á los hombres mas felices.

Tirabeque.—Señor, paréceme que eso no admite duda de ninguna clás, porque si es buena y útil, será porque trae cuenta, y el señor Don Magin no habia de querer una cosa que le hiciera mas desgraciado.

Don Magin.—*That is the question*, Tirabeque hermano, como dicen los

ingleses. Y para resolver convenientemente y con acierto esta cuestion es indispensable saber antes en qué consiste la felicidad humana, es decir, la felicidad posible, puesto que completa no le es dado al hombre alcanzarla en esta vida; que tal es nuestra miserable condicion.

«Ahora bien: si ese estado delicioso que todo el mundo busca y nadie toca; si ese contentamiento del alma, mas fácil de comprender que de definir; si ese bienestar que llamamos felicidad, consistiese en la posesion de los bienes materiales, en la riqueza, en las comodidades, en los placeres físicos, en los goces sociales, no hay duda que la Civilizacion moderna haria á los hombres y á los pueblos mas felices, porque ella proporciona y facilita los medios de satisfacer los mas refinados antojos y los mas estravagantes caprichos, tiende á adular todos los gustos y todas las pasiones: halaga los sentidos.....

—No es menester mas, Señor Don Magin, interrumpió Tirabeque, y eso está muy conforme con lo que yo veo en el mundo; pues bástame saber que la Civilizacion dá al hombre riquezas y comodidades para no dudar que le hace feliz. Puesto que el hombre rico disfruta todo lo que quiere, y nada se le resiste, y hace su gusto en todo y por todo. Y así dénme á mí *cum quibus*, que yo lo pasaré bien, y en esto debe consistir la felicidad.

Fr. Gerundio.—¡Oh una y mil veces estólido y material y libidinoso lego! ¿Quién te ha enseñado á tí esa doctrina, bellaco? ¿en qué escuela has aprendido esas máximas, belitre?

—Señor, en la escuela de este mundo civilizado.

Fr. Gerundio.—En la escuela del estrago y de la corrupcion las habrás aprendido tú, troglodíta. Y sábete que semejante doctrina está ya tan proscrita y desacreditada, que ningun hombre de sana razon se atrevería á ponerla en discusion, cuanto mas á defenderla. Pues el mismo Epicuro, á quien han querido colgar el milagro de hacer consistir la felicidad en los goces y placeres sensuales y en la posesion de una rica fortuna, estubo tan distante de pensar así, que todos los dias repetía á sus discípulos: «Usad de «vuestras facultades, pero no abuseis jamás: no sacrifiquéis largos dias á un «corto placer: no contrariéis nunca vuestra conciencia; que la sobriedad y «la moderacion hagan vuestros placeres mas vivos y mas puros: evitad los «excesos que atormentan el presente y empobrecen el porvenir..... si es «cualidad de los Dioses no necesitar de nada, cualidad debe ser de los sá«bios contentarse con poco: para hacer á un hombre opulento es mejor dis«minuirle los deseos que aumentarle las riquezas.» Por último los placeres de que hablaba Epicuro no eran los placeres de la voluptuosidad, sino los placeres de la virtud.

—Señor, yo no sé lo que decia el señor Picurio, ni jamás he oido hablar de él; lo que sé únicamente es lo que veo por el mundo, que cuanto mas disfruta un hombre, mas feliz dicen que es.

Don Magin.—Creo señores, no necesitar detenerme mucho en los tormentos, afanes y vigilias que cuesta siempre la adquisicion de las riquezas, ni en los cuidados y zozobras que ocasionan despues de adquiridas, ni en los remordimientos que siguen á su mala inversion, ni en las consecuencias desastrosas que acarrea el inmoderado uso de los goces que ellas proporcionan, por ser cosas de todos sabidas y por todos unánimemente confesadas. Por tanto voy á demostrar solamente que la abundancia y facilidad de los goces sociales que dá la moderna Civilizacion, con su lujo de artes industriales, con sus brillantes espectáculos, con su organizada licencia, con sus vicios consentidos y reglamentados por las leyes, lejos de hacer mas felices los hombres, los hace infinitamente mas desgraciados.

«¿Quién ha podido satisfacer nunca todas las exigencias de la sensibilidad? ¿Quién puede decir: «yo he agotado la fuente de las fruiciones y de los placeres?» La Providencia ha hecho tan pequeña la copa de los goces sensibles, que apenas se empieza á gustarla cuando ya se la encuentra vacía, si es que no se traga tambien el amargo sedimento que en su fondo reposa. La hidropesía de las pasiones es la mas insaciable. Preguntad á los que corren de placer en placer, y que os digan si están satisfechos. Preguntádselo otro dia; que os hablen en confianza, y decidme su respuesta.

«Por fortuna y por desgracia de la humanidad, si los placeres son difíciles de obtener, su cortísima duracion está lejos de compensar los tormentos y fatigas que cuesta alcanzarlos, y no sé quien sea feliz pasando largas horas y quizá años de congojosos esfuerzos para conseguir un instante de placer fugaz

«Cuanto mas civilizados se hacen los pueblos, dice el autor del Genio del Cristianismo, (1) mas se aumenta el estado inquieto de las pasiones sin objeto determinado..... Se halla uno desengañado sin haber gozado de nada, y le quedan deseos sin tener ya ilusiones. La imaginacion es rica, abundante y maravillosa; la existencia pobre, árida y sin atractivos..... Es increible la amargura que derrama en la vida este estado del alma, y cuántas vueltas y revueltas dá el corazon para emplear las fuerzas que conoce le son ya inútiles.»

Tirabeque.—Todo eso, señor Don Magin, será muy cierto, pero vd. se

(1) Cap. IX.

(*La continuacion en la funcion siguiente.*)

ha ido á fijar en la parte mas lastimosa de los gustos, esto es, en aquellos que en el pecado llevan la penitencia. Pero vd. no negará que la Civilizacion puede dar al hombre tantas comodidades y placeres lícitos y honestos que ya no tenga nada que pedir ni apetecer. Deme vd. un hombre que tenga una buena casa, con buen homenage.....

—Menage querrás decir, PELEGRIN, que no homenage.

—Señor, menage ú homenage, ó ambas cosas juntas, que todo lo debe tener el hombre que yo digo, porque teniendo dinero, la Civilizacion le dará buenas camas en que dormir, y buenas tomanas en que repantigarse, y muchos criados que le sirvan, y una muger muy jóven y muy hermosa, y mucha salud, y muchas conveniencias y diversiones, y dígame vd. que este hombre no es feliz: no sino denme á mí todo esto, y llámenme desgraciado.

DON MAGIN.—Mira, TIRABEQUE, asi poco mas ó menos decia Séneca (1): «Que me representen á los Nomentanos y á los Apicios, á esos célebres «voluptuosos de la antigua Roma, blandamente suspendidos en lechos col«gados, lisonjeada la vista con espectáculos brillantes, encantado el oido «con dulces melodías, saboreado su paladar con manjares esquisitos, em«balsamado su palacio de embriagantes perfumes, halagados los sentidos con «los mas seductores deleites..... en esta fatigosa competencia de placeres «su alma se derramará sin cesar; queriendo saborear todos los goces, unos «placeres disiparán ó neutralizarán los otros, y no se aprovechará comple«tamente de ninguno: será como aquellas palmeras á las cuales se les extrae «todo el jugo azucarado y luego no pueden dar ningun fruto.

«Pero voy á probarte, PELEGRIN, con dos sencillos ejemplos, que todos los recursos de las artes industriales son impotentes á hacer feliz al hombre civilizado.

«Supongamos un hombre de mediana fortuna. Este al principio no aspirará sino á ocupar una vivienda honesta; á tener una mesa decente pero frugal; á sentarse en sillas de anéa, y á reposar sobre colchones de lana. Mas en el momento que crece algo su fortuna, ya la casa se le hace estrecha y ahogada, y no puede respirar sin habitaciones de invierno y de verano; la poca variedad de la mesa le empalaga y hastía, y necesita cubrirla de manjares que le esciten y halaguen el apetito; siente duras é incómodas las sillas de anéa, y no puede descansar sino en butaca ú otomana; los colchones de lana se le hacen insoportables, y le fuera imposible dormir sino los hubiera reemplazado con los de pluma.

(1) Cap. IX.—Séneca, Tratado de la vida feliz.

«Al compás que su fortuna aumenta (y sino aumenta, esto solo bastará para traerle inquieto y ajitado), va poniendo en contribucion la industria y las artes. Ya la hamaca de la India no es bastante fresca para dormir en el verano; en los mas acreditados talleres no aciertan á hacerle un sillon con las comodidades y requisitos que desea, y por mas que inventa, traza y discurre no halla sitio bastante blando donde colocar convenientemente la pierna atacada de la gota: los mares y los montes no suministran caza y pescados del gusto y sabor particular que su paladar requiere para vencer el desgano que le atormenta; la naturaleza y el arte son pobres en sus recursos y estériles en sus producciones, puesto que no bastan á satisfacer sus necesidades, las necesidades de un solo hombre civilizado: el tedio y el enojo se apoderan de él; ni sufre á los demas ni se puede sufrir á sí mismo; y he aqui el hombre feliz de la moderna civilizacion.

«Pasemos al placer de los espectáculos. El que no ha salido nunca de su aldea, goza y se divierte presenciando los sencillos juegos con que los labradores celebran el dia festivo, y los bailes de los mozos del lugar. Este hombre se civiliza un poco; pasa á la capital de la provincia, asiste al teatro, y goza un placer nuevo. Pero vuelve á su aldea, y el baile de los jóvenes le aburre, y las diversiones de los labriegos le secan. Los placeres de la aldea son ya para él de un gusto insoportable, y no descansa hasta poder vivir en la ciudad. Pero da otro paso en la carrera de la Civilizacion y se traslada á la corte. Los espectáculos son mas brillantes, las reuniones mas escogidas, el teatro infinitamente mas culto. Compadece á los desgraciados que vejetan en un pueblo de provincia, y no comprende cómo ha podido él mismo hallar placer en diversiones y entretenimientos de tan mal gusto. La corte, dice, es la única morada en que puede vivir el hombre civilizado.

«Pero este hombre es español, y no es español bastante civilizado mientras no asista al Teatro Real de Londres y á la Academia Real de Música de París. Es de indispensable necesidad conocer aquellos espectáculos. Da este paso preciso en la carrera de la civilizacion, y ¡desgraciado de él! cuándo vuelve á su patria lo halla todo pobre y de proporciones mezquinas. Va á la ópera, y no comprende cómo haya quien pueda gozar en ella. Recuerda, compara, murmura, menosprecia, y se fastidia. Y aunque no se fastidie, dice que se fastidia, porque no sería español bien civilizado si tal no dijera; y á fuerza de decirlo concluye por creerlo, y á fuerza de creerlo acaba por fastidiarse de veras, y nada es bueno para él, y nada le divierte, y en todas partes se cansa de todo, y he aqui la felicidad del hombre civilizado.

Tirabeque.—Señor, y es el Evangelio lo que acaba de relatar el hermano Don Magin, que yo he visto á muchos de estos tales estar continuamen-

te gruñendo y salir rabiando de la mejor diversion del mundo, nada mas que porque faltaba un pelillo cualquiera, y en esto no puede consistir la felicidad, que vale mas lo que goza un mozo de lugar cuando hace una pirueta delante de su novia y echa una pernada..... (y se puso TIRABEQUE á remedar el movimiento).

FR. GERUNDIO.—Cuidado, PELEGRIN, no te entusiasmes tanto, que no son tus piernas las mas idoneas para imitar semejantes evoluciones. «Y en cuanto á vd. hermano Don Magin, estoy yo bien distante de creer que la felicidad de esta vida consista en los goces, placeres y comodidades materiales, físicos y sensibles que puede proporcionar la moderna civilizacion. Cuando yo no tuviera una evidencia de ello, bastára á convencerme al egemplo de aquel Rey de Asiria (1), que enervado y estragado por los mismos deleites, y sintiendo que los goces se le convertian en penas, proponia premios al que inventára un nuevo género ó un nuevo refinamiento de placer, y buscando la felicidad por mal camino se iba haciendo cada vez mas desgraciado é infeliz, hasta hacérsele insoportable la vida.

Pero ha tenido vd. buen cuidado de no hablar sino de los placeres sensibles, omitiendo los del espíritu, que son los mas puros, los mas esquisitos; y estos ¿á quién los debe el hombre sino á la Civilizacion? ¿Qué pasto mas dulce y mas sabroso para el alma que la ocupacion y el estudio de un arte ó de una ciencia que le absorve las horas en continuo y agradable entretenimiento y distraccion? ¿Qué placer mas grato al hombre que el de hacer un descubrimiento artístico útil á la humanidad, ó mas puro que el de hallar una verdad matemática, ó mas delicioso que el de encontrar la medicina infalible para un mal que se tenia por incurable, ó mas esquisito que el de resolver un problema que hasta entonces se hubiera resistido á todas las investigaciones? ¿Qué gloria puede igualar á la del hombre de letras que llega á ver generalizadas sus obras, adoptadas sus doctrinas, citados como axiomas sus pensamientos, y respetado é inmortalizado su nombre? ¿Qué felicidad puede compararse á la suya, y á quién se debe esta felicidad sino á la civilizacion?

TIRABEQUE.—Dificilillo veo, señor Don Magin, que vd. pueda contestar á estas razones de mi amo. Confieso á fé de PELEGRIN que vd. me llevaba ya vencido, pero ahora juro á fé de TIRABEQUE que no solo me convence mi amo, sino que vd. tendrá que darse por vencido tambien sin remedio ni falencia.

DON MAGIN.—Poco á poco, señor PELEGRIN TIRABEQUE: oiga vd. primero, y despues juzgará.

(1) Sardanápalo.

«Concediendo que sea tan puro el placer del hombre estudioso y sábio, que lo es ciertamente, ¡cuántas vigilias, cuántas ansiedades, cuántas inquietudes y congojas no tiene que pasar antes de gustar la gloria de una invencion artística, ó de saborear el goce de un descubrimiento filosófico! ¡Cuántos trabajos y fatigas no le cuesta al hombre cada obra del ingenio! ¡Y á precio de cuántos pervigilios y de cuántas angustias y tormentos no compra cada verdad que alcanza! Por otra parte ¿quién hay mas espuesto á contraer enfermedades y quebrantos físicos que el hombre dedicado á los estudios y trabajos mentales? Y esto sin contar con que por premio de sus desvelos y sacrificios no se vea acaso ciego y mendigo como Homero, ó pobre y sin vista como Milton, ó perseguido y envenenado como Séneca, ó preso y desvalido como el Tasso, ó encarcelado y miserable como Cervantes, que tal suele ser el patrimonio de los sábios, aunque despues de muertos los coronen y divinicen.

«¿Y quién hay que sufra mas que el hombre estudioso y pensador? El sufre porque nadie como él conoce que para una verdad que descubra quedan cien mil cubiertas con una impenetrable oscuridad, y de esta manera los placeres del espíritu son mas insaciables todavia que los del cuerpo. Él sufre, porque nadie como él conoce las miserias y maldades de los hombres, y los vicios que infestan la sociedad. Él sufre, porque nadie como él conoce los encantos de esa felicidad ideal, y los estorbos que la misma sociedad opone para realizarla.

«Y por último, suponiendo que el hombre estudioso y sábio fuera el mas feliz de todos, esta felicidad seria el privilegio de un corto número de personas, y yo hablo de la felicidad de los hombres y de los pueblos en general.

Tirabeque.—Señor mi amo, vd. perdone si me vuelvo atrás de lo que dije antes, porque las razones y argumentos que acaba de relatar el hermano Don Magin me han hecho tanta fuerza que quiero que lo que dije antes sea como si no hubiera dicho nada. Y ahora solo deseo, y asi se lo pido y suplico al señor Don Magin, que haga el favor de decirnos en qué consiste esa felicidad, si es que la hay, y si no la hay, que lo diga francamente, porque ya la curiosidad me va picando mas de lo que yo puedo resistir, y él no querrá darme otra noche de cavilacion y desvelo como la pasada, que una mala noche cualquiera la lleva, pero dos ya pasaria de broma.

Don Magin.—Procuraré satisfacer á nuestro Tirabeque, ya que tan impaciente se muestra. Y aunque las ideas que tengo que emitir no sean una novedad, diré sin embargo (y el hermano Fr. Gerundio dirá luego si

conviene conmigo), que la felicidad posible de esta vida no puede hallarse sino en los goces de una conciencia pura, en la tranquilidad y contentamiento del alma que dá la práctica y el ejercicio de la virtud, y en la satisfaccion que deja siempre el hacer bien.

«Esta felicidad no es patrimonio esclusivo de nadie, es comun á todos los hombres, porque cada uno la puede hallar dentro de sí mismo, y en todas las situaciones de la vida. Nadie nos la puede arrebatar, porque el asilo de la conciencia es impenetrable. Ella nos proporciona un género de goces que esceden en pureza y en dulzura á todos los que se pueden imaginar. Ella es una fuente inagotable de delicias siempre nuevas, siempre renacientes. Ella desafia la miseria, las persecuciones y los males de cualquier especie que sean, porque la conformidad de la virtud, ayudada de la religion, es una roca contra la cual se estrellan todas las tempestades de la vida. Es la felicidad que no abandona á Sócrates muriendo en el suplicio, por valerme de ejemplos puramente humanos. Es, digámoslo asi, el apoteósis de la humanidad..... Pero sepamos luego la opinion del hermano Fr. Gerundio.

Fr. Gerundio.—En ese punto, hermano Don Magin, estamos tan de acuerdo, que nunca he dudado que el hombre mas feliz (en cuanto se puede serlo en esta vida) es aquel que moderando sus pasiones y sus deseos, minora sus necesidades, y contento con la dulce medianía de Horacio ó con la pobreza de Fr. Luis de Leon, satisfecho con el testimonio de su conciencia y de sus buenas obras, vé pasar sus dias serenos y tranquilos, sin que le agiten los remordimientos, ni la ambicion le atormente, ni le punze la envidia, ni el esplendor le deslumbre, ni los contratiempos le desordenen, ni de su espíritu se apodere jamás la hipocondria y el enojo.

Don Magin.—Pláceme en gran manera, hermano Fr. Gerundio, que tan conformes nos hallemos en este tan principal punto de nuestras cuestiones. Y asi diré solamente por final de la que hoy nos ocupa, que hay dos síntomas infalibles que revelan cuán distante está la Civilizacion de hacer por sí felices á los hombres y á los pueblos. Estos síntomas son, la emigracion incesante, y la repeticion y frecuencia de los suicidios, que vemos reproducirse y generalizarse al compás que esa llamada Civilizacion va progresando; y el que no halla otro remedio á sus males que abandonar su patria ó poner fin á su existencia, ni conoce los consuelos de la virtud, ni da una idea muy aventajada de los recursos que le ofrece la Civilizacion para evitar la desesperacion ó precaver el cansancio de la vida.

«Por último, quisiera yo se me dijese con ingenuidad y sin pasion, quiénes serian mas felices, si aquellas afortunadas y antiguas regiones de la Bética y de la Arcadia, en que los hombres sin una brillante Civilizacion, pero

tambien sin brillantes crímenes, vivian como hermanos, contentos con su medianía y con las comodidades de algunas bellas artes; quiénes lo serán mas hoy mismo, si los montañeses de tal ignorada comarca de la Suiza ó de la Escocia, ó de nuestra misma España, que viven en simples familias, en medio de las virtudes patriarcales, ignorantes de los vicios de nuestras sociedades perfeccionadas; ó el cortesano de París que se mata á sí propio ó asesina á su vecino por no poder competir en lujo con él, ó el habitante de Londres, que empleado en la fábrica de moler huesos de Andover se ve precisado á roer él mismo furtivamente aquellos huesos como un perro (1), al paso que está viendo la colosal fortuna de un Lord, que distribuida convenientemente bastaría á hacer feliz la mitad de un mediano reino..... Pero fáltanos saber qué dice á esto nuestro TIRABEQUE.

TIRABEQUE.—Yo digo que todo lo que vds. dicen me parece perfectamente, escepto eso de que un hombre pueda ser feliz siendo pobre, en lo cual tengo para mí que van vds. errados. Por lo demas veo que tiene mil razonés el señor Don Magin para aborrecer la Civilizacion.

DON MAGIN.—Al contrario, TIRABEQUE, repito que soy el mas ardiente apasionado de ella como te demostraré otro dia.

TIRABEQUE.—Señor, esto es lo que á mí me vuelve loco; y si vd. lo ha de hacer, hágalo cuanto antes, que yo no tengo paciencia para esperar mas.

DON MAGIN.—Antes de eso tengo todavía que hacerte ver cuál será el porvenir del mundo, á calcular por la marcha que lleva.

TIRABEQUE.—Mucho saber es eso, señor Don Magin, y témome que no nos ahoguemos todos si da vd. en meternos en tales honduras. Pero de todas maneras lo que deseo es que me esplique vd. pronto lo que tenga que esplicarme, porque me importa saber á qué cartas me he de quedar.

DON MAGIN.—Tenga vd. un poco de paciencia, señor TIRABEQUE, que cerca está otro dia.

TIRABEQUE.—Pues señor, á cargo de vd. irá otra mala noche, y quiera Dios que sea la postrera.

(1) Hecho justificado por los diarios y por los tribunales de Londres en agosto de 1845.

EL PLAN DE ESTUDIOS VIGENTE.

ARTICULO III.

Le regime de nos colléges royax n' est antre chose que la discipline militaire et monastique *appliquée á l' education de la jeunesse.*

El gobierno de nuestros colegios reales no es otra cosa que *la disciplina militar y monástica* aplicada á la educacion de la juventud.

Y.....

Cuando leo, yo Fr. Gerundio, las *secciones tercera y cuarta* del nuevo Plan de estudios, me inclino á creer que ha sido obra mas bien de algun ministro de la Guerra que de un ministro de la Instruccion pública, ó que si lo ha hecho este, habrá sido prévia consulta y consejo de aquel. Porque de otra manera no puedo comprender ni esplicarme la *organizacion militar* que se ha dado á la enseñanza, pues mas parece una *Ordenanza para el ejército* que *un Plan de estudios* para la juventud escolar.

El escritor citado por texto se queja de que el gobierno de los colegios reales de Francia es *la disciplina militar y monástica* aplicada á la educacion de la juventud. El autor del Plan de estudios de España no se ha contentado con traducir la disciplina militar de los colegios reales de Francia, sino que ha dado una ordenanza militar mas rigurosa, convirtiendo á los profesores en oficiales de ejército sujetos á un gefe. Y voy á probarlo.

Habrá un consejo de instruccion pública, cuyos vocales serán nombrados por el Rey (art. 132).

El secretario del Consejo de Instruccion pública será nombrado por el Rey (art. 135).

Los rectores de las Universidades serán nombrados por el Rey (art. 140).

Al frente de cada facultad habrá un Decano, que nombrará el Rey (art. 141).

Habrá en cada Universidad un *consejo de disciplina*, compuesto del Rector (nombrado por el Rey), de los Decanos (nombrados por el rey), y de tres catedráticos nombrados por el rey (art. 148) (1).

(1) Un comandante, dos ó tres capitanes, y tres subtenientes.

Este consejo servirá *para imponer las penas académicas* en que incurran los profesores y cursantes en el cumplimiento de sus obligaciones (art. idem). La designacion de *estas penas* será objeto del reglamento. Es decir las señalará la ordenanza.

Profesor juzgado en *consejo de disciplina* presidido por un General, gefe político y *Rector*.

Las oposiciones á cátedras se harán en Madrid (art. 101).

El Gobierno se reserva la facultad de nombrar catedráticos *sin oposicion* en circunstancias particulares (art. 102).

Los *regentes-agregados* de todas las facultades serán de nombramiento real (art. 107).

Los establecimientos de enseñanza están sujetos á la mas rigurosa inspeccion de parte del Gobierno; y en su consecuencia serán visitados, ya por el director del instituto, ya por los inspectores nombrados al efecto, ya por la autoridad superior de la provincia (art. 93).

Para la visita de los establecimientos de enseñanza, así públicos como privados, se creará el número suficiente de inspectores con las dotaciones que señale el reglamento (art. 136).

Están igualmente sujetos á la inspeccion inmediata del gefe político art. (137).

El territorio de la Península se dividirá en distritos literarios como los distritos militares, y serán tantos cuantas sean las Universidades ó capitanías generales; las Universidades serán cabeza de distrito, y dominarán los Institutos, como las capitanías generales son cabezas de las comandancias de provincia (art. 138).

Los Institutos provinciales tendrán un director, que lo será por ahora uno de los profesores *elegido por el Gobierno* (art. 147).

¿Qué le falta al PLAN de estudios para ser una ordenanza militar? Hay *Consejo de instruccion* nombrado por el Rey. Hay *Inspectores* nombrados por el Rey. Hay *Consejo de disciplina* nombrado por el Rey. Hay *Coroneles, comandantes y oficiales*, ó sea Rectores, Decanos y Catedráticos nombrados por el Rey. Hay *sargentos primeros y segundos*, ó sea Regentes de primera y segunda clase; y hay *excedentes* ó *agregados á los cuerpos*, ó sea Regentes-agregados, nombrados por el Rey. Hay *Capitanías generales*, ó sea distritos de Universidades, con sus *Comandancias de provincias*, las cuales tienen sus *Comandantes generales*, ó sea directores, tambien nombrados por el Rey. Y todo ello, hasta en sus pormenores, bajo una subordinacion y dependencia que no puede ser mas militar.

¿Qué le falta pues para ser una ordenanza de ejército? Prescribir el uso del uniforme militar, poner á los doctores charreteras en vez de borlas, y mandar que se toque á entrar y salir del aula á tambor batiente, y que un redoble ó dos sean la llamada á *cláustro*, y que este se titúle *asambléa*.

¿Y es esta la manera de conducir á la emancipacion del pensamiento? ¿Y es este el Plan de enseñanza que se podia esperar de un gobierno libre? ¿Y no es este un monopolio de ideas establecido en favor del gobierno?

El Plan de estudios de Calomarde dejaba infinitamente mas libertad á la corporaciones científicas. El Plan de estudios del absolutismo dejaba á las Universidades que se rigiesen por un gobierno representativo. El Plan de estudios de Pidal hace esclavas á las corporaciones literarias. El Plan de estudios del gobierno representativo establece para las Universidades el gobierno absoluto.

Yo no niego la debida intervencion y vigilancia que debe ejercer el Gobierno en la instruccion pública y en todos los institutos literarios; pero de intervenir y vigilar, á mandar absolutamente y á monopolizar la enseñan-

za hay un término medio. Verdad es que, como he dicho antes, los términos medios no se hicieron para España. (1).

Concluye el PLAN con el TITULO relativo á la administracion económica de los establecimientos de enseñanza, y dispone la centralizacion de los fondos destinados á las atenciones de la instruccion pública. Esto es muy justo, pues habiendo de estar sostenidos por el Gobierno, y siendo el Gobierno el que ha de distribuir y aplicar los fondos, es muy conveniente que estos se centralicen.

Pero la Junta que ha de ejercer este cargo tiene un nombre, que por mi santo hábito si no corresponde y cuadra á las mil maravillas por su longitud á la longitud de las carreras del nuevo PLAN. Llámase.....tomen vds. aliento.... *Junta de centralizacion de los fondos propios de instruccion pública.* Si el nombre no es del mejor gusto literario, tiene la ventaja de que el membrete ocupará la media carilla de los oficios; solo que el tarjeton que la Junta habrá de poner sobre el frontal de su edificio va á ser mas largo que la fachada, y es lo primero que empezará por no poder centralizarse.

(1) Véase hasta qué punto está de acuerdo conmigo el juicioso *Laurentie* sobre la necesidad y conveniencia de este término medio en la famosa cuestion de la libertad de enseñanza.

«Aqui se presenta (dice) una cuestion muchas veces debatida, y muchas veces oscurecida tambien en nuestros dias. ¿Tiene un estado el derecho de avasallar la enseñanza científica? ¿La libertad de enseñanza es una quimera?

«Para mejor esclarecer esta cuestion, es necesario hacerse cargo de la diferencia que puede haber entre la *libertad de educacion* y la *libertad de enseñanza. La libertad de educacion* es una libertad natural que pertenece á la constitucion radical de la familia..... El que intentára estirpar esta libertad sería tan despótico y tan atroz como el que intentára estirpar la familia misma. *La libertad de enseñanza* es muy distinta: la libertad de enseñanza es un derecho político.

«De ningun modo se puede admitir que la libertad de enseñanza haya de ser de tal manera ilimitada que no deba haber en el estado una fuerza natural, una razon superior que la temple y modifique..... Pero sería tambien un grande error, y peor que error todavía, si con el pretesto de que *la*

EL PLAN DE ESTUDIOS VIGENTE.

Artículo cuarto.—Y concluyo. (1)

Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura.

Repito aqui el epígrafe del primer artículo, que dice: «Hay cosas buenas, hay algunas medianas, y hay muchas malas,» en razon á que, habiendo indicado las malas y medianas que en mi pobre gerundiano juicio contiene el PLAN, es muy justo hablar tambien de las buenas: si bien invirtiendo el órden que generalmente se suele llevar en los juicios críticos. En estos por lo comun se envía por delante lo dulce, dejando para lo último lo amargo. Mi paternidad lo ha hecho al revés en gracia y buen querer de los autores de la obra, pues siendo las últimas impresiones las mas duraderas, naturalmente deben ellos mismos preferir el que las últimas sean las dulces y no las amargas.

Habrá sin embargo quien haya calificado ya á FR. GERUNDIO de demasiado duro y rebuscador de defectos en el nuevo PLAN. Pues sepan estos tales que he procurado ser indulgente y benigno. Y sinó, ¿he dicho una sola palabra de la feliz ocurrencia de haber señalado el curso de *Oratoria sagrada* en la facultad de Teología antes del estudio de la *sagrada Escritura*, en que aquella esencialmente se funda, y de donde saca sus principales recursos? ¿He dicho algo de la gran laguna que queda en la enseñanza con la total supresion de la carrera de *Cánones*? ¿He hablado de haberse dejado en el tintero el autor del PLAN el importantísimo estudio de

libertad de enseñanza no tiene el mismo carácter de derecho natural que *la libertad de educacion*, el estado pensase poder crear útilmente *un sistema de monopolio universal sobre los espíritus*, y si queriendo huir *de la anarquía intelectual* se precipitára *en la tiranía*. Para llegar á *un término medio razonable* entre estas dos necesidades estremas se debe notar, que á pesar de la diferencia del derecho de educacion y del derecho de enseñanza, el ejercicio del uno lleva hasta cierto punto al ejercicio del otro.....»

Mucho mas dice este ilustrado escritor en aclaracion de este importante punto, y todo tan conforme con las ideas gerundianas, que creo que juzgariamos al mismo modo el *Plan* de estudios de que me estoy ocupando. Sin duda sus autores habrán leido otros libros; ó quizá piensen como nosotros y han obrado solamente como gobierno, que siempre tiende á dominar, y á monopolizar en su favor. Como quiera que sea, el tiempo nos dará los frutos de su obra.

(1) No por que falte que decir, sino por no molestar.

los *Concilios* para los teólogos? ¿He indicado nada del singular pensamiento de prescribir para el primer curso de la carrera de Jurisprudencia la *Economía política*?

Pues de estas observaciones he omitido muchas por no aparecer severo y criticon, y todavía no me lo agradecerán. Pero vamos ya á las cosas buenas.

Lo primero que encuentro de bueno en el PLAN (aparte de las buenas intenciones de su autor ó autores, que me complazco en reconocer), es que siendo tan malo el que teníamos (si teníamos alguno), este no podia dejar de ser mejor, ó menos malo. Este al menos es un PLAN, y Plan que al mismo tiempo que prueba erudicion en los que le concibieron y redactaron, contiene ideas y pensamientos que pueden aprovechar mucho y deben tomarse en cuenta y consideracion para cuando haya de confeccionarse otro Plan mas adecuado á las necesidades intelectuales de la época y del país, á la escala que este ocupa en la civilizacion, y á los hábitos y costumbres de los españoles: lo cual no sabemos si se verificará alguna vez, pero siempre es bueno vivir con esa ilusion y esperanza, porque lo último que hay que perder son las esperanzas y las ilusiones.

Lo segundo que en el PLAN hallo de bueno es la intencion laudable de resucitar ó establecer de nuevo una porcion de estudios, especialmente de los pertenecientes á bellas artes y ciencias exactas, que ó nunca se habian enseñado en las escuelas del Gobierno, ó yacian en el letargo ó la muerte, ó estaban en una postergacion lamentable.

Paréceme oportunísima la duracion de los cursos académicos que el PLAN señala, porque los cuatro meses y medio de vacaciones que antes gozaban los cursantes, aparte de otras vacaciones menores que se intercalaban por via de paréntesis en el curso, amen de las tardes de los jueves que de tradicion inmemorial constantemente observada en las Universidades y colegios lo eran de asueto para desahogo y descanso de los pobres fatigados escolares, constituían una coleccion de leyes y costumbres universitarias las mas apropósito que se pudieran discurrir para destinar un medio año al olvido de lo poco que se hubiera aprendido en el otro medio, para hacer la vida del estudiante el tipo de la vida holgachona y alegre, y para que el campo y cultivo de las letras diera por fruto tantas calabazas (perdonada sea la espresion) como vemos, admiramos y reverenciamos.

Laudable es tambien el sistema de premios dispuestos por el PLAN para los alumnos sobresalientes y aprovechados; y el de otros premios particulares para los que entre aquellos los ganen por oposicion.

Pero lo que encuentro mas digno de alabanza en el PLAN son los sueldos

señalados al profesorado, y el aumento gradual de estos por la doble escala de antigüedad y categoría, ganada esta última por oposicion. Era en verdad un desdoro para el país y para las letras la mezquindad con que se recompensaba al magisterio, y era ya una necesidad imprescindible y urgente sacarle de la abyeccion en que gemía. Esta gloria y este mérito no se les puede disputar al autor ó autores del nuevo *Plan de estudios*.

Un leve temor, un ligero escozorcillo, un pequeño recelo es el que me queda. Y es, que habiendo de satisfacerse estos sueldos por el Gobierno y del presupuesto general del estado, hayan de ponerse los catedráticos antes de mucho tiempo al nivél de los demas dependientes del tesoro público, y los sueldos de 12 y 20 mil rs. nominales se conviertan en 6 ó 10 efectivos, por aquello de las medias paguítas ó de las mensualidades de 60 dias que constituyen el calendario económico arreglado por el observatorio del Gobierno, el cual suele dar seis eclipses totales de pagas en cada año solar, con algunas oscuridades parciales de dígitos, vulgo atrasos.

Bueno es tambien que los catedráticos reunan la suma de conocimientos científicos que exige el Plan para poder ejercer el magisterio. Pero en esto como en muchos otros puntos los autores echaron la cuenta sin la huéspeda. Y sinó yo les apuesto todos mis hábitos, con inclusion de escapularios y capillas, á que no encuentran en toda España la mitad de los profesores dotados de los requisitos que exije el nuevo Plan, necesarios para solos los Institutos de segunda enseñanza, y eso que no son mas que 48.

Considerando ahora el Plan en su totalidad y en su espíritu, pregunto: ¿qué es lo que se han propuesto en él sus autores? ¿hacer á la España un pueblo de sábios? ¿hacerle un pueblo de literatos? ¿ó hacerle un pueblo de industriales? ¿ó se han propuesto por el contrario disminuir el número de los hombres de letras, haciendo estas de dificil adquisicion? No se sabe; no se puede atinar con el pensamiento que le ha presidido, ni se puede calcular la direccion que pretenden dar á las facultades intelectuales del país. La multiplicidad é inconexion de las materias de enseñanza, y su inoportuna distribucion, hace temer, al menos á mí Fr. Gerundio, que no resulte ni lo uno ni lo otro; es decir, que ni harán un pueblo de sábios, ni tampoco un pueblo de ignorantes, sino un pueblo de *eruditos á la violeta*, que es lo peor que pueden hacer.

Este es mi pobre dictámen, y me alegraría mucho de que fuese un error.

MEMORIA POSTUMA

QUE PODRA DEJAR UN ESPAÑOL DEL SIGLO XIX.

EL TIEMPO QUE HE VIVIDO.

Si vivir es gozar, como dijo un hombre docto; si dormir, sufrir, desear, desesperarse, y estar fastidiado no es vivir, como todos dicen, á fé mía que es bien poco lo que yo he vivido. Vamos á cuentas. Y veremos si me salen como á aquel Paul Legrand, que murió de 71 años diciendo que no habia vivido nada (1).

Yo nací con el Siglo, y de consiguiente voy á entrar en los 46 años; es decir, tengo 45 cabales. 45

De estos rebajo desde luego sin escrúpulo de conciencia los cinco del pico, porque nadie llamará vivir á llorar sin saber que se llora, mamar sin saber que se mama, dormir sin saber que se duerme, y hablar mal y sin saber lo que se habla. De consiguiente rebajados los cinco años de la infancia, quedan. 40

Yo soy hombre que gasto una racion módica y regular de sueño. Computado lo que dormí en los primeros y lo que he dormido en los últimos años, puede calcularse por término medio en una tercera parte de cada dia. Restada, pues, la tercera parte de estos 40, quedan 26 y pico. Pongamos 27 en gracia de la vida. 27

A los cinco años me enviaron á la escuela. Yo no sé si consistiria en mi cabeza ó en la índole de nuestro alfabeto, ello es que tardé tres años en leer mal y escribir peor; la distincion entre la *b* y la *v*, entre la *g* y la *j*, entre la *g* y la *c*, y entre la *c* y la *z*, me costó muchas palmas y muchos encierros; mis manos eran las manos de un mártir, y mi estómago ayunó mas que el de un anacoreta. Quiero que de estos tres años gozára medio, entre vacaciones, asuetos, juegos y meriendas. Los dos y medio restantes no los he vivido. Me quedan pues. . . . . 24 ½

En el año 8, que era tambien para mí el 8.° de lo que llaman vida, yo entré á estudiar latin, y los franceses entraron en España, que no sé cual de las dos cosas me quitó mas años de aquella. Por aprender algo de latin

(1) *Spectateur* de Dijon.

olvidé el poco español que habia aprendido. Entre franceses y brigantes me hicieron andar con toda mi familia en continua emigracion. Emigrar se llamaba entonces alejarse un par de leguas del pueblo, ó salirse á dormir al monte de la villa mientras los franceses ó los brigantes pernoctaban en ella. En una de estas emigraciones caí de la cabalgadura y me rompí la cabeza, que ya por otro estilo me habia roto bastante el *quis vel qui* del latin y el *qui vive* del francés. De este modo pasé los seis años que duró aquella guerra gloriosa. Si de ellos doy por no vividos cinco, y me quedo con uno, aun sale aventajada mi vitalidad. Pero restaré los cinco, y quedan. . . . . 19 ½

No fuí yo solo el que perdió aquellos cinco ó seis años, pues en el de 14, tuvimos el gusto de ver volver á España al Señor Don Fernando VII *el Deseado*, á quien Napoleon habia tenido todo aquel tiempo retenido en Francia; y el Señor Don Fernando dió por nulo todo lo que la nacion habia hecho y vivido durante los dichos seis años, menos la espulsion de los franceses y la muerte de los millares de españoles que por el *buen monarca* se habian sacrificado. Todo lo demas lo dió por no hecho, y aun algo peor, y la nacion perdió mas años de vida que yo todavía. Pero volvamos á mi vida particular.

En el año 14 entré de meritorio en una oficina, cuya ocupacion me duró dos años y medio. De estos dos años y medio todo lo mas que viví fué el medio: porque los dos los perdí en hacer cuentas que no me salian nunca, en copiar oficios que me obligaban á rehacer por equivocaciones y faltas de ortografía, y en poner estados en limpio en que siempre cambiaba alguna casilla y tenia que empezar de nuevo. Doy, pues, estos dos años por no vividos, y me quedan. . . . . 17 ½

Sin embargo de todo esto salí á empleado efectivo. Entonces me pareció que comenzaba á vivir de veras, porque los empleados de aquel tiempo vivian. Y asi hubiera sido si con el empleo no me hubiese venido el amor hácia una jóven de mi edad (porque yo tenia ya 16 años y medio, era empleado, y por consiguiente necesitaba enamorarme). Tanto mis padres como los suyos se oponian á nuestros amores, ella era coquetilla, y yo muy celoso. Dígase si viviria yo en este tiempo.

Ademas, no bien habia cumplido los 17, vino una quinta, y tuve la buena suerte de que me cayera el número primero. Mi padre me intimó que si queria que me pusiese un sustituto habia de renunciar á los amores de la niña. Yo acepté la proposicion, mas con ánimo de disimular y de eludir el servicio, que con el de cumplir la penitencia que me era impuesta. Así pasé hasta el año 20, luchando contra la cuadruple alianza de nuestros

padres, contra las coqueterías de mi amada, y contra el miedo de que se me fugára el sustituto. Bien puedo rebajar de mi vida otros dos años y medio que no viví, calculando por el mínimun, pues solo viví algunos ratos á hurtadillas. Quedan pues. 15

Vino el año 20, y con él la constitucion que habia abolido Fernando en el 14. En los tres años que rigió aquella hice dos cosas que no calculé bien los años de vida que me habian de quitar, que fueron meterme á constitucional y casarme. El periodo de aquella constitucion fué un periodo alegre y de vida. Se cantaba, se comía, se gritaba, y todo era gloria y *gaudeamus*. Yo hubiera vivido mucho y muy libremente sin los *vetos* de mi muger. Ella era muy buena, pero me dió dos hijos y muchas pesadumbres. La vida constitucional era alegre y divertida, pero la vida conyugal era una muerte. De los tres años no haré mucho en rebajar uno y medio de vida que me quitó mi muger, dejando la otra mitad á la constitucion, y aun asi salo esta favorecida en la cuenta. Quedan pues. 13½

Aquel constitucionalismo me trajo á la emigracion del año 23. Esta fué mas larga que la de la guerra de la independencia. No salí de España sin probar muchos palos y algunos calabozos. Al fin pude salvar el pellejo y la frontera, y cuando me ví en el estrangero me pareció que revivia, libre de los realistas y de mi muger. Pero me faltaban mi empleo y mis hijos, y no tenia ni constitucion ni pan. Esto era morir. Entré por último en participacion de ese pan amargo, que para mí lo fué mucho mas, en razon á que carecia de habilidades que me proporcionasen con que endulzarle. Duró la emigracion diez años. Todos debia descontarlos de mi vida, pero me quedaré con uno y medio en cuenta de algunos goces que por allá tuve en ratos que me olvidaba de que era español y casado con hijos. Rebajo, pues, 8½, y quedan. 5

Estos cinco pensé vivirlos enteros, porque vino la amnistía, y tras ella el cambio de gobierno: volvímos los emigrados, y á mí me dieron un destino de mas categoría y mas sueldo que el que antes habia tenido. Esto era muy justo, y era tambien empezar á vivir, pues aunque hallé á mis hijos mal educados, mi muger parecia ya mas juiciosa y yo tenia buen empleo. Asi viví un año, que fué lo que el empleo me duró, pues en el año de 35 dijeron que yo era ya *poco constitucional*, y me dejaron cesante. Gracias á la Constitucion de 37, que reemplazó á la del 12, que habia reemplazado al Estatuto, fuí de nuevo empleado. Pero los dos años de cesantía los pasé mitad esperando y mitad desesperando. Nadie estrañará, pues, que los quite de mi vida, porque no sé yo cómo un cesante con hijos y sin ahorros pueda decir que vive. Me quedan pues, 3 años para vivir. 3

Desde el 37 conservé mi empleo hasta el 39, en que me volvieron á dejar cesante, porque me tuvieron por *demasiado constitucional*. Sin embargo aquellos dos años parece que debia haber vivido; pero hay que rebajar por lo menos una cuarta parte de tiempo que pasé entre sustos y congojas temiendo siempre leer mi nombre en la Gaceta entre los destinados al panteon. Descuento pues medio año, y quedan. . . 2 ½

Estos dos años y medio que me restaban desde el 39 hasta la fecha los he pasado tambien de cesante en diferentes periodos y por contrarios motivos, pues en una ocasion me separaron por moderado, en otra por progresista, y en otra porque no sabian lo que era. Pero ello es que los dos años y medio que me quedaban de vida los he pasado muriendo, ó al menos penando, que viene á ser igual. Queda pues. 0

Resúmen.	Hace que nací, 45 años.	45
	Entre dormir, sufrir, esperar y desesperar he perdido.	45
	Igual	00

Parece que no se puede vivir menos de lo que yo he vivido. Sin embargo aun he vivido menos que esto. Aun tengo un crédito muy decente contra la vida. De modo que suponiendo que llegue á los 60 años y los 15 que me faltan sean de continuo gozar, todavía no habré vivido nada, como demostraré.

Aparte de estos últimos diez años, que dudo si han pasado ó no, pues no han sido mas que un perpetuo andar y desandar, y cuando uno creia haber andando seis años, resultaba que en un dia se volvía á encontrar en el punto de partida, prescindiendo, digo, de estos diez años, tengo otros muchos que cargar en cuenta á la vida.

Primeramente son cargo, dos años que en diferentes periódos he pasado con dolor de muelas; pues pregunto si mientras á uno le duelen las muelas se podrá decir que vive. Cargo, pues, en cuenta á la vida. 2

Entre cólicos, catarrales y gástricas me han llevado un año, y gracias á Dios no me puedo quejar de enfermizo. Añado pues. . . 1

Otro año, minuto por minuto, que he gastado en buscar la llave de mi *secrétaire*, que por arte del diablo siempre se me estraviaba ó perdía, y no sé quien se atreva á decir que se vive cuando se busca una llave. 1

Otro por lo menos empleado en rabiar, por haberme puesto la comida salada como una tuera, ó los garbanzos duros como balas, ó el principio ahumado, ú otras cosas peores que se suelen encontrar. . 1

Medio año invertido en ver malas comedias, y otro medio en entreactos perdurables. 1

Dos en oir que teniamos un gobierno muy malo, hablar del tiempo, ponderar el calor ó el frio, preguntar qué hora es sin necesidad, ¿cómo lo pasa vd? para servir á vd., pues si señor, vaya, vaya, qué hay de bueno, que nos dice don Fulano etc. etc.. 2

Otros dos en recibir y hacer visitas de pura etiqueta y ceremonia. 2

Un año justo en afeitarme. 1

Cuatro por lo menos que me han quitado entre las pulgas, los acreedores, los ingratos, las botas apretadas, los poetas llorones, las moscas, los cínifes, las campanas de la parroquia de enfrente, las criadas respondonas, y los carros nocturnos de Madrid. 4

Total. 15

De todo esto hay que desquitar en favor de la vida unos dias de amores, otros de pan de la boda, el dia que obtuve el primer empleo, el dia que vine de la emigracion, y algunos otros en que he gozado, que entre todos compondrán medio año poco mas ó menos. Sin embargo dicen que he vivido 45 años. Si vivir es respirar, concedo: si vivir es gozar, *nequaquam*.

LA EMPLEATIVIDAD.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

ANALISIS DEL ACTO PRIMERO.

Don Juan Aspirante.

Aquí debiera yo esclamar, antes de abrir la escena, con el hermano Iriarte: «*Oh, hispani, hispani! ¿Quæ vos locura moderna incaprichavit.....?* ¿Qué moderna manía es la que se ha apoderado de la mayor parte de los españoles?»

Y debiera invocar tambien á Gall y á Lavater, para que me dijeran..... Pero nó, dejemos á estos ilustres muertos descansar pacíficamente en sus

tumbas, puesto que no hay necesidad de incomodarlos, hallándose como se halla entre los vivos su ilustrado adepto y nuestro compatriota el hermano *Cubí*, que nos sabrá responder.

A este, pues, invoco, yo Fr. Gerundio, y le ruego y suplico que me diga si en sus muchas observaciones frenológicas, si en los infinitos reconocimientos y exámenes que lleva hechos de los cráneos de los hombres, ha encontrado un órgano que sospecho ha de dominar en los cerebros de la mayor parte de los españoles de nuestro siglo y de nuestra época, y que tengo para mí que ha de estar mas pronunciado que los *treinta y nueve* hasta ahora descubiertos y conocidos, y mas desarrollado que el de la *amatividad*, y que el de la *habitatividad*, y que el de la *adhesividad*, y que el de la *acometividad*, y que el de la *destructividad*, y que el de la *aprobatividad*, y que todos los demas de cualquier manera que terminen y acaben.

Y es tanto mas importante esta declaracion de parte del ilustrado frenologista, cuanto que de ella puede y debe depender en gran manera el crédito ó descrédito de su tan curiosa como dificil ciencia.

Este órgano, pues, que yo supongo en la mayoría de las cabezas de los españoles contemporáneos, y cuya existencia desearia ver confirmada por el testimonio del hermano *Cubí*, es el órgano de la *empleatividad*. Porque de otra manera no puedo yo concebir cómo pueda haberse desarrollado tan prodigiosamente esa tendencia universal, esa inclinacion, ese apego, ese cariño, esa propension, esa adhesion, ese amor, y esa simpatía á los *empleos*, ni cómo, si no existiera ese órgano *cuarenta* que supongo, pudiera haber el enjambre de aspirantes atacados de la manía de la *empleatividad*, que vemos, que palpamos, que admiramos, y que bullen, hormiguéan y pululan por la haz de esta patria gerundiana.

Y aqui no puedo menos de quejarme del escritor satírico Pablo Luis Courier, que casi antes que mi paternidad naciera al mundo de los empleados ya él habia dicho: «Por multiplicado que parezca el número de los em-«pleos, que no puede compararse sino á las estrellas del cielo ó á las are-«nas del mar, aun no guarda proporcion con el de los aspirantes ó preten-«dientes, siendo imposible de toda imposibilidad contentar á todos.»

Digo que no puedo menos de quejarme de este escritor, porque habiendo dicho él que el número de empleos solo era comparable á las estrellas del cielo ó á las arenas del mar, ¿qué me queda á mí que decir, ahora que la *empleatividad* se ha desarrollado y recibido tanto aumento en España? No me queda mas remedio que poner una conjuncion donde él colocó una disyuntiva, y en lugar de las estrellas del cielo *ó* las arenas del mar, decir: «las estrellas del cielo *y* las arenas del mar,» y añadir, «y las yerbas

de los campos, y las aguas del Occeano, y las hojas de los montes &c. &c. &c

Con esto no es maravilla que haya tantos aspirantes; á los cuales reasumo y personifico en un *Don Juan*, que es nombre múltiplo y comun, y en el cual concentro los muchos Juanes que desempeñan el papel de aspirantes en el *Teatro político-social*, y los muchos papeles que tiene que representar un solo *Don Juan Aspirante*.

El primer papel que representa *Don Juan Aspirante* tan luego como sale á la escena, es el de astrónomo, ó al menos el de un atentísimo observador de afecciones meteorológicas, y principalmente de los vientos que dominan. Sale *Don Juan* de su casa, levanta la cabeza, mira á la veleta del edificio de enfrente (*anemoscopos* en griego para ir hablando con arreglo al nuevo Plan de estudios); ¿qué viento sopla?

—Ah, magnífico! Viento progresista. Está bien; haré el papel de progresista.»

Mas á los primeros pasos que dá *Don Juan Aspirante* en la carrera del progreso, le viene en antojo volver á mirar la veleta para asegurarse bien del viento que corre..... ¿Qué novedad es esta? La giraldilla que miraba al norte mira ahora al sur!..... Sopla viento moderado... .....

Don Juan reflexiona un poco; medita, echa sus cuentas..... «¿Qué importa? dice: hágome moderado, y todo el mal se reduce á desandar lo que anduve, que no fué mucho. ¿No debo yo ir con el viento que corre?»

La incierta direccion de la veleta pone á nuestro actor en situaciones cómicas bastante apuradas, pero de todas vá triunfando á fuerza de observaciones meteorológico-políticas. Al fin se fija el viento por temporada, y entonces, si el viento es progresista, el actor se siente inspirado de un entusiasmo patriótico, ardiente y sublime; las bóvedas del Teatro retumban con sus gritos, dispone pronunciamientos y hace otros sacrificios semejantes en las aras de la patria. Si el aire es moderado, el actor cambia de papel y de tono, y hasta muda el lugar de la escena. Declama contra los que gritan, y si es menester, hace una confesion general de sus culpas y pecados, con golpes de pecho y propósito de la enmienda, pidiendo humildemente la absolucion y ofreciendo cumplir la penitencia que le fuere impuesta, aunque sea la de declarar la guerra á sus amigos antiguos. Que en saber desempeñar tan contrarios papeles está el mérito del actor *Aspirante*.

Pero no basta para ser buen *Aspirante* ser buen observador astronómico. Es menester que le acompañen una porcion de cualidades físicas no

comunes. Flexibilidad de cintura para doblarse, agilidad de pies para correr, ligereza de brazos para manejar el sombrero, ojo penetrante y avizor, y sobre todo nariz larga, muy larga, la cual es indispensable para dos distintos oficios ó papeles, á saber, para húsmear la vacante desde lejos, y para anticiparse á introducirla en el hueco ó vacío antes que lleguen las de sus rivales, cuya longitud podrá no irle en zaga á las suyas, y de cuya circunstancia pende muchas veces el éxito del primer acto de su drama.

Si *Don Juan Aspirante* es elector, tiene mucho adelantado en su carrera. Y si ha conducido alguna comparsa al Teatro de las elecciones, entonces el *Aspirante* alega un derecho legítimo é inconcuso á entrar de actor, y casi de primer galan, en la gran compañía de los empleados. Entonces recita su papel con fuego y energía ante los diputados que le deben no solo su voto, sino los de algunos centenares mas que le negoció, *sub conditione* de lo que ahora pretende. Y entonces principia la situacion cómica y difícil para el actor diputado, el cual se vé resueltamente acometido por otro cuerpo de aspirantes que se encuentran en el propio caso que *Don Juan*, mientras otros Don Juanes están representando el mismo papel con otros actores diputados. El escenario se llena de personages que se estorban y confunden unos á otros. La situacion cómica se complica. Las partes subalternas reconvienen á los actores principales: los actores principales no aciertan á desenvolverse; y si se descubre por algun incidente casual que los primeros actores están haciendo á su vez el papel de aspirantes á lo mismo que aspiran los subalternos, entonces el drama toma un giro nuevo, y gracias si de cómico que era no se convierte en trágico, si bien comunmente suele desenlazarse jurando y protestando los aspirantes subalternos que jamás volverán á contribuir con su voto á elevar á la clase de primeros actores y altos aspirantes á los que tan mal cumplen los compromisos que en el Teatro electoral adquirieron.

Si *Don Juan Aspirante* es hombre de tal cual cabeza, que no es necesario que la tenga muy privilegiada, da un resorte al giro de su situacion cómica, traslada el lugar de la escena, cambia la decoracion, y se pone á escribir en un periódico. ¿Cuál será este? ¿de qué color será? Aqui de sus largas narices, y de las observaciones meteorológicas. Vuelve á mirar á la veleta, eleva la potencia de su nariz hasta el punto mas alto posible de la atmósfera. Si le parece que el aire va á cambiar pronto, emprende el papel de oposicionista furibundo; truena, chisporrotéa, lanza rayos contra la empresa del gobierno; es un actor desesperado. Si calcúla que el tiempo está sentado y sereno, y que no hay síntomas de que cambie el aire tan pronto, entonces *Don Juan Aspirante* toma un incensario, y representando el pa-

pel de acólito, en las primeras horas de cada mañana saluda y reverencia al comité gubernamental con uno ó dos aspersorios de incienso, vulgo artículos laudatorios.

Si *Don Juan Aspirante* es diputado, su papel es sencillísimo y breve. En todo el primer acto se reduce solamente á decir *sí* ó *nó*, como el gobierno le enseña. Si pasado un número regular de escenas ve que no cambia su situacion cómica, se enfada y la cambia él, y donde decia antes *sí* dice ahora *nó*, y donde antes decia *nó* dice despues *sí*.

No hay cerebros mejor organizados ni inteligencias mas desarrolladas que las de los actores aspirantes. *Don Juan Aspirante* es siempre apto para cualquier empleo, y eso se le dá que sea de justicia ó de hacienda, político ó económico; todos los desempeñará á las mil maravillas: á la carrera suplirá la capacidad, á la capacidad la vocacion. Es admirable la instruccion que infunde el órgano de la *empleatividad*.

Don Juan Aspirante no tiene edad determinada. Asi puede ser barba, como galan jóven, como niño sin pecado. Y por lo general al niño sin pecado le suele dar mejor. De estos vemos pasar muchos de aspirantes á empleados, con detrimento de los galanes y los barbas, que es precisamente unos de los pasages mas divertidos que tiene la comedia.

Tan variada como es la edad *Don Juan Aspirante* lo es su procedencia. A veces *Don Juan Aspirante* es un artista honrado y de mérito, á quien su arte proporcionaba muy decorosos medios de subsistencia, pero que de repente se le desarrolló el órgano de la *empleatividad*, y no puede resistir á la influencia que este pícaro órgano ejerce en los cerebros y en las inclinaciones de los hombres de la época. A veces es un abogado que se cansa de pleitos y se fastídia de curia, y deja los negocios del bufete que le daban de comer con independencia por un empleo que le hace esclavo.

A veces es un comerciante que prefiere la oficina al mostrador, y la mensualidad al tanto por ciento. A veces es un propietario que se aburre de cobrar rentas propias, y quiere tomar tambien su partecita de las del estado. A veces es un artesano que no descansa hasta trocar el cepillo y el escoplo que maneja con maestría por la pluma y el espediente que no se hicieron para sus manos. A veces es un militar que sabe mandar perfectamente un regimiento y quiere hacer servir la táctica á una seccion de estudios. A veces es un médico que quiere dejar los aforismos por pasar á la direccion de aduanas. A veces es un arquitecto que construye casas muy sólidas y no se encuentra á gusto hasta ocupar una plaza en el ministerio de Marina. A veces es un boticario que pretende dejar la farmacopea y las redomas para hacerse correo de gabinete.

Y como el desarrollo del órgano *cuarenta* es comun á todas las clases, y la manía de la *empleatividad* ejerce un influjo tan irresistible, resulta que en esta comedia son tantos los que hacen el papel de *aspirantes*, que aunque el número de empleos sea tan grande como el de las estrellas del cielo y el de las arenas del mar, hay todavia veinte mil narices que olfatean cada vacante y cuarenta mil brazos que se alargan á cada empleo.

¡Ofi hispani, hispani! ¿Quæ vos locura moderna
incaprichavit.....?

Así concluye el primer acto de la comedia, quedando los diez y nueve mil ejecutando el mismo papel, y pasando un solo *Don Juan Aspirante* (que por lo comun suele ser el peor actor) del papel de *aspirante* al papel de *empleado*, que es el acto 2.° del drama.

Rectificacion. Debo decir en obsequio de la verdad que ya no son tantos los *Aspirantes*. En el nuevo Consejo Real habia 43 empleos que dar, y hasta ahora no se han presentado mas que SIETE MIL solicitudes. Ya van bajando. ¡*Oh Hispania, Hispania*! Eres un pais de..... (la continuacion en otro número.)

DON FRUTOS DE LAS MINAS.

CAPITULO V.

El regreso de la comision.

De mal temple habia puesto á la Junta Directiva de *San Pascual Bailon* en Madrid la noticia del percance ocurrido á sus comisionados, y la consiguiente receta de la peticion de nuevos recursos, cuando acababan de hacerse dos dividendos extraordinarios, que equivalía á sacar á cada socio dos muelas. Pero la necesidad de socorrer á la comision y de continuar los trabajos de laboréo era urgente y perentoria: la imposicion y recaudacion de un nuevo reparto era lenta y pesada, y el resultado problemático y dudoso por parte de muchos accionistas, de aquellos que hay en toda sociedad minera omísos y rehacios en los pagos, vulgo duros de pelar, con quienes el cobrador aun para la contribucion mensual ordinaria pasa la pena negra, y son causa de que se absorva el zapatero su escaso honorario.

En este conflicto acordó el Presidente, hombre, que aunque no de un gran caudal metálico le tenía inagotable de fé minera, suplir los fondos de su propio bolsillo, animándole la confianza de que tan pronto como regresára la comision y se vieran y tocaran los ópimos frutos de la visita, los socios le abonarían con gusto la suma anticipada y otra mayor que fuese. Y así giró una libranza á la órden de Don Frutos de las Minas por igual cantidad que la que les habia sido robada.

El dia que esta letra llegó á manos de Don Frutos, aquel dia despidió al cirujano que le estaba asistiendo, pues se sintió de improviso casi completamente restablecido y curado de todos sus quebrantos, contusiones y aruños. Se dió una paga completa á las clases activas de las minas, amen de los atrasos que llevaban los jornaleros; se reservó el remanente para gastos del viage de vuelta, y se dispuso y preparó este á la mayor brevedad posible.

Mas afortunada que á la ida la Trinidad minera, llegó á la corte sin ocurrirle fracaso ni novedad notable, si se esceptúa las agrias contestaciones y severos apercibimientos que su llegada produjo en la oficina de despacho

de las diligencias, entre el administrador, el mayoral y Don Frutos. El motivo de esta desazon fué haberle llamado la atencion al administrador al revisar la hoja de los viajeros, en la casilla correspondiente á Don Frutos de las Minas, un exceso de peso de 400 libras valua lo en 500 rs. «Asi me echan vds. á perder los coches, esclamó aquél apostrofando al mayoral: asi sucedeu los vuelcos, y asi llueven las quejas del público y con razon». ¡400 libras de exceso un solo viagero! ¿como es posible que haya coche que lo pueda resistir? La Direccion lo sabrá, y vd. se atendrá á lo que le venga. ¿Y dónde está ese Señor Don Frutos de las Minas? añadió.

—Servidor de vd., contestó Don Frutos.

—¿Y qué diablos es lo que vd. trae que tanto pesa. si se puede saber? preguntó el administrador.

—Frutos de las minas nada mas, volvió á contestar Don Frutos.

—No pregunto cómo se llama vd. que ya lo sé por la hoja, sino por lo que vd. ha metido en el coche, que sin duda ha debido vd. creer que era alguna fragata que necesitaba de lastre.

—Repito, contestó Don Frutos, que frutos de las minas nada mas.

—Vaya vd. mucho con Dios, replicó el administrador amostazado; la culpa no la tiene vd. sino el bruto que con vd. ha tenido tales condescendencias»

El administrador no comprendia la consonancia de la mercancía con el nombre del portador; hasta que haciendo el registro los carabineros, vió que las 400 libras de peso procedian de pedruzcos de todos tamaños destinados á servir de muestras de productos mineros. ¡Tal habia cargado de ellos Don Frutos!

Ya se sabe que al regreso de una comision de visita se sigue inmediatamente la convocatoria á Junta general y su celebracion: que uno de los individuos de la comision, el mas ilustrado, redacta una memoria con cuya lectura se dá principio á la sesion, y el autor de esta memoria ya se debe suponer que seria Don Frutos. La sesion, se abre, el Secretario lee, los socios escuchan. Pero los socios escuchan ya prevenidos en contra de la comision, y aunque no lo estuvieran bastaria la Memoria para prevenirlos: no por su parte facultativa, que si bien atestada de despropositos mineros, cargada de blasfemias geológicas y repleta de heregías metalúrgicas, como era de esperar de las manos que la habian hilado, no era el jurado de los socios el mas apropósito para hacer sobre ella un juicio de calificacion, sino por la parte económica, pues ademas de convenir la comision en la necesidad de hacer las obras que el Director proponia, aunque con las modificaciones que Don Frutos le habia ordenado, en la justicia de señalar al administrador un

sueldo decente, en la conveniencia de edificar una casita, en la utilidad de hacer unos hornos de fundicion, y hasta en lo provechoso que sería á la sociedad comprar la burra en cuestion, de cuyos buenos servicios habian sido testigos, era de dictamen que para subvenir á todos estos gastos y recoger en su dia la inmensa riqueza que las posesiones de la sociedad encerraban, ó bien se hiciese otro reparto extraordinario, ó bien se subiese la cuota de los mensuales.

Definia el célebre y sabio Nicole á la sociedad humana: «una reunion de hombres que se miran con desconfianza unos á otros, y que se unen solo por los intereses.» La definicion del hermano Nicole, sin que esté mal aplicada á la sociedad humana, parece hecha de molde para caracterizar las sociedades mineras. Asi es que en las Juntas generales de minas hay por lo regular dos sesiones: una por lo alto y otra por lo bajo, á la cual llamo yo Fr. Gerundio, sesion de oreja, que es lo que los socios se hablan y comunican al oido y *sotte voce*. La sesion de oreja de esta junta fué abundante en curiosas observaciones.

—Esto ya me lo temía yo, decia uno.

—Me huele á cosa de compadres, decia el otro.

—¿Qué querian vds. que sucediera? añadió el tercero: yo sé que el uno ha estado alojado en casa del Director, el otro en casa del administrador, y el otro en la del capataz, con que por ahí se puede sacar la consecuencia.» En otro rincon se oía: «hasta del robo dudo yo ya.—Yo del robo no, porque he visto el parte del gefe político, pero tambien sé que hay muchos modos de robar.—Ya le habrá quedado al Secretario para un vestido, añadia otro: para estos son los frutos de las minas.

—Servidor de vd., contestó Don Frutos, creyendo que le nombraban á él.—No hablábamos con vd., Señor Don Frutos, le respondieron.

Ultimamente tan predispuestos estaban los ánimos, que las murmuraciones de la sesion de oreja empezaron á emitirse en alta voz.—«Señores, dijo un socio, es menester decir la verdad con franqueza y sin rodeos. Dos años hace que estamos pagando dividendos y mas dividendos, ordinarios y extraordinarios, haciéndonos siempre concebir esperanzas de recibir pronto productos, y los productos no llegan. Estamos pagando un Director facultativo, que pienso que para nada hace falta, porque con un buen práctico ó capataz basta y sobra, y mientras tengamos Director no faltarán obras por largo, y lo que aqui queremos no son obras sino que se saque mucho mineral; todo lo demas es bambolla. Hemos enviado dos ó tres ingenieros, que por cierto no trabajan nada barato sus señorías. Ellos sabrán mucho, señores, pero es lo cierto que no nos dan resultados, y lo único que dan son

unos informes llenos de gerigonza, reducidos á decir que han visto las minas, y que aquello podrá ser algo, ó podrá ser mucho, ó podrá no ser nada, pero que no deben abandonarse por si acaso, porque donde menos se piensa salta una mina, y venga la pitanza. Eso yo tambien lo diría. Luego se envío una comision, que por todo resultado trajo unos pedruscos, que decian que daban una onza de plata por quintal, y á nosotros nos costaron á onza de oro por libra. Ha ido ahora otra comision, ¿y qué es lo que ha traido, señores? Otros pedruscos por el mismo estilo, aunque en mayor cantidad, y para eso se llevaron dos repartos extraordinarios, y vienen pidiendo otros dos. Yo respeto el celo de los señores comisionados, pero para decir amen á todo lo que el Director proponia desde allá, y para exigir á la sociedad nuevos desembolsos y sacrificios, para esto mas vale no enviar comisiones, y concluyo por decir que por mi parte mientras no vea productos no pagaré mas dividendos.»

Muchas voces: bien, bien. Aplausos, palmadas.— Don Frutos pide la palabra por la comision para responder á los injustos ataques dirigidos por el preopinante. Pero los murmullos ahogan la voz del orador diputado. El Presidente dice que si continúa el desorden renuncia la presidencia. «Que renuncie,» dice una voz salida del foco del tumulto. «En ese caso, grita el Secretario, yo tambien hago dimision.»—Pues que se nombre nueva Junta Directiva.—Que se examinen las cuentas.—Si señor, que se vean las cuentas.

—*El Contador*.—Señores, las cuentas ahí están, que las examine quien quiera.—Que se nombre una comision para que las revise, y llamo desde luego la atencion de la comision que se nombre sobre la cantidad de pólvora que el administrador dice haber gastado, y sobre el precio á que pone la arroba de aceite, porque yo sé bien á cómo está el aceite en aquel país.

Don Frutos. Señores, tengo pedida la palabra. La comision presenta su cuenta de gastos.» Pero la voz de Don Frutos se ahoga entre la confusion. El Presidente deja su asiento y el Secretario se levanta del suyo. Muchas voces designan al Señor Manzano para Presidente, y el Señor Manzano queda elegido por mayoría tumultuaria. El Señor Manzano era el mismo que habia protestado no pagar mas dividendos mientras las minas no diesen productos. Digno pensamiento de tan digno nombre, y digna eleccion de tan digna asamblea. Los demas nombramientos correspondieron á la alta capacidad de la persona á quien se habia concedido la presidencia, y se disolvió la Junta, quedando muy complacida de su obra la fraccion plebeya, profundamente disgustados los socios de razon, y mohino por demas Don Frutos al ver los que habia sacado de una comision que tantos sustos, percances y magullamientos le habia costado.

CAPITULO VI.

Anúblase la estrella minera de Don Frutos.

Despues de la borrascosa sesion se dirigió aquél á casa de su amada Magdalena, á quien manifestó lo disgustado que salia de la Junta, y el poco provecho que ya esperaba sacar de *San Pascual Bailon*, no por la mala calidad de las minas, que eran ricas á mas no poder, como por sus propios ojos habia visto y con sus propias manos tocado, sino por la clase de socios que en tal empresa había, ignorantes y rústicos los mas, y faltos de educacion, y como tales maliciosos y desconfiados, y mas que todo por la Junta Directiva que acababan de nombrar con desdoro de la ciencia minera, y hasta con infraccion del reglamento.

«Pero afortunadamente (añadió) no eran esas minas de las que yo mas me prometía: otras tenemos de algo mas seguros é infalibles resultados. Y en verdad ¿qué habiamos de hacer de tanta riqueza? Aunque por otra parte, la que es mi tesoro ¿no merece poseer todos los tesoros del mundo? Sí, mi querida Magdalena, yo te los ofreceré un dia: ó no es cierto el nombre que llevo, de lo cual no puedo dudar, ó frutos de las minas, y frutos pingües abundantes y copiosos hemos de recoger de ellas.» Con lo cual los dos amantes quedaron tranquilos y sosegados.

Dos buenas nuevas esperaban á Don Frutos á su regreso: la de hallarse su madre notablemente aliviada, y la de haber sido encargado el Presidente del Congreso de formar nuevo gabinete, en razon á haber sido desechado el voto de confianza que pedia el gobierno por una mayoría, á la cual habia hecho agregar el Presidente el voto de Don Frutos conforme á su encargo. Esta circunstancia no era indiferente para la suerte futura de Don Frutos, como luego se verá.

Pero su estrella minera habia empezado á eclipsarse, y una serie de nubarrones se fueron sucediendo para acabar de nublarla. La primer noticia que recibió fué que *Las Once mil vírgenes* habian dado en aguas, esto es, que los pozos de aquella sociedad se habian inundado en términos que no habia medio de extraerlas, ni por pozos ó cañerías de desagüe, que no eran posibles atendida la naturaleza y profundidad del terreno, ni por medio de bombas hidráulicas, por ser á juicio del ingeniero director aguas de pié, y aun se inclinaba á que era un río caudaloso el que por aquellos latebrosos senos corria.

Aguáronse pues por esta parte las risueñas esperanzas de Don Frutos; si bien no las perdía enteramente de que el dictamen del profesor fuese errado, pues él habia oído que habia tambien un género de aguas que llaman colgadas, debajo de las cuales suele estar el criadero rico, y tales podrian y aun deberían ser las aguas de las *Once mil vírgenes*. Y por último, si las *Once mil vírgenes* fallaban, en cambio le habian venido á ofrecer una accion en *Los innumerables Mártires*, y uno con otro quedaba compensado.

Entretanto crecian y se multiplicaban tanto en la habitacion de Don Frutos los recibos de dividendos que parecia tener en ella una mecánica de imprimir recibos. Entre ordinarios y extraordinarios, 40 de aqui, 80 de allá, 100 del otro lado, media onza por *San Pascual*, una por *Santa Teresa*, tres duros por *Las Musas*, cuatro por la *Creacion*, etc. etc., no bajaba nunca de mil rs. el desembolso mensual; y como este chorréo recaia ya sobre el capital empleado en la adquisicion de acciones, resultaba que el presupuesto de ingresos ó sea los fondos con que él habia venido á Madrid, que como hemos dicho eran bastante escasos, no alcanzaban ni con mucho á cubrir el de gastos, que era lo propio que sucedia con el presupuesto de la nacion que él habia votado en cortes. Pero este era el que menos á él le importaba, puesto que en nada afectaba á su bolsillo particular. El otro sí, y de tal manera que tuvo que hacer lo que el gobierno, contraer empréstito sobre empréstito y vivir trampeando.

Mas al poco tiempo ya no halló quien le prestára: y acordándose que el gobierno en caso igual habia recurrido á las minas de Almaden y hecho sobre ellas un contrato de arriendo, que por lo menos le sacaba momentáneamente del apuro del dia, determinó tambien, no arrendar, sino anunciar en venta las dos acciones que llevaba en el *Nuevo Potosí*. ¡Pero en qué ocasion tan fatal! Cuando acababa de descubrirse que las muestras del rico mineral que el fundador de la empresa habia presentado como extrahidas de los pozos de aquella posesion, no eran de allí ni se acordaban de eso, ni en el *Nuevo Potosí* se hallaba una señal siquiera de contener metales, ni menos de aquel género, sino que el muy bellaco habia logrado rellenar una caja de lo mejorcito de la *Observacion* de Almagrera, y encontrando cuarenta inocentes como Don Frutos, el *Nuevo Potosí* fué para él, puesto que sacó hasta tres mil pesos por derecho de denunciador propietario. Con esto ya se supone que no hallaria el bueno de Don Frutos quien le ofreciera por sus dos acciones dos maravedís.

En esto fué llamado á Junta por el Presidente de *Las Musas*, y nuestro Don Frutos acudió con mas puntualidad que la de costumbre, y eso que era mucha. Jamas *Junta de Musas* fué menos poética que esta. Toda la poe-

sía de las anteriores desapareció para ocuparse solo del siguiente prosaico oficio que se acababa de recibir del capataz de las minas.=«Señor Presidente.—Yo el aperador de *las Musas* Juan Rebollo digo á V. S. que si he de decir la verdad como no puedo menos de decirla en conciencia, debo decirle á V. S. que lo que le dije en otra ocasion de que temia no encontrar el género que se buscaba es cierto; y que en el pozo de *Apolo* he practicado la traviesa en el lado de poniente, la cual ya está comunicada; su escavacion ha sido de caña á caña 12 varas de largo, y en el lado de saliente se ha comunicado con el pozo que hay por la parte de allá del cilindro, y ha sido su escavacion de siete varas de largo, y géneros no ha habido ningunos, pues solo se han encontrado algunos pintones, que luego se perdieron, y estos los he hecho demoler.

«Y en lo que toca al pozo del *Caballo Pegaso* digo á V. S. que los mojones están puestos desde mediodia al norte, de modo que donde se debia haber tomado su anchura se ha tomado por longitud, y la longitud se debia de haber tomado de saliente á poniente, resultando que el pozuelo del *monte-licon* que se va á emboquillar para ponerlo en movimiento está la mitad fuera de nuestra pertenencia, y el *Caballo* se sale de ella tambien, y ya andan con hablillas los de la mina *Venturosa* sobre ponernos pleito, y como en todo el *Caballo* no se han encontrado mas que unas manchas pequeñas, he mandado suspender las labores y taparle la boca.

«Por lo tocante á la pertenencia de la *Fuente Castalia* debo decir á V. S. que en tal fuente lo que sobra son aguas, y lo que es las aguas no se pueden tirar á lo alto por la boca superficial que hay, porque está en la misma mina, y tendrán muchas filtraciones las aguas por ser el terreno muy abierto, y si vds. determinan el que se trabaje en aguas, es menester meter una boca superficial fuera de la mina y echar una trabiesa que venga á calar á la mina, para que este punto sirva de caldera de agua. Al tiro de lo alto se le han metido seis varas mas, y en este intermedio se han encontrado algunos huecos de los antiguos, pero sin señales, por lo que pienso que esta mina fue abandonada por los antiguos. Y asi V. S. determinará lo que quiera, pero yo pienso que tambien deberiamos abandonarla nosotros, y esto es en contra de mis intereses, pero yo debo decir á V. S. la verdad, y esta es lo que llevo dicho, y lo comunicará V. S. á la sociedad, y es cuanto se me ofrece.=*El aperador de las Musas.=Juan Rebollo.*»

Frios y yertos se quedaron Don Frutos y consortes con la lectura del prosaico oficio del mas prosaico aperador de las Musas (y eso que mi paternidad ha tenido que corregirle la prosa ortográfica para que pudiera ser leido); y si bien se acordó no dar por abandonadas las minas hasta propo-

nerlo en la próxima Junta general, las Musas dejaron de soplar esperanzas, y por decontado las de Don Frutos iban menguando notablemente.

La fortuna nunca hace las cosas á medias, y por eso dice el refran: «fortuna y aceituna, unas veces mucha y otras ninguna.» Y por eso es muy exacto aquello de: «bien venido seas mal si vienes solo.» Y por eso es temible que una vez vuelva la espalda. Y una prueba mas de ello es lo que le sucedió á nuestro Don Frutos, que con pocos dias de intervalo tuvo aviso de que *Santa Teresa* habia dado en roca, esto es, que los pozos de aquella sociedad habian tropezado con una masa de peñascos quebrados y hendidos, que hacian imposible la continuacion del laboreo sin esponerse á frecuentes desplomamientos y desgracias: y que en la *Creacion del Mundo* de todo se hallaba menos metales, los cuales es cosa averiguada que se formaron muy posteriormente á la creacion.

Ya no le quedaba á Don Frutos mas esperanza que la de la accion que le habia regalado su pariente el de Córdoba en la sociedad del *Sol*; pero este *Sol* tampoco acababa de alumbrar. En todas las cartas le decía su pariente que al siguiente mes esperaba enviarle la primer remesa de los primeros productos, pues la *Felicidad* iba en aumento, y que especialmente del pozo de *La Buena Dicha* era un horror el metal plomizo-argentino que se sacaba. Y á continuacion insistía siempre en la necesidad de hacer todos los esfuerzos en el ministerio para alcanzarle la contaduria ó intendencia que tenia solicitada. Y como trascurrian meses y meses, y el de la remesa de los productos no llegaba nunca, Don Frutos, ya escamado, llegó á sospechar si todo aquello de las minas del *Sol* sería una brillante invencion para sacar el destino *á su sombra*. El tiempo justificó que no iba equivocado Don Frutos, y que alumbrado mas por el Sol de los desengaños que por el Sol de las minas, comenzaba á ver mas claro.

Y tan claro empezaba á ver, que el desvanecimiento rápido de tantas y tan risueñas esperanzas como habia alimentado, le hizo caer en una profunda melancolía, la cual aumentaba y hacia mas intolerable la indiferencia y aun esquivez que esperimentaba de parte de Magdalena, efecto natural de un amor cimentado en acciones de minas; asi como el desvio y recelo con que sus padres ya le miraban. Con esto y con acordarse de los ofrecimientos de coches, casas, haciendas de campo y recreo que habia hecho á su madre y hermanas, y pensar en lo empeñado y lleno de compromisos en que ahora se veia, sin hallar medio ni camino de salir de ellos, le engendró una hipocondría atrabiliaria que daba compasion y grima verle. Se puso macilento y estenuado, y no podia menos de esclamarse viéndole: «¡pobre Don Frutos de las Minas!

CAPITULO VII.

Descubre Don Frutos otra mina, persigue su filon, y se hace rico.

Dios aprieta, pero no ahoga, dice el refran castellano, y *post núbila Phœbus*, dice el proverbio latino. Asi es que cuando el hombre se halla mas abatido y amilanado, cuando está á dos dedos, digámoslo así, de la desesperacion, y á dos líneas de hacer un ex-abrupto, vulgo calaverada, entonces es cuando Dios suele enviarle un rayo de luz, ó acaso amanecer para él un Sol rutilante que disipa instantáneamente las nubes que su horizonte sensible ennegrecían.

Tal vino á acaecer al afligido y conturbado Don Frutos. El cual se hallaba congojoso y hasta febril, cuando llegó á visitarle uno de sus compañeros de diputacion, que viéndole en estado tan triste y digno de lástima, «¿qué es esto, compañero? le dijo: encuentro á vd. pálido y desmejorado, y en ese semblante y en esos ojos se trasluce un fondo de melancolía que estraño mucho en vd., porque vd. estaba siempre alegre y contento como yo. ¿Ha sucedido á vd. alguna desgracia? ¿Ha tenido vd. algun disgusto de familia? ¿O es que realmente está vd. enfermo? No he visto á vd. en el congreso estos dias, y sospeché que habría ocurrido alguna novedad.

—¡Y tan grande, compañero! respondió Don Frutos con acongojada voz. Y puesto que su caracter y amistad, y el interés que por mí manifiesta me inspiran una completa confianza, justo es que desahogue con vd. mi oprimido pecho. Oprimido, sí, como vd. tendría el suyo si en mi caso se encontrára. Suponga vd., compañero, que vd. se hubiera visto favorecido de una jóven que adora, y halagado al mismo tiempo de sus padres; y que de repente viera en éstos cambiados los halagos en desvios, y en aquella los favores en desdenes.....

—¿Amores tenemos, compañero? Vaya, vaya (añadió riéndose), no creía yo ver á un diputado de la nacion española enamorado, ni menos que los amores le afectáran de esa manera. Compañero, eso no es parlamentario ni constitucional. Eso es del antiguo régimen.

—Será, respondió Don Frutos, pero ni yo puedo remediarlo, ni es eso solo lo que me contrista y aflige. Suponga vd., compañero, que vd. hubiese consumido los escasos fondos que hubiera trahido de su casa, y que ade-

mas se hallára en compromisos con sus amigos, sin medios de poder salir de ellos, obligado á hacer una vida oscura y un papel impropio de la dignidad que representamos.....

—¿Deudillas tambien?

—Y por lo que mas siento verme en esta posicion, compañero, ni es por mí, ni porque me hayan fallado las fundadas esperanzas que tenía de contar no tardando con una fortuna colosal, sino que las habia hecho concebir no solo á mi familia, sino á la que es objeto de mis amores; digo mas, les habia asegurado que no pasaria mucho tiempo sin poder ofrecerles y poner á su disposicion casas en la corte y en provincia, haciendas de cultivo y de recreo, coches y carretelas, y todo en fin lo que hace la comodidad y constituye los goces de las clases opulentas, en cuyo número nos habiamos de contar.

—El chasco es la parte mas lastimosa, compañero; que por lo que hace á los apuros y compromisos, en mayores me ví yo que lo pueden ser los de vd., y sin embargo vivía, y dejaba á mis acreedores los cuidados que ellos creían me habia de tomar yo, lo cual no me impedia de hablar mucho en el Congreso de pública moralidad. Y asi fuí trampeando hasta que hallé el medio de hacerme rico; en una palabra, hasta que descubrí la mina.

—¡Mina! esclamó Don Frutos alborozado: ¡mina ha dicho vd., compañero! ¿y dónde está esa mina? ¿de qué es? ¿cómo lograría yo una accioncita, media, un cuarto? Porque ha de saber vd., compañero, que todas las que yo tenía, que eran muchas, todas se han desgraciado; y no porque ellas fuesen de mala calidad, antes por el contrario eran ricas y abundantes, como yo por mí mismo ví en algunas, y vd. lo conocerá fácilmente por los ejemplares que le enseñaré ahora mismo (y abrió de par en par los armarios llenos de pedruscos), sino por mala direccion unas, por intrigas otras, y otras por lo que el diablo sabe; siendo lo cierto que son las que me han traido á este estado contra toda razon y esperanza y contra lo que mi mismo nombre me habia hecho augurar. Con que así, compañero, dígame vd. si podré obtener alguna accion en esa mina que á vd. le ha enriquecido, que yo daré por ella..... ¿pero qué puedo yo dar, desgraciado de mí, si estoy.....

—Nada; compañero, respondió interrumpiéndole el diputado: sin dar nada por ella, vd. podrá esplotarla lo mismo que yo, hacerse tan rico como yo, y no echar de menos las que se le han desgraciado.

—Vd. ya no es mi compañero, esclamó Don Frutos saltando de gozo, sino mi ángel tutelar, mi redentor, mi todo. Y dígame vd. cuanto antes dónde está esa mina, y qué tengo que hacer yo para esplotarla, que la

impaciencia de saberlo me tiene ya mas en ascuas de lo que vd. podrá comprender.

—Amigo Don Frutos, le dijo su compañero poniéndole la mano en el hombro: vd. es un pobre hombre; vd. es un diputado novél que no conoce todavía el terreno que pisa. Sí, amigo Don Frutos; repito que es vd. un pobre hombre. Vd. vota en pró ó en contra del gobierno, segun le dicta su conciencia, y asi no queda vd. bien ni con la oposicion ni con el ministerio. Hágase vd. ministerial, Don Frutos mio, y mas ahora que el encargado de formar el nuevo gabinete es su amigo y paisano: vote vd. siempre con el gobierno, defienda todos sus actos, ayúdele en todos sus planes, elógiele en todos los discursos, aplauda todas sus medidas, sea en fin lo que se llama todo un diputado ministerial, y creame vd., compañero, esta es la verdadera mina; cuidar de no perder el filon, y..... en fin, véame vd. á mí y diga si mi mina produce algo mas, y mas positivo que la de vd.

—¿Pero cómo.....

—El cómo, mi amigo Don Frutos, será objeto de otra conferencia, que por hoy no me es posible detenerme mas.»

El diputado se marchó. Don Frutos quedó por algun tiempo pensativo, como aquel que inopinadamente acaba de hacer un grande é importante descubrimiento. Despues no debió parecerle mal el denuncio de su compañero; antes bien calculó que el filon ministerial debia ser una ganga muy beneficiable, y desde aquel dia se dedicó á esplotarle con arreglo á las instrucciones que recibió del práctico. Cómo se las manejó yo no lo sé; pero lo cierto es que Don Frutos empezó á prosperar rápida y maravillosamente; que al poco tiempo iba ya al congreso en coche; que en la nueva plantilla de la Secretaria de Hacienda fué nombrado gefe de seccion Don Bonifacio Rico; y que siendo este Rico el padre de Magdalena, ya se deja comprender que fué Don Frutos el que le proporcionó esta accioncita en la nueva mina, y que se reconcilió fácilmente con él y aun estrechó sus amorosos vínculos con Magdalena: que tan productiva fué para él la mina de la diputacion que no volvió á acordarse mas de las minas subterráneas; y que dando siempre una significacion fatídica á su nombre, discurrió que debian haberle adulterado el apellido, pues no debia ser *Frutos de las Minas*, sino *Frutos de la Mina* en singular, y asi se firmaba.

Don Frutos llamaba la atencion en la corte por su boato; se paseaba en elegantes carretelas, y por todas partes iba diciendo: «aqui me teneis, yo soy, *Frutos de la Mina.*»

¡Oh siglo de las minas!
En busca de metales

Los avaros mortales
Horadan montes, cerros y colinas,
Creyendo que un tesoro
En cada uno han de hallar de plata y oro.

Algunos en la sierra
De Almagrera encontraron
La plata que buscaron
Guardada en las entrañas de la tierra:
Sacaron de ahí agüeros,
Y diéronse ya todos á mineros.

Hicieron mil rebuscos,
Y hallaron ¡los sencillos!
Morrillos y pedruscos,
Y mucho desahogo en los bolsillos:
Y pleitos y cuestiones,
Con item mas algunos coscorrones.

Pero hallaron un dia
Nuestros contemporáneos
Que otras minas habia
Y filones que no eran subterráneos;
No asi de mojiganga,
Sino filones de muy rica ganga.

Y los mas ilustrados
De esta época argentina,
Que eran los diputados,
Pensaron descubrir que era la mina
Mas rica y saneada
Una diputacion bien esplotada.

Nota. La historia de Don Frutos, aunque verídica, no puede citarse en el dia por modelo, porque ni todas las minas son como las que le tocaron en suerte á Don Frutos, ni todos los diputados son como Don Frutos; al contrario, ya no hay minas como las suyas, ni diputados como él. Esta es una historia *de tiempos que ya fueron*; pero es una historia *del Siglo XIX*.

UN CONTRASTE HALAGUEÑO.

PUEBLOS CIVILIZADOS Y PUEBLOS INCULTOS.

Artículo provisional.

Si viviéramos nosotros en uno de esos países todavía ignorados ó mal conocidos de la América ó de la Australia, si habitáramos en los archipiélagos septentrionales de la Occeanía, ó hiciéramos parte de cualquiera de esos pueblos que llamamos bárbaros é incultos, y nos dijeran: «allá á un estremo del mundo hay un país que llaman Europa, cuyo país es el mas civilizado de la tierra: allí los hombres se llaman conciudadanos y convecinos, porque viven como hermanos en grandes poblaciones, en casas muy altas habitadas por muchas familias, regidos por leyes muy sabias, garantidos por muchos tribunales encargados de administrar la justicia, protejidos por una fuerza pública y por una policía organizada que vela por su seguridad: no hay comodidad que no puedan gozar allí los hombres, y mas en este Siglo, en que la industria y las artes han llegado entre ellos á su mayor grado de brillo y esplendor:» si esto nos dijeran, á nosotros pobres habitantes de la Nueva Zelandia ó de cualquiera isla del Occéano equinoccial, ¿no envidiaríamos la suerte y la felicidad de los européos, y no querriamos de buena gana emigrar á este pais de bienaventuranza?

¿Pero si luego nos dijeran: «habeis de saber que en esa Europa tan ilustrada, en esos pueblos tan sábiamente regídos, en esas ciudades tan populosas, donde hay tantos códigos de leyes, y tantos tribunales, y tanta fuerza pública, y tanta policía, todo destinado á dar seguridad á los habitantes y á prevenir ó castigar los delitos si los hubiese, hay países en que estos hombres ilustrados no pueden hacer un viaje por dentro de su mismo país sin prevenirse de dos cosas, de un pasaporte para ir seguros, y de una confesion general para lo que les pueda suceder, porque no saben el dia ni la ho-

ra en que se tropezarán en un camino con una cuadrilla de conciudadanos que los saludará á trabucazos, y antes ó despues de desvalijarlos los enviará sin pasaporte á hacer otro viaje con que no contaban, y de donde no podrán volver: allí los hombres fortifican sus casas como si fuesen castillos que un ejército enemigo pensára atacar; y las defienden con porteros que vigilan á los que entran y salen, y con llaves y cerrojos, y con perros y criados, y aun así no están seguros de que á otros ciudadanos les venga en antojo hacerles una visita á deshora sin haberles ofrecido la casa, y acaso los dejen en posicion de no podérsela volver: allí, si los hombres salen de su casa, no saben si cuando regresen á ella la encontrarán como la dejaron, ó acaso hallarán la puerta franca, la doméstica en el otro mundo, y el ajuar... lo que querrían seria encontrar al menos el ajuar, pero este habrá mudado tambien de domicilio sin permiso del casero.....»

Si todavia añadieran: «en esos pueblos civilizados, cuando la necesidad obliga á los habitantes á andar en altas horas de la noche por las calles de una numerosa poblacion, ya pueden llevar el *credo* en la boca y una *garantía* de dos cañones en cada bolsillo, y gracias si el *credo* les sirve para salvarse y la *garantía* para volver vivos: allí, si un hombre va solo, aunque sea al medio dia, se espone á que se le acerque alguno á hacerle compañía por unos minutos con mas intimidad de la que quisiera, y le descargue de cualquier peso que lleve: allí, si se buscan las concurrencias, peligra todo lo portátil que los hombres lleven, saliendo ademas prensados como la uba por otros hombres para mejor sacarles el jugo: allí no escrupulizan los hombres de tomar lo ageno á la presencia de sus mismos Reyes, y ni aun delante del Santísimo Sacramento.....»

Y si ademas nos añadiesen..... ¿pero necesitaríamos que nos añadieran mas todavía? ¿No tendriamos sobrado, nosotros pobres habitantes de aquel ignorado clima, para decir: «¿y esa Europa es el pais que llamais tan civilizado? ¿y es en ese pais donde rigen leyes tan sabias y justas, y en el que gozan de tanta felicidad los hombres? No; ya no queremos vivir en él; dejadnos en nuestra inculta comarca, que mejor nos hallamos aqui sin tanta felicidad.»

Pues ahora tomémosla por la inversa, y supongamos que á nosotros, europeos y españoles por la gracia de Dios, habitantes de un pais que va marchando rápidamente en la carrera de la civilizacion, nos dicen, como nos dicen en efecto, los viajeros que vienen de allá de las islas mas septentrionales de la Occeanía, de *Sandwich* por ejemplo: «Allí la hospitalidad es la virtud predominante: entre aquellos habitantes no se ve ni un ébrio ni un mendigo: *casi nunca se oye hablar de robos*, y las escepciones son de insignificante

importancia: reina allí un profundo y arraigado sentimiento religioso: tal es la sociedad de *Honolulu* (1).»

¿Qué diriamos, nosotros españoles civilizados, si tal nos informáran de esos pueblos que tenemos por incultos y semi-salvages? ¿No envidiariamos la suerte y la felicidad de los *Sandwichenses*, y no deseariamos irnos á vivir aunque fuera á *Honolulu*?

Pues bien; esto nos dicen y nos informan nuestros diarios de esos apartados paises, precisamente en estos dias en que pasando á la *crónica de España* y á la de *la capital*, no leemos mas que una *crónica escandalosa* de ROBOS en caminos y en poblado: cada comunicacion, cada párrafo se encabeza con uno de estos epígrafes: «*Cuadrilla de ladrones en Galicia:—Gabilla de bandidos en Cataluña:—Banda de salteadores en Castilla:—Captura de ladrones en la Mancha:—Viageros robados en Andalucía.*—MADRID:—*Ayer tarde se ha ejecutado un robo:—Anoche fué robada la casa de Don Fulano:—Anteayer al salir un caballero de casa de un amigo suyo, fué asaltado por dos ladrones:—En la calle tal se ha verificado un robo.....—Robo acompañado de asesinato:—Robo con fractura:—Robo ingenioso:—Robo con circunstancias horribles*: y robos y mas robos, y todos los dias robos, y se roba en los caminos, se roba en las calles, se roba en las casas, se roba ante la magestad humana, y se roba ante la magestad divina.....

¿No valia mas vivir en *Honolulu*, bajo el dominio del Rey *Tao-Keaoli* y de los Gobernadores *Kahumanu* y *Kekunanoa*? Ya veo yo que ha hecho bien una y mil veces en quedarse por allá aquel marino español, natural de Jerez de la Frontera, llamado Marin, que diz fué arrojado por una tempestad á aquellas islas hace años, y luego se encontró bien en ellas, pues aunque le costara trabajo aprender su lengua, con aquello de *poi kanaka* (los hombres), *macapo* (ojo) *peppeiaa* (oreja) *uavai* (pié) etc. á lo menos estará seguro que allí no le han de robar las orejas y los ojos; y lo que sentiré es que haya dicho á aquellas buenas gentes que lo que ellos llaman *lelé* (robar), y que allí es una cosa rara, es tan comun en su pais natal, que aunque no sea mas que por eso se alegra de que la tempestad le arrojára allá á los 158 grados de longitud oeste. Lo que tiene es que si sabe que su pais se ha ido civilizando, creerá que en España ya no se roba, pero si por casualidad lee los diarios de una temporada á esta parte, verá que ya nos vamos enmendando. Quiera Dios que allá no lleguen, y por mi parte lo callaria para que no llegaran las noticias de tan halagüeño estado á ningun pueblo del mundo, sino fuera que nada adelanta mi paternidad con callarlo cuando tantas lenguas lo pregonan diariamente.

(1) *Español* del 10 del corriente.

Ello es, hermanos mios, que mientras en esos paises que llamamos salvages apenas se conoce el robo, en estos que llamamos civilizados, con un gobierno que nos cuesta un ojo de la cara, con unos fárragos de leyes que nos abruman, con tantos tribunales para castigar, con tanta autoridad para protejer, con tanta policía para vigilar, con tanta guardia civil para perseguir, con tanto portero, y tanta llave, y tanto cerrojo, y tanta garantía de piston, y tanta eleccion de domésticos, y tanto ojo, y tanto oido, y tanta vigilancia, y tanto sacramento de seguridad, y con un siglo ilustrado por añadidura, no puede uno moverse, ni dar un paso, ni tampoco estarse quieto, sin esponerse á que lo desvalijen, limpien y monden, en casa ó fuera de ella, de noche ó de dia, solo ó acompañado, y gracias que no le hagan á uno entregar á un tiempo el alma á Dios, el cuerpo á la tierra y la bolsa al demonio.

Aqui, si se pregunta, todos cumplen con su deber: el gobierno cumple con su deber, las autoridades cumplen con su deber, los tribunales cumplen con su deber, la policía cumple con su deber, la guardia civil cumple con su deber, y sin embargo si uno se descuida le roban hasta las pestañas para hacer pinceles, con que no sé en que consiste. Todos son buenos y mi capa no parece. Algo y aun algos hay en esta sociedad, cuando en tan halagueño estado nos encontramos. El cuerpo está enfermo, habitualmente enfermo, luego algun vicio hay en su organizacion. En estudiar y corregir este vicio pienso que debieran emplearse los legisladores mejor que en pasar meses enteros en hablar mucho y no hacer nada.

Y cuenta que lo que digo de España, lo digo de esos otros pueblos que dicen que marchan á la cabeza de la civilizacion, pues aparte de los robos en caminos en que siempre les llevamos alguna ventaja, en lo demas *plus minusve* todos corremos parejas, y no sabemos en un caso quién sacaría la mas larga, lo cual sirve siempre de algun consuelo.

Dije al principio que este era un *articulo provisional*: y en efecto no es mas que un pasa-volante inspirado por la multiplicidad de robos acaecidos en estos dias, pues no será estraño que alguna vez ponga mi paternidad en escena los diferentes grados de perfeccion que ha ido adquiriendo este género de *industria* en este que *Siglo de la industria* llamamos, á fin de dar á conocer el TEATRO SOCIAL en que vivimos, y ver si se puede moralizar siquiera un tantíco á tanta casta de *actores industriales* como en él representan y *hacen papel*.

COSTUMBRES CONYUGALES DEL SIGLO.

AMIGO. ESPOSA. ESPOSO.

Y TODOS VAN CONTENTOS Y SATISFECHOS.

LA BOLSA.

ARTICULO I.

De las Bolsas en general.

Siendo este un siglo esencialmente metalúrgico, no podia menos de ser la *Bolsa* uno de sus mas marcados distintivos y de sus mas sacramentales caracteres.

Guarde cada cual la suya, y hágale buen provecho en cualquier estado que se halle, ya esté repleta ó mediada, ya la tenga exprimida y sin jugo, que no es mi ánimo y pensamiento meterme en la *Bolsa* del prógimo, ni tomar cuentas y hacer examen del modo y manera *sancta ó non sancta* que cada quisque ha empleado para henchir la suya, ó para encontrársela cuando menos lo piensa evacuada y limpia; que esto en tal caso será materia reservada para el confesonario, donde los espera Fr. Gerundio para juzgar á cada cual, y absolverle ó condenarle en ley y en conciencia segun las trazas de que se haya valido para rellenar el bolson ó dejarle *in albis y per istam* †, que en uno y otro puede haber pecado.

Y limítase ahora mi paternidad gerundiana á examinar esa BOLSA grande, que bien puede decirse la *Bolsa de las Bolsas*; esa Bolsa magna, pozo-airon de tantas bolsas chicas, y abundante manantial de rápidos acrecimientos para tantas otras; esa gran espelunca de los Estados, ese antro de Trofonio, que llaman Lonja del comercio, donde en Madrid como en casi todas las capitales modernas y otras grandes plazas mercantiles, se juntan y reunen, se agrupan y apiñan por espacio de dos horas de cada dia no feriado, los banqueros, comerciantes, agentes de cambios, corredores, especuladores y toda la gente del tanto mas cuanto, con el objeto de tratar y contratar sobre el papel de la deuda contra el Estado, libranzas y pagarés, letras de cambio y otros efectos públicos y artículos de comercio.

Antes de meterme en la Bolsa de Madrid, forzoso le es á mi Reverencia enviar de vanguardia algunas noticias acerca de la Bolsa en general, que

si bien no serán ni nuevas ni necesarias para los Doctores y Licenciados en Bolsa, los cuales en lugar de recibir pudieran dar lecciones á un pobre religioso mendicante á quien ni siquiera bolsa propia permite la regla tener, podrán sin embargo no ser tan inútiles al público, ó al menos á una gran parte de él.

Y apuesto todavia á que hay Doctores del gremio y cláustro bursátil, aun de aquellos mismos que deben exclusivamente á la carrera la sólida ciencia de que tienen llenas sus arcas, apuesto, digo, á que los hay que no saben de dónde y por qué le viene el nombre de *Bolsa* á esa academia en que ellos han hecho sus estudios y sus talegones. Y aunque no son las noticias históricas sino los cambios que dejan ganancia los que dan la borla de oro, no obstante, como el saber no ocupa lugar, les dirémos que el nombre de *Bolsa* trae su orígen y derivacion de que los banqueros de Bruges, ciudad de Flandes, muy floreciente y rica en otro tiempo, se reunían en una plaza inmediata á una magnífica casa perteneciente á la familia de *Wander Bourse*; y de aqui la costumbre de decir: «vamos á la *Bourse*, reunirse en la *Bourse*,» ó la *Bolsa*, que ha durado hasta nuestros dias.

La institucion de la Bolsa es á no dudar de los siglos modernos; pues aunque algunos, fundados en un pasage de Tito Livio, han creido que los romanos tenian ya Bolsas como las del dia, y citan principalmente una que se erigió el año 259 de la fundacion de la ciudad, en el consulado de Appio Claudio y Publio Servilio, estos han equivocado y confundido la Bolsa material con el cuerpo moral ó gremio de mercaderes (*Collegium mercatorum*) que se creó bajo la proteccion de Mercurio, cuyo edificio servía para los sacrificios de los de aquella profesion.

El verdadero orígen de las Bolsas, aunque parezca mentira, viene de aquel adagio semi-insultante que dice: «si no tienes dinero compra una Bolsa.» Y lo voy á demostrar.

Un gobierno se encuentra necesitado y falto de recursos, ó porque las circunstancias han ocasionado gastos estraordinarios, ó por su mala administracion, que suele ser lo mas comun, ó por otra causa cualquiera: ello es que las contribuciones ó impuestos no bastan á cubrir las atenciones públicas. ¿Qué hace en este caso el pobre gobierno, ó el gobierno pobre? Lo que hace todo prógimo pobre en sus apuros particulares, pedir prestado, ó lo que es lo mismo, empeñarse y contraer una deuda. Pues bien; el capitalista ó capitalistas que prestan al gobierno por ejemplo cien millones para sus urgencias, exigen por ello un interés mas ó menos crecido ó módico segun el crédito del gobierno, el cual por su parte se obliga á pagar á sol prestamistas una renta anual de 3, 4, ó 5 por %, y les espide un papel ó

título que representa el capital y los intereses, espresados estos en lo que llaman *cupones*, y pagaderos por trimestres, semestres ó anualidades.

Pero los prestamistas no aprontarían sus capitales ni á estas ni aun á otras mas ventajosas condiciones, si no tuviesen la facultad de poderlos realizar cuando les conviniese. De aqui la necesidad de crear un mercado público en que cada rentista pueda cada dia vender y transferir sus títulos de renta y convertirlos en metálico. Este mercado es la Bolsa. Y he aquí como el gobierno que no tiene dinero se vé obligado á comprar una Bolsa, que es el orígen que pretendía demostrar.

A la creacion de la Bolsa sigue como corolario indispensable la de una Caja de Amortizacion, donde ir amortizando ó estinguiendo cada año una parte de la deuda pública, que en efecto llegaría á estinguirse si los gobiernos, al paso que pagan una mínima parte de la deuda ó no pagan nada, no se empeñasen mas cada dia emitiendo nuevos títulos y nuevas láminas con mas ó menos renta ó interés, y llenándose de trampas hasta el gollete, que es la causa de la circulacion de tantas castas de papel como se presentan en el mercado de la Bolsa, y cuyos precios, cambios y valores asi alzan ó bajan ó se mantienen segun el crédito del gobierno, segun que este es mas ó menos tramposo, segun los recursos con que cuenta, ó la religiosidad con que paga los réditos, ó segun lo que mienten ó intrigan los mismos Bolsistas, como luego mi reverencia demostrará.

Una vez creadas las Bolsas, era menester darles una organizacion y un reglamento. De aqui la institucion de los agentes de cambios para servir de intermediarios de oficio en las operaciones de efectos públicos, los corredores que median en las de giros y libranzas, el tribunal de comercio, la Junta sindical de agentes, los derechos de corretages, liquidaciones, y demas monserga que fuera largo y minucioso describir; y vamos á las operaciones, que es otra monserga, ó por mejor decir, son la monserga principal, y en la que consiste casi todo el intríngulis de la Bolsa.

Las operaciones se dividen en operaciones *al contado* y operaciones *á plazo ó fecha*. Las primeras son las menos complicadas, y las mas inocentes y sencillas. Se reducen á que un particular, viendo el cambio por ejemplo de los *treses* á 30 por 100 en la plaza, compra un millon ó dos ó veinte al contado, ó bien para cobrar las rentas del papel al vencimiento de cada semestre y sacar un determinado interés á su dinero, ó bien porque con arreglo á sus cálculos político-financieros, y á sus noticias, y al modo con que sus ojos ven el estado de las cosas, espera que el papel que en el mes de mayo está á 30 por 100 ha de subir en junio á 32 ó en julio á 34, y entonces lo vende con ganancia de un 2, ó un 4 por 100: mientras el otro

particular que le vende, y que ve las cosas con anteojo de diminucion, se goza en sus adentros con la esperanza y casi con la evidencia de que el papel que vende á 30 en mayo se ha de poner en junio á 28 ó en julio á 27, y se saborea con la ganancia del 2 ó del 3 por 100, amen de otros 6 ó 7 que habrá de embolsar cuando en octubre se ponga á 35, lo cual ve venir con tanta seguridad como al verano se sigue el otoño y al otoño el invierno.

De estos dos individuos el uno se engaña de medio á medio y se tira de las orejas, el otro acierta y se pone las botas. A quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga, y buen provecho le haga á quien le tiene puesto, que al fin y al cabo, de hombres es el errar, y ellos jugaron limpio, y de las operaciones al contado no hay nada que decir.

A veces á la operacion *al contado* se sigue inmediatamente otra *á plazo*, reducida á que un ciudadano compra al contado á 30, y á renglon seguido vende á fecha á 30 y $^3/_4$, que es lo que se llama una operacion *doble*, la mas segura de todas las operaciones, que son las que hacen los hombres *cucos*, y que se contentan con una *moderatta ganancia*, y no tienen mas riesgo ni quiebra que si el comprador á plazo le *falla*, de cuya diversion se ocupará luego mi paternidad.

Las operaciones á *plazo* se pueden dividir en tres especies; ó á *voluntad del comprador*, ó en *firme* ó á *prima*. Se dice «*á voluntad del comprador*», cuando se hace una operacion á plazo de 10, 20, 40, ó 60, dias (que es el mas largo que concede la ley en la Bolsa de Madrid, por lo que las operaciones á 60 dias se llaman *á toda fecha*), quedando el comprador facultado para pedir su papel y el vendedor obligado á entregarle en cualquier dia intermedio que el primero le reclamase. Y se llama *en firme* cuando el comprador y el vendedor quedan mutua é irrevocablemente obligados á liquidar precisamente el dia del vencimiento del plazo estipulado y no antes, por cuya razon las operaciones *en firme* se hacen siempre á un cambio algo mas bajo.

Al contrario, el cambio en las operaciones *á prima* es siempre el mas alto de todos, por lo mismo que el comprador corre menos riesgo y sabe á lo que limita su pérdida. Se hacen de la manera siguiente. Suponiendo que la renta de los treses está en el mercado á 30 por $^0/_0$, á 60 dias, se toma al mismo plazo á 31, con $^1/_2$ ó $^3/_4$ ó mas ó menos de *prima* (que en circunstancias normales suele fijarse en un $^1/_2$), en cuyo caso, si el papel baja, el tomador no está obligado á pagar mas que la *prima* estipulada; ya sabe á dónde puede llegar su pérdida, lo mismo que la baja sea de un 1 que sea de 4 ó mas. Si el cambio sube mas allá de la *prima*, eso tendrá en su favor el comprador. Estas primas hacen un gran papel en la Bolsa, y el pa-

rentesco se estrecha ó se disuelve segun el curso de los valores ó el miedo ó la confianza de los contrayentes, porque en la Bolsa hay varios *casamientos* de un género que no conoce nuestra madre la iglesia.

La mayor parte de las operaciones á plazo ó fecha suelen hacerse *al descubierto*; esto es, sin que el comprador tenga dinero, ni el vendedor tenga papel; pero el comprador fia en que subirán los cambios, y entonces venderá con ventaja ganando el importe de *las diferencias* sin desembolsar un maravedí, y el vendedor espera que bajará el crédito, y entonces comprará *al descubierto* tambien, y se embolsará *las diferencias* sin necesidad de sacar un real de su bolsillo. Esto es muy hermoso para el que gana, por que tal pueden correr los dados, y tal puede soplar la fortunilla, que un prógimo que se hallaba en *vocativo caret*, con la bolsa mas limpia que patena de cura escrupuloso, mas enjuta que la lámpara de Polentinos que nunca lucia por falta de aceite, y cuyo vacío bastaria á echar por tierra el sistema rancio de Aristóteles; que tal ciudadano á quien le cogian de medio á medio el «*bienabenturados los pobres*» de la Escritura, que estaba hecho un Job en su último periodo, y que pudiera servir de tipo para la *pobreza divinizada* del *Plutus* de Aristófanes ó del Idilio XXI de Teócrito, se vea en cuatro dias hecho un *Rico Hombre de Alcalá*, y arrastre carretela, y levante casas, y viva como un Fucar, y se encuentre de la noche á la mañana convertido en otro Midas, aparte de aquello de las orejas de asno que quiero suprimir.

Y la posibilidad de este tránsito, que es tan bonito, y tan dulce, y tan sabroso, y tan lisongero, refocilante y corroborativo, confirmada por mas de un ejemplar que se ofrece á la vista, es lo que alimenta y anima y estimula y seduce y da tentaciones de jugar á la Bolsa, y lo que mueve y produce esa cotidiana y tan divertida guerra civil entre *alzistas y bajistas*, que no le va en zaga á la de Montescos y Capulettos, ni á la de los Guelfos y Gibelinos, ni á la de los Hugonotes y Calvinistas, ni á la de los Rosas-blancas y Rosas-encarnadas, y que constituyen la parte mas dramática del Teatro de la Bolsa, y da ocasion y pié y argumento para tantas desastrosas tragedias, divertidos sainetes, curiosas escenas, animados diálogos, y peripecias de todo género.

Todavia sin embargo no llegamos á la Bolsa de Madrid, que por su tipo y caracter original se distingue de todas las otras Bolsas, y será la segunda y mas amena parte de estos artículos bursático-gerundianos. Es menester antes saber lo que pasa en las Bolsas de otros paises.

Supónese que los *alzistas* y *bajistas* de todas las Bolsas del mundo, cuando se deciden á jugar, lo hacen con la intencion y propósito, y llevan la esperanza y el convencimiento, y casi la evidencia de que van á hacer

fortuna: pero fortuna grande, elevada, loca, y en un breve, corto y sumario término. Ninguno cree que va á perder: el mas desconfiado, el que menos ilusion se hace, llegará á confesar que es *posible* una pérdida, pero *probable*.....? eso no, por mil y mil razones que con dificultad podrán fallar, pues cuando juega ya tiene él bien calculadas todas las eventualidades.

Mas como necesariamente si los unos han de ver sus esperanzas realizadas, los otros han de ver sus ilusiones fallidas, de aqui, cuando la Bolsa se pronuncia en *alza* ó en *baja*, aquel contraste tan pintoresco y ameno que ofrecen los actores de este drama; los unos con sus rostros de Pascua de Resurreccion, sus ojos vivos y bullidores, su sonrisa en los labios, y su corazon dándoles mas saltos y brincos de alegria que un cabritillo en dia de primavera: los otros con sus caras de Viernes Santo, su mirar lánguido y sombrío, su color macilento, su semblante desencajado, y su corazon reducido al tamaño de una lentejuela: que si alguno quisiese retratar al vivo á aquel Demócrito que diz era tan risueño y alegrote, no tiene sino pintar á un jugador de Bolsa que gana; y el que quisiese representar *la vera efigies* de aquel Heráclito, que diz fué mas lloron que un sauce de Babilonia, no tiene sino dar la estampa de un jugador de Bolsa que pierde: el uno es el *gaudium et lætitiam* del salmo, el otro el *afligit me inimicus*.

Entremos por un momento en la Bolsa de Londres, que es un vasto edificio consistente en tres grandes salones y otras piezas accesorias, donde se reunen diariamente mil ó mil doscientas personas que van á hacer fortuna y donde se cruzan mas intereses y se hacen mas negocios que en ninguna otra Bolsa de Europa ni de América. Dase alli á los *alzistas* el nombre de *toros* (*bulls*), y á los *bajistas* el de *osos* (*bears*): á los agentes de cambio se los llama *brokers*, á los agiotistas *jobbers*, y á los especuladores *speculators*.

A las diez en punto de la mañana el conserge mas antiguo agita una carraca llamada de Watchmann, y se abre la puerta. Una inmensa multitud se precipita en la gran casa de juego: la guerra entre *toros y osos* comienza desesperadamente, ofreciendo cada animalucho el cambio mas favorable á su especulacion. De repente circula una noticia que va á producir una alza ó baja repentina, y entonces los *toros* embisten y arremeten con toda la fuerza de sus astas; los *osos* agitan sus garras y buscan el modo de clavar sus uñas y de destrozar una presa: la guerra se encarniza, no hay transacion ni se da cuartel: el vencedor no se contenta con menos que con dejar al vencido sin aliento y sin un schellin: el vencido ve hundirse toda su fortuna en un abismo en diez minutos, y quisiera ver abierto otro abismo donde arrojarse él en el acto. La agitacion es demasiado violenta para poderla resistir mucho tiempo: es indispensable tomar un respiro, y asi

sucede. De rato en rato se suspende el juego, y entonces entra la parte mas cómica de aquel animado drama. Los formalotes ingleses se entregan al delirio, á la alegria y movimiento mas estravagantes. En aquella especie de embriaguez el uno hace saltar el sombrero de su vecino, el otro al pasar le pone por casquete en la cabeza la falda del levita, el otro le arroja bombitas de papel: todos se empujan, refriegan, manosean, soban y estriñen, y por último termina la diabólica algazara cantando todos los jugadores á coro la cancion de *God save the King*, «Dios salve al Rey», ú otra popular cancioneta, en la cual toman parte *osos y toros*, vencedores y vencidos, gananciosos y perdularios, los unos porque les sale del corazon, los otros para hacer corazon de tripas, y ocultar en cuanto pueden la procesion que les anda por dentro: y como los ingleses son tan buenos cantores, sucede que los unos rabian cantando y los otros cantan rabiando, y no hay oido humano que resistirlo pueda. Concluido lo cual, vuelve á comenzar el juego de desquite, y la guerra á muerte, y las maniobras, y las estratagemas, y los ataques, hasta que algun prógimo queda enteramente desplumado en términos de no poder pagar las *diferencias*, que llamamos aqui *sentarse*, y los ingleses llaman á este desgraciado *lame duck*, «pato cojo,» y le echan de la Bolsa.

Y puesto que sabemos ya lo que al poco mas ó menos pasa en las Bolsas de otras partes, iremos otro dia á la de Madrid, que tiene alguna cosilla que analizar.

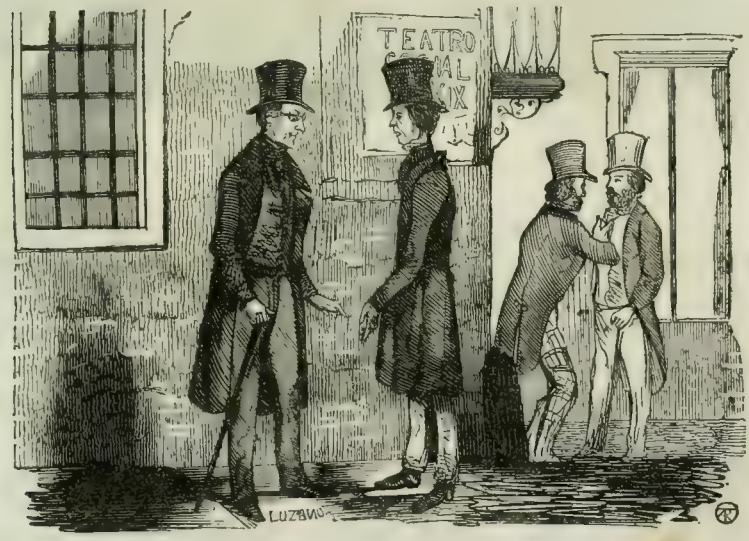
DON TADEO,

O EL FLACO Y EL GORDO.

COMEDIA EN ABREVIATURA.

ACTO I.

La escena pasa en Madrid en la década de 1835 á 1845. Decoracion de calle. El Teatro representa el encuentro de Fr. Gerundio con Don Tadeo.



ESCENA UNICA.

FR. GERUNDIO.—Está vd. muy flaco, amigo Don Tadeo.

DON TADEO.— Efectivamente, P. Fr. Gerundio. No faltan trabajillos.

ACTO II.

La escena pasa á fines del mismo año en que fué el primer encuentro. El Teatro Social representa á Don Tadeo bajando del coche.

Escena unica.

Fr. Gerundio.—¡Oh señor Don Tadeo! Amigo, no le conocía á vd. Ha engordado vd. estraordinariamente en menos de un año!

Don Tadeo.—Efectivamente, P. Fr. Gerundio: crea vd. que me fatiga ya tanta obesidad.

Fr. Gerundio.—¡Pero hombre, vd. engorda al vapor! Si no supiera cosa en contrario, diría que le habian hecho á vd. ministro.

Don Tadeo.—No señor. .... no soy mas que un mero contratista..... A casa del ministro voy ahora.

Fr. Gerundio.—Basta, basta. Que sea enhorabuena, señor Don Tadeo (*vase*).

——

ACTO III.

El Teatro representa á Don Tadeo entrando en casa del ministro. Una

porcion de españoles escuálidos se quedan estupefactos mirando á Don Tadeo, asombrados de ver aquella *monstruosidad*.....

ESCENA UNICA.

Empleados, cesantes, militares, gente del pueblo. A coro.—Ve ahí en que consiste que no podamos engordar nosotros (*cae el telon*).

ESTADISTICA REAL.

Siendo los Reyes los primeros actores del Gran Teatro Social del Mundo, como mi paternidad anunció en la *Funcion* 1.ª, creo que mis gerundianos lectores leerán con curiosidad el *cuadro estadístico y comparado* que ofrecen las cualidades distintivas de los soberanos de las diversas naciones, desde el orígen de los imperios hasta el fin del siglo XVIII, respetando por ahora á los del Siglo XIX en que vivimos.

Este interesante y curioso cuadro es debido al erudito *Mr. Sainte-Fare-Bontemps*, que con incansable laboriosidad y prolijo estudio ha ido recogiendo y anotando las noticias y datos mas auténticos que suministran los historiadores de diferentes siglos, hasta el punto de poder calificar á cada monarca concienzudamente segun sus obras y las buenas ó malas cualidades que en su gobierno desplegára, y de informarnos del término desastroso ó felíz que cada uno tuvo.

Los países cuyos reinados examina son 64, que pondremos por el órden alfabético siguiente.

Alba.	Hunos y Hungria.	Parthos.
Alemania.	Imperio de Oriente.	Pérgamo.
Aragon.	Imperio Latino.	Persia.
Argos.	Inglaterra.	Polonia.
Asiria.	Israel.	Ponto.
Asturias.	Italia.	Portugal.
Atenas.	Jerusalen.	Provenza.
Babilonia.	Judá.	Prusia.
Bitinia.	Judíos.	Roma.
Bohemia.	Lacedemonia.	Saboya.
Borgoña.	Latium.	Siria.
Bósforo.	Leon.	Suecia.
Califas.	Lombardía.	Suevos.
Castilla.	Lorena.	Sycion.
China.	Macedonia.	Tebaida.
Dinamarca.	Medos.	Tebas.

Egipto.	Micenas.	Tiro.
Escocia.	Moscovia.	Troya.
España.	Nápoles y Sicilia.	Turquía.
Francia.	Navarra.	Vándalos y Visigodos
Hebreos.	Papas.	

Los soberanos que han reinado en estos 64 paises desde el origen de los imperios hasta fines del siglo XVIII componen un total de 2,542.

Las diversas cualidades de estos soberanos arrojan las 35 indicaciones siguientes:

1.—De los 2,542 han *abdicado*.	64.	1 por 40
2.—Han sido *asesinados*.	151.	1 por 17
3.—*Asesinos*.	65.	1 por 39
4.—*Avaros*.	18.	1 por 141
5.—*Benéficos*.	121.	1 por 21
6.—*Conquistadores*.	32.	1 por 79
7.—*Crueles*.	144.	1 por 18
8.—*Desgraciados*.	28.	1 por 91
9.—*Destronados*.	290.	1 por 9
10.—*Envenenadores*.	8.	1 por 318
11.—*Envenenados*.	62.	1 por 41
12.—*Eruditos*.	46.	1 por 55
13.—*Fatuos ó insensatos*.	11.	1 por 231
14.—*Felices*.	6.	1 por 424
15.—*Filósofos*.	17.	1 por 149
16.—*Grandes*.	38.	1 por 67
17.—*Guerreros*.	591.	1 por 4
18.—*Hereges*.	19.	1 por 134
19.—*Justos*.	84.	1 por 30
20.—*Legisladores*.	40.	1 por 64
21.—*Malvados*.	47.	1 por 54
22.—*Mártires*.	25.	1 por 182
23.—*Muertos en combate*.	105.	1 por 24
24.—*Prisioneros*.	123.	1 por 21
25.—*Prudentes*.	88.	1 por 29
26.—*Que no han hecho nada*, ó sea *holgazanes y desidiosos*.	102.	1 por 25
27.—*Relajados ó desmoralizados*.	79.	1 por 32
28.—*Sentenciados ó condenados á muerte*.	108.	1 por 21

29.—*Sin vicios ni virtudes*.	253.	1 por	10
30.—*Sin datos suficientes para juzgarlos*.	502.	1 por	5
31.—*Suicidas*.	20.	1 por	127
32.—*Supersticiosos*.	17.	1 por	160
33.—*Tiranos en toda su estension*. . . .	8.	1 por	318
34.—*Usurpadores*.	75.	1 por	34
35.—*Vueltos á llamar al trono*.	58.	1 por	44

Reasumiendo y estractando de la estadística de *M. Sainte-Fare-Bontemps* el número de reyes que han sido desgraciados ó felices, resulta, de los 2,542:

Que han sido *destronados*.	290
Que han *abdicado*.	64
Que se han *suicidado*.	20
Que han sido *fátuos* ó se han vuelto *locos*.	11
Que han *muerto combatiendo*.	105
Que han sido hechos *prisioneros*.	123
Que han sido *martirizados*.	25
Asesinados.	151
Envenenados.	62
Condenados á muerte.	108
Total de desgraciados.	959

En contraste y oposicion á esta cifra, la historia dá el nombre de verdaderamente felices á 6, que señala el autor con sus nombres por el órden siguiente:

1—en Portugal: *Juan de Braganza.*
1—en Castilla: *Isabel la Católica.*
1—en Persia: *Hormisdas II.*
2—en Inglaterra: *Egberto y Eduardo III.*
1—en Francia: *Cárlos VII.*

En vista de este cuadro, cada hermano formará su juicio del papel que han representado en el Gran Teatro Social del Mundo esos primeros actores que llamamos Reyes. Y sin embargo los hombres se matan todavía por llegar á serlo. Bien que en el Teatro Social del Siglo XIX los reyes ya son otra cosa, como se demostraría en un caso en otra *funcion*.

¿SE PUEDE CONOCER A LOS HOMBRES POR LA CARA?

DECORACION PRIMERA.

Las fisonomías en general.

Asistió en efecto TIRABEQUE á varias esplicaciones frenológicas del hermano *Cubí*, de las cuales si bien no ha sacado todo el aprovechamiento que él mismo y yo hubiéramos deseado, lo cual debe haber consistido, como él dice y confiesa, en su falta de costumbre de oir lecciones científicas, se le despertó admirablemente la curiosidad sobre algunos de los puntos que ellas abrazan, y uno de ellos es el de conocer el caracter, disposiciones y cualidades morales de los hombres por las fisonomías.

«Señor, me dijo una de las noches de vuelta de su clase, si es cierto que se puede conocer por el rostro de la cara lo que siente y piensa cada hombre, y cómo es cada uno, y lo que le está pasando allá dentro, mucho tendríamos adelantado para nuestro *Teatro Social*, puesto que lo que nosotros nos proponemos, segun vd. ha dicho, es conocer y hacer conocer á los hombres como son y no como parecen.

—Estraño mucho, PELEGRIN, le dije, que te hayas fijado precisamente en esta parte de la ciencia que enseña el Señor *Cubí*, y no en la parte propiamente frenológica, ó sea en la Fisiología del cerebro, pues á mí me parece mas importante y trascendental esto de conocer y descubrir las facultades del alma y las pasiones y tendencias que dominan en cada hombre por medio del examen de los órganos cerebrales, y del reconocimiento de las protuberancias que su desarrollo produce en el craneo ó superficie esterna de la cabeza.

—Todo eso es cierto, mi amo, y por ahí tambien se puede conocer á los hombres, segun esplica el Señor *Cubí*; pero como no es facil que ellos se presten á dejarse palpar y manosear la mollera cuando uno quiera averiguar si son ladrones, ó pendencieros, ó caritativos, ó enamorados, ó ambiciosos, de ahí es que me parece á mí mas facil y menos espuesto mirarlos

á la cara que ponerse á palparles los bultos de la cabeza, porque pudiera bien suceder que al ir á ponerles la mano se encontrára uno con la suya puesta, y no muy blandamente, en donde mas lo pudiera sentir.

—¿Y tú no te has dejado reconocer el cráneo? Porque creo yo que por ahí has debido principiar á esperimentar la esactitud de la ciencia frenológica y las observaciones del célebre profesor.

—No señor, yo he querido aprender en cabeza agena.

—Ya te entiendo, socarron y bellaco que tú eres. Tú has temido que el hermano *Cubí* descubriera en tu cráneo los órganos que debes tener eminentemente desarrollados, que son el de la marrullería y el de la maliciosidad, si bien deben tener por vecino el de la simplicidad, aunque menos pronunciado, y dominado por los otros.

—Señor, esos órganos que vd. dice no deben existir, porque no he oido al hermano *Cubí* hablar de ellos, ni mentarlos siquiera. Y así dejando aparte eso de los órganos y de los bultos, desearía que vd. me dijera si es cierto que se puede conocer á los hombres con solo reparar bien el semblante de la cara de cada uno, porque en ese caso yo me dedicaré á mirarlos con atencion, y sabré de qué pié cojea cada cual, que tengo para mí que es lo que hay que saber en este mundo.

—¿Pero tú no asistes á las lecciones del Señor *Cubí*? ¿Ni qué pudiera enseñarte yo, estraño como soy á la ciencia frenológica, que no puedas aprender mil veces mejor de un profesor tan acreditado y entendido?

—Si señor, pero es el caso que yo no comprendo muchos de los téminos y voces con que él lo esplica; y como vd. y yo ya nos entendemos, paréceme que si vd. quisiera darme algunas lecciones, con los principios que ya tengo podría llegar á aprender algo.

—Pues bien, Pelegrin; una vez que es empeño tuyo, te hablaré del arte de conocer á los hombres por las fisonomías (que el señor *Cubí* llama ya *ciencia* no con la profundidad de conocimientos de este ilustre profesor, pero en cambio tambien te daré algunas noticias curiosas acerca de fisonomías, que no he visto que haya tocado el erudito frenólogo, acaso por ser mas propias de nuestro Teatro Social que de un curso de Frenologia.

El estudio de las fisonomías, Pelegrin, debe ser tan antiguo como el mundo, por que nada mas natural que la inclinacion á adivinar por el semblante los sentimientos ó afecciones del alma, y Abel debió haber conocido en el rostro de Caín las malas intenciones que abrigaba hácia su persona

(*La continuacion en la funcion siguiente.*)

cuando le acometió con aquella arma tan innoble, á no ser que no le viera por estar durmiendo, que esto no nos lo esplica la Sagrada escritura, y diré de paso que Caín debió tener muy desarrollado el órgano de la *acometividad.*

Y en efecto, PELEGRIN, estando el rostro tan vecino del cerebro, al cual podemos llamar la ciudadela del alma, y siendo el cerebro el que preside á los movimientos animales y á los voluntarios, naturalmente el rostro es el punto en que se retratan todas las sensaciones vitales y en que mas se desarrollan y manifiestan las afecciones del espíritu. Por eso se dice que el rostro es el espejo del alma. Un hombre con el semblante cubierto es un cuerpo decapitado. Por su musculatura se podrá conocer su fuerza física, pero las cualidades morales é intelectuales es imposible conocerlas ni aun congeturarlas.

Ademas ¿quién no distingue por la simple inspeccion de la fisonomía al hombre alegre y jovial del de caracter melancólico y sombrío, al altivo y jactancioso del humilde y modesto, al amable y dulce del áspero y feroz, á la muger sencilla y tierna de la descocada y varoníl? Lo primero que todos hacemos cuando se nos presenta un sugeto desconocido es mirarle al rostro para ver si podemos adivinar su caracter. Los niños intentan leer en las fisonomías de sus padres ó superiores si están contentos ó enfadados; y hasta los perros procuran conocer en el semblante de sus amos si es un halago ó una paliza lo que les aguarda. ¡Tan natural es, PELEGRIN, el estudio de las fisonomías!

—Señor, hasta ahí sé yo ya.

—Déjame proseguir, hombre, no seas tan súbito.

Pues bien; este estudio ha podido y puede perfeccionarse con el auxilio de los conocimientos anatómicos y fisiológicos, y esto es lo que han procurado conseguir una porcion de hombres distinguidos, llegando á reducir á reglas, que ellos tienen por ciertas y seguras, la ciencia fisionómica. Y de aqui las obras de fisiología, fisiognomía y frenología, de Gall, de Porta, de Lavater, de Broussais, de Spurzheim, y otros, siendo la mas notable en mi concepto para nuestro propósito el *Arte de conocer á los hombres por la fisonomia* que escribió el célebre Lavater, y publicó en Paris Prudhomme, precedida de una noticia histórica sobre el autor, y con las opiniones de Gall, Porta, La-Chambre, Cooper y otros fisiólogos.

Este *Lavater*, PELEGRIN, se propuso conocer por la configuracion y las facciones del rostro no solo el carácter y las inclinaciones de los hombres y las cualidades de su alma, sino tambien su porvenir dichoso ó desgraciado.

—Pues con conocer todo eso me contento yo tambien, señor.

—No es cosa mayor lo que pides, PELEGRIN. Pero allá irémos llegando.

Y en cuanto Lavater, llegó á hacerse tan célebre y á adquirir tanta fama y nombradía, que de todas partes acudian á consultarle como un oráculo, y cuéntanse de él muchas y muy curiosas anécdotas. Te referiré algunas.

Habiase presentado un dia en la tertulia de Lavater un caballero aleman, y despues que salió exclamaron algunas señoras: «¡ciertamente que tiene este hombre una fisonomía agraciada y feliz! ¿No teneis nada que pronosticarle, señor Lavater?—Mucho siento decirlo, respondio el fisiólogo, pero he observado en este hombre ciertos lineamentos que anuncian un carácter arrebatado, y témome que acabe desgraciadamente.»

Y á los tres meses de esto, el caballero aleman, por una mala respuesta que le dio un postillon, le levantó la tapa de los sesos, y él fué luego preso y ahorcado.

Otra vez se presentó en su casa el famoso Mirabeau, y de buenas á primeras con aire burlon y en tono de rechifla:—«Vamos á ver, señor hechicero (le dijo), yo he hecho este viage espresamente para saber qué pensais de mi fisonomía. Miradme bien; soy el Conde de Mirabeau. Si no adivinais la verdad, diré que sois un charlatan de á folio.

—Vuestra conducta, caballero, le respondió Lavater, es muy inconsiderada: yo no soy un nigromántico.»

Insistió Mirabeau, y entonces Lavater le dijo: «vuestra fisonomía anuncia que habeis nacido con todos los vicios, y que no habeis hecho nada por reprimirlos.

—A fé mia que habeis acertado, respondió Mirabeau.» Y salió de allí un poco desconcertado y no nada contento.

Pero aun es mas prodigioso el hecho siguiente. Una señora fué á consultar á Lavater sobre la suerte de una hija á quien amaba mucho. Lavater la mira, la observa, y rehusa esplicarse. Pero cediendo á las instancias de la madre, le ofrece una carta. La escribe en efecto, la cierra, se la dá, y solo le pone por condicion que no la abra hasta pasado medio año. Con esto se retiraron las dos señoras..... A los cinco meses la madre tuvo el dolor de ver morir á su hija. Entonces abrió la carta de Lavater, la cual decia: «Señora, cuando abráis esta carta lloraré con vos la pérdida que habreis tenido. La fisonomía de vuestra hija es una de las mas perfectas que he visto jamás, pero he notado ciertos rasgos que anuncian que morirá dentro de los seis meses contados desde el dia en que he tenido la satisfaccion de recibiros.»

—Señor, ese hombre era mas brujo todavia que Cubí, ó debia tener

pacto con el diablo; y eso, eso es lo que yo queria llegar á saber: porque conocer á un hombre por la cara, verbigracia que es bruto, ó que es mal intencionado, eso lo hace cualquiera: pero conocer y saber por la notomía del rostro lo que pasa allá interiormente en el interior de cada quisquis, y lo que piensa hacer, y lo que ha de obrar, y de lo que ha de morir, y cuándo y de qué manera, en eso es en lo que veo yo el busílis, mi amo.

—Pues de lo uno se va á lo otro, PELEGRIN. Y en cuanto á las anécdotas de Lavater, téngolas, y muchos las tienen conmigo por exageradas. Mas en cuanto á la ciencia fisionómica, ó arte de conocer á los hombres por las fisonomías, mucho se ha adelantado y aun puede adelantarse; si bien por otra parte creo que hay tambien muchas cuestiones que nadie ha acertado todavia á resolver, y que permanecen y acaso permanecerán envueltas en la oscuridad del misterio.

—Señor, yo quisiera saber asi por lo líso y lo llano si es cosa que podemos conocer á los hombres por el simple carís ó no, porque esto es lo que conviene para vivir en el mundo.

—De todo podrá haber, PELEGRIN. Y puesto que tan curioso te muestras sobre este particular, que en efecto es de mucha cuenta para el gobierno de la vida, y de gran trascendencia en la moral y en las costumbres, y por lo tanto de no pequeño interés para nuestro TEATRO SOCIAL, iremos por partes, y distinguirémos primeramente en cada hombre dos especies de fisonomías.

—¡Cómo, mi amo! ¡dos caras en cada hombre!

—Sí, PELEGRIN; una la fisonomía *natural*; y otra la fisonomía *cómica*, teatral, ó estudiada.

—Señor, eso no nos lo ha enseñando el hermano Cubí, ó si lo ha enseñado, yo no se lo he oido.

—Por eso te dije que esperaba darte algunas noticias curiosas sobre fisonomías que probablemente no habria tocado el ilustre frenologista en sus lecciones.

DECORACION SEGUNDA.

Fisonomía natural del hombre.

Ante todo, Pelegrin amigo, admirémos y reverenciemos la omnipotencia y sabiduría infinita de Dios en esa prodigiosa variedad que ha sabido y querido imprimir en los rostros de las humanas criaturas, pues bien se necesita ser todopoderoso para que en un tan pequeño espacio como es el que ocupa el rostro del hombre, y siendo pocas y contadas las facciones é iguales en número en todos los individuos, haya podido establecer sin embargo tan variadas y perceptibles formas y diferencias, que todos los hombres desde la creacion del mundo hasta la consumacion de los siglos hayan de distinguirse por los semblantes, sin que se pueda decir que haya existido ni exista uno solo enteramente igual á otro, aunque en el conjunto se asemejen y parezcan. Verdadero prodigio y milagro que tenemos cada dia á la vista, y que bastaria por sí solo, aun cuando otros no hubiera, para probarnos la existencia de un Criador Supremo, infinitamente sábio y poderoso, de un Dios.

—Así es la verdad, mi amo, que cada hombre tiene su cara propia y distinta de las demas: y esto me da á mí á entender que el estudio de las fisonomías debe ser muy largo y muy pesado, porque si hay que ir estudiando la cara de cada prógimo en particular.....

—Hay sin embargo, Pelegrin, rasgos y lineamentos comunes que indican y marcan cualidades comunes tambien, y que revelan al simple aspecto ciertas y determinadas tendencias y propiedades. Por eso todos somos naturalmente fisonomistas, en mas ó menos grado; y por eso aun los mismos que no creen en las señales fisionómicas dicen muy comunmente: «este hombre tiene cara de pícaro: aquel otro tiene cara de hombre de bien.»

Mas todos estos juicios se fundan en la *fisonomía natural*; esto es, en la particular espresion del rostro de cada uno que resulta del conjunto de sus facciones y lineamentos y de su estructura y configuracion en su natural estado, y cuando no se le violenta, ni él finge, ni hace estudio de aparentar otra cosa de lo que es.

Así, por ejemplo, creo que facilmente podrias tú mismo calificar á un

hombre de la adjunta fisonomía. ¿Qué cualidad dominante crees descubrir en él?

—Señor, tonto será el que no conozca desde una legua que ese hombre o es de capirote y por todos sus cuatro costados; y líbreme Dios de todo el que tenga semejante cariterio. Aunque por otra parte, mi amo, ocúrreseme una dificultad; y es que no debe ser tan fácil como parece el conocer á los tontos por la cara, por que si es cierto, como dice el refran, que todos los que parecen tontos lo son, y ademas la mitad de los que no lo parecen..

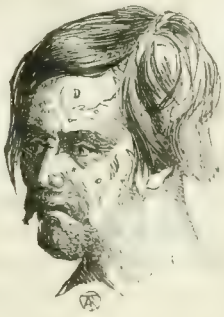
—Esa, Pelegrin, es una hipérbole con que se quiere dar á entender que el número de los necios es muy grande, lo cual algo debe tener de cierto cuando el sabio nos ha dicho: *stultorum infinitus est numerus.*

Y volviendo á las fisonomías, pienso que entre esa y esta otra encontrarás alguna diferencia.

—Y tanta como encuentro, señor. Juraría que este hombre era agudo y perspicaz como un diablo.

—Ya lo creo: como que es el retrato del mismo Lavater. Y por estas solas muestras comprenderás lo facil que es distinguir el rostro y cabeza de un hombre ignorante y obtuso del de un hombre de talento é ingenio como Lavater. Y si has reparado las fisonomías de Cervantes, de Ercilla, de Garcilaso, y otros españoles distinguidos en la república de las letras, habrás observado que en sus semblantes se deja entrever facilmente el tipo de los hombres de talento.

Y de este otro ¿qué pensarias tú?



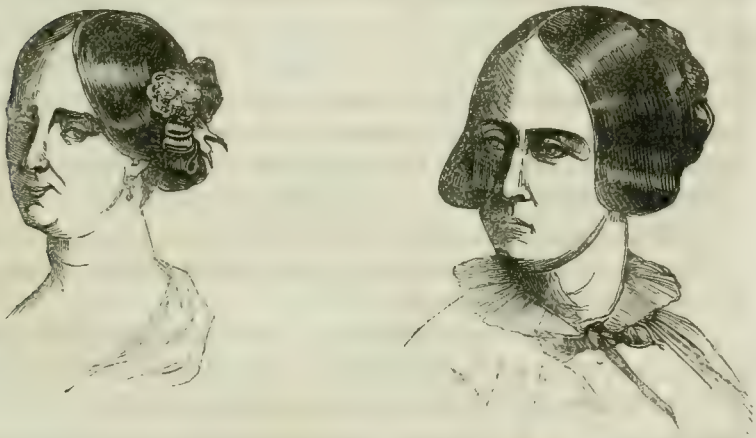
—Señor, me guardaria bien de ponerme á disputar con ese prógimo, porque tiene trazas de subírsele luego la pimienta á las narices; y aun tengo para mí que si le encontrára en un camino le había de alargar la bolsa antes que la pidiera.

—No me vas pareciendo mal fisonomista. Y ahora ya creo que penetrarías sin dificultad la pasion que domina á este ciudadano.

—Paréceme, mi amo Fr. Gerundio, que á este mortal mas debe agradarle una onza que un ochentin, y que si en todas partes está Dios, para él estará principalmente en la hucha, y que el avariento donde tiene el tesoro tiene el entendimiento, y que es lástima que no le heredára yo las mohosas para que les fuera dando el aire libre.

—Véo, Pelegrin, que estás mas adelantado en la ciencia fisionómica de lo que yo creia. Y una vez que tan conocedor te muestras en lo tocante á rostros masculinos, quiero ver si andas igualmente acertado con los del bello sexo, en los cuales es de suponer que hayas hecho menos estudio.

¿Qué conjeturarias tú de cada una de las personas que representan esos dos semblantes?



—Señor, de las dos hermanas que representan esos dos rostros, á juzgar por el cariterio..... quedariame con la de la izquierda, y dejaria á vd. la de la derecha, y eso que ambas tienen su porqué.

—¡Bribon!

—Señor, si me engaño, que no valga; pero yo he estado siempre por las tiernas y sencillitas, y así mantecosas y sentimentales como muestra ser la de la izquierda; y á vd. creo que le gustarán mas las que son un poco desdeñosas y desabridas. Pero repito que si me he equivocado.....

—Lo que te sobra es acierto, bellaco y truhan que tú eres: nunca tanto

tuvieras; que por mi Padre San Francisco si no eres ya mas fisonomista de lo que le está bien á un simple lego.

Pero al fin esto te convencerá de que la fisonomía suele ser y es muchas veces el reflejo de los sentimientos ó pasiones del alma, y esto es lo que ha dado origen á la ciencia fisionómica, ó arte de conocer á los hombres por los semblantes. Mas tambien las fisonomías engañan con frecuencia, PELEGRIN, y he aqui la dificultad, y lo que ha suscitado las dudas, problemas, cuestiones, impugnaciones y debates sobre la Fisiologia y Fisionomia, como al principio te dije.

¿Quién duda que á veces bajo un semblante al parecer dulce y apacible se oculta un alma negra y viperína, así como tambien un rostro ingrato y adusto encubre muchas veces un alma elevada y noble? Nada tenian de feos Neron y Don Pedro el Cruel, y sin embargo ya sabes cómo las gastaban los dos amigos. Por el contrario Aristóteles y Carlos III no tuvieron nada de hermosos, y por eso no dejaron de ser el uno un gran filósofo y el otro un gran rey. La muger de mas interesante y dulce fisonomía y de mas amable trato en sociedad que hubo en el siglo de Luis XIV, Madame Brimbilliers, fué la muger mas diabólica que se ha conocido; ella envenenó á su padre y á sus hermanos, ella emponzoñó mas de cinco veces á su marido, é hizo otra porcion de lindezas á este tenor. Feo como un trueno era Agesilao, y ademas raquítico, y hasta cojo (no es alusion, PELEGRIN), y pocos hombres habrán tenido un alma tan grande como la suya. Por tu mismo estilo era Esopo, y así de tu misma facha y estructura, y nadie ignora que fué mozo de genio y de imaginacion.

—Señor, esa ya es mas directa, y cada uno es como Dios le ha dado licencia para ser, y mírese cada cual al espejo y verá la notomía que tiene.

—Tú has creido, Pelegrin, que yo lo decia por burlarme de tu corporal organizacion, y es tan al revés, que con ello he querido significar que bajo un PELEGRIN mal conformado de cuerpo se encuentra un TIRABEQUE muy travieso de espíritu, y que tú mismo eres un ejemplo, como lo era Esopo, de la liviandad de los fundamentos de la fisionomía. Pues aunque tus proporciones corpóreas no sean las mas regulares, tienes un ángulo facial bastante abierto.

—¿Qué es lo que vd. dice que tengo abierto, señor?

—El ángulo facial.

—¿Y qué parte del cuerpo es esa, si se puede saber?

—Por lo que veo, Pelegrin, no tienes la menor noticia de la doctrina del ángulo facial, y convendrá mucho que la tengas, porque ella te servirá para conocer á la simple vista el mas ó menos talento de que está dotado cada

hombre. Ya ves si esto es útil para el objeto que nos proponemos nosotros.

—A ver, áver, mi amo, esplíquese vd., que eso debe ser cosa muy buena.

—La doctrina del ángulo facial, PELEGRIN, está fundada sobre las observaciones siguientes: De entre todos los animales criados el hombre es el mas inteligente, el inteligente por escelencia. Es cosa igualmente sabida que el hombre tiene proporcionalmente mas volúmen de cerebro que ningun otro animal. De lo que se infiere que la inteligencia, ó *intelecto* como le habrás oido nombrar al hermano *Cubí*, está en razon directa de la masa y calidad del cerebro, asi entre las diversas especies de animales como entre los individuos de la especie humana, *cœteris páribus*. Luego para conocer la disposicion intelectual de cada hombre, no hay mas que graduar la masa y volúmen de cerebro que cada uno tiene.

—Señor, eso es imposible á no romperle á uno la testa, porque si el celebro está metido dentro del cránio de la cabeza, ¿quién es el guapo que sabe lo que cada quisque tiene allá dentro?

—Pues eso es, PELEGRIN, cabalmente lo que se logra por el sistema del ángulo facial. Tú ya sabes lo que es ángulo recto, ángulo obtuso y ángulo agudo.

Ahora bien: supon tú una cabeza humana cualquiera. Tira con tu imaginacion una línea recta desde la frente á la raiz de los dientes superiores: tira luego otra desde este punto al hueso occipital: cuanto mas abierto sea el ángulo que resulta, cuanto mas se acerque al ángulo recto, mas inteligencia, mas nobleza tendrá el hombre: cuanto mas cerrado, cuanto mas estrecho sea el ángulo, menos inteligente será. ¿Comprendes?

—Señor, por fuerza el ángulo mio debe ser muy obtuso, porque le confieso á vd. que no entiendo mas que una cosita asi como lo negro de una uña recien cortada.

—Obtuso y abierto quisiera yo que fuese, PELEGRIN, no que agudo y cerrado. Pero tú irás entendiendo. Pongamos el ejemplo en los animales.

Cuanto mas retirado y aplanado tiene un animal el cerebro, y cuanto mas salientes tiene las mandíbulas, tanto mas estúpido es el animal; asi sucede con el cerdo, con los pescados, y con muchas aves. El ángulo facial de estos animales es sumamente estrecho, casi cerrado, é indica que ellos ponen el apetito mucho mas adelante que el pensamiento. De consiguiente cuanto mas se acerca la configuracion del rostro y cabeza de un hombre á la de dichos animales, mas se acerca tambien á su estupidez, mas agudo es su ángulo facial: cuanto menos se parece, mas abierto es su ángulo, mas inteligencia tiene.

Adjuntas son esas dos cabezas, una de negro, y otra de un européo ó blanco. ¿Cuál de ellas te parece que tendrá mas entendimiento?

—Ninguna, señor, porque ambas son pintadas.

—Eso no pasa de ser una cuchufleta, PELEGRIN; y no es asunto para tratado de burlas. Quiero que me digas, en el supuesto que esas cabezas fuesen vivientes y animadas, en cuál de ellas creerías hallar mas intelecto.

—Señor, paréceme que en la del blanco.

—¡Qué duda tiene, hombre! Pues bien, eso consiste en la diferencia respectiva de su ángulo facial, y en lo mas aplastada y parecida á las de los animales que es la del negro, como que el ángulo facial de un negro suele ser comunmente de unos 70 grados, que es lo que se llama cerrado de mollera, mientras el de un blanco regular es por término medio de 80 á 85.

Pues ahora bien: ¿querrías tú creer que la cabeza de un hombre pudiera irse convirtiendo poco á poco, por ejemplo, en cabeza de perro, segun que fuera estrechando su ángulo, y que una cabeza de perro, segun que el ángulo facial se abriera, llegára á convertirse en cabeza de hombre, de forma y manera que un perro pudiera trasformarse en un hombre respetable, como verbigracia un ministro, que es lo mas respetable que puede haber, cuando no lo es un mozalvete casquivano?

—Señor, puntos son estos que no deben tratarse de burlas, segun vd. me ha dicho, y burla y no otra cosa puede ser esa transformacion de que vd. habla.

—¡Cómo burla! Ahora verás por tus mismos ojos como no es sino una

metamórfosis muy formal, debida á las observaciones y descubrimientos del famoso Grandville.

—Y tiene vd. razon, m amo, esclamó aquí Tirabeque riendo como un tonto. ¿Sabe vd. que ahora ya creo que un perro puede llegar á ser hasta ministro, ó que un ministro puede convertirse en perro?

—Todo consiste, Pelegrin, en que se vaya estrechando su ángulo facial, que toda esta trascendencia tiene la doctrina y sistema del doctor Camper.

—Y diga vd., mi amo, aunque vd. perdone: ¿Cómo será el ángulo facial del Conde de Trápani? ¿Será obtuso, ó será cerrado? Porque tengo para mí que agudo no ha de ser de manera alguna.

—No lo sé, Pelegrin, porque no le he visto, ni aun en retrato, y de consiguiente no he podido medírsele ni calcularle. Pero de todos modos es

bien inoportuna tu pregunta, ahora que estamos tratando de la gradacion de hombres á animales.

—Por esa parte tiene vd. razon, mi amo, que por lo demas para medir los puntos que pueden calzar los ángulos de los príncipes tengo para mí que no es necesario verlos ni que parezcan, sino que desde lejos y por noticias se conocen y saben. Y ahora siga vd. su esplicacion.

—Pues bien, una vez que esto ya te parece posible, convencido por los ejemplos prácticos, tampoco tendrás por imposible que una rana, por ejemplo, ó sea su cabeza, que es ciertamente de las mas aplastadas, y de consiguiente de las mas estúpidas, se pueda convertir en cabeza y rostro de una muger hermosa, y al contrario una muger hermosa se pueda volver rana, segun que vaya cerrando ó abriendo su ángulo facial.

—¡Vaya unas cosas raras que me enseña vd. hoy, mi amo!

—Pues todas tienen relacion con la Frenología y la Fisionomía que tú has querido aprender, y con el conocimiento que buscas de la parte intelectual del hombre por su semblante.

Y en cuanto á la rana-muger, verás con qué facilidad se hace la conversion

Y lo propio y con la propia facilidad se podria verificar vice-versa. Asi el hombre puede ir descendiendo gradualmente hasta el bruto, y el bruto elevándose por grados hasta el hombre: y lo que sucede con el hombre sucede del mismo modo con la muger.

(*Continuará en otra funcion.*)

LA CIVILIZACION.

CONFERENCIA CUARTA.

Presente y porvenir del mundo.

En la *conferencia tercera* habia quedado el amigo Don Magin, en el uso de la palabra, y ofrecidonos hablar sobre el porvenir del mundo; ofrecimiento que tenia á Tirabeque rebentando de curiosidad, no ocurriéndosele á él que el mundo pudiera tener otro porvenir que el de acabar por fuego, segun testimonios que le merecen entera fé.

Asi fué que al dia siguiente, atento yo Fr. Gerundio, y hecho todo ojos y oidos mi lego, tomó Don Magin la palabra y dijo:

—«Señores, cada siglo recibe su denominacion de aquello que en él principalmente domina. Y no me parece mal la nomenclatura con que un ingenio moderno distingue á cada uno de los 19 que llevamos desde la venida de Dios al mundo, llamando al 1.° el siglo *de la redencion*; al 2.° el siglo *de los santos*; al 3.° el siglo *de los mártires y de los anacoretas*; al 4.° el siglo *de los padres de la iglesia*; al 5.° el siglo *de los bárbaros del norte*; al 6.° el siglo *de la jurisprudencia*; al 7.° el siglo *del mahometismo*; al 8.° el siglo *de los sarracenos*; al 9.° el siglo *de los normandos*; al 10 el siglo *de la ignorancia*; al 11 el siglo *de las cruzadas*; al 12 el siglo *de los frailes*, ó de las *órdenes religiosas*; (Tirabeque bajó la cabeza, como diciendo: «servidores de vd.») al 13 el siglo *de los turcos*; al 14 el siglo *de la artillería*; al 15 el siglo *de las modas*; al 16 el siglo *de las bellas letras*; al 17 el siglo *de los ingenieros y de la marina*; al 18 el siglo *del despertamiento de los pueblos*; y al 19 en que nosotros contribuimos á poblar este valle de lágrimas, dice que debiera llamarle el siglo *de la industria*: pero quiera Dios, añade, que pueda *recobrar* pronto esta bella denominacion, y *no conservar* la que podrá un dia avergonzarle ó deshonrarle llamándole el siglo *del agiotage* y de la *corrupcion venal*.

«En cuanto al *agiotage*, cuenta será de mi amigo Fr. Gerundio, que veo ha emprendido ahora sus artículos de Bolsa, analizar hasta qué punto le

convenga; y en cuanto á la *corrupcion venal*, podrá correr de cargo del hermano Tirabeque. Por mi parte me contento por hoy con llamarle el siglo *de la industria*, y en este sentido voy á considerar *el porvenir del mundo*, que aunque la cuestion es de futuro contingente y no parece fácil de resolver, la libertad congetural es el artículo primero de la Constitucion intelectual del hombre, que ningun congreso del mundo puede reformar ni menos suprimir.

«Observemos el progreso industrial del Siglo XIX. ¡Con qué rapidez camina! En todas partes la mecánica va reemplazando el trabajo del hombre y de sus auxiliares las bestias. Antiguamente, por egemplo, se caminaba á caballo, ó se viajaba en pesados carros ó galeras. La industria avanzó un paso mas, y se inventaron las diligencias; pero quedaron sin oficio una porcion de hombres y de caballos. Llegó el vapor y dijo: «fuera esas pesadas máquinas, y esos caballos, y esos hombres, que es vergonzoso que se haya de emplear tanto tiempo en andar una miserable jornada. Y se inventaron los ferro-carriles, y se dió el cetro de los caminos al señor Vapor.

Pero este Monarca fundó su imperio sobre la cesantía de otra mayor porcion de hombres y de caballos. Sin embargo el imperio del nuevo monarca fué aclamado con universal regocijo; lo primero por las ventajas de la celeridad, y lo segundo porque la generalidad de los hombres no eran empresarios de diligencias, ni arrieros, ni carromateros, ni mayorales.

Entronizóse pues el Rey Vapor. Se empezó á construir caminos de hierro; las naciones mas adelantadas se cruzaron de ferro-carriles, y acabarán por hacerse tan espesos como las calles de una poblacion. Hasta el Santo Padre parece que ha vencido su repugnancia á los caminos de hierro, y que se dispone á admitir en sus estados al Rey Vapor, relevando á sus secuaces del anatema que les habia fulminado.

Tirabeque *interrumpiendo*.—Y en España, Señor Don Magin tenemos ya mas de 50 líneas..... á lo menos en las cabezas de los proyectistas y de los ingenieros.

Don Magin.—¿Quién sabe? Acaso nos convenga esperar otro poco, por lo que luego diré.

Ello es que los caminos de hierro se van multiplicando rápidamente, y que al propio tiempo los hombres se van quedando ociosos, y los caballos se van dando de baja. En cuanto á estos no importa, puesto que son solo unas máquinas auxiliares del hombre y cuesta cara su manutencion; y las máquinas diz que son como los gobiernos, las mas baratas son las preferibles. Pero en cuanto á los hombres, ¿qué se harán tantos como quedan cesantes?

Tirabeque—¡Oh! eso tiene buen remedio, señor Don Magin; que aprendan otro oficio, y se pongan aunque sea á hacer medias.

Don Magin.—Pues bien; supongo que estos hombres, deseosos de proporcionarse otra ocupacion, se dirigen á una fábrica de medias. Pero allí se encuentran con un ministro del Rey Vapor que les pregunta: «¿cuántos son vds?—Quinientos, le responden.—Pues no hay empleo para tanta gente, contesta el ministro. Con media docena de hombres y esta mecánica hago yo mas pares de medias en un día que pares de piernas ha de haber que se las pongan.»

«Con esta respuesta el batallon de cesantes se retira. Pero estos hombres discurren entre sí y dicen: «puesto que tantas medias fabríca en un dia el ministro del Vapor, precisamente ha de necesitar un prodigioso surtido de algodon hilado. Dediquémos pues nuestras mugeres á hilanderas, y esto es mejor, porque ellas nos mantendrán con su trabajo mientras nosotros aplaudirémos el reinado del Vapor»

«En consecuencia de esta medida las mugeres se presentan al almacenista pidiendo las emplée en hilar. Pero el almacenista les responde: «siento mucho no poder complacer á vds., ni aceptar sus servicios, porque el Rey Vapor mi amo tiene aquí *una empleada* que hila ella sola en un dia mas que vds. pudieran hilar todas juntas en un mes. Esta activa funcionaria es la que vds. ven (y les enseña la máquina de hilar).

«Ya tenemos cesantes de ambos sexos, causados por el Vapor. Estos cesantes, acosados por el hambre, vuelven á conferenciar entre sí y dicen: «puesto que el Rey Vapor todo lo hace con el auxilio de las máquinas, ¿tenemos mas que buscar trabajo en la fabricacion de esas mismas máquinas, que precisamente han de necesitar de innumerables brazos?» Y se dirigen animados y resueltos en busca de trabajo que les dé la subsistencia. Pero allí se encuentran tambien con un ministro responsable del Rey Vapor que les dice: «amigos, las pocas plazas que necesitamos se hallan ocupadas, y aun pudiéramos excusar algunas: porque el Rey Vapor es un monarca que se lo hace casi todo por sí mismo: él construye sus propias máquinas con muy pocos auxiliares, y apenas necesita de los hombres.»

«¿Qué hará pues este ejército de cesantes, que por todas partes se va multiplicando y acreciendo? ¿A dónde irá en busca de ocupacion? ¿A dónde se encaminará que encuentre trabajo de que vivir?

Tirabeque.—Señor Don Magin, que se dediquen á cultivar la tierra, que buena falta le hace, y la tierra es grande y necesita muchos brazos.

Don Magin.—Verdad es, hermano Tirabeque, que la agricultura necesitaba antes muchos brazos. Pero ya la mecánica ha inventado un aparato

para segar, con el que un hombre solo echa al suelo mas cañas de mies y con mas perfeccion que una cuadrilla de segadores con las antiguas hoces. La mecánica ha simplificado el arte de arar; se están perfeccionando los trillos mecánicos; mañana se trillará al vapor, y llegarán á conducirse las mieses por caminitos de hierro, y casi no se necesitará ni hombres ni ganados para hacer todas las labores de la recoleccion. En cuanto á las harinas, ya hace tiempo que se construyen al vapor; el pan se hace á la mecánica, y si no comemos al vapor, lo haremos el mejor dia.

Tirabeque.—Eso es lo que pienso yo que hacen ya algunos, señor Don Magin, porque sinó no podrian engordar tanto: asi como tengo para mí que hay muchos tambien que comen maquinalmente. Y en lo tocante á la gente que se va quedando sin trabajo, por mi ánima que los va vd. estrechando mucho, hermano Don Magin; pero no les faltará. Hoy en dia se consume verbi y gracia mucho papel, tanto papel que es una barbaridad; y asi esa gente deberá dedicarse á trabajar en las fábricas de papel.

Don Magin.—Sí, pero en la fabricacion de papel se encuentran tambien entronizados el Vapor y la Mecánica, reinando juntos y de mancomún como aquellos dos monarcas españoles que amalgamaron sus derechos y unieron sus coronas para mejor hacerse dueños de tantos desparramados estadillos como entonces en España habia. La fabricacion del papel, hermano Pelegrin, necesita pocos hombres, porque todo se hace ahora á la Mecánica y al Vapor.

Tirabeque.—Pues señor Don Magin, el que quiera trabajo, que se ponga á cajista de imprenta si sabe leer y escribir, y sinó á prensista, que ambos son oficios socorridos, porque es tanto lo que en el dia se imprime, hermano Don Magin, que pienso que no han de bastar todos los vivientes para poner en letras de molde tanto como los autores escriben.

Don Magin.—Asi fuera, hermano Tirabeque, si el Vapor y la Mecánica no hubieran estendido su dominacion á las prensas. Pero ya una prensa mecánica imprime mas ejemplares en una hora que las prensas ordinarias en un dia. Dentro de poco todas serán prensas mecánicas, y entrarán los prensistas á aumentar el catálogo de los hombres sobrantes. Por lo que hace á los cajistas, hasta ahora el Piano-tipo no habia sido muy feliz, pero ya un jóven Bohemio (1) ha perfeccionado una mecánica tipográfica en forma de un teclado de 121 teclas, divididas en dos séries, por cuyo medio se pueden reunir en un minuto 360 letras, lo cual produce 21,600 letras por hora, mientras que hoy el cajista mas diestro no puede levantar mas de 2,000. Se reemplaza con un dedo el uso de las dos manos, y se puede multiplicar

(1) Un tal Techulik de 26 años.

el número de teclas de un modo indefinido. Esta nueva máquina se ha ensayado en la imprenta imperial de Viena, y ha dado muy buenos resultados. Asi las industrias que están mas en boga y que mas brazos emplean y necesitan, van rápidamente haciendo á los hombres superfluos é innecesarios.

«El Rey Vapor y la Reina Mecánica estienden y propagan maravillosamente sus conquistas, ayudándose mútuamente y conspirando de consuno á un objeto comun, al de la dominacion universal. Asi mientras el Rey Vapor, señor de los caminos de hierro, logra llevar por ellos la correspondencia pública, haciendo escusados é inútiles los hombres que la conducian y los caballos que los ayudaban, la Reina Mecánica inventa los telégrafos eléctricos, suprimiendo los correos de gabinete y los caballos de que se servian. Mientras el Autócrata de la Industria hila y tege, hace papel y le imprime, recoge las cosechas y muele el grano, y se hace servir de todas las artes con un ahorro de brazos inconcebible, su compañera de trono la Reina Mecánica emplea un aparato ingenioso por medio del cual se hacen todas las operaciones aritméticas sin el socorro de la inteligencia; y dentro de poco cada ministerio con el auxilio de uno de estos aparatos mecánicos podrá reemplazar á sus empleados con otras tantas maquinitas al vapor.

Tirabeque.—Eso que sería bueno, señor Don Magin, no querrá Dios que suceda, y por mi hábito que en ninguna parte del mundo sería tan útil esa reforma como en España.

Don Magin.—Pues bien, allá iremos llegando. Entre tanto la mecánica y el vapor marchan rápidamente hácia la conquista del mundo industrial, y acabarán por conquistarle. Yo no sé cuando esto se verificará, pero es lo cierto que al cabo de un tiempo dado el mundo marítimo y el mundo terrestre se veran cruzados de barcos de vapor y de caminos de hierro, y no habrá nada, hasta la ropa de vestir, que no se haga á la mecánica y al vapor.

«Cuando esto suceda, que sucederá algun dia al paso que marcha la industria, ¿qué se hará de los bueyes, y de los caballos, y de las demas bestias de que ahora se sirven los hombres? Bien que esto es lo que menos importa, porque los unos se podrán volver á los bosques como en los tiempos de la creacion, y los otros podremos disecarlos y destinarlos á los Muséos de historia natural; y los jóvenes que lo sean dentro de un siglo oirán de boca de los profesores de zoologia: «este cuadrúpedo es el caballo de los antiguos (*equus*), al cual hacian servir para diferentes usos de la vida, como para cabalgar sobre él, para conducir unas máquinas muy pesadas y muy toscas que llamaban carros (*currus*), y para otros infinitos menestéres, que exigía en aquellos tiempos la infancia de la industria: cuyos animales, y los demas que irémos examinando, se hicie-

ron inútiles desde que la Mecánica y el Vapor se dividieron el imperio del mundo.»

«En cuanto á los hombres quedarán mejor, porque en el momento que el Vapor domine completamente un país, todos sus habitantes vivirán de rentas propias, lo cual será una felicidad.

TIRABEQUE.—¿Y cómo ha de poder ser eso, hermano don Magin?

DON MAGIN.—¿Cómo? Por un procedimiento bien sencillo: porque todo el que no tenga rentas propias emigrará ó se morirá de hambre. (TIRABEQUE se sonríe y hace un signo de cabeza, como quien dice: «y tiene razon.»)

«Por de contado los hombres sobrantes de Europa van emigrando ya á bandadas á todas las partes del mundo. Los irlandeses se comen los codos de hambre, y van donde pueden. Los ingleses se salen de madre y desaguan en la India ó en la China. Los franceses, y los alemanes, y los suizos, se van en caravanas á la Argelia, ó á la América del norte, ó á las márgenes del Misissipí, ó á la antigua regencia berberisca, ó á aumentar la poblacion de Tejas, que en el año 34 contaba 40 mil almas, y en el de 45 no bajaba de 250 mil. Y en cuanto á los españoles, lo que estraño es que no hayamos emigrado ya todos; aqui no por sobra de hombres, sino precisamente por falta de ellos, que es una honrosa escepcion. (1)

«Lo cierto es que el mundo Nuevo se traslada al Viejo, y que poblaciones enteras dejan hoy su patria y sus hogares por ir á buscarse una existencia nueva en las soledades profundas de la América ó en las regiones aun no bien conocidas de la Occeanía. Y lo que es mas, existen una porcion de empresas y compañías de especuladores para la conduccion de emigrados de Europa, los cuales por cierto no lo suelen pasar muy bien en el camino, pues no hace mucho que el navío *Irad Ferry*, perteneciente al puerto de Amberes y destinado á conducir emigrados, llevó por espacio de diez dias su triste poblacion sin tener un pedazo de pan que darle, y si no hubiera tenido la suerte de encontrar al buque *Stephanie* de Hamburgo que le socorrió, habria tenido lugar á bordo una de aquellas escenas terribles y horrorosas de la historia de la marina.

TIRABEQUE.—Esos hombres, señor Don Magin, y vd. perdone, pienso yo que mas emigrarán por gusto y por gana de buréo que no por necesidad.

(1) Entre emigraciones forzosas y voluntarias no bajarán de medio millon los españoles que han dejado su patria solo de tres años á esta parte. Antes se nos iba la juventud pobre á Montevideo, donde los que no han perecido miserablemente han pasado un buen purgatorio. Ahora se nos van poblaciones enteras á Oran y Argel, creyendo mejorar de vida, ó se *enganchan* y alistan para las Antillas, donde hace poco arribó un buque con 271 desgraciados, de los cuales, por ir hacinados á guisa de los negros de la costa de Africa, hubo que arrojar al mar 50 ó 60 cadáveres y fumigar toda la correspondencia del buque. Felicidad del siglo XIX.

porque si ellos quisieran ocupacion en que ganar un pedazo de pan, no les faltaría; y cuando otra no tuvieran, ahí estan las minas de carbon de piedra, del cual se hace el vapor segun tengo entendido, y son minas en que se emplea mucha gente.

Don Magin.—En primer lugar, Tirabeque hermano, ni las minas de carbon de piedra ni todas las minas juntas bastan para dar ocupacion á la diezmilésima parte del sobrante de las clases obreras que el señor Vapor va dejando. Y en segundo lugar, que hasta ese recurso creo yo que va á faltar muy pronto. Porque el trono del Vapor está vacilante y amenaza hundirse. Sí, hermano Tirabeque, y esta es otra de las grandes novedades que tengo que anunciarte hoy. ¡El imperio del Vapor, de ese dominador universal de la industria, de ese gigante, de ese coloso del siglo, se va á desplomar! ¡Y un soplo, Pelegrin, un soplo va á bastar á derribarle!

Tirabeque.—¿Será posible eso, señor Don Magin? ¿Y qué será entonces de doña Mecánica? ¿se hundirá tambien?

Don Magin.—Al contrario, doña Mecánica se casará de segundas nupcias con el monarca vencedor, y se rejuvenecerá y florecerá y prosperará mas, al paso que quedarán mas hombres sobrantes, que se comerán unos á otros á falta de otra ocupacion.

«Este nuevo Rey, este Monarca poderoso que habrá de levantar su imperio sobre las ruinas del Vapor hoy tan pujante; este nuevo aspirante al trono industrial del mundo, y que lleva sus pretensiones en buen estado y con esperanzas de ceñirse la corona, sin acudir ni á negociaciones diplomáticas, ni á intrigas palaciegas, ni á pronunciamientos: este rival temible, que ha de hacer tantos ricos y tantos miserables en el mundo..... es el Aire. Tan pronto como se perfeccionen los ensayos que con la presion del Aire se están haciendo, esta nueva fuerza motriz reemplazará de seguro al Vapor, y le destronará; por la sencilla razon de ser mas abundante y mas barata, tan barata y tan abundante como que no cuesta nada, y lo hay en todas partes, y no falta nunca, ni necesita de laboréo ni de trasportes, con lo cual aun los hombres que se empleaban en la extraccion y acarréo del carbon de piedra, serán otros tantos sobrantes qne añadir al inmenso catálogo de los cesantes de la industria del siglo.

«Pues bien; cuando el Aire y la Mecánica sean los Señores del mundo: cuando los hombres que ahora emigran al Africa y á la América en busca de trabajo y ocupacion, vean al Aire y á la Mecánica invadir aquellas regiones y sentar en ellas su trono, lo cual sucederá dentro de 50, ó de 100, ó de 200 años, no sé cuándo, pero sucederá siguiendo el mundo industrial la marcha que lleva, ¿qué será entonces de aquellos hombres? ¿qué se

hará de la humanidad sobrante? ¿y cuál será el porvenir del mundo?»

Tirabeque me miró como asustado: yo me habia propuesto callar en esta conferencia, y Don Magin prosiguió:

«Afortunadamente los recursos del talento humano son inmensos é inagotables. Entonces se levantará un genio, que dirá: «¿Y porqué se han de fabricar mas medias y mas guantes que manos y piernas hay que los puedan llevar? ¿Para qué imprimir en un dia mas libros que los que los hombres pueden leer en diez años? ¿Y esos caballos y esos bueyes que vemos empajados en los muséos de historia natural, ó que andan errantes por los bosques y desiertos, ¿no podrían ser domesticados, como dice la historia que lo estuvieron antiguamente, y unciéndolos á los carros y á los arados y otras máquinas, servir á los hombres para las labores de agricultura y para otros infinitos usos? ¿No sería este un medio de dar ocupacion á tantos brazos ociosos, y á este sobrante de humanidad que nos atosiga y ahoga?

«Este reformador de la sociedad sería tenido al pronto por un soñador ó un desjuiciado, y se le encerraría en una casa de locos, que en aquellos tiempos venideros es de creer que habrá muchas, porque el hambre trastorna grandemente las facultades intelectuales, y el Vapor y la Mecánica han de acabar por dar muchas hambres. Despues se meditaria un poco este plan, y ya no pareceria tan estravagante. Luego se pensaría mas en él, y quién sabe si se diria: «verdaderamente que este hombre no va del todo descaminado; porque al fin la reforma es humanitaria: y de esta manera se puede subvenir á las necesidades de una infinidad de desgraciados, que tendrán ocupacion, y ganarán un jornal honradamente, y acaso en ello aventajará mucho la sociedad.»

«Y podria muy bien llegar el caso de que á aquel hombre le sacáran de la casa de dementes para hacerle ministro, que segun las ideas de los tiempos asi pasan los hombres por sabios ó por locos. Y siendo ya ministro, empezaría á valerse de hombres en lugar de máquinas; y á esto lo llamarian progreso, y á él le mirarian como un bienhechor de la humanidad, y le levantarian estátuas en los pueblos. Que el mundo, ha dicho un escritor espiritual, marcha al rededor de un círculo, y me inclino á creer que lleva razon. Las decoraciones del *Teatro Social* que se retiran por viejas, si al cabo de algun tiempo que no se han visto se retocan y se vuelven á presentar en el escenario, pasan por nuevas y son aplaudidas.

Tirabeque.—Señor Don Magin, vd. me tiene estupefacto.

Don Magin.—No hay para que asustarse, hermano Tirabeque: esto no es mas que un juego de mi imaginacion, inspirado por la rapidez con que el Vapor y la Mecánica se van haciendo dueños del mundo, y dejando hombres

cesantes: y sentiré que seas tan caviloso que veas en él algo de realidad. Ni esto está tampoco para suceder luego. Dios sabe cuándo sucederá. Y por lo que hace á nuestra España, puedes vivir sin cuidado, porque aun podrá acontecer que la alcance la reforma social por la retaguardia, y al cabo de un siglo ó de dos se encuentre de moda como los sillones góticos que han podido conservarse desde el tiempo de Recaredo y ahora son de un uso flamante. Por eso te dije al principio que podria ser que le conviniera esperar un poco.

TIRABEQUE.—Señor Don Magin, vd. no se contenta con ser enemigo de la Civilizacion, sino que tambien lo es de los adelantos de la industria, á lo que parece.

DON MAGIN.—Todo al contrario, TIRABEQUE mio; ya te he dicho que no hay nadie mas apasionado que yo de la Civilizacion, y lo mismo lo soy del progreso industrial.

TIRABEQUE.—Pues á lo menos vd. es enemigo del vapor y de las máquinas.

DON MAGIN.—De ninguna manera, como pienso hacerte ver otro dia.

TIRABEQUE.—¿Y cuándo ha de llegar ese dia, si se puede saber? Porque yo ya tengo mas curiosidad de la que puedo sufrir buenamente. Y dudo mucho que vd. se pueda desenvolver de esas contradicciones por mas que aguze el filo del ingenio.

DON MAGIN.—Sin embargo yo espero convencerte de que amo la Civilizacion y quiero el progreso industrial. Entonces te esplicaré cuál es la Civilizacion que yo amo y el progreso industrial qne deseo. Y acaso te referiré antes una curiosa novelita que te vaya dando aclaraciones.

TIRABEQUE.—Las aclaraciones son las que yo quiero cuanto antes, señor Don Magin, no que las novelitas, que en tal caso podrán ser buenas para despues.

DON MAGIN.—De todos modos un poco de paciencia, hermano TIRABEQUE, y no mas.»

Y asi terminó nuestra *conferencia* 4.ª sobre CIVILIZACION.

LA BOLSA.

ARTÍCULO II.

La Bolsa de Madrid.—Su parte material.

En todas partes hay un local, mas ó menos vasto y suntuoso, esclusivamente hecho y destinado para servir de Bolsa. La de Lóndres, la de París, la de Amberes, la de Amsterdan, la de Hamburgo, la de Francfort, y todas las que mi paternidad en sus peregrinaciones ha visto, son edificios grandes y ostentosos, que llaman la atencion del viajero. Solo á la Bolsa de Madrid le estaba reservado andar de ceca en meca y sin domicilio fijo como el Judio Errante, y en verdad que si los inquilinos no son judíos, debe haber al menos algunos hebréos, si se ha de creer la pública voz y fama.

En 10 de setiembre de 1831 se instituyó por real decreto este Colegio de Humanidades, que en sus primeros tiempos estuvo en la casa de la compañía de Filipinas; despues le dió por sustituir á las comunidades religiosas y se trasladó al pátio y cláustro bajo del ex-monasterio de San Martin, de monjes Benedictinos, órden rica y no enemiga de la Bolsa, que despues de llevar muchos siglos ganando siempre en alza, de repente dió un bajon y fué declarada en quiebra como tantas otras, vendiéndose sus bienes por una especie de Junta sindical, llamada de Amortizacion, y cuyos bienes pasaron de las bolsas de los padres á ser el objeto principal de la Bolsa del comercio en su misma casa, que á esto se reduce el mundo y sus riquezas, á cambiar de Bolsas.

Del cláustro de San Martin pasó la Bolsa á la iglesia del ex-monasterio de monjas Bernardas de Vallecas. Los hermanos Bolsistas se acogieron mas á sagrado; los especuladores reemplazaron á las santas vírgenes, y los agentes de cambios tomaron posesion de los confesonarios; si bien aquella iglesia habia sido ya antes invadida por la sociedad del Museo Lírico Matritense, la cual habia convertido la capilla mayor en escenario cómico y todo el templo en teatro. De manera que cuando fué la Bolsa encontró ya hecha la metamórfosis sacro-profana. Un telon de boca en que se hallaban pintados unos angelotes muy rollizos, carianchos, gordiflotes y mofletudos, con unas

tarjetas en la mano recordando los nombres de los célebres trágicos Isidoro Maiquez y Rita Luna, servía de valla y dique para contener las oleadas del enjambre de Bolsistas, que en aquel estrecho y mezquino receptáculo zumbaban y bullian como abejas en colmena, con la diferencia que las abejas zumban y bullen para labrar la cera y la miel, y los Bolsistas bullen y zumban para ver de chupar toda la miel y cera posibles, aunque dejen sin ella los oidos del prógimo; sin que los zánganos entren para nada en la comparacion de uno y otro enjambre.

Desde que se entraba en la Bolsa del ex-templo de las Vallecas se estrellaba la vista en el telon de boca, que avisaba ser aquello un teatro farsaico y aun farisaico. Y sucedia á veces que de dia representaban los Bolsistas una comedia, y de noche los sócios del Museo Lírico hacian otra, que podia ser muy bien *La Bolsa y el Rastro*, ó *Lo de arriba abajo*, á la cual asistian muchos de los mismos Bolsistas, que habian ejecutado entre una y tres de la tarde *Lo de un bolsillo á otro*.

Del templo de las Vallecas pasó la Bolsa á la iglesia de los Basilios, donde actualmente mora, reemplazando asi sucesivamente á las tres órdenes y reglas monacales de Benedictinos, Basilios y Bernardos, las únicas que empiezan con *B* como Bolsa, lo cual parece denotar cierta analogía literaria.

La Bolsa está hoy en el lugar que le corresponde, en la calle *del Desengaño*. Dios se le dé á quien todavia no le haya adquirido, que bien le habrá menester.

Este vasto local es notable por mas de un concepto. De templo religioso se trasformó en parque de artilleria de la ex-milicia nacional, y de depósito de cañones pasó á mercado de papel del descrédito. Hoy presenta este edificio contrastes muy singulares. Cuando se trasladó á él la Bolsa, el pavimento consistia en un piso de arena blanda, fofa y mollar, con mas altos y bajos que los cambios del papel, y mas desigual que la reparticion de las fortunas. Posteriormente se ha entarimado y adecentado toda la iglesia. A la entrada se ha colocado un cancel, detras del cual se echa de menos la pila del agua bendita, que sin duda se ha suprimido por innecesaria, puesto que el agua bendita dicen que solo borra los veniales, y en la Bolsa todos son mortales. En la parte posterior se conserva el coro, cesante y en paz, que en España siempre anda la paz por el coro. La sacristia y capillas laterales se han convertido en oficinas del colegio de agentes. En el fronton del altar mayor se ha colocado una tabla que semeja la que los israelitas tienen en sus sinagogas; pero se engañaria mucho el que creyera leer en ella los preceptos del Decálogo, aunque no estaria demás recordar en aquel

sitio el que manda no codiciar los bienes agenos; bien que esto equivaldria á ahuyentar de allí la gente.

La cúpula ó media naranja recuerda todavia los tiempos gloriosos de la iglesia, pues en ella subsisten pintados cuatro santos padres, que discurro deberán ser San Basilio y los tres Gregorios; el de Niza su hermano, el Nacianzeno su íntimo amigo, y el Taumaturgo en cuya moral se formó. De modo que por la parte superior es templo cristiano, y por la inferior es templo de Mercurio: arriba hay santos padres pintados, y abajo hay Cresos vivientes. El artesonado de la techumbre está lleno de grietas y hendiduras, en que algun malicioso creerá acaso ver simbolizadas las quiebras á que están espuestos los concurrentes al templo. Y el púlpito donde se predicaba la palabra divina ha sido reemplazado en otro sitio por una verja-tribuna, donde un predicador lego publica las operaciones que se van haciendo. Este personage merece una descripcion particular.

En el crucero de las dos naves principales, y en el punto que corresponde exactamente al centro ó cenit de la cúpula, tirando una perpendi-

cular de la claraboya á la copa del sombrero del nuevo predicador, se han colocado dos verjas circulares de madera, que constituyen dos círculos concéntricos, por cuyo espacio intermedio circulan los agentes, los cuales estienden sobre una papeleta la operacion de cambio que por su mediacion se acaba de hacer. En el centro del círculo mínimo se embute el predicador, el cual va tomando las susodichas papeletas, y con rostro sereno, inalterable é impávido, y con voz ni de tiple, ni de bajo, ni de tenor, ni de barítono, sino con una voz *sui géneris*, siempre en la misma cuerda, modelo de igualdad de pausas, y reduciendo toda su música á tres solas notas naturales, sin bemóles ni sostenidos, va cantando las operaciones por este órden. Advierto á los cajistas que me pongan igual número de puntos entre palabra y palabra; ni uno mas ni uno menos; uno solo bastaria para alterar el compás del predicador.

«Se han hecho..... dos millones de reales..... en títulos del 3 por %..... á 60 dias fecha..... ó voluntad del comprador..... á 34 5/8 por %

«Se han hecho..... un millon de reales..... en títulos del 5 por %..... á 30 dias fecha..... ó voluntad del comprador..... á 23 ½ por %.

«Se han hecho..... un millon de reales..... en títulos del 3 por %..... á 34 por %..... al contado.

«Se han hecho..... doscientos mil reales..... en cupones no llamados..... á 25 ¾ por %..... á 31 del corriente..... en firme.

«Se han hecho..... tres millones de reales..... en láminas de deuda sin interés..... á 40 dias fecha..... ó voluntad del comprador..... á 7 9/16 por 100....

«Se han hecho..... dos millones de reales..... en títulos del 3 por %..... á 60 dias fecha..... ó voluntad del comprador..... á 35 ½ por %..... á prima..... de ¾ por %.»

El tema de este sermon parecerá algo monótono y pesado á los oyentes de Fr. Gerundio, pero tengan entendido qne aun está mas pesado el ciudadano que le predica todos los dias en la Bolsa de una á dos de la tarde, sin remojar la palabra.

A su alrededor tiene constantemente este individuo un numeroso auditorio, que aunque compuesto de mercaderes, lejos de tener en aquel caso oidos de mercader, le prestan muy atento y le alargan y estiran cuanto pueden para informarse de las alteraciones de los cambios, y con arreglo á ellas echar sus cálculos y cuentas, y ver si les conviene aprovecharle para vender ó para comprar.

Por mano y boca de este predicador unísono pasan todas las fortunas sin menguar ni crecer la suya en un ápice: él es el *fac-totum* y el *fac-nihil* de la Bolsa: él hace rico al pobre y pobre al rico; es casi como Dios, que abate á los poderosos y exalta á los humildes; y sin embargo ni el que queda pobre se irrita contra él, ni el que se hace rico le dá propina, ni aun las gracias. Por su mano se han arruinado infinidad de familias, y á pesar de eso él es un *bonus vir de campis*, inofensivo, incapaz de hacer daño á nadie con intencion. Es el hombre que maneja mas millones de España: su boca es un chorro de oro; tiene las riquezas en el pico de la lengua: y con todo eso su tren de campaña no pasa nunca de un levita que en lo desvaido demuestra pertenecer su dueño á la tribu de Leví, la sola que se quedó sin rentas por dedicarse al servicio del templo. Este personage, único que anda entre la miel sin pegársele nada, es el verdadero Tántalo de la Bolsa; es mas que Tántalo, puesto que aquel no hacia mas que tocar con los labios el agua, y este la tiene en las manos y en la boca, y se enjuaga con ella, sin llegarle nunca al exófago.

Divertido y curioso es el espectáculo que presenta diariamente el Teatro de la Bolsa al primer golpe de vista. El cantor monótono del púlpito-tribuna solfea las operaciones: un auditorio de especuladores de comparsa le escucha con atento oido, porque los primeros actores ó galanes de aquel drama se creerian rebajados si necesitáran de la palabra del predicador para formar su juicio sobre la cuestion del dia: estos se agrupan hácia el testero de la iglesia, donde estaban la capilla y el altar mayor, la custodia y el santo fundador de la órden, que es el sitio que creen corresponderles por su categoria de padres maestros de la Bolsa: les agentes bullen en torno al círculo menor de la esfera y dentro del círculo máximo, y van, y vienen, y tornan, y cruzan, y se revuelven y agitan, buscando cambios, proponiendo operaciones, solicitando primas, entablando casamientos, y hablando á todos al oido y *sotto-voce*.

Entre tanto, por el cuerpo del templo hormiguean muchas parejas, especie de diptongos de Bolsa, que tambien cuchichean y se hablan con calor é interés y como si se hiciesen mutuas confianzas y estuviesen unidos en la especulacion: mientras en último término del escenario se observa uno ú otro Padre Maestro, solo y con los brazos cruzados, mas serio que un provisor, mas inmovil que el convidado de piedra, y mas inalterable que el hombre justo de Horacio, aunque acaso la comparacion no le cuadre en todo. A él van llegando los agentes y corredores, le hablan al oido, y él con un signo de cabeza, á guisa de Júpiter Olímpico, les significa que desecha ó admite la operacion que le proponen.

De las dos horas que dura la Bolsa cada dia no feriado, en la una se fuma y no se canta, y en la otra se predica y no se fuma, pero en ambas se hacen contrataciones. En la hora de fumar suelen verse trescientas chimeneas humanas, cuyo humo anubla el templo y se eleva hasta las bóvedas tan ligero y en mas abundancia que el incienso que se quemaba hace años en el mismo lugar y en honor del Altísimo. Muchas esperanzas y muchas fortunas se desvanecen allí como aquel humo: con la diferencia que las primeras las lleva el viento, y las segundas no se elevan á la bóveda, sino que pasan á otros bolsillos. Al ver la generosidad con que unos y otros se dan los cigarros, se diria que todos eran amigos y socios en comandíta; y tal hay que alarga un cigarro á su vecino, á quien piensa chupar veinte mil duros de diferencias el dia del vencimiento con el mayor placer; y tal que saca la caja y ofrece un polvo á quien tiene ya soplado en el cuerpo un rapé de trescientos mil de diferencias; pero se fuma y se sorbe, y chupa cada cual lo que puede, unos humo y otros dinero, y prosigue el drama.

Habiéndome manifestado mi lego Tirabeque deseos de ver la Bolsa, le

llevé á ella un dia. Al principio se quedó parado como aquel á quien le sorprende una escena que acaso halla diferente de lo que él se hubiera podido imaginar. Despues un poco repuesto:—«Señor, me dijo, mucha gente hay aqui: acaso no serian tantos los mercaderes aquellos á quienes nuestro señor Jesucristo echó del templo á latigazos. Si Jesucristo anduviera ahora por el mundo no sé yo si estos señores estarian seguros aqui: aunque bien veo que esto ya no es templo, y que se ha tratado de ahuyentar de aqui al Señor: bien que habiendo sido esto antes depósito de cañones, no estraño que se fuera, porque Dios no debe ser muy amigo de la artilleria.»

En esto se acercó un amigo y me dijo: «esto está hoy bastante caliente.

—Pues por mi ánima, replicó mi lego, que yo mas siento aquí frio que calor, y que no estarían mal unas estufas, porque esto es un paramento.

—Se conoce, Pelegrin, le dije, que no comprendes la terminologia bursátil. Este señor no quiere decir que aquí haga calor, sino que el mercado de hoy está caliente, esto es, animado, sostenidos ó en alza los precios: asi como, cuando la tendencia es á la baja, se dice que está flojo ó frio. Y sinó los cambios nos lo han de decir.

—¿A cómo están los treses? le pregunté al amigo.

—A *cuarto* toman, me respondió.

—Siendo asi, dijo Tirabeque, yo tambien tomaré una buena cantidad, puesto que á cuarto cuesta el papel comun, y por poco que valga el que aqui se vende, siempre será de mejor calidad cuando tanta gente decente acude á comprarlo.

—No has de ser badulaque, hombre. Cuando se dice á *cuarto*, se entiende por ejemplo á 33 ¼ por %, que será el precio de hoy atendida la cotizacion de ayer. Aqui nunca se dice el entero sino el quebrado, lo cual basta para la inteligencia de la gente práctica, porque lo demás ya se supone. Menester será que no hables nada hasta que vayas entendiendo el lenguaje de Bolsa.

—¿Y cree vd., le pregunté al amigo, que esto se sostendrá?

—Yo creo que no, me dijo: yo pienso que esto tiene que hundirse muy pronto.

Miró Tirabeque al techo, y esclamó: «vámonos de aqui cuanto antes, mi amo, que pienso que este hermano tiene razon, porque allá arriba veo toda la bóveda resquebrajada y abierta, y tengo para mí que esto amenaza ruina, y ya que muchos se arruinan en la Bolsa, que á lo menos no nos coja á nosotros.

—No es eso, hombre, no es eso, válganos Dios. El techo seguro está, segun informe de los arquitectos, y lo que este caballero teme que se hunda

no son las bóvedas, sino el crédito, el valor del papel. Y aconséjote, y aun te mando que te estés calladíto, hasta que yo te instruya de la nomenclatura bursátil, porque de otra manera no harás mas que decir sandeces.»

Acercámonos á la valla y pregunté: «¿á cómo anda esto?—A $^1/_4$ hay plata, á $^1/_2$ papel, me respondieron.»

«Esto significa, le dije á PELEGRIN, que hay compradores á 33 $^1/_4$ por $^0/_0$, pero que los vendedores no dan sino, á 33 $^1/_2$.» Pareció quedar enterado, pero luego se llegó á él un agente y le preguntó: «tiene vd. un millon de treses?—No señor, contestó PELEGRIN muy serio:» y volviéndose á mí me dijo: «Señor, este hombre no me conoce y me tiene por rico: ¿qué mas querria yo que tener un millon aunque fuera de doses?

No habia acabado bien de decirme esto, cuando se le acercó otro diciéndole: «puedo colocarle á vd. una prima; ¿quiere vd. darla?—No tengo inconveniente en ello, respondió PELEGRIN, siempre que vd. me la coloque bien. Y aun podría dar á vd. dos, no que una sola.

—Por ahora no tengo colocacion mas que para una. Podemos hacerlo á 4 $^1/_2$ con uno, á 15 del corriente: ¿acomoda?

—Hombre, eso es muy pronto, contestó PELEGRIN: porque es el caso que no la tengo aqui, sino que está en el pueblo; y estando como estamos ya á 8, apenas da tiempo para que pueda venir la contestacion. Pero ella es buena muchacha y muy hacendosa, yo respondo; á menos que no se haya maleado como todas las cosas desde que no la veo.»

Oida esta contestacion se retiró el agente riéndose, teniendo sin duda por loco á mi pobre lego. Yo me reí tambien de su sandez y del modo como él entendía las *primas* de valores, tomándolas por primas de parentesco.

Pero todavía no paró aqui: sino que no haría tres minutos que le habia perdido de vista cuando vino diciéndome: «Señor, estamos en grande: acabo de hacerme con dos millones de treses.....

—¡Ténganos Dios en su gracia! exclamé; pero simple y estólido que tú eres, ¿quién te mete á tí á jugador? ¿de dónde sacas tú para pagar esos dos millones?

—Señor, en primer lugar que no sería yo el primero que juego en la Bolsa sin cuidarse de donde ha de pagar, segun tengo entendido; y en segundo lugar, que yo no he jugado, sino que se llegó á mí un caballero y me dijo: «le daré á vd. dos millones de treses al contado: ¿los toma vd?—Con mil amores, le respondí yo: una vez que vd. es tan generoso, mándemelos usted á casa, ó dígame donde he de ir por ellos y á que hora.

—¿Y qué te contestó él?

—Que estaba corriente: y se marchó tan contento sin decir mas palabra.

—Y riéndose de mi simplicidad, deberías añadir. Mira, TIRABEQUE, no creí que eras tan lego en materia de Bolsa. Pero en parte me alegro, porque para salir bien librado de la Bolsa es menester una de dos cosas, ó saber un punto mas que el diablo, ó no saber absolutamente nada para no meterse en ella. De todos modos, Pelegrin, ten entendido para tu gobierno, que aqui en este sitio no debes creer una palabra de cuanto te digan, porque aqui nada es verdad. Y por último ven conmigo á este rincon, porque la parte moral de la Bolsa debe tratarse en ricon y capítulo aparte.

MEMORIAS POSTUMAS

QUE PODRA DEJAR OTRO ESPAÑOL DEL SIGLO XIX.

Lo que he pagado.

Desde que vine al mundo empecé á ser materia imposible. Gracias á algunos pesos duros encontró mi madre quien me ayudára á salir de su vientre. Sin ellos acaso hubiéramos perecido los dos.

Costó el bautizarme mas de lo que yo entonces valía, aunque no hago vanidad de valer mucho ahora. Sin algunas pesetas no hubiera podido entrar en el gremio de los fieles.

Para ir á la escuela me hicieron comprar una cartilla y un catecismo, que pagué doble de su valor por estar impresos con privilegio exclusivo del gobierno, y empecé á ser contribuyente al estado antes de saber lo que era estado y lo que era contribuir.

Fuí al colegio, y no hubiera entrado sin pagar los derechos de matrícula. Aunque creí dar muestras de aplicacion y aprovechamiento, no podía hacerlo constar sino anticipando tantos reales y tantos maravedís. Adquirí los grados á precio de tarifa. Si no hubiera aprontado cinco, diez, y

veinte, no hubiera podido ser ni bachiller, ni licenciado, ni doctor, aunque hubiera sabido mas que Merlin.

A los 18 años hubiera sido soldado, sino hubiese sido tasado el servicio de mi cuerpo en unos cuantos centenares de pesos fuertes que apronté, ó aprontaron por mí.

En cambio me embargaron para servir en la milicia nacional. Me costeé el uniforme, llevé el fusíl diez años, y pagué muchas guardias. Sin embargo me llamaban hombre libre.

A los 21 me alcanzó la contribucion de la Bula. No hubiera podido comer sin pecar á no haberme redimido de la culpa de cada día el *por cuantos vos* de cinco rs. anuales: *Pecunia tua te salvum fecit.*

Me enamoré de una jóven, y acordamos unirnos en santo matrimonio. Pero este matrimonio no hubiera podido llegar á ser sacramento sin el auxilio de unos cuantos pesos duros. Sin ellos, hubiéramos tenido que vivir, bien á pesar nuestro, en ocasion próxima, y acaso en pecado mortal.

Para ejercer mi profesion pagué los derechos de patente al estado, y un impuesto anual que ascendia á mas de lo que yo ganaba.

Busqué una habitacion para vivir, y ademas de los alquileres tuve que pagar la contribucion de inquilinatos.

Tuve hijos, y empezaron á costarme lo mismo que yo costé.

Pedí prestado, y el prestamista me cobró réditos, y el estado me exigió la alcabala.

Tuve necesidad de viajar, pero no hubiera podido hacerlo sin aprontar la contribucion de pasaporte.

Pagué muchos portazgos, y hallé pocos caminos.

Mientras estube ausente de mi muger, el cariño que nos teníamos refluyó todo en beneficio del estado, pues no podiamos darnos noticia de nuestra salud sin acrecer extraordinariamente la renta de correos.

No pude pedir gracia ni reclamar justicia sin pagar la contribucion del papel sellado.

Me imposibilité de servir en la milicia, y el haberme roto una pierna me costó cinco reales mensuales como comprendido en los esceptuados del servicio.

Los médicos y cirujanos que me asistieron y las drogas que me suministraron, los unos habian pagado el derecho de patente y las otras el de arancel, pero indirectamente y de rechazo lo vine yo á pagar todo.

Aun quedé apto para andar, y para acabar de restablecerme me aconsejaron el ejercicio de la caza. El consejo de los facultativos me costó pagar cada año el derecho de uso de arma, y ademas el de la licencia

Cuando mas falta me hacia mi caballo, tenia que ir de bagage.

He pagado una habitacion innecesaria en la casa con destino á alojados.

Mi muger heredó unas fincas con las cuales vivíamos con algun desahogo. Pero vino el sistema tributario y se las cedimos á la hacienda pública, porque las rentas ya no cubrian las contribuciones.

El estado me habia obligado ya dos veces á prestarle por fuerza.

Fuí algun tiempo empleado, y no he podido cobrar las dos terceras partes de mi sueldo.

El agua que he bebido me ha costado doble por el derecho de placa al arrendador de la fuente.

El vino habia pagado los derechos de consumo.

La contribucion de puertas se me introducía en el estómago, cualesquiera que fuesen los alimentos que usára.

La de aduanas la he traido encima bajo la forma de camisa, de pantalon, de levita ó de sombrero.

La luz que me ha alumbrado, el fuego que me ha quitado el frío, el tabaco que he fumado, los platos en que comí, las cartas con que jugué, y hasta la pluma con que escribo esta memoria, todo ha ido destilando su gotíta en el fisco bajo el nombre de directa ó indirecta.

Tuve la desgracia de enviudar, y no hubiera podido dar sepultura eclesiástica á mi muger si no hubiera tenido para satisfacer los derechos parroquiales, á pesar de haber pagado la contribucion de culto y clero.

Perdí mis dos hijos, y vendí una finca para enterrarlos.

Yo me voy á morir pronto, y estoy pensando de donde saldrá para comprar el nicho que habrá de encerrar mis cenizas. Gracias á mi mucha economía me prometo que habrá quien pida por mi ánima y la ayude á salir del purgatorio; y esto durará hasta que se consuman mis ahorros.

Estoy satisfecho de la organizacion de la sociedad, y muero como cristiano y como hombre libre, pero buen dinero me ha costado.

LAS FISONOMIAS.

Concluye la decoracion segunda.

Dejamos en la última *funcion* al bueno de Tirabeque contemplando unas transformaciones enteramente nuevas y desconocidas para él. Examinaba alternativamente las cabezas de los perros y de las ranas, de los hombres y de las mugeres, y traslucíasele que en su maliciosa suspicacia andaba buscando parecidos entre las personas que él conocia, como si los egemplos que Fr. Gerundio pone no fuesen siempre tan inocentes como generales, sin aplicacion individual, y elegidos al acaso entre los innumerables tipos que la sociedad ofrece.

Despues de haberlos contemplado un buen espacio, y callándose las aplicaciones que en sus adentros hiciera, si es que las hizo, porque á mí nana me confesó, rompió el silencio diciendo:

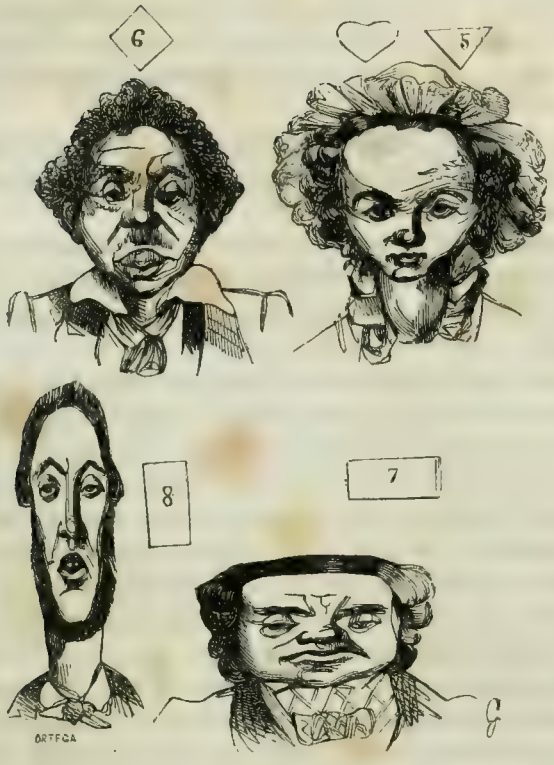
—¡Bendito sea Dios y lo que somos, mi amo! Y en cuanto á los hombres, no me maravilla tanto que se puedan volver perros, puesto que algunos ya lo son en el génio y en otras cualidades, asi como hay perros mas leales y de mejores sentimientos, y aun estoy por decir que de mas talento y discurso que algunos hombres. ¿Pero quién diría que una muger hermosa, con solo irse cerrando el ángulo, se podía volver rana?

—Réstame decirte, Pelegrin, que todavia la regla del ángulo facial no se reputa por medio bastante fiel y seguro para graduar el volúmen del cerebro, en razon á que el gran desarrollo de los senos frontales (dicen los anatomistas), recibiendo una parte del cerebro, no permite siempre juzgar

con exactitud de su volúmen. El ilustre Mr. Cuvier (y no vayas á confundirle con Cubí) da otra regla que se tiene aun por mas exacta, á saber, comparar la estension interna del cráneo á la del rostro, midiendo comparativamente las áreas de sus cavidades en un corte vertical y longitudinal de la cabeza.

Esta idea, y la diferencia que establece entre las diversas formas y tamaños de rostros y cabezas, mas ó menos cuadradas ó redondas, triangulares ó puntiagudas, fué acaso la que inspiró al famoso Grandville el ingeniosísimo pensamiento de reducir todas las formas de los rostros y cabezas humanas á un pequeño número de figuras geométricas, atribuyendo á la particular configuracion de cada una un carácter moral distinto y una dosis respectiva de cualidades intelectuales.

Pero mejor lo comprenderás teniendo los tipos delante de la vista.



En esas ocho cabezas verás otras tantas figuras geométricas, desde el círculo hasta la pirámide y el cuadrado. Pues bien, cada una de ellas representa distintos sentimientos, distintas tendencias, distinto valor y carácter intelectual y moral, del cual participarán otras mas ó menos segun que á cada una de estas se acerque ó semeje.

¿No crees tú distinguir en los números 2, 3, y 6, que son las que mas se acercan al círculo, un caracter mas dulce y bondadoso que en las de los números 1 y 4? ¿Y no distingues en las de los números 1 y 4 mas perseverancia, mas fuerza de voluntad, pero no tanta dulzura como en las otras?

—Señor, yo no distingo mas sino que la del número 3 es la que mas me gusta y la que yo eligiria entre todas á cierra ojos, aunque me fuera mal con ella.

—Eso prueba dos cosas, PELEGRIN: la primera, que no tienes mal gusto, y la segunda, que la forma ovalar es la mas perfecta de las fisonomias humanas. Y estoy seguro que muchas de nuestras lectoras querrían para sí la forma número 3. Asi como pienso que en medio de lo poco que dices distinguir, no querrías que tu cabeza y fisonomia fuesen de la figura cuadrangular número 8.

—Asi es la verdad, mi amo, porque paréceme que ese mozo no ha de tener mucho de lo de Salomon, antes téngole por tan corto de entendimiento como larguirucho de cabeza.

—Pues ahí tienes. Y no dirás que no te he dado bastantes reglas para conocer á los hombres por las fisonomias, y para deducir sus cualidades intelectuales y morales á la simple inspeccion de su cráneo y de la forma de su rostro.

—Si señor, pero con el permiso de vd. sea dicho, mi amo, y vd. perdone, lléveme el diablo si no me quedo tan confuso y turulato, ó mas si cabe, que lo que estaba al principio de la leccion, que es cabalmente lo mismo que me sucedia con las del hermano Cubí, y debe consistir en que el pícaro ángulo facial mio ha de ser muy obtuso, como he dicho.

—Eso consiste, PELEGRIN, en otras dos cosas: la primera, en que ese conocimiento no se adquire ni en dos lecciones ni en dos dias: y la segunda y mas principal, en que á pesar de algunas reglas ciertas en que se fundan la Frenología y la Fisonomía, tengo para mí que ni ha sido nunca ni será posible llegar á conocer por el esterior todos los sentimientos interiores del hombre y sus cualidades intelectuales. Para esto era menester lo que dicen que deseaba el dios Momo, y nosotros tambien desearíamos, á saber, que cada hombre tuviera una ventana en su pecho por donde se pudiera ver lo que deseaba en su corazon. Y aun yo añadiria, «y otra ventanita en la cabeza para ver los puntos que calzaba su entendimiento.»

Y este trabajo que á los hombres nos cuesta conocernos unos á otros, y que hace que nuestra vida esté tan sembrada de espinas y tropiezos, procede en parte de que asi lo ha querido disponer el autor de la naturaleza para mortificar á los mortales, y parte del estudio que todos hacemos para engañarnos mútuamente unos á otros, lo cual nos lleva á tratar de la *fisonomía cómica*, que es la que mas derechamente conduce al propósito de nuestro TEATRO.

DECORACION TERCERA.

Fisonomía cómica del hombre.

Llegamos, PELEGRIN, á la parte mas incierta y difícil, y tambien la mas lastimosa de la materia que tratamos. Y que debe ser incierta y difícil lo prueba el dicho del ilustre Conde de Larochefoucauld: «en todas las profesiones (dice) cada cual afecta un aire esterior propio para parecer, no lo que es, sino lo que le conviene que de él piensen los demas.»

—Eso, mi amo, ya lo sabía yo sin que me lo dijera el señor Rochificól, porque hace tiempo que voy conociendo lo que son los hombres de este siglo.

—Pues vé ahí una clase de conocimiento de los que yo te dije que no se adquirirían con las lecciones frenológicas del hermano Cubí, puesto que las reglas de su ciencia solo pueden ser aplicables á la *fisonomía natural* del hombre, y no á su *fisonomía cómica*, teatral ó estudiada. Y mas en este siglo en que cada hombre es un Jano, á quien nos pinta con dos caras la mitología.

—Contentárame yo, mi amo FR. GERUNDIO, con que los hombres del dia no tuvieran mas caras que ese señor Jano de quien habla la teología; porque tengo para mí que hay hombre que no se contenta con dos, ni acaso con tres ó con media docena, sino que lleva sobre su cuerpo un almacen de caras como otros tienen surtidos de caretas. Y aunque una sola sea la verdadera y natural, vaya vd. á distinguir cuál será de ellas; y esto me confunde á mí de nuevo, y me da á entender que esa ciencia de las fisonomías, en tal de aclararse, se va embrollando mas de cada vez.

—Tan cierto es eso, TIRABEQUE hermano, que desde el punto y hora que la hipocresía y la simulacion reemplazaron á la sencillez y naturalidad, desde que la civilizacion nos enseñó que se podia mentir con el rostro lo mismo que con la palabra, desde que los hombres en fin se hicieron cómicos y la sociedad se convirtió en un teatro dramático, desapareció el conocimiento mútuo, y con él la confianza y la franqueza que hacen la vida agradable y felíz, y le sustituyeron el recelo y la reserva, hijos del temor de ser engañados por cada uno de nuestros semejantes, lo cual hace el tra-

to social desagradable por demás, como basado en el dolo y la falsía. Por eso dijo muy oportunamente el ilustre Lafontaine: «*Garde toi tant que tu vivrás de juger les hommes sur la mine*: guárdate mientras vivas de juzgar á los hombres por la cara.» Y por eso dijo bien el poeta: «*Fronti nulla fides*:» que equivale á nuestro refran español: «ya no corren trazas:»

—Y diga vd., mi amo: ¿no hay tambien alguna regla ó señal para conocer cuál es la cara natural de cada hombre, y cual la cómica y fingida?

—Ahí está el hilo de la dificultad, PELEGRIN: porque los hay que de tal manera fingen, y con tal constancia representan el papel que se proponen en la comedia de este mundo, que apenas hay perspicacia que á distinguirlo alcance. Observa bien esas fisonomías.

Si miras á Don Fabian por un lado, le encontrarás apesadumbrado y mustio; si le miras por otro, le hallarás contento y alegre como una pascua. Y es que Don Fabian tiene noticias de que se prepara un cambio de ministerio. ¿Se alegra Don Fabian, ó lo siente? Por un lado lo siente, por otro se alegra, segun con quien hable: para eso son las dos caras.

Y ahí tienes á Doña Andrea, por un lado leyendo la Imitacion de Cristo, y dándose golpes de pecho hasta por los veniales, y por otro se le saltan los ojos de alegria al leer la carta de Don Valentin que le promete venir á consolarla en su viudez.

Y esto de las dos caras, PELEGRIN, se ha hecho tan indispensable requisito en estos tiempos que alcanzamos, que el que tiene una sola, ó puede contarse por hombre perdido, ó al menos con permanecer arrinconado y oscuro, sin que nadie de él se acuerde por mas que los méritos se le pudran. Pues si ya Maquiavelo en su libro del *Príncipe* dijo: «el que no sabe disimular no sabe reinar,» hoy que Maquiavelo se ha quedado niño de teta al lado de nuestros hombres políticos, el hombre que no tiene dos ó mas caras es escusado que piense en dar un paso en la carrera de las prosperidades.

—Segun eso, mi amo, y si para saber reinar es necesario saber disimular y tener muchas caras, no deberá fiarse nadie en que un rey le ponga la cara de risa, y le trate con agasajo.

—Esactamente, PELEGRIN. El primer acto del rey Luis XV inmediatamente despues de la declaracion de su mayoria fué desterrar á su ministro el duque de Borbon. ¿Pero cómo? El rey habia dispuesto para aquella noche una partida de caza. Momentos antes de salir estuvo conversando familiar y amistosamente con el ministro, y aun le hizo quedarse á cenar con él. Concluida la cena, se despidieron hasta otro dia. A la hora de esto, el rey estaba acechando las perdices, y el ministro camino de su destierro.

—¡Cáspita con las buenas caras de los reyes, mi amo!

—Afortunadamente, PELEGRIN, los reyes de España nunca han imitado semejantes ejemplos. ¡No faltaba mas! Pero creete que la simulacion asi suele cobijarse bajo las coronas como bajo las tiaras ó los capelos.

Ejemplo insigne de refinada ficcion y de admirable perseverancia fue el papa Sixto V, antes de serlo; pues desde que llegó á ser cardenal, bajo el nombre de cardenal Montalto, dirigió todas su miras y puso todos sus puntos en la santa silla: y para lograrla se propuso revestirse de todas las apariencias de un viejo macilento y achacoso. Su semblante era el tipo de la humildad; no levantaba los ojos del suelo, y hasta andaba encorbado y apoyado en un báculo.

Catorce años estuvo representando ese papel, PELEGRIN, esperando la muerte de Gregorio XIII. Falleció al fin este pontífice. Cinco facciones ó partidos, y catorce candidatos se presentaron en el Cónclave, el cual ardia en intrigas para la eleccion de Papa. Para poner término á esta guerra se acuerdan del cardenal Montalto, que parecia el mas desnudo de ambicion y el mas estraño á todos los partidos. Su achacosa contestura hacia creer ademas que su pontificado sería de corta duracion, y cada partido lo aceptaba como una tregua para preparar su triunfo en otra lucha electoral. Proclaman pues al cardenal Montalto bajo el nombre de Sixto V; y no bien

fué pronunciada la proclamacion, cuando el macilento, el humilde, el tímido, el achacoso y encorbado cardenal arroja de repente la muleta, su rostro se alegra y vivifica, endereza su cuerpo poniéndole mas derecho que un huso, y hay quien añade que dió un salto, é hizo una pirueta, diciendo con atronadora voz: «¡aquí me teneis: me siento con vigor y robustez para gobernar, no solamente la iglesia, sino el mundo entero!»

Quédanse estupefactos los cardenales: el de Médicis le pregunta cómo es que ha vivido tanto tiempo encorbado, y el nuevo papa le responde: «es que andaba buscando por la tierra las llaves de San Pedro; ya las encontré: ahora cuidado conmigo, que soy el papa!»

—Señor, si esto hacen los reyes y los padres santos, ¿qué harán los súbditos y los pecadores? Y de esa manera ya no me maravilla que haya entre los fieles de por acá quien se lleve años enteros usando la cara de patriota si ve que lo que anda en boga es el patriotismo, ó haciendo la gatita de-Mariramos si conoce que lo que priva es la mística ciudad de Dios, hasta alcanzar la breva qne buscaban, y que tan luego como la alcancen se quiten aquella cara y se pongan otra, y enseñen los dientes y saquen las uñas, y si han andado con muleta como ese cardenal que vd. dice, agarren la muleta y la empléen en hacer cardenales de un golpe á cuantos caen por su banda. Y asi ya no me fiaré yo ni de caras de patriotismo ni de caras de beatitud, sino que las miraré como caras cómicas y teatrales que se ponen solamente para mientras dure el papel.

—Pues aun en ciertas situaciones de la vida, Pelegrin, no es de todo punto dificil distinguir la fisonomía natural de la fisonomía estudiada, porque muchas veces se conoce ó supone el papel que á cada uno le conviene representar. Lo peor es cuando en circunstancias las mas ordinarias y comunes no puedes atinar á qué cara atenerte. Tú vas, por ejemplo, á visitar á Don Paulino, y ves que te recibe con los brazos abiertos y con señaladas demostraciones de satisfaccion. Pero Don Paulino es hombre de dos ó mas caras, y como tú no ves mas que una, no sabes si con la cara que tiene por detrás ó de reserva te está poniendo un gesto avinagrado, y como quien dice: «¿qué traerá ahora por aqui este mueble?»

Y siendo como es esto lo que mas comunmente pasa en la sociedad, vete tú á penetrar los verdaderos sentimientos de los hombres, ni á conocerlos ó adivinarlos por sus fisonomías, ni á distinguir la fisonomía cómica de la natural. Y asi yo no encuentro para esto mas medio ni regla que una, á saber, espiar cuidadosamente el semblante de cada uno en aquellas emociones imprevistas, en aquellos momentos de abandono en que el hombre no tiene tiempo para fingir, en que la sorpresa no le permite hacer traicion

á sus pasiones, ó en que no creyéndose observado deja que se refleje en su rostro el fondo de sus pensamientos ó afecciones.

—Señor, eso sería muy impertinente y muy pesado: y yo, en vista de lo cómicos que son los hombres, paréceme que tengo otra regla mas segura y mas sencilla para conocer por la cara lo que piensa un hombre de mí.

—¿Y qué regla puede ser esa?

—Observar la cara que me pone por detrás.

—Y si es por detrás, ¿cómo puedes tú verla ni observarla?

—Señor, en viendo la que me pone por delante, la contraria es la que me pone por detrás; y esta es la verdadera, y la otra la aparente. Y es probado.

—No tanto como eso, PELEGRIN; porque aun se encuentran hombres, aunque no en gran número, amantes de la naturalidad y enemigos de la simulacion. Pero confiésote que es triste y desconsolada cosa que de tal manera y hasta tal punto haya invadido la sociedad humana el arte de fingir, que haya llegado á hacerse la fisonomía del hombre la mas admirable actriz del TEATRO SOCIAL: y que el caracter, el genio, las inclinaciones, los afectos, la tranquilidad, la benevolencia, la ambicion, la ira, las pasiones todas se hayan de disfrazar tan estudiadamente por esa que debiera ser el espejo del alma, y que hoy es la cómica mas diestra y astuta, á saber, la fisonomía del hombre. ¡Desdichada sociedad, PELEGRIN, aquella en que apenas hay nada verdadero sino la hipocresía y el engaño, y en que ha venido á hacerse un axioma el dicho del poeta: «*Fronti nulla fides*; toda fisonomía engaña»!

LA BOLSA.

CAPITULO III.

Su parte moral.

Retirados Tirabeque y mi reverencia al rincon de una capilla, veíamos móverse, agitarse, bullir, y zumbar delante de nosotros aquel enjambre de especuladores, que á guisa de abejas en el interior de una colmena, trabajaban cada cual á su modo por fabricarse su panalito de miel, que es lo que allí se pretende demostrar.

Mi paternidad contempló por un rato en silencio aquel cuarto poder del Estado..... ¿cuarto he dicho? ¿Acaso no es muchas veces el primero? ¿Y qué poder mas fuerte y mas propio de un siglo metalúrgico y positivo que la Bolsa? ¿Acaso, me decia yo, no es la Bolsa la que derriba y levanta ministerios, la que cambia la faz de los negocios públicos, y la que influye mas poderosamente en el triunfo ó la derrota de los bandos y partidos que se disputan el poder? ¡Cuántas veces, pueblos mios, estareis vosotros discurriendo sobre las probabilidades de que pueda sostenerse ó caer un gabinete, estudiando las necesidades del país, pesando el estado de la opinion pública, calculando sobre la marcha de la política estrangera, formando juicios sobre la oposicion ó apoyo que pueda tener en las córtes, y no atinaréis la razon por qué un gobierno se sostiene, por qué otro cae, y pór qué otro vacila y se bambalea, ó se remienda y recompone, y os parecerá todo incomprensible é inesplicable, sin atinar con el verdadero *busilis*, que suele ser *una jugada de Bolsa*!

¡Cuántas veces diréis para vosotros: «¿por qué este periódico, por qué el otro diputado, que antes tronaban contra el gobierno, hablando el uno y escribiendo el otro, ahora se hacen lenguas y se deshacen en laudes y encomios de ese propio gobierno, siendo el mismo mismísimo que antes era? ¿Qué es esto? ¿Cómo se esplica este cambio? ¿En qué país vivimos?—En un país de Bolsa, hermanos mios muy amados: y todo eso que á vosotros os

parece tan estraño é incomprensible se esplica muy sencillamente por una jugadita de Bolsa.» Y levantando los ojos al santo fundador de la cúpula, esclamé: «¿no es verdad, santo mio?»

Oyó TIRABEQUE la esclamacion, y me interrumpió diciéndome: «Señor, con el permiso del Santo, ¿me dirá vd. en qué consiste que aqui todo el mundo cuchichéa? Estos que se hablan al oido y aparte supongo yo que serán amigos y que irán á la una.

—En la Bolsa no hay amigos, PELEGRIN, y en cuanto á ir á la una, ya es otra cosa. Aqui todos van á la una, ó por mejor decir, al uno, que es á su negocio.

—Pero ellos parece que se hacen confianzas.

—Las confianzas de la Bolsa, PELEGRIN, son como las de las máscaras y las de los juegos de prendas, con la diferencia que suelen costar mas caras. Por lo demas, aqui todo el mundo tiene alguna confianza que hacer: todo el mundo sabe algun secreto, siempre por buen conducto se supone: estos secretos se comunican con aire misterioso, y como quien dispensa en ello un favor distinguido y singular, y nada mas que á medias, porque no se podria revelar todo sin comprometer y quebrantar lo sagrado del sigilo, dejando sin embargo traslucir lo bastante para que el que juega sepa por qué lado va á hacer un negocio loco. Pero ¡infeliz del que se fie de confianzas y secretitos de Bolsa!

—Señor, allí hay uno á quien todos parece que miran y observan con mucha atencion y cuidado.

—Ese, PELEGRIN, será alguno de los santones, gefes ó directores de esta orquesta, que son los que se cree dan el tono y la clave, y que tienen en su mano la llave y el cordon, con que abren ó cierran, aprietan ó aflojan esta Bolsa á su placer. El que posee la confianza de uno de estos santones, aquel cree tener ya la fortuna sujeta por las agallas, compra ó vende con toda resolucion, se embarca sin miedo, se engolfa en alta mar, y navega á todo trapo. Los que nó, le observan cuidadosamente, acechan, escuchan, á ver si por una palabra que suelte, por un gesto ó ademan que haga, conocen si compra ó vende, si está ó continúa á la alza ó á la baja, y seguir el rumbo y derrotero que él siga. Los santones que esto saben, dejan caer á manera de oráculos ó sibilas tal cual palabra misteriosa que es cogida con avidez, ó hacen tal cual demostracion que saben cómo ha de ser interpretada. Pero sucede, PELEGRIN, qne cuando indican que están comprando, entonces es cuando están vendiendo, que en términos vulgares y bursátiles llaman *largar candela*, ó bien compran por un lado seis, y venden por otro doce, y ellos hacen su negocio, y el que caiga caiga.

—Pero señor, ¿y el octavo mandamiento?

—Los mandamientos de la Bolsa, PELEGRIN, no tienen octavo, porque no son los mandamientos que se encierran en dos los que aqui rigen, sino otros que se encierran en uno: los cuales ni pertenecen al honor de Dios ni al provecho del prógimo, sino al provecho del individuo.

—Señor, diga vd. lo que quiera, si yo fuera hombre de dinero, jugaria hoy á la Bolsa, y pienso que con seguridad de ganar; porque al venir á este rincon en que estamos pesqué al paso una noticia muy gorda que uno estaba comunicando á otro al oido: «no tenga vd. duda, le decia; lo sé originalmente; anoche les fué admitida la dimision: esto va á pegar un bajon terrible.» Yo supuse que seria la dimision de los ministros; y siendo así, ó yo soy muy lego, ó esto ha de ir de baja, y se podia hacer hoy un buen negocio: ¿quiere vd. que nos animemos, mi amo?

—¡Desgraciado, TIRABEQUE mio, el que se fia de noticias de Bolsa! ¿No te he dicho que aquí nada es verdad, y que en este sitio no rige el octavo mandamiento? Has de tener entendido, PELEGRIN, que la Bolsa es una fábrica de noticias, pero fábrica en que se miente al vapor. Aqui cada dia se forma un nuevo ministerio: la Reina ha tenido ya cuatro ó cinco maridos en la Bolsa: en este sitio se han pronunciado casi todos los pueblos de España cuando ellos se hallaban mas tranquilos: aqui se han arreglado veinte veces los negocios con Roma á satisfaccion de ambas partes: en este lugar ha muerto Luis Felipe doce veces, mitad de enfermedad, y mitad de muerte repentina: dentro de este recinto se han roto las hostilidades de la Inglaterra con la Francia en treinta ocasiones: aqui se mudan los gabinetes extrangeros á gusto de cada consumidor: al rededor de esa valla se han puesto en desacuerdo Narvaez y la Reina Madre cincuenta y cinco veces, y sin salir de aqui los han reconciliado otras tantas: allí en aquel testero han andado al estricote los ministros unos con otros en sesenta ocasiones, pero en la capilla de enfrente estaban á partir un piñon, y en el cuerpo de la iglesia habian salido ya dos de ellos de resultas de la refriega que habian tenido: aqui se disuelven las córtes á la una y media, y á las dos se vuelven á prorogar; y á veces á una misma hora en la capilla izquierda están dando un voto de censura al gobierno, y en la derecha se le están dando de confianza: junto á aquella puerta han salido una docena de notas del gabinete inglés para nuestro gobierno, y en la de enfrente siempre hay correos extraordinarios que acaban de llegar de París con la definitiva: todas las noches hay en la Bolsa consejos de ministros que duran hasta el amanecer, y á los embajadores se los trae á deshora y á mal traer de casa en casa cuando ellos duermen á descansa-plenipotenciario: y todo esto, si pasa en

Madrid, el que lo dice es porque lo ha visto, y si pasa fuera, ha visto cartas y documentos fehacientes, ó cuando menos, se remite al testimonio auténtico de autoridad irrecusable.

Aqui, PELEGRIN, no hay noticia que no se invente, patraña que no se forje, novedad que no se urda, embuste que no se trame, y embrolla que no se teja: todo con el santo fin de que esto suba ó baje, se anime ó se desaliente, y hacer cada cual su juego á costa de la gente incauta y crédula, cándida y sencilla.

—Segun eso, mi amo, cuando tanto se miente, mucha influencia deben tener aqui las noticias.

—Parece que debieran tenerla, PELEGRIN, pero esto es lo mas gracioso. En todas las Bolsas del mundo las oscilaciones de alza ó baja tienen sus causas naturales y conocidas, y en cierto modo están sujetas al cálculo: porque los valores de los efectos públicos penden de la mayor ó menor estabilidad del gobierno, del mayor ó menor crédito que goza, ó de la mayor ó menor confianza que inspira; de su exactitud en el pago de los intereses, de la tranquilidad del estado, ó del temor de disturbios políticos etc. Por eso en aquellas bolsas las buenas noticias sirven de mucho, aunque tambien se miente á destajo. En España, como todo sucede por la regla de los vice-versas, la Bolsa por lo comun está en vice-versa tambien. Aqui cuando hay un poco de paz suelen bajar los fondos un 4 por %, y cuando hay un pronunciamiento suelen subir un 5. Aqui cuando el gobierno asegura el pago de las rentas por uno ó dos años, bajan un 3, y cuando parece que se va á caer el cielo sobre nosotros, suben un 4. Aqui el que mas cree saber es el que menos acierta, y el que mas mira es el que menos ve. De modo que el que aqui funde sus cálculos sobre noticias y sucesos políticos puede estar ya seguro de una de dos cosas, ó de que ha de ganar, ó de que ha de perder.

—De verdad, mi amo, yo creia que las alzas y bajas de la Bolsa dependian de los sucesos, y de la marcha del gobierno, y que por lo mismo el que mejores noticias tuviera aquel podria ganar mas: pero sino consiste en esto, no sé yo en qué diablos podrá consistir..... Y escuche vd., señor..... Veinte millones acaba de publicar ese hombre que está ahí: ¡qué atrocidad, mi amo ¡20 millones de una vez!

—Pues mira, eso que acabas de oir tampoco es verdad.

—¿Cómo que no es verdad, señor? Lo he oido tan claramente y mejor que le estoy oyendo á vd. ¡Oh! de eso no me cabe duda.

—Podrá ser verdad, pero podrá tambien no serlo: ¿quién te ha dicho á tí que esa operacion no sea valor entendido entre dos jugadores de antemano combinados, que van á la una como tú dices, y que hacen pu-

blicar esa operacion para aparentar que los valores van en alza ó en baja?

—¿Eso tambien, señor?

—¿No te he dicho que aqui nada es verdad, ó que aunque la haya no es facil distinguirla de la mentira?

Y volviendo á las causas influyentes en los cambios, todo depende, PELEGRIN mio, de que cuatro, seis, ó diez capitalistas de estos que llamamos *gordos*, formen un complot poniéndose de acuerdo para elevar ó bajar los precios del papel, á cuyo fin y bajo la direccion de un gefe, toman todas aquellas medidas, y usan todas las estrategias.....

—Perdone vd. que le interrumpa, mi amo; entonces ya sé yo el modo seguro de ganar en la Bolsa. No hay mas que ver de hacerse amigo de alguno de estos sacristanes mayores, pescarles el secreto, y en seguida arrojarse de bruces y echarse á nado, y tomar ó vender millonadas, segun convenga, y luego preparar los talegones para recibir las ganancias, que si es asi como vd. dice, ellas vendrán infaliblemente.

—Eso, PELEGRIN, no tiene mas peligro que el de ir buscando lana y volver trasquilado; y ese argumento que tú haces es lo que ha producido que muchos, halagados por la golosina, se hayan encontrado luego avergonzados de verse desnudos como nuestro primer padre en el acto de probarla. Lo cual consiste en diferentes razones, de las cuales te esplicaré algunas, para que tú no te dejes engolosinar.

En primer lugar, PELEGRIN, que como te he dicho, en la Bolsa no hay mas amigos que uno. En cambio éste merece las simpatías de todos; todos son sus apasionados; todos le buscan; todos desean estrechar relaciones con él; es el reverso de la medalla de Trápani. Este afortunado amigo es el *dinero*. De consiguiente, como en la Bolsa el octavo mandamiento no entra tampoco para nada, podria sucederte muy bien..... no digo que te sucediera, pero podria sucederte, que cuando tú creyeras poseer de ese amigo el secreto de la jugada, te encontráras con que tú marchabas por el lado que él te dijo, y él llevaba el rumbo que te calló en prueba de su amistad.

En segundo lugar, pudiera acontecer tambien que de esos mismos capitalistas que se habian, no diré conjurado, porque esta palabra dicen que no es parlamentaria, que se habian convenido para una jugada á la alza por egemplo, deserten con mucha frescura el dia menos pensado de las banderas alcistas, y se alisten muy marcialmente en las filas bajistas, si por el campo que antes era enemigo calculan que van mas derechos á tropezarse con el amigo de todos, dándoseles un ardite por la infraccion del tratado, con lo cual el negocio cambia enteramente de aspecto.

En tercer lugar, que al propio tiempo que por un lado se dispone un

plan de campaña, no faltan guerreros del bando opuesto que preparen tambien el suyo, que es lo que se llama haber *una jugada fuerte*. Entonces cada gefe organiza su ejército, en que entran generales, oficiales, cabos y soldados. Cada cual arregla su plan de ataque y defensa. Cada cual pone en juego los medios estratégicos que le sugieren sus recursos. Empiezan las maniobras, se colocan las baterías, se preparan las municiones, se adelantan las guerrillas, se va empeñando la refriega, se hacen caminos cubiertos, se abren minas y contraminas, se fingen retiradas, y últimamente se empeña el combate general. Cada ejército sigue lleno de fé el pabellon de su general en gefe, y unos y otros se baten con entusiasmo. Y cuando se halla mas embravecida la pelea, cuando parece que no se va á dar cuartel, los generales y gefes de los dos encarnizados bandos, en la noche que ha de preceder á la decision de la batalla, se acercan, capitulan en secreto, se dan el abrazo de Vergara, y acuerdan entre sí las bases de indemnizacion por gastos de guerra. Entretanto las masas, que ignoran la capitulacion, siguen batiéndose heróica y denodadamente, hasta que cuando menos lo piensan se encuentran unos y otros desordenados, los unos sin fuerzas para continuar la lucha, los otros prisioneros de guerra, otros heridos, y desangrados los mas, absolutamente sin gota de sangre en su cuerpo.

—¿En dónde estoy yo, mi amo? ¿A dónde me ha traido vd? Y vámonos de aquí, si á vd. le parece; que á mas de no saber lo que por mí pasa con esas cosas que vd. me cuenta, debe ser ya bastante tarde.

—Aun no son las dos, Pelegrin: ¿no vés que no han tocado todavia la campana para avisar á la santa comunidad que queda cerrada la Bolsa de hoy?

—No puede ser eso, mi amo; debe ser mas tarde, porque veo por aqui muchos empleados del gobierno, y si fuera la hora que vd. dice no estarian en este sitio, sino en sus oficinas.

—No te sorprenda eso, Tirabeque mio, porque dias hay que parece esto una secretaría del Estado, ó una fusion de oficinas de todos los ramos de la administracion, que es una cosa de las que entran por mas en la moralidad de la Bolsa. Lo cual debe consistir en que segun dicen..... cuidado, Pelegrin, segun dicen, porque yo no lo afirmo, y de consiguiente nadie tiene derecho á pedir que se escriban mis palabras como las del hermano Orense en la célebre sesion del 9 de enero. Digo que, segun dicen, el gobierno, en lugar de fomentar el crédito del Estado con medidas sabias, útiles y justas, que son las que dan la verdadera confianza, suele tambien tomar parte en las jugadas de Bolsa, y entonces todos los que están en posicion de participar de los secretos del gobierno se lanzan á la arena bursá-

til, con la firme conviccion de hacerse poderosos en cuatro dias; y tanto es natural que suceda cuando el guardian juega á los naipes. Marchan pues decididamente como satélites por la senda que les marca el planeta luminoso. Pero como en España todo sucede por la regla de los *vice-versas*, cuando el gobierno se propone hacer subir los fondos un 5, entonces es cuando suelen bajar un 6 ó un 8. El carro del sol se precipita como el de Faeton, y los que fiados en su luz habian pensado subirse el cielo como Icaro, sienten de repente derretírseles las alas, no solo las de cera sino las del corazon, y caen y se zambullen y se ahogan, y lo estraño sería que estos pobres navegantes no naufragáran llevando al gobierno por piloto.

Y como la gente de tropa tiene que jugar á plazo y al descubierto, por no permitir otra cosa el tesoro privado, aunque la baja se pronuncie, siempre tienen una esperancilla; pero los plazos vencen, las liquidaciones llegan..... «al freir de los huevos será el reir,» decia el posadero; á lo que el arriero contestaba: «al cobrar será el llorar.»

En efecto, al cobrar son los llantos y los suspiros y el *stridor dentium*. Llega el cobrador con las *pólizas*. El uno apura el ejército de reserva, producto de las economias de 30 años, para cubrir sus diferencias y quedar con honor. No es malo qne se salve el honor aunque todo lo demas se pierda. El otro se ha anticipado al cobrador, y ha sacado otra póliza distinta, un billete en la Mala, y sino ha parado debe estar ya entre los neo-católicos de Alemania: el vendedor contaba con ocho mil duros de diferencias, y se encuentra con ocho hijos sin padre: ¡esta si que es diferencia! Llueven en la junta sindical oficios de presentacion por insolvencia; pero lo que se presenta son oficios y no mas: en cuanto á los compradores, solo se encuentra de ellos el «*Dios guarde á vd. muchos años.*» Cuatro se esconden, seis se largan, y veinte se declaran en quiebra.—Procédase al embargo.—Si señor; aqui están todos mis bienes muebles, inmuebles y semovientes para responder.—Inventario: seis hijos, ocho sillas, dos levitas, y diez mil reales de sueldo, de los cuales cobro cinco. He jugado veinte millones; debo cuarenta mil duros; embarguen vds. lo que quieran, inclusa mi muger, que la doy por una lámina de deuda sin interés.»

—Señor, me dijo Tirabeque, lo que me consuela es que en la Bolsa nada es verdad, y de consiguiente tampoco debe serlo lo que vd. me cuenta. Porque si asi fuese, y el jugar en la Bolsa tuviera tantos inconvenientes y y percances, ¿cómo era posible que tuviera tantos devotos este santo templo?

—Porque no hay cosa, Pelegrin, que tanto excite al hombre y le engolosine y embizque, y le estimule y tiente, y le haga perder los estribos, como la esperanza y la posibilidad de hacer una fortuna loca en cua-

tro dias, y encontrarse rico de la noche á la mañana, y pavonearse en un *tres por ciento* por esas calles de Dios (1); y todo sin necesidad de quemarse las cejas con el estudio, ni de encallecerse las manos con el trabajo, ni de emplear ninguno de esos medios á que el autor de la naturaleza condenó al vulgo de los mortales cuando dijo: «*in sudore vultus tui.*» A lo cual contribuye mas de un ejemplo práctico que se ofrece á la vista; que no parece sino que el hermano Montesquieu hizo en profecia el retrato de la Bolsa cuando dijo en sus Cartas Persianas: «Todos los que eran ricos hace seis «meses son pobres ahora, y los que antes no tenian pan, revientan ahora «de ricos. Jamás se han tocado tan de cerca estos dos estremos..... «¡Qué de fortunas improvisadas, increibles aun para los mismos que las «han hecho! El mismo Dios no saca mas rápidamente á los hombres de la «nada (2).

Estos ejemplos, Pelegrin, son los que hacen caer en tentacion á tantos, de los cuales unos se hunden y estrellan, y otros se elevan y suben, y á quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga, que al cabo todo se reduce en último término á un sistema de trasmigracion. Asi como tambien los hay aqui que se circunscriben á los límites de una fria prudencia y de una continencia calculada, que llaman vulgarmente *cucos*, y son los que suelen sacar, sino tan rápido, mejor y mas seguro partido.»

En esto dieron las dos.—Vámonos, le dije, que ya el sacristan con su *tintinábulo* avisa que se va á cerrar el templo.

—Pero señor, me replicó, ¿y la moralidad que veniamos buscando? ¿nos hemos de ir sin ella?

—Tienes razon, le dije. Y levantando los ojos al santo fundador esclamé: «¡Oh glorioso San Basilio! Tú que de los pacíficos y silenciosos desiertos del Egipto y de la Siria te ves trasportado á esas alturas, desde donde miras y observas este bullicioso enjambre de especuladores, y eres testigo presencial, diario y forzoso de tas bursátiles zambras, maniobras teje-manejes; dime por tu vida, tú que amaste tanto la verdad siendo hombre, y ahora la amarás mas siendo santo; dime, dónde encontraré yo la parte moral de la Bolsa?»

(1) Dióse este nombre en Madrid á una determinada clase y especie de coches, nuevos, elegantes y puestos á la moda como últimamente venidos de Francia, por ser la mayor parte fruto y resultado de cierta conversion de *treses*.

(2) *Tous ceux qui etaient riches il y a six mois sont a present dans la pauvreté; et ceux qui n' avaient pas de pain regorgent de richesses. Jamais ces deux extrémites ne se sont touchées de si prés..... ¡Quelles fortunes inesperées, incroyables même a ceux qui les ont faites! Dieu ne tire pas plus rapidement les hommes du neant.* - Carta 138. Rica á Ibben.

—Señor, me dijo Tirabeque, se me ha figurado que el santo Obispo se ha encogido de hombros.

—Pues si San Basilio, le repliqué yo, con ser santo, y estar arriba, y ver y oir y observar diariamente lo que pasa en la Bolsa, se encoge de hombros y no quiere responder, ¿qué puedo decirte yo, mísero mortal, que no conoce ni penetra las flaquezas y liviandades de los hombres?

Esto no quiere decir, Tirabeque mío, que aqui no haya negociantes de buena fé: antes pienso que son los mas, como tú podrás suponer. Y estos mismos son los que claman por que se moralice la Bolsa. A este fin (juzgando piadosamente) ha dado el gobierno varios decretos ó semi-leyes; pero sease que el poder de la Bolsa, como te he dicho, sea mas fuerte que el poder del gobierno; sease que mientras los valores estén sujetos á las enormes diferencias de alza ó baja de 4, 6, y aun 10 por %, no pueden menos de estarlo tambien al agio y al monopolio; sease que mientras se permitan las jugadas á plazo y al descubierto será siempre un juego de azar; sease que la codicia, y el apetito desordenado del dinero, y el *auri sacra fames* sea mas poderoso que todas las leyes del mundo, lo cierto es, Pelegrin, que la Bolsa sigue, y si Dios no lo remedia seguirá siendo la gloria de unos pocos, el purgatorio de muchos, y el infierno de muchos mas: la calle *del Desengaño* de Madrid será un remedo de la *rue Quincampoix* de París despues de las ruinosas guerras de Luis XIV, y para entrar en la Bolsa será menester, ó no saber nada ó ser un Law (1). Sin embargo no me atreveré yo á decir lo que un poeta francés consignó en uno de sus arranques de buen humor:

Il faut, je le vois bien, et le dis sans rancune,
etre sot ou fripon pour faire sa fortune.

Con que asi, PELEGRIN, (y vamos saliendo, que ya el sacristan con el campanillorro apura porque se salga del templo), el mejor de los dados es no jugarlos; pero en caso de jugar, el que no sea un Law, debe cada vez que haya de entrar en la Bolsa refrescarse la sangre; ponerse un poco de plomo á los pies; templar la sed metalúrgica con una decente dosis de agua de moderacion destilada; mezclarle unas gotitas de extracto de serenidad; estrechar las tragaderas para que no cuele todo lo que se

(1) Law; el agiotista mas famoso, mas diestro y mas trapisonda que han conocido los siglos. Véase el artículo de Thiers sobre el sistema de Law en la *Enciclopedia progresiva*, año 1826.—He aquí como se esplica otro autor acerca del sistema de Law: «Seria difícil pintar la especie de frenesí que se apoderó de los espíritus al ver las fortunas tan rápidas y enormes que se hacian. La *rue Quincampoix* era el *rendez-vous* de todos los especuladores y el teatro de su manía. Las fortunas mas considerables fueron abajo, y se levantaron otras prodigiosas. El desórden halló alimentos en los mismos obstáculos que se trató de oponerle.....» Calle del Desengaño, templo de los Basilios.

oiga; tener presente que la codicia rompe el saco, y que vale mas andar á paso de arriero que reventar al vapor, y que *sat cito si sat bene*, en latin para mejor inteligencia de los bolsistas; no estirar la pierna mas de lo que permite á cada uno su manta; y por último, la regla del ramplon, comprar cuando está bajo y vender cuando está alto.

Estas máximas, PELEGRIN, aunque te parezcan vulgares, acaso no se alcanzan ó no se quieren creer sin hacer alguna vez la víctima.

—Pierda vd. cuidado, mi amo, que por fortuna ó por desgracia mi manta es tan corta que ni aun siquiera la pierna coja puedo estirar, y asi no hay peligro de que yo me arruine en la Bolsa.»

En esto salimos del templo, y mi paternidad concluyó por aquel dia, sin perjuicio de lo que mas adelante pueda dar de sí aquel Teatro, con esta monicion espiritual.

Hermano, si á la Bolsa acaso vas,
Y con pulso alli no juegas,
Echa la bendicion á tus talegas,
Si loco no te vuelven ademas.

Mejor te fuera echar por la ventana
Tus onzas una á una,
Por que si al fin arrojas tu fortuna,
Te queda al menos la cabeza sana.

Sujeta el *auri fames*, ten prudencia,
Y tenla á todas horas,
Porque podrás perder, si te acaloras,
La chola, el oro, el tiempo, y la paciencia.

EL PASEO DE ATOCHA.

Todas las capitales y grandes poblaciones tienen sus paseos públicos [que sirven de punto de reunion al mundo] elegante, y como tales son nombrados en la historia de los pueblos. Lóndres tiene su *Hyde-Park* y su *Regent-Park*; París tiene sus jardines de *Tullerias* y sus *Campos Eliseos*; Berlin tiene su *Unter den Linden* (bajo los tilos) y su *Wilhem-Strasse*; Viena su delicioso *Prater*; y Madrid su anchuroso *Prado*, que fué siempre su paseo antonomástico. En el estrangero Madrid y

el Prado se nombraban siempre juntos y como dos ideas asociadas. Eran como París y Tullerias. Aun habiamos logrado traer aqui á París, si bien rebajándole hasta convertirle en la mas estrecha, desigual y miserable callejuela del Prado; pero era París, y esto bastaba y aun sobraba para que aunque fuese un callejon infernal la adoptase la flor y nata de la elegancia madrileña, y le prefiriese al anchuroso y despejado salon.

Ultimamente el espíritu reformador de la época penetró en el Prado. Se ensanchó París; se le exornó con una verja, sino del mas esquisito gusto, al menos decentilla y nada profana; se le decoró de una fila de asientos de piedra, no muy fina, pero de *dura*, y se trató de multiplicar los faroles, que si hasta ahora no han alumbrado, aun no es tarde, puesto que todavia no hemos llegado á la mitad del siglo de las luces.

Mas hé aqui que apenas hecha la reforma, antojósele á esa inconstante y voluble dama que llaman *moda* cambiar de domicilio, y abandonando el Prado, se trasladó con todo su séquito hace cosa de un par de meses..... ¿á dónde? al mas raquítico y mezquino paseo que encierra la capital, al paseo de Atocha con *p* minúscula, que es la que en buena ortografía le compete.

Tiene sin embargo el *paseo de Atocha* muchas ventajas sobre el del *Prado*. En primer lugar está mucho mas lejos, lo cual siempre es una comodidad; y es ademas un paseo trinomio, puesto que el que va á Atocha da por necesidad tres paseos largos, uno antes de Atocha, otro en Atocha, y otro despues de Atocha, todos largos. Y siendo el ejercicio tan provechoso para la salud, no sé cómo la Reina Moda no ha determinado llevar el paseo al *cerro de los Angeles*, que está dos leguas, segura de que allí la seguiria su *servidumbre*; y esto sería muy higiénico.

En segundo lugar el *paseo de Atocha* representa mejor que ningun otro el orígen de los hombres, lo que somos, y lo que nos hemos de volver. En tiempo húmedo y lluvioso nos recuerda nuestro orígen, puesto que de barro fuimos hechos, y esto *nos lo echan en cara* con la mayor facilidad los coches y caballos que pasean tambien en tan propincua vecindad de la humanidad elegante, que ésta va muy en peligro de que le digan: «ahí teneis la materia de que fuisteis formados;» ó á que lo hagan sin decirlo, que es lo peor. Y en tiempo seco no se necesita de miércoles de ceniza para recordar á los mortales que somos polvo y en polvo nos hemos de convertir.

En tercer lugar tiene la ventaja de que cuando en otros paseos hace calor, allí hace bochorno, y cuando el dia está frio se llega helado y se vuelve yerto, que es cuanto se puede apetecer.

En cuarto lugar, como el paseo es una especie de sepultura de pícaro por lo largo y angosto, el amartelado jóven que concurre allí llevado de la

devota idea de cruzar sus miradas con las de su bella adorada, apenas podrá lograr este placer intuitivo una sola vez en el tiempo y espacio que podría en el *Prado* proporcionarse este goze visual tres ó cuatro por lo menos. Esto es una ganancia para la moral pública, y un beneficio para los celadores de proteccion y seguridad doméstica de las niñas. Y si ellos pierden, tambien tienen el gusto de pasear en Atocha, lo cual bien vale la privacion de algunos flechazos.

En quinto lugar, aquel paseo es sumamente pintoresco y variado, por las escenas populares y de democracia civil y militar que á su orilla pasan. La rinconada y *altillo de San Blas* son el Teatro de Variedades de estas escenas.

A veces es una compañía de cazadores ó de fusileros que sentados en el declive del *altillo* y al márgen del paseo, se ocupan de barnizar sus cartucheras y de embadurnar su correage al compás de las árias y cavatinas de su escuela, cuya letra no dejará de ser edificante para las filarmónicas que la escuchen al paso.

A veces son media docena de Diógenes de capa parda, que durmiendo á pierna suelta y al sol, desafían á felicidad al padre de la filosofía cínica, sin haber oido jamás hablar ni de él ni de ella. O bien son otra media docena de desgreñadas Medusas que se auxilian mútuamente en una ocupacion, que por no nombrar un poeta latino la describió con el siguiente dístico, especie de enigma:

In silvam pergo venatum cum cane quino;
Quod capio perdo, quod fugit id teneo.

A un monte voy á cazar
Gazapos con cinco perros:
De lo que cojo me privo,
Y lo que escapa retengo.

Se vé ademas el *altillo* continuamente engalanado con *trápanis* de todos colores, es decir, con los trapillos que la gente pobre acostumbra á tender sobre la verde alfombra para que reciban los ardientes rayos del luminoso Febo: banderas tricolores unas, de paz otras, y otras de guerra, de la cual no han salido menos acribilladas que las que se conservan en el templo de Atocha, y cuyos harapos, formando un vistoso contraste con las sedas y brocados de las bellas *fashionables* que al márgen pasean, parece recordarles aquel consejo del sagrado libro: «*Memento paupertatis in tempore abundantiæ*: acuérdate de la pobreza en el tiempo de la abundancia.»

En sesto lugar, y esto es lo que debe fijar la predileccion al paseo de Atocha, acabo de recibir carta de Nápoles en que me dicen, que noticioso el conde de Trápani de los *tocayos* que adornan este paseo, y sabedor de que

en él se encuentran una iglesia y una ermita, piensa hacerle su paseo favorito tan luego como venga á su querida córte de Madrid, y que entretanto tendrá gusto en que se le vaya denominando *el paseo Trápani.*

Pero estoy viendo que vivimos en un siglo de tanta ingratitud, que con sola esta noticia ya le abandonan y acabará por quedar desierto.

Las modas, dice un filósofo, las inventan los locos y las siguen los cuerdos. Yo creo que ésta ha sido al revés. Pienso que han sido menos cuerdas *las masas* que la han seguido, que los pocos que con su fin particular la inventaron.

LA EMPLEATIVIDAD. (1)

Análisis del acto segundo.—Don Juan Empleado.

Honores mutant mores, dijo hace mucho tiempo el que lo entendía. Y si honores cambian costumbres, natural es que cambien tambien papeles.

En efecto el papel de *Don Juan Empleado* es muy distinto del de *Don Juan Aspirante*, y sus situaciones cómicas muy diferentes. *Don Juan Empleado* mira siempre al norte como la brújula, y su norte es el gobierno. Su cuerpo no conserva la anterior flexibilidad sino para ciertos pasos de la comedia, para saludar á sus gefes. Para con los demas adquiere una tension y una rigidez admirables. *Don Juan Empleado* no grita: al contrario, se cose la boca á dos cabos.

El papel principal de *Don Juan Empleado* es el de temblador; y Jorge Fox fundador de la secta de los Cuakeros no tuvo discípulos que tembláran tan en regla como los empleados de España. Todas las mañanas *Don Juan Empleado* coge temblando la Gaceta y la lee temblando. Si repasada la seccion oficial no halla nada relativo á su plaza, la tranquilidad vuelve á su espíritu. ¡Tranquilidad momentánea! porque llega la hora de oficina, y va temblando de encontrar en ella otro actor desempeñando su papel. No le encuentra, y se vuelve á tranquilizar. Pero llega la noche, y se acuesta temblando. Este tercer temblor nace de pensar en la Gaceta del dia siguiente.

La Gaceta no trae nada. Nada se entiende cuando no hay nombramientos nuevos de empleados, que es lo que le importa á Don Juan. Pero en

(1) El análisis del acto 1.° de esta comedia está en la séptima funcion.

cambio llega á los oidos de Don Juan un rumorcillo vago sobre cambio de ministerio, y Don Juan tiembla. El rumor va adquiriendo consistencia, y el temblor de Don Juan toma incremento. Coge el espediente del dia temblando, toma la pluma temblando, y pone el informe temblando: ¡temblando si será el último espediente que despachará! Pero el rumor de cambio ministerial cesa; y *Don Juan Empleado* se tranquiliza.

¡Tranquilidad momentánea tambien! Porque al dia siguiente se susurra que la renovacion será parcial, y de los dos ministros que se supone van á ser relevados, el uno es el del ramo en que sirve Don Juan. El temblor es consiguiente; el temblor se reproduce, y nada mas natural. Afortunadamente las voces de modificacion cesan tambien, y con ellas el temblor de *Don Juan Empleado*, el cual siente su espíritu reanimarse de nuevo.

¡Reanimacion momentánea! Porque al dia siguiente se empieza á decir que el ministro queda, pero que una vez asegurado, piensa llevar adelante su pensamiento de arreglar sus dependencias á una nueva plantilla. A la voz de nueva plantilla vuelve á temblar Don Juan como un azogado. Durante el proyecto de arreglo el cuerpo de Don Juan está hecho una sensitiva: no se le puede tocar sin que se estremezca. Inquiere, averigua, pregunta y escudriña si le tocará quedar fuera; y si los pensamientos ocupáran espacio, si fueran huecos como las bombas, *Don Juan Empleado* no descansaría hasta introducirse en el pensamiento del ministro, aunque fuese por el cañon de la espoleta, y aunque la hiciera reventar, que tal es su deseo de salir del temblor que ocasiona la incertidumbre.

Salen al fin la plantilla y los decretos, y por fortuna de Don Juan no se hace novedad con él. Se salvó del naufragio en una tabla, y tiembla de alegría. Pero pasadas las primeras impresiones se vuelve á tranquilizar.

¡Tranquilidad momentánea! Porque al dia siguiente se enredó una discusion en las Córtes de tal manera que el Gobierno perdió la votacion. Era discusion que el Gobierno miraba como cuestion de gabinete, y se vuelve á hablar de dimision y de retirada. Las cuestiones de gabinete son cuestiones eléctricas cuyos chispazos alcanzan á toda la cadena de empleados que están en contacto mas ó menos inmediato con la máquina, y la trepidacion se comunica al cuerpo de Don Juan. Vuelve pues Don Juan á temblar. Mas por fortuna suya el gabinete se muestra insensible á la derrota, y continúa impertérrito y tranquilo, y Don Juan se vuelve á tranquilizar tambien.

¡Tranquilidad momentánea! Porque sobrevino un pronunciamiento, y como los pronunciamientos, hágalos quien los haga, son máquinas de guerra cuyos fuegos se dirigen principalmente contra el grande ejército de los

empleados, nuestro Don Juan se estremece de una manera horrible y lastimosa: es un temblor que le hace dar diente con diente, que le desconcierta y le descoyunta.

Asi la vida de *Don Juan Empleado*, ó sea el segundo acto de la comedia *La Empleatividad*, se reduce al papel de temblador perpetuo. No es estraño; porque si ya el hermano Ovidio dijo hace mucho tiempo:

Omnia sunt hóminum tenui pendencia filo;
Todas las cosas del hombre
Penden de un hilo no más;

siendo tan tenuísimo y delgado el hilo de que pende el empleado en España, no es estraño, digo, que *Don Juan Empleado* tiemble de que el hilo se

rompa, ó de que le lleve el mas ligero soplo de viento que se levante.

(*Dejemos á* Don Juan Empleado *en el aire hasta otra funcion.*)

LO QUE QUEDO PENDIENTE.

Quedó el pobre *Don Juan Empleado* en la funcion anterior pendiente de un hilo, posicion seguramente violenta para sostenida por diez dias: pero que tenga paciencia, que en la propia y no mas cómoda actitud han estado estos dias los ministros con ser ministros, que tambien los maestros reciben de cuando en cuando cuchilladas, y Dios dispone alguna vez que los que á tantos dejan colgados por su propia voluntad lo queden ellos tambien por la agena, sin que les valga agarrarse á un clavo ardiendo y pugnar por sostenerse, ni puedan evitar que venga la parca sangrienta y les corte el dulce hilo de la vida. Pero volvamos al hombre del acto segundo de nuestra comedia.

La posicion de *Don Juan Empleado* en el aire, y pendiente de un hilo, me recuerda la estampa que sirve de frontispicio á un libro que se publicó á mediados del siglo XVII, en que se representa el viaje que hizo el español Domingo Gonzalez á la luna. (1) Domingo Gonzalez habia domesticado unas cuantas aves de rapiña, enseñándolas á comer en su mano, instruyéndolas en volar en una misma direccion llevando un peso pendiente de unos cordones que les ataba, y acostumbrándolas á volver y reposarse á una voz de mandato suyo. Cuando ya las tuvo convenientemente amaestradas, emprendió desde la isla de Santa Elena su proyectado viaje á la luna, del cual se cuenta que hizo un descanso en el pico de Tenerife.

Aquella estampa pues me ha inspirado, á mí Fr. Gerundio, la idea de la que sigue, y que representa á *Don Juan Empleado* elevado en el aire por los gefes de cada partido, que suelen ser otros tantos pájaros de cuenta, pendiente el infeliz de un hilo que cada ave lleva en el pico.

No hay mas diferencia de la estampa de Domingo Gonzalez á la de *Don*

(1) El autor del libro es el inglés *Francis Godwin.*

Juan Empleado, sino que las aves que conducían á aquél volaban todas en una misma direccion, segun que las tenía ensayadas y amaestradas, y los pájaros que llevan á Don Juan Empleado vuelan en direcciones opuestas

Domingo Gonzalez cuidó bien de que las cuerdas fuesen fuertes y difíciles de romper, mientras los hilos de que pende *Don Juan Empleado* son sumamente delgados y sutiles; y como las aves que le conducen marchan en direcciones encontradas y á diferentes grados de altura, sucede que mientras las unas llevan el hilo flojo las otras le llevan tirante, y el desgraciado va espuesto á que cualquiera de los hilos se rompa, y dé con su cuerpo en el pico de Tenerife ó se estrelle contra otro cualquier peñasco, ó caiga en el mar como Icaro; porque ¿quién es capaz de guardar el equilibrio conveniente, llevado en el aire, por aves que vuelan en tan distintas direcciones, y pendiente de un hilo que cada cual maneja, y estira y afloja á su voluntad?

Así no es maravilla que el papel del segundo acto de la comedia de Don Juan sea el papel de temblador.

Por estas mismas causas y otras muchas mas, *Don Juan Empleado* no

sabe en qué sitio del escenario le tocará seguir representando su papel. Sabe el hombre donde nace, y no sabe dónde morirá. Sabe Don Juan donde principió el segundo acto de su drama, y no sabe dónde habrá de concluir. Porque los Teatros son muchos, y la empresa suele tener gusto en que los recorra todos.

Hasta ahora Don Juan no ha hecho mas que representar su papel temblando, pero sin variar de lugar en la escena. Ahora entra el juego de maquinaria. El Teatro representa una decoracion de camino y una diligencia en marcha. Es *Don Juan Empleado* que vá por órden de la empresa á trabajar en otro teatro. ¿Cuánto tiempo permanecerá en él? El que tarde en llegar la órden que saldrá en la Gaceta de pasado mañana, mandándole que se traslade inmediatamente á otro escenario, porque asi conviene á los intereses de la empresa. ¿Cuánto tiempo permanecerá en el nuevo escenario? El que tarde en presentarse otro actor favorecido por la empresa, y que deséa trabajar allí.

Don Juan Empleado es un visitador forzoso de Teatros; es un viajero universal de oficio; es un militar sin armas, que está tres meses en marcha y uno de guarnicion. Para dirigir las cartas á *Don Juan Empleado* es menester poner en el sobre «en tal punto, *ó donde se halle*,» como en la correspondencia de un ejército en operaciones, y las cartas tienen que describir muchas veces un círculo completo para encontrarle. *Don Juan Empleado* no necesita estudiar geografía para hacerse un geógrafo práctico distinguido, al menos en lo relativo á España, pues á los pocos años de empleado debe estar en disposicion de poder levantar planos topográficos de todas las provincias, con la exactitud de quien ha pisado el terreno.

A veces representa la escena un buque surcando los mares de las Antillas ó de Filipinas. Es *Don Juan Empleado* que vá á trabajar de órden de la empresa en los Teatros de Ultramar. Y en la escena siguiente aparece una fragata haciéndose á la vela en el puerto de Cádiz. Es la fragata que conduce á *Don Juan Empleado* 2.°, que vá á reemplazar á *Don Juan Empleado* 1.° Es mas velera que el otro buque, y podrá arribar antes que *Don Juan* 1.° haya empezado á recitar su papel, ó cuando esté en el vestuario preparándose para salir á las tablas.

Otras veces representa el Teatro decoracion de galera. La galera vá cargada con el menage de una casa. Dos sillas se han roto con el traquetéo, el travesero de una cama se ha escurrido, y una de las puntas ha hecho una estrella en un espejo, á los colchones les asoma la lana, y el perro del carromatero ha hecho de las suyas en donde mas se podia sentir.

Es el menage de *Don Juan Empleado* que vá poco á poco en busca de

su dueño. Cuando el equipage llegue al Teatro, ¿dónde estará ya el actor? Pero lo mejor será que espere allí, pues allí volverá cuando menos se pien-

se, y no será el primero que pasado un año cómico vuelva al mismo Teatro con el propio ó diferente papel, ó acaso dos ó tres veces en la temporada.

Sobre este segundo acto del drama, desearia yo oír tambien el voto del frenologista *Cubi*, pues asi como el *aspirantium infinitus númerus* puede consistir en la organizacion física cerebral de los actores de la época, y en el desarrollo del órgano de la *empleatividad*, asi desearia me dijese si esta versatilidad, y este quita-y-pon de empleados consiste en todo ó en parte en la organizacion particular del sistema representativo, ó bien depende del organismo de los que representan el sistema. Por mi parte debo creer que consiste un poco en la organizacion de estos sistemas, y un mucho en la de los actores sistemáticos.

Ultimamente, suponiendo que *Don Juan Empleado* hubiera tenido la maravillosa suerte de ir conservando su plaza de actor en cualquier teatro

que fuese, que no es poco afortunado el que le conserva por todo un año cómico, cuando habia pronunciamientos se presentaba una escena de pronunciamiento, y con ella una de las situaciones cómicas mas apuradas para un empleado. Porque si Don Juan no se pronunciaba y el pronunciamiento vencía, á Dios empleo de Don Juan: si el pronunciamiento no vencía y Don Juan se pronunciaba, á Dios empleo de Don Juan tambien. Don Juan calculaba, discurria, echaba sus cuentas, tomaba el pulso al pronunciamiento, estudiaba sus síntomas, formaba su diagnóstico; y mientras la peripecia de aquel drama se le presentaba dudosa, se mantenia neutral; cuando hecho su cálculo de probabilidades le parecia que el pronunciamiento iba á tener un desenlace glorioso, entonces se pronunciaba rabiosamente.

¡Infeliz actor! ¿Ignoras que estás representando en el Teatro de los vice-versas? Cuando todas las probabilidades eran de triunfo, el pronunciamiento sucumbia, y *Don Juan Empleado* se hundia en el panteon.

En fin, como *Don Juan Empleado* pende de un hilo, el mas ligero soplo, la mas leve brisa, el mas suave ambiente le mueve, le oscila, le balancéa; le zangolotéa y le recolumpia, hasta que el hilo se rompe, dá con su cuerpo en tierra y le convierte en *Don Juan Cesante*, que es el acto tercero del drama

LAS MÁSCARAS DE OGAÑO.

Cuando el catálogo de los libros prohibidos era mayor que el de los que se podian leer sin pecar, bastaba que un libro constára en el índice de los vedados para que todo el mundo deseára leerlo de *occultis*. Lo cual consistía en dos cosas: la primera, en esta pícara condicion de la humanidad de que dijo el poeta latino:

Nitimur in vétitum semper, cupimusque negata:
Siempre á lo prohibido propendemos,
Y lo que se nos niega apetecemos:

de lo cual dieron el primer ejemplo nuestros primeros padres con aquello de la manzanita dichosa: véase si tiene fecha la mala maña.

Y la segunda; en que habia la aprension de que bastaba que un libro fuera bueno para que se prohibiera, ó bastaba que estuviese prohibido para tenerle por bueno: de donde provino aquello de: «*prohibitus, quia bonus.*» y *bonus, quia prohibitus.*»

Pues bien: lo mismo que sucedia con los libros ha sucedido con las máscaras. Cuando estaban prohibidas, desvivíanse la gentes y se despepitaban por ellas, y eran la mas dulce y sabrosa diversion que se podia deparar, así á jóvenes incautas como á viejas cautelosas, asi á mozos imberbes como á hombres barbados, asi á las Gracias como á las Furias; por que Furias y Gracias, hijas y madres, viejos y jóvenes, y calvos con imberbes, todos se hacían un agua y perdian los estrivos por una noche de máscaras.

Llegó á haber libertad de máscaras, y al furor fué sucediendo la templanza, al calor la tibieza, á la animacion la frialdad, y al entusiasmo la indiferencia y el desden.

Siempre á lo prohibido propendemos,
Y lo que se nos niega apetecemos.

Veamos á lo que está reducido hoy un baile máscaras. Hablo ahora solamente de los bailes públicos, y á que asiste la clase media de la sociedad, punto mas punto menos; que los llamados *de trages*, adoptados por la llamada *grandeza*, merecen ser tratados detenidamente y aparte.

Por de contado el sexo masculino ha determinado dar completamente de baja el disfraz y la careta, y asiste en su traje ordinario y de circunstancia normales como á un baile cualquiera de sociedad. Esta feliz ocurrencia equivale á la de aquel que construyera un nuevo coliséo, y determinára presentar un escenario sin telones ni bambalinas, ó al que en una ordenanza del ejército prescribiera que el uniforme del soldado durante el servicio militar fuese el mismo trage de paisano que cada uno usára. Ello no seria vistoso ni congruente, pero seria una imitacion de los bailes de máscara del dia.

Sin embargo, esto que á primera vista parece una insipidez, y una violacion, un adulterio de la institucion, es uno de los testimonios mas fé-hacientes de los adelantos del siglo, y una de las mas luminosas observaciones que suministra el *Teatro Social*. Es la prueba mas concluyente de lo que hemos progresado en aquello de las *fisonomias cómicas* de nuestra *décima funcion*. Porque un hombre sin disfraz ni careta en un baile de máscaras es un actor dramático que sin decir nada va diciendo:

—«¡Miserables y ruines y desdichados tiempos aquellos, en que para disfrazarse un hombre y huir de ser conocido necesitaba estudiar cómo cubrirse el rostro, y cómo desfigurarse el cuerpo, y hasta fingir y contrahacer el eco de su voz, y emplear otras parecidas artes y ficciones, y recurrir á otras semejantes astucias, simulaciones y artificios! Pero los tiempos corren, las luces se propagan, el siglo progresa, y ya ¡bienaventurados los hombres del siglo XIX! no necesitamos caretas que nos cubran el rostro, ni atavíos que nos desfiguren las formas, sino que con nuestros naturales rostros y vestidos andamos tan sobradamente disfrazados, que todo otro sobrepuesto arréo estuviera demás. Porque ¿quién es capaz de conocerme á mí, verbi gracia? ¿O qué importa que conozcan quién soy, si no conocen lo que soy, puesto que estoy tan distante de ser lo que parezco, que sin careta ni disfraz ando siempre disfrazado y de máscara?»

Y nadie tendrá nada que oponer á este razonamiento, por ser la pura verdad

Asi es que si á algun prógimo mas inocente le ocurre todavía el pensamiento de ir de máscara á un baile de máscaras, tómanle los demas por blanco y objeto de sus zumbas, tiénesele por una antiguedad ambulante del mas depravado gusto, considérasele como un anacronismo, y supónesele mas atrás de los rudimentos de la moderna ilustracion. Lo mas que se tolera es que algun otro, como por una especie de relajacion y dispensa de la disciplina del buen tono, se presente envuelto y tapujado en un dominó de *negligée*, como si dijéramos: «se permite por extraordinario una vulgaridad, como muestra y ejemplo de la ignorancia de los tiempos pasados, en que los hombres tenian necesidad de disfrazarse para no ser conocidos.»

Ha quedado pues circunscrito y limitado el uso del disfraz y la careta en los bailes de máscaras al bello sexo, en lo cual, como en tantas otras cosas, pienso yo Fr. Gerundio que son demasiado injustos y egoistas los hombres, y en demasía débiles, tolerantes y amables las señoras, porque la ley debe ser igual, y no alcanzo la razon que pueda haber para que una mitad del género humano se arrogue licencias y franquías con perjuicio y menoscabo y detrimento de los derechos de la otra mitad, y sobre todo para que un sexo haya de servir de diversion al otro. Pero una vez que aquel no reclama, sino que manifiesta su conformidad con la a cquiescencia, no seré yo quien sin poderes espresos de la parte perjudicada me encargue de revindicar derechos lastimados.

Mas el bello sexo tambien ha procurado simplificar los disf races todo lo posible. Y en lugar de las griegas, romanas, asiáticas, turcas, indias, diosas, sacerdotisas, vestales y amazonas que constituian la vistosa y multiforme variedad de un baile de máscaras, apenas se ven sino algunas beatas, valencianas, mallorquinas y viejas, cuando no se limitan á recoger unos pliegues al vestido con que salieron por la tarde á paseo, y hágote disfraz. Y en vez de aquellas caretas que representaban todo género de fisonomías, fuente inagotable de lances cómicos, de engaños dulces, y de desengaños amargos, ha adoptado por regla y principio general la media careta de raso ó terciopelo negro, que cubriendo solo una mitad ó tercera parte del rostro, y dejando descubierto lo demas, son una especie de charada que lleva la solucion al pié; rostros epicenos, que por la parte superior aparentan ser enigmas, y por la inferior van diciendo: «perdonando la evidencia.» Son como los secretos de los niños cuando dicen: «papá, no quiero decirte que no supe la leccion, porque me reñirías:» ó como el acertijo de aquel pastor que decia: «si aciertas cuantos panes llevo en el saco, te los doy todos cinco.» Y el hermano Onesimo Leroy que escribió una obra titulada «*Estudios sobre los misterios*,» no hallaría en los mo-

dernos bailes de máscara muchos misterios con que enriquecer su obra.

De modo que las antiguas aventuras carnavalescas, los planes premeditados, las intriguillas ingeniosas, los episodios novelescos, los diálogos misteriosos, las escenas dramáticas, las ilusiones sostenidas, los desenlaces sorprendentes, los descubrimientos impensados, y las bromas, y lòs enredos, y las travesuras, y el interés y la curiosidad, y el incógnito, y todos los estímulos que hacian el atractivo y constituían la poesía de las máscaras cuando no éramos tan ilustrados y dominaba el mal gusto, han desaparecido completamente, y ocupado su lugar la fria y prosáica y monótona insipidez de las máscaras sin caretas del buen tono moderno, en que toda la variedad y todo el chiste se reduce á que una ciudadana que se hace la ilusion de que lleva careta se acerca á un ciudadano que se hace la ilusion de que está en un baile de máscaras, y le pregunta con mucha ternura: «¿me conoces?»—Y él le responde con mucha flema: «¿pues no te he de conocer si estás poco mas ó menos que ayer cuando te visité en tu casa?»—Y la *máscara misteriosa* se va á otra parte á hacer la misma pregunta y á esperar la propia respuesta, y á correr *otro bromazo*. Y esto cuando el ciudadano del buen tono no le dice con mucha amabilidad: «déjame en paz, máscara, que no tengo gana de conversacion.» Que á esto se vienen á reducir las *máscaras del buen gusto* en este *siglo ilustrado*.

De manera que el siglo de lo positivo, á fuerza de querer ser positivo se ha hecho tonto Y los bailes de máscara ni son bailes de máscara ni son bailes de sociedad; son un misto que conserva lo malo de las dos cosas. Son como los gobiernos representativos de ciertos paises, que ni bien son absolutos ni bien son representativos, sino un misto incomprensible, que acaso conserva lo peor de las dos especies, porque los han adulterado como las máscaras.

Y como yo Fr. Gerundio soy enemigo de que las cosas se adulteren, tergiversen, desnaturalizen, embrollen y corrompan, pido y suplico en cuanto ha lugar en derecho (que debe haberle), que los bailes de máscara se vuelvan y restituyan á lo que deben ser, ó que de lo contrario se destierren y supriman, ó les pongan otro nombre. Y lo propio digo de los gobiernos representativos que he puesto por término de comparacion: porque lo peor que pueden tener las cosas es esa mezcla de elementos encontrados ó incompatibles, que hacen de dos cosas buenas una mala, ó de dos medianas otra peor.

LA FIESTA DEL BUEY GORDO EN PARIS.

Dijo mi paternidad en el *Programa* de las *funciones* de este Teatro, que aunque la mayor parte de los dramas serian españoles (bastárase que el empresario fuera español), no dejaria de interpolar entre ellos escenas y costumbres de otros p aises, especialmente de aquellas que mas contribuyeran á caracterizar el gusto del siglo, y asi lo voy á cumplir hoy.

Estamos en carnaval, y creo que los abonados á este Teatro leerán sin disgusto la descripcion de un *drama carnavalesco* que se representa todos los años con gran pompa y solemnidad en la capital del vecino reino, el domingo y martes de carnaval. Mi reverencia se encontraba alli el año pasado, y asi puede decir: «*hisce oculis egomet vidi*: yo lo ví con estos mismos ojos que ha de comer la tiera.»

La fiesta del BUEY GORDO (*le Boeuf-Gras*) es la fiesta popular de París: primero consentirian los parisienses que los priváran de los derechos de ciudadanos; antes abririan las murallas de la ciudad á Abd-El-Kader, que es todo lo que hay que decir, que renunciar á la procesion del Buey Gordo. En cuanto á la muralla, ya lo saben vds.: se han dejado encerrar como corderitos sin decir: «esta boca es mia.» Nada les ha importado. Nada les importaria tampoco perder la *enttente cordiale* con sus vecinos de Albion, ni los alteraria la ruptura de la paz á toda costa. Pero intentárase quitarles el paseo triunfal del Buey Gordo, y veríase lo que era el pueblo de París (1).

El Buey Gordo es para París, lo que los Toros son para Madrid. Así el gusto de los dos pueblos se ha pronunciado por los animales cornúpetas. ¡Y luego dirán que no hay simpatías entre uno y otro pueblo! Con la diferencia que el Buey de París es manso y va á morir innoble y cobardemente á un matadero (*abatoir*), y los Toros de Madrid son bravos y mueren heróicamente en el campo del honor. En cambio aqui tenemos Toros cada lunes y cada mártes, y por eso no hacen ya tanta novedad, y alli no

(1) El Buey Gordo ha tenido tambien una parte y no pequeña en el mantenimiento de la *inteligencia cordial*, como se verá luego.

tienen Buey mas que dos dias, y por tanto la fiesta es mas estrepitosa, y la solemnidad es mayor. A lo que hay que agregar, y esto constituye otra diferencia, la parte de aparato que ellos saben dar á sus espectáculos, porque las cualidades *farsálicas* las dá cada país.

Si en alguna parte el domingo de carnaval se llama con justicia el *domingo gordo*, es seguramente en París. Aunque otra razon no hubiera, bastaría el Buey para darle la denominacion: bien que el mismo viernes Santo se convertiría en viernes gordo si por él se llevára en procesion semejante pleonasmo de carne.

En aquellos dias el Buey es la sustancia de todas las conversaciones. Tirabeque me decia: «Señor, veo que hace aqui mas ruido el paseo del Buey Gordo que si paseáran al mismo Luis Felipe.»—Calla, cuadrúpedo, le decia yo; ¿te parece que puede haber término de comparacion.....—Señor, me replicó interrumpiéndome: lo digo por el ruido solamente, que las comparaciones ya sé yo que no corren á cuatro pies.» Esto de que «las comparaciones no corren á cuatro pies» me pareció una locucion plebeya aun en un lego, pero cuando este año he visto usada la misma frase ante la representacion nacional española, nada menos que por el Ministro de la Gobernacion, á cuyo cargo está la instruccion pública, me inclino á creer que mi lego andubo en aquella ocasion elocuente.

Llegó el dia de la gran fiesta, y con él el de satisfacer nuestra curiosidad. Cuatro mil hombres de guardia municipal de infantería y caballería se hallaban tendidos en la carrera que habia de llevar la gran bestia, y cuatro mil coches por lo menos formaban una cuadruple hilera en las mismas calles, amen de quinientas ó seiscientas mil almas de á pié (que como andan los cuerpos andan tambien las pobres almas). El París que no estaba en los balcones estaba en las calles. En el interior de las casas bien se puede asegurar que no habia mas que enfermos y gente que no podia comer carne ni gorda ni flaca. Todas las tiendas de los carniceros, hermanos de la cofradía vacuna, se hallaban adornadas de elegantes pabellones y guirnaldas de yedra y laurel, entre las que sobresalia la de Mr. Rolland, comprador y dueño del Buey, *rue Saint-Honoré* número 363. Millares de voces atronaban los oidos pregonando el programa de la funcion á *un sou* (*Ordre et marche du Boeuf-Gras, un sou*). Movimiento..... desorden..... confusion..... músicas..... la procesion se aproxima. Mejor que la pudiera yo describir lo harán los programas. Habia dos. El uno decia:

—«El primer *concurso de bestias* instituido por decreto del Ministro de la Agricultura y del Comercio con fecha 31 de marzo último, en favor de los propietarios de los animales mas perfectos en estampa y gordura, entre

los que han sido espuestos á la venta pública en Poissy el penúltimo jueves precedente al mártes-gordo, ha tenido lugar el dia del gran mercado en esta ciudad. Esta solemnidad agrícola habia atraido un considerable número de propietarios, ganaderos y agricultores, venidos de los departamentos vecinos y de los comprendidos en un radio de 40 á 50 leguas, para admirar los progresos de las razas vacuna y ovejuna (*bovine et ovine* dicen ellos) en estos últimos tiempos. El *Jurado* se componia de Mr. Yvart *etc etc.* Despues de haber examinado atentamente los animales admitidos al concurso, el *Jurado* ha decretado los premios anunciados para la raza *bovina*. Sobre quince bueyes presentados, ocho han sacado premio..... Independientemente de los premios, medallas de oro y plata han sido igualmente decretadas á los propietarios de los animales, *y á las personas que los han hecho nacer* (1). El Jurado se ha trasladado inmediatamente de este primer juicio al mercado, y ha designado por BUEY GORDO á un buey de piel bronce-oscuro, de peso de 1,970 kilógramos (sobre 4,000 libras), criado por *Mr. Cornet* (2), que ha sido comprado por *Mr. Rolland*, mayor, en 4,000 francos (sobre 16,000 rs.).»

El otro programa era mas pomposo, mucho mas francés: hay que leerle.

«Todavía (dice) es el célebre criador ganadero, *Mr. Cornet* de Caen, el que ha vendido este año el soberbio Buey destinado al paseo del domingo y mártes de carnaval. Tambien es aun *Mr. Rolland*, mayor, el que ha hecho su adquisicion, y que hará por consecuencia los honores de ambos paseos.

«Este año el BUEY GORDO es aun mas enorme que nunca (3). Leed y juzgad. Su peso es de 1,970 kilogramos (4,000 libras): su altura hasta la cruz de 1 metro 75 centímetros (sobre 6 pies): su longitud de la cola al occiput 2 metros 98 centímetros (9 pies): su circunferencia 3 metros 11 centímetros (9 ½ pies). Edad, 6 años menos 2 meses. Se llama *El Padre Goriot* (4.)

«*Orden y acompañamiento* que llevará EL PADRE GORIOT.

«Abrirán la marcha muchos guardias municipales á caballo. Irán despues dos *Heraldos* ó reyes de armas en traje de lujo: un *Tambor mayor* en traje

(1) Es literal del texto: «*aux personnes qui les ont fait naître.*» Yo hasta ahora habia creido que los que hacen nacer los bueyes eran los toros: si los franceses dicen que son personas, confieso que saben mas zoología que yo: ó consistirá que no conoce uno bien los usos y costumbres de su país. Pero... no se oye eso.

(2) Si *Don Frutos de las Minas* vió en su nombre y apellido el horóscopo de que habia de ser *minero*, *Mr. Cornet* no parece menos destinado por el suyo á llevarse la palma en esto de engordar animales *con cornetas*.

(3) Cada año dicen que es mas grande que nunca. Con una libra de peso que hubiera aumentado cada año de los que lo llevan diciendo, el Buey de 1845 hubiera debido pesar ya 4000 quintales en vez de 4000 libras. Probablemente este año dirán tambien que pesa mas que nunca: *plus que jamais.*

(4) El señor Balzac debe quedar muy satisfecho y complacido de ver bautizar á tan gran personaje con el título de uno de sus novelas.

del reino de Luis XIV: *ocho tambores* idem: 32 *músicos* del 14.° ligeros: en seguida á caballo Mr. Rolland, propietario del Buey: *Mr. Cornet*, padre, criador: el *Inspector general* de carnes: Mr. Hersent, *maestro de ceremonias*. En seguida en dos columnas tambien á caballo, *Luis XIV*: un señor de su corte: *Luis XIII*: un *Gran Mandarin chino*: otros *dos mandarines*: el *Emperador de Marruecos*: *dos Príncipes marroquíes*: *Francisco I*: un señor de su corte: *Henrique III*: un señor de su corte: el *Prevoste de París:* dos pages de Francisco I: el *Duque de Borgoña:* el *Duque de Lorena:* dos pages de Luis XIV: dos bufones del reino de Luis XIII: dos pages de Luis XIII: dos señores del séquito de Luis XIV: otros dos de Luis XIII, y dos capitanes de guardias de Carlos VI.

« Entonces es cuando se presentará el enorme Padre Goriot soberbiamente caparazonado, con un espléndido penacho en su testúz. Irá escoltado de un *gefe de sacrificadores*, dos lictores, otros cuatro sacrificadores, un conductor, etc.

« Luego vendrá el carro de ruedas doradas, todo cubierto de terciopelo carmesí, arrastrado por cuatro caballos cubiertos con ricas mantillas de la cabeza á los pies, el cual será guiado por el *Tiempo*, armado de su guadaña simbólica. Sobre el carro, y bajo un rico dosél, se verá al *Amor* (1) acompañado de *Júpiter*, llevando en la mano los formidables rayos; de *Apolo*, Dios de las bellas artes (2), y antiguo pastor de ganados; de *Hércules*; de *Mercurio*, y de *todo el Olimpo: todos los Dioses y Diosas en trage de gala.* »

Seguia la descripcion del itinerario que habian de llevar el héroe de la fiesta y su brillante comitiva, y á continuacion se insertaba la *Ordenanza de policía* concerniente á las máscaras, con el siguiente ampuloso encabezamiento.

« Nos, Par de Francia, Prefecto de Policia:

« Vista la Ley de 24 de agosto: título XI:

« El decreto de los Cónsules del 12 messidor, año VIII:

« El decreto del Gobierno de 3 de brumario, año IX:

« Los artículos 86, 259, 330, 471 y 479 del código penal:

« Vistos igualmente los artículos 1, 8, y 9 de la Ley de 17 de mayo de 1819:

« La Ley de 25 de marzo de 1822, art. 6:

(1) ¿Qué analogía tendrá el *Amor* con un Buey Gordo? Esto debe ser un secreto para nosotros los españoles.

(2) ¿A cuál de las bellas artes pertenecerá el Buey? Sin duda á la música. O acaso para los franceses un buey de 4,000 libras será un trozo de poesía sublime. Sinó no sé qué papel iria á hacer allí Apolo, como *Dios de las bellas artes*.

« Vistas las Leyes de 29 de noviembre de 1830, y 9 de setiembre de 1835:

« Queriendo prevenir todo accidente y todo desórden durante las diversiones del carnaval:

« ORDENAMOS lo que sigue (aquí los artículos).

« Los Comisarios de Policía de la ciudad de París, los Maires y Adjuntos y los Comisarios de Policía en los demas lugares, los Gefes de la Policía municipal en París, los Oficiales de Paz, y los Comisionados de la Prefectura de Policía, quedan encargados, en la parte que á cada uno concierne, de asegurar su ejecucion.

« El Coronel de la Guardia municipal de París, el Coronel de la primera legion de la Gendarmería, y el Comandante de la Gendarmería del Sena, son requeridos de auxiliar en caso necesario y concurrir á la ejecucion de la presente Ordenanza.»

El Par de Francia, Prefecto de Policía. — G. DELESSERT.

Jamas buey alguno pienso que haya podido ser tan pomposamente anunciado, pues aun el mismo Buey Apis, con haber sido hijo de Júpiter y de Niobe, y rey de Argos, segun mienten las crónicas, era conducido con menos estrépito cuando los sacerdotes le llevaban por el Nilo hasta Menfis para conducirlo al templo de Osiris.

En fin llegó la procesion á donde nosotros estábamos, ó por mejor decir nos acercamos nosotros á donde venia la procesion , y se presentó á nuestra vista el reverendo PADRE GORIOT con toda su servidumbre.

Yo confieso que veia con curiosidad aquella hipérbole de carne, pero TIRABEQUE rompió lanzas con todo el mundo para verle á gusto , incluso con un guardia municipal, de cuyas resultas creí que me lo llevaban á la prefectura. Tanto abria los ojos que casi igualaban á los del PADRE GORIOT. — « ¿ Le ves bien, PELEGRIN? le preguntaba yo.—Bien, no señor, me respondia, porque para eso fuera menester dar media vuelta al mundo. Llevaré visto cuando mas un cuarto de legua de Buey, pero siguen los ojos haciendo su viage: si vd. tuviera ahí un anteojo de larga vista, acaso alcanzaria á verle la cola.»

En efecto el animal era enorme; era una montaña con astas y patas. «Señor, me decia PELEGRIN, cervices robustas se criaban en nuestro convento, es decir, en las yerbas que teniamos, pero como la del PADRE GORIOT por mi hábito que no la ha conocido la orden. ¿Y reza acaso esa leyenda de qué regla ha sido el Padre? De todos modos debe haber sido muchas veces guardian, ó mayordomo, ó cillerero, porque sino era imposible que hubiera engordado tanto.»

El animal protagonista marchaba con paso mesurado y grave, y hasta orgulloso, contra su carácter humilde. ¿Será qu e hasta á los bueyes los envanezcan las decoraciones y los honores, aunque sea una farsa de carnaval?

¿Será que tengan por verdadero mérito el haber engordado mucho, sin considerar que cuando mas engordan mas brutos son? Yo no lo sé; lo que puedo decir es que parecia ir muy satisfecho de sí mismo. No lo iba menos Mr. Rolland, *Rey de los carniceros*, con una *cuchilla* por *cetro* en la mano, en lo cual no le ha faltado algun rey de verdad que le pudiera servir de modelo. Tambien iba lleno de satisfaccion *Mr. Cornet*, el criador del Buey, como quien dice: «honradme y reverenciadme; yo he sido el autor de esta GRANDE OBRA.» Por lo demas *el Amor* era un amor bastante brutal, y en su tiznado rostro se traslucia á la legua que era amor de bodegon. *Apolo*, sino era el hijo de Latona, lo podria ser de algun latonero. Y las Diosas debieron dejarse toda la divinidad guardada en casa, pues no se les veia sino mucha humanidad, mas humanidad de la que debiera verse.

Luis XIV, Luis XIII, Henrique III, y los demas monarcas de Francia eran reyes tan carniceros como el Emperador de Marruecos: es decir, todos aquellos reyes eran carniceros. Asi los ilustrados franceses del siglo XIX hacen á sus reyes carniceros, ó á sus carniceros reyes, todo por honrar á un Buey. Los personages que iban mas en regla eran Hércules y los sacrificadores. Estos últimos son siempre los que mas al vivo ejecutan su papel en todo teatro.

La sustanciosa corte hizo sus visitas de ceremonia. Visitó las dos cámaras, el Ministerio de negocios estrangeros, las casas de otros altos funcionarios del Estado, y tuvo tambien la honra de presentarse ante el palacio de Tullerias, donde la Magestad de Luis Felipe colocada en un balcon con la Real familia oyó la arenga que le dirigió *Júpiter*, y recibió los cumplimientos de los Monarcas sus predecesores, juntamente con los del Emperador de Marruecos, á pesar de la pesada fiesta que entonces acababa de hacerle su hijo el príncipe de Joinville, tomándole á cañonazos una plaza de su imperio. Luis Felipe se reia de ver tanto rey ciudadano, y celebraba aquella farsa de carnaval, que Napoleon restableció muy sábiamente con el objeto, decia, de ocupar al pueblo para que el pueblo no se ocupára de él.

Nosotros seguimos la procesion el tiempo que nos fué posible, recayendo despues en compañía de otros cien mil vivientes al Boulevart, donde paseaban ya otros doscientos mil.

El Padre Goriot fué á terminar su carrera triunfal..... ¿dónde habia de ir, si para arar no servia? Al *abatoir du Roule*; es decir, al matadero. Allí humilló su cerviz el Padre Goriot bajo la cuchilla del sacrificio: allí acabaron todos sus triunfos: allí terminaron todas sus pompas y vanidades. El Padre Goriot habia engordado para la matanza. El Buey Gordo murió como un *buey flaco*.

La muerte con pies iguales
pisa á *flacos* y á GORDOS animales.

Los restos inanimados del Buey Gordo recibieron todavia honores póstumos. Un cuarto trasero fué regalado por Mr. Rolland á la reina Victoria, en prueba de la *enttente cordiale*, como á Luis Felipe le habia sido regalado el del Buey gordo de Londres por Mr. Minton, carnicero de Windsor.

Por la noche se representó en el Teatro de *Palais Royal* una desatinada comedia titulada: «El Buey Gordo.» Los franceses ponen en escena el Buey Gordo en toda clase de escenarios. ¡Tanto es su entusiasmo por el Buey Gordo!

LIBERTAD Y REGISTRO.

Al regreso de uno de mis viajes al estrangero me tocó venir con un francés, hombre al parecer bastante instruido y de muy buena conversacion. Aunque venia por primera vez á España, poseía el español mas que medianamente, y se esplicaba con esactitud, aparte de los galicismos propios de quien no habia vivido en el país. Nuestra conversacion versó sobre puntos generales hasta que llegamos á la aduana de Irún, donde se hizo el reconocimiento de ordenanza de los equipages de todos los viageros; y alli fué donde empezó el buen francés á padecer.

Tocóle la vez al suyo. Abierto el cofre-maleta, los empleados y dependientes fueron reconociendo escrupulosamente cuanto en él se contenía. El hombre no habia dejado de cargar de dijecillos y chucherías útiles y curiosas, de aquellas que son tan comunes en su país, y que como estrangero en el nuestro suponía que le habrian de hacer buen recado. Pero los empleados de aduanas, que no suelen tener muy en cuenta estas razones, boniticamente y con gracia iban declarando cada prenda como artículo prohibido. El francés oyó con mucha calma las primeras declaraciones.

«Señores, decia, yo estoy ignorante de las leyes del país, y asi vds. no deberán admirarse que acaso traiga algunos objetos que la ley no permita entrar. Pero yo los traigo inocentemente y no con intencion de ir contra la ley. Es por esto que esas cosas que son declaradas como estando prohibidas, podrán permanecer aquí para recogerlas cuando yo volveré á Francia.»

Los empleados callaban y registraban; el francés me miraba á mí, yo miraba á él y á los empleados, y Tirabeque se sonreía maliciosamente como gozándose en los apuros en que nuestro conviajante se iba á ver.

En efecto, los dependientes iban aumentando el catálogo de los objetos prohibidos. Mr. Duport, que asi se llamaba el francés, iba ya entrando tambien en cuidado, y volviéndose á mí, «¿es que en este país (me pregun-

taba) son todas las cosas prohibidas?—Todas nó, le respondia yo, pero hay bastantes.»

Mas cuando él empezó á perder la calma fué al oir calificar de contrabando un estuche de afeitar que traía.—¿Cómo dicen vds? exclamó: ¿yo contrabandero? Esto es una injuria que se me hace, y que no soy dispuesto á sufrir. Yo no he estado contrabandero nunca, y ese es un objeto para mi uso.

—Sí, pero es nuevo, le replicó un dependiente.

—¡Cómo nuevo! contestó él: yo le he usado varias veces para hacerme la barba: es decir, para *afectar*, como dicen vds. los españoles.

—Lo que hace este mueble, repuso el dependiente, es *afectar* todo el equipage de vd., y de consiguiente todo deberá ser decomisado.

—¡Cómo! ¡este estuche hace la barba á todo mi bagage! Esto es un desproposito.»

Entonces tomé yo la palabra y le dije: «es necesario hacer una aclaracion: hacer la barba lo llamamos nosotros *afeitar*, no *afectar*; y lo que este caballero quiere decir es que un solo objeto prohibido y no declarado basta para *afectar*, todos los demas que vienen con él, en conformidad á nuestra ley de aranceles; y que por consecuencia vd. deberá perder todo su equipage.

—¡Oh! perdon; esto no puede ser; esto sería otro mayor desproposito. En las aduanas de mi país esto no sucede, ni en ninguna aduana del mundo.

—Pero sucede en las de España, dijo el dependiente, y nosotros obramos con arreglo á la ley.

—¡Oh! esto es una abominacion! Yo no he visto esa ley en ningun país de la tierra. En fin, si alguno de estos objetos no es permitido de lo introducir, aqui se quedará para cuando yo seré vuelto, y dénme vds. una cédula de resguardo para poderle recoger á mi regreso, como se hace en Francia.

—Caballero, eso no es posible.

—¡Cómo que no estar posible esto! De este modo se practica en Francia y en todas partes. Yo no soy obligado á saber las leyes de España, y es por esto que yo no podria saber tampoco lo que es permitido de traer en esta tierra, y lo que no lo es. Pero si vds. dicen que estos son artículos prohibidos, y vds. no quieren que queden aqui depositados, yo los reenviaré hoy mismo á Francia.

—Eso es menos posible todavía, le contestaron.

—Y bien, yo pagaré todo lo que sea necesario.

—Tampoco eso es posible.

—A lo que yo veo, en esta tierra no hay nada posible.

—Lo único posible aqui es que vd. debe perder todo su equipage por venir acompañado de géneros prohibidos y no declarados: y aun vd. mismo debe ser retenido como defraudador de la hacienda pública de España y sujeto á una causa criminal.

—¡Yo criminal! ¡Yo! ¿En qué tierra soy yo venido pues?

El pobre Mr. Duport perdía la paciencia y estaba á punto de perder los estribos. El malicioso y socarron de TIRABEQUE se sonreía como gozándose del apuro en que se hallaba el francés, y como en revancha de otros en que él se habia visto en su país, sin hacerse cargo que el pobre hombre se quejaba con razon, porque esto de afectar un solo artículo prohibido á todos los demas de permitida introduccion, y mas en un viajero de buena fé que no está obligado á saber las leyes del país ni menos á tener hecho un estudio de sus aranceles, es una monstruosidad que solo se ve en España. Tomó pues mi paternidad el oficio de mediador, y gracias á mis reflexiones, los gefes de la aduana tuvieron la consideracion de decomisarle solamente los artículos prohibidos y de devolverle el resto del equipage, que bien quedaría menguado en sus dos terceras partes, de lo cual Mr. Duport se dió ya por satisfecho.

Concluida esta operacion, que no fué corta, continuamos nuestro viaje. Ya suponía yo que se habría de lamentar conmigo de la pasada ocurrencia, y asi fué en efecto. Despues de haberme dado las gracias por mi mediacion, se quejó amargamente de las leyes que regían en España sobre aduanas, á lo cual nada podía yo replicarle, porque opinaba como él. Pero en seguida añadió: «nos dicen que vivimos en el siglo de la ilustracion y de las luces, y en paises libremente gobernados, y yo no veo que pueda haber libertad mientras haya aduanas; porque nada encuentro yo mas depresivo de la libertad del hombre y de su dignidad, que estos registros minuciosos y degradantes, y esta facultad de examinar hasta las camisas que uno puede traer. Dicen que las aduanas son una institucion saludable para proteger la industria nacional de cada país y su comercio interior. Yo creo al contrario que son el mas visible testimonio del despotismo que aun pesa sobre la humanidad, y una contradiccion manifiesta de esa libertad que tanto se proclama. Porque ellas representan el monopolio del comercio que cada estado procura ejercer, ellas sujetan al hombre de buena fé al mas odioso y repugnante examen, ellas dan ocasion al tráfico inmoral del contrabando, y ellas en fin colocan á los pueblos en un aislamiento tan contrario á la civilizacion como á la libertad y hasta al espíritu de fraternidad que debiera unir á todos los hombres. Este es el funesto legado que dejó al mundo nues-

tro ministro Colbert, inventor del sistema de aduanas, y de quien todos los gobiernos las tomaron.

—En ese punto, le dije, no puedo convenir con vd. Sin negar que Colbert diera un impulso funesto al sistema de aduanas en las fronteras de cada país, por desgracia hallamos de muy antiguo establecido el sistema de aduanas y registros, de derechos de puertas, y de otros recursos tan opresivos y degradantes como estos, que se han conservado hasta el siglo presente, á pesar de sus luces, de su civilizacion y de su libertad. Ya Augusto se propuso crear una renta pingüe para el tesoro del imperio, y para ello inventó la organizacion de las aduanas, si bien sus reglamentos no eran, ni con mucho, tan duros como los que ahora emplean los gobiernos ilustrados. Con la irrupcion de los bárbaros del norte, con el sistema del feudalismo y del poder de las armas, crecieron las trabas impuestas á los hombres y al comercio. Y acaso mas que á Colbert debe el mundo estas restricciones á nuestro Carlos I, que impulsado por su ambicion y por las preocupaciones de su siglo, destruyó á un mismo tiempo las libertades municipales y políticas de Castilla, y atacó las del comercio y la industria en todo su imperio, cuyo ejemplo imitaron los demas monarcas.

Pero dejando aparte el principio y origen del establecimiento de las aduanas, mientras los demas gobiernos de Europa las tengan en sus fronteras, menester es é indispensable que la España las sostenga tambien en las suyas, porque de otra manera las ventajas y los perjuicios no serian iguales y comunes, y pereceria su escasa industria y su no muy floreciente comercio.»

En esta conversacion llegamos á Tolosa, y apenas habia parado el carruage, cuando ya nos vimos rodeados de carabineros.

—¿A qué vienen aqui estos hombres? me preguntó Mr. Duport.

—A hacer el registro de nuestros equipages, le contesté.

—¡Diablo! ¿Otra vez debemos ser registrados?

—Este, le contestó mi lego, será un registro de pura ceremonia.

—¿Y qué necesidad habemos nosotros de estas ceremonias? replicaba Mr. Duport.

Asi fué que cuando el dependiente, dirigiéndose al equipage de nuestro amigo preguntó, ¿de quién es esto? respondió Mr. Duport: «esto es mio, señor; pero puede vd. escusarse conmigo esta ceremonia: no hay ninguna necesidad.»

El dependiente que vió esta especie de resistencia ó repugnancia de parte del francés, se persuadió desde luego que algo habria allí en que hacer ancheta, y llegándose á él con no demasiada amabilidad,—«á ver, á ver, caballero, le dijo, hágame vd. el favor de la llave.

—Bien, dijo Mr. Duport, si es empeño de vd., ahí está la clave: pero no encontrará vd. nada que quitar porque todo me ha sido quitado en Irún.

—Caballero, hable vd. mejor, si sabe, le replicó el dependiente amostazado; ni en Irún ni aqui se quita nada á nadie.

—Quiero decir, señor, que ha sido dejado allí todo lo que traia que no era permitido.

Y luego volviéndose á mí me dijo: «ciertamente, señor, que encuentro un poco ásperas las ceremonias de esta tierra.

—No haga vd. caso, le dijo TIRABEQUE; es caracter del pais.»

El carabinero comenzó su registro, llevándolo con mas escrupulosidad que escudriñaria un teatino su conciencia, contando de seguro con que habia de tropezar con algun embuchado. Miraba y remiraba cada utensilio; desdoblaba, estendia cada pieza de vestir: tanteó diferentes veces el fondo del cofre, sospechando si encerraria algun secreto; sobre cada prenda consultaba á sus compañeros, y se discutia y resolvia en junta general sobre si era nueva ó usada. Viendo que nada se encontraba de anti-legal en el cofre, se procedió á igual y no menos escrupuloso reconocimiento del saco de noche, sombrerera, y cuanto á nuestro buen francés pertenecia. Cuanto mas crecia la impaciencia de este y su disgusto, mas lo demostraba el semblante, mas le miraban los carabineros, y mas lo traducian á temor de que diesen con el cuerpo del delito.

—¿No trae vd. mas? le preguntaron.

—Lo que traigo, respondió él, son muchas cosas de menos.

Entonces nosotros esplicamos á los carabineros lo que nos habia pasado en Irún, les aseguramos de la buena fé del francés, y ellos se dieron por satisfechos, habiendo pasado TIRABEQUE un buen rato al ver los apuros de Mr. Duport.

Continuando despues nuestro viaje, me dijo este: «á lo que yo veo, señor, aqui en España, ademas de las aduanas de la frontera, hay otras aduanas interiores, donde tambien se registra al viajero.

—Alguna otra, le respondí yo.

—Pero son unos registros de pura ceremonia, añadió TIRABEQUE.

—Oh, señor, replicó el francés, pero son unas ceremonias muy pesadas estas de España. Tambien en Francia hubo en algun tiempo aduanas interiores, y fué menester la revolucion de 1789 para derribar este otro edificio del despotismo y de la tiranía, mas odioso todavia y mas abominable que el primero. Porque las aduanas de las fronteras aun pueden fundarse en una razon de represalias, ya que las hayan establecido algunas naciones, pero las del interior no tienen ni el mas pequeño pretesto en

que estar fundadas; pues aparte del detestable sistema de fiscalizacion tan incómodo y tan ofensivo al viajero, ¿qué razon puede haber, sino es el monopolio de los gobiernos, para que el comercio interior de un país no sea absolutamente libre? A bien que en España tambien han hecho vds. una revolucion en favor de la libertad, y no dudo que habrán vds. suprimido las aduanas interiores; sino que esta de Tolosa debo creer que será la segunda línea de la frontera.

—Si señor, le contestó TIRABEQUE, y vaya vd. sin cuidado, que ya apenas nos molestarán. Y me arrimó un codazo, que para seña, por mi santo hábito, que fué demasiado fuerte.

Prosiguió el hombre hablando contra el sistema de aduanas, citando en su apoyo á *Stéphane Flachat* y otros economistas, y poniendo por egemplo los sistemas de libertad mercantil, y los ventajosos resultados obtenidos con él en Sajonia, en Suiza y en los Estados Unidos de América, y yo por mi parte, aunque estraña la materia á los conocimientos de un religioso, recordé los egemplos de Génova, Florencia, Pisa y Venecia, de la *liga anseática*, y de la emancipacion de los comunes y su influencia en Italia, Alemania, España, Francia é Inglaterra.

Y en esta conversacion íbamos engolfados cuando llegamos á Vitoria. No bien habia entrado el carruage en el parador cuando nos vimos otra vez rodeados de media docena de carabineros.

—¿Es que estos vienen á registrar otra vez? preguntó sobresaltado Mr. Duport.

—Aqui se hace tambien, le respondí, un pequeño reconocimiento.

—Otro registro de ceremonia, añadió TIRABEQUE, gozándose de ver el gesto que ponia el francés.

—¡*Oh mon Dieu, mon Dieu*! esclamó Mr. Duport, esto ya pasa de ceremonia.»

Pero no hubo remedio: tuvo que someterse por tercera vez como todos al humillante registro; y como con gestos y palabras manifestase el disgusto y repugnancia con que sucumbia á aquel acto legal prescrito por las ordenanzas sábias y justas de un gobierno libre, los carabineros que como observen tendencias á la resistencia moral en alguno basta para que se muestren con él rigurosos é inexorables, no hicieron mas que alzar las tapas de nuestras maletas y darlas por reconocidas y corrientes, entreteniéndose en cambio cerca de media hora en examinar escrupulosa y concienzudamente el equipage del francés prenda por prenda y mueble por mueble. Sobre cada pañuelo tenian una consulta, cada corbata ocasionaba una discusion, y cada chaleco daba márgen á una indagatoria sobre su proceden-

cia y antiguedad. Y aunque por último nada encontraron que le pudiese comprometer, revolviéronle y desordenáronle su equipo en tal manera que el pobre hombre tuvo que emplear otra media hora larga en arreglarle de nuevo: cosa que él sentía estremadamente, porque Mr. Duport era muy grueso y un tanto ventrudo, y el doblarse y bajarse le costaba las mayores fatigas y sudores, todo lo cual producia en TIRABEQUE la picaresca sonrisa con que desde un principio se propuso celebrar las molestias del francés y sus maldiciones á tan continuados registros.

—¿Hemos acabado? preguntó Mr. Duport.

—Si señor, ya parece que hemos acabado, contestó TIRABEQUE, añadiendo en voz baja, «por ahora, y hasta la primera.»

Aquella noche descansamos en Vitoria algunas horas, pero no tantas que cuando emprendímos de nuevo la ruta no se nos durmiese nuestro compañero en el carruaje. Este hizo alto por la mañana temprano en Miranda de Ebro, con cuyo motivo tuvimos que despertar á Mr. Duport que dormía como un bienaventurado.

—Es menester, le dijimos, apearnos aquí.

—¿Qué, preguntó, se almuerza en esta villa?

—No señor, pero tenemos que ir al portal de esa iglesia que está á la derecha.

—¡Cómo! ¿en España se oye misa cuando se va de viaje? Ademas hoy no es domingo.»

Mas ¡cuál fué su sorpresa y su susto cuando al dirigirnos al pórtico de la iglesia halló yá posesionados de él otra media docena de carabineros! El color se le mudó, sus ojos espresaban el corage que de él se habia apoderado, y aun no pudo menos de desahogarle con una patada que llamó la atencion de los dependientes de la hacienda pública española.

—¿Qué es esto? preguntó uno de ellos: ¿qué es lo que tiene este señor?

—Nada, respondió TIRABEQUE; es que tiene mucho frío:»

Y luego acercándose con disimulo á la oreja del carabinero le dijo: «es un francés; repare vd. qué gordo viene; vd. me entenderá.»

En esto dieron principio á bajar del carruaje cuantos cofres, maletas, sacos, sombrereras y cajones sobre él venían, y á llevarlos al pórtico del templo. Fueron pidiendo llaves, y mientras los unos se ocupaban en practicar religiosamente el amable y escrupuloso registro de cada bulto, otros dos se encaramaron ligeramente al coche, y á guisa de pegas ó gallinitas comenzaron á escarbar en todos los senos del carruaje, y á escudriñar bolsas, asientos, y cuantos escondrijos pudiera haber en la caja, en busca de algun artefacto que pudiera dar al traste con la industria y el comercio na-

cional, y examinando á la luz pública el frasquito de róm del francés, su gorro de dormir, las pellizas en que envolvia los piés, la servilleta en que Tirabeque traia envuelta su merendilla, y hasta una peluca vieja que mi paternidad habia guardado en una de las bolsas, y que gracias á su vejez se preservó de ser aplicada á la hacienda nacional para proteccion y fomento de las manufacturas del país.

Mr. Duport ya no podia aguantar el desórden que en aquella *cuarta ceremonia* estaba sufriendo su menguado equipage; conocíasele estar maldiciendo en sus adentros *las ceremonias de España*, que asi le reventaban como al portugués los *cumplimientos de Castilla*, y cuando creia haber salido ya á salvo del nuevo rebusco, el carabinero á quien Tirabeque habia hablado al oido se llegó á él y con aire misterioso y de malicia le dijo: «muy gordo viene vd., caballero.

—Si señor, pasablemente gordo, contestó el francés.

—Quiero decir, replicó el dependiente, que parece que está vd. muy metido en harina.

—¿Y qué significa, repuso Mr. Duport, ser metido en harina? Yo no soy metido en harina: ¿dónde vé vd. la harina?

—Pues vd. abulta bastante, y nadie dirá que ese vientre es todo natural.

—¿Qué quiere decir este soldado? le preguntó á mi lego.

—A este soldado, le respondió Tirabeque, le llama la atencion el vientre de vd., y dice que le encuentra demasiado grueso.

—¿Y qué, repuso Mr. Duport, es tambien cosa prohibida en España el tener vientre grueso? ¿Son contrabando los estomágos gordos?

—No señor, pero pudiera introducirse en ellos alguna pieza de contrabando ó de ilícito comercio.

—¡Diablo! Y si yo llevára en el estomágo ó en el vientre alguna cosa que no sería de buen comercio, ¿me lo habrán de sacar del vientre mismo?

—No es eso, Mr. Duport, le dije yo entonces: sino que estos señores observan que su vientre de vd. presenta un volúmen mayor que lo ordinario de los hombres, y discurren si acaso lo podrá ocasionar alguna pieza de contrabando que pudiera vd. traer ceñida al cuerpo por debajo del vestido; que de estos fraudes se suelen emplear, y no sería el primer viajero que ha procurado con este ardid burlar la vijilancia fiscal de los guardianes de los intereses públicos.

—Pues si estos guardianes lo quieren, repuso Mr. Duport, yo estoy pronto á desnudarme aqui para que contemplen mi vientre, que me alegrára mucho poderles dejar la mitad de él aunque no fuese contrabando, y yo iría mas espedito, que hace mucho tiempo que lo deseo.»

La franqueza y naturalidad con que se espresaba el francés le ponía á cubierto de toda sospecha, y esto unido á la llegada del oficial ó comandante del destacamento, hombre prudente y que desde luego mandó que no se le molestára, fué lo que libró á nuestro Mr. Duport de patentizar acaso el frontispicio de su humanidad y quizá coger un dolor de tripas, en obsequio al sistema de aduanas interiores.

Puestos otra vez en camino,—«¡oh diablo! esclamó nuestro buen francés: ¿qué país es este de la España donde yo estoy venido? Por San Luis que no fué tan riguroso el sistema de bloqueo continental de Napoleon, y que tienen vds. mas aduanas en España que puso el Emperador en toda Europa ¿Y por qué vds. no me han advertido de esto, que yo me hubiera mirado mucho de venir en España?

—Porque nosotros, le respondimos, lo ignorábamos tambien, y es que este sistema debe de ser nuevo.»

De sobra sabíamos nosotros lo que nos habria de pasar, porque otras veces lo habiamos esperimentado; pero era necesario hacernos los desentendidos con el francés. Y entre esto y un rato de lectura y otro de sueño llegamos á Burgos. Al apearnos en el parador fuimos saludados por dos carabineros, que á Mr. Duport debieron antojársele dos demonios del infierno segun el sobresalto y el horror que se pintaron en su semblante y en sus ojos. Esta vez sin esperar á que le dijesen nada sacó él mismo la llave del cofre y se la entregó á uno de ellos diciendo: «tome vd.; cuando vd. habrá despachado, hágame el placer de volverme la clave, que yo me voy á cenar.» El hombre ya se rendia á discrecion, y fué el partido mejor que pudo tomar. Fuese por esto, ó porque ya en Burgos, como quinta estacion que es, no hay la mayor esperanza de tropezar con cosa que se haya escapado á los cuatro anteriores rebuscos, allí fué donde á todos nos molestaron menos, y Mr. Duport no tuvo que reorganizar sino la parte somera de su cofre.

Sin embargo en toda la jornada de Burgos á Madrid no le salió el susto del cuerpo. En cada aldea, en cada relevo, tras cada esquina se le figuraba ver salir una seccion de carabineros; las matas se le antojaban ya fiscales de la hacienda pública. En Somosierra encontramos un pequeño destacamento de tropa de línea. No bien los habiamos nosotros avistado cuando Mr. Duport llevaba en la mano la llave de su cofre, hasta que le dijimos que aquellos eran soldados de infantería del ejército. Sin embargo preguntó si aquellos registraban tambien: le dijimos que nó, y continuó tranquilo hasta mas acá de Buitrago, donde Tirabeque quiso darle un susto anunciándole que aquellos que á lo lejos veía parados á la orilla del camino debian ser ó carabineros ó ladrones.

—¡Diablo! exclamó temblando Mr. Duport, yo querré mejor que sean carabineros, aunque me registren el bagaje en medio del camino, y por si son, voy á echar mano á la clave del cofre para tenerla dispuesta.

—No se moleste vd., le respondió mi lego, porque probablemente serán ladrones, y estos le ahorrarán la ceremonia de registrar, y aun se llevarán el cofre sin clave, y aun acaso á vd. y á nosotros.»

Mr. Duport temblaba como un azogado. Tirabeque ya sabía de otras veces que aquellos no eran ladrones, sino soldados destinados á asegurar el camino de ellos, pero se complacia en hacer pasar sustos al pobre francés. El cual hubiera dado algo bueno por poder volverse á su tierra ó convertirse en acreonauta; hasta que llegando donde los soldados estaban se cer-

cioró de lo que era, y viendo que nada le decian recuperó su tranquilidad.

De este modo continuamos hasta dar vista á Madrid. «Alli tiene vd. ya á Madrid, le dijo TIRABEQUE.—Oh, gracias á Dios, exclamó él, que ya no habrá peligro de ladrones, ni me volverán á registrar carabineros.» Entramos pues sin novedad por la puerta de Bilbao. Mas al llegar hácia el medio de la calle de Fuencarral,—«Monsieur, le dijo TIRABEQUE, haga vd. el favor de asomarse por la ventanilla, verá vd. qué edificio tan bonito.» Se asomó Mr. Duport, y.... juzgue el lector cual seria su sorpresa al estrellarse sus ojos con el carabinero de á caballo que desde la puerta siguiendo el coche

venia.—¡Por San Luis! exclamó; ¿á qué viene aquí este hombre? ¿á registrar mi cofre otra vez?

—Si señor, contestó TIRABEQUE riéndose; aun falta el rabo por desollar.

—¡Cómo! exclamó asustado el francés; ¿ahora desuellan el rabo?

—Quiero decir, replicó, que faltaba esta última parte de la ceremonia.

Cuando llegamos al parador de diligencias, Mr. Duport, á pesar de ser hombre calmoso y nada irritable, echaba fuego por los ojos; y echáralo no digo un francés, sino el holandés ó el aleman mas flemático, pues no hay flema que resista tal tósigo de registros. Hizóse pues el competente reconocimiento, y al tiempo de despedirnos de nuestro compañero de viaje nos pregunto si sabiamos de algun hótel donde pudiera alojarse y

en el cual estuviera seguro de no encontrar carabineros que le registráran el equipage. Nos hizo reir la pregunta, le dimos noticia de una fonda, le ofrecimos tambien nuestra humilde celda, y él nos dió palabra de visitarnos, siempre que no tuviere que pasar por alguna aduana.

A los dos dias nos le encontramos en la calle en ocasion que entraba un correo de gabinete, y tras él un carabinero. Lo mismo fué columbrar Mr. Duport al carabinero que esclamar azogado: «perdon, señores, yo me retiro, que aquel carabinero debe venir á registrarme.—Tranquilízese vd. le dije yo, que este no viene á registrar á vd. sino á ese correo de gabinete, que sin duda traerá pliegos reservados para el gobierno.

—¡Diablo, diablo! volvió á esclamar; ¿con qué en este pais hasta la persona que merece la confianza del gobierno y á quien se le fia la correspondencia mas secreta y mas importante, es registrado por los carabineros? ¿Y vds. dicen que la España es un pais libre? Oh! esto es mentira! no puede ser libre un pais donde desde Irún á Madrid es un hombre registrado seis veces, y en que hasta los correos de gabinete sufren registro. Libertad y registro son incompatibles.»

Lo peor del cuento es que el francés tenia razon. Porque pais con tantas aduanas interiores, y pais en que no puede un hombre dar un paso sin que le muelan, y le sofoquen, y le fastidien, atosiguen y jonjaben con un registro, y otro registro, y otro registro, no es libre, es mentira; tenia razon que le sobraba Mr. Duport.

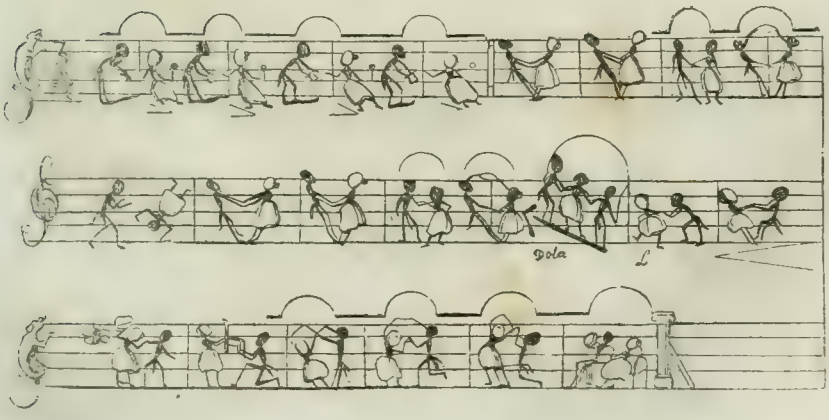
MUSICA ANIMADA.

Ya que mi reverencia, por su estado, por su edad y por sus achaques no se halle en disposicion de concurrir ni menos de hacer parte activa de los bailes de máscara, y deseoso de contribuir en lo que pueda á que se divierta la gente jóven, ya que la época asi lo requiere, tengo gusto en regalar esas dos piececitas de música por si pudiesen ser útiles al objeto. Ellas, aunque muy sencillas, tienen la novedad de la animacion personal que mi amigo Grandville sabe dar á todas las cosas.

Cada nota representa una persona en movimiento y en la actitud que le corresponde; y sin salir del compás y la medida, se motivan las escenas y accidentes propios de cada composicion.

I.

WALS.

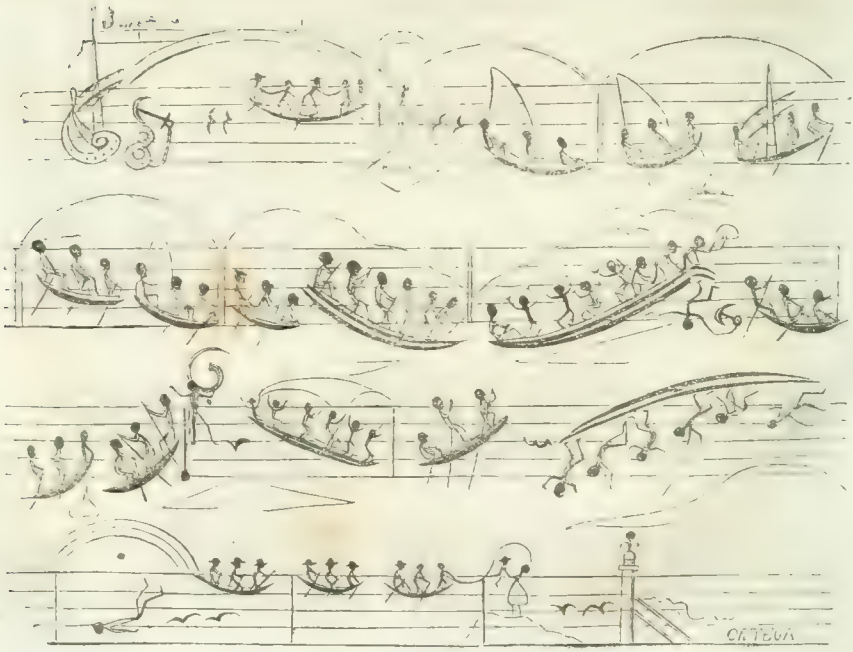


ESPLICACION.

Cuatro caballeros en trage de baile invitan á otras tantas jóvenes á walsar.—Pónense en movimiento las parejas.—Una de las damas tiene la mala suerte de tropezar, y cae, con no pequeño susto de su pareja.—Los demás prosiguen su baile.—La malaventurada dama y su caballero vuelven á tomar el paso de wals.—Mas adelante se hunde una banqueta bajo el peso de tres máscaras que se habian subido á ella.—En seguida á otra de las walsantes se le sale un zapato.—Una enorme mosca (representada por un *sostenido*) pasa zumbando por junto á otra pareja: la dama la espanta con su pañuelo, y casi se acongoja.—El caballero procura tranquilizarla, y le ofrece una silla (becuadro).—Continua el wals.—Una pareja se sienta: el caballero se limpia el sudor, y la dama descansa apoyando el codo en la silla.

II.

BARCAROLA.



ESPLICACION.

Estos son unos pescadores negros que se despiden al embarcarse de sus esposas y hermanas. Una muger confia su hijo á su marido.—Buen tiempo. Las barcas se deslizan suavemente por debajo de unas vastas arcadas (*signos para ligar las notas*).—Pero el tiempo cambia: las nubes cubren el horizonte (*otros signos para denotarlo*), y empieza á sentirse la marejada: las barcas se hunden y se elevan con las olas: un hombre cae al agua.....—Las áncoras son inútiles.—La borrasca parece calmar.—Un pescador ha salvado el niño: toca la trompeta (*punto de órgano*).—Pero el viento vuelve á soplar con violencia.—Los pescadores desesperan, y levantan los brazos al cielo en actitud suplicatoria.—La tempestad redobla sus furores..... vuelca una de las barcas, y seis pescadores son tragados por las olas..... sus cuerpos flotan inanimados.—Caen exhalaciones (*aspiraciones, suspiros*) lamiendo las aguas.—Algunas barcas, guiadas por el faro, se apresuran á entrar en el puerto.—La madre desconsolada aguardaba en la playa, y recibe á su hijo en los brazos.

ANUNCIO IMPORTANTE.

GRAN BAILE DE TRAGES

EN EL TEATRO SOCIAL DE FR. GERUNDIO.

Una vez que la corte de Tullerías, la aristocracia del barrio de Saint-Germain, y el mundo elegante del Faubourg-Saint-Honoré, han hecho de gran moda y de gran tono en el Siglo XIX y en la presente estacion los bailes llamados de trages (*travestis* ó *costumés* que ellos dicen); y teniendo como tiene mi paternidad un Teatro á su disposicion (pues en la celda, sobre ser reducida y pobre, fuera profanacion dar ningun género de baile); he determinado dar al público para la próxima *funcion* un gran baile de trages, aunque para ello tenga que secularizarme por una noche mas de lo que ordinariamente permiten y aun mandan las leyes.

La circunstancia de no estar concluidas todas las decoraciones del salon es lo que ha impedido el darle hoy mismo como habia pensado; pero tendrá lugar en uno de los próximos dias del carnaval, aunque el público no podrá ver la funcion hasta el 28.

Desde luego creo poder anticipar que la sociedad que habrá de concurrir al Teatro de Fr. Gerundio será una de las mas brillantes que se hayan visto ni pueden verse en los presentes y pasados tiempos: porque pienso reunir en mi Teatro los personages y celebridades históricas mas notables, asi nacionales como extrangeras, se entiende de los últimos pasados siglos, no del presente.

El Teatro estará competentemente decorado, y no faltarán los correspondientes gabinetes y piezas de tocador para señoras y caballeros. No se recibirá sino viniendo en trage. *On ne será rezu que travesti*, para que lo comprendan mejor los españoles.

EL BAILE DE TRAGES

EN EL TEATRO DE FRAY GERUNDIO.

Parecerá estraño que siendo los bailes de trages los mas lujosos y espléndidos que se conocen, como que en ellos se puede desplegar, y se desplega de hecho, toda la magnificencia, todo el fausto de las córtes nacionales y estrangeras de los siglos pasados, haya un pobre Fr. Gerundio abierto y franqueado su Teatro para tener en él uno de estos bailes. Pero esta estrañeza cesará con solo hacerse cargo que si bien son costosos, lo son individualmente no mas, esto es, á cada uno de los individuos que á ellos concurren; de consiguiente yo no he tenido mas gasto que hacer que el de decorar el Teatro de un modo digno; y bien merece destinarse á ello una parte de los productos de los abonos á trueque de tener el gusto de dar á los abonados una fiesta en que salen á danzar los monarcas y las celebridades de otros siglos.

Se dispuso, pues, el baile, y el Teatro gerundiano se vió tan favorecido como se verá por la descripcion que de él haré.

Tirabeque era el introductor de embajadores, y el que anunciaba cada personage de los que iban llegando, y mi paternidad hacía los honores de la fiesta. Mas siendo un baile de trages, no era regular que nosotros recibiéramos en los nuestros ordinarios y comunes, sino que estaba en el órden *travestirnos* tambien. En su consecuencia adoptamos el que nos pareció mas análogo y conforme á la posicion y carácter de cada uno. Mi reverencia tomó el del Abate L' Epée, tanto por ser uno de los que tenian mas puntos de contacto con mi profesion religiosa, como por representar un bienhechor de la humanidad, y porque teniendo que recibir me pareció conveniente estar de sério. En cuanto á Tirabeque, discurrí que siendo los trages que suelen estar mas en boga para estos casos los de la época de Luis XIV,

ninguno le podria cuadrar mejor que el del famoso *Roquelaure*, que fué el Tirabeque de aquel gran monarca, como *Triboulet* lo fué de Francisco I, como *Musson* lo fué de Luis XV, y *Velasquillo* lo fué de Felipe IV.

Ya se sabe que en los bailes de trages está enteramente anatematizada y mandada retirar la careta. Las clases llamadas *del pueblo* todavía la necesitan para disfrazarse; á la clase *media* con media careta le basta, la *aristocracia* no la ha menester de modo alguno: progreso fisionómico que vá en escala gradual ascendente.

Llegada la hora, el Teatro se fué llenando de altos y distinguidos personages de ambos sexos, en cuyos trages competia el lujo y la riqueza con la elegancia y el buen gusto, el oro con los brocados, las perlas con los brillantes, los encages con los tisúes y con las telas esquisitas de todas especies. ¿Ni qué habia de faltar en una sociedad de reyes y reinas de dos ó tres siglos, de princesas y príncipes, y de las primeras celebridades de cada córte? Era de ver qué de casacas mayúsculas, qué de chalecos de obra lata, qué de chupas hiperbólicas, qué de tontillos difusos, qué de polonesas pleonásticas, qué de guirindolas de ampliacion, qué de pelucones mónstruos, qué de espadines prístinos, qué de guarniciones superabundantes, qué de vuelos máximos, qué de redecillas inmódicas, qué de golas de arte mayor!

Pero lo que hacia mas variada y amena visualidad eran los peinados de las señoras. Habíalos piramidales, cónicos, triangulares, paralelepípedos, de media luna, de canastillo, de herizo á cuatro bucles, de casco á la Minerva, de sombrero á la *Chancelière*, á la marmota, á la circasiana, á la jardinera, á la *Gabriela de Vergy*, á la *Cleopatra*, á la perezosa, á la *Voltaire*, á la oriental, á la banda de amor, á *Raucour*, á la *parterre galant*; y finalmente de todas las formas, gustos y caprichos que pudo inventar la fecunda moda y el mas fecundo ingenio de los peluqueros.

Tirabeque me iba diciendo los nombres verdaderos de las personas que entraban.—El señor Marqués de A.....—La señora Condesa de B.....—El señor Baron de N.....—El señor y las señoritas de C.....—El señor Duque de R.....—El señor General H.....—La señora Marquesa viuda de G..... Y así de los demas. Y yo en seguida le esplicaba á él el personage antiguo que cada cual representaba segun su trage.

Ya habian entrado varios caballeros y señoras, cuando con mucha sorpresa advertí que el bueno de Tirabeque ponia dificultades para entrar á un venerable anciano que á la puerta del Teatro estaba.

—Caballero, le decia, siento mucho dar á vd. este disgusto, y pido á vd. mil perdones, pero no se puede entrar con careta.

—¿Y qué? replicaba él: ¿acaso yo traigo careta? Mírame bien, y advierte que no es sino mi cara natural.

—Pues en ese caso, reponía mi lego, su cara de vd. no es de este siglo.»

Entonces me acerqué yo; reprendí á Tirabeque tan fuertemente como merecia, y entró el Señor Duque de S..... Y no solo entró, sino que tomó tambien despues su parte activa en el baile como cuando estaba en sus verdores en tiempo de Fernando VI.

Que vosotras, bellas y amables hermanitas, criaturas deliciosas llenas de gracia y de amor, que vosotras busquéis en los trages de otros siglos nuevos secretos con que hacer vuestra belleza mas seductora todavia, lo encuentro muy natural, y no me quejaré de ello, dispuestos como debemos estar los hombres á sacrificaros la poca razon que nos habeis dejado (¡y que digan ahora que Fr. Gerundio no está derretido!) Pero que un hombre cargado de formalidad al parecer, y de años en realidad; que un hombre

mitad por lo menos siglo XVIII y mitad siglo XIX; que una crónica viviente, conjugacion simultánea del presente y el pretérito que ninguna gramática ha podido amalgamar, se añada todavia el equipage de otro siglo, y con achaque de que en los bailes de trages no hay edad que se dispense de danzar, se ponga el *sæcula sæculorum* á hacer cabriolas como un mozalvete que no ha conocido la Constitucion del año 20 sino por la historia, esto es lo que mi paternidad no podia concebir, y sin embargo nada es mas cierto.

Seguidamente nos internamos en el salon, y fuí designando á mi lego varios de los personages, no los que en sí eran, sino los que en sus trages representaban.

—«Aquí tienes, le dije acercándonos á un grupo, aqui tienes á tu amo el gran Monarca Luis XIV.» Tirabeque se aproximó á él, y le saludó muy respetuosamente.

—¿Quién es, me preguntó á mí Luis XIV, este mozo tan estravagantemente vestido?

—Servidor de V. M., le respondió Pelegrin. ¿No conoce ya V. M. á su fiel *Roquelaure?*

—¿Y quién es *Roquelaure*? volvió á preguntar el Monarca.

Aquel Luis XIV estaba tan versado en la historia que ni conocia ni habia oido siquiera el nombre de su juglar. Yo le pregunté todavia: «y bien, señor Monarca, ¿habrá de hoy mas Pirinéos? ¿Pensais todavia en el tratado de Utrech?—Yo no pienso en nada de eso, me respondió, sino en bailar.» Aquel Rey no conoceria su historia, pero en cambio llevaba un trage suntuoso. Era el jóven marqués de M.....

—¡Oh! allí tenemos al gran ministro Colbert.

—¿Y qué ministro es ese, mi amo? ¿Es de los nuevos, ó de los caídos?

—No, hombre; Colbert, el gran ministro de tu amo Luis XIV: el que hizo tan floreciente su reinado; el que elevó sus rentas, sus armas y su marina á un grado prodigioso de pujanza y prosperidad; el que protegió tanto las letras, llevando en un solo dia al Rey una lista de 81 literatos con los premios y títulos que debian obtener; el que fundó la Academia de las inscripciones; el que denunció al monarca las dilapidaciones de Fouquet, aconsejándole que separase cuanto antes á un hombre que se estaba enriqueciendo á costa del estado.

—Señor, de esos ministros quisiera yo en España, y siento que no sea español ese señor.

—Español es, Pelegrin, y aun tambien ha sido ministro el que lleva su trage.

—Si señor, pero á lo que veo no ha heredado del Señor Colbert mas que el vestido, y aun ese le habrá alquilado por una sola noche.

—Aqui tienes, le dije, á la famosa literata Madame de Sevigné; á la Reina Ana de Inglaterra con el mismo lujo que ella solia ostentar; á la hermosa Madame de Maintenon: á la célebre Marquesa de Pompadour.....

—Señor, la de Maintenon me gusta unas miejas, que por mi ánima si no era una linda y graciosa jóven, y aun lo es todavía: pero la señora Marquesa de Pompanduro lléveme el diablo si habria quien la mirára á la cara, porque á mas de las arrugas de la edad tiene otras prominencias.....

—Pues no era sino jóven y hermosa tambien, Pelegrin, que de otro modo no hubiera podido captarse el corazon y merecer los favores de Luis XV: sino que eso consiste en el gusto y propiedad con que cada una sabe vestirse. Esta señora es la Condesa de R..... y así como á su bella hija le sienta grandemente y está encantadora con el trage y peinado de la hermosa Maintenon, asi el de la Pompadour en el vetusto y no nada terso rostro de su madre es un error de historia que solo pudiera pasar en carnaval. Y hubiera estado mejor á sus muchos años el trage por ejemplo de la Reina Isabel de Farnesio, que fué señora mayor, y muy fecunda por cierto, como que tuvo siete ú ocho hijos, y aunque le achacan el haber mirado mas por el bien de su prole que por el de la monarquía, estas circunstancias para nada influyen en un disfraz de baile.

«¡Hola! Mucha gente buena veo por aqui. El reinado del Señor Carlos III tenemos á la vista. Alli está el famoso Conde de Floridablanca, digno ministro de tan gran Rey, á quien la España debió tanta prosperidad y engrandecimiento.—El gran Conde de Aranda, el que recibió de manos de S. M. el decreto de espulsion de los Jesuitas, cuyo ejemplo siguió el Rey de Nápoles expulsándolos tambien inmediatamente de sus estados.

—Pues quiera Dios, mi amo, que entre el Rey de Nápoles y el que lleva ahora el vestido del Conde de Aranda no nos vuelvan otra vez á los mismos que entonces echaron: que tanto va de traer el equipage de un buen ministro á serlo de veras, y por eso dicen que el hábito no hace al monje.

—Asi es la verdad, Pelegrin. Y aqui tenemos tambien al Príncipe de Esquilache, contra el cual se amotinó el pueblo de Madrid por creerle adicto al gobierno francés y subyugado por su influencia, lo cual sin embargo no era cierto: pero la cosa estubo muy séria, y de tan antiguo les viene á los españoles el enojo con que miran que sus gobernantes se dejen dominar del influjo de otra potencia.—Aquel es el Marqués de la Ensenada, protector del comercio español en las Américas y destructor del contrabando estrangero.—Tambien tenemos aqui al famoso Don Juan de Austria; no el

hermano de Felipe II, sino el hijo natural de Felipe IV, á lo que indica su trage mixto de guerrero y de Prior de San Juan: uno de los pocos que han merecido bien el honor de ser nombrados *Generalísimos* de las armas españolas, pues ademas de ser nacido de sangre real, conquistó á Nápoles, é hizo otras muchas proezas, y tuvo tambien la honra de ser llamado á Madrid por los Grandes de aquel tiempo, que empezaban á estar recelosos de la influencia excesiva que conservaba la Reina Madre en el gobierno de su hijo Carlos II.

«Estos otros son, el famoso Necker, el gran financiero de la Francia; el célebre William Pitt, el profundo, aunque maquiavélico, diplomático de Inglaterra....

—Por lo que oigo á vd. mi amo, los siglos pasados debieron producir mucha gente de provecho. Y tengo para mí que no hay de esos hombres ahora, al menos en esta nuestra tierra.

—¿Cómo que nó? Ahí tienes todos los que visten sus trages, que si no son precisamente Colberts, Arandas, Floridablancas, Neckers, ni Pitts, se visten como ellos vestian para bailar una noche, y allá viene á dar. Y espérate, que allí veo tambien al famoso Duque de Choiseul.

—¿Y quién es ese Señor Duque, mi amo?

—El Duque de Choiseul, Pelegrin, fué el que hizo el dichoso *pacto de familia*, negociado secretamente entre España, Francia y el Rey de las Dos-Sicilias; pacto que sacrificaba á los españoles al interés de la Francia. Pero á pesar de esto es menester confesar que fué un grande hombre y un gran ministro, y tan desprendido, desinteresado y benéfico, que murió agoviado de deudas, no dejando mas que débiles restos del patrimonio de su muger, la cual se encargó de cubrir los donativos que su pródigo esposo legaba en el testamento á las personas que le habian favorecido, habiéndose él retirado á uno de los conventos mas pobres de Paris, llevando consigo la estimacion y la admiracion de todo el mundo.

—Pero señor, ¿cómo no hay de estos hombres en el siglo XIX?

—¿Cómo que no los hay? ¿No los tienes aqui bailando?»

En esto me aproxime á él, yo Fr. Gerundio, y le dije: «á Dios, Señor Duque, ¿qué tál? ¿tendremos otro *pacto de familia*?

—No entiendo lo que vd. me quiere decir, me respondió.»

Esto me bastó para comprender que el duque del siglo XIX no sabía quién era el duque del siglo XVIII que representaba, y que se habria puesto su vestido porque le habria gustado el figurin, y esto le bastaba para su objeto y no le importaba averiguar mas.

A este tiempo adverti que una señora salia precipitadamente del salon.

—«Vete corriendo, *Roquelaure*, le dije á mi lego, que á esa señora debe haberle ocurrido algo.» Y en efecto era una dama de Luis XVI, á quien se le habia descompuesto el undécimo bucle. Tirabeque la condujo á la pieza de tocador, donde nuestro peluquero de cámara le arregló el desordenado rizo.

Yo entretanto me quedé contemplando aquel brillante conjunto de príncipes y princesas, cortesanas célebres, y famosos guerreros y hombres de estado, llamándome mucho la atencion y no pudiendo menos de estrañar que á todos los hombres los tomára el capricho por adoptar los disfraces y representar las personas de reyes y príncipes, de guerreros distinguidos, de ministros célebres, de condes y duques, y que no se hallára en toda la reunion quien representáran á Cervantes, ni á Ercilla, ni á Pope, ni á Mon-

tesquieu, ni á Mozart, ni á Gravina, ni á Beccaria, ni á Filangieri, ni á Pascal, ni á Adam Smith, ni á Gessner, ni á Young, ni á Metastasio, ni á Calderon, ni á David Hume, ni á D'Aguesseau, ni á ninguno de tantos escritores, artistas y literatos como produjeron aquellos siglos; que no parece sino que hasta por una noche se desdeñan ciertas gentes de imitar y simbolizar á los hombres de letras. Y á fé que no los hubiera deshonrado nada el uniforme. O acaso lo harian para significar que no es en los bailes donde hay que buscar la ciencia.

Embebido en estas meditaciones estaba, yo Fr. Gerundio, cuando oí á Tirabeque otra vez disputándose y como peleando con alguno que al parecer pugnaba por entrar, puesto que le decía: «no señor, no entrará vd., porque esa vestimenta no es digna de esta reunion.—¿Este no es el Teatro Social de Fr. Gerundio? preguntaba el hombre.—Si señor, le respondía mi lego.—Pues en el Teatro de Fr. Gerundio lo mismo tienen entrada los pobres que los ricos.—Vamos á ver, le preguntaba Tirabeque; ¿de qué siglo es el trage que vd. trae?—Yo no sé de que siglo será, respondia el hombre; solo sé que es muy antiguo, y que así le gastaba mi padre, y asi le gastaba mi abuelo y todos mis antepasados»

—¿Qué es eso? pregunté yo acercándome; ¿qué voces son esas?

—Señor, me respondió Tirabeque, este palurdo que se empeña en que ha de entrar en el salon, y vea vd. qué trazas trae, que no dejaría de hacer una buena figura entre la grandeza y el lujo de allá adentro.

—Señor Fr. Gerundio, dijo á esto el buen hombre, yo soy un labrador de tierra de Segovia, vecino de Zamarramala, que deseaba ver su Teatro de vd., y teniendo noticia de que esta noche se entraba de valde, me vine acá á ver la fiesta; si he hecho mal, vd. perdone la descortesía, pero esto no debe ser razon para tratar á un hombre honrado como su lego de vd. lo está haciendo conmigo, que no lo creería en él.

—Tiene razon el hombre del pardo gaban, le dije á mi lego: de nuestro Teatro no se escluye á ninguna persona honrada, sea de la clase que quiera; cuanto mas que su trage es de otro siglo, y de consiguiente viene *travesti*, y tiene derecho á entrar.— Pase vd., buen hombre.

—Señor, pero que á lo menos deje el palo á la puerta.

—Eso está bien, y es muy justo.»

Entró pues mi hombre de Zamarramala; y mas facil es comprender que describir la sensacion de sorpresa y aturdimiento que esperimentaria al encontrarse en aquel lugar, que á él debió parecerle palacio encantado, y en aquella reunion que debió antojársele un sueño de la gloria, ó todo junto una escena de las *Mil y una noches árabes*, si de ellas tuviera noticia,

que si él las conociera, de seguro habria esperado que algun *Bedredin Hasan* sacase de la bolsa algunos puñados de zequines y los distribuyera en-

tre los espectadores (1), lo cual no le hubiera desagradado. Pero alli nadie repartia nada.

Si grande fué la sorpresa del labriego, no lo fué menor la de los personages de tan brillante concurrencia al encontrarse alli con un fenómeno, porque fenómeno era un hombre del pueblo en aquel sitio, mezclado entre tanta grandeza; si bien algnnos tomaron su vestido natural por un disfraz estravagante, y aun elogiaron el gusto del que habia tenido semejante capricho; que tanto domina en estos casos la ficcion y la apariencia que la misma realidad es tenida por farsa.

Luego que pasó su primer aturdimiento, exclamó santiguándose: «¡poder de Dios y cómo relumbra aqui el oro! vaya que quita la vista. Cuidado me llamo, que tengo yo visto lujo en las jornadas de la Granja en tiempo

(1) Noche 69.ª de los cuentos árabes.

del Rey que Dios tenga en gloria, pero una cosa como esta nunca en mi vida la vi. Como que aqui todos parecen Reyes y Reinas lo que menos. Apuesto yo algo bueno á que con lo que ha costado la casaca ó la chupa de cualquiera de estos señores habia para pagar la contribucion de todo Zamarramala, que no ha sido floja ogaño. Y cuasi estoy por decir que vale mas lo que traen esos señores sobre sus costillas que todo Segovia con alcazar y acuiduto y casa de moneda y todo.»

Haciannos reir á TIRABEQUE y á mí las ocurrencias del campesino, y por lo mismo tuvo gusto mi lego en hacerle algunas preguntas.—«¿Con que le maravilla á vd. este lujo? le dijo.

—¿Pues no quiere vd. que me maraville? Confieso mi pecado que me tiene asorto. ¡Carambola y qué alegre y qué contenta está la gente! Se conoce que aqui no se sienten penas. Y lo que me maravilla tambien es que aqui lo mismo bailan los viejos que los mozos, que algunos veo de mas edad que yo, y no soy niño, y se zarandean que parecen muchachos.. ..... Y aunque sea mala pregunta, ¿se puede saber de que tierra han venido estos señores? Porque amás que las vestimentas no rezan que sean españoles, si lo fueran no gastarian tanto humor.

—¿Y porqué nó? le preguntó PELEGRIN. Pues qué, ¿en su pueblo de vd. no se divierte tambien la gente en este tiempo?

—¿Dónde? ¿en Zamarramala? Para diversiones estamos con el sistema tributario! ¿Sabe vd. las diversiones que tenemos allá? Pues yo se las diré. Ha de saber vd. que yo soy alcalde de mi lugar, aunque me esté mal el decirlo, para servir á vd. y al señor FR. GERUNDIO su amo. Y el otro dia para hacer efectiva la contribucion tuve que embargar á un vecino la vaca, y á otro la pollina, y á otro unas cabras, y á otro las mantas de la cama y los menesteres de la cocina, que aseguro á vd. á fé de Froilan Rubio, que así me llamo para lo que vds. gusten mandar, que se me partia el alma de pena de ver llorar las mugeres, que aquello era una compasion de Dios.

—Mira, PELEGRIN, le dije á mi lego, haz el favor de llevar al señor Froilan á un rincon desde donde pueda ver el baile, porque en este sitio le podrán oir, y la lastimosa relacion que hace y el cuadro de miserias que pinta de su pueblo aguaria el placer y turbaria la satisfaccion de las personas que han favorecido nuestro TEATRO.

—En cuanto á eso, mi amo, no tenga vd. temor alguno, que aunque le oyéran no pararian la atencion, ni se afligirian mucho.

—Sin embargo, PELEGRIN, podría suceder; y asi será mejor que te le lleves..... Escucha: escusas de decirle si son ó nó españoles: y si te vuel-

ve á preguntar, dí que son Príncipes venidos de América ó de cualquiera otra parte del mundo.»

Hiciéronlo así. Principió otro baile, y tuve el gusto de ver bailar al duque de Choiseul con la reina Maria Luisa de Saboya; al príncipe de Esquilache con la marquesa de Montespan; á Luis XIV con Maria Teresa de Alemania; á Cromwel con la princesa de los Ursinos; á William Pitt con madame de Lavalliere; á Carlos II con la marquesa de Brinvilliers; al conde-duque Olivares con la marquesa de Pompadour; al baron de Holbach con la marquesa de Chatelet; y á otros célebres personages de los dos últimos siglos, enemigos irreconciliables muchos de ellos, y que solo en un baile de carnaval se pudieran dar la mano. El duque de Penthievre bailó un minuét afandangado con la reina Cristina de Suecia.

El alcalde de Zamarramala desde su rincon, poseido de asombro levantaba las manos al cielo en señal de admiracion; cuya admiracion, segun

nos contó despues, nacía de tres causas: la primera, de la comparacion y cotejo que le ocurría naturalmente entre aquel fausto y aquella alegria, y la miseria y los llantos de su lugar: la segunda, de ver á hombres á su parecer tan ancianos ó mas que él, danzar como si fuesen muchachos que les hirbiera la sangre en el cuerpo: y la tercera (y esta la dijo riéndose el señor Froilan), de contemplar las canillas de pájaros y las pantorrillas por mal nombre (decia él), que tenian la mayor parte de aquellos señores.

Finalmente la reunion fué brillantísima; la orquesta tocó admirablemente las piezas mas escogidas: el TEATRO estaba deslumbrador: se bailó mucho y reinó la mayor alegría y jovialidad: la única nube que se presentó en aquel resplandeciente horizonte fué el representante del pueblo; pero como nadie le hizo caso ni nadie oyó las cuitas que refería, en nada turbó la alegria y el placer de la fiesta.

Los reyes y príncipes de una noche se despidieron al parecer muy complacidos de nosotros, y nosotros lo quedamos mas de que nuestro TEATRO hubiera estado tan honrado y favorecido, y gozándonos de tener en nuestro Siglo tantos hombres grandes, aunque no sea mas que para bailar una noche vestidos con los ropajes de los grandes hombres de los siglos pasados.

TIRABEQUE apagó las luces, y en seguida nos despojamos de los nuestros, los cuales no nos pudieron envanecer ni por un solo instante, pues todo lo que TIRABEQUE ascendió fué de lego á juglar, y yo no hice sino trasformarme de reverendo del Siglo XIX en abate del Siglo XVIII: de consiguiente no nos hizo novedad encontrarnos convertidos en lo que naturalmente éramos.

INUNDACION DE MASCARAS POPULARES.

De repente y cuando nadie lo esperaba hemos visto este año las calles, plazas y paseos de la villa y corte inundados de máscaras populares. Ha sido una nube, una lluvia, un torrente, una irrupcion, un desbordamiento, una plaga, una peste, un mare-magnum, un diluvio. Ya no ha sido solo el pueblo soberano de otras veces el que ha corrido las calles vestido de andrajos y dando ahullidos; ha sido la gente culta y el mundo elegante del feo sexo el que ha tenido este año el capricho y la humorada de hacerse *plebe asquerosa* por tres dias; y tan *asquerosa*, que no ha habido harapo, pingajo, ni arrapiezo, estera vieja, felpudo mugriento, ni trápani de cocina que no haya servido de adorno á esta nueva democracia aristocrática de carnaval. Por un viceversa nada estraño en la patria de Fr. Gerundio, se ha notado que este año que la verdadera plebe se habia adecentado un poco en sus disfraces (que bien lo habia menester) la plebe fingida ha declarado de útil y activo servicio por tres dias todos los trapos jubilados por inválidos en los rincones de las casas para lucirlos en compañía de una careta en armonia con el resto del equipage.

Con tan brillantes adminículos ha embromado la cara juventud á su sabor y talante á cuantos prógimos ó prógimas en mientes les ha venido ó han tropezado, no con tan finas y delicadas bromas muchos de ellos como á una plebe fingida compitiera, sino tan pesadas y macizas como de la verdadera plebe se pudiera temer. Progresos de la civilizacion. La verdadera plebe ha andado muy comedida. Vice-versas de España.

Sin embargo ni todos han usado las mismas bromas, ni todos se han querido democratizar, pues tambien hemos tenido máscaras en carrozas. Otros han buscado un término medio aunque irracional, presentándose, ya en escuálidas alimañas gastadas en el ejercicio de su largo ministerio, y que pedían de justicia ser relevadas aunque no hicieran admision, ya en ignorantes y flacos jumentos que sufrían resignados las cargas y gabelas que llevaban encima. Sobre nueve de ellos encontré á otros tantos moros regularmente

vestidos: el que conducía á Abd-el- Kader iba cojo. ¿Qué mas querrían los franceses, y muy principalmente el mariscal Bugeaud? Pero es el caso que el tal mocito, en vez de andar como el de las máscaras de Madrid, acaba de presentarse muy campechano en su famoso caballo árabe delante de las murallas de Dellys, á cuya guarnicion ha metido en un puño.

De entre las innumerables máscaras que discurrian me llamó la atencion una que figuraba un gran *pajarraco*, con un enorme pico, el cual abría y cerraba descubriendo unas disformes fauces, vulgo tragaderas, símbolo de la insaciabilidad. Aunque le nombro *pajarraco*, no puedo decir con seguridad si era *pajarraco* ó *pajarraca*, porque ni ví ni pregunté de qué sexo era, y podía muy bien ser de uno ó de otro, porque de ambos los hay que por mas que devoren no se sacian nunca.

Por otro vice-versa notable el único año que el nuevo Corregidor prohibió por medio de bando que se usáran disfraces que representáran corporaciones religiosas, es cuando se han visto por las calles mas beatas y mas jesuitas: como si quisiese decir el pueblo: «de beatas y jesuitas no salimos, aunque el señor Corregidor lo mande.»

Asi como por otro vice-versa, el único año que se han dictado medidas rigurosas para evitar desórdenes en estos dias, es cuando han ocurrido dos ó tres asesinatos horrorosos; y el único año que se habia impuesto la pena capital á todo perro que sin bozal por las calles andubiese, es cuando ha habido perros rabiosos que han mordido á quien se les ha antojado.

De manera que este año parece que ha andado el diablo suelto en tales dias. Pero lo cierto es que el pueblo soberano se ha salido de madre, y se ha divertido á satisfaccion. Yo no sé si habrá tenido parte en la universal locura la circunstancia de haber leido en el Congreso el nuevo ministro de Hacienda el proyecto de supresion de la contribucion de inquilinatos, y el de la rebaja de otros impuestos. No tendría nada de particular, porque la mejor receta para tener al pueblo contento y alegre es aliviarle las contribuciones.

Por lo demas ha reinado el mayor órden. Solo que la juventud fina y de educacion, por efecto de la civilizacion que alcanzamos, en Villahermosa alborotó pidiendo el *Cancan*, é hizo necesaria la intervencion de los encargados del orden y seguridad pública; en el Museo Matritense gritaba como en la plaza de toros, y ultrajaba á la juventud literaria; en los bailes cometía tal cual irreverencia, y en las calles daba bromas no nada ligeras ni regulares. No fué el mayor número, pero fué un número bastante mayor.

¡POBRE LENGUA!

Ya que nadie se acordó de representar en los bailes de trages de este carnaval ni á Cervantes, ni á Lope de Vega, ni á Garcilaso, ni á Solís, ni á Calderon, ni á Herrera, ni á Rioja, ni á ninguno de los antiguos maestros del habla castellana, quise, yo Fr. Gerundio, traerlos á mi celda y departir un rato con ellos. Nunca los agradeceré bastante la amabilidad con que acudieron á la invocacion gerundiana; y puestos á mi presencia, despues de darles las gracias por su condescendencia, les dije: «Habia creido, respetables y respetados amigos mios, que asistiriais personalmente con otros vuestros contemporáneos á las fiestas y diversiones que en esta temporada de Carnes-tolendas en los altos salones de la corte de España se han dado. Mas ya que asi no ha sido, pienso no os disgustará que os dé alguna noticia de ellas.....

—Por el contrario, contestó interrumpiéndome el hermano Rioja; tendremos en ello un gran placer, al menos por lo que á mí hace.

—Y por lo que á mí toca, añadió Lope de Vega, no le tendré menor.

—Todos le tendremos, exclamaron simultáneamente aquellos ilustres escritores.

—Pláceme en gran manera, mis amados compatriotas, les dije, haber acertado á complaceros.»

Y tomando un periódico, «dignáos escuchar, añadí, la relacion que de ellas hacen nuestros diarios.»

«Anoche tuvimos el gusto de asistir al *soirée* de la señora Condesa de «M..... que estuvo tan brillante como siempre, y que en nada desmereció «del magnífico *raout* del señor Marqués de P..... A los que hemos tenido «la fortuna de gozar de las deliciosas *matinées* con que esta señora ha te«nido la bondad de obsequiarnos en esta temporada, no nos sorprendió ha«llar reunido en sus salones todo lo que nuestra sociedad encierra de mas «*fashionable*. Cantáronse diferentes piezas de los mejores *spartittos*, todas «con el mayor gusto é inteligencia. Pero no podemos dispensarnos de ha«cer especial recuerdo de la señorita B.... que desde su *debut* no ha deja-

«do de hacer la delicia de los *dilettanti*, la cual cantó admirablemente una «melodía en que á pesar de lo difícil de la *tessitura* arrancó innumerables «*bravos*. El buen gusto de su *toilette*, su peinado en *bandeaux*, y hasta el «vistoso *bouquet* que llevaba en la mano, contribuian á realzar la belleza de «esta linda jóven. Concluido el concierto, se trasladó la reunion al salon «inmediato, donde habia un espléndido *buffet* que fué servido con el mayor «esmero y delicadeza.....»

—¿Entiendes, Lope, lo que va leyendo Fr. Gerundio? preguntó Cervantes á Lope de Vega.

—Júrote por mi ánima, respondió Lope, que no he podido entenderlo. ¿En qué lengua está escrito?

—¿Cómo en qué lengua? pregunté yo Fr. Gerundio. En Castellano.

—Perdonad, me dijo Herrera, esa no es el habla castellana. Al menos yo no la reconozco por tal.

—No, repuso Solís: esa no es la lengua que nosotros hablábamos. Cierto es que he comprendido algunas palabras, pero hay otras muchas que apostaria que no eran españolas.

—No señor, dijo entonces Tirabeque, son *de estrangis*, y no es maravilla que vds. no las entiendan siendo tan antiguos como son, porque yo soy del dia y tampoco las entiendo.

—¿Y no hay palabras, exclamó el hermano Cervantes, ¿no hay palabras en la rica lengua castellana con que espresar esos objetos? ¿Es posible que la mas copiosa y abundante de las lenguas vivas, la lengua en todas partes por su riqueza envidiada, haya asi de adulterarse y corromperse con estrañas y prestadas voces?

—Pues mire vd., replicó Tirabeque, lo mismo sucede en esto que en la política y en todo. La van poniendo que no la conocen la madre que la parió.

—¡Pobre lengua! exclamaron todos, y dieron muestras de querer retirarse, repitiendo Cervantes entre dientes de un modo sardónico:

Buffet, bouquet, raout y matinée.....
Pardiez no es esta lengua la lengua que yo hablé.

Mi reverencia no quiso detenerlos mas por primera visita, pero les suplicó que no fuese la última vez que honráran la humilde celda, pues teníamos que conferenciar sobre el estado y tratamiento de la lengua castellana, y asi me lo ofrecieron.

GRAN BATALLA

ENTRE DON CARNAVAL Y DOÑA CUARESMA.

Era la noche del 24 al 25 del corriente, entre el martes loco y el miércoles del juicio, y á una de las mas anchas entradas de Madrid, cerca de un gran palacio, que parecia ser el de Villahermosa, se hallaban acampados dos ejércitos, y prontos á entrar en combate.

Mandaba el uno Don Carnaval, el cual se ostentaba rozagante, obeso, rubicundo y alegre. Iba caballero en un Ciervo, de cuya ramosa cornamenta pendian manojos de perdices, faisanes, y otras aves de buen comer. Llevaba por cimera un pavo, por escudo un jamon, y por blason una cabeza de ternera. A la punta de la lanza se divisaba un gallo. Acompañábale un brillante cortejo de gente gastrónoma y rica, y por consecuencia distinguida, que ya la aristocracia de riqueza se ha sobrepuesto á la aristocracia de alcurnia. Consistian sus tropas en grandes y cerradas masas de aves y cuadrúpedos.

Mandaba el otro Doña Cuaresma, la cual iba vestida de luto, con el semblante macilento y escuálido, sin armas ni cabalgadura; su séquito lo constituian eclesiásticos, cesantes, y clases pobres y pasivas, y sus tropas se componian de pescados de mar y rio.

Arengó primero Doña Cuaresma á sus tropas diciendo: «soldados: bien sabeis que el orgulloso Carnaval ha invadido mis dominios, y en su loco devanéo parece se propone acabar de conquistarlos. No se contenta con menoscabar mis antiguos derechos, atribuciones y prerogativas, al modo que en algunos paises el poder de la fuerza invade, usurpa, ataca y se arroga facultades que solo al imperio de la ley competen. No se satisface con egercer en mis dominios una influencia mas ó menos directa, al modo de la que una potencia vecina suele egercer en otra mas debil con mengua de su independencia y con menoscabo de sus derechos. No aspira solo á perpetuar su influjo egerciendo una intervencion antilegal, como un padre ó una madre incapacitados por la ley sobre su hijo ó hija emancipados y ma-

vores de edad. No, soldados, no le basta esto al Carnaval mi enemigo.

«El ha invadido mi territorio como los franceses invadieron la Argelia: el aspira á subyugarme como el Autócrata de las Rusias ha subyugado y esclavizado la Polonia: él pretende absorverse mis dominios como los Estados-Unidos se han absorvido á Tejas, y aun intentan tragarse á Méjico, Cuba y la California.

«Si, soldados: vosotros lo sabeis; con pretesto del domingo de *piñata*, que una mal entendida tolerancia le ha ido permitiendo, ha logrado prolongar sus locas bacanales mas allá de los límites que la religion le concede, apropiándose un tiempo que las leyes y la tradicion han consagrado esclusivamente á mi. Hoy mismo, cuando la religiosa campana con grave sonido estará llamando á los fieles al templo para que vayan á recibir con humildad sobre sus frentes la modesta ceniza que les habria de recordar lo que son y lo que han de ser, los sectarios del Carnaval se hallarán todavia dentro de ese palacio entregados á los placeres coreográficos y gastronómicos, y con rostros desencajados y mortesinos, signo natural de eso que ellos llaman pasar una buena noche y que no es sino muy mala, los veréis salir desatentados y frenéticos, envueltos en sus ridículos ropages, y ocultando sus pálidos rostros en un rico capuchon ó en una plebeya nube, ó escondiéndolos en una carroza tomada por asalto, correr á buscar en muelles lechos el descanso de que los tiene privados su locura.

«Hoy mismo veréis tambien á una gran parte de ese pueblo, en otro tiempo tan religioso, celebrar locamente una farsa tan profana como ridícula, en la que se permiten poco menos que á mansalva todo género de liviandades.

«Llegará mi primer domingo, y mientras los sacerdotes se estarán desgañitando en los templos, inculcando á una parte de los fieles la necesidad de las prácticas devotas en un tiempo que debe consagrarse á ellas, otra parte, y por desgracia la mas numerosa, se ocupará de arreglarse los trages para el baile de máscaras, corolario intruso del Carnaval. Los conciertos alternarán con los sermones; las fiestas profanas con los ejercicios religiosos; los teatros estarán mas llenos que los templos; y el estrangero que llegue á la capital de esta nacion que se dice eminentemente católica, no podrá distinguir si tales dias son de mi dominio, como deben, ó continúan siendo del dominio del Carnaval.

«Aun no es esto solo, soldados. Ellos sin temor de la Bula mezclan carnes con pescados, sin reparar en dias ni en semanas ni en preceptos (los pescados hacen un movimiento de atencion). Ellos no entienden de privaciones, abstinencias ni ayunos.....»

Aqui fué interrumpida Doña Cuaresma por muchas voces que de su estado mayor salieron.

—¿Ellos ayunar? exclamó un eclesiástico lleno de fuego. Los que ayunamos somos nosotros, señora. Y justo es que ayunemos, puesto que la Santa madre iglesia así nos lo manda. ¿Pero es justo que se nos condene á perpétuo ayuno, como si cada uno de nosotros fuese un Simeon Estilita, de quien cuenta Teodoreto que pasó 28 cuaresmas sin probar bocado? ¿Es justo que á nosotros se nos condene á perpetua cuaresma, mientras esos hombres, que parece ser los mismos de quienes dice el Sagrado testo: «*quorum Deus venter est*,» están haciendo para sí todo el año Carnaval, todo el año domingo gordo? En fin verémos si en la presente Cuaresma el nuevo gobierno nos deja menos ayunos, segun ha ofrecido.

—No son ellos, señora, los que ayunan, gritó otro que en lo débil de su acento mostraba ser cesante. Nosotros somos los que ayunamos al traspaso, y solo en tal cual época tardía nos alcanza una colacioncita miserable del presupuesto de su opípara mesa, y de esta miserable colacion intentaban todavía cercenarnos un 20 por %. En fin verémos si el nuevo gobierno nos deja tambien en la presente Cuaresma menos ayunos, segun ha ofrecido.

—No, gritaron otras voces; los ayunos son para nosotros, pobres contribuyentes, que aunque *paganos*, somos los verdaderos católicos apostólicos que guardamos los mandamientos: nosotros que somos como la tierra, que dá el fruto para que otro le coma. Pero verémos si el nuevo gobierno nos deja menos ayunos, segun ha ofrecido.

—Esperanzas en Dios, compañeros, exclamó Doña Cuaresma; y pláceme hallaros tan conformes con mis ideas y tan identificados con mi justa causa.

«Ahora bien; ¿habrémos de tolerar por mas tiempo la usurpacion de Don Carnaval y de los suyos? Ellos son fuertes y poderosos, es verdad; nosotros débiles y flacos: ellos muchos y nosotros pocos; pero ellos van contra la ley, y nosotros la defendemos; y al número suplirá el valor, y á la fuerza la justicia de la causa. ¿Qué nos detiene pues? A ellos; la victoria coronará nuestros esfuerzos.

—A ellos, contestaron todos unánimemente.»

Y arremetieron con denuedo á las tropas de Don Carnaval. Aunque estas se hallaban prevenidas para resistir el ataque, no pudieron evitar que un cuerpo de merluzas y lampreas arrollára una compañia de conejos y perdices. Las anguilas penetraron por un camino cubierto en el campo enemigo, y enroscándose en las patas de las terneras y los pavos y azotándolos con sus colas, daban con ellos en tierra. Un combate sangriento se em-

peñó entre un gallo y un besugo, y aunque este se defendió por algun tiempo de los picotazos de su adversario, el gallo se le colgó de las agallas, y

obligó al besugo á declarar en presencia de todo el ejército que por mas que apareciera haberse peleado, no eran sino muy amigos, y una misma su causa; cuya declaracion fué tomada como una insigne muestra de debilidad.

A pesar de la flaqueza del besugo volvieron las tropas de Doña Cuaresma á la carga, y descargando al propio tiempo los arcabuceros una lluvia de metralla bien dirigida, introdujeron el desorden en las filas de Don Carnaval, al estremo de producir una verdadera crisis, en que hasta el mismo General en gefe estuvo á pique de perecer como Paulo Emilio en la batalla de Cannas, y de quedar sus riquezas en poder de las tropas de Doña Cuaresma como las de los caballeros romanos en poder de Annibal.

Pero acudió Don Carnaval á una de sus estrategias, y arengando tambien á sus tropas hízolo con tan imponente tono, que asustados algunos can-

grejos emprendieron silenciosa y disimuladamente la retirada. Acometieron entonces los de Don Carnaval por aquel flanco, y deshicieron el ala derecha; y aunque la izquierda se mantubo firme, cundió el desaliento al centro, y Doña Cuaresma tuvo por conveniente admitir las bases de capitulacion que Don Carnaval le propuso, cediendo á la fuerza, para no acabar de perder las suyas.

Convínose pues en reconocer la razon con que Doña Cuaresma reclamaba el imperio y la observancia de la ley durante el tiempo á ella consagrado, y la justicia con que se quejaba de las invasiones é intrusiones que Don Carnaval hacía en sus dominios; de que solo á ciertas clases se reservaran las privaciones, abstinencias y ayunos, y de todo lo demas que en su discurso habia espuesto. Pero accedió y se sucumbió á tolerar y consentir que Don Carnaval continuára intrusándose con su domingo de *piñata*, con sus mezclas de carnes y pescados, con fiestas y diversiones profanas, y finalmente con su dominacion extralegal, y sin que se entendieran con él y con los suyos los ayunos y las prácticas devotas.

Los descontentos de la capitulacion preguntaban qué significaba ese poder anómalo embutido en la Cuaresma, en que nunca había sido reconocido; ese poder de que no hablaba ninguna ley ni tradicion cristiana, y que sobre ser un escándalo en un pueblo católico, quedaba siempre amenazando conquista. Pero por mas que se procuraba dar esplicaciones satisfactorias para tranquilizar los ánimos, la verdadera razon era que se habia cedido al temor de perder el todo por el todo. Y esto consistia en haber tolerado los abusos é invasiones de Don Carnaval por mucho tiempo, en haberle dejado tomar un predominio que no debió tener nunca, y en que no se cortan bien los vicios que se cortan tarde.

Asi ha quedado la Cuaresma desfigurada y adulterada en un pueblo católico, y lo peor es que no se ve el dia en que la Cuaresma sea puramente Cuaresma, y el Carnaval Carnaval, conteniéndose cada uno dentro de los límites que la ley les tiene marcados. Y vamos ya á otras materias.

FRAY GERUNDIO Y UN SOLTERON.

Mi amigo Don Torcuato es un hombre de unos cuarenta á cuarenta y dos otoños, *plus minusve*. Su estampa es noble, su fisonomia franca y llena, y todo su esterior, aunque de una latitud que escede en bastantes lineas la medida comun de los hombres regularmente corpulentos, presenta un conjunto agradable, y deja traslucir aquella especie de *bonhomie*, ó sea honradez y hombría de bien, que atrae y previene en favor de ciertas personas.

Y en efecto Don Torcuato no solo parece honrado, bonachon y sencillo-

te, sino que lo es realmente, á pesar de ser uno de los capitalistas mas saneados de la corte, cualidades que á algunos parecerán difíciles de combinar, pero que yo creo que pueden muy bien andar unidas, como sucede en Don Torcuato, mejorando como se suele decir lo presente.

En cuanto á lo de capitalista, no es de aquellos que pregona la fama, porque no le gusta sonar ni llamar la atencion por el lujo y el boato; pero hace sus buenos negocios á la chita-callanda y es firma tan sólida como la que mas. Tiene dos buenas cualidades para las jóvenes, que son el ser rico y no ser casado, y dos cualidades malas para los maridos, que son el no ser casado y ser rico: pues aunque él sea honradote y bueno, el mundo está malo, y el diablo las carga, y como él dice, no es ningun saco de arena ni ningun costal de nueces, ni da Dios asi como quiera la dosis de virtud que es necesaria para salir á salvo en todos los casos y ocasiones que se ofrecen en este pícaro mundo.

Don Torcuato suele tener la bondad de hacerme algunas visitas, y en una de las veces que honró la celda gerundiana recayó la conversacion sobre su estado de celibatismo. Aprovechando yo entonces la oportunidad le dije: «no puedo menos de estrañar, hermano Don Torcuato, que siendo vd. como es un hombre de tan buena fortuna, con la cual podria hacer muy feliz á una jóven honrada y honesta, y hallándose todavia en buena edad y con una salud robusta, haya vd. de permanecer en ese estado, que no es seguramente el propio y natural del hombre que como yo no se haya ligado á Dios con un voto solemne, ni el mas á propósito para hallar la felicidad de la vida en pasando de cierta edad. ¿Qué diablos hace vd. pues, que no se casa? Llegará vd. á ser viejo, y se verá entregado á manos mercenarias, que estarán atisvando el momento de aprovecharse del fruto de sus especulaciones; sentirá vd. un aislamiento enojoso; echará vd. de menos una compañera dulce y amable, y entonces se arrepentirá, cuando no tenga remedio, de no haber tomado el consejo que le doy.

—Tiene vd. razon en todo, P. Fr. Gerundio, me respondió: conozco la verdad y el fundamento de sus reflexiones, y no crea vd. que soy yo de los que tienen repugnancia al matrimonio, antes le tengo un si es no es de apego y aficion.

—Mal se conoce por vida mia, puesto que en su posicion nadie le puede estorbar de hacer su gusto ni impedirle de obrar con arreglo á sus inclinaciones.

—Asi es la verdad, P. Fr. Gerundio; pero qué quiere vd? Le asaltan á uno ciertos reparillos y temores.....» Y se llevó la mano á la cabeza como aquel que quisiera manifestarlos y no se atreve.

—Todos los que se hallan en el caso de vd. alegan temores y reparos: como que en efecto no faltan algunos que oponer, y no hay estado en la vida que no tenga sus inconvenientes.

—Por todos pasaría yo, mi amigo Fr. Gerundio, con tal que acertára á vencer uno solo; uno solo, que es el que me detiene y retrae: ya ve vd. que no soy exigente.

—No en verdad; ¿y podria yo saber cuál es?

—Puesto que aqui hablamos en el seno de la confianza, no tengo reparo en manifestársele á vd.

«Yo conozco algo el mundo, P. Fr. Gerundio: conozco lo que son y lo que pueden ser las mugeres: he visto mas de lo que quisiera; y asi crea usted..... si yo pudiera estar seguro.....

—¿Y por qué nó?

—¡Oh! pues si á mí me asegurárán.....! Porque sin esta tranquilidad no se puede ser felíz. El temor de la infidelidad es tormentoso é insufrible; la certeza debe ser desesperada.

—Pero todos esos son temores infundados.

—¡Infundados P. Fr. Gerundio! ¡Ah! ¡si no hubiera visto uno tanto! Suponga vd. que creyendo elegir una muger virtuosa y timorata, resultase despues ó se me hiciere coqueta y amiga del galantéo..... ¡oh! esto sería horrible! ¡Y ha visto uno tanto en el mundo!

—Para todo hay remedio, hermano Don Torcuato, y por coqueta y distraida que fuese, vd. podria estar tan tranquilo y tan seguro como si fuera impecable. Recuerde vd. que estamos en el siglo de la civilizacion, y que en todo se han hecho adelantos prodigiosos.

—Verdaderamente que no comprendo como puede ser eso.

—Muy sencillo; y mas sencillo en vd. que en otro. Vd. hermano Don Torcuato, es un rico capitalista: vd. está en todas las sociedades de seguros; en la de seguros contra incendios, en la de seguros de piedra y granizo, en la de seguros de muebles, en la de seguros de carruajes y transportes, en la de seguros de quintas, en la de seguros marítimos, en la de seguros sobre la vida, en fin en todas las compañías de aseguracion, que no son pocas. Pues bien, ¿tiene vd. mas que fundar una compañía de *seguros matrimoniales* para garantizar el honor conyugal y ponerle al abrigo de todo peligro y evento?

—¡Ah! eso es imposible, mi amigo Fr. Gerundio: perdone vd. si le digo que me parece una idea extravagante de la imaginacion gerundiana. ¡Oh!

(*La conclusion en la funcion siguiente.*)

pues si posible fuera, mañana fundaría la sociedad, y pasado mañana me casaría.

—He dicho á vd., hermano Don Torcuato, que recordára que estábamos en el Siglo de la civilizacion y del progreso. Y para probar á vd. que la idea ni es extravagante ni es invencion mía, le diré que en Inglaterra, en ese país de los adelantos sociales, tiene vd. ya establecida esta sociedad, y que sus resultados han dado el mejor éxito. ¿Quiere vd. oir la historia auténtica de Mr. Lorimond, uno de los maridos que se hicieron asegurar?

—Con el mayor gusto, P. Fr. Gerundio.

—Pues yo tambien se la referiré á vd. con el mayor placer.

SEGUROS MATRIMONIALES.

HISTORIA DE MR. LORIMOND.

Juan-Claudio-Ambrosio-Lorimond pasó de París á Lóndres, donde al cabo de algunos años logró adquirir un considerable capital, y lo que se llama hacer una buena fortuna. Por esta parte nada le quedaba que desear. Pero el celibatismo le era enojoso, y todos sus cálculos los dirigia ya á buscar una compañera dulce y amable. La halló en efecto: mas en lugar de elegir una muger de una edad proporcionada á la suya, sus ojos se fijaron en la jóven Lucy Hosweld, hermosa y agraciada, sí, pero que apenas habia cumplido 19 primaveras.

La luna de miel pasó mas pronto de lo que él hubiera querido, y no tardó en advertir que Lucy empezaba á coquetear, que le hallaba viejo, que prefería la compañía de otros mas jóvenes, y que no era insensible á los obsequios de algunos monuelos. El hombre se sintió picado en lo mas hondo de su corazon y en lo mas vivo de su alma: el continuo recelo y cuidado que empezó á agitarle no le dejaba dormir ni descansar, porque no solo temía, sino que se abultaba él mismo en su imaginacion las tormentas que veía amenazar sobre su cabeza, y ya estaba cerca de ser dominado por el *spleen*.....

—¡Cáspita! me interrumpió aqui Don Torcuato, sacudiéndose la mano derecha; ¡y quería vuestra paternidad que me metiera yo en iguales verenjenales.....!

—Poco á poco, hermano Don Torcuato, le dije; hasta ahora no conoce vd. mas que la enfermedad: resta conocer el remedio. Escuche vd.: el mismo Lorimond es el que habla.

«En este estado, dice Mr. Lorimond, acaeció que entre las personas que constituían el círculo de mis relaciones sociales se hallaba un respetable negociante de mi edad, y casado como yo con una muger jóven, encantadora, y regularmente distraidilla. La semejanza de posiciones nos acercó; yo me intimé con Mister Wilkinson, y un dia desahogué mis pesares en el seno de mi nuevo amigo.

—Segun eso teneis miedo, me dijo riéndose Mister Wilkinson: no me admira; otro tanto me sucedía á mí, pero hoy estoy completamente tranquilo.

—¿De verdad?

—Os lo juro. Como que en este momento anda mi muger por esas calles de Dios; no sé á dónde habrá ido ni dónde estará, pero no tengo la menor inquietud, porque estoy muy seguro de ella.

—A fé mía que sois bien felíz.

—¿Quereis serlo como yo?

—Tanto, que diera por ello la mitad de mi fortuna.

—Creo que no os costará tan caro.

—¡Esplicáos por Dios! ¿cómo podria hacerse eso?

—Muy sencillamente: hacéos asegurar.

—¡Asegurar! ¿y contra qué?

—Contra lo que temeis.

—¡Bah, bah! vos os burlais.

—Hablo sériamente, y podeis creerme, porque yo mismo lo estoy.

—¿Vos lo estais?

—Completamente y con todas las formalidades. Hasta ahora se habia asegurado las casas, las cosechas, los muebles; la fortuna estaba garantida; pero esto no era bastante. Hay una plaga mas peligrosa, mas violenta, mas desastrosa que el granizo, que el fuego y que la inundacion: hay un bien mas precioso que la fortuna; este bien es la felicidad doméstica. Para proteger esta felicidad y combatir aquella plaga se ha fundado una compañía de aseguracion, y vos podeis, mediante una retribucion módica, participar de las ventajas que ella proporciona.

—Me dejais atónito, mi amigo Wilkinson: en mi vida habia oido hablar de esta empresa filantrópica.

—Es que este no es uno de aquellos negocios que se publican á son de trompeta, y que se hacen conocer por medio de prospectos en los diarios. La compañía se ha formado á la sombra: ella maniobra con mucha precau-

cion y cautela, y por medio de agentes muy reservados y discretos: no llama á voces á los parroquianos, sino que los busca silenciosamente uno á uno: sabe bien á qué puertas ha de llamar, y es muy estraño que vos no hayais recibido la visita de alguno de sus corredores.

—¡En verdad que ha sido una omision bien estraña!

—Pero si quereis participar de los beneficios de esta institucion, nada mas facil: venid conmigo al despacho de la compañia de seguros.»

«Mr. Wilkinson me condujo, pues, á una bella casa de Picadilly, donde la compañia habia sentado sus reales. Entré en las oficinas del despacho, que eran magníficas; uno de los directores de la administracion recibió mi solicitud; en seguida me hizo diferentes interrogaciones bastante delicadas; me preguntó cómo vivía yo con mi muger, rogándome que respondiese con franqueza, como un enfermo á quien el médico manda que le esplique su estado y le diga toda la verdad sobre los excesos que haya cometido. Despues de este examen el administrador me mandó volver á los ocho dias: le hacia falta este periodo para tomar sus informes.

«Parece que las noticias no me fueron muy favorables, porque la compañia fijó el precio de mi seguro en 200 libras esterlinas por año. ¿Pero es nunca demasiado cara la seguridad matrimonial? ¡Por 200 luises estar libre de cuidados, dormir á pierna suelta, y no tener que temer ningun desaguisado conyugal....? Me inscribí pues.

«La póliza de aseguracion contenía las cláusulas siguientes:

1.ª El asegurado se empeña por 20 años.

2.ª Los años primero y último se pagarán adelantados.

3.ª La compañia no garantiza las contingencias de una guerra.

4.ª La aseguracion no se hace sino para la ciudad y su distrito. No pudiendo la compañia estender á todas partes su vigilancia y proteccion, no responde de los percances ó eventualidades que sucedan en provincia ó en el estrangero.

5.ª En el caso de desgracia probada y patente la compañia pagará los daños y perjuicios y los intereses que anticipadamente se estipulen.»

La suma fijada en mi contrato ascendia á cuatro mil libras esterlinas.

Desde que me hube asegurado me sentí mas tranquilo, me hice alegre y confiado como Mister Wilkinson; ya no tenia miedo, las nubes habian desaparecido del horizonte. En este estado de paz y seguridad llevaba ya algunas semanas, cuando un bello dia encontré casualmente en la habitacion de mi muger un billetito que contenia una declaracion de amor. ¡Lucy habia recibido y guardado este billete! Al momento volé al despacho de la

compañia de seguros, y con el cuerpo del delito en la mano, dirigí violentas quejas y acalorados cargos á la administracion.

—Vuestras reconvenciones son injustas, me respondieron. ¿Podemos nosotros impedir que un galan escriba un billete amoroso? Todo lo que podiamos hacer era saber que esa carta habia sido dirigida á vuestra esposa, y eso lo sabiamos; en este registro hallaréis la prueba, vedlo vos mismo: folio 23, linea 2.ª..... Todo vuestro negocio está aqui. Nosotros sabemos ademas que el autor del billete es un jóven *dandy* llamado Sir Arthur Mazwel. Desde que habeis contratado con nosotros y vuestra causa se ha hecho la nuestra no hemos perdido un solo instante de vista vuestra muger; todos sus pasos, sus mas frívolas acciones, sus mas insignificantes palabras nos son escrupulosamente referidas. Nuestro servicio está perfectamente organizado: tenemos oidos en todas las paredes, ojos en todas las cerraduras. Nada se nos escapa, y nuestras baterías están siempre preparadas á rechazar el peligro. Id con Dios y no tengais cuidado, que mas interesados estamos nosotros que vos mismo en que no suceda una desgracia.

Mas adelante me presentó la administradora una cuenta y razon de las maniobras que habia empleado para salvarme. Los detalles de esta relacion os revelarán los recursos de la compañia, y os descubrirán los medios de que puede disponer para conjurar las tormentas y no esperimentar desastres que le cuesten resarcimientos.

«Luego que estuvo bien probado que mi muger habia distinguido á Sir Arturo y que mediaban entre ellos secretas inteligencias, comenzaron las hostilidades. Para deshacer la intriga y cortarla en flor, emplearon al pronto pequeños ardides; se sembraron en el camino de Sir Arturo los embarazos y dificultades que detienen á los amantes comunes; pero el intrépido jóven peleó con valor contra todos los tropiezos que le habian suscitado, y marchó derecho á su fin salvando todos los obstáculos. Entonces la compañia de seguros puso en juego los grandes medios. Algunos meses antes Sir Arturo habia perseguido vivamente una de las mas brillantes ninfas de la Opera: se tomaron medidas con la bailarina, y una buena y facil fortuna fué puesta á disposicion del joven *dandy*. ¿Por este medio se creyó alejar sus amores con Mad. Lorimond; y por otro lado se avisaba á esta y se le probaba que mientras Sir Arturo le juraba una eterna é inviolable pasion, acababa de entablar una nueva relacion en los bastidores del Teatro Real.

«Este espediente no obtuvo tampoco el éxito que merecia. Sir Arturo aprovechó la ocasion, y despues de haber sido feliz en la opera, volvió á Madame Lorimond, y tuvo el talento de justificarse, ó de hacerse perdonar

un momento de error. Le costó el dinero á la compañia, y tuvo que apelar á nuevas combinaciones.

«Se descubrió que Sir Arturo tenia deudas. Sus acreedores, sabiendo que iba á heredar á un tio muy rico, no le molestaban, y aguardaban con paciencia: uno de ellos accedió facilmente á vender su crédito á la compañia; Sir Arturo fué perseguido rigorosamente, y una mañana cuatro alguaciles provistos de un mandamiento de arresto detuvieron su equipage y él fué conducido á la prision por deudas, donde quedó perfectamente asegurado. Un enamorado bajo cerrojos ya no es muy de temer, y los aseguradores creyeron haber concluido con tan rudo adversario: pero Sir Arturo se manejó tan bien que al cabo de seis semanas satisfizo su deuda y fué puesto en libertad. Su pasion por Madame Lorimont se habia aumentado en el cautiverio. Este jóven era un modelo de constancia y de obstinacion.

«Sin embargo Sir Arturo al salir de la carcel halló á su tio altamente embrollado: habia perdido todo su crédito, y se vió reducido á la mas completa miseria. Esta fatal posicion podia ser facilmente esplotada. Misteriosos protectores lograron para Sir Arturo una plaza muy lucrativa en las colonias. Pero Sir Arturo la rehusó bruscamente. Se le hizo proponer la mano de una rica heredera: él dudó un instante, pero una nueva repulsa frustró esta segunda tentativa.

«¿Creeis acaso que la compañia habia agotado sus recursos? Nada menos que eso. De repente, y sin inquietarse por las asiduidades de Sir Arturo, un jóven italiano, de arrogante presencia, empezó á seguir los pasos á Mad. Lorimond: él la seguia á los paseos, á los teatros, á todas las concurrencias, y desplegó para con ella todo lo que el arte de la seduccion tiene de mas habil y de mas ingenioso. Yo me dirigí otra vez á los aseguradores, y les advertí suspirando que el peligro se complicaba con un nuevo adorador.

«El italiano es el que os ha de salvar, me contestaron: ese hombre es nuestro, es un galanteador de quien estamos muy seguros que se retirará honestamente tan luego como haya suplantado á su rival.»

«Mas aunque el italiano era muy superior á Sir Arturo, sus gracias, su espíritu y su talento fracasaron para con Mad. Lorimond, cuyo corazon estaba ya prendado.

«Entonces la sociedad hizo avanzar otra dama del tablero. Y una noche, en Drury-Lane, Sir Arturo tuvo una disputa y recibió un bofeton. Al dia siguiente se batió y mató á su adversario, y eso que el espadachin con quien se las habia era un hombre temible que la compañía habia empleado muchas veces con el mejor éxito.

«Tres dias despues del desafío Sir Arturo desapareció con Mad. Lorimond. Despues supe que se habian embarcado para América.....»

«No quiero saber mas, hermano Fr. Gerundio, me interrumpió aqui Don Torcuato: si tales resultados da la compañia de seguros matrimoniales, no la quiero.

—Tenga vd. la bondad de escuchar otro poco, le dije, que aun no ha acabado Mr. Lorimond.»

«La compañía (prosigue) tomó por punto de honra probarme que nada habia omitido en mi interés y en el suyo. Por lo demas, me ha reintegrado las cuatro mil libras esterlinas sin la menor dificultad, lo que no hacen ciertamente todas las compañías de seguros.»

«Despues de mi desgracia no quise permanecer mas en Inglaterra; mis negocios abandonados desde mi matrimonio, iban tomando muy mal giro; habia tenido ya pérdidas bastantes fuertes, y me apresuré á realizar el resto de mi fortuna, sobre 500 mil francos, que estoy dispuesto á emplear en una empresa de seguros igual á la que acabo de describir. Pero este capital no basta, y me es necesaria la cooperacion de un hombre hábil; hé aqui por qué me he dirigido á vos (le dice al que cuenta su historia). Os he citado mi ejemplo, que no es ciertamente para animar; pero aquella ha sido una escepcion, y sobre 300 asegurados que habrá, no llegan á cuatro los que han ocasionado pérdidas á la compañía. Nosotros tuvimos la desgracia de tropezar con una de aquellas pasiones á las cuales nada se resiste. ¿Encontraríais muchos enamorados que fuesen inaccesibles á las mas brillantes seducciones y al atractivo de un rico matrimonio? ¿que despues de salir de una prision por deudas, reducidos á la miseria, rehusáran un empleo lucrativo? ¿que por último, para coronar la obra, tendiéran en el suelo al mas formidable campeon? En las condiciones ordinarias es fácil deshacerse de un obsequiante. Por ejemplo, si es militar se le hace mudar de guarnicion: si es empleado, se le proporciona mejor destino en otro punto. La compañía dispone necesariamente de un gran crédito: cuenta entre sus accionistas personas muy influyentes, y con todo el poder que ejerce acaba casi siempre por hacer imposible la caida á las virtudes vacilantes, y la victoria inaccesible á los mas hábiles seductores.»

VOLVIENDO A DON TORCUATO.

Volviendo á mi amigo don Torcuato, luego que concluí la historia de Mr. Lorimond, le dije: «ya ve vd., hermano, como yo no le engañaba cuando le decia que para todo habia remedio; que vd. no conocia lo bastante los progresos del siglo; que el establecimiento de seguros matrimoniales era ya una idea realizada, y que vd. deberia deponer todo cuidado y recelo de una mala pasada conyugal, y animarse por lo tanto á salir cuanto antes del estado de celibatismo en que vd. se halla. Ahora falta solamente que vd. se decida á crear aqui una sociedad á semejanza de la de Londres, que puede ser una especulacion tan ventajosa para los accionistas, como útil á la pública moralidad.

—¿Y si despues de todo, hermano Fr. Gerundio, se me marchaba mi muger á América con su querido, como la de Mr. Lorimond?

—Eso ya ha visto vd. por confesion del mismo interesado que fué una escepcion de la regla. Y vea vd. si á pesar de su percance estaba él convencido de las ventajas de la empresa, cuando al decir de Eugenio Guinot, de quien he tomado la historia, es probable que haya fundado una igual en París. Y habiéndolas ya en París y en Londres, es casi de indispensable necesidad que las tengamos en Madrid, donde nuestras costumbres acaso aseguren mayor número de abonados que en aquellas dos grandes ciudades.»

Don Torcuato se quedó algunos momentos pensativo, al cabo de los cuales, «verémos, verémos, Fr. Gerundio (me dijo), lo meditaré mas despacio, consultaré con algunos otros capitalistas, y avisaré á vd. de nuestra resolucion.»

Hasta ahora no me ha avisado, pero en vista del furor que ha entrado por las compañías de seguros, no será estraño que cualquier dia nos proporcione el gusto de poder anunciar que se ha establecido en Madrid una *Sociedad de seguros matrimoniales*.

De todos modos se desprenden de la precedente historia varias curiosas observaciones: la primera, los adelantos prodigiosos del siglo en materias de especulacion; la segunda, el estado lisonjero de la moral conyugal, que inspira el pensamiento de tan moralizadoras empresas; y la tercera, que el espíritu socialista del Siglo ha llegado ya á un punto, que no encontrando los hombres cosa nueva para que asociarse, dan por las paredes y discurren é inventan las mayores extravagancias y ridiculeces, con todo lo demas que podrá deducir el curioso observador.

FR. GERUNDIO Y SU LEGO

EN UNA CASA DE LOCOS. (1)

CUADRO SEGUNDO.

Departamento de las mugeres.

Habiéndonos detenido unos dias mas en el pueblo, TIRABEQUE me manifestó la curiosidad y antojo que tenía por visitar el departamento de las mugeres en el hospicio de locos; lo cual, decia, no se habia atrevido á proponer en nuestra primera visita, ya por su natural cortedad de genio, ya por temor de molestar á su amo.

—¿Pero es posible, PELEGRIN, le dije, que tengas gusto en ver aquel cuadro de miserias, que mas propio es para partir el corazon de lástima que para dar entretenimiento y placer al espíritu?

—Así es la verdad, mi amo, me respondió; pero al modo que los médicos van á los hospitales, y cogiendo los cadáveres muertos de los difuntos, en ellos trinchan, y rajan, y cortan, y hacen mil diabluras, no por gusto y placer que en ello tengan sino por conocer y examinar las enfermedades que padecieron cuando vivos, y esto les sirve de mas estudio que los mismos libros de medicina, asi de esta misma manera debemos nosotros estudiar en los locos y locas las causas que hacen á los hombres y á las mugeres perder el juicio y la razon, lo cual tengo para mí que ha de enseñar mas moral que los libros que tratan de ella.

—Quiera Dios, PELEGRIN, que eso y no una vana é impertinente curiosidad sea lo que mueve tu deseo. Y para que veas que tienes un amo mas complaciente de lo que acaso mereces tú, estoy pronto á darte gusto con

(1) La primera parte de este drama se representó en la funcion segunda, decoracion primera, donde se puede ver.

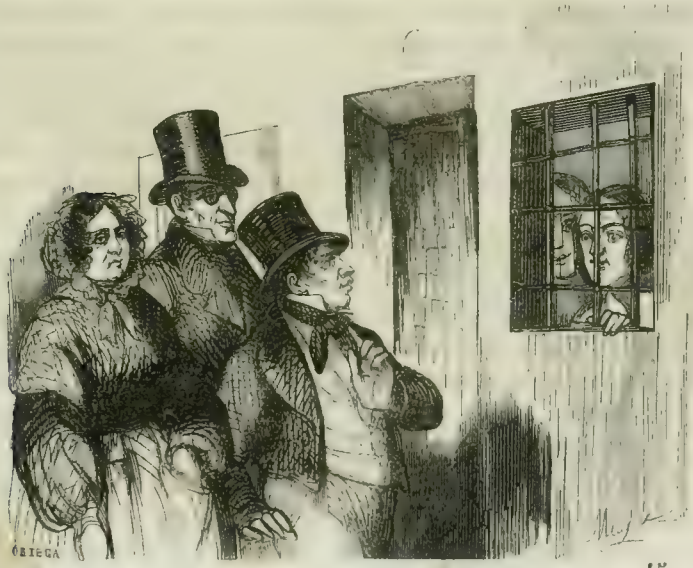
tal que me prometas que guardarás toda la prudencia y circunspeccion que son necesarias para tratar con mugeres aunque sean locas.

—No tenga vd. cuidado, mi amo, que yo hablaré poco, y lo poco que hable lo pensaré bien.»

Con esto nos encaminamos otra vez al hospital de dementes, donde fuimos recibidos por nuestros dos anteriores conductores con muestras de contento y satisfaccion. Enterados del objeto de nuestra segunda visita, nos acompañó el director solo hasta la entrada al departamento de mugeres, donde fuimos recomendados á una señora mayor, que era la guardiana de aquella comunidad de miserables desjuiciadas. Preguntéle primeramente si habia muchas locas en el establecimiento, á que me respondió que habria una mitad ó poco mas que de hombres.

En los hospitales de dementes de Francia que nosotros habiamos visitado, por regla general habia mas mugeres que hombres. En España sucede al revés; y especialmente en estos últimos tiempos ha escedido en mucho el número de los hombres que se han vuelto locos al de las mugeres que han perdido el juicio, lo cual suele ir en la calidad de los tiempos; porque ¿qué español de esta época, cual mas, cual menos, puede decir que no ha delirado ó enloquecido?

Dimos principio á nuestra visita, y desde luego empezó Tirabeque á tener que hacer uso del consejo que yo le habia dado, pues dos dementes á



un mismo tiempo comenzaron á chichearle y hacerle señas desde las rejillas, llamándole en seguida en alta voz con los epítetos de hermoso, buen mozo, resalado y otros semejantes, que dichos á un hombre de su estructura eran apodos.

—No haga vd. caso de estas, le dijo la guardiana, porque no le llamarán para nada bueno.

—Pierda vd. cuidado, señora, le contestó PELEGRIN, que á estas tales ya las conozco yo de allá afuera... ....

—¡Cómo es eso, TIRABEQUE! le dije yo: ¿conocias tú ya á estas mugeres?

—Quiero, decir mi amo, que ya desde allá fuera sé yo lo que se puede esperar de estas prójimas que llaman por la rejilla, y lo que estraño es que anden libremente por el mundo y no traigan aqui las muchas que tienen estas buenas mañas, que si no son locas no debe faltarles dos dedos para serlo, y de todos modos tengo para mí que menos daño harian aqui encerradas que en otra parte sueltas.

—¡Librárame Dios! dijo la guardiana riéndose: bastante y aun sobrado tengo con las que hay, y ya me dan mas trabajo que lo que muchas veces puedo soportar. Aqui tienen vds., añadió dando algunos pasos, á mi señora la condesa de las Maravillas.

—Y duquesa de la Mejorana, dijo ella con gran aire de satisfaccion. Lo que necesito es que me pongan inmediatamente el coche, porque tengo que visitar hoy precisamente á mi prima la marquesa de Jardin-bello, y á la San Cristóbal, y á la Montes-Claros, y á la baronesa de Viento-fresco, y á mi tio Palacios-mil. Ya se lo he dicho á vd. muchas veces, doña Gertrudis (dirigiéndose á la guardiana): sino que en esta casa á quien menos se obedece es á la señora, y ya por eso mismo perdí de ir al baile de la Pozoshondos. A bien que ahora ya están aqui los cocheros, gracias á Dios. Chicos, el coche volando.

—Señora, vd. perdone, dijo TIRABEQUE, pero vd.....

—Tengo escelencia, cochero estúpido; ¿ignoras que soy la condesa de las Maravillas, duquesa de la Mejorana, prima del marques de Surco-derecho, sobrina de Palacios-mil, y parienta propincua y presunta heredera del vizconde de la Cruz-verde, señor de las cuatro villas?

—¿Quién es esta señora condesa, le pregunté yo FR. GERUNDIO á la guardiana, que tan de grande y tan en grande la echa?

—Esta era una señora, me respondió, de muy buena cuna y bastante bien acomodada. Le dió por figurar y por dar brillantes soirées, conciertos y sociedades, preciándose de reunir en su casa lo mas distinguido de

la córte. Gastó un bonito capital: se le acabó el dinero, y desde que se vió pobre se encontró de tal manera sola y abandonada, que unido el desaire á la pobreza vino á perder el juicio: aqui ha tomado todos esos títulos que vds. la han oído; de suerte que todo lo perdió menos los humos, como vds. habrán observado.

—Eso, dijo TIRABEQUE, siempre va en aumento con la locura. Pero tengo para mí que esta señora ha debido estar retocada mucho tiempo hace, pues en el hecho de hacer lo que hacia y no conocer en lo que aquello habria de venir á parar, deduzco yo que no debia tener la cabeza muy sana.

—¡Hola! esclamó en seguida TIRABEQUE, ¿tambien hay hombres por aqui?

Pero TIRABEQUE se habia equivocado. Era una muger á quien habian tenido que vestir de hombre, porque en su desórden cerebral se empeñaba en que era hombre y no muger. Las demas dementes la llamaban entre sí *Cecilia la loca*, pero cuando hablaban con ella la nombraban *Don Cecilio*, porque sinó se resentía é irritaba. Acercándonos á ella le preguntamos: ¿qué nos dice de bueno Don Cecilio?

—Nada, señores, nos respondió: que se empeñan en tenerme aqui entre mugeres; por lo mismo que aborrezco su trato: bien que yo vivo aislada, porque todas ellas son frívolas ó locas.

—¿Y vd. ha sido siempre hombre? le pregunté yo.

—No señor, me respondió: yo nací muger, y lo fuí bastante tiempo: hasta que conocí qne se habia equivocado la naturaleza. Y lo conocí, porque empezaron á disgustarme todas esas frivolidades que se enseñan á las mugeres, como coser, bordar, planchar, arreglar el menage de una casa, las obligaciones de una madre de familias, los deberes de esposa, y otras insignificantes nimiedades: mientras encontraba un gusto y placer singular en todas las ocupaciones y ejercicios propios de los hombres; yo iba sola á los cafés y á los teatros; jugaba al florete; tiraba al blanco; asistia al picadero; escribia en los periódicos; tenia en mi casa reuniones políticas; y al paso que esto hacía, iba esperimentando que me convertia en hombre, hasta que poco á poco logré cambiar enteramente de sexo.

—Y aun de seso hubiera sido muy conveniente que cambiára vd., dijo TIRABEQUE por lo bajo, que cuando Dios crió á la muger tengo para mí que la hizo muger y no hombre.

—Pues mira, PELEGRIN, se conoce que esta señora tenia un talento privilegiado, sino que todas las cosas llevadas al extremo.....

—Pues para eso debe servir el talento, señor mi amo, para no llevar al extremo las cosas.

—Tambien eso es verdad, PELEGRIN.

—Ahora van vds. á ver, nos dijo la guardiana, una pobre señora á quien trastornó el juicio la manía de las modas.

—¿Y no hay mas que una de este género? preguntó TIRABEQUE.

—Hay varias, respondió la hermana Gertrudis; pero esta es la que se halla en el aposento mas inmediato, y es tambien una de las mas estravagantes. Probablemente la encontraremos mirándose al espejo, porque casi todo el dia pasa haciéndose la *toilette* (1). No sé qué peinado se habrá puesto hoy. Por de contado andaria desnuda, aun en el rigor del invierno, sino la persuadiera que cuantos trapillos le doy para vestirse los acabo de recibir de París. Y para esto necesito no poca elocuencia, porque como se le antoje que son telas españolas, aunque sean nuevas y mejores, las rompe y hace trizas.

—Si la locura, dijo TIRABEQUE, no pasára de ahí, nada veria que me admirára, puesto que tales caprichos son ya en el mundo cosa ordinaria y comun, y tiénenlos muchas que pasan por señoras muy cabales.»

En esto llegamos donde estaba la pobre desjuiciada. Hallábase en efecto haciéndose su *toilette* al frente de un espejo roto, del cual se servia con mucho entusiasmo, porque le habia persuadido la directora que los mejores espejos de París llegaban ahora rotos, y de consiguiente le prefería á los enteros y sanos de España. Sobre su mesita de tocador, que era de pino, y á ella se le antojaba de madera de la India, sacada del *Bazar Montmartre* de París, tenia una porcion de cacharritos de barro, que ella tomaba por elégantes frascos y botes de pomadas y de *cold-cream* traídos para ella de la *rue Feydeau*, y de agua de colonia encargada á la misma fábrica de Juan Maria Farinas y de su propio almacen de las orillas del Rhin.

Trabajo nos costó no reirnos de la forma y hechura del traje que tenia puesto, y que yo no podría facilmente describir. Llamábalo ella á la Polka. Pero lo que nos hizo mas gracia fué el peinado, que consistia en una especie de buque de vapor construido con las trenzas de su pelo, con papeles que servian de velas, y con no sé que otros enredijos que contribuian á darle aquella forma.

Celebramos mucho su buen gusto, y principalmente el del peinado. TIRABEQUE le preguntó, cómo se llamaba aquello, á lo que respondió muy séria que se llamaba *toilette á la vapor*.—«Es lo mas distinguido, añadió muy

(1) La hermana Gertrudis tambien parece que estaba al corriente de la nueva terminología franco-hispana.

satisfecha. Tengo el gusto de ser la única en España peinada *á la vapor*. Verdad es que me ha costado enviar la cabeza á París, y acabo de recibirla peinada como vds. ven; aqui no hay quien peine asi.

—Pues no le faltarán á vd. pronto imitadoras, le dijo Tirabeque, no digo acabando de llegar la cabeza de París, sino aunque la tuviera vd. en una casa de locos.»

Yo temiendo que á Tirabeque se le fuera la lengua y á mí la risa, me apresuré á dejar aquella pobre extravagante, y pasamos á otra jaula; ó por mejor decir, hubiéramos pasado si nos lo hubiese permitido una seccion

de las que sueltas por un empedrado patio andadan. Era la seccion de las locas por amor.

—Muchas tiene vd. de estas, hermana Gertrudis, á lo que parece.

—Ah, no señor, al contrario; cada dia entran menos. Antes eran muchas las que enloquecian de amor. Cualquier contrariedad les hacia perder el juicio. Para enloquecer una jóven no era menester que la abandonára su amante, bastaba que una sola accion le abriera entrada á la sospecha y á los celos. He tenido varias jóvenes en el último estado de demencia por haberse opuesto sus padres á que se casáran con el que ellas habian hecho objeto de sus amores. He tenido esposas en el mas lamentable estado de desesperacion por meras y aun remotas sospechas de una sola infidelidad de su marido. Y muchas, muchísimas á quienes la muerte de su amante habia turbado la razon en términos de no pensar en otra cosa que en acompañarle en la tumba, atentando contínuamente á su vida y discurriendo mil medios de suicidarse. Oh! estas me han dado mucho trabajo! Ahora, gracias á Dios, tengo muy pocas de estas.

—Eso debe consistir, dijo Tirabeque, en los adelantos de la civilizacion; puesto que ahora cuando á una jóven se le muere su amante, en tal de volverse loca y matarse, toma otro con mucho juicio, si es que no le tenia ya de reserva por si hubiese peligro de muerte. Y en cuanto á las señoras esposas, tampoco se desesperan ahora tan facilmente por una sospechilla cualquiera, pues la moderna civilizacion les proporciona otros medios de consolarse, lo cual antiguamente tengo entendido que llamaban tambien locura, pero ahora no se considera como tál.»

Al decir esto, una de las desjuiciadas, la mas amojamada y vetusta de entre ellas, se dirigió á Tirabeque con los brazos alzados, y encandilándole los ojos le apostrofó diciendo: «¡ingrato! ¡fementido! ¡traidor! ¿vives todavía? ¿y aun te atreves á presentarte en mi casa despues de haberme engañado tan torpemente, y de haber abusado de mi inocencia? He dicho mal de mi inocencia; de una pasion tan ciega como criminal? ¿Así se pagan, traidor, veinte años de flaquezas y de sacrificios? Dejármele, que quiero ahogarle entre mis brazos, ó dénme una espada ó un cuchillo.....

—¿Qué significa esto, Pelegrin? le dije yo: ¿esas teniamos?

—Señor, me respondió afligido· permita Dios que en este mismo instante se hunda la tierra que estoy pisando y me trague en cuerpo y alma, si yo he tenido nunca que ver con esta fantasma, que por mi anima si no es la loca mas rematada de todas! Señor, cojo soy, y confieso que mi estampa no es para seducir ninguna beldad; ¿pero le parece á vd. que tan dejado habia de estar de la mano de Dios que ya que el diablo me tentára habia de

ir á pecar con una efigie de esta notomía? ¿Y vd. no decia (volviéndose á la directora) que eran pocas las locas de amor que tenia en la casa? Pues voto á mi Padre San Francisco que con pocas de estas que tenga vd..... .....!

—Ya dije á vds. que habia algunas; y crean vds. que las peores son las viejas. Y en cuanto á esta desgraciada, no estrañen vds. lo que acaba de hacer, porque otro tanto hace poco mas ó menos con todos los que aqui entran; y es que sin duda en cada uno de ellos cree ver al que de tal manera con ella se ha conducido.

—Pues si vd. nos lo hubiera advertido, señora, me hubiera yo escusado este susto. Y haga vd. el favor de enseñarnos otras locas menos desesperadas y mas alegres.

—Asi lo haré dijo la guardiana.

Y nos condujo donde habia una jóven cantando desaforadamente. Todas las horas del dia pasaba en el mismo ejercicio, dando tan desentonados gritos y voces que habia sido menester encerrarla en un departamento muy distante de todos los otros, siendo de admirar al mismo tiempo la resistencia

y solidez de su pulmon. Por supuesto que no daba nota con concierto; ella sin embargo bautizaba sus cantos con los nombres de árias, ya de la Straniera, ya de Lucía, ó de otras cualesquiera óperas. Nosotros la aplaudimos, como es de ordenanza en sociedad, aunqne sea de locos, y con eso ella se entusiasmaba en términos de no darse descanso ni respiro.

—Si esta jóven ,dijo Tirabeque, no tiene mas locura que cantar mucho y mal, no veo una razon para tenerla encerrada en este sitio.

—Tiene varias manías, dijo la guardiana, pero una de ellas es que para ser muger de su casa es indispensable ante todo ser muy filarmónica; y aunque la naturaleza no la ha dotado de esa gracia, á ella se le ha antojado que no solo posee unas facultades muy superiores sino que con el ejercicio llegará á oscurecer la fama de la misma Malibran.

—Eso ya muda de especie, dijo Pelegrin; pero en cuanto á no poder ser muger de su casa una jóven sin ser muy filarmónica, esa no es manía que merezca encierro, á no tener que encerrarlas á centenares y aun á miles.»

Hallamos en seguida una señora mayor muy llena de cintas y de lazos, y ejecutando ella sola figuras y evoluciones como si fuesen de baile.

—Alegre y contenta parece que está esta hermana, dije yo á la madre Gertrudis.

—Siempre está lo mismo, me respondió; el baile es su capricho, y ahora le ha entrado el furor por bailar la Polka.

—Pues ya me parece que debe haberle pasado hace bastantes años la edad del baile y del movimiento.

—Las locas siempre son jóvenes, replicó doña Gertrudis.»

Volvímos á atravesar el patio, y como encontráramos de frente dos desjuiciadas de mediana edad, una de ellas tan desfavorecida por la naturaleza en su físico como en su entendimiento, tuvo TIRABEQUE la debilidad de decir:» ¡válgame Dios y qué fea es esta pobrecita loca!

—Ni fea ni loca, impostor deslenguado.» Y no sé cuál fué mas pronto, si decirle esto, ó arrimarle un fuerte bofeton, que si le hubiera alcanzado entero, de seguro le hubiera bañado los dientes en sangre, porque es terrible un golpe de mano loca.

No pudimos menos de reirnos del percance: y díjole la guardiana: «precisamente ha pronunciado vd. las dos palabras que mas ofenden á las mugeres privadas de razon.»

—Vd. la tiene muy grande, señora, repuso TIRABEQUE: y aun yo debí hacerme cargo que ni aqui ni fuera de aqui sufre en paciencia ninguna muger, aunque tenga todos sus sentidos cabales, que le digan esas cosas, y yo he sido un majadero; pero no se me olvidará la leccion, así para esta casa como para otras de fuera.»

En seguida nos enseñó la guardiana otras varias locas de muy distinto género. Tal habia que se figuraba que á todas partes la seguia su marido con intento de asesinarla. Tal que la perseguían los tribunales por delito de infanticidio. Tal que en cada muger veia una rival armada de puñal ó provista de veneno para atentar á su vida. Tal que se creía la luna, y no queria salir al patio sino de noche. Tal que se suponia Reina, y llamaba á todas las demas locas sus damas de honor. Tal que decia haber hecho confesion general con el Santo Padre, y que no se podia salvar mientras todos no hicieran penitencia con ella en descuento de sus culpas y pecados, y queria obligar á cuantos allí entraban á darse fuertes golpes de pecho y á rezar el rosario de la buena muerte.

Una de ellas nos movió mucho á compasion, pues segun nos informó la guardiana, era una señora apreciabilísima y de un talento distinguido, pero habíase poseido de la manía de que las personas de su familia, precisamen-

te su hija, su padre y su hermano, eran las que habian formado un complot y conjurádose para perderla y martirizarla, no pudiendo sufrir la presencia de ninguno de ellos. La familia que la amaba entrañablemente iba todos los dias á visitarla con la esperanza de hallar algun alivio, pero de tal modo se exaltaba y enfurecia al verlos, que todos ellos estaban á punto de enloquecer de dolor, y eran ya verdaderas víctimas del mas infundado y lamentable capricho.

No es fácil acordarse en detall de todas las especies y ramos de locura que forman el conjunto de una reunion de dementes como aquella. Haré sin embargo mencion de la que en seguida vimos, y á quien la guardiana decia que no entendia.

Era esta tal de una talla mas que regular en su sexo, aunque de cuerpo estremadamente delgado. En su fisonomía, aunque pálida y desencajada por los padecimientos de la imaginacion, se notaba cierta nobleza y aun elevacion de espíritu; y sus facciones, si bien un tanto desfiguradas y marchitas, revelaban no obstante que no habian carecido de belleza. Repre-

sentaba tener unos 23 á 25 años. Tan luego como nos acercamos á ella, «me alegro, esclamó, que vengan vds., porque tengo la desgracia de vivir entre gentes que no me comprenden, inclusa esta señora, que, no será culpa suya, pero se conoce que ha leido muy poco.

—Señor, literata tenemos, me dijo Tirabeque al oído.

«Aquí, prosiguió ella, es escusado hablar de la *Margarita* de Federico Soulié, ni de su *Confesion general*, ni del *Castillo de los Pirinéos*, ni del *Conde de Foix*, ni de *Los amantes de Murcia*, ni de *Las dos Reinas*, ni de sus *Cuatro hermanas*; porque lo mismo conocen aqui *Las cuatro Hermanas* de Federico Soulié, que *Las dos Hermanas* de la duquesa de Abrantes, que *Los dos hermanos* de Balzac. Aqui no hay quien le dé á vd. razon del *Coronel Surville* de Eugenio Sue, ni de su *Comendador de Malta*, ni de su *Hotel Lambert*, ni de su *Matilde*, ni aun siquiera de los *Misterios de París* y del *Judío Errante*. Hábleles vd. de *Los cuatro talismanes* de Carlos Nodier, y se quedan tan en ayunas como de su *Inés de las Sierras*, y de su *Juan Ibogar*. Pregúnteles vd. por *La casa blanca* de Paul de Kock, y asi le habrán leido como su *Gustavo*, ó como su *Lechera de Montfermeil*. Les cita vd. el *Amaury* de Alejandro Dumas, y es para ellas tan desconocido como su *Caballero d' Harmental*, y su *Condesa de Salisbury*. Entreles vd. con el *Rob-Roy* de Walter-Scott, y con su *Waverley*, y son para ellas tan nuevos como el *Guy Mannering*, y el *The hart of Mid Lothian*.

«¿Pero qué mas? Son mugeres, y ni siquiera dan razon de las producciones de las mugeres célebres. Aqui son desconocidos los *Diez años de destierro* de Madame Staël; aqui no han oido hablar de *La muger mas feliz del mundo* de Carlota de Sor; aqui no hay quien conozca la *Elisabeth* de Madame Cottin, y lo que es mas, ni su *Malvina*; y para colmo de desgracia y de desesperacion, ¡oh amigos mios! estoy segura que se compadecerán vds. de mi suerte! para colmo de mi infortunio, ni siquiera hay quien haya leido la *Indiana* de Jorge Sand, ni su *Consuelo*, ni su *Condesa de Rudolstadt*, ni su *Lelia*, ni su *Mauprat*, ni nada de esta célebre escritora, la mejor novelista del Siglo. ¿No soy yo bien desventurada, señores?

—Ciertamente, señora, le respondí yo Fr. Gerundio, que es una gran desgracia para una jóven tan aprovechada en la lectura como vd. el tener que vivir entre gentes que no la comprendan.

—Señor, me decia Tirabeque, por mi ánima si esta doncella no tiene mas de sábia que de loca, y ésta ha debido ser traida aqui por gente ignorante y plebeya que ha traducido la sabiduría por locura.

—Pero una vez, continuó ella, que debo á la casualidad, ó á la providencia, no sé á quien, el poder razonar con personas que me compren-

dan, desearia saber cómo piensan vds. de la *Indiana* de Jorge Sand, y su juicio comparativo entre ésta y su *Lélia*, y entre las dos y su *Valentina*.

—Señora, le dije yo, difícil es un juicio crítico comparativo entre las tres producciones de la distinguida escritora, y mas para quien no se cree con la instruccion ni con el criterio suficientes para ser juez en cuestion tan delicada. Diré sin embargo que en *Valentina* encuentro bastante moralidad, pues veo los inconvenientes de salir de su posicion social sin cambiar de hábitos, y los de mudar de fortuna sin cambiar de educacion: al propio tiempo que veo en *Benedicto* un ingrato hácia sus bienhechores, por ser *demasiadamente civilizado*, lo cual está de acuerdo con lo que yo opino acerca de la refinada civilizacion. Mientras en *Lélia* no hallo sino una fábula sublime, pero enojosa y cansada: y en la *Indiana* una historia punzante de una muger mal casada, que despues de haber sido víctima de las brutalidades de su marido, viene á serlo tambien de la perfidia de su amante: *Raimundo de Ramiére* no es mas que una copia pálida de *Lovelace* tan imitado: veo ademas en *Indiana* caractéres inverosímiles.....

—¡Huid, exclamó, de mi presencia, censores parciales! ¡Cómo que *Valentina* mejor que *Indiana*, y aun que *Lélia*! Y esto no lo digo precisamente porque sea yo esa *Indiana* tan malamente tratada por su marido, y tan pérfidamente burlada por su amante.....

—Segun eso, vd. es la misma heroína.....

—Si, yo soy esa desgraciada. Antes fuí *Lélia*, la incrédula que se paseaba por los mármoles de los templos cristianos, la que con una mirada desdeñosa hacía sacrílegos á los sacerdotes Pero despues me casé con un marido brutal, que porque me apasioné de Raimundo me metió unos carbones encendidos en la cabeza, que me están quemando el cerebro, y Raimundo, el pérfido Raimundo, en vez de apagarlos, ha añadido nuevo fuego vertiendo una copa de alquitran sobre mi corazon: ¡y aun le amo! ¡le amo, y él me castiga y me abandona! ¡Ah! yo merecería un Malek-Adel, ó un Ricardo-Corazon- de Leon. ¿Acaso Matilde amaba mas apasionadamente que yo? Escuchad cómo hierbe mi cerebro..... Tenedme, que me voy á desmayar.....

—Señor, decia TIRABEQUE, yo creia que no estaba loca, pero la infeliz lo está de remate.

—Esta pobre joven, le dije, se conoce que se dió con exceso á la lectura de las novelas, y si su imaginacion era ya algo exaltada, no sería estraño que hubieran concluido por extraviarle la razon.

Ella ha dicho bien, repuso la guardiana, en decir que yo no la comprendo, por que unas veces me llama Malvina, otras me nombra Madama de la

Sabliére, otras Marquesa de Chatillard, y como yo no la entiendo se enfada conmigo.

—Lo creo, hermana Gertrudis, le dije yo. Y por ahora atendamos á volverla de su desmayo.»

Así lo hicimos, y tan luego como volvió en sí, le di palabra de que la habíamos de enviar á la misma Jorge Sand en persona, para que hablára con ella á su sabor, con lo cual quedó muy satisfecha y tranquila.

Tirabeque no quiso ver ya mas locas, y con esto nos despedimos de la hermana Gertrudis, dándole gracias por su condescendencia y amabilidad, y llevando con nosotros el desconsuelo, no solo del aflictivo espectáculo de las pobres dementes que acabábamos de ver, sino de las muchas causas que para volver locas á las mugeres hay en el Teatro Social del Siglo.

INDUSTRIA ESPAÑOLA.

Hasta ahora teniamos en España leyes francesas hechas por legisladores españoles, comedias francesas ejecutadas por cómicos españoles, modas francesas y modistas idem, pan español amasado por panaderos franceses, botas y sombreros franceses en pies y cabezas españolas, ropa usada en cuerpos españoles y refundida por ropavejeros franceses, yeguas y coches franceses conduciendo humanidades españolas, y hasta dientes y muelas españolas mondadas con palillos franceses..... y aquí ponga cada uno las *et céteras* que guste, que por muchas que ponga, esté seguro que no sobrarán; salva siempre la independencia española, la misma sin duda que movió á la provincia mas española de España á nombrar un francés para diputado español, lo cual solo se esplica por la regla de los vice-versas españoles, que son enteramente originales de España.

Porque mi paternidad hable así, no se crea que Fr. Gerundio es un

intolerante esclusivista, que lleve el orgullo patrio hasta el punto de pretender que ni convenga ni necesitemos traer nada de fuera. Todo al contrario, estoy porque todo aquello que *haga falta*, y que nosotros no podamos hacer, asi en materias literarias como en objetos industriales, lo importemos, no digo de Francia ó de Inglaterra, sino de Rusia ó de la Escandinavia, ó aunque sea de las Californias. Se entiende, con ciertas y precisas condiciones y requisitos, de que no dispenso, y que otro dia se podrán detallar.

Y en cuanto á objetos de industria, si los estrangeros nos lo dan mejor y mas barato, casi casi les está bien empleado y merecido á los industriales españoles el que lo tomemos, en pena y castigo de su indolencia y apatía.

Alegarán la falta de proteccion del gobierno. En cuanto á algunas cosas les sobra la razon y aun les rebosa desde las plantas de los pies hasta la copa del sombrero. Pero hay otras, que por mi padre San Francisco si necesitan para maldita de Dios la cosa de gobierno que las proteja, que no se requiere mas que quererlas para poderlas, y que se aprenden al primer viaje como el oficio del aguador. Y sin embargo es menester que venga un francés á España á establecerlas, porque de otro modo nos estarémos sin ellas por los siglos de los siglos, amen.

Ejemplo.—Todo estante ó habitante, vecino ó temporero, estrangero ó español, de cualquier sexo, edad y condicion que fuese, se quejaba y lamentaba con muchísima justicia y razon del mal arreglo y organizacion del servicio de carruajes públicos de Madrid, y principalmente de que no hubiese coches á la hora y á la carrera, y á determinados y módicos precios de tarifa, como los hay en cualquier otro mediano pueblo de Europa y del mundo, sino que el que necesitára un carruaje para hacer una sola visita, el enfermo que tuviera que trasladarse en coche de una casa á otra, hubiera de tener que tomarle lo menos por medio dia y á subidos precios, amen de la tradicional y no nada menguada propina.

Ahora bien: ¿qué necesitaba cualquier empresa española de carruajes para plantear esta tan reclamada reforma? ¿necesitaba para esto de la proteccion del gobierno? ¿necesitaba mas que querer para poder? Pues no señor, no ha querido. ¿Y qué sucede? Lo que es natural que sucediera. Que viene un estrangero, y hace al ayuntamiento proposicion formal, pidiendo le permita establecer en algunas plazuelas cierto número de coches, por horas y viajes á estilo de lo que en otras partes con ventaja no pequeña del público se usa. Y el ayuntamiento no deberá vacilar un punto en acceder á la solicitud del estrangero, y los estantes y habitantes de Madrid harán y harémos muy bien en aprovecharnos de las comodidades, ventajas y eco-

nomías que nos proporcionará el estrangero, y á los industriales españoles les estará muy bien empleado el perder las utilidades que podrían obtener, y á la nacion española la estará muy mal el que se diga que hasta las reformas mas insignificantes y mas fáciles nos las tienen que hacer los estrangeros, pero no por eso dejará de ser una triste verdad, que permita Dios sirva para sacar de la indolencia y apatía á la industria Española.

Recomiendo este articulito al *Instituto industrial español*, que acaba de formarse y anunciarse, para fomentar el desarrollo de la industria nacional. Laudable institucion, á la cual no ha de faltar de qué ocuparse, y que deberá principiar sus trabajos por hacer sacudir la desidia y pereza de los industriales españoles.

DOS FENOMENOS:

UNO DE REPULSION Y OTRO DE ATRACCION.

El primero está siendo objeto de curiosas investigaciones médicas en Francia: el segundo lo será hoy de observaciones gerundianas en España.

Constituye el primero una jóven *eléctrica* que acaba de ser llevada de Normandía á París, y presentada á la academia de ciencias por un médico, como objeto de los fenómenos mas estraordinarios de electricidad. Esta jóven hace sufrir un movimiento de *repulsion* á todos los cuerpos que se acercan á ella, ó con los que está en relacion por medio de un conductor cualquiera, ó con que toquen solo al estremo de sus vestidos, en términos de apartarlos de su sitio, y á veces hasta echarlos con violencia al suelo. Al mismo tiempo esperimenta una atraccion instantánea é irresistible hácia los objetos que huyen delante de ella. A juzgar por los vice-versas que

forman las propiedades físicas de esta jóven, juraría que era española, si no nos dijeran unánimemente que es normanda.

La primera vez que se notó esta virtud eléctrico-repulsiva se hallaba la jóven tejiendo guantes de seda, y al tocar con la mano izquierda una pieza del telar en que trabajaba, aquella pieza se vió arrojada al aire como por una fuerza oculta y misteriosa. Se levantó de la silla, y la silla fué rechazada lejos de ella. Cada vez que queria sentarse, huía la silla, reproduciéndose el mismo efecto de *repulsion*. Si tocaba un mueble, el mueble se volcaba. Algunos dias despues fué á coger un cesto de mimbres lleno de judías, y el cesto fué levantado con rapidez y las judías se diseminaron por toda la habitacion, al modo que los judíos se diseminarom por toda la tierra de resultas de la maldicion que les fué echada por aquella fechoría de marras.

Aun no pára aqui la virtud eléctrica de la jóven normanda. Despues de llevada á París se ha experimentado delante de Mr. Arago y de otros ilustrados miembros de la academia, que no solo derriba y rechaza los muebles que toca, aunque no sea directamente sino por medio de un hilo que tenga en la mano; que no solo las plumas, el papel, y hasta el dinero que haya sobre una mesa huyen á la sola aproximacion de su mano y antes de llegarlos á tocar, como si los impeliera una fuerza estraña, sino que hasta la *brújula* cambia y pierde su direccion con solo acercarse á ella. Cuyos extraordinarios efectos han movido á la academia á nombrar una comision de médicos y físicos, compuesta de los Señores Arago, Becquerel, Bobinet, Rayer y Pariset, con el objeto de que observen y procuren conocer la causa de este singular fenómeno. Parece que la parte corporea de la jóven que tiene dicha propiedad eléctrica es el costado izquierdo.

Mal están ciertamente los amantes de esta jóven, pues el atrevido que intente acercársele se expone á que antes de tocarla le tumbe patas arriba (perdonada sea la espresion), como hace con *otros muebles*. Aunque por otra parte, si tiene como dicen la propiedad de sentirse irresistiblemente atraida hácia los objetos que huyen delante de ella, sus adoradores pueden estar seguros de atraerla hácia si huyendo de la muchacha, que es un modo nuevo de enamorar que no pudo discurrir Ovidio con toda su instruccion en la materia. Pero por otro lado ¿qué sirve que huyendo de ella la atraigan, si luego cuando estén cerca los vuelve á rechazar? Andarán en continuo ejercicio, «á que te cojo, y á que no me atrapas,» sin tocarse nunca. Esta niña es una halaja para su madre, pues le ahorra una infinidad de cuidados y le evita el empleo de la policía maternal, cuyo relevo no les pesaria á mas de cuatro madres de por acá.

Tiene contra sí esta jóven una desventaja muy grande, sumamente gran-

de; y es, que si hasta al dinero se estiende su propiedad repulsiva, si este metal huye tambien de su contacto, y al quererlo tocar lo rechaza, nunca podrá ser rica, y lo que es peor, está condenada á ser siempre pobre; á no ser que se le pegue por el costado derecho, si es que el izquierdo solo es el repulsivo. De todos modos es una niña bien fenomenal.

Vamos ahora al fenómeno de España, tan contrario al de la jóven normanda que mas no puede ser. El de la jóven francesa consiste en una propiedad *repulsiva* ciertamente singular y rara. El de España es todo al revés: consiste en una fuerza extraordinaria de *atraccion*; tan extraordinaria, que estoy seguro que al mismo Newton le sorprendería, y se habria de ver apurado para esplicarla. Por lo mismo se le voy á proponer á la academia de ciencias de Paris, ó bien á los cinco profesores medico-físicos que componen la comision, á ver si al mismo tiempo que observan á la jóven eléctrica y averiguan la causa de su propiedad *repulsiva*, logran tambien conocer la causa de la virtud *atractiva* que tienen en España ciertos hombres. Porque aqui son hombres, no son muchachas, los que tienen esta virtud: pues aunque hay tambien muchas jóvenes sumamente atractivas, es una atraccion de otro género.

Dicen que cada vez que la jóven francesa se va á sentar en una silla, la silla huye, ó se vuelca y retira á su sola aproximacion. Pues bien, en España hay ciertas sillas dotadas de tal fuerza de *atraccion*, que el que una vez se sienta en ellas no acierta á levantarse: de tal manera se apegan los hombres á ellas, ó ellas á los hombres (que yo no sé todavia en quién está la fuerza eléctrico-atractiva, aunque me inclino á creer que es una atraccion recíproca), que no hay fuerzas humanas que los despeguen; que es menester un impulso estraño muy poderoso para separarlos: que se necesita á veces una descomposicion, un trastorno, un cataclismo de todos los elementos para que sean cuerpos aparte la silla y el hombre. Y aun despues de separados, le queda al hombre una inclinacion tal hácia la silla, un apego, un cariño, una simpatía, una especie de fuerza centrípeta tan irresistible, que no descansa hasta volverla á ocupar; que no hay distancia, ni region, ni cuerpo intermedio que baste á cortar los efluvios magnético-atractivos que llevan y arrastran al uno hácia la otra. Y lo raro de este fenómeno es que las tales sillas dicen qne están llenas de espinas: pero una de dos; ó son espinas que no punzan, ó son espinas que clavan, que unen, que identifican un cuerpo con otro. La *repulsion* de las sillas de la jóven normanda, y la *atraccion* de las sillas ministeriales españolas, son dos fenómenos eléctrico-magnéticos que debe estudiar juntos la comision de la academia de ciencias físicas de París.

Y no se piense que se limita á las sillas la fuerza *atractiva* de estos hombres: al contrario, se estiende á muy diferentes objetos y á muy largas distancias. Hombre hay que tiene tal atraccion para las embajadas, que la que llega á pegársele se hace una especie de ostra suya: con la particularidad que no se le despega aun cuando esté dos ó tres años ausente de ella y á doscientas ó trescientas leguas de distancia. Es una fuerza de *atraccion* digna del exámen de una academia científica. Hay hombre cuya virtud atractiva se estiende mas allá de los mares, y hace venir á sí lo mejor y mas gordo de la Habana ó Filipinas; fenómeno que dudo se pueda esplicar por la física. Otros hay que al revés de la jóven normanda que con solo mirar á un cesto de judias las esparció y derramó por toda la pieza, tienen tal atraccion para los empleos y los honores, que todos los concentran y reunen en sí, y por desparramados que anden los hacen venir todos al cesto. Otros á semejanza del torpedo, de quien dicen los naturalistas que comunica su cualidad eléctrica á todo cuanto toca, ellos comunican su propiedad atractiva á cuantos están en contacto ó relacion con ellos, como hermanos, parientes, amigos, paisanos, ó compilongos. Fuerza prodigiosa de atraccion, que merece estudiarse muy detenidamente!

Pero lo que forma verdadero contraste entre la *repulsion* de la jóven francesa y la *atraccion* de algunos hombres de España es lo relativo al dinero. Aquella infeliz muchacha *repele*, aleja, hace huir las piezas del precioso metal al ir á tocarlas: estos hombres las *atraen* con una facilidad portentosa. Donde quiera que hay dinero, allí alcanza su virtud magnética. Si no viene por el camino derecho, lo hacen venir por el camino torcido: es igual; el caso es hacerlo venir. Y esto lo logran con tal rapidez, que es menester confesarles una fuerza de *atraccion fulminante*. ¡Qué fenómenos tan raros ofrece la naturaleza!

La jóven normanda dicen que tiene la virtud magnética en el costado izquierdo: estos la tienen en las manos. Cada dedo suyo es una pieza de iman: pero iman que no atrae hierro, ni paja como el azabache, sino oro puro. La naturaleza es muy fecunda en fenómenos.

Hay sin embargo entre la electricidad *repulsiva* de la jóven francesa y la electricidad *atractiva* de ciertos hombres de España algunas propiedades análogas y comunes. Aquella vuelca todo cuanto toca; estos no ponen la mano en cosa que no vuelquen, trastornen y desordenen. Cómo de tan opuestas propiedades resulten efectos tan idénticos, esto es lo que no sé si podrán esplicar Mr. Arago y consocios.

En otra cosa se parecen todavia mas la jóven normanda y nuestros gobernantes, á saber, en desviar y hacer perder su direccion á *la brújula*. Yo

no sabré esplicar este fenómeno, pero lo cierto es que apenas se sientan nuestros hombres en las sillas de la *atraccion*, cuando pierden la brújula en términos que la nave del estado navega sin rumbo ni norte fijo, espuesta á cada paso á dar un vuelco algo mas grave y de mas hondas consecuencias que el de las mesas y muebles de la jóven de Normandía.

Recomiendo pues á los Señores Arago y demas que componen la comision de la academia de ciencias de París, que al mismo tiempo que examinen las causas de la propiedad *repulsiva* de la susodicha jóven, hagan por investigar las causas de la virtud *atractiva* de ciertos hombres de España, y se sirvan decirnos cómo se esplica y se compone que teniendo tanta fuerza de *atraccion* para las sillas, para los empleos, para las condecoraciones, y principalmente para el metálico y sus equivalencias, tienen al mismo tiempo una fuerza de *repulsion* para volcar y trastornar cuanto tocan, y sobre todo para desviar y hacer perder en direccion á la *brújula*. Fenómenos son todos estos que solo podrá esplicar una academia científica, y aun dudo que esta misma lo logre despues de mucho examen y estudio.

ERRATA.

En la página 322 de la *Funcion* 12.ª donde dice: á *Rancour*,» debe decir: «á la *Rancour*.»

CONTRIBUCIONES INDIRECTAS.

«Caballero, la Señora M..... noticiosa del buen gusto de vd. y de su inclinacion á proteger las artes, le ha reservado estos dos billetes para el concierto de esta noche.

—Doy un millon de gracias á la Señora M..... por su fino recuerdo, y se servirá vd. expresarle todo el reconocimiento con que le quedo obligado. Asistiré con el mayor placer. ¿Y el precio de cada billete?

— Aqui lo dice: dos duros cada uno.

—(Aparte) Lleve el diablo tal tósigo de contribuciones indirectas. Dos onzas me han costado ya los tales conciertos en este invierno!

¡INVENCIONES DIABOLICAS!

El Siglo marcha, el Siglo progresa, el Siglo premia á los hombres que inventan, y los hombres inventan diabluras por ser premiados.

Para asegurar y simplificar los hombres y los estados sus negociaciones mercantiles, habian inventado los recibos, los pagarés, las letras de cambio, los billetes, los títulos, las láminas, los bonos, los talones, y otra porcion de documentos, que representando obligaciones y derechos, ó un valor equivalente al de la moneda metálica, tenia sobre esta las ventajas que ofrece el papel para los cambios y trueques á largas distancias, para reducir grandes cantidades al menor peso y volúmen posibles, y para otros mil usos y menesteres de la vida comercial, que el papel facilita y simplifica en una escala inmensamente mayor que lo pudieran hacer los metales, por su naturaleza voluminosos y pesados.

Y para garantirse y ponerse á cubierto de la mala fé de los pícaros falsificadores, y para que no pudieran contrahacerse estos documentos, los hombres habian inventado asegurar su autenticidad con muchas firmas, ponerles muchos sellos, muchas y muy complicadas orlas y ringorrangos, al anverso y al reverso, con aquello de «*pena de muerte al falsificador*,» que los tribunales llevaban á puro y debido efecto; con otras mil prevenciones y precauciones, que por muchas que fuesen, la esperiencia iba demostrando que ninguna estaba demás, porque los hombres siempre están inventando diabluras, y las diabluras que pueden proporcionar mucho dinero con poco trabajo era natural que ocupáran con preferencia las diabólicas imaginaciones de los endiablados mortales. Y asi fué que del mismo modo que se dedicaron algunos á fabricadores de moneda falsa, se dedicaron otros á falsificadores de papel moneda y de todo documento que moneda valiese ó moneda representára.

Esto no obstante, los falsificadores no eran muchos, porque las dificultades eran grandes, y solo aparecía alguno de tiempo en tiempo, que tarde

ó temprano venia á caer en manos de la justicia, y pagaba su merecido: y todo el mal se reducía á renovar los documentos, ponerles nuevos sellos y nuevas orlas, y con esto el que poseía billetes del banco ó títulos al portador, estaba seguro de poseer el capital ó cantidades metálicas correspondientes á lo que aquellos papeles representáran.

Pero el Siglo marcha, el Siglo progresa, y los hombres del Siglo del progreso cada dia están inventando nuevas diabluras. Ètele, pues, que de buenas á primeras se descuelga un aleman diciendo: «en pocos minutos re«produzco yo la mas perfecta y acabada copia de cuantos documentos y es«critos de todas clases me quieran vds. presentar, sean cartas, recibos, le«tras de cambio, libranzas, billetes de banco, bonos del tesoro, títulos del «estado, diplomas y cuantas especies de escritos y documentos existen, an«tiguos y modernos, de tal manera, que el ojo mas lince y esperimentado «no será capaz de distinguir las copias de los originales: y esto lo hago con «tanta facilidad y tan brevemente que sacaré tantas copias y egemplares y «en tan poco tiempo como necesitaria un impresor para poner en letras de «molde estos mismos manuscritos.»

Hácense pruebas, acuden testigos, dánse documentos al inventor, y el maldito aleman acredita con hechos la verdad de sus palabras. Escritos al parecer inimitables fueron contrahechos en pocos minutos con tal perfeccion, que nadie acertó á distinguir los verdaderos de los falsos, quedándose los probadores estupefactos y con tanta boca abierta.

¡Habráse visto diablura igual! El diablo me lleve, á mí Fr. Gerundio con hábitos y todo, si al paso que marcha el Siglo, no se inventa el dia menos pensado el modo de falsificar los hombres, y estoy viendo cuando me encuentro con otro Fr. Gerundio, ó con una tirada de Fr. Gerundios de carne y hueso, y de mi misma estampa, forma y estructura, con tal perfeccion falsificados, que voy á dudar cuál de aquellos Fr. Gerundios soy yo, y si me descuido me voy á encontrar cambiado por otro, y voy á andar preguntando por mí y no me voy á encontrar. Y habrá marido que tropezará en la calle con una muger cualquiera, y creyendo que es la suya la tomará muy sério y se la querrá llevar á casa, y ella se resistirá, y él se admirará de ello, y es que se la han falsificado.

¿Dónde vamos, pues, á parar si la diabólica invencion del aleman se propaga? Que sí se propagará, porque en este siglo todo se propaga menos lo que mas falta hacía; y ya dicen que el gobierno francés anda en negociaciones con el inventor para comprarle el secreto. Y si se propaga, ¿quién puede estar seguro de que tiene lo que tiene, y que de lo que él cree que tiene solo no lo tienen mil? ¿Qué será de las relaciones sociales y mercantiles

fundadas en documentos, y qué documentos inventarán los hombres que no falsifique otro diabólico inventor?

Una fortuna tenemos, que debe consolarnos y tranquilizarnos. Y es que aunque todos esos documentos se falsifiquen, nadie hará uso de los documentos falsos. Me fundo para esto en la *buena fé* y en la *escrupulosa conciencia* de los hombres del Siglo.

Debe ademas servirnos de satisfaccion que el Siglo progresa, que el Siglo marcha, y que marcha por buen camino, aparte de algunas investigaciones diabólicas que no llevan malicia ni significan nada.

MORALIDAD PUBLICA.

Y PROSIGUE LA MISMA FUNCION.

Orden del dia. Robos y asesinatos.—*Crónica de la capital.*—Asesinatos y robos.—*Correspondencia de provincias.* Robos y asesinatos.

Pero en cambio de esto tambien tenemos policía, tribunales, cárceles, presidios y ley de vagos. Cada cosa en su lugar.

Por Dios santo que esto ya pasa de raya. Y es la segunda monicion (1).

DESPREOCUPACION.

En el Diario del viernes se anuncia entre las nodrizas una *jóven soltera, de 21 años, primeriza, con leche de un mes*, la cual solicíta cría para casa de los padres. Un cirujano *despreocupado* garantiza la *buena conducta* de esta jóven *despreocupada, soltera y con leche de un mes.*

¡Oh siglo de la ilustracion y de las luces, y de la despreocupacion, y de la pública moralidad!

(Edicion de Madrid y provincias: en las *funciones* que envío al estrangero suprimiré estas *escenas* por honor del pavellon.)

(1) La primera monicion se encuentra en la funcion octava.

PROBLEMAS HISTORICOS.

Usábanse antes las charadas para amenizar las publicaciones periódico-literarias, y excitar la curiosidad y aguzar el ingenio de los lectores. Ahora en Francia gozan de la mayor boga una especie de acertijos que llamaban *rebus*, y apenas habrá una publicacion periódica que no traiga en cada número su *rebus*, á cuya clase de enigmas se presta tanto el idioma francés como se niega el español. Mi paternidad va á adoptar otra forma de enigmas, en mi gerundiano entender mas instructivos, con que entretener por vía de entreacto á los abonados á las funciones del *Teatro Social*, los cuales llamaré *problemas históricos*, de que empezaré dando una muestra en la presente funcion.

I.

Hubo un Rey en España que se casó con una prima hermana en tercer grado. Fué excomulgado por el Papa, puesto todo el reino en entredicho, y mandados cerrar los templos. El Rey andaba buscando á los jueces y comisarios del Papa para darles muerte. Este Rey tuvo tres hijos, y su casamiento fué dispensado por el Pontífice seis años despues de haber muerto el monarca.

¿Quién fué este Rey?

II.

Un oficial sarraceno le dijo á un Rey de Castilla: «vuestro visabuelo me hizo salir de Sevilla; vuestro abuelo de Jerez; vuestro padre de Tarifa; vuestra Alteza me hace salir de Gibraltar: voyme pues al Africa á buscar para mi descanso un lugar retirado donde nadie inquiete mi sosiego.»

¿Qué Rey fué este?

III.

Cuenta la historia que en Córdoba se vieron en una ocasion tres soles á un tiempo.

¿Qué año sucedio esto, y cómo se esplica?

LA EMPLEATIVIDAD.

ANALISIS DEL ACTO TERCERO.

Don Juan Cesante.

Imposible parece que de un acto á otro sean tan encontrados y opuestos los papeles de un mismo actor. Nada es mas cierto sin embargo. En el acto primero Don Juan era *Aspirante* y observaba cuidadosamente de qué lado soplaba el viento para marchar con él. En el acto segundo Don Juan era *Empleado* y no miraba mas que al norte del gobierno, y el soplo del norte era el céfiro blando que le refocilaba, y ningun otro mas que él convenia á su salud y conservacion. En el acto tercero Don Juan es *Cesante*, y no desea sino que se desencadenen vientos fuertes, de cualquier lado que soplen, aunque sean huracanes y torbellinos, con tal que azoten con ímpetu, y derriben, si puede ser, el gobierno. Porque *Don Juan Cesante* empieza siempre su acto tercero por ser de opinion contraria á la del gobierno que rige, sea el que sea.

Y con razon; porque nunca ha habido mas desórden en el Teatro social del Estado, nunca se han hecho tantas injusticias ni cometido tantas tropelías, como desde que Don Juan desempeña el papel de *Cesante*, y la mayor de todas ha sido la suya. *Don Juan Cesante* es siempre una víctima sacrificada al espíritu de partido. *Don Juan Cesante* es siempre un patriota benemérito, como fué un empleado puro, desinteresado y celoso. Nunca la aduana dió tantos rendimientos como en el tiempo que la tuvo á su cargo: nunca los pueblos pagaron con mas espontaneidad y menos vejámen los impuestos que cuando él estuvo al frente de la provincia: nunca hubo mas paz ni se hicieron mas mejoras que en el tiempo que desempeñó el gobierno político.

Y en prueba de ello, dice Don Juan, pues que hablamos de mi pleito aqui traigo los papeles.—Estado comparativo de los ingresos y productos de la aduana de... en los ocho meses de la administracion de mi antecesor, y en los cinco que estuvo á mi cargo.

Año 1843.	Año 1844.
Ingresos.	Ingresos.
Dias.	Dias. . . . .
Semanas.	Semanas. . . . .
Meses.	Meses. . . . .
Resúmen.	Total. . . . .

Diferencia de aumento en favor de mi administracion.

En un mes. . . . . .

En los cinco meses. . . . . .

«En el poco tiempo que desempeñé la intendencia hice subir la recaudacion un 35 por %. Aqui están los documentos desde el número 1 hasta el 98 inclusive, que tendré gusto en leer por su órden, y es como sigue.—Documento número 1.º..... (lee).

«En lo relativo al gobierno político, que tambien estuvo á mi cargo dos semanas cortas, mejoré el estado de los caminos, abrí dos carreteras, hice tres molinos de viento, y cuando recibí la órden de cesantía me estaba preparando á plantear diez y nueve proyectos de obras de utilidad pública. Aquí está toda mi correspondencia oficial con el gobierno, con los alcaldes, las circulares y proclamas, y los boletines oficiales, todo por el órden de fechas.—Primero... Real órden que recibí en 12 de mayo..... (las lee todas).

¡Desgraciado el que tenga que sostener un diálogo, ó escuchar un monólogo de *Don Juan Cesante*! Aquel dia ya hizo sus negocios. *Don Juan Cesante* nunca tiene prisa, y no hay medio de cortarle la relacion, porque es esencial á su papel recitarle entero, *velis nolis*.

Don Juan Cesante tiene un tacto particular para conocer las personas dotadas de buen corazon y de sentimientos filantrópicos. Es ademas hombre sumamente simpático. Cuando se dirije á recitar su papel á uno en particular, es porque ya sabe que aquel uno es hombre de buenos sentimientos, y que ademas simpatiza con él en ideas. Yo me he encontrado sin saberlo con que simpatizaba en opiniones con cesantes de todos los colores y partidos; lo cual seria una felicidad sino hubiera muchas veces que exhibir pruebas palpables y ostensibles de aquellas inesperadas simpatías. Lo peor es que estas visitas suelen envolver una de las muchas contribuciones indirectas que no constan en el sistema tributario.

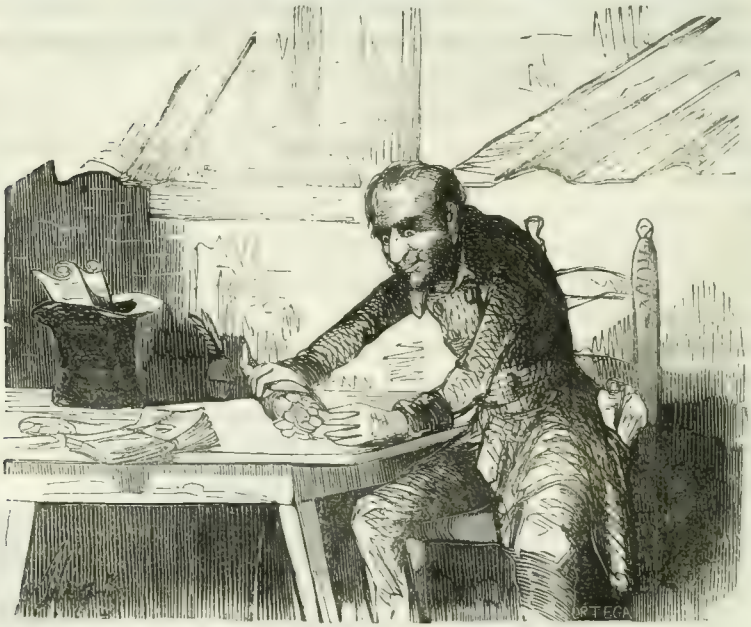
Como todo *Don Juan Empleado* ha sido desinteresado y puro, todo *Don Cesante* ha quedado pobre. Esta es cualidad inherente y anexa al papel: si bien en unos tiene mas de positiva que de cómica, al propio tiempo que en otros tiene mas de cómica que de positiva. De cualquier modo que sea, es fórmula del papel protestar que si otra vez volviera á ser empleado, por mas que repugne á sus sentimientos de probidad, no habia de sacrificar sus propios intereses á los del estado con el desprendimiento que antes lo hizo, porque en el Teatro de este país el actor que con mas desinterés ejecuta su papel, es con quien mas ingrata se muestra la empresa, en lo cual no le falta razon: cuya protesta mas se debe tomar en el sentido de un justo desahogo, que como hecha con intencion de cumplirla, lo cual está siempre lejos de su ánimo.

Don Juan Cesante pone el grito en todas partes, y principalmente en cuatro: en el cielo, en los periódicos, en los cafés y en la Puerta del Sol, de donde es visita diaria y casi permanente.

El *tipo* del cesante es esencialmente español; y en cuanto á su número, de tal manera crece y se multiplica, que no parece sino que en cada minis-

terio hay una imprenta *estereotípica* de imprimir cesantes, y que cada dia se hace una edicion de ellos, porque de otro modo no puede concebirse cómo circulen tantos egemplares.

Todos los gobiernos adoptan y siguen para con *Don Juan Cesante* el sistema homeopático. Esta es una conquista con que no contaba el doctor Hannemann. Su receta es la siguiente:—Tómese un grano del presupuesto general de ingresos, tritúrese, y mézclese con 99 atenciones. De esta mezcla tómese de nuevo otro grano, y disuélvase en 99 necesidades. De este líquido apártese una gota, la cualse mezclará por el mismo órden con otras 99 gotas de sustancia de paga. El resultado de estas preparaciones se dividirá en globulitos, los cuales se disolverán en 12 mensualidades, y despues de bien meneados y revueltos, cuando se crea que está bien hecha la disolucion, se dará una cucharadita de paga cada seis meses á *Don Juan Cesante*, recomendándole que de una cucharada á otra procure comer poco, ó guardar toda la dieta posible, á fin de no neutralizar los efectos de la medicina.



Alimentado *Don Juan Cesante* con estas dosis infinitesimales, está libre de plétoras y de apoplegías, lo cual siempre es una ventaja. *Don Juan Cesante* es uno de los que pelean al lado de la Cuaresma en su batalla contra el Domingo gordo, pugnando por conseguir el triunfo del ayuno sobre la gastronomía, y el del espíritu sobre la materia. Su cuerpo adquiere una especie de diafanidad no conocida de los físicos antiguos. El mismo Newton hace consistir la diafanidad en que la suma de las moléculas de un cuerpo cualquiera ocupa un espacio mil veces mas pequeño que los poros que forman intérvalos entre las partículas materiales, y atribuye esta propiedad á la homogeneidad ó á la combinacion perfecta de los cuerpos cuyas moléculas teniendo poca fuerza restringente por la identidad de su naturaleza, abren á los rayos luminosos un camino tanto mas rectilíneo cuanto los intersticios que separan cada molécula de que están formados estos cuerpos, están llenos de un medio dotado de mas afinidad con las mismas moléculas. Si Newton hubiera vivido en España en el Siglo XIX, se hubiera ahorrado de toda esa monserga para esplicar las causas de la diafanidad, y hubiera dicho simplemente: «la causa mas directa de la diafanidad de los cuerpos es la *cesantía.*»

Lo único que pudiera impedir la diafanidad del cuerpo de *Don Juan Cesante* sería el vestido; pero como el vestido de *Don Juan Cesante* no es como la túnica de Cristo, de la cual dice la tradicion que no se gastaba nunca, resulta que el vestido al cabo de algun tiempo se hace diáfano tambien, y abre igualmente un camino franco y desembarazado á los rayos luminosos. De manera que *Don Juan Cesante* podrá estar muchas veces cerúleo y caliginoso, pero opaco nunca, porque le falta á su cuerpo la opacidad.

Como la masa suele estorbar al desarrollo de la parte intelectiva, el entendimiento de *Don Juan Cesante* está siempre listo y esperto, y *discurre que rabia.* Por lo tanto aprende con suma facilidad cualquier papel en la comedia *El arte de conspirar*; y lo maravilloso es que haya tantos que no quieran ser actores en el drama de la época: mucho mas cuando todo *Don Juan Cesante* se cree con derecho á mejorar de papel tan pronto como se verifique un cambio de decoraciones en la escena.

A pesar de lo ingrato, patético y triste que es el papel que le toca desempeñar á *Don Juan Cesante* en el tercer acto del drama *la Empleatividad*, y á pesar de que á los mas dignos y á los mas recomendables actores les suele estar reservado este papel enojoso, y de que muchas veces suelen hasta acabar trágicamente y ser verdaderas víctimas, á pesar de todo esto todavía en lugar de disminuir de volúmen el órgano de la *Empleatividad*,

crece y se desarrolla cada dia, y el mismo *Don Juan Cesante* no descansa ni sosiega hasta verse otra vez *Don Juan Empleado*.

¡Oh hispani, hispani! ¿Quæ vos locura moderna
incaprichavit. . . . . ?

¿Qué moderna locura, ¡oh españoles!
se ha apoderado del cerebro vuestro?

En cuanto á la fábrica de fundicion de cesantes é imprenta esteriotípica que va pasando como propiedad de unos gobiernos á otros, es otra clase de locura á la cual es escusado señalar remedio, porque para quien se niega á tomarlos, *la locura no tiene cura*.

UNA APUNTACION DE TIRABEQUE.

Señor, cuando tratamos de los papeles que yo podría hacer en el Teatro Social, el primero que vd. me dió y el que dijo que mas me convenia fué el de apuntador.

—Asi es la verdad, Pelegrin; y ciertamente que no le has ejercitado mucho, lo cual ya conocerás tú mismo que no te acredíta de muy laborioso, no para mí precisamente, pues yo de sobra sé ya quién es Calleja, sino para el público, que acaso (y no te sirva esto de vanidad) desea mas muchas veces oir tu voz que la mía.

—Señor, como vd. me encargó tanto que apuntára de modo que el público no me oyera..... Pero hoy vengo con ánimo de apuntarle á vd. una materia, que tengo para mí que es de las mas propias para nuestro Teatro, porque es una de las costumbres del Siglo que á mi modo de ver dañan mas á la moral.

—Eso será bueno, PELEGRIN, y apúntala cuanto antes, que si ella es digna de ser representada en este TEATRO, cuenta que lo será.

—Lo es tanto, mi amo FR. GERUNDIO, que parece que la han hecho para él; y no dudo que vd. me dará la razon. Hablo de los *desafíos*, señor; de esas tragedias ó comedias modernas que tan en moda están en este SIGLO, y que si no me engaño son lo mas contrario á la ley y á la buena razon que se puede dar.

—Pues en ambas cosas te equivocas, PELEGRIN: porque ni los *desafíos* son de este Siglo, sino una costumbre consagrada por la antigüedad de los tiempos, ni son tampoco contra la ley y la buena moral, sino que por el contrario moralizan la sociedad y son el mejor testimonio de la verdadera civilizacion de un pueblo.

—Por el zapato de las cinco suelas, mi amo, que estoy asombrado de oir á vd. esplicarse de esa manera acerca de los *desafíos*; y estoy seguro que antes pensaba vd. muy al revés.

—Ciertamente que sí; pero de varones prudentes es mudar de opinion, PELEGRIN: y esto consiste en que cuanto mas se lee, cuanto mas se meditan y reflexionan las cosas, y cuanto mas se estudia el espíritu y fundamento de cada costumbre, mas se penetra su filosofía, y mas se va descubriendo la moral que encierra: por lo que no es estraño que tal drama de los que se representan en el TEATRO SOCIAL del mundo parezca por algun tiempo extravagante ó ridículo, y despues de bien desentrañado y analizado, resulte encerrar un gran fondo de moral ó de filosofía; porque asi sucede con las costumbres sociales lo que con el jugo de ciertas plantas, que para percibir su verdadero sabor es necesario masticarlas mucho.

—Señor, por mi parte tengo bien masticados los *desafíos*, y le aseguro á vd. que cuanto mas los mastico mas sabor les encuentro de atrocidad.

—De esa misma manera pensaba yo antes tambien. Mas ya que esta materia me has apuntado, voy á convencerte del error en que estás, que es el mismo en que yo antes estaba.

DESAFÍOS.

CUADRO PRIMERO DEL DRAMA.

Su orígen, progresos, y formas que fueron tomando.

Una de las circunstancias que abonan mas la bondad de una costumbre, es su antigüedad; bajo este principio voy á hacerte ver, PELEGRIN, que los duelos ó desafíos son mas antiguos de lo que tú crees.

—Señor, desde el principio niego el principio; porque si la antigüedad abonára la bondad de las cosas, tambien serían lícitas y buenas las muertes á mano airada ó sean asesinatos, que es una de las costumbres mas antiguas que se conocen, puesto que Cain mató á Abél con la quijada de un pollino, y por eso nadie dirá que el matar á un hombre con la quijada de un borrico, ó con otro instrumento mas noble, pues el arma entiendo yo que es lo de menos, nadie dirá, repito, que esto sea cosa lícita y honesta; y así ríase vd. de las antigüedades.

—No hablo yo, PELEGRIN, de las acciones que son esencialmente y por su naturaleza malas, que estas ya entiendo que no hay fecha ni antigüedad que las justifique, sino de las llamadas propiamente costumbres. Y vuelvo á mi propósito de probarte la antigüedad de los desafíos.

Estos verdaderamente no lo son tanto como los homicidios, pero lo son bastante. Ya entre los romanos se conocían, aunque no se aceptaban. Plutarco refiere que Augusto nunca quiso aceptar el combate singular que Antonio le proponia, diciendo, «que habia otros modos de morir á mas de aquél.» Teofrasto dice que dos capitanes ilustres, Escipion el Africano y Metélo, tampoco quisieron nunca batirse en duelo. Cuéntase igualmente que habiendo un guerrero Teuton desafiado al general Mario, este respondió,

«que si á aquel valiente le corria prisa morir, podia ahorcarse cuando quisiera.»

—Esos son de los mios, señor, y paréceme que todos esos señores que vd. ha citado deberian ser varones muy prudentes.

—Ya te he dicho yo mismo, que aunque los romanos conocian el duelo, no solian admitirle, y si alguna vez le admitian era para hacer algun servicio á la patria, tal como el combate de los Horacios y los Curiacios; y como el de aquellos dos centuriones de que habla César en sus Comentarios, que celosos siempre uno de otro y siempre enemigos, remitieron la decision de su enemistad á un duelo; pero este desafío fué mostrando cuál de los dos haría mas proezas en una batalla: así fué que despues de haber hecho el uno un gran destrozo en los enemigos, fué herido y derribado en el ataque, y al momento su rival voló en su socorro. Tales eran los duelos de los romanos, esto es verdad.

Pero estos eran unos desafíos sin gracia. Los verdaderos desafíos los introdujeron los Escandinavos, cuando la irrupcion de los bárbaros del norte, de donde pasaron á Alemania, y desde alli á los demas pueblos de Europa. Entonces, PELEGRIN, entonces que la decision de todas las cuestiones y disputas se encomendaba á la punta de la espada, entonces fué cuando principiaron los desafíos de mérito. Un mancebo queria casarse y pretendia la novia: si el padre se la negaba, fuese justo ó injusto, no tenia mas remedio que batirse con el pretendiente. ¿Pues qué, asi impunemente habia de dejarse dar calabazas un hombre que sabia pegar estocadas y sacudir mandobles? Asi fué que un tal Albon, corsario de oficio, escribió una carta á Unguino, rey de los godos, pidiendo la mano de su hija, y por dote la mitad del reino. Y el rey no hubiera tenido mas remedio que ó darle la hija ó batirse con él en singular combate, si no hubiera dado la casualidad que el tal Albon tuvo al mismo tiempo otro desafío con un particular y murió en él, quedando el rey de esta manera relevado de aquel compromiso.

—Señor, no estrañe vd. que ahora me confirme en que los desafíos son una barbaridad, porque habiendo venido de los bárbaros no pueden ser otra cosa ni merecer otro nombre.

—¡Qué poco sabes, PELEGRIN! Verdad es que en su principio y orígen tuvieron algo de ferocidad, pero luego se fueron perfeccionando y regularizando, como sucede con todas las cosas. Gondebardo, duque de Borgoña, fué el primero que hizo una ley de duelos revistiéndolos de ciertas formalidades. El acusador y el acusado comparecian delante de un juez, el cual pronunciaba sobre la necesidad del combate. Los combatientes depositaban una

multa que se destinaba al vencedor en indemnizacion de los desperfectos que sufriese en sus armas ó en su cuerpo. Mas tarde se inventó el hacer el reto por medio de un guante arrojado en presencia del señor de quien el acusador fuese vasallo. El retado recogia el guante, y ya no habia acomodamiento posible entre ellos sin el consentimiento del señor. Y de aqui ha venido el dicho de *arrojar y recoger el guante*, que ha durado hasta nuestros dias para significar la proposicion y aceptacion de un duelo.

Mas adelante se añadieron otras ceremonias. Se establecieron los *Juicios de Dios* ó *Tribunales de espada*. Y como todos los pleitos y diferencias se dirimian por medio de estas singulares peleas, y como no todos pudiesen manejar por sí mismos el chafarote, ya por su edad, ya por su sexo, ya por su estado, ó por la falta de robustez ó de salud, se permitió á las mugeres, á los menores de 20 años, á los viejos y á los sacerdotes, nombrar *campeoñes* que se batieran por ellos. Oye una de las ceremonias de estos combates, sacada del código de Felipe el Hermoso.

Los desafiados comparecian el dia señalado delante del rey, ó del condestable, ó del juez del campo, á una liza de 80 pies de largo por 40 de ancho, guardada por gente armada. Iban á caballo, visera calada, escudo al brazo, lanza en mano, y ceñidas la espada y la daga. Algunos llevaban ademas debajo de sus armas la imágen de su santo protector. Acompañábalos un sacerdote. Poníanse los espectadores de pié, y los contendientes juraban sobre un crucifijo que cada uno creia tener derecho por su parte, y que no llevaban hechizos ni armas encantadas, poniendo por testigos á Dios, á la Vírgen Maria, al señor San Jorge y á la señora de sus pensamientos, y renunciando al Paraiso si mentian.

Recibido el juramento, el juez arrojaba un guante en la arena, y gritaba: «*Haced vuestro deber.*» Entonces comenzaba el combate. Era prohibido mirar á caballo el espectáculo, bajo la pena de perder su montura el noble, y una oreja el plebeyo, que mas de cuatro orejas fueron cortadas por infringir esta ley.

—No digo á los plebeyos, mi amo, sino á los nobles hubiera yo cortado de buena gana ambas orejas, y aun algo mas: y lo que estraño es que los señores sacerdotes, puesto que segun vd. dice los habia ya en aquel tiempo y deberian ser mas respetados que ahora, no solo permitieran sino que presenciáran esas barbaridades.

—¿Los sacerdotes dices? Los sacerdotes no solamente los consentian y autorizaban, sino que peleaban y se batian ellos mismos en buena lid, como dicen, ya fuese con licencia de los obispos ó ya sin ella. Un rey disputaba á una órden ó comunidad religiosa el derecho á percibir ciertos

diezmos: la comunidad retaba al rey á sostener su derecho á ley de caballero en singular peléa; si el rey era hombre de puños, recogia el guante y se presentaba personalmente en la liza: entonces la comunidad escogia el monge mas membrudo y de mas bríos ó el mas espadachin del convento, y convenido el dia, y observadas las formalidades de la ley, con la ayuda de Dios y del señor San Jorge, el monge remangaba sus hábitos, el monarca recogia su manto, y comenzaba la pelea.

El vencedor quedaba en legal y pacífica posesion de los diezmos que se litigaban.

—¿Y sabe vd., mi amo, que tendria que ver una batalla de esas? Y lo que yo siento es que no haya estado en uso en nuestros dias esa disciplina eclesiástica, porque estoy seguro que el gobierno no hubiera quitado á los frailes y monges los diezmos y rentas, ni menos nos hubiera echado de

nuestras casas tan impunemente como lo ha hecho, puesto que no hubieran faltado frailes de bigotes, ó por lo menos de barbas, que hubieran sabido sostener el derecho de sus bienes y propiedades en buena lid y con la punta de la espada contra todos los ministros habidos y por haber.

—Ahí tienes, PELEGRIN, una de las ventajas de los desafíos que yo no habia meditado bien cuando me declaré contra ellos.

Otras veces no peleaban los monges en persona, sino por medio de *campeones*, como sucedio cuando el obispo de Augers, Godofre del Maine, obligó á los monges de San Serga á probar por medio de un duelo que ciertos diezmos les eran debidos. Los monges nombraron por *campeon* á un mozo de mulas robusto y fornido como un roble, el cual no teniendo derecho á pelear con espada por no ser ni noble ni caballero, combatió á palos y ganó la causa de la comunidad.

Lo propio sucedió en tiempo del Emperador Othon I. Los doctores se veian embarazados con una cuestion muy grave de derecho que se habia remitido á su decision. Tratábase de saber si se habia de admitir el derecho de representacion á los herederos en línea directa. Viendo el emperador que la disputa se embrollaba mas cada dia, acordó nombrar dos robustos *campeones* que la termináran por el breve y sencillo medio del com-

bate singular. El uno fué encargado de sostener la causa de los herederos directos, y el otro la de la opinion contraria. Los dos gañanes pelearon como brutos á garrotazos, puesto que tampoco eran caballeros, y habiendo quedado la victoria en favor del primero, al momento se espidió una ordenanza en favor de los herederos directos, que fué inscrita y dura todavía en los códigos franceses.

—Señor, si las disputas sobre las cosas de derecho se han de decidir, y las leyes se han de hacer por lo que arrojen los autos de un desafío ó pelea á garrrotazos entre dos de estos mostaganes, escusados son los doctores, y los tribunales, y los jueces, y los abogados, y los estudios, y las leyes.

—Ahí *fica o punto*, PELEGRIN: ahí es precisamente donde está el mérito de los desafíos, y en eso conocerás el buen legado que nos dejaron los bárbaros del Norte, y asi sucede que muchas veces debemos mas de cuatro cosas buenas á los bárbaros sin saberlo.

El gusto por los desafíos fué cundiendo progresivamente, como te he dicho, por los pueblos de Europa con mas ó menos éxito, y fué el que dió orígen al espíritu caballeresco y quijotesco que duró por algunos siglos, como habrás oido y debes saber. He dicho con mas ó menos éxito, porque unos reyes los autorizaban, otros los prohibian, unos los castigaban con penas rigurosas y severas, y otros los consentian ó los dejaban impunes. Y para que veas lo encarnados que estaban los desafíos en el Teatro social antiguo, has de saber que en 1607, segun refiere el diario francés *La Estrella*, se advirtió al rey Enrique IV que desde su advenimiento al trono se contaban cuatro mil nobles muertos en duelo, cosa que asustó á aquel monarca, y despues de haber encargado al sábio ministro Sully que le redactára una memoria sobre desafíos, fué cuando espidió su famoso edicto imponiendo los castigos mas severos contra los duelistas.

—Nada me maravilla, mi amo, que eso de los cuatro mil muertos le asustára al señor don Enrique, porque un solo muerto basta para asustarme á mí. Y lo que yo infiero de eso es que los desafíos de antes debian ser un poco mas sérios que los de ahora, puesto que las cuatro quintas partes de los de estos tiempos tienen por remate y fin, no el morir uno de los combatientes, sino el comer los dos juntos en alguna fonda en la mejor paz y compañía.

—Dejemos para luego, PELEGRIN, los desafíos de este siglo, puesto que en esta sesion solo he querido probarte su antiguedad y orígen. Y por remate de ella voy á referirte algunos duelos célebres, para que acabes de conocer todo el mérito y toda la razon de estas escenas gloriosas del Teatro del mundo.

Acusábase en tiempo de Cárlos VI al caballero Labais de haber abu-

sado de la muger del caballero Carrouge, con resistencia de parte de ella. Para saber lo que había de verdad en este hecho se dispuso que los dos caballeros se batieran como leales y en buena ley.

—Y dígame vd., mi amo, ¿lo que se buscaba saber era si el caballero habia abusado, ó si la abusada se habia resistido lo bastante? Porque si era esto último, paréceme que no habia necesidad de matarse para averiguarlo; y si era lo primero, tengo para mí que tampoco se averiguaría de manera alguna. Y si el caballero que acusaba al otro de haberle hecho tan mal recado con su muger llevaba ademas una estocada en el desafío, eran dos estocadas á cual peores, y el otro se quedaba muy fresco con el abuso, y en disposicion de abusar como mas largamente le conviniera.

—Pero al fin el abusado moria con honor, PELEGRIN; ahí está el mérito, sino que tú no quieres conocerle.

Mira: en tiempo de Enrique II sucedió tambien que el caballero Jarnac decía que le constaba que el caballero de la Chataigneraie traía malos tratos con su suegra (admirémos los misterios del *Teatro Social*, PELEGRIN !) Este lo negaba. ¿Qué habia que hacer para averiguar la verdad? Batirse, es claro: era lo que exigía el honor. Asi lo hicieron. El Rey presidía el desafío; los dos combatientes juraron sobre los santos Evangelios que peleaban por la verdad, y el Rey tuvo el dolor de ver sucumbir á La Chataigneraie, á quien amaba entrañablemente, y desde entonces tomó el Rey un grande horror á los desafíos. Pero en fin el hecho de haber muerto debió convencerle de ser cierto que andaba en malos pasos con su suegra, por mas que él hubiera jurado lo contrario.

Y en cuanto á la frivolidad de las causas que suelen motivar los duelos, lo cual te parecerá á tí que es propio solamente de este siglo, te citaré por no molestarte mas, un solo ejemplo en prueba de su antiguedad.

En 1611, yendo el Príncipe de Contí al palacio del Louvre en su coche, encontró el de su hermano el Conde de Soissons en una de aquellas calles estrechas que te acordarás desembocan en aquella plaza. Uno de los coches tenía que hacer alto para dejar paso al otro. El cochero del Conde de Soissons que no conocía el carruage del Príncipe de Contí, intimó bruscamente al cochero de este que se hiciera atrás. Este que no entendía de chiquillas, en vez de cejar sacudió un latigazo á los caballos y siguió adelante. Informado luego el Conde de que el carruage era el del Príncipe su hermano, despachó uno de su comitiva á decirle que disimulára, pues solo un error del cochero habia podido sèr causa de aquella brusquedad. Pero el Príncipe de Contí, que creyó su honor gravemente lastimado con este hecho, se negó á admitir las escusas del Conde, diciendo que semejante ofen-

sa no podia lavarse sino con la sangre de uno de los dos, y pasó á su hermano un billete de desafío para el dia siguiente.

Instruida la Reina de este negocio, envió al Duque de Guisa cerca del Príncipe de Contí para inclinarle á un acomodamiento. Al propio tiempo ordenó á los habitantes de París que estuviesen dispuestos á tomar las armas y á echar las cadenas en las calles por lo que pudiera ocurrir. El Duque de Guisa aceptó el papel de mediador y se dirigió á casa del Príncipe acompañado de 50 caballeros. Pero como pasase por delante del palacio del Conde de Soissons, figurósele á este que el llevar toda aquella escolta no podia ser sino con intencion de insultarle, y le pidió á su vez una satisfaccion. El Duque de Guisa quiso justificarse, pero el Conde le replicó que no habia mas remedio que batirse á ley de caballeros, pues no de otra manera podia quedar vindicado su honor.

Así el que quiso reconciliar á los dos hermanos tuvo que batirse el primero con el Conde. Verifícase el duelo, y el Duque mata al Conde. El hijo de este, queriendo vengar la muerte de su padre, reta á su vez al Duque. El Duque mata al hijo despues de haber muerto al padre, y la Reina no se atreve á proceder contra el Duque de Guisa, porque él no habia hecho sino cumplir como buen caballero con la sabia ley de los desafíos. Y todo esto, Pelegrin, nada mas que por haberse encontrado dos coches en una calle, y haber disputado dos cocheros sobre cuál se habia de parar para hacer paso al otro. Y refiérotelo para que veas que no es cosa nueva ni de este siglo el batirse por fruslerías y nimiedades, pero nimiedades y fruslerías que afectan hondamente al honor, y que por lo tanto exigen una satisfaccion de sangre, y un combate á muerte.

—Señor, me rectifico en llamarlo barbaridad.

—¿Te rectificas, ó te ratifícas? entendámonos.

—Me confirmo, mi amo, me corroboro y mantengo.

—Harto temía yo que no te hubieras penetrado todavía de la razon y de la moral que los duelos encierran, y esto me obliga á prometerte que te he de convencer en otra leccion acerca de su utilidad y filosofía, en términos que te has de hacer un duelista de primer órden, y que me has de pedir y rogar que te permita tomar unas lecciones de esgrima, porque espero que te has de convertir en un apasionado de los duelos aun mas de lo que lo soy yo mismo, asi como yo era antes mas opuesto á ellos que ahora lo puedes ser tú.

—Antes tocará vd. con un dedo en el cielo, que tal consiga de mí.

Eso lo verémos: la razon tiene mucha fuerza, y á la razon tarde ó temprano ceden y sucumben las mas arraigadas preocupaciones.

MODAS DEL SIGLO.

1846. 1814.

En 22 años les ha bajado á los hombres la cintura 22 pulgadas. El año 47 no sé si la tendremos debajo de los brazos, ó se nos bajará á las rodillas.

LAS UÑAS LARGAS.

«En lo que toca á como has de gobernar tu persona y casa, Sancho (le «decia Don Quijote á su escudero dándole consejos para el gobierno de la «ínsula), lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las «uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, á quien su ignorancia les «ha dado á entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si «aquel excremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo «antes garras de cernícalo lagartigero: puerco y estraordinario abuso.»

¿Qué dijera ahora Don Quijote si viera que aquello mismo que él en lenguage de su tiempo llamó puerco y estraordinario abuso, era la señal por donde sacábamos al hombre culto y civilizado? *Ex ungue leonem*, que decian los latinos para significar que por la uña se sacaba y deducia lo que era el leon. ¿Qué diria si viese que aquello de dejarse crecer las uñas, que él atribuía á ignorancia, se tomaba ahora por signo de elegancia y buen tono, y por muestra de una adelantada civilizacion, traida del país que se dice marcha á la cabeza de ella? Que si esto fuese cierto, lo cual equivaldría á llevar la civilizacion en la uña, tengo para mí que no fuera malo cortar la civilizacion hasta la yema del dedo, porque ya es una civilizacion superflua, y lo que sobra se debe cortar, *salvo meliori*.

Dispensárasle yo á los de las uñas largas si fuesen aficionados ó profesores de instrumentos músicos de cuerda, pues á pesar de las diabólicas reminiscencias que siempre suscitan las uñas largas, pudieran perdonárseles en gracia de las mas claras voces y limpios sonidos que al instrumento sacáran.

El caso es que si los longi-uñiferos siguieran la carrera de ministros, administradores, escribanos y otras honrosas profesiones, á las cuales es opinion comun, aunque errónea, haberse hecho anexa la uña larga, podría decirse que estaban en su lugar. Pero no es asi, porque yo conozco muchos que ni ejercen ni piensan ejercer ninguno de estos honoríficos cargos, y no obstante las llevan de una dimension longitudinal espantosa. Estos tales, por seguir la moda y el buen gusto del siglo ilustrado, están siendo inocentemente y sin malicia de su parte, un geroglífico, símbolo ó emblema de la causa principal de los males que en nuestra patria lamentamos; pues si en épocas remotas la ruina de España vino, ya de haberse abierto al Cartaginés incautamente, ya del desaguisado del Rey Don Rodrigo, la de nuestros dias viene principalmente de las uñas largas. Por lo que no harian mal en cortárselas los que por moda y buen tono las llevan, á fin de no suscitarnos imágenes y reminiscencias dolorosas sin culpa ni intencion suya.

Yo desearia ademas que las uñas largas se comprendieran en el número de las armas prohibidas, porque una herida de uña puede ser muy peligrosa; y no veo tampoco la razon por qué se haya de permitir á estos hombres andar siempre armados. trayendo constantemente en las manos cinco ó diez afilados puñales, lo cual está en contradiccion con el sistema de paz universal que ahora proclaman las naciones.

Por otra parte la *toilette* de las uñas largas debe ser sobremanera impertinente é incómoda, y un tanto sucia. Porque la operacion de mondar, limpiar, raspar, pulir, alisar, modificar, y dar una forma geométrica elegante á estas superfluidades, á mas de ser sobremanera minuciosa, precisamente ha de parecerse á ciertas labores del campo, como el ornato se parece al de ciertos hombres campestres. Asi la estremada cultura llega á asemejarse al estremado desaliño. Los extremos se tocan.

Y no digo mas sobre este género de civilizacion, porque si los uñilargos se me ponen de uñas son temibles, pues llevan consigo un doscientos por ciento de ventaja, y mano contra zarpa siempre quedó vencida.

Solo añadiré, que la moda de las uñas largas podrá ser muy elegante, pero la invencion es diabólica, y que yo no las llevaría, solo por que no me llamáran como al diablo, *el de las uñas largas*.

EL CIGARRO PARLANTE.

I.

Llegará el caso que no pueda tocar nada con estas mis gerundianas manos sin estar dispuesto á sostener una conversacion con lo que sea. Si echo mano al bolsillo, dos monedas que lleve en él se animan y se ponen á hablar, primero entre sí, y despues conmigo (1). Si voy á fumar un cigarro, toma vida y me dirije la palabra, como me sucedió el otro dia, que al tiempo de aplicarle al fuego oigo que me dice: «Y bien, Fr. Gerundio, ¿no teneis ninguna observacion que hacer sobre mí antes de encenderme?

—¡Calla! exclamé yo: ¿interpelacioncitas tenemos, señor Cigarro! Huéleme esto á querer alargar la vida por algun cuarto de hora. Pero bien; ¿qué se le ofrece á vd.? ¿de dónde es vd., aunque sea mala pregunta?

—Mala no diré que sea, pero escusada sí: puesto que mi clase y calidad son mi mejor fé de bautismo, y ellas dicen á la simple vista que soy legítimo de la Habana, nacido y criado allí.

—Parece, señor Cigarro, que está vd. muy envanecido con la legitimidad de su cuna; como si tan estraño fuera que se hubiese despues desnaturalizado, ó que bajo la capa de Habano encubriera tripas de otro pais, que esto de estar en contradiccion el corazon con la capa y el interior con la corteza cosa es tan ordinaria y comun que contentárame yo con que solo en los cigarros se verificára. Y de qué punto de la Habana es vd.?

—De la vuelta de abajo: servidor de Fr. Gerundio.

—Muy señor mio..... sin perjuicio de hacer luego la prueba. ¿Y se puede saber cómo ha venido vd. á España?

—Esa pregnnta es aun mas escusada que la otra. ¿Pudiera un cigarro de mi nacimiento y calidad venir de otro modo que de contrabando?

—¡Oiga, Señor mio! El descaro es el que me gusta. Y por qué no habia vd. de haber venido por el camino lícito y legal, y no por el que prohiben las leyes?

—Cosas teneis, P. Fr. Gerundio, y escrupulos manifestais que no pueden menos de admirarme. A fé mía que es la primera vez que oigo escru-

(1) Funcion tercera, página 72.

pulizar sobre el orígen de un cigarro. ¿Se ha acusado alguno á vos como confesor de haber fumado de contrabando? ¿Os habeis acusado vos mismo como penitente de haber fumado de contrabando? Hablais de leyes y de caminos legales. Los mismos que han dado esas leyes y señalados esos caminos, ¿fuman por ventura sino de contrabando? Vos mismo ¿habeis cuidado hasta ahora de averiguar el conducto por donde he llegado á vuestras manos? Mas digo: ¿me fumaríais sino fuera cigarro de contrabando?

—Esa no es la cuestion, señor Cigarro, y la conciencia de cada uno debe ser respetada. ¿Y por qué no le habia de fumar á vd? Vamos á ver.

—¿Por qué? Por dos razones muy sencillas. La primera, porque sería mas caro, y la segunda y mas poderosa, porque seria infumable; porque no sería cigarro, sino caoba; porque sería peste, ó lo que es lo mismo, porque sería cigarro del gobierno.

—Sea vd. un poco mas comedido en hablar, señor Cigarro, porque pudiera suceder.....

—¿Qué me podrá suceder peor que reducirme á ceniza? Esta ha de ser de todas maneras mi suerte, de consiguiente quiero hablar con toda libertad.

—Pues bien, señor Cigarro, tenga vd. la bondad de contarme su historia y las circunstancias de su viage.

—No tengo en ello inconveniente alguno. Yo fuí comprado en la Habana mi patria con otros muchos compañeros á un precio módico. Desde allí fuimos conducidos á Gibraltar, donde el comprador, que era contrabandista, nos vendió á otro contrabandista español, sacando ya de nosotros una ganancia decente. Este nos desembarcó en un pueblo de la costa de Andalucía, donde nos vendió á otro contrabandista, quedándose con otra ganancia no menor que la primera. El contrabandista de la costa nos enagenó á otro contrabandista del interior, el cual nos traspasó á manos de su corresponsal de Madrid, que aunque no pasa por contrabandista, tambien lo es. Este hizo de nosotros diferentes distribuciones. Se quedó con varios de mis compatriotas para su uso y consumo; vendió otros en amistoso contrabando á sus amigos, y dió los demas á un mozo de café para la reventa al pormenor. Por cuál de estos conductos haya yo venido á parar á manos de Fr. Gerundio, eso lo sabrá su paternidad mejor que yo. Y de esta manera no hay nadie que escrupulize de ser contrabandista de tabaco en España.

—¿Y cómo en tantas y tan espuestas travesías ha podido vd. llegar á salvo, sin caer alguna vez en manos de alguno de tantos miles de agentes asalariados como por mar y tierra tiene destinados el gobierno para la represion del contrabando esclusivamente?

—Sin entrar en la esplicacion de otras causas que deben ser de su paternidad conocidas, es admirable P. Fr. Gerundio, lo que aguza el ingenio, y la sutileza que infunde el cebo de la ganancia. Y esta es tál desde nuestro primitivo coste hasta nuestra definitiva venta para el consumo, que aun supuesto uno ú otro percance que pudiera tener un contrabandista, se indemniza con la mayor facilidad en otra espedicion feliz.

—Lo que me admira es que á pesar de ese chorréo de ganancias que van vds. dejando en tantas manos intermedias, aun puedan vds. ser venbidos á mas bajo y módico precio qne los que el gobierno hace espender en sus estancos.

—Es que no es solo la diferencia de precio la que alimenta el contrabando y la que hace darnos la preferencia, sino la calidad, la calidad; que aseguro á vd., P. Fr. Gerundio, que me avergonzaria yo de ser cigarro del gobierno, porque seria tál que necesitaria vd. mandíbulas de hierro y lábios de cobre para fumarme.

—Pues yo aseguro á vd., señor Cigarro, que si gobernante fuera, se libraria vd. muy bien ni ninguno de sus compañeros, y no digo vds., sino ningun Kentuqui, ni ningun Virginia, ni ningun Filipino, de entrar en España de contrabando. Sí señor, porque es vd. un principio de desmoralizacion pública; es vd. una ocasion próxima de pecar; es vd. una ocupacion de hombres de mal vivir; es vd. un defraudador de las rentas del Estado; es vd. un escandalo que se chupa y se saborea. Yo pondría un ejército de doscientos mil hombres de mar y tierra.....

—Quiá, dijo entrando á esta sazon Tirabeque: no tome vd. por lo sério, señor Cigarro, lo que mi amo acaba de decirle: de sobra sabe él que no se destripa asi el contrabando.

—Estirpar, querrás decir, Tirabeque, que no destripar.

—Señor, estirpar y destripar, que con lo uno va lo otro. ¡Cuántas veces me tiene dicho mi amo; «desengáñate, Pelegrin: aunque el gobierno ponga mas guardas que soldados tenia el ejército del general Jerges; aunque pusiera una boca de cañon al pecho de cada contrabandista; mientras éste vea la ganancia al ojo, el contrabando entrará, si no es por los puertas ni por las puertas, será por las nubes como el cólera-morbo, porque el interés da alas al hombre para volar como los pájaros: y si fuera posible que á cada cigarro se le cosiera un sello de plomo como á las bulas para justificar su procedencia, y que este sello no se pudiera arrancar hasta que el cigarro quemára los labios, entonces en lugar de contrabandear los hombres en tabaco solo, contrabandearían tambien en sellos y entrarían los sellos de contrabando, y serían dos contrabandos en vez de uno.

«Y así hasta los niños de la escuela saben que el mejor y aun el único medio de estinguir el contrabando, es dar tabaco de buena calidad y mas barato que el de los contrabandistas, que bien puede hacerlo el gobierno si quiere, y aun así le daría la renta de tabacos mas productos de los que ahora le rinde, pues los contrabandistas tendrían que aprender otro oficio, que donde no hay ganancias no hay tráfico, y quítese al hombre la ocasion de pecar y no pecará, y de esta manera todos ganaríamos, los contrabandistas para con Dios, la nacion en el aumento de sus rentas, y nosotros en fumar honestamente y sin escrúpulo de conciencia buenos cigarros, que aunque yo no sea fumador de la clase de contribuyentes, aun me gusta de vez en cuando echar una chupadilla á ver cómo saben los cigarros del amo, y aun ahora no tendría inconveniente en encenderte á tí y apurarte hasta el ombliguillo, porque tienes unas trazas que están diciendo: «chupadme: »

—¿Esas tenemos, PELEGRIN?

—Nada, Señor; no es mas que una buena intencion y un buen deseo: y en cuanto á aquello de probar los cigarros de vd., se debe entender solo de los desperdicios y colillas, no de los que vd. suele dejar enteros sobre la mesa, que esos los respeto por lo regular.

—¿Y ha pensado bien FR. GERUNDIO, preguntó el cigarro, lo que el gobierno podría utilizar vendiéndonos á mas bajo precio que los contrabandistas?

—Y tanto como lo he pensado y calculado. De los diferentes estados por quinquennios que tengo en mi poder resulta, que la renta del tabaco, tal como hoy se halla administrada, cuesta al gobierno, ó por mejor decir al país, mas de un 55 por % de administracion: de manera que aunque el producto total de los tabacos en año comun sea por ejemplo de 110 millones, el líquido de la renta para el gobierno será poco mas de 40, como sucedió, entre otros, en el año 39.

«Ahora bien; se calcúla que el número de consumidores, ó sea de fumadores, en España, por la parte mas corta no baja de dos millones y medio: por consecuencia.....

—Señor, antes que vd. saque la consecuencia perdóneme que le ataje su honrada palabra para decirle, que pienso que se ha quedado vd. corto en cuanto al número de fumadores: y es que sin duda no ha contado vd. la turba de pelones muchachuelos del siglo XIX, que aun no saben quitarse con sus propias manos aquello que no quiero nombrar, y ya van por esas calles de Dios hechos unos hombres con una tranca en la boca, que abulta mas que ellos, y es uno de los adelantos del siglo, que de buena gana les

adelantaria tambien á ellos media docena de buena mano en el sitio en que no se fuma. Y tampoco habrá vd. comprendido á las fumadoras, que las hay tambien, y muchas que pasan por señoras, que lo gastan y fuerte; y no hace muchos dias que ví yo en un café á dos de estas ciudadanas mistas de varon y hembra, con sus chicotes en la boca, que con un par de cascos en la cabeza hubieran pasado por dos capitanas de caballería.

—Bien, pero todo eso es insignificante para mi cálculo, PELEGRIN. Y digo, que los dos millones y medio de consumidores se computa que consumen anualmente *diez millones de libras* de tabaco, de los cuales corresponden al Habano dos millones, y los ocho restantes al de las clases comunes.

«Pues bien; comprando el gobierno directamente el tabaco de Filipinas (que ninguna necesidad tenemos tampoco de recurrir á la Virginia, ni á Kentuqui, ni á ninguno de los mercados de América, teniéndolo tan bueno ó mejor en nuestras colonias), el costo total de este para el gobierno, asegurada su conduccion y cubiertos todos los gastos de elaboracion en la Península, no debe exceder de 2 ½ rs. libra, que vendido á 12 ½ al pié de fábrica, dejaria al Estado una ganancia de cuatro millones de duros líquidos.

«Bajando el derecho sobre los dos millones de libras de tabaco habano á 20 rs. libra en lugar de los 40, y dejándolo luego al libre comercio, darían dos millones de duros de producto líquido de 110 millones en favor del gobierno ó del Estado, es decir, dos tercios mas de lo que suele producir comunmente la renta, y con la ventaja de hacer imposible el contrabando y de lo que ganaria el pais en moralidad. Y cuenta que estos datos son los mismos que arroja la memoria de un entendido ministro de Hacienda.

—¿Y por qué ese ministro cuando lo fué, preguntó el cigarro, no tomó esas medidas que creía tan útiles, y no que hemos de estar condenados á andar perpetuamente de contrabandista en contrabandista?

—En eso no te fíes, dijo TIRABEQUE, pues has de saber, cigarro mio.... digo, de mi amo, que los ministros de un modo escriben y de otro modo obran, y es que sin duda les conviene obrar de un modo y escribir de otro.

—Pues voto á tál, exclamó el cigarro, en ese caso no se culpe á los que hacen el contrabando, sino á los que pudiendo evitarlo facilmente y con ventajas no lo evitan.

—Ni creas que yo los culpo á ellos, dijo TIRABEQUE.

—Ni yo tampoco, repuse yo FR. GERUNDIO.»

Y con esto ya estuve por condenar al cigarro á la pena de fuego, pero luego me ocurrieron otras reflexiones que hacer sobre él, y suspendí la ejecucion.

LAMENTOS DE DOÑA CUARESMA.

¿No dije yo que Don Carnaval quedaba amenazando conquista? Pues bien, ya lo habeis visto. ¿Qué será de mí ahora.....?

Y no se atrevió á decir mas la desconsolada Doña Cuaresma.

Entretanto la Bolsa subiendo como la espuma. Humillemos nuestras frentes ante los vice-versas de la patria gerundiana, y suplicoos, hermanos mios, que volvais á leer lo que dije en el *artículo* 3.° *de Bolsa, su parte moral*, FUNCION 10.ª, página 272, á que me remito.

PROBLEMA ESTRAORDINARIO.

¿Cuál será el desenlace de esta funcion?

Doy un palco gratis para todo el año al que le resuelva.

SOLUCION DE LOS PROBLEMAS DE LA FUNCION 13.

Del 1.°—Don Sancho de Castilla, hijo de Don Alonso el Sabio.

Del 2.°—Don Fernando IV de Castilla y de Leon.

Del 3.°—El año que refiere la historia haberse visto en Córdoba tres soles, fué el 753; cuyo fenómeno, que causó grande espanto en las gentes sencillas, las cuales sacaban de él mil agüeros, ayudando á ello el hambre horrorosa que por aquel tiempo se padeció en España, lo causó una nube de cierta grosura y densidad en la cual se representaban los tres soles como en un espejo.

DESAFÍOS.

CUADRO SEGUNDO.

Los duelos en el siglo de las luces: belleza y moralidad que encierran.

Una vez que estás ya informado, aunque ligeramente (pues aun habia mucho que decir), del orígen, progresos, vicisitudes y solemnidades de los duelos en los pasados siglos, vengamos ya, PELEGRIN, á los tiempos modernos. En cuanto á las formalidades con que se practican en el dia, ya sabes que son muy diferentes de las que en la antigüedad se usaron, como son la eleccion de armas, nombramiento de padrinos etc. Y en cuanto á la boga de que gozan los desafíos en el siglo presente, no podia esperarse otra cosa de un siglo que con tanta justicia se llama el siglo de la civilizacion y de las luces.

Asi es que en el dia no es caballero el que en uno de esos que se llaman lances de honor no provoca un duelo, y menos caballero todavia el que no le acepta. Atendido lo cual, y suponiendo que tú no querrás pasar nunca por mal caballero.....

—Señor, la verdad sea dicha, nunca lo fuí; y es la causa que mientras estuve en el convento siempre me tocó cabalgar en caballería menor; cuando vinimos á Madrid me hizo vd. venir en el *Mohino*; en los viages que hemos hecho despues me ha llevado vd. en carruage; de modo y manera que unido todo esto á la mala conformacion de mi pata, soy hombre que apenas sé sostenerme á caballo, y eso agarrándome con ambas manos al arzon de la silla.

—A mí no hay que venirme con cuchufletas, PELEGRIN. Está decretado que has de ser caballero y lo serás por fuerza. Para esto aprenderás esgrima y tiro de pistola, te batirás cuando se ofrezca un lance de honor, que no dejarán de presentártese en el siglo ilustrado, y obrarás como cumplido caballero. Mañana, en el mismo *Teatro Social*, te pones á criticar un abuso cualquiera, y aunque tengas, como debes tener y hasta ahora has tenido, la consideracion de no nombrar personas, se le antoja á uno creerse aludido, sin mas razon que porque él quiere aludirse, ó porque se halla aquel dia mal templado, ó por el contrario se encuentra de humor caballeresco. Este tál te arroja el guante; tú no puedes menos de recogerle.....

—Señor, si me arrojára los dos, yo me bajaria á recogerlos, porque tales podrian ser que me hicieran buen oficio; pero un guante solo ¿para qué le queria yo?

—Repito, señor TIRABEQUE, que no es cosa de chanzonetas. Y digo que mañana te sucede esto, ó bien te acaece que encuentras á un caballero del siglo, y que al pasar á su lado se le antoja que en lugar de mirarle derecho y de frente, le miraste un poco oblícuo y de soslayo; se acerca á tí, te pide esplicaciones, te exige una satisfaccion.....

—Señor, yo se la daré tan cumplida como él la pueda desear, diciéndole que si no le miré derecho fué porque me distrajo una jóven que al propio tiempo pasaba, y que no solamente merecia ser mirada, sino aun algo mas.....

—Pues él te dirá, á lo príncipe de Contí, que no queda satisfecho, y que para que su honor sea competentemente vindicado es menester batirse con arreglo á la ley de caballería. Tú no puedes menos de aceptar, sopena de pasar por un mal caballero: aceptas, pues; vienes á casa, requieres la espada ó la pistola, buscas un padrino, que no tendré yo inconveniente en serlo tuyo, porque algo se les pega tambien á los padrinos de ese honor; salimos todos á la hora pactada y al sitio convenido, procurando hacerlo siempre con alguna solemnidad, á cuyo efecto tomamos un coche, lo divulgamos entre los amigos para que se hable de ello en los cafées; llegamos en fin..... te bates..... le matas, ó te mata. ....

—Señor, vd. perdone, pero eso sería una atrocidad.

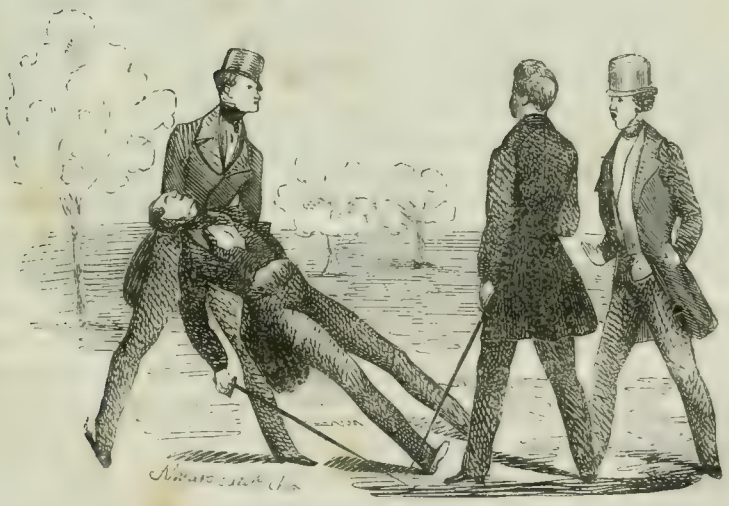
—¿Todavia insistes en llamarlo atrocidad? ¿Es posible que no haya medio de civilizarte?

—Señor, no me civilizo, mientras vd. no me pruebe que esas que á mi me parecen ó atrocidades ó simplezas, son lo que piden el honor y la ley de Dios.

—Nada mas facil, PELEGRIN, que probártelo con ejemplos. Supon tú que un marido tiene sospechas, ó aun algo mas, de que su muger mantiene relaciones no nada lícitas y honestas con otro. El marido quiere salvar su honor, como es justo, y vengar y castigar la ofensa, como es natural. Al efecto exige la debida satisfaccion al otro, y la debida satisfaccion ya sabes que equivale á batirse. El otro, que aunque suponemos que abusa de su muger, es un caballero, acepta el duelo y se baten: esto es lo que exige el honor.

—Y diga vd., mi amo: ¿y si por casualidad muere el marido en el desafío?

—Todo podrá ser muy bien, PELEGRIN: porque es muy posible que el otro sea mas diestro en el manejo del arma, y mas que por la ley de los duelos habiendo sido él el provocado, ha tenido derecho á la eleccion, ó



aunque no sea mas diestro le favorecerá mas la suerte: pero en cambio el marido, al sentirse herido de muerte, cae en brazos de su padrino diciendo: «*muero satisfecho.*»

—Abrenuncio de esas satisfacciones, mi amo. Y dígole á vd. que lo que antes me parecia atrocidad, ahora me lo parece muy subida de punto. Porque no puede ser otra cosa el que un marido para vengarse del que abusa de su muger quiera ponerse en igual caso y aun peor que el abusador, y que *muera satisfecho*, sabiendo que el otro danzante queda desde entonces en disposicion de abusar como mas le convenga.

—¿Pero y la gloria póstuma que le espera á aquel hombre? Al dia siguiente salen todos los diarios y trompetas de la fama diciendo. «El Sr. *F.* y el Sr. *N.*, entre quienes habian mediado contestaciones sobre un punto de honor, terminaron ayer tarde sus diferencias como cumplidos caballeros. Tenemos solo que lamentar la sensible perdida del apreciable Sr. *N.*, que despues de haber satisfecho á las leyes del honor sucumbió de una estocada que su adversario le asestó á la tetilla izquierda con un tino que le honra. ¡Séale la tierra ligera!»

¿Qué cosa hay comparable con esta gloria, Pelegrin? Pues oye ahora un caso práctico acaecido á fines de este año pasado en los Estados Unidos en el pueblo de Fudgetown, del cual se ocupó toda la prensa Européa, y cuya relacion pienso acabará de decidirte á ser caballero á uso del siglo.

Estos eran dos íntimos amigos, y que muy pronto debian intimar mas sus relaciones con el casamiento del uno de ellos con la hermana del otro. Pero sucedió que comiendo un dia juntos en un convite, sobre-vino una disputa entre ellos, de cuya resulta se desafiaron. Verificose en efecto el duelo, cual á cumplidos caballeros competia. El futuro novio tuvo la generosidad, á pesar de haber sido el desafiado, de dejar la eleccion de las armas al otro, hombre famoso por sus travesuras de mala casta, pero que sin embargo era todo un caballero porque desafiaba mucho. Este eligió por arma el sable, y se presentó en el campo con un finísimo alfange damasquino, que tenia un filo como una navaja de afeitar, y que manejaba con mucha destreza. Principió pues el combate, el cual no fué muy largo, porque á los pocos minutos el caballero susodicho aplicó á su adversario un mandoble con toda la destreza de un musulman, en términos que le rebanó la cabeza separándosela del cuerpo como si hubiese sido de nabo ó de zanahoria. El cuerpo inanimado quedó en pié como cosa de un segundo, y por fin cayó rodando por una parte el mutilado cuerpo y por otra la cabeza ensangrentada.

Pero lo que vino á hacer mas dramática esta escena fué que la hermana del asesino y novia del difunto llegó al campo del combate en el acto mismo de estarse ejecutando la caballerosa tragedia, y lanzando las mas terribles y dolorosas imprecaciones contra su hermano, se abrazó á la palpitante

cabeza de su amante haciéndole mil extremadas caricias, acabando por llevársela consigo, y por último tanto fué el dolor de aquella desdichada, que concluyó por perder la razon.

—Señor, ¿y quiere vd. que yo por meterme á caballero me esponga á que me rebanen la cabeza y me la echen á rodar como una bola, ó á que me envien al cuerpo una bala y me la metan en sitio donde no la pueda digerir?

—Pero no siempre los desafios tienen tan trágico remate. A veces suelen tambien ser un medio para convertir en amistad íntima lo que parecia una enemistad intransigible. Y esto es tan frecuente y comun, que ya casi es sabido y se da por supuesto que cuando dos retados están para batirse y se despiden de sus amigos hasta el valle de Josafat, se da, digo, por supuesto que á la hora se hallarán comiendo juntos y alegremente en una fonda.

Y á propósito, y en testimonio de esto mismo, recuerdo haber presenciado en París el caso siguiente, que no carece de chiste, y que no he podido olvidar.

Hallábanse dos caballeros disputando muy acaloradamente á la puerta de una fonda ó *restaurant*. Y digo que serian caballeros, porque la disputa vino á pasar en desafío. El fondista, que lo presenciaba desde la ventana, y que por cierto era un hombre muy gordo, tan luego como oyó la palabra *satisfaccion*, y se penetró de que mis dos hombres se habian desafiado, volvió la cabeza hácia adentro y gritó:

Garzon, prépare deux dejeuners:
Mozo, dispon dos almuerzos.

—Si yo supiera, mi amo, que mis desafíos habian de tener siempre tan glorioso remate, no solamente los aceptaria sin hacerme de rogar, sino que desafiaría yo á toda humana criatura, y mas si me pagaba despues la comida ó el almuerzo.

—Muchas veces tienen ese fin, TIRABEQUE; tiénenle las mas. Pero no hay que fiarse tampoco, porque son unos dramas que asi pueden desenlazarse cómica como trágicamente. Por lo que conviene estar preparado para todo evento, y es la razon que tengo para empeñarme en que aprendas el manejo del florete y la pistola.

—Pero señor; ¡válganos Dios! Si la razon la han de dar, y si la justicia la han de hacer una pistola ó una espada, ¿para qué son las leyes y los tribunales?

—Esa es una de las razones que yo tenia antes para haberme declarado contra los duelos. Pero despues lo he reflexionado mejor, y he reconocido que los trámites legales son largos y embarazosos para dirimir las contiendas, y que es mas breve y sumaria, y tambien menos dispendiosa la tramitacion de los desafíos. Tanto, que uno de los desaciertos que ha cometido el gobierno en el nuevo Plan de estudios es el no haber ordenado á los estudiantes de jurisprudencia uno ó dos cursos de esgrima y el grado de bachiller ó doctor en pistola, lo cual pudiera suplir con ventaja á una larga carrera de leyes, y aun harian innecesario el estudio de la lógica, que para maldita de Dios la cosa se necesita sabiendo el manejo del sable, que es mas propio de la ilustracion del siglo y mas acomodado á la índole de las costumbres reinantes.

La juventud universitaria de Alemania, que debe ser toda muy cobarde, deseosa de abolir los desafíos. que califica como tú de costumbre bárbara, ha pedido al gobierno que establezca jurados compuestos de hombres ilustrados y prudentes para que cada vez que ocurra un lance de honor en que uno cree haber recibido una injuria y se supone con derecho á vindicar su honor vulnerado, decidan y fallen entre las partes contendientes, y determinen la satisfaccion que el ofensor deba dar al ofendido. De esta manera, dicen, y por medio de esta especie de jueces de paz, se pueden cortar al propio tiempo mil desavenencias, que muchas veces no nacen de una verdadera injuria, sino de una errada y cabilosa interpretacion, ó de una equivocada inteligencia de cualquier palabra insignificante. Y este mismo medio es el que proponen tambien muchos sabios publicistas, entre ellos el famoso *Mr. Dupin*, Presidente de la cámara de los diputados de Francia.

—Señor, eso me parece á mí muy bien.

—Pues á mí me parece muy mal, PELEGRIN, porque prueba que todos ellos son unos cobardes. Cuanto mas que esas decisiones del jurado, si bien es cierto que evitarían muchos disgustos, quitarían á los desafíos todo el mérito, y todo el chiste, y toda la parte dramática, y toda la moral y filosofía que encierran.

Mas te diré. En Londres se ha formado una sociedad con el objeto de proscribir los desafíos, en términos que cada uno al ingresar en ella se compromete á no aceptar jamás un duelo. Esta sociedad cuenta en el dia sobre 600 miembros, entre los cuales hay muchos que pertenecen á la grandeza, y muchos individuos de las cámaras, y en la lista de socios se leen los nombres de 28 oficiales de mar y tierra, de 17 almirantes y 20 oficiales generales.

—Esos tambien son de los mios, Señor; y cuando los ingleses lo hacen no dude vd. que será porque estén penetrados como yo de que los desafíos son una barbaridad.

—Porque serán tan cobardes como tú. Y de sobra sé yo que hay quien condene los desafíos, eso sí. Precisamente tengo aqui tres tratados sobre la materia, de otros tantos escritores contemporáneos, que todos ellos concluyen muy á tu gusto. El uno es del mismo Mr. Dupin que te he citado, el cual despues de sentar que el duelo no es mas que un acto de barbarie, dice por conclusion: «Es un error que merece ser combatido, principalmente bajo un gobierno constitucional, que es el gobierno de la ley. Es menester enseñar á los hombres á no reconocer por juez y por regla sino á la ley y al magistrado».—El segundo concluye diciendo: «Esperémos que la razon humana acabará por condenar tan funesta preocupacion, el solo punto por el cual nuestra civilizacion toca á la barbarie de los siglos pasados.»—Y el tercero termina con estas palabras: «Hemos querido escoger entre tantos ejemplos de desafíos los que eran propios á hacer sentir, en el interés de la humanidad, todo el horror y todo el ridículo de esta costumbre bárbara.»

—Señor, todos esos son de los mios. No hay mas diferencia sino que lo que yo llamo barbaridad lo llaman ellos barbarie, que pienso se dan bastante la mano. Y asi no prosiga vd. adelante, que esto me basta y aun me sobra para corroborarme en mi opinion.

—Y á mí me basta y aun me sobra para conocer que todos esos son tan cobardes y tan malos caballeros como tú. Y así ahorrémonos de razones. Menester es seguir las costumbres admitidas, y mas cuando llevan en sí un fondo de belleza, de moral y de filosofía como esta. Y puesto que cada dia pueden ocurrir mil lances de honor por un quita allá esas pajas, y que el no aceptar ó provocar un duelo te acreditaría de pusilánime y mal caballero, te ordeno y mando, como superior legítimo que soy tuyo, que te prepares, y empieces cuanto antes el curso de esgrima y de pistola. Yo te pagaré las lecciones, hombre, no te dé cuidado.

—Muchas gracias, señor; pero en un caso pienso que se le compon-

dría á vd. mejor ser caballero que á mí, en lo cual no debe haber ningun inconveniente, puesto que, segun vd. mismo me ha dicho, antiguamente tambien los señores sacerdotes peleaban en desafíos.

—Sí, pero eso fué en los siglos bárbaros, y esta costumbre la ha abolido la moderna civilizacion. Por eso quiero que tú seas *campeon* mio.

—Señor, tambien los campeones los ha abolido la moderna civilizacion.

—Los renovarémos nosotros, PELEGRIN, que en algo hemos de contribuir á resucitar las buenas leyes y costumbres de los siglos bárbaros. Con que te vuelvo á mandar que dés principio el ejercicio de la esgrima, y antes mañana que pasado.

—Señor, si es empeño y mandato de vd., aunque sea rabiando lo haré, que no he olvidado todavía la virtud de la santa obediencia.

—Acabáramos! ¡Válganos Dios y qué reacio has estado! Y verás, verás como al paso que vayas manejando el sable ó la pistola, te se va viniendo la razon á la boca ó al filo, ó bien á la punta, si es espada, y en cuatro días te vas á encontrar hecho un caballero cumplido capaz de entrar en duelo y singular combate con el mismo Coloso de Rodas. (1)

(1) En la semana pasada ha habido en Madrid un duelo *á nabaja*, de que resultó uno de los contendientes degollado. ¡Loor al degollado! ¡Loor al degollante! Y loor al arma noble!

Arma virumque cano.....

EL CIGARRO PARLANTE.

II.

Observaciones higiénicas, amorosas, sociales y literarias, suministradas por el *Cigarro*.

Despues fué el cigarro el que tomó la palabra, y se esplicó en estos términos: «Aqui donde vd. me vé, P. Fr. Gerundio, al parecer insignificante y de poco valor, ejerzo en la sociedad mas influencia de la que acaso nadie imagina. Bien que no ha faltado quien me dé alguna importancia, sino toda la que merezco, como lo prueba la *Tabacologia de Noandri*, la *Pipa de tabaco de Browne*, los escritos de *Erskne*, las disertaciones de *Lesus* y de *Simon Pauli*, y los diferentes folletos que sobre mi uso se han publicado, llevando unos por título: *No mas tabaco*, y otros: *Siempre tabaco*.

Mientras un autor desconocido me nombraba *uno de los tres vicios de la época*, dándome por compañeros el piano y el champagne, el fogoso *Barthelémy*, el vigoroso autor de *Nemesis*, hace sobre mí un brillante poema en tres cantos titulado *El arte de fumar*, en cuyo libro hallarán los fumadores á la vez una honrosa apología del tabaco, y una série de lecciones útiles é ingeniosas sobre cada especie de cigarro, y sobre cada manera de fumar. Esto os probará que si tengo impugnadores, cuento con ardientes defensores y apologistas tambien.

Pero ¿quién sabe? Quizá los mismos que me han impugnado fumaban con mucho gusto un cigarro al tiempo que escribian contra mí. Y sinó no hay mas que recordar lo que sucedió con cierto médico que habiendo asistido por encargo del doctor Fagon á una tésis contra el uso del rapé, sus narices estuvieron constantemente en desacuerdo y haciendo traicion á las doctrinas que sustentaba, pues tal era la costumbre que tenia de sorber, que

maquinalmente y sin saber lo que se hacia, estuvo todo el tiempo que duró la disertacion contradiciendo con las narices lo que enseñaba con la boca.

Por estas noticias conocerá su reverencia que he sido cigarro de literato. ¿Y qué hacia este mismo literato á quien yo pertenecí? De dia estampaba blasfemias contra los que aceptaban empleos del gobierno, y de noche se iba á solicitar un destino del ministro á quien mas duramente atacaba, y fumaba con él amistosamente un cigarro. El ministro no sabia que era él quien de aquella manera escribia. Despues (¡oh, si viérais por cuántas manos he pasado antes de llegar á las vuestras!) despues fuí enviado de regalo con otros 499 compañeros á un diputado, que habló muy acaloradamente contra una contrata de tabacos que acababa de celebrarse, y dos dias antes habia pedido participacion en ella. Por eso no estrañaria que mis mismos detractores me fumáran si á sus manos viniera, que asi suelen obrar los hombres.

Y volviendo á la influencia que ejerzo en la sociedad, esta es tal y tan grande, que no hay clase ni condicion que de ella no participe. En la boca de un hombre del pueblo, de un obrero sentado al sol, ó apoyado en una esquina,

. . . . . en siete varas
de pardo monte envuelto. . . . .

como dice Jovellanos en sus sátiras (1), represento el símbolo de la laboriosidad de la clase obrera española. El hombre trabaja para llegar á ser feliz, y aquel hombre ya lo es, porque cuenta con una libra de pan, un cuartillo de vino, y un cigarro para salir del dia. Le faltará el pan, y aun será feliz: le faltará el vino, y todavia no se tendrá por desgraciado: pero fáltele el cigarro, fáltele yo, y se tendrá por el hombre mas desventurado del mundo.

El calesero, el traginante, el mayoral de diligencia, conmigo en la boca, desafían al frio y la intemperie, y no hay para ellos tiempo crudo ni jornada larga. Ejecute un lidiador de toros una suerte vistosa; caiga á sus pies un chicote arrojado en premio de su maestría, y aquel hombre peleará si necesario fuese brazo á brazo con el bicho, y aun con una ganadería entera. ¡Tal es el aliento que sabe infundir un cigarro! El militar hace una marcha doble y penosa, y por remate de ella se encuentra sin rancho y sin racion. Pero dénle un cigarro, siquiera sea de una calidad infinitamente inferior á la mia, y lejos de sentir fatiga ni desfallecimiento, no hay sino llevarle á la refriega, y se comerá los enemigos crudos.

(1) Tirabeque se quedaba asombrado de oir á un cigarro tan versado en las letras.

¡Qué interesante y magnífico cuadro el de aquel soldado de Napoleon, que en la batalla de Vimeiro en Portugal, asaltado por una docena de caballos enemigos, volvía cubierto de heridas, y enseñando con orgullo la pipa encendida qne no habia soltado de la boca durante aquella sangrienta y desigual refriega, decia: «ellos me han acribillado á sablazos, pero lo que es la pipa no me la han hecho soltar!» Bien merecia este bravo guerrero la condecoracion con que en premio de su bravura y serenidad le honró luego el mismo emperador.

¿Pero qué mas? ¿No alentaba el Capitan del Siglo á sus generales y soldados á que fumáran? ¿Cómo sinó se habia de haber aventurado el intrépido Lassalle á penetrar en el campo enemigo acompañado solo de unos pocos caballos, con intento de quitar la pipa á un feld-mariscal? ¿No regaló el mismo Napoleon al mariscal Oudinot, como el mas digno presente que le podia hacer, una pipa guarnecida de piedras preciosas de valor de seis mil duros? ¿No tenia aquel valiente mariscal una coleccion de pipas, que podia competir con la del mismo duque de Richelieu, aquel ministro de la restauracion que dejó á sus herederos mas de trescientas, cuya venta les produjo una suma de cerca de medio millon de reales? (1).

Si de estas clases pasamos á los hombres de letras, ¡de cuántas ideas, ¡de cuántos pensamientos felices se hubiera visto privado el mundo sin mí, ó al menos sin el auxilio de otros como yo! ¡Cuántas veces el escritor se afana, se impacienta, se acalora, pugna, batalla, suda y porfía por tropezar con la idea que le hace falta, y despues de haber trabajado inutilmente por largo espacio, me enciende á mí, ó á otro que sea como yo, y á las dos chupadas, ó antes si espera, la idea parece, y la estampa, y la consigna, y le vale fama, ó dinero, ó las dos cosas á la vez!

Yo sirvo de alivio en las penas, de entretenimiento en la ociosidad, de desahogo y respiro en el trabajo; yo distraigo á los oficinistas mas de lo que quisieran los que están esperando el despacho de los negocios: yo soy causa inocente de que mas de cuatro diputados falten á mas de cuatro votaciones por estarme fumando en la sala de conferencias, y mientras ellos me queman yo me quemo tambien de verlos allí, porque á veces oigo la campana que los llama, y á pesar de eso no me quieren dejar. Yo evito á mas de seis acalorados jugadores cuando están de mala suerte el dejarse llevar del genio y cometer en su arrebato imprudencias ó tropelías; porque ya es sabido que á mal dar el mejor remedio es acudir á mí, y que soy todavía mas poderoso que la buena educacion. Cuando á ellos los quema el juego

1 Tirabeque estaba aturdido de oir un cigarro tan histórico.

se desahogan con quemarme á mí, y yo me dejo quemar con la mayor paciencia.

Yo soy el postre mas sabroso de las cenas y comidas; el compañero inseparable del viajero, y el socio indispensable del cazador.

Aunque no tengo ideas propias, en lo cual no hago sino parecerme á muchos hombres, mis costumbres son completamente republicanas, y soy el verdadero tipo de la igualdad, y el que úno á la aristocracia mas empinada con la democracia mas abyecta. Yo doy derecho y libertad al último jornalero y al mas humilde artesano para detener al mas encopetado título de Castilla, y pedirle el fuego de su cigarro: este tiene que acceder á ello, sopena de incurrir en una imperdonable infraccion de los buenos usos y costumbres del país: aquel toma en su áspera mano con una marcialidad verdaderamente republicana un robusto y aromático trozo de regalía de mi país y de la vuelta de abajo, le pone en íntimo y estrecho contacto con su chopo de Virginia, enciende, devuelve, saluda ó no saluda, da ó no da las gracias, y cada ciudadano prosigue su camino.

Pero mi república es muy semejante á la de Platon, porque tiende á una cuasi-comunidad de bienes. Todo el mundo se cree con derecho á los cigarros del prógimo: la educacion prescribe ofrecerlos; nadie escrupuliza en aceptarlos, y muchos tampoco hacen escrúpulo de pedirlos. Asi doy ocasion á la generosidad, como autorizo el descaro.

Dicen que dádivas quebrantan peñas, y que los dos grandes móviles y seductores del corazon humano son el oro y la muger. Asi será, pero yo pudiera disputar muchos triunfos á estos dos agentes de corrupcion, con la diferencia que mis triunfos son mas nobles. ¡Cuántos hay qne son inaccesibles al soborno del oro! ¡Cuántos á quienes no ablanda el halago de la muger, y los gana y conquista un cigarro de buena calidad, dado oportunamente y en sazon! ¡Cuántas discordias tiene dirimidas un cigarro, y de cuántas amistades y buenas relaciones no ha sido principio y ocasion! Triunfo noble, pacífico, desinteresado, por lo mismo que se me considera como objeto de poco valor.

Mi influencia en los tratos y comunicaciones amorosas no se sabe hasta dónde alcanza. En los hombres del pueblo yo soy el comodin universal y el pretesto nato de que se valen para sus intrusiones domiciliarias ó de tienda abierta, cada vez que quieren recrear su vista ó dirigir su rústica palabra á la Aldonza de sus pensamientos, si pensamientos puede suponérseles. La jóven de mas elevada educacion y clase, honesta y pundonorosa, quisiera dedicar una obra de sus manos al amante que á ella le dedica su corazon: pero ¿cuál será esta, que ni perjudique á su recato, ni lleve

consigo los riesgos de las donaciones secretas que una imprudencia ó un incidente pudieran revelar? Si el joven amante es fumador, los inconvenientes están salvados, el deseo de la jóven cumplido, y la vindicta pública satisfecha: le borda ó fabrica una petaca; ella lo ha hecho por inocente y amistoso pasatiempo, y él conserva con orgullo la prenda pretoria, y la usa á la luz pública, ¿porqué á quién ha escandalizado nunca la fineza de una petaca?

Si el jóven amante es fumador, y la señora de sus pensamientos manifiesta ó indica no serle grato, hace espontáneamente el sacrificio de abstinencia: sacrificio duro, costoso, inmenso; pero sacrificio que no se pierde nunca, y que de seguro alcanzará la recompensa, porque el lauro es consiguiente al martirio.

Yo soy el barómetro mas cierto para conocer y graduar los grados de cultura social de cada individuo. Reparad al hombre de no muy esmerada educacion y no muy cultivado trato de gentes: él me saca de su bolsillo ante una reunion de finas y bellas damas, me enciende sin reparo, me fuma, y aunque oiga la tós que fatiga el diafragma y la epiglotis de la tierna niña, y aunque vea alterarse el color al rostro de la anciana mamá, amagada de congoja y semi-atacada de los nervios, aun no conoce ¡el muy inculto! que aquellos males los ocasiona su incendiaria téa, y continúa impávido hasta el *consummatum est* (1). Por el contrario, jamás vereis al hombre de sociedad encenderme delante de señoras, ó al menos sin preceder la atenta pregunta de si incomodo, y hasta despues de obtenida la correspondiente venia.

Lo propio que sucede con los individuos acontece con los pueblos y con los estados. En nada como en el uso que de mí se hace se puede conocer la diferencia de carácter y costumbres que distingue á cada país y á cada nacion. En Inglaterra el fumarme en sociedad de señoras seria un delito, en Francia un desacato, en España un testimonio de confianza adquirida. En aquellos paises hasta los cafés y los carruages son lugares prohibidos para mí: en España, si se quisiera estender la prohibicion á estos puntos, equivaldria á una ley de desercion. Un francés se guardaria bien de tocar con su mano el cigarro de otro para encenderme á mí; un español no solo le toca y le manosea, sino que á veces hasta le chupa para avivarle. El trato social español es el mas franco y anti-ceremonioso de la tierra; el testimonio de ello soy yo.

Mucho se ha hablado de mis efectos higiénicos, de si perjudico ó no á la

(1) Cada vez se admiraba mas Tirabeque de oir al Cigarro hablar latin.

salud. La verdad sobre este punto creo que ya la ha fijado bien el adagio español que dice: «tabaco, vino y muger etc.» Y aunque yo por egoismo y aun por derecho de propia conservacion debiera sostener con el doctor Fagon: «*ex tabaci usu frequenti vitæ summa brevior,*» defiendo sin embargo la apología del tabaco de Howel, y sostengo con el doctor Contugi: «*non ergo nocet cerebro tabacum*;» se entiende, siendo de mi clase y calidad.»

Así se esplicó el Cigarro. Concluido su discurso, pregunté á Tirabeque si le parecia que un cigarro como aquel deberia fumarse, porque me daba lástima y compasion reducir á cenizas un cigarro tan razonador y tan filósofo.

—Verdaderamente, mi amo, me contestó Tirabeque, que debe darle á vd. lástima fumarle; y tengo para mí que fuera mas conveniente que le fumára yo, á ver si me comunicaba su saber.

—Anda, truhan, bellaco, le dije; lo que tú buscas no es su saber, sino su sabor. Y en tal caso *primero yo*, como dijo el suicida de la funcion tercera.

Y mi paternidad lo encendió y consumió, por lo cual no puede tener el gusto de ofrecerle á vds.

PROBLEMAS HISTORICOS.

I.

Un español se acercó al coche en que iba su rey, el cual al verle subir al estribo de la portezuela asomó la cabeza y le preguntó: «*¿Quién eres?*—*Soy*, le respondió, *un hombre que ha dado á V. M. mas provincias que ciudades le han dejado sus abuelos.*»

¿Quienes fueron el español y el monarca?

II.

Un famoso privado ó favorito, mas de la reina que del rey, como comunmente acaece, venció en un torneo á todos los caballeros castellanos que se presentaron en la lid. Mas adelante se ofreció voluntariamente en rehenes á sus enemigos á fin de restablecer el sosiego en el reino. Y por último hizo la guerra á su propia hija por disimular que era su padre.

¿Quién fué?

FRAY ANTOLIN Y FRAY PELEGRIN,

Ó LOS DOS LEGOS,

EL UNO CANTANDO Y EL OTRO RIENDO.

Díjele dias pasados á TIRABEQUE al tiempo que me servia el chocolate; «esta noche, PELEGRIN, sino tuvieras reparo en ello, te llevaría á la Cruz...

—Agradezco la merced, mi amo, me respondió: reverencio y venero la Santa Cruz como cristiano rancio que soy, pero en cuanto á llevarme á ella, paréceme escusado, puesto que ya nuestro Divino Redentor cumplió por todos los hombres, inclusos los legos.

—Válgame Dios, y cuán simple y cuán material eres, PELEGRIN. He querido decirte al Teatro de la Cruz, donde se ejecuta esta noche una ópera española, obra del hermano Basili, y cantada tambien por artistas españoles.

—Señor, eso es cosa muy distinta; y siendo así, escusado era decirme si tenia ó no reparo, porque lejos de tenerle iré de tan buena gana, que á haberlo yo sabido me hubiera anticipado á pedirle á vd. licencia; y quien dice licencia dice tambien dinero, que no me hace menos falta lo uno que lo otro. ¿Y cómo no habia yo de ir con gusto á oir cantar en español, que es la lengua que Dios me ha dado, y la única que entiendo, cuando tanto lo he deseado siempre? Y sinó recuerde vd. las veces que me habrá oído decir: «¿cuándo será el dia, mi amo FR. GERUNDIO, que tengamos ópera nacional, y que logre yo el gusto de oir cantar en español en España? Que es una mala vergüenza que los italianos hayan de cantar en italiano, los alemanes en aleman, y hasta los franceses en francés, siendo asi que la lengua francesa, segun dicen los que lo entienden, es endiablada para la música, mientras que la española es tan apropósito para el canto como la que más, por

su riqueza, suavidad y hermosura.» Y asi debe ser, porque yo mismo esperimento que si en alguna lengua se me compone cantar es en español, y en todas las otras encuentro mil dificultades.

Con que iré de muy buena gana, y desde luego doy la enhorabuena á ese señor Basili por ser de los primeros á introducir en España la ópera española, que ya era tiempo; y lo que siento es que si es español se llame todavia *Basili*, que es nombre que conserva cierto retintin italiano; que parece desgracia que los pocos españoles que han hecho algun ensayo de ópera nacional han de tener nombres medio italianos, como sucede tambien con el hermano *Saldoni*; y bien puede estar contento el hermano *Espin* de llamarse *Espin* y no *Espini*, y yo tambien lo estoy de que le haya faltado ese trís, aunque me alegraría mas que se llamáran *Fernandez*, *Garcias* ó *Churrucas*; para que no dudáran los estrangeros que eran españoles macizos como lo son.

—Pláceme en gran manera, Tirabeque mío, verte tan apasionado y decidido por las artes españolas, aunque no esperaba yo menos de tí. Y aun te has de alegrar mas cuando te diga, que sobre ser española la ópera de esta noche, las principales partes de ella son dos frailes y un diablo; con la circunstancia que los frailes son un guardian y un lego, como nosotros.

—¿Con que ha sido menester, señor mi amo, que vengan dos frailes á cantar en español para que haya ópera española? ¡Y me preguntaba vd. que si tendría reparo en ir! Ahora no solamente quiero ir, sino que lo apetezco y anhelo. Y aunque estraño que siendo dos frailes las partes principales no hayan tenido la atencion de mandarnos unos billetes por lo que fuera, y mas siendo nosotros tambien empresarios de otro Teatro, eso no embargante si el lego necesitára mi hábito para salir á la escena, yo se le prestaría con la mejor voluntad; y no lo digo porque ahora no me haga falta, sino que lo mismo se le ofrecería aunque tuviera yo que ponérmele, que Dios sabe si llegará este caso, atendido..... Con que vengan, señor, vengan un par de Fernandos Séptimos, y me voy por los billetes ahora mismo antes de almorzar.»

Al ver á Tirabeque tan resuelto, le dí unos Luis Felipes, que son los que siguen privando y abundando, pues los Fernandos que privan no son los Séptimos, como Tirabeque quiso significar, y á poco rato volvió muy contento con sus billetes.

La funcion lírica que habíamos de ver era *el Diablo Predicador*. Los diablos y el infierno son los que están ahora en boga en todos los Teatros. Aquella misma noche se ejecutaba tambien en el del Circo el baile titulado *Farfarella ó la hija del Infierno*. En el Príncipe predicaba al propio tiempo

otro Diablo. De manera que habia infierno y diablos en la Cruz, en el Príncipe y en el Circo. No faltaba mas que otro infierno en el Teatro de Oriente, y tambien le hubo. Cuidado que está la época infernal y diabólica.

El caso es que parece haberse propuesto hacernos perder el miedo al Infierno y á los diablos, familiarizándonos con ellos y pintándonoslos amables, graciosos, risueños y bonítos. Pero sí, allálo veredes. Pero nó, no quiera Dios que lo veádes, porque estoy seguro que no os habian de divertir gran cosa aquellos diablos, ni sus bailes y sus sermones. Yo no sé hasta qué punto sea conveniente familiarizar á los cristianos con una idea del infierno tan contraria á la que nos dan los libros de Moises, de Job, de los Salmos y de Isaías. Pero en fin no es mi ánimo ahora ponerme á predicar, y vamos á la ópera.

La impaciencia daba agilidad á las piernas de Tirabeque, y asi fué que llegamos antes que se alzára el telon: con cuyo motivo tuvimos tiempo de recrearnos con sus alegorías, y de aprender de memoria los versos que sirven de inscripcion á la matrona que representa la *Música*, los cuales merecen ser trasladados á este Teatro, y dicen así:

La musica las fieras domestíca,
y en nuestro corazon, de las pasiones
los salvages instintos dulcifica.

Sin negar la certeza de estas propiedades de la música, paréceme, á mí Fr. Gerundio, que en un Teatro principal de la capital de un pueblo regularmente civilizado, y al cual es de suponer que concurre por lo general gente ya domesticada y de instintos no demasiado salvages, paréceme, digo, que habia otras virtudes y otros efectos que poder atribuir á la Música, sin necesidad de recurrir á las fieras y á los instintos salvages. Al menos no creo que haya sido el ánimo de la empresa de la Cruz, al darnos funciones líricas, domesticar fieras ni dulcificar en nuestro corazon esos salvages instintos que el telon parece nos supone. Pero alzóse éste, principió el coro de introduccion de la ópera, y ya no pensé mas en los dichosos versos.

Parecióme muy bien este primer coro, lo mismo que el *andante* que le sigue, y en que toman parte Octavia y Ludovico, por mas que sus primeras notas suscitáran reminiscencias de otra ópera muy conocida. Yo no sé si Tirabeque se haria cargo de estas primeras piezas, pues dudo mucho que no le tuviera embargados los oídos la impaciencia de ver salir al Guardian y al lego, los cuales no tardaron en aparecer.

La primera impresion que produjo su aparicion en Tirabeque fué una mezcla de placer y de desagrado. De placer, porque le tenia muy grande

en oir á los compañeros de hábito cantar en español; y de desagrado, porque se le causó el ver salir al lego Fr. Antolin con el hábito remangado por delante y enseñando unos pantalones blancos, puesto que de aquel remangamiento no habia una necesidad ni venia al caso, y esta prenda de uniforme ni él ni yo la habiamos visto usada en ningun convento ni consentida por la órden. Yo no sé qué objeto pueda haberse propuesto el Sr. Salas en permanecer toda la funcion con el hábito remangado, faltando por una parte á la propiedad, y por otra no ayudando el tal recogimiento cosa mayor á la decencia.

Pero lo que hizo á Tirabeque saltar de su asiento fué el ver una gabilla de muchachos acometer al bueno de Fr. Antolin, y al compás de una lluvia de pedradas cantar á coro:

¡Muera el lego! ¡muera el lego!
que nos quita la racion.

Y al pobre fraile defenderse con las disciplinas del ejército muchachil, cantando á su vez:

Aqui tengo disciplinas
que levantan verdugon.

—Señor, me decia TIRABEQUE, tentaciones me dan de subir á defender á mi compañero; y si no me detuviera el temor de armar aqui un escándalo ya les haríamos ver á esos chicuelos que un lego no quita la racion á nadie. A nosotros si que nos la han quitado, y hemos tenido paciencia y no hemos apedreado á los que nos hicieron la merced.»

Entretanto los muchachos con las piedras y el lego con las disciplinas continuaban la pelea cantando á su turno:

CORO.

No quede en la villa
un solo hermanuco
que gaste capilla,
que lleve cordon.

Sigamos unidos
la fiera batalla:
pedradas, silbidos
al fraile gloton.

FR. ANTOLIN.

¡La tierra parece
que brota muchachos!
¡El número crece
de tanto pelon!

¡Si salgo con vida
prometo en un año
hacer mi comida
con media racion.

La poesía, como se ve por esta muestra, es generalmente fluida y facil, como de Don Ventura de la Vega. El coro es animado y vivo. FR. ANTOLIN se defendió tal cual y cantó bien, y FR. PELEGRIN se tranquilizó cuando vió á su compañero desprenderse de los muchachos.

Siguió á esto un andante de Octavia, á quien respondia Rugero desde el jardin, y luego apareció una decoracion de infierno con escenas y coros de diablos.

El infierno á fuerza de ser malo era un infierno bueno. Es decir, como decoracion de infierno muy mala; como infierno muy tolerable, tan tolerable que se meteria uno en él sin inconveniente ni temor, que es la mayor prueba de la maldad de la decoracion. Pero lo horrible, lo feamente feo eran los demonios. Dudo mucho que los del verdadero infierno tengan un aspecto tan ingrato como los del Teatro de la Cruz. Si son asi los ministros del Averno, de buena gana puede uno hacer cualquier sacrificio para no condenarse á trueque de librarse de ellos. A los diablos del Circo cualquiera se puede arrimar; digo, si no quiere huir de una tentacion, pues mas parecen hechos para tentar que para castigar. Los de la Cruz castigarán pero estoy seguro que no tientan á nadie. No sé de qué cabeza saldria vestir á los espíritus infernales con aquellas enagüillas. La idea sin embargo es diabólica. El mismo Luzbel, como cantante será bueno, pero como diablo no vale un demonio.

Bien que, ¿qué estraño es que ni Luzbel, ni su corte, ni el infierno valgan seis maravedís, cuando ni la gloria ni el arcangel San Miguel que allí se aparece con la espada de fuego, valen mucho mas tampoco? Hasta me temí que San Miguel llegára á ser de los ángeles caídos, pues tal me hizo recelar el haber oido crugir la nube no nada vaporosa en que se apareció, y aun él mismo se conocia que no las tenia todas consigo.

Esto se entiende en cuanto al decorado, pues por lo demas cantan bastante bien aquellos demonios; y aun cuando la música no es tan infernal como debiera y pudiera, no ha dejado el compositor de sacar partido, tanto en la parte de canto, como mas principalmente en la de instrumentacion. Con esta escena concluye el acto primero.

Abrese el acto segundo con una decoracion que representa la iglesia del convento. Una comunidad entera de frailes franciscos entra en el coro, y una porcion de mugeres cubiertas con negros mantos se arrodillan en el cuerpo de la iglesia, y todos cantan un salmo lleno de magestad y melodía tanto en la letra como en la música. El hermano Basili ha estado en mi entender feliz en este coro, y lo estuvieron tambien los frailes como cantantes, pero como frailes.....! ¡Poder de Dios y qué frailes!! ¡qué cabezas! ó por mejor decir, ¡qué casquetes! ¡qué cerquillos! Fraile habia á quien el cerquillo se le venia por un lado á la oreja, y por el otro se le quedaba en la coronilla. Otros á quienes parecia que las patillas se les habian subido al craneo. Otros que llevaban un saquillo de pimiento sobre la cabeza, con un círculo de pelos mal sembrados al rededor.

Asi es que cuando el Guardian cantaba:

El pueblo nos persigue,
nos niega ya el sustento....

decia TIRABEQUE: «la culpa acaso no la tiene el pueblo, sino los malos frailes; ¿cómo ha de respetar el pueblo á unos frailes tan mal perjeñados como estos? Por mi parte no los reconozco por hermanos de la Orden.»

Yo me reia de ver cómo se entusiasmaba mi lego. Los únicos que estaban tal cual en regla vestidos eran el Guardian y FR. ANTOLIN, y aun Luzbel, que se apareció en esta escena vestido tambien de fraile, y estaba mejor de fraile que de diablo.—«Señor, me decia TIRABEQUE, aqui es donde se vé que el hábito no hace al fraile, puesto que debajo de ese hábito religioso se oculta un Luzbel. Y de esto debe suceder mucho en el teatro del mundo, no que solo en éste. ¡Cuántos diablos habrá asi cubiertos con el ropage de santidad!»

Un cambio de escena y decoracion interrumpió el discurso de TIRABEQUE. Y con mas gusto que las reflexiones de mi lego oí la cavatina de Octavia que siguió á las piezas concertantes anteriores.

En la escena 3.ª de este acto es donde empieza á ser interesante el papel de FR. ANTOLIN, y donde empezó TIRABEQUE á reír y gozar. El lego de la ópera se sienta en una pradera, y dá principio á sacar de las mangas y capilla las provisiones que habia podido sisar al Padre Forzado: y mientras él cantaba:

Salga de esta manga....
y vaya si es ganga
lo que aqui se oculta....!
un pollo que abulta
mas que un elefante.
Venga aqui delante
la rica empanada,
que tiene encerrada
una libra entera
de blanda ternera,
y aqui en la capilla
la calabacilla.....

el lego de la luneta reia como un tonto, y me decia á mí: «Señor, lo mismo lo mismo hice yo algunas veces cuando estaba en el convento: los legos nos parecemos unos á otros como los guardianes.»

Gozábase él grandemente de ver á FR. ANTOLIN empinar la calabaza, y gozábase tanto cómo si fuera él mismo el que apuraba aquella vinagera de campaña. Mas cuando se hallaba trincando, apareciose repentinamente

Luzbel vestido de fraile, y cortó la deliciosa sesion de la merienda; y no solamente la cortó sino que hizo al lego repartir su pitanza entre los pobres.

Tanto el coro de pobres como las anteriores escenas son muy animadas, de agradable entonacion, y producen muy buen efecto: sobre todo la plegaria de Fr. Antolin, cuando al mandarle Luzbel:

. . . . . Saque á la plaza
pollo, empanada, pan y calabaza;

exclama en patético acento:

¡A Dios, pollito mio!
¡merienda regalada!
¡á Dios, rica empanada!
¡á Dios, sabroso pan!

—Hagámonos cargo, mi amo, me decia Pelegrin; si de esta manera lamenta un lego el verse privado de la merienda por arte del diablo, ¿cuál no se lamentarían los padres maestros y jubilados al verse privados de la pitanza por los hombres del siglo? Y al fin la merienda de mi compañero Fr.

Antolin se ha repartido á los pobres, que bien empleada está, y no es tan malo un diablo que se muestra tan limosnero. Peor hubiera sido que le hubiera dado por declarar el pollo y la empanada bienes nacionales, que entonces poco jugo le hubieran sacado los pobres. Y vea vd. cómo á veces los diablos saben hacer mejor uso de las riquezas que los hombres.»

De esta manera me entretenia Tirabeque, en términos que enfrente veia una ópera, y al lado tenia una comedia.

En el tercer acto sigue haciendo Fr. Antolin un papel importante. Tiene escenas y diálogos graciosos, ya con Laura, ya con Luzbel, y ya con Ludovico, siendo la mas chistosa y notable el sermon que de orden del diablo predica á éste. Cuando le decia:

Bárbaro! bestia fiera!
Rebelde pecador!
Que estás apisonando
Doblon sobre doblon!

no solamente reia Tirabeque, sino todo el público, que generalmente se alegra siempre de oir llamar á uno bárbaro, pero se complacia mas de oirlo en castellano puro, que si no es una novedad en el Teatro Social, lo era en el Teatro lírico, y el llamarlo en italiano ó en otro cualquier idioma no puede tener la gracia que en español.

La naturaleza de las funciones de mi Teatro no me permite estenderme á analizar mas la presente, aunque pienso que basta para dar una idea de ella. El papel de Fr. Antolin adquiere mayor realce desempeñado por el hermano Salas, que le ejecuta maravillosamente, ya como cantante, ya como cómico, aparte de aquello del remangamiento del hábito, y aun dudamos si Fr. Antolin deberia ser lego ó donado, diferencias y gerarquias que no todos están en el caso de notar como los que hemos sido frailes.

Los demas actores contribuyeron por su parte al buen éxito de la ópera, tanto como el decorado y trages fueron en lo general lo mas apropósito para deslucirla. Creo que el haber hecho mas, hubiera rayado en crueldad para con el señor Basili; el cual debe estar satisfecho del gran paso que ha dado hácia la introduccion de la ópera nacional, pues si bien su obra no carece de defectos, ni se podrá llamar una obra maestra, tiene muchas bellezas y agrada en su conjunto.

Como no hay todavia costumbre de oir óperas españolas; educado, digámoslo así, el oído y habituado á la dulzura y armonía del idioma y canto italiano, le hacen cierta novedad, no siempre grata á nuestro tímpano, algunas palabras y locuciones, especialmente en los recitados, ya de por sí no

muy dulces en ninguna lengua, y cuya dureza contribuye acaso á disimular la misma estrañeza del idioma. Pero este inconveniente desaparecerá en mucha parte con la costumbre, y desaparecerá mas, si los poetas ó autores de los libretos cuidan de dar á la letra toda la dulzura, suavidad y armoniosas modulaciones de que es suceptible muestro idioma trabajándolo.

De todos modos se va avanzando hácia la aclimatacion de la ópera española, y si los maestros compositores no desaniman en vez de alentarse, y si la Academia Real de música y declamacion que acaba de crearse cumple con el laudable fin de su instituto, es de esperar que tengamos pronto ópera nacional, y que vayamos saliendo de la tutela estrangera en que en el arte lírico como en tantos otros artes desgraciadamente estamos. (1)

Por de contado TIRABEQUE se felicita y da mil enhorabuenas y se ha puesto muy vanidoso de que haya sido un lego el que mas se ha lucido en la primer ópera formal y entera que ha visto en español, y se le figura que no ha de haber ópera de provecho si no hay algun lego que la amenize.

---

(1) Desde luego califico de errada, de altamente errada, y altamente perjudicial al público, y á los intereses de la misma Academia, y á los progresos de la literatura dramática española, una de las medidas que ha adoptado para premiar las obras dramáticas originales. La Academia ofrece al autor ó autores el 6 por ciento del producto total de la entrada en cada representacion, si el drama fuese *de cinco ó mas actos*; el 5 por ciento, si fuese de *cuatro*; el 4 por ciento, si fuese de *tres*; el 3 por ciento, si fuese de *dos*; y el 2 por ciento, si fuese *de un solo acto*.

Esto de premiar en las obras del ingenio mas la cantidad que la calidad me parece un tanto material y prosáico; la base no la mas adecuada para justipreciar el mérito literario y artístico, y el gusto no muy conforme al de una época en que se busca y estudia el modo de hacer los viages en las menos jornadas posibles. Lo que tendrémos por este medio serán dramas muy largos y muy pesados, pues si Lope de Vega decia:

«Y pues el vulgo es necio, y paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto:»

nuestros actores dramáticos dirán:

Pues la estension á la Academia halaga,
y pues el seis por ciento es lo que importa,
la pieza, vive Dios, no ha de ser corta,
y allá van actos, pues por actos paga.

Y nos darán dramas eternos, y ellos harán muy bien, pero la Academia hace muy mal y á nosotros nos vendrá peor. Yo bien sé que un drama de 5 actos puede ser muy bueno, como hay muchos; pero páguese por el mérito, no por los actos. Y quién sabe si ese mismo drama seria mejor si el autor hubiera podido reducirle á tres, por aquello de:

Non debet fieri per plura
quod potest fieri per pauciora.

Cuanto mas que el gusto de la época tengo para mí que no está ni por discursos largos, ni por sermones largos, ni por dramas largos. No es justo en verdad que una pieza de *un acto* se pague tanto como una de *cinco*; pero pienso que una de *tres* puede tener mas mérito que una de *seis*, gustar mas al público, y dar mas entradas al Teatro de la Academia. La Academia sin embargo sabrá por qué lo hace.

LOS MONÍTOS.

¿En qué os parece, hermanos mios, que ha ido á buscar el pueblo de Madrid algun solaz y consuelo á la melancolía que era natural le produjeran los recientes y graves sucesos políticos?

Pues sabed que mientras pasaba todo eso de sesiones tempestuosas, de cambio de ministerio, de suspension de Cortes, de Manifiesto á la nacion, de decretos sobre imprenta, de cesacion de periódicos, de dudas y temores, de recelos y esperanzas; todas esas cosazas en fin, que parece que encogen el corazon y hacen estar continuamente con aquello del «¿qué será? ¿qué no será?,» el pueblo de Madrid ha encontrado su distraccion ¡dichoso pueblo! en asistir á unas funciones de *monitos* que se dan dos veces al dia en el café de Cervantes, donde se les ha arreglado un Teatrito muy *mono* correspondiente á los actores.

Lo cierto es que se ha hecho moda ir á ver los *monitos*; y va el pueblo, va la elegancia, va la aristocracia, va todo el mundo, y hasta hay apuros y dificultades para poder adquirir billetes. Verdad es que los animalitos no dejan de hacer habilidades y *monadas*, como que los llaman *los monos sabios*, y bueno es ir á buscar y á admirar la sabiduría donde quiera que se encuentre: de manera que ese café, honrado ya con el título de *Cervantes*, y hecho ahora Teatro de *monos sabios*, naturalmente debe trascender á sabiduría, pero yo me contentaré con que le quede la ciencia de hacer buenas bebidas y helados, que no faltará quien diga que lo ha menester.

Y puesto que se ha pronunciado el gusto por las funciones de monos, demos tambien á nuestros abonados funcion de monos.

Si quereis monos, monos tendremos.....

La cualidad dominante y distintiva del mono dicen que es la imitacion Yo no sé quien imitará mas, si el mono ó el hombre. Yo creo que á veces el mono es imitador del hombre, y á veces el hombre es imitador del mono.

El hermano J. J. Virey, hombre que lo entendia, dijo: «*L' orang ne nous semble que la caricature de l' homme*; el mono no nos parece otra cosa que la caricatura del hombre.» A lo cual no faltó quien le replicára: «*Et l' homme n' est souvent que la caricature de l' orang*; y el hombre no es muchas veces otra cosa que la caricatura del mono.»

Y ya que estos dichos se nos han ocurrido al paso, citaremos tambien el de aquel poeta latino, de cuyo nombre no me acuerdo, pero me acuerdo de lo que dijo, que fué:

«¡*Simia quam similis turpissima bestia nobis*!
Es el mono, no hay duda, un fiero animalucho
que al hombre sin embargo se asemeja mucho.

Asi es que muchos naturalistas llegaron á sostener que el hombre era un *mono perfeccionado*, ó que el mono era un *hombre salvage*, dando demasiada importancia á la similitud de la estructura física y conformacion orgánica de los dos seres. Pero este error, en que sin embargo incurrieron hombres doctos, está ya á todas luces demostrado, y ya no hay quien ignore que entre el hombre y el mono no hay concatenacion, y que media entre ellos una barrera infranqueable, como entre el hombre y cualquier otro bruto, sino hay quien pida la palabra para rectificar. Esto no quita para que haya hombre á quien el mono mas mono no aventajará en esto de hacer monadas. Pero vamos al Teatro de los monítos del café de Cervantes.

No pudiendo mi paternidad prescindir de la cualidad de hombre, y de consiguiente de la de imitador, incurrí tambien de la flaqueza de ir á ver los monítos, si bien mi determinacion la justificaba bastante la obligacion en que me he constituido de observar las costumbres sociales de este Siglo ilustrado, y la curiosidad consiguiente y necesaria de saber á qué se reducía lo que tanto atractivo parecia tener para los moradores de esta coronada villa.

Justo era tambien llevar á Tirabeque. ¿Cómo privarle de ver los monos? Le hubiera tenido á él de monos todo el mes. Pero tal era ya la escasez de billetes que no pudimos proporcionar estar juntos.

El aspecto y pergeño del Teatro-Café indicaba ya bastante lo que prometía la funcion. Unas tiras de percal mas ó menos anchas, encarnadas unas, blancas otras, y otras azules, presas con alfileres como leccion de estudiante holgazan, cubriendo unas mal aserradas tablas, mas divididas que las opiniones políticas, y que á la legua mostraban no ser las de la alianza por la poca que tenían entre sí, con un telon tambien de percal encarnado con ciertas manchas como la vida de algunos hombres públicos, era lo que dividía el escenario, y lo único que podia entretener al espectador en la

arga hora que medió desde la anunciada en el cartel hasta que dió principio la escena. Y era de admirar la pachorra con que doscientos ó trescientos españoles, que acaso no tienen paciencia para esperar un cuarto de hora por una misa en dia de precepto, sufrían aquella larga moratoria por el gusto de ver los monítos.

Al fin se corrió el telon; se descubrio un magnífico y sebero alumbrado (sebero con *b*, se entiende, porque eran cabos de velas de sebo); se dejó oír una orquesta de clarinete y de dos arpas, tañidas por dos Davides ambulantes, aunque no perseguidos, con acompañamiento de chillidos de monos y ahullidos de perros, que eran los tiples y tenores, y se presentó en seguida el *señor Donato*, director de la compañía, el cual nos anunció en un español macarrónico que iba á dar principio la fiesta.

En efecto, salió el primer mono vestido de arlequin, y ejecutó varias suertes en la cuerda floja con bastante limpieza y agilidad. El mono no dejaba de ser sábio en cuanto á funambulismo: se agarraba perfectamente á la cuerda, y en este punto hubiera podido dar lecciones á mas de un ministro, y á mas de un ministerio. Bien que muchas veces no consiste tanto en asirse bien á una cuerda, como en saber á qué cuerda conviene agarrarse. Y por otro lado de poco sirve agarrarse bien á una cuerda, si á veces sucede que la cuerda misma se viene abajo por faltarle el puntal. La gente se divirtió con aquel mono, aunque no hizo cosas estraordinarias.

Al mono acróbata se siguió el llamado *ginete*, que salió vestido de indio, caballero sobre un perro de muy fea catadura. Las pretensiones de aquel mono eran imitar los egercicios ecuestres de Franconi; pero hízolo con tan poca habilidad como los muchos que han querido imitar á Napoleon y á Washington. El mono sabia poco y tenia mas miedo que vergüenza, y el perro lo hizo lo mas perramente posible. No daba un paso dentro del círculo de la ley. El látigo del maestro trabajó mucho con él; pero el látigo le intimidaba, no le enseñaba; lo que le hacia falta era educacion.

Salió luego la *señorita Batavia* acompañada de un page de cola con una linterna en la mano. La señorita era una perra, y el page un mono. La perrita walsó medianamente con el señor Donato su dueño. El público ilustrado celebró grandemente el ver á un hombron como el señor Donato empleado en bailar con una perra, con toda la dignidad de un hombre.

No recuerdo si antes ó despues de la perra coreógrafa, ejecutó varios saltos el mono *payaso*, «de mucho gusto y habilidad (decia el cartél), atendiendo que los ejecutará *un animal indoméstico*.» Pero como tocaban las harpas, y

«La Música las fieras domestica,»

trabajó ya el *payaso* con cierta domesticidad. Y ahora va lo mejor

Lo mejor fué el mono *Presidente*. Al anunciar nada menos que á un *Presidente*, me figuré desde luego ver salir un mono grandazo. Pero fué al revés; era un *Presidente* muy chiquito. Púsole sobre una mesa, y empezó á tocar varios instrumentos, entre ellos el violin. Váyase por tantos *Presidentes* como hemos visto tocar el violon. No era esta sin embargo su mayor habilidad. El *Presidente* manejaba el sable con mucha destreza, y con él sostuvo una especie de duelo con el mismo Donato.

El *Presidente* tenia muy mal genio, y se las apostaba á su dueño y señor, el cual se veía y se deseaba para hacerse obedecer. En una ocasion se declaró en rebeldía, se fugó de la mesa, saltó hasta cerca de la primera fila de espectadores, y asustó al pueblo. Pero Donato tiró de la cuerda, le trajo á mandamiento, le pidió cuenta de su transgresion, y se la pidió de

un modo fuerte, mas fuerte de lo que á nuestros tímpanos convenia, porque le castigó severamente, y los chirridos del mono lastimaban los oídos de una manera intolerable. El mono se hizo mas dócil, pero Donato revindicó su poder muy á costa de nuestras orejas.

La segunda y última parte de la funcion fué la cena de los monos. Sentados todos á una mesa (escepto el señor Donato, que permaneció supino), parecian..... yo no sé qué parecian engullendo á presencia del público. Servíales un mono que hacia de cocinero, con su mandil y su gorro blanco. Este recibia las órdenes del director, y llevaba y traía las luces y los platos con mucha agilidad, y aun los lamia con muchísima monada en el camino. Todos los monos devoraban grandemente y mostraban tener buen apetito, y hacíase notar el *Presidente* por su impaciencia; propiedad de los genios vivos.

Soplaron tambien sus botellitas correspondientes, y hubo alguno de ellos que se embauló tres ó cuatro. La cena fué divertida. Allí se presentó

un monazo, el mas grande y el mas feo de todos, al cual no habiamos visto trabajar, y no hacia mas que callar y engullir. Tambien entre los monos hay gente que come y no trabaja, que calla y engulle, como entre los hombres.

Comida hecha, conversacion deshecha. Asi se verificó, annnciándonos el señor Donato, que la funcion habia concluido.

«Y bien, TIRABEQUE, le dije al salir á mi lego; ¿qué te ha parecido de la funcion? Que como estaban nuestros asientos algo separados nada te he podido preguntar.

—Señor, me respondió, no me ha parecido mal. Lo que siento únicamente es no haberme podido quitar de encima en este rato unas cuantas docenas de años, y haberme quedado en cinco ó seis cuando mas, y entonces hubiera gozado mucho, porque paréceme que es diversion propia para niños, no que para gente barbada.

—Pues yo creo que en eso te equivocas, PELEGRIN; porque ahí has visto varones bien ancianos y respetables; señoras de todas edades y categorías, hasta las mas elevadas, y de lo mas selecto y elegante de nuestra culta sociedad; has visto diputados y senadores, que como ahora están cesantes vienen á darse un rato de solaz con los monítos; has visto en fin toda clase de personas, y todos parece que salen satisfechos y contentos de la funcion; y una prueba de ello es que se llena el *Teatro* dos veces cada dia, y los billetes mas escasean que sobran.

—Señor, eso es precisamente lo que yo estraño; porque al cabo, que los niños y los legos viniéramos á ver los monos, nada tendría de particular; pero que la gente ilustrada del Siglo de las luces, en la corte de un reino civilizado, muestre tanto afan por ver unos monítos.....

—Todo lo hace la moda, PELEGRIN. La moda que lleva las gentes de un paseo á otro, y hace que sea elegancia y buen tono pasear quince dias en Atocha y otros quince delante de las verjas del Botánico, esa misma moda las trae á ver los monítos. Por que los hombres obramos todos generalmente por imitacion como los que acabas de ver.

TRAJES DEL SIGLO.

Encontráronse estos dos ciudadanos al anochecer de uno de estos dias de marzo frescos y ventosos.

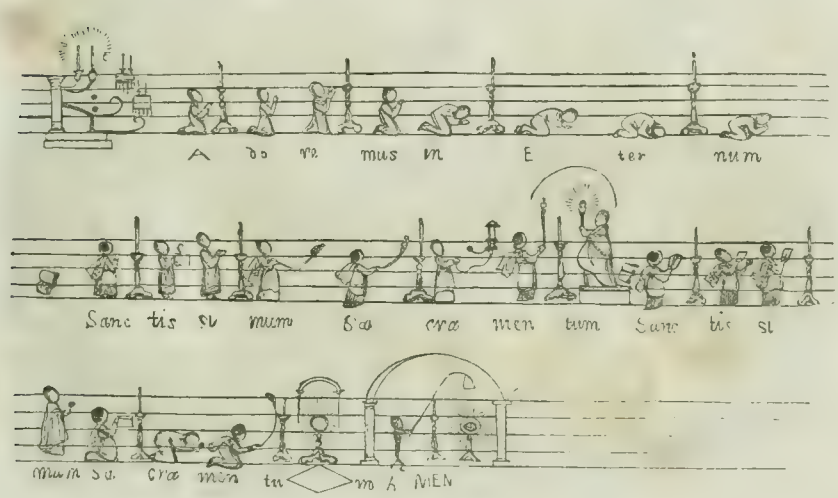
El hombre iba diciendo: «Con estos vientos el que no tiene bufanda perece; es capaz de coger una pulmonía. Hay que abrigarse mucho.»

La señora decia entre sí: «¿A que no me vé el ojo *de la nube*?»

No se sabe si era una sola nube la que llevaba, ó eran dos: una en la cabeza y otra en el ojo, y con la una tapaba la otra. Todo podria ser.

MUSICA ANIMADA.

Puesto que la presente Funcion es de Semana Santa, justo es abrirla con un canto religioso y grave.



ESPLICACION.

Cada figura es una nota música: cada candelero un signo de compás.

Los niños de coro se arrodillan, se postran, cantan é inciensan.—El sacerdote eleva el cáliz (punto de órgano).—Otros cantos, y otra adoracion.—El sacristan apaga las luces.

EL CULTO DEL SIGLO.

Los Israelitas adoraron el *Becerro de oro* al pié del monte Sinaí. En el siglo XIX se adora al Hombre-Moneda. El nombre es el que ha variado; el culto es el mismo.

Todas las clases de la sociedad se prosternan y humillan ante el Hombre-Moneda. El que no le inciensa le dobla la rodilla. Religion civil del siglo *de lo positivo*.

Moisés se irritó contra los israelitas que adoraban el *Becerro*, y redujo el ídolo á cenizas. Ahora busco un Moisés, y no lo encuentro. No hallo mas que israelitas.

LA CIVILIZACION.

CONFERENCIA QUINTA.

Consigue Tirabeque salir de sus dudas y confusiones (1).

Grandes eran las que á mi buen PELEGRIN atormentaban al ver la manera enigmática y en cierto modo misteriosa con que Don Magin se habia esplicado en las conferencias anteriores acerca de la moderna Civilizacion, ya sosteniendo que la Civilizacion del Siglo no hace á los hombres mejores y mas virtuosos, antes los desmoraliza y corrompe, ya probando que no los hace tampoco mas felices, sino mucho mas desgraciados, y ya presentando el progreso industrial como fuente y causa de la miseria pública y de la ruina de las clases obreras; pero protestando siempre por conclusion que era el mas apasionado amante de la Civilizacion y del progreso, y prometiendo probarlo asi mas adelante.

Todo esto tenía á TIRABEQUE zozobroso é inquieto, no acertando á comprender cómo pudiera avenirse lo uno con lo otro. Asi fué que tan luego como otra vez nos reunímos, tomó el primero la palabra y dijo:

—Vamos claros, señor Don Magin, y vd. perdone. Yo he asistido á las pláticas de estos dias de atrás solamente por obedecer á mi amo, que me dijo que asi me convenía para civilizarme, y lo que me ha sucedido es que en tal de civilizarme me han metido vds. entre los dos en un dedal de confusiones.

—Dédalo querras decir, TIRABEQUE, le repliqué yo, que no dedal.

—En un laberinto de confusiones es lo que quiero decir, me respon-

(1) Las cuatro anteriores *conferencias* sobre la *Civilizacion*, se hallan en las *Funciones* 1.ª, 6.ª y 9.ª Como el asunto de la presente era un poco sério, me pidió TIRABEQUE que le reserváramos para Semana Santa, y yo le di gusto. Habiendo salido ya él de sus dudas, no le corria prisa.

dió, y lo peor de todo es que llevo ya muchas noches sin poder reconciliar el sueño.....

—A lo que veo, hermano Fr. Gerundio, me dijo Don Magin, será menester civilizar á Tirabeque á la inglesa; es decir, al modo que los ingleses civilizan á los chinos, dándole opio para que duerma.

—Lo que es menester, señor Don Magin, replicó mi lego, es que me enseñen vds. cosas mas fundadas en razon que las que me han enseñado en las otras pláticas: porque eso de pensar que vaya yo á creer que con la pobreza puede un hombre ser feliz, es pensar que me mamo el dedo, y lo que siento es no poder hacerme muy desgraciado haciéndome muy rico, y vds. serian dueños de ser tan pobres y tan felices como quisieran, que no se lo envidiaria. Y lo mismo digo en lo tocante al porvenir del mundo y á las demas ideas que el señor Don Magin ha remitido referentes á las máquinas y á otros adelantos, que él nos pinta como malos teniéndolos todos por tan buenos.

Y asi el señor Don Magin me hará el favor de esplicarme, si lo tiene á bien, cómo se entiende y conglutina todo eso, dejándose por ahora de novelas, que podrán ser buenas para despues, puesto que ahora me urge salir de estas confusiones que me mortifican y quitan el sueño, á no ser que el señor Don Magin se proponga burlarse de un pobre lego como yo.

—Moderacion en esa lengua, Pelegrin, le dije, y un poco mas de urbanidad.»

Entonces tomó el hermano Don Magin la palabra y dijo: «voy á satisfacer al desconfiado y receloso Tirabeque, y al propio tiempo veré hasta qué punto conviene el hermano Fr. Gerundio conmigo en el modo de considerar la moderna Civilizacion.

Yo comprendo que el espíritu humano tiende constantemente á su perfeccion, y asi es natural que suceda, puesto que para cultivarle y perfeccionarle se le dió Dios al hombre, no para que le tenga en la inaccion y en la ociosidad. Asi todo lo que se encamine á perfeccionar las facultades intelectuales del hombre, todo lo que se dirija á llenar el grande objeto de su creacion y á hacerle feliz, es muy propio de su dignidad, y no puede dejar de ser recomendable y plausible. Tales considero yo los progresos en las artes y en las ciencias, progresos de que indudablemente puede vanagloriarse el Siglo, y que bien dirijidos pudieran traer bienes inmensos á la humanidad.

Pero al propio tiempo estoy viendo á esta misma humanidad plagada de males; los hombres no son mas felices que eran; los delitos varían, pero no disminuyen. ¿Qué le falta pues á esta Civilizacion? ¿Cómo descartar de la

sociedad estos males, ó al menos hacer que no escedan á la suma de los bienes? Este es el gran problema que los hombres tenian que resolver. Veamos lo que hacen para resolverle. Estudiemos la marcha de las naciones que se dicen mas civilizadas y de sus gobiernos.

Yo encuentro por todas partes establecidas brillantes escuelas, soberbios institutos, magníficos colegios, academias y universidades destinadas á la enseñanza y estudio de las ciencias. Yo veo cultivarse, propagarse, estenderse, popularizarse todas las ciencias, todos los ramos y conocimientos del saber humano. Veo la industria y la mecánica desarrollarse de un modo prodigioso; la física y la química enriquecerse cada dia con nuevos é importantes descubrimientos; las artes de adorno, de lujo y de recreo adquirir una perfeccion admirable; la literatura cundir hasta las clases en que no habia penetrado nunca; las prensas tipográficas no bastar á difundir las concepciones literarias con que las abruman los hombres; los licéos multiplicarse; enriquecerse los muséos, henchirse de volúmenes las bibliotecas; y por apéndice y complemento de todo, veo esas cien mil enciclopedias diarias, esos cien mil vehículos de la ilustracion que con el nombre de periódicos trasmiten con la rapidez del rayo y venden á bajos precios toda clase de conocimientos literarios, científicos é industriales, y los llevan á los lugares mas ignorados y oscuros, y los ponen al alcance de los mas rudos entendimientos y de las mas escasas fortunas. Las ciencias, las letras, la industria, todo progresa en este siglo; esto es indudable, y yo lo aplaudo.

Pero con todo esto yo no veo á los hombres ni á los pueblos ni mas virtuosos ni mas felices. Yo veo á los paises mas civilizados trabajados de un pauperismo horroroso; yo veo enjambres de proletarios en las naciones mas cultas; yo veo emigrar de los estados que se dicen mas florecientes, poblaciones enteras que van á buscar una existencia incierta en las regiones ignoradas; yo veo multiplicarse los suicidios ocasionados por la miseria y la desesperacion; yo veo á los hombres vagar en busca de una felicidad que no encuentran; yo veo las leyes y los tribunales insuficientes á reprimir el robo y el latrocinio que tienen en perpetua alarma la sociedad; yo veo el asesinato convertido en suceso ordinario y comun; yo veo el dolo presidir á los contratos, multiplicarse las quiebras fraudulentas, falsificarse los documentos en que debiera descansar la fé pública; yo veo la infidelidad conyugal hecha un tema de conversaciones indiferentes á fuerza de la repeticion de ejemplos; yo veo la desconfianza mútua inoculada en el cuerpo social, y que nadie se fía de nadie; yo veo el individualismo entronizado, el agiotage dictar las negociaciones, medirse el valor de los hombres por el

de sus riquezas, no preguntar de dónde han venido sino quién las posée, y hacerse el paganismo del oro la religion civil de los estados.

—Y lo peor que tiene todo lo que vd. acaba de relatar, señor Don Magin, interrumpió Tirabeque, es el ser cierto, que aunque yo no lo he entendido todo, por el hilo de lo que poco que comprendo saco el ovillo de lo mucho que no alcanzo.

—Lo que no debieras alcanzar, Pelegrin, le repliqué yo, es esa endiablada é incorregible costumbre que tienes de interrumpir, y que me habrá de obligar á cerrarte la boca algo mas fuertemente que la cierra el Santo Padre á los cardenales en dia de consistorio.»

A tan séria insinuacion enmudeció Tirabeque, y Don Magin continuó su discurso diciendo:

—Pues bien; si la moderna Civilizacion ó produce ó mantiene todos estos males, ó por lo menos no los disminuye, ya que extirparlos de todo punto de la sociedad sea imposible, ¿qué le falta á esta Civilizacion para ser tan provechosa como debiera ser á los hombres y á los pueblos? ¿en qué consiste que ni los hace mas virtuosos, ni les labra la felicidad?

Harto se deja comprender, y harto se debe inferir de las ideas que en las conferencias anteriores he enunciado. En que le falta la base de la felicidad de los hombres y de los imperios; en que hemos perdido en costumbres lo que hemos ganado en ilustracion; en que el órden de la Civilizacion está invertido; en que el egoismo ha reemplazado á la moralidad y el sórdido interés á la virtud.

Veamos sinó que hacen los gobiernos de las naciones ilustradas para moralizar la sociedad.

Yo veo la venalidad y la intriga servir de escala para asaltar el poder, y despues de alcanzado servirse de las mismas para conservarle. Veo el favoritismo reemplazar el lugar del mérito, y la modestia interpretarse por simplicidad.

Yo veo entronizada esa especie de filosofía práctica, que en espresion de un célebre orador revolucionario, «convirtiendo el egoismo en sistema, mira á la sociedad humana como una guerra de astucia, la fortuna como la regla de lo justo y de lo injusto, la probidad como un negocio de placer ó de decoro, y el mundo como el patrimonio de los bribones mas diestros.»

Yo veo ajustar á los hombres como mercancias, y poner los talentos á jornal, y regatearlos como los trabajos de un ganapan.

Yo veo las cruces de honor aplicadas al mérito de ocho mil ducados de

renta; y en llegando á quince mil duros, se adquiere un derecho incontestable al título de Conde ó Marqués (1).

Por otra parte yo veo con el sábio Filangieri (2), proponerse premios para el descubrimiento de la mas homicida evolucion. Se ha señalado doble sueldo al artillero que ha encontrado el secreto de cargar el cañon en solo cuatro segundos. Hemos adelantado tanto en esta arte destructora que nos hallamos en estado de acabar con veinte mil hombres en el espacio de pocos minutos. La perfeccion en la ciencia mas funesta á la humanidad hace ver que indudablemente está viciado el sistema universal de los gobiernos.»

Yo veo esas magníficas esposiciones públicas de industria, y los premios que se adjudican á los inventores de un adelanto artístico, ó de un perfeccionamiento industrial.

Yo veo disponer solemnes certámenes, y ofrecer y aplicar cuantiosas recompensas al caballo de mejor estampa, ó mas veloz en la carrera. Yo veo decretar pingües sumas al que sepa engordar mas un buey, y veo pasear al buey gordo lujosamente engalanado por las calles de una de las capitales mas cultas como una de sus mas brillantes glorias (3).

Yo veo aplicar premios públicos al que presente un perrito faldero de mas finas lanas y de mas diminutas proporciones, y he tenido en mi mano uno de estos afortunados animalítos que llevaba colgado al cuello el diploma de honor ganado en otra de las capitales del mundo civilizado (4).

Yo veo establecer muy sérios concursos y premiar muy liberalmente al que posea un canario que trine y gorgée mejor que los demas (5).

Yo veo reunirse un tribunal de jueces respetables y entendidos para fallar y adjudicar el premio al que presente la mas temprana ó vistosa flor, ó la mejor cebolla de tulipan (6).

Yo veo á la Magestad de uno de los mas cultos y poderosos estados, dispensar premios honoríficos al que invente un nuevo betun para *ilustrar* botas, ó al que descubra ó perfeccione un calzador de zapatos (7).

Ahora bien: en cambio de la apoteosis del oro, y al lado de la proteccion que algunos gobiernos dispensan á ciertas futilidades artísticas, ¿qué

(1) *Rothchild*, por egemplo, se ha contentado hasta ahora con ser Baron: mañana que deseára ser Príncipe, ¿quién sería osado á desairarle? Por de contado la diferencia de religion no le estorba llevar la Gran Cruz de Isabel *la Católica*. El oro iguala todas las religiones en el siglo XIX.

(2) Introduccion á la Ciencia de la Legislacion.

(3) Como se vió en la 11.ª funcion de este Teatro.

(4) En Londres.

(5) En Bélgica.

(6) En Inglaterra y Holanda.

(7) Traslado á los *Brevets d' invention* de nuestros vecinos.

premios otorgan á la virtud, y con qué recompensas alientan á los hombres á ejercer la moral y la filantropía?

Yo no veo premiar al padre de familias que mejor eduque sus hijos en la práctica de las acciones virtuosas. Yo no veo que se decreten recompensas á la jóven, pobre, huérfana y hermosa, que ha sabido vencer todos los alhagos de la seduccion. Yo no veo que ningun gobierno ilustrado se acuerde de premiar al que sustenta con el sudor de su rostro una numerosa familia, y da á cada uno de sus hijos una ocupacion honrosa y útil á la sociedad. Yo no veo ni alentar ni premiar al que se sacrifica por el amigo, ni al que da hospitalidad al estraño, ni al que recoge y alimenta al huérfano desvalido (1), ni al que evita de caer en la desesperacion á un desgraciado, ni al que vuelve la paz á una familia desavenida, ni al que se interpone para dirimir un litigio odioso, ni al que pone en peligro su vida para salvar un náufrago (2).

Lo que veo es que el que no desprecia la virtud la desatiende, y si alguno la elogia es para dejarla pobre y desnuda.

Con esto ¿qué estraño es que cunda el vicio, y crezca y se desarrolle la corrupcion, y que los crímenes infesten la sociedad? Asi en el año 46 del siglo de las luces se ve la prostitucion pasear con insultante orgullo su ignominiosa frente por las calles públicas; las cárceles rebosan de criminales; pueblan los presidios de España mas de veinte mil desgraciados, y en sola la Inclusa de Madrid entran seis expósitos cada dia: ¡bello y lisongero cuadro de la moralidad de nuestro siglo!

(1) Pudiera citar una honrada y benéfica familia de Madrid, que no ha muchos dias ha recogido una inocente criatura que quedó huérfana y sin amparo, y la alimenta y educa con tanto interés y esmero como si de su propia familia fuese. Si este virtuoso ciudadano fuera algun cantante ó pianista estrangero, ya hubieran llovido sobre él obsequios y presentes de todo género: como es solamente un bienhechor de la humanidad, ni nadie lo sabe, ni nadie se cuida de saberlo, cuanto mas de premiarle.

(2) En octubre último un honrado é intrépido marino español, el señor Dolz, capitan del bergantin goleta *Virgen del Cármen*, llevado de su filantropía salvó con el mayor arrojo y á riesgo de su vida en alta mar toda la tripulacion del buque náufrago francés el *Ródano*. El parte de esta generosa accion se insertó en la Gaceta del gobierno; pero se insertó *el parte* nada mas: *el premio* se quedó en el tintero. Quien le premió despues con una medalla de oro fué el gobierno francés.

En Francia, en la Academia francesa, es donde se hace anualmente una distribucion de premios *á la virtud*, gracias á la fundacion y donativos de Mr. de Montyon. En la de este año último se adjudicó el primer premio á una tal *Juana Jugan*, que de simple criada de servicio llegó con su ingenio, su trabajo, su conducta y sus ahorros á fundar un hospicio de 65 personas, niños, viejos, enfermos y heridos, á todos los cuales alimentaba con el fruto de sus esfuerzos y economías. Mas para que se vea que en medio de estas buenas apariencias la virtud siempre ha de ser postergada, todo el premio de aquella buena muger se redujo á *tres mil francos*, mientras por otro lado la misma Academia ofrece un premio de *diez mil francos* al autor de una pieza dramática en cinco actos y en verso. ¿Cuál será mas provechoso á la humanidad, una tragedia en cinco actos, ó un hospicio en que se remedian las tragedias de 65 desgraciados, debido todo á los esfuerzos de un alma virtuosa? Asi se premia la virtud donde parece que se premia mejor.

—¿Me da vd. licencia para decir dos palabras, mi amo? me preguntó TIRABEQUE con timidez.

—Dílas, le respondí, con tal que sean palabras y no desatinos.

—Digo pues, señor Don Magin, que no es en los muchos miles de ciudadanos que llenan las carceles y los presidios en donde encuentro yo la falta de moral que vd. dice.

—¿Pues dónde hemos de buscar otro testimonio mas vivo.....

—Otro hay mas vivo que ese todavia, señor Don Magin, y yo le dijera con tal que mi amo no se enfadára.

—No me enfadaré, PELEGRIN; le dije, si es cosa que puede esclarecer la importante materia de que tratamos.

—Pues con el permiso de mi amo (continuó), digo, señor Don Magin, que no hallo yo la falta de moral en unos cuantos miles de desgraciados que llenan los presidios y las carceles, sino en otros muchos mas miles que debieran estar en ellas y se pasean muy satisfechos por las calles, y les quitan el sombrero al pasar, ó víven en sus casas con algunas mas comodidades que vd. y que yo.

—¡PELEGRIN, que te me desmandas!

—Estoy en la cuestion, mi amo. Y fáltame decir al señor Don Magin, que estamos en un siglo en que se prende al que roba un pañuelo, y se deja libre al que adquiere millones por los medios que prohiben los mandamientos de la ley de Dios; en que se castiga al que en un acaloramiento hace un rasguño á otro, y no se castiga al que sacrifica los hombres á centenares; en que se condena, y bien condenado, al que asesina á otro hombre, y no se condena al que hace miles de familias desgraciadas, y si no las mata directamente, las mata de un modo lento, que suele ser peor. Y á todos estos en tal de castigarlos, acaso se los reverencia y acata. Y esta tampoco es la Civilizacion que yo quiero; y así hace muy bien el señor Don Magin en declararse contra ella.

—Ya me parecía á mí, PELEGRIN, le dije, que te habias de descolgar con alguna de las que acostumbras.

—Señor, yo soy un pobre lego que dice las cosas como las alcanza y nada mas. Y con tal que ellas sean ciertas y verdaderas, como pienso que lo son las que acabo de decir, y otras que me quedan guardadas para mejor ocasion, esto es lo que importa y hace al caso y no otra cosa. Y en cuanto á lo que dice Don Magin, que la prostitucion anda descaradamente por las calles, contentárame yo tambien con que solo en las calles hubiera prostitutas, y no.....

—Silencio, PELEGRIN, le dije; y prevéngote que no vuelvas á desple-

gar tus labios.—No haga vd. caso, hermano Don Magin, de este imprudente, y prosiga vd. su filosófico discurso, que pienso hemos de venir á estar de acuerdo sobre las causas que producen la desmoralizacion social que lamentamos.

—He dicho, prosiguió Don Magin, que lo que en mi entender ocasiona que la Civilizacion corrompa la sociedad en lugar de moralizarla y haga á los hombres desgraciados debiendo hacerlos felices, es que el sistema universal de los gobiernos está viciado, es que el orden de la civilizacion está invertido, es que se da el último lugar á lo que debiera ocupar el primero.

Yo acuso solemnemente, digo con el ilustrado LAURENTIE, yo acuso solemnemente á nuestra época de cuidarse mas de la *instruccion* que de la *educacion moral* de las nuevas generaciones. Se multiplican las escuelas, es verdad, ¿pero se piensa en moralizar la sociedad? *Los bienhechores de la humanidad*, dice este escritor filosófico, *son los que se consagran á hacer reinar la virtud en el mundo*. Si los estudios (añade) no se han de encaminar al perfeccionamiento moral del hombre, *maldeciria hasta la instruccion*, la ignorancia acaso le seria mas provechosa. ¿Qué son las bellas artes sin la virtud? Acaso la futilidad de un dia, ó bien un alimento de vanidad. Las bellas letras templan la austeridad de las costumbres, hacen amable la virtud, pero ellas solas no hacen al hombre bueno, porque un gran artista, ó un gran literato puede ser tambien un gran malvado. Las bellas artes deben encontrar formado el corazon. Todo consiste en que el orden de la civilizacion está invertido.»

«La moral, dice otro escritor contemporáneo no menos erudito (1), tiene una influencia inmensa sobre los destinos públicos de las naciones..... Pero la moral apenas se enseña sino en la niñez, ó bajo la tutela de la metafísica ó de la teologia. *Es una de las lagunas mas profundas de la enseñanza moderna*. La moral debe siempre aplicarse al estado social del país, á su política; pero debe *dominar esta política*, debe *descollar sobre toda la situacion de un pueblo*.»—En nuestros dias la política es la que domina y avasalla la moral, si es que no la asesina. El orden de la civilizacion está invertido.»

«El *egoismo* de las preocupaciones *materiales*, exclama otro escritor distinguido (2), la avidez de los goces *que se tocan y se compran*, la fiebre de las ambiciones envidiosas, *la postracion de la dignidad humana ante el be-*

(1) Mr. Matter, autor de varias obras de educacion y moral, entre otras una titulada: «*De la influencia de las leyes sobre las costumbres*.»
(2) Luis de Carne.

terro de oro, hé aqui el mal que hay que temer y que convendria conjurar. He aqui el escollo de una *Civilizacion*, cuyas ventajas por otra parte no desconocemos y nos guardarémos de maldecir. El espiritualismo cristiano será, lo esperamos asi, el aroma divino que impedirá que se corrompa el mundo *apegado á la materia*. Si el soplo de Dios no corriera sobre estas olas, *cuya brillante superficie encubre tantos gérmenes de corrupcion*, seria menester desesperar del porvenir.»

Digo por último con el sabio Filangieri: «Si los progresos de los conocimientos y de las luces nos han dado fuerza para dominar la naturaleza y hacerla servir para nuestros designios; si la mano poderosa del hombre dirije el rayo, sujeta los vientos, impone leyes á las aguas; si el hombre se sostiene y viaja con alas artificiales sobre los espacios inmensos de los aires; si el adelantamiento, digo, de los conocimientos y de las luces nos ha dado tanto imperio sobre el mundo físico, ¿porqué no hemos de esperar adquirirlos tambien sobre el *mundo moral*? Cuando una sabia legislacion dirigiese el curso del espíritu humano, cuando apartándole de las vanas especulaciones le inclinase enteramente á objetos importantes para la felicidad de los pueblos, ¿la perpetuidad *del bienestar de un pueblo y de su virtud* no dejaria tal vez de ser tenida entonces por un problema irresoluble? (1)»

En resumen, hermanos mios, yo amo la Civilizacion literaria ó industrial, y la apetezco y deseo; pero la quiero basada sobre la moralidad: quiero Civilizacion, pero con costumbres públicas: quiero los adelantos industriales, pero con la educacion moral por cimiento: quiero las luces del espíritu, pero guiadas por los sentimientos nobles del corazon: en una palabra, quiero la Civilizacion, pero sin el egoismo y sin el sórdido interés que lo sujeta todo al cálculo de la especulacion y de las ganancias materiales; quiero la Civilizacion, pero *sin que la dignidad humana se humille y prosterne ante el* BECERRO DE ORO, sin que la humanidad se arrodille ante el *Hombre-moneda*.

—Grandemente he gozado en oíros, hermano Don Magin, le dije, y me hallo enteramente de acuerdo con vuestras nobles y filosóficas ideas, y las adopto y abrazo con placer. Pero un pueblo con costumbres tan perfectas como las que vos deseais, y yo tambien desearía, fuera ya una sociedad de ángeles, no que de hombres; sería un bello ideal, que no es posible ver realizado en ninguna sociedad humana.

—Estoy muy lejos, replicó Don Magin, de creer posible la perfeccion: pero entre la perfeccion de las costumbres y el abandono de la moral hay

(1) Ciencia de la Legislacion, libro IV, cap. 1.°

una gran escala que recorrer y mucho que poder corregir, que es á lo que yo aspiro. Si no he dado leyes perfectas al pueblo, decia Solon, le he dado las mejores que puede sufrir (1).»

—Verdaderamente, le repliqué yo Fr. Gerundio, el que hallase el medio de poder dar á un pueblo la Civilizacion de la artes y las ciencias sin hacerle perder los sentimientos religiosos y morales, sin apartarle de su sobriedad ni lastimar la sencillez de sus costumbres, ese habria despejado la gran incógnita, ese habria resuelto el gran problema de civilizar los pueblos sin corromperlos y de hacerlos tan felices como debieran ser. ¿Pero quién pudiera llevar á cabo tan grande obra?

—¿Quién? Esto pudiera facilmente lograrlo, sino en el todo en su mayor parte, un gobierno ilustrado, benéfico y paternal, con solo poner en ejecucion tres elementos que hasta ahora han sido, ó desatendidos ó despreciados, á saber: «*escuelas de educacion moral*; *premios y recompensas á la virtud*; y el ejemplo de su misma conducta, *que es la leccion mas provechosa que pudieran dar.*»

—Y bien, le dije entonces á Tirabeque; ¿qué te parece de esto? Ahora te concedo licencia para hablar.

—Señor, me respondió, me parece tan perfectamente, que eso mismo que ha dicho el señor Don Magin es lo propio que pensaba yo haber dicho, si vd. me hubiera dejado hablar antes. Y asi quedo satisfecho de las dudas y confusiones que me atormentaban.»

Reímonos los dos de la maliciosa simplicidad de mi lego: y mi paternidad no pudo menos de reconocer fundados los principios, y sanos y justos los deseos del hermano Don Magin, sin encontrar otras razones que oponer á las suyas que la dificultad de la realizacion, sobre lo cual ya él habia dicho antes: «*este es el gran problema que los hombres tienen que resolver.*»

Con lo que terminaron por entonces nuestras conferencias sobre *Civilizacion.*

(1) Libro XII de las Leyes.

QUIÉN ERA DON MAGIN.

Este Don Magin, este amigo íntimo, inseparable y consecuente que no me ha abandonado en ninguna situacion de la vida, es mi misma *imaginacion* gerundiana, que muchas veces me habia representado los pró y las contras de la Civilizacion, tal como generalmente se entiende, y á la cual se mira como el supremo bien que pueden alcanzar los hombres y los estados.

Mi objeto en estos diálogos ó conferencias ha sido procurar hacer ver que esa Civilizacion tan decantada, ni mejora la condicion de la sociedad tanto como á primera vista se cree, ni hace á los hombres mas felices, por lo mismo que hace desaparecer la sencillez de las costumbres, destierra la sinceridad, ahoga la poesia, y apaga los sentimientos del corazon, mientras no esté cimentada en la moral, y mientras los hombres que gobiernan los estados ó dirijen la opinion pública, sigan promoviendo casi exclusivamente el espíritu del cálculo de utilidad y del interés material, que engendra el egoismo, con menoscabo de las virtudes y de los afectos del alma, que son la base de la felicidad.

He creido la cuestion de alta importancia y trascendencia, y he hecho estas ligeras observaciones, no con la presuncion de decidir ni con el intento de fallar, sino por si pudieren servir á llamar la atencion y estimular á otros mas ilustrados genios á esclarecerla y tratarla con la profundidad que por su importancia merece, y si esto lograse me felicitaría de haber hecho un gran bien.

Hé aqui una materia digna de servir de tema á las conferencias y sesiones de esos tantos sábios italianos que se reunen anualmente para celebrar tan ruidosos congresos.

SOLUCION DE LOS PROBLEMAS DE LA FUNCION 15.

Del 1.º—El español fué Hernan Cortés, y el monarca Carlos V.
Del 2.º—Don Beltran de la Cueva.

PROCESIONES DE SEMANA SANTA.

ANTES DE LA REVOLUCION.

DESPUES DE LA REVOLUCION.

DESAFÍOS.

CUADRO TERCERO.

Tirabeque aprendiendo esgrima. (1)

Ya tenemos á Tirabeque ejercitándose en el noble arte de la esgrima, para hacerse duelista, y por consecuencia caballero. Yo le aconsejé el manejo de la espada con preferencia al de la pistola, por aquello que dice Mr. Barré: «Anatematicemos el duelo bajo cualquier forma que se presente, pero mas aun el duelo á pistola, porque este es un verdadero asesinato: *etigmatisons le duel sous quelque forme qu' il se presente, mais plus encore le duel au pistolet, car c' est un veritable assassinat.*»

Aunque por otra parte dicen que se necesita mas valor para el duelo á espada que para el duelo á pistola, pues en el de pistola el valor es meramente un lujo, y en sabiendo disparar, la casualidad y la suerte suelen hacer el resto; mientras en el de espada dicen que se necesita mucho valor y mucha serenidad para no turbarse á la vista del acero del adversario distante una pocas pulgadas del propio cuerpo. Por otra parte el razonamiento y la legislacion de la pistola es mas breve, si bien la forma silogística y la jurisprudencia de la espada prueban mas habilidad, y asi cada método tiene sus apasionados.

Sea de esto lo que quiera, Tirabeque principió por la esgrima: y nadie diría que me habia costado tando trabajo el convencerle y decidirle, al ver la aficion y puntualidad con que asistía á la academia de este ramo de civilizacion, y la facilidad, inesperada en él, con que retenía las voces y términos del arte. A los pocos dias ya me llenó la cabeza de toda esa tecnolo-

(1) Participando la Funcion presente de Pasion y de Resurreccion, debe llevar su parte grave y su parte cómica.

gia para mí desconocida, de *guardia*, *parada*, *ligadura*, *golpe pasado*, *despliegue*, *asalto*, *aposentarse*, *escurrirse*, *cupé*, *coronacion*, *frote*, *cruzado*, *tacto al tacto*, *el doble-contra*, *posicion y parada de primera y segunda*, *abatir*, *fingir un ligamento*, *tercera por debajo*, *fingir librar y el golpe derecho*, *fingir el ligar en cuarta*, y otro centenar de voces tan griegas para mí como el mismo griego.

—Admirado me tiene tu memoria, PELEGRIN, le dije, y confieso que no esperaba de tí tales adelantos. ¿Y qué libro es el que sirve de texto en tu escuela? ¿El *Manual de esgrima* de Beltran Lozes, ó el *Tratado de armas* de *Lafaugère?*

—De eso no podré dará vd. razon, mi amo, me respondió, porque yo me atengo solamente á lo que de viva voz me enseña mi maestro. Y á lo que veo, tambien vd. entiende algo de esgrima, y se lo tenía callado.

—Ni una palabra, PELEGRIN; solo he leido que esos dos han sido muy acreditados profesores, y que ambos han escrito sus tratados correspondientes sobre la materia.

—¿Quiere vd. que haga aqui en un santiamen algunas de las posturas que he aprendido?

—No tengo inconveniente, PELEGRIN; verémos qué aire sabes dar ya á ese cuerpo, que buena falta te hacía reformarle.»

A esto tomó un baston, y dijo: «este baston, mi amo, que yo hago ahora floreteó espada, se puede tomar con la mano vuelta de tres maneras. Cuando se halla vuelta de suerte que las uñas estén al aire ó hácia arriba, se dice que está vuelta de cuarta: cuando al contrario se halla vuelta las uñas hácia abajo, se dice que está vuelta de tercera: cuando del todo se halla vertida de tercera, entonces se halla vuelta de primera. Ahora verá vd. ejecutar todas tres.»

Y ejecutó la primera, y sucesivamente se fué poniendo en todas tres posiciones.

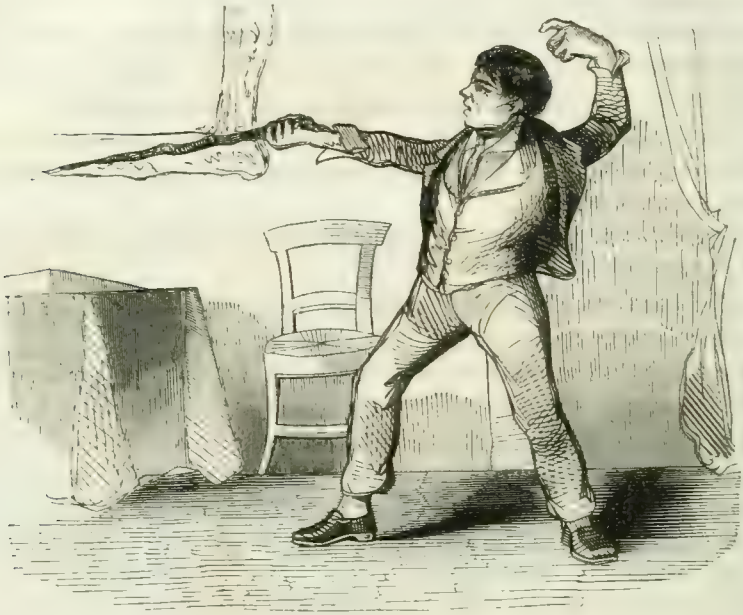
—Magníficamente, PELEGRIN. Solo que necesitas vencer todavia algunas dificultades; es decir dificultades de organizacion, propias de tu corporal anatomia. Y el zapato de las cinco suelas tampoco te hace el mejor oficio para esas tan gallardas posturas.

—Asi es la verdad, señor, pero todo lo irá venciendo el arte.

—Y bien, hasta ahora yo no veo sino unas posturas mas ó menos airosas y elegantes: y quisiera saber para qué sirven delante del enemigo, y cómo se páran y se defienden los golpes del adversario, cómo conviene acometerle &c. A eso no habrás llegado todavía.

—Si señor, algo puedo esplicar á vd. de eso tambien. Para eso hay

las reglas de *juntar la espada, empeñar la espada, tenderse ó desplegar, golpe simple y compuesto, golpe de parada ó arrestar, tercera por debajo, posicion y parada de cuarta* y otras muchas. Hay tambien dos clases de *fingimientos*, los de *sutileza* y los de *combinacion*. Cuando se hacen los primeros no se busca el engañar la parada, sino poner al adversario en la incertidumbre de la linea en la cual se va á tirar. Luego hay el *golpe derecho de cuarta*. Para esto la mano debe estar vuelta de tercera; en seguida se le-



vanta un si es no es el puño, retirando lo fuerte de la espada de uno, sobre lo débil de la del contrario, la punta al aire..... espere vd., señor, lo mejor es hacerlo prácticamente. Tome vd. este otro baston.....,»

—¡Yo el otro baston! ¿y para qué?

—Nada, señor, vd. se va á batir conmigo.

—¡Batirme yo contigo, PELEGRIN! Tú estás loco. ¡Cierto que le sentaria bien á mi edad ponerme ahora á hacer del muchacho contigo! ¿Y qué motivo hay para que nos batamos los dos?

—Señor, aqui nadie nos ve, por eso no le dé á vd. cuidado. Y en cuan-

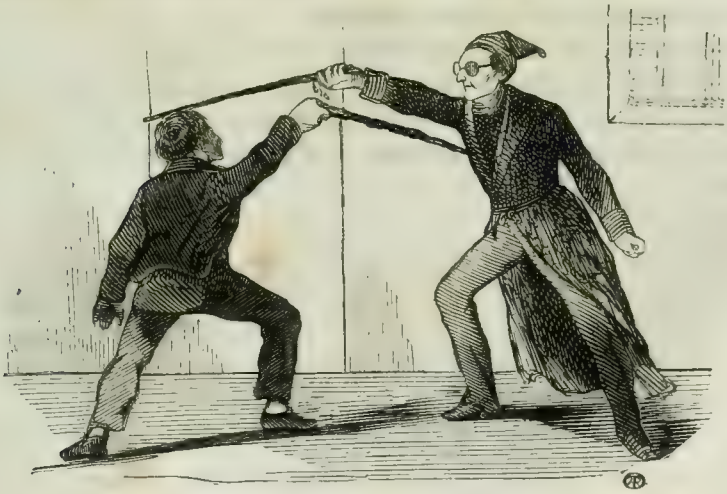
to al motivo, harémos tambien un *fingimiento*. Yo finjo provocarle á vd., ó vd. finge provocarme á mí, lo que vd. quiera, porque es igual. Vd. por ejemplo me llama *cojo*, yo digo que vd. me insulta, y le pido una satisfaccion. Vd. que es caballero, no puede menos de dármela, coje vd. el baston, yo tengo ya el mio en la mano, y comenzamos á batirnos. Y sinó yo le diré á vd.que tal ó cual artículo que vd. ha escrito no tiene maldito el chiste: vd. se pica, porque vd. debe creer que el artículo tiene mucha gracia; y estando vd. persuadido de eso, como es natural siendo cosa suya, vd. me desafía porque á mí me ha parecido lo contrario.....

—Yo no pienso hacer semejante cosa, PELEGRIN; cada uno es dueño de pensar de él y de todos como le parezca.

—Pues entonces, mi amo, es vd. un mal caballero, como vd. mismo ha dicho antes. Pero de todos modos no tenga vd. cuidado, porque todo esto va á ser de mentirigillas, y para que vea vd. por sus propios ojos lo que he adelantado. Agarre vd. el baston, póngase vd. en cuarta ó en tercera, como á vd. mas le acomode.....

—Pero si yo no entiendo de eso, TIRABEQUE, por nuestro Padre San Francisco....! En fin, si es empeño tuyo, lo haré por complacerte una vez. Vamos, ¿qué hago yo ahora?

—Ahora, mi amo, levante vd. el baston, ó digámosle espada.... más.... mas todavia, de modo que venga por encima de mi mano..... ponga vd. las uñas hacia arriba..... así..... otro poco mas..... Ahora voy á darle yo á vd. un *golpe de arresto por de abajo*.



—Queda vd. herido por debajo del brazo, junto á la tetilla derecha. El artículo de vd. es malo, si nos batimos por el artículo; y si nos batimos por haberme vd. llamado *cojo,* resulta que no soy cojo, sino que tengo unas piernas mas ligeras y mas iguales que las de una perdiz, por que le he vencido á vd. y yo llevaba la razon.

—Eso es una atrocidad, TIRABEQUE: en primer lugar, que yo no puedo batirme contigo, porque al fin y al cabo tú ya sabes algo de esgrima, aunque sea poco, y yo no entiendo una palabra. Y en segundo lugar, que no porque tú me venzas has de llevar la razon.

—¿Como que nó, señor? ¿No es esta la ley de los duelos que vd. tanto me ponderaba? Pues ahora yo me compondré con vd.; y ya que vd. se ha empeñado en hacerme aprender esgrima, y en que sea caballero, se librará vd. bien en lo sucesivo de llamarme las cosas que me ha llamado hasta ahora, como simple, deslenguado, estúpido, y otros dicterios al símil, porque le desafiaré á vd. inmediatamente y le arrojaré un guante si le tengo á la mano, y si vd. no le recoge, será un mal caballero, y yo un caballero bueno y cumplido, y de esta manera.....

—Eso es subírteme á las barbas y faltarme al respeto, PELEGRIN. Guarda tu habilidad para los estraños, y haz el favor de ser un poco menos caballero para mí.

—Señor, la ley de los duelos es igual para todos, segun vd. mismo ha dicho.

—Pues bien, desde hoy no vuelvas á la academia, y sírvante las lecciones que has tomado para saber dar al cuerpo otro aire del que antes tenia, que ciertamente bien lo habias menester.

—Diga vd., mi amo; ¿y soy *campeon* ó no soy *campeon*?

—Eres mi lego como hasta aqui; y calla, y no hablemos mas de la materia. Estoy convencido de que los desafíos son..... el heróico sublime de la barbárie antigua, y el sarcasmo mas cómico de la Civilizacion moderna.

EL CIGARRO PARLANTE.

III.

Observaciones económico-domésticas sacadas del *Cigarro*.

Al tiempo que fumaba el Cigarro vinoseme al pensamiento la idea de lo que podria gastar un fumador regular y decente en este al parecer insignificante artículo de consumo. Y dije para mí: «supongamos un hombre de sesenta años que comenzó á fumar á los veinte. Este hombre ha fumado cuarenta años. Regulémosle á razon de seis cigarros cada dia, que ciertamente no es un cálculo subido, si se tiene en cuenta los que resultan ser de caoba en vez de hoja de *nicotiana*, los que por generosidad ó por compromiso tiene que regalar, y otros muchos desperfectos y quebrantos consiguientes al ejercicio.

«Si los cigarros son habanos, como supongo, ¿de qué clase, calidad y condicion pueden ser que no le cuesten siquiera á peseta la media docena? Pues bien, calculando por lo mínimo, este hombre habrá gastado en fumar 365 pesetas cada año, que multiplicadas por 40, dan una suma de 58,400 reales lo que ha invertido en 40 años el fumador.

«Si los cigarros son de á real, resultará que el hombre de 60 años ha consumido en fumar un capital de 87,600 rs.; que reunidos, y dados á interés, aunque no fuese mas que al 6 por % al año, le hubieran producido en el tiempo que ha fumado la enorme suma de 210,240 rs. vn., con que haber podido dotar á su hija, á quien acaso no puede ahora dar en dote el valor de una caja de cigarros. ¡Y parece que un cigarrito y otro cigarrito no influyen nada en la economía doméstica!

¡Fumadores. Leed y estremecéos! Nada hay aqui de fabuloso.

REFORMAS DE TEATROS.

Desde el Domingo de Pasion hasta el de Resurreccion no ha habido mas que un solo Teatro abierto en España, y acaso en toda la cristiandad, el Teatro Social de Fr. Gerundio. Todos los demas han estado, y están todavia hasta la fecha cerrados.

«En el tiempo que media de aqui á Pascua (decian los diarios de aquel Domingo) se ocuparán las empresas de los Teatros en ejecutar en ellos las reformas que se juzguen necesarias.»

Suponiendo que asi lo hayan hecho, mi paternidad espera á ver por sus mismos ojos estas reformas para aplaudirlas, pues no duda que lo habrán de merecer. Pero yo voy á indicarles otra reforma que deben añadir á las que hayan proyectado para inaugurar el próximo año cómico. Reforma que les agradecerá grandemente el público, y que es tan necesaria como sencilla: es sencillísima; no tiene nada que hacer ni que pensar; sin preparativo alguno la pueden poner en planta desde la primera funcion, y asi se lo ruego y suplico.

Redúcese esta reforma á que no nos den unos *entre-actos* tan largos y eternos como los que nos suelen dar. Por Dios que los que tenemos la desgracia de ser un poco flacos de memoria, solemos perder muchas veces cuando llega el acto 2.° el hilo de la historia de lo que pasó en el 1.° Hay ocasiones en que le asaltan á uno temores y recelos de que los actores hayan emprendido algun viaje, ó les haya sucedido alguna cosa siniestra: y solo le tranquiliza á uno la seguridad, adquirida por la costumbre, de que ha de tener el gusto de verlos al cabo de una larga temporada aparecer de nuevo en la escena. Como en las comedias del dia no es raro que un acto pase en Dublin y otro en Copenhague, ó uno en el mundo antiguo y otro en el nuevo, ó que de un acto á otro trascurra medio siglo (de lo cual se hará cargo mi paternidad en otra funcion), casi da gana de preguntar á los actores si han hecho el viaje con felicidad y cómo les ha ido por aquellas

tierras, suponiendo que han acompañado en su espedicion durante el entre-acto á los personages que representan.

Todos los recursos de entretenimiento se suelen agotar en un entre-acto. Se oye un rato la orquesta, pero la orquesta se cansa, y la orquesta deja los instrumentos, y el espectador deja el Teatro y se va al café. Refresca sin urgencia, fuma con calma, lee un periódico sin prisa, habla con los amigos despacio, se vuelve al teatro sin premura, y cuando calcúla que llegará al tiempo de alzarse el telon, se halla con que los músicos le obsequian con la tercera tanda de valses ó rigodones; entabla otro rato de tertulia con los vecinos de localidad, ó se recuesta y descabeza el sueño, segun el gusto de cada consumidor, y al fin como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, se cumple tambien andando el tiempo el plazo del primer entre-acto. El primero pasó, pero el segundo ó tercero, como encuentran los recursos agotados, ponen al espectador en un verdadero apuro. No basta pasar revista, una, dos, y tres, y seis veces á los palcos, galerias, cazuela y anfiteatro, en términos de poder hacer una lista y recuento nominal de todos los concurrentes á aquella funcion. Da el entreacto de sí para mucho mas que todo esto, y desearía uno que hubiese unas mesitas entre fila y fila de lunetas como en uno de los Teatros de Amsterdan que mi reverencia menciona en sus *Viajes*, para ponerse á jugar un rocambor ó unos cientos.

Que cuando el cambio de una decoracion lo exige, y la mecánica ó tramoya lo hace necesario, ó la fatiga de un actor lo reclama, ú otra causa legítima lo hiciese menester, se prolongue un poco mas el entre-acto, es muy justo, y el público se hace cargo de ello, y lo dispensa gustoso. Pero que en piezas que ni exigen juego de maquinaria, ni hay que mudar un solo telon, y á veces ni un solo trage, se obsequie á los espectadores con entre-actos de tanta largueza, por mi ánima que es tratarlos con muy poca caridad.

Otra reforma les aconsejaría tambien para el próximo año cómico si supiera que no lo habian de llevar á mal: igualmente fácil y sencilla que la anterior. Pero casi no me atrevo á decírsela á sus *bigotes*..... anda con Dios, ya se me escapó, ya lo dije; la de los *bigotes* es precisamente. Sensible es en verdad que los actores dramáticos hayan de tener, entre otras privaciones anexas á la profesion, la de no poder conservar ni usufructuar esta clase de *bienes raices* que son propiedad nata de todos los hombres (escepto un corto número que no hay para qué nombrar, porque harta desgracia tienen los infelices). Pero es mas sensible todavía que actores por otra parte tan distinguidos y tan amantes y guardadores de la propiedad escéni-

ca, falten á ella ostensiblemente, representándonos con barbas ó bigote personages en quienes es unas veces impropio y otras ridículo, todo por no hacer el sacrificio de raparse el labio superior ó la barba, lo cual han de tener entendido que es de malísimo efecto.

Porque es muy disonante
estar viendo delante,
cual sucede á menudo,
á tal héroe barbudo,
de quien dice la historia
ó es cosa muy sabida y muy notoria
que nunca barba usó ni usarla pudo.
O ver á un sacerdote
con poblado bigote;
ó tal vez á un muchacho,
que dice sin empacho
que no ha llegado á mozo,
y no debiera ni apuntarle el bozo,
ostentar un magnífico mostacho.

Y siendo esto de tan mal efecto como lo es todo lo que en la escena sea alejarse de la verdad, y puesto que el arte, en este punto muy perfeccionado, ofrece á los actores el recurso de acomodarse barbas y bigotes postizos cada y cuando el caso lo requiere, pienso que ganarian mucho los distinguidos actores que honran el arte dramático en la capital, y con ellos ganaria tambien la verdad ó sea la ilusion de la escena, si hicieran el sacrificio de raparse en obsequio de esta y del público.

He indicado estas reformas, por ser las mas fáciles y sencillas, para que sirvan como de prólogo é introduccion á otras, quizá mas graves, de que necesitan nuestros teatros en lo material y en lo formal, y de que se irá mi paternidad ocupando segun las ocasiones se presenten.

Si quieren entretanto las empresas ó direcciones procurar que las decoraciones guarden mas armonía y consonancia con las épocas á que se refieren, no perderán nada en ello, y me escusarán de advertírselo otro dia.

LOS APÓSTOLES. (1)

Sabido es que todos los años en la gran festividad religiosa del Jueves Santo la Magestad Católica de España hace la ceremonia de lavar los pies á doce pobres en memoria y á imitacion de lo que la Magestad Divina practicó con los doce Apóstoles, que es uno de los mas sublimes y bellos rasgos de la vida del Salvador y el mas edificante ejemplo de caridad y de humildad que pudo ofrecer á los poderosos de la tierra.

El número de los que aspiraron este año á la dignidad de Apostol en Madrid se hace subir por unos á dos mil, y por otros que muestran estar bien informados, á tres mil. Solo Dios por ser Dios pudo prever que habiéndole costado á él el trabajo de andar buscando gente y haciendo invitaciones para reunir hasta doce Apóstoles, habia de crecer tanto andando el tiempo la vocacion al apostolado, que al cabo de mil ochocientos y tantos años habia de haber en solo un pueblo de España hasta tres mil, que ya no solo aceptáran, sino que solicitáran y pretendieran con empeño la cartera apostólica.

Verdad es que los Apóstoles de España no son como los Apóstoles de Judea. Jesu-Cristo hacía dejar á sus Apóstoles los instrumentos de su oficio, la bolsa, el saco, y hasta el calzado, segun San Lucas en el capítulo X; mientras nuestros Apóstoles, segun los periódicos en la Gacetilla de la Capital, habian de recibir un vestido completo cada uno, con item mas una capa azul con embozos de pana encarnada, que sino es trage muy apostólico, al menos es de abrigo y el mas conducente para los pobres. El objeto de los dos apostolados es muy distinto, y ya no me admira que tan escasos anduviesen los Apóstoles del Señor, y tantísimos pretendiesen para apóstoles de la Reina. Este apostolado tenía ya su cierto olorcillo á empleo, tanto por ser cosa de Real nombramiento como porque algo se chupaba, y en España oliendo á empleo y á chuparse algo, ¿con qué menos se ha de contar

(1) Esta piezecita debió haber hecho parte de la anterior funcion, pero ya no pudo ir.

que con tres mil pretendientes para doce plazas? Y no importa que el apostolado fuese empleo de un solo dia, porque un solo dia suele durar un ministerio, y hay tres mil que lo pretenden.

¡Dichoso pueblo, donde no se encuentran seis hombres que sirvan para ministros, pero se encuentran tres mil que rabian por serlo! ¡Donde no habrá virtudes apostólicas, pero hay tres mil pobres de solemnidad que solicitan plazas de apóstoles!

EL VAPOR,

LOS CAMINOS DE HIERRO, Y UN CURA DE GUIPUZCOA.

Vuelven á estar en boga los caminos de hierro en España. Y digo «vuelven,» porque aunque todavia no tengamos ninguno, eso no impide para que hayan tenido sus periodos de alza y baja como la Bolsa, de creciente y menguante como la luna, y de calor y de frio como las fiebres intermitentes. No es estraño, porque como su elemento es el vapor, de tiempo en tiempo se sube el vapor á las cabezas, y luego se disipa, y asi andamos.

Cuando hace un año se disponia mi paternidad á regresar del estrangero, la fiebre de los ferro-carriles se hallaba en uno de esos crecimientos fuertes, tal que al leer los diarios españoles y al oir las noticias que por allá circulaban, casi estuve por detenerme un par de meses mas, con la esperanza de venir á Madrid y cruzar la España de cabo á cabo en camino de hierro. Despues me alegré de haberme resuelto á venir en una diligencia llena de rendijas, porque si hubiera esperado á hacer el viage en vapor, Dios sabe si cuando volviera se me habria olvidado la lengua del pais. Y eso que entonces estaba en boga la linea del Norte, como despues estuvo la del Mediodia, luego la del Sudoeste, mas adelante la del Centro, despues ninguna, luego todas, en seguida otra vez la del Norte, y ahora otra vez la del Centro, todas con sus correspondientes ramales, correspon-

dencias y travesias. De modo que á juzgar por los proyectos y por lo adelantados que nos los presentan, será cosa que dentro de poco podremos ir de Madrid á todos los puntos de España en camino de hierro, y no solo á los puntos estremos y en lineas rectas, sino á todos los intermedios y excéntricos por lineas trasversales, que de tal modo cruzarán estas el territorio de la Península que vendrán á ponerse como una tela de araña.

Porque es de saber que hay una empresa para el camino de Madrid á Zaragoza y Barcelona, otra para el de Madrid á Bilbao, otra para el de Madrid á Valencia, otra para el de Madrid á Alicante, otra para el de Madrid á Avilés, otra para el de Madrid á Badajoz, otra para el de Madrid á Cadiz; cuyos caminos estarán todos plagados de ramales; de manera que á Sevilla podremos ir directamente ó por Estremadura; á Francia por Bilbao ó por Zaragoza; á Lisboa por Sevilla ó por Badajoz; á Vitoria, Tolosa y Pamplona por dos ó tres lineas, la que mas nos acomode; de Valladolid pasarémos á Bilbao, Santander, Palencia ó Leon, donde mas nos convenga ó se nos antoje, porque para todas partes habrá ferro-carriles; cruzarémos de Norte á Sur, de Este á Oeste, ó por el Sudoeste ó por el Noroeste, á escoger, que todo puede reducirse á unas pocas horas de rodéo.

Y todo esto va á suceder simultáneamente y muy pronto. *Simultáneamente* lo dispongo yo para evitar rivalidades, porque al decir de los anuncios, todas las empresas van á ser las primeras á principiar los trabajos, y esto de que todas sean las primeras no está en el órden, ni lo puedo consentir: por otra parte ninguna quiere ser la segunda, con que para cortar discordias y preferencias dispongo yo que principien á un tiempo. Lo de *muy pronto* es cosa suya, puesto que todas dicen que están ya organizadas y corrientes, la concesion del gobierno obtenida, el terreno reconocido, los planos levantados y aprobados, los trabajos preliminares concluidos, el capital social en caja, las cien mil acciones cubiertas *vel cuasi*, la linea reconocidamente mas ventajosa y util que ninguna, la obra la mas barata, y el terreno el mas llano, regular y desembarazado; y los ingenieros ingleses casi nos van haciendo creer que la España es un pais como la palma de la mano, sin rocas, montañas ni desigualdades del tamaño de una lenteja.

Esto va á ser una gloria, y un drama nuevo en el *Teatro social del mundo*, porque los ingleses, los franceses, los belgas, los alemanes, los austriacos, los rusos, los anglo-americanos, todos han empezado en su pais haciendo primero una linea y despues otra, y asi sucesivamente: pero nosotros, ya que seamos los últimos (á no ser que el Sumo Pontífice reclame para sí este derecho; en cuyo caso por respeto á Su Santidad tendrémos que callarnos), lo hemos de hacer todo de una vez, y en seguida á descansar, que

es el modo de hacer las cosas, y de ofrecer al mundo un espectáculo nuevo.

¿Qué sucederá al fin? Pregunto yo Fr. Gerundio. ¿Tendremos muchos caminos de hierro? ¿tendrémos pocos? ¿tendremos todos los que hay proyectados? ¿ó nos quedarémos sin ninguno? ¿Se harán todos á un tiempo, ó será alguno el primero? ¿Se emprenderán al instante, ó se tardará otro poco como el año pasado?—A cuya pregunta estoy seguro que me responden del Sur: «¡oh! en cuanto á esta linea no hay duda que se empezará pronto y muy pronto, por que están interesadas en ella dos compañias, una inglesa, y otra española, y esta será la primera.»—Y del Centro: «¡oh! en cuanto á esta linea, á no dudar será la primera, porque ademas de las dos compañias, una española y otra inglesa, que en ella hay interesadas, tenemos tambien dos direcciones, una en Londres y otra en Madrid.—Y del Norte: «¡Oh! en cuanto á esta linea ¿quién duda que será la primera, estando como está á cargo de tres compañias, una inglesa, otra francesa, y otra española?—Y del Este: «¡Oh! sin género de duda este será el primer camino de hierro de España, porque la compañia francesa se ha unido ya con la inglesa, y las dos han transigido con la del Mediodia y la del Sudoeste, refundiéndose las cuatro en una compañia grande y poderosa.»

Por manera que no hay remedio, las primeras van á ser todas, porque en todas las empresas hay franceses é ingleses, y la confianza está principalmente en estos últimos, que no emprenden nada que no ejecuten, y están tan generosos con nosotros que ellos nos dan sus capitales, sus ingenieros, su direccion, sus operarios y sus máquinas. Mucho dar es ciertamente. ¿Cómo nos darán tanto? *Timeo Danaos et dona ferentes*, decia el Troyano: «Temo á los griegos y los regalos que nos traen.» Y los hechos justificaron la razon con que los temia.

Mi paternidad gerundiana no dirá lo que el Troyano, pero sí dirá: «mirad, hermanos, que las empresas de caminos de hierro suelen estar llenas de *misterios*!»

Nadie mas que Fr. Gerundio desea que haya caminos de hierro en España; nadie mas que Fr. Gerundio reconoce que no pudiendo hacerlos por nosotros solos, necesitamos de los conocimientos, auxilios y concurrencia de los estrangeros, y que debemos agradecerles mucho su cooperacion y el interés que se toman por nuestra prosperidad. Natural es tambien que al proporcionarnos á nosotros estos beneficios no se olviden del suyo, y si otra cosa nos dijeran no les creeríamos. ¿Pero le buscan para despues que estén los caminos hechos, ó se proponen especular con los caminos antes que los caminos existan?

Yo solamente diré: «mirad, hermanos, que las empresas de caminos de hierro suelen estar llenas de *misterios*!

A los ingleses les podrán convenir cierta ó ciertas lineas en España, y sin embargo entran en todas, las abarcan todas. A los franceses les podrá convenir alguna linea de ferro-carriles en la Península, sin embargo en todas entran y todas las abarcan. ¿Porqué lo harán? Las empresas de caminos de hierro están llenas de *misterios*.

A los ingleses no les puede acomodar que haya muchos caminos de hierro en Francia. Sin embargo las compañias inglesas solicitan las empresas de caminos de hierro en Francia. ¿Qué idea se llevarán? Las empresas de caminos de hierro están llenas de *misterios*.

Sesenta y una compañias se han formado en Francia para *cinco lineas* de caminos de hierro, cuyos fondos constituyen una sexta parte de la riqueza monetaria del pais. Ninguno de estos caminos está hecho todavia, y ninguna empresa pierde ya. ¿Cómo será esto? Las empresas de caminos de hierro están llenas de *misterios*.

En Francia y en Inglaterra se forma una empresa para hacer un ferrocarril. Capital social 200 millones: se emiten 100 mil acciones á 2 mil rs. Al dia siguiente de anunciarse la Compañia ya no se encuentran acciones á la par. ¿Qué se hicieron aquellas acciones? Las empresas de caminos de hierro están llenas de *misterios*.

Al poco tiempo la compañia vende sus acciones con *prima*. Que el camino se haga ó no se haga, la *primita* ya está en casa. Las empresas de caminos de hierro están llenas de *misterios*.

¿Se puede saber los desembolsos que hace la compañia por cuenta de las 50 ó 100 mil acciones que reservó para sí? No es cosa facil. Las empresas de caminos de hierro están llenas de *misterios*.

Banquero hay en Londres y en París que se veía perdido y ha rehecho su capital á favor de una empresa de ferrocarriles que inventó, y que no se ha ejecutado. Cómo lo haya hecho yo no lo sé, porque las empresas de caminos de hierro están llenas de *misterios*.

Empresario ha habido que ha encontrado el secreto de ganar ocho ó diez millones antes de empezar el camino. Yo no sabré decir cómo se obran estos milagros. Lo único que sé es que las empresas de caminos de hierro están llenas de *misterios*.

Agotadas las primeras acciones, se inventa un ramalito, y se emiten 20 ó 30 mil acciones suplementarias, las cuales suelen ser un buen suplemento. Yo no sé cómo, porque las empresas de caminos de hierro están llenas de *misterios*.

Los Diarios de París fueron denunciados de ir á la parte y favorecer no sé qué agiotages de las compañías de caminos de hierro. La denuncia y el proceso fueron escandalosos, pero yo no sé qué parte de verdad tuvieran, porque las empresas de caminos de hierro están llenas de *misterios*.

Las acciones de caminos de hierro se han hecho un nuevo papel-moneda que se cotiza en las Bolsas, y es una gloria el agio que anda por las de París y Londres, en cuya comparacion el agio del papel del Estado es un granito de anís. Yo no sé en que consiste, porque son *misterios* de las empresas de caminos de hierro.

Mi paternidad está muy lejos de creer ni imaginar que estos *misterios* que no he hecho sino indicar, y otros que indicar pudiera, puedan tener lugar en las empresas de los futuros caminos de hierro de España, y mucho menos de parte de los empresarios españoles, naturales enemigos de los misterios y del agiotage. Al contrario, es un aviso gerundiano-paternal á estos para que no se dejen sorprender. Y no porque tema tampoco que haya intencion de *sorprender la inocencia*, sino que como los principales empresarios son estrangeros, y estos son los que por allá usan estos misterios, podría suceder que se nos colára por acá alguno, lo cual no pasa de un *por si acaso*, que nunca está de sobra.

Por lo demas deseo vivamente que no suceda con los caminos de hierro de España lo que sucede con la Constitucion del Rey de Prusia, que hace 14 años que ofreció darsela al pueblo, y cada año les repite dos ó tres veces la oferta, y la tal Constitucion no parece; y eso que, segun dice, están todos los trabajos hechos. Tambien los trabajos preparatorios de los ferro-carriles de España dicen que están concluidos y corrientes, y sin embargo no se empiezan á construir. Tampoco entiendo este misterio.

RECTIFICACION.

Todo lo que acabo de decir téngase por no dicho. Considérese como disueltas ó no existentes todas las empresas de caminos de hierro de España; porque ellas están fundadas sobre la base del vapor, y ya esta fuerza motríz es innecesaria y superflua para los ferro-carriles, si es cierto un invento que acaba de hacer un español. Un español, si señores, aunque pa-

rezca mentira. El Presbítero Don José Ignacio de Arrieta, residente en la villa de Lezo (Guipuzcoa), nos anuncia que ha inventado una máquina para hacer andar los carruages sin necesidad del vapor y con mas velocidad y mitad de coste, con tal que la inclinacion del terreno no exceda de cinco grados sobre el nivél.

Y no se limíta á esto solo la invencion del cura de Lezo, sino que esta misma máquina es aplicable á los buques, con la ventaja de que las ruedas-remos van todas dentro del agua, en disposicion que ni hacen ruido ni bulto, ni nadie que no lo sepa es capaz de atinar cómo se mueve el buque.

¿Quién habia de decir que lo que tantos ingenieros mecánicos estrangeros no han acertado á descubrir á pesar de los años y estudios que en ello han empleado, y de los infinitos ensayos que han hecho, lo habia de inventar un cura guipuzcoano? Está visto que no sabemos lo que tenemos en casa, y que donde menos se piensa salta la liebre. Mucha invencion me parece para un cura de Lezo, pero todo puede ser, y si la invencion es cierta hé aqui una brillante ocasion para que el *Instituto Industrial español* empiece á ejercer su filantrópico y nacional objeto. De todos modos, ya que las empresas de ferro-carríles de España parece que se han propuesto imitar á aquel ciudadano que andaba desnudo con una pieza de paño al hombro esperando la última moda para hacerse el vestido, creo que no deben principiar sus trabajos hasta ver si la invencion del cura de Lezo da los resultados que dice; y sino los diese, hasta que se invente la última moda de caminos de hierro.

GUSTOS DEL SIGLO.

OTRO SOLTERON.

Señor Don Juan *Orobusco*,
¿cómo es que vd. no se casa?
Que ya, si no me equivoco,
su edad en los treinta raya.

—Y ojalá que no excediese
en dos unidades largas.
—Auto en mi favor. Y entonces
¿qué es lo que á vd. le embaraza?

Tiene vd. salud robusta,
buen empleo, y si le falta,
vivir puede independiente
con rentas propias no escasas.

¿Qué apetece pues? ¿qué espera?
¿A qué mil diablos aguarda?
¿quién como vd. puede hacer
feliz á cualquier muchacha?

—Con mil amores, señora,
lo hiciera yo, si encontrára
tal jóven que reuniese
unas buenas circunstancias.

—¿No falta, Don Juan, mas que eso?
—Doña Inés, solo eso falta.
—Pues, Don Juan, un tal tesoro
no está lejos de su casa.

Usted conoce á Paulina
la hija de Doña Engracia,
que es bella, jóven, modesta,
graciosa, humilde.....—No basta.

—Amable sin coquetismo,
de instruccion sin petulancia,
ni la fortuna la engríe,
ni la abate la desgracia.

—¿No mas que eso, Doña Inés?
—Cose y borda, toca y canta:
y es tan fina en sociedad
como hacendosa en la casa.

—¿No mas que eso?—Y su familia
no es menos noble que honrada.
—¿No mas que eso, Doña Inés?
—¿Y qué, Don Juan no le basta?

Todos su talento admiran,
todos su hermosura alaban,
su modestia agrada á todos,
y á todos su genio encanta.

—¿Nada mas?—¿Aun mas quisiera?
—Solo, Doña Inés, me falta
saber si á tan linda jóven
le adorna otra circunstancia.

—¿Otra aún?—Otra tan solo,
que es la gracia de las gracias.
Dígame vd.: ¿le relucen
á esa niña las espaldas?

—¿Riquezas busca, Don Juan?
—¿Y es, Doña Inés, cosa estraña
en un hombre de este Siglo
y que *Orobusco* se llama?

—Tiene vd. razon, Don Juan.
Bien tal apellido cuadra
á quien lleva y se propone
miras tan interesadas.

Mas pues las riquezas busca,
ahí tiene á Doña Crisanta.....
—¿Es rica?—Todos al menos
la tienen por millonaria.

—Me conviene, Doña Inés.
—Pero es vieja.—No hace nada.
—Bastante fea.—No importa.
—Impertinente y uraña.

—¿Y qué le hace?—Tierna de ojos.
—¿Y qué le hace?—Bizca y chata.
—¿Y qué le hace?—Y enfermiza.
—¿Y qué le hace?—Y medio fatua.

—¿Y qué?—Y en casa es gruñona,
y en visita charlatana,
y en sus maneras descubre
la educacion que le falta.

—¿Y qué?—Que el diablo le lleve,
Don Juan, si con tal estampa
á cargar se determina,
que el gusto es lo que se alaba.

—Gustos del siglo, Señora,
que este es un siglo de plata,
las riquezas son el todo,
belleza y virtud son nada.

Dejemos pues á Paulina,
y venga Doña Crisanta,
que despues.....—Despues, Don Juan,
se entiende bien lo que calla.

¡Maldicion á tales hombres!
—Doña Inés, vd. dislata.
—Maldicion, Don Juan, repito,
y de aquí nadie me saca.»

Asi Don Juan *Orobusco*
con Doña Inés conversaba:
Fr. Gerundio los escucha,
y de esta manera exclama:

Se acomoda Don Juan con un vestiglo,
con tal que le reluzcan las espaldas,
¡estas las flores son y las guirnaldas
que se ciñen los hombres de este siglo!

En tanto la virtud yace abatida,
por los hombres del Siglo despreciada,

y concluye agostándose olvidada,
ó acaba sucumbiendo perseguida.

Y pues es de admirar y hacerse cruces
que jóvenes y mozos y vetustos
tengan en este Siglo tales gustos,
reniego de este Siglo y de sus luces.

CLUB DE DAMAS LIBRES.

Una gran revolucion se prepara en el mundo: revolucion trascendental, inmensa, y tanto mas temible cuanto es el bello sexo el que conspíra, el que se organiza para hacerla. Sí; el espíritu reformador del siglo ha invadido á la hermosa mitad del género humano, como no podia menos de suceder. Y no porque el bello sexo no haya sido siempre reformador; al contrario es tan esencialmente reformador, que la dama que deja pasar un dia sin hacer alguna reforma, puede decir que ha perdido aquel dia, como el emperador Tito cuando no hacia alguna obra buena. Sino que las reformas de que hasta ahora generalmente se habia ocupado eran reformas parciales, ligeras, y sobre objetos y puntos no de la mas profunda importancia social.

Pero la reforma de que ahora se trata es una reforma radical, que afecta á las bases constitutivas de la organizacion social de los dos sexos, á la tabla de los derechos de cada uno, y á los principios consagrados por una tradicion constante y perpetua. Se trata nada menos que de la emancipacion del bello sexo, de su libertad, de sacudir las tiránicas leyes que le oprimen.

Siempre y en todos tiempos han existido mugeres con tendencias á la emancipacion y á la libertad: pero estas eran individuas aisladas que obra-

ban de su cuenta y riesgo. Hoy la cosa es mas séria; hoy tenemos ya una asociacion, y lo que suena peor y es mas alarmante todavia, un *club* organizado, titulado *Club de damas libres*. Este *Club* se ha formado en la capital de Prusia, en Berlín: allí donde se agitan y revuelven ahora, donde bullen, hierben y fermentan en la actualidad todas las ideas de reforma social, religiosa, civil y política: allí donde andan revueltos católicos con protestantes, evangélicos con luteranos, *neo-católicos* con *amigos de las luces*, donde Rouge y Czersky predican que se desgañítan, donde se celebran concilios y conspiraciones, donde el pueblo pide Constitucion, y el Rey dice que la está trabajando unos diez y ocho años há, y el pueblo la vuelve á pedir, y el Rey responde que allá va, que ya le falta poco, y el pueblo se impacienta, y el Rey dice que tenga un poco de calma, que pronto va á concluir.

Pero las bellas prusianas han tenido menos flema que sus conciudadanos, y han formado un *Club* para la emancipacion femenina, que parece se corresponde con otros iguales *Clubs* de Francia y de otros paises. Su objeto es proclamar la libertad del sexo, sacudir el yugo y la preponderancia con que los hombres las tienen oprimidas, y en una palabra *masculinizarse*. En un siglo en que los hombres se han afeminado tanto, era natural y casi consiguiente esta reaccion. La afeminacion de los hombres necesariamente habia de traer la virilidad de las mugeres.

El Club revolucionario ha adoptado ya varias reformas, todas dirigidas á libertarse de cuanto oprime, sujeta, esclaviza y tiraniza á las mugeres, asi como á robustecer el sexo llamado hasta ahora débil. Entre estas medidas descuellan la proscripcion de los corsées, como signos y aun mas que signos de esclavitud, como unos tiranuelos que tienen los cuerpos en perpetuo aprisionamiento: la de reservarse el precioso derecho de escoger sus esposos futuros, declarando su atrevido pensamiento á la persona que sea de su mayor estimacion y agrado: la de invitar á los hombres al baile, y en fin la igualdad de derechos en todo lo que la naturaleza consiente.

Estas primeras reformas dan ya una idea ventajosísima de la sabiduría de aquellas *hembras-hombres* (1). Y en cuanto á la supresion de los corsées, es de esperar que su resolucion sea llevada á cabo y tenga mas cumplido efecto que la que tomó el mismo Emperador José II, el cual, profundamente afectado por el gran número de mugeres jorobadas que observaba en su corte, é informado de que la causa de aquellas deformidades era la esclavitud y continua apretura en que los corsées tenian los cuerpos germáni-

(1) Y vé ahí como no iba tan descaminado el ministro que llamó en el parlamento á la Reina de España una *Reina hembra*.

cos, dio un decreto aboliendo su uso en las casas de huérfanas y en todos los institutos de educacion femenina del estado; pero el despotismo de la moda tuvo entonces mas fuerza que el edicto imperial, y aquella sabia medida quedó sin efecto.

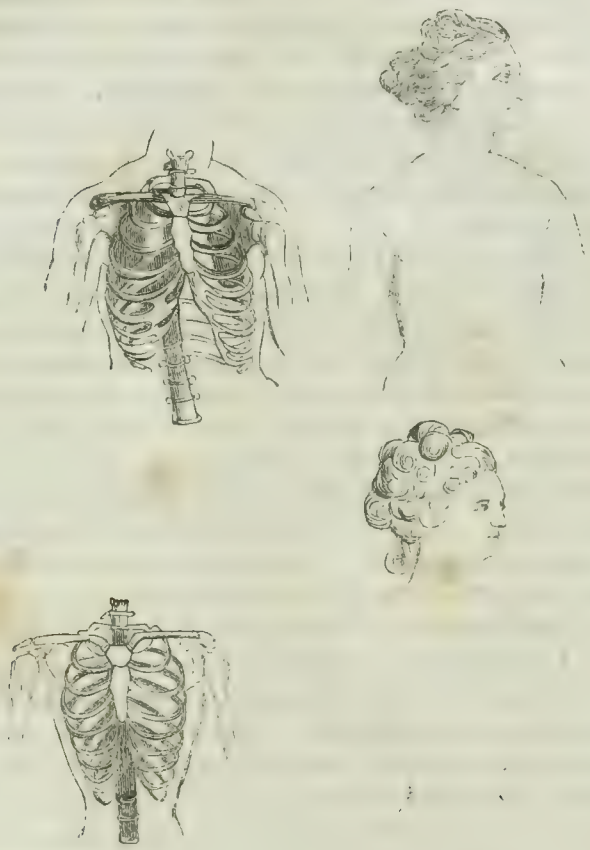
Las razones que han tenido las damas prusianas para declararse contra el corsé, ademas de la odiosa tiranía que ejerce, intolerable para damas libres, sin duda han sido poderosas.

«El corsé, dicen, es contrario á las tres cualidades físicas que nosotras nos proponemos fomentar en nuestro sexo: *salud*, *robustez* y *belleza*. La accion del corsé es diametralmente opuesta á la de la naturaleza; porque todo el mundo sabe que el pecho forma un cono, cuyo vértice está en la parte superior, y su base en la inferior. Ahora bien, los corsées oprimiendo y ajustando hacia el medio del torso, estrechan la parte del pecho que debiera ser mas ancha, la que forman las costillas falsas, de cuya compresion resulta la dislocacion de los principales órganos, y la tortura y mortificacion de todas las vísceras; el corazon y los pulmones se ven embarazados en su accion, y de aqui las irritaciones pectorales, las palpitaciones, el ahogo en la respiracion, las opresiones, los vértigos, las afecciones histéricas, las tisis, las amenorrhéas, las chlorosis, etc.»

Para convencerme de ello me envian los dos siguientes dibujos, el primero de los cuales representa el diseño de la fundadora y presidenta de esta asociacion, la Señorita *Albertina Sthamen-Theilig*, con las formas naturales que tenia antes de empezar á usar el corsé, y su organizacion interior, que es la natural segun los anatómicos. Y el segundo espresa el estado á que redujo el corsé su cuerpo y su organismo, á fuerza de querer ser delgada contra la voluntad de la naturaleza.

Añade, que ademas del trastorno que en su economía ha causado y de los males que en su salud ha producido esta armadura mecánica, ha cambiado hasta la espresion de sus facciones, la animacion de su rostro, y la frescura de su tez; de manera que los mismos adoradores que antes la llamaban hermosa á todas horas, ya lo repiten menos, y con mas tibieza y frialdad. Que esto mismo les ha acontecido á sus consocias, lo cual no estrañan, porque están convencidas de que no puede haber verdadera belleza, cuando faltan la robustez y la salud. Y que por lo tanto, no queriendo renunciar á la cualidad mas preciosa é influyente del sexo, por mas que en otros puntos se propongan revindicar derechos que otro sexo les tiene usurpados, y queriendo hacer un servicio á sus semejantes, han resuelto dar el grito de «*guerra á los corsées*, «*guerra á la esclavitud*; «*abajo los tiranos de los cuerpos!*» Y en su lugar y para dar gracia y apostura al talle, soltura y

agilidad al cuerpo, elegancia y esbelteza á las formas, ha acordado el *Club* adoptar la gimnástica, la equitacion, y todos los ejercicios varoniles y masculinos, que al propio tiempo que les den robustez física las vayan condu-



ciendo á la emancipacion moral que se proponen y á que tienen derecho.

En vano ha sido querer esponerles las ventajas de un corsé sábiamente construido, y prudentemente ajustado: de un corsé dotado de todas las hábiles modificaciones de un Jalade-Lafond, el mas estudioso mecánico quirúrjico, y á quien mas agradecido debe estar el bello sexo por sus útiles y felices inventos en esta importante parte de la *toiléte*; en vano ha sido representarles las ventajas de este utensilio diestramente fabricado, para mo-

dificar obesidades supralegales, reprimir movimientos desordenados, corregir actitudes insólitas, evitar extravíos y deviaciones incongruentes, domeñar redundancias, suplir carencias, hacer compensaciones, coordinar materias, y en una palabra para dar á las cinturas la conformacion geométrica conveniente, la gracia, el aire, la *tournure*, la delineacion mas delicada, previniendo ó castigando cualquiera irregularidad de las que Mr. Duval especifica en su *Ojeada sobre las imperfecciones del bello sexo.*

Nada ha bastado á convencer al *Club* reformador. Verdaderas revolucionarias, no se contentan con transacciones ni medias tintas. Han proclamado la libertad de cintura como mas largamente se contiene, y en su consecuencia han declarado fuera de la ley al tiránico corsé bajo cualquiera forma que se revista.

Dudo mucho que las hermanas *Berlinas* (que asi podremos llamar á las ciudadanas libres de *Berlin*) hayan andado felices y acertadas en inaugurar su sistema de emancipacion con una reforma tan radical y tan reaccionaria como la total abolicion del corsé, porque no me parece el mejor medio de hacerse prosélitas. No porque la reforma no fuera muy conveniente, y no esté muy sábiamente concebida, sino por la resistencia que encontrará en los antiguos hábitos, y por la repugnancia con que las señoras habrán de renunciar á la adorada esclavitud de sus cuerpos.

¿Habrán estado mas felices en las otras reformas? Sospecho que en esto han de tener mas secuaces. Y lo sospecho por la tendencia que observo en el Siglo y en el bello sexo hácia la emancipacion: tendencia que se deja sentir y que se manifiesta por innumerables síntomas, de los que acaso se ocupará en otra ocasion mi paternidad. Este es uno de los progresos de la civilizacion. Que el bello sexo se va masculinizando al paso que el masculino se afemina, no se puede dudar. ¿Será cosa de temer una revolucion? Hasta ahora no había mas que tendencias aisladas, ideas individuales, hechos parcialesy diseminados: ahora ya hay un centro de operaciones; ya se ha empezado á dar una organizacion; las damas prusianas han comenzado á *constituirse*: asi empiezan las revoluciones, y esta seria una verdadera revolucion social, la mayor revolucion que se podria hacer en el mundo. La cuestion es grave, muy grave, y no hay quien pueda decir: «á mí no me interesa.»

Innumerables otras cuestiones, todas de alta importancia social, surgen y se desprenden y derivan de esta gran cuestion. ¿Podrá el bello sexo emanciparse? ¿Deberá emanciparse? ¿Convendrá que se emancipe? ¿Cómo quedaria la sociedad si se emancipára? ¿Cuál es la tendencia y el espíritu del Siglo en esta materia? ¿Cómo y hasta qué punto pueden influir las mugeres

en los negocios públicos? ¿Hasta qué punto pueden ser sábias, literatas y artistas? ¿Hasta qué punto pueden y deben ser libres? ¿Hasta qué punto pueden ser iguales á los hombres? ¿Qué educacion se da en España á las mugeres? ¿Qué educacion se les da en otros paises? ¿Es la mas conveniente? ¿Lo es para hacerlas á ellas felices? ¿Lo es para que hagan felices á los hombres? ¿Cuál es el verdadero y propio papel que deben representar las mugeres en el *Teatro Social*?

A todas estas y á otras muchas mas cuestiones da márgen y abre campo el proyecto de emancipacion de las *Sansimonianas* de Berlin (1). Dichoso el que pudiera tratar con tino unas cuestiones tan trascendentales en el órden moral, como poco esclarecidas, á lo que yo sepa, en España. Por lo que á mi paternidad gerundiana hace, si supiera que no lo habian de tomar á enojo ni el uno ni el otro sexo, y que la materia les parecia tan digna como á mí de figurar en el *Teatro Social*, no tendria inconveniente en emitir algunas ideas sobre el asunto, que no serian un tratado, pero que podrian mover á hacerle á quien mas ingenio y disposiciones que Fr. Gerundio para ello tuviera.

(1) Uno de los capitulos de la doctrina de los Sansimonianos es la libertad y la emancipacion de las mugeres, y la igualdad de derechos de los dos sexos.

MONÓLOGOS Y APARTES.

Les poetes ne devraient donc se permetre de monologue que le plus rarement possible; et lorsqu'ils ne pouvent se s' en dispenser, les faire excuser par le merite de la brieveté.

CHAMPAGNAC.

Mucho tiempo hace que me están chocando, á mí FR. GERUNDIO, los *monólogos y apartes* con que los señores poetas dramáticos procuran entretenernos en las representaciones teatrales.

Ciertamente que no deja de ser curioso y divertido, y sobre todo muy natural, el que un personage cómico ó trágico se ponga á contarse á sí mismo todo lo que le pasa, á descubrirse sus mas recónditos pensamientos, á revelar las trazas y ardides con que se propone enredar un negocio, á referirse su historia por medio de una tirada de ciento ó doscientos versos, á echar sus cuentas y hacer sus cálculos, á manifestar sus dudas y sus zozobras, y á poner en fin al público al corriente de todos los secretos, entonces que nadie le oye.

Es indudablemente gracioso ver á uno de estos personages cerrar cuidadosamente las puertas, y cuando se ha asegurado de que está solo y nadie le escucha, dirigirse muy sério al público, y comenzar á decir con mucha formalidad: «esta gente cree que me engaña, pero no saben ellos lo que yo voy á tramarles: ahora que estoy solo lo puedo decir: pues señor, lo que voy á hacer es esto, y esto, y lo de mas allá: si me dicen esto, yo contestaré lo otro; si me arguyen por aqui, yo replicaré por este lado: voy á disponer las cosas de esta y de la otra manera: buen chasco se van á llevar, porque yo soy hombre que me pinto solo para estos enredos: voy á fingir que la amo, y cuando obtenga su cariño etc. etc.»

A veces el poeta no necesita de estos preparativos para hacer hablar solo al que le da la gana, sino que desde el momento que se queda solo en la escena, comienza á desembuchar cuanto bien le viene, y charla y parlotéa, y se pregunta y se contesta á sí mismo, y se alegra, y se enfada, y se tranquiliza, y dice por qué hace todo aquello, y á veces no se contenta con

menos que con informarnos en qué consiste todo el enredo de la comedia.

Una de dos; ó aquel hombre habla con el público, y entonces no es el personage del drama, sino el autor que por su boca gasta un rato de conversacion con nosotros espectadores, ó habla consigo mismo, lo cual no lo acostumbran á hacer sino los simples ó los locos. A lo menos en el *Teatro Social* estas dos castas de gentes son los únicos que hablan solos, y si el *teatro dramático* debe ser una imitacion del *Teatro Social*, no sé yo dónde esté la naturalidad de los tales soliloquios.

Otro de los chistes de los teatros son los *apartes*. Está un hombre hablando con su dama, le dice cuatro chicoléos, da de repente un cuarto de conversion á la cabeza, y dice en voz tan clara, sonora é inteligible como antes, pero *aparte*; «¡si ella supiera que la estoy engañando!» El público lo oye desde la tertulia del tercer piso, pero la dama que está tropezándole con el codo no le oye, porque lo dijo *aparte*.

A veces el amante va á entrar en la sala, pero desde la puerta observa que su amada se halla en agradables coloquios con su rival; entonces se detiene y grita con desaforada voz: «¡ah pícaros! ¿esas tenemos? No os dé cuidado, que yo os compondré.» El público ríe porque lo ha oído, pero como los interlocutores, aunque estaban mas cerca, no lo oyeron porque lo dijo *aparte*, continúan enfrascados en sus requiebros. El otro sigue *rabiando de celos aparte*, y asi se están un cuarto de hora, ó el tiempo que ha dispuesto el autor, voceando unos y otros, pero sin oirse, porque hablan *aparte*.

Otras veces se esconde el actor detras de una cortina, ó debajo de una mesa, y desde allí de tiempo en tiempo asoma la cabeza, y dá un grito ó hace una esclamacion, diciendo que está perdido ó desesperado. La exclamacion resuena en todo el teatro, pero los personages que están en escena no la oyen, porque esclamó *aparte*.

¿Habráse visto cosa mas inverosimil, mas tonta y mas ridícula? Hablando de esto dice *Mr. Champagnac*: «Un monólogo es siempre lánguido y frio, por bien escrito que esté, si no tiene mas objeto que instruir á los espectadores de algunas circunstancias que deben conocer. La fuerza de la costumbre ha concluido por hacernos demasiado indulgentes sobre este punto. No es menos cierto que en un arte cuyo fin principal es la imitacion fiel de la naturaleza, es bien poco natural multiplicar como se hace los largos monólogos, sean cómicos, sean trágicos. Solo en las casas de locos se encuentran personas que hablan consigo mismos en alta voz, detallando con complacencia y de la manera mas circunstanciada las cosas que los preocupan, y espresando todo lo que pasa en su cabeza ó en su corazon. Sin embargo es lo que se ve, es lo que se oye todos los dias en nuestros teatros.

Cuando un autor se halla embarazado para poner su auditorio al corriente de las particularidades necesarias para la inteligencia de la accion de su pieza, al momento recurre al monólogo: pone en escena uno de sus héroes, que raciocina solo, que combina proyectos, que se pone objeciones y se apresura á responderlas, que cuenta su historia, etc. etc. Bien se comprende que semejante manera de discurrir es de todo punto inverosímil. *Los poetas no deberian pues usar el* monólogo, *sino las menos veces posible; y cuando no pueden dispensarse de ello, hacerle escusable por el mérito de la brevedad.* Sin duda en los transportes de una pasion puede un hombre dejar escapar algunas palabras que se dirija á sí mismo; pero es á lo único que debería limitarse el monólogo dramático. Los razonamientos, las relaciones, las recapitulaciones históricas, deben ser severamente desterradas. Se me objetará que se encuentran soliloquios en muchas obras maestras de nuestra escena: de aqui no se sigue mas, sino que estas obras serian mas perfectas si de ellas hubieran descartado esos monólogos tan poco naturales. Regla general: jamás un monólogo es realmente dramático sino cuando el espectador se interesa por el que habla, cuando sus pasiones, sus virtudes ó sus desgracias, le hacen tan interesante que se le perdona el que hable consigo mismo.»

«Los soliloquios, dice el Duque de Buckingham, deben ser raros, extremadamente cortos, y emplearse solamente en la pasion. Nuestros amantes hablándose á sí mismos á falta de otras personas toman por confidentes á las paredes.»

«Los soliloquios, dice otro autor, se han hecho demasiadamente comunes en nuestros teatros: nada hay sin embargo tan contrario al arte y á la naturaleza como introducir en la escena un actor que se hace largos discursos para comunicar sus pensamientos. Cuando este género de descubrimientos son necesarios, el poeta deberia cuidar de dar á sus actores, confidentes á quienes pudiesen revelar sus pensamientos mas secretos: asi podria el espectador instruirse de ellos de una manera mas natural. Los monólogos son un recurso que debe procurar no hacerse necesario el buen poeta.»

¿Qué puedo añadir, yo Fr. Gerundio, á lo que dicen tan respetables escritores? Que desde que ellos lo dijeron hasta nuestros dias, lejos de menguar los *monólogos* y los *apartes*, han seguido en progreso, siendo el recurso y la olla de los pobres de los autores dramáticos.

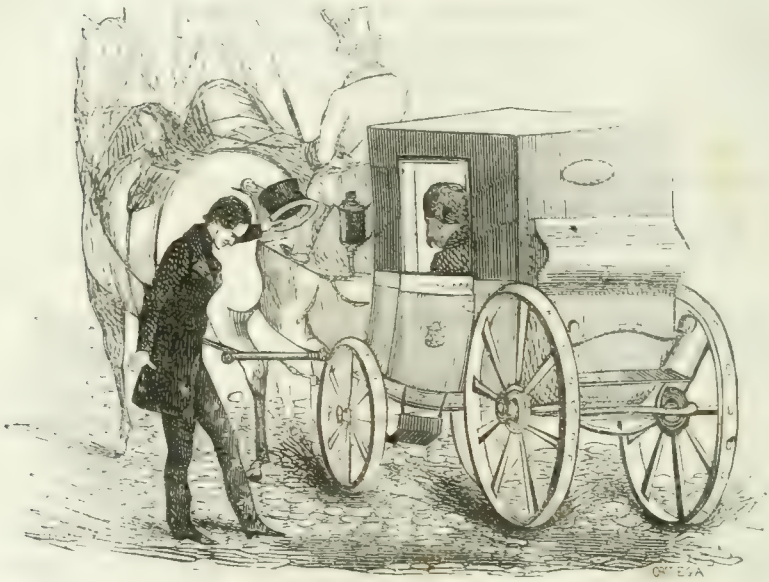
Dejad, poetas dramáticos,
los *apartes* y *monólogos*,
porque es un poco ridículo,

y sobremanera insólito,
que asi diga el hombre al publico
sus secretos mas recónditos.
Solo cuando está maniático
habla solo Don Hipólito.
O al menos sed mas estípticos
y un poco mas económicos,
que hay medios mas verosímiles
de hacer conocer lo incógnito.
Aun los soliloquios pásoles
siendo breves y algo lógicos,
mas los *apartes* condénolos
en lo trágico y lo cómico.
Que es cosa que ofende al timpano
y al sentido filosófico
que un actor hable colérico
y con acento estentórico,
y le haya de oir el público,
y no le oiga el otro prógimo,
cuando está á su lado hablándole,
y escuchando de propósito.
Dejad, poetas dramáticos.
los *apartes* y *monólogos*,
porque ni son verosímiles,
ni naturales ni lógicos.

UN LITERATO Y UN CAPITALISTA.

Don Timoteo es un hombre lleno de letras; toda su vida la ha consumido en el estudio, y hasta él mismo se ha consumido á fuerza de leer, estudiar y escribir; pero con fruto, pues no contará la España del Siglo XIX muchos hombres de una erudicion tan sólida como la de Don Timoteo. Es un escritor juicioso y profundo; y si algunas de sus obras no se han publicado, solo consiste en que el fondo de su numerario no está en consonancia con el fondo de su instruccion.

Encontró un dia Don Timoteo el literato á su amigo Don Buena-Ventura el capitalista, hombre tambien de letras, pero muy gordas, tan gordas como sus talegas. Don Timoteo iba á pié, y Don Buena-Ventura en coche. Saludó el literato al capitalista con profunda cortesía y respeto; el capitalista correspondió al literato con un ligero signo de cabeza. Pero lo peor de todo fué que el coche del rico capitalista salpicó lastimosamente de lodo el vestido del pobre literato.



El pobre Don Timoteo se quedó mirándose afligido. Fr. Gerundio lo vió, y no pudo menos de exclamar. «hé aqui una escena propia del *Teatro Social del Siglo XIX*. Los capitalistas no serán hombres de letras, pero van en coche y salpican de lodo á los literatos, que andan á pié.

EQUITACION ANTIGUA, Y EQUITACION MODERNA.

Hay ciertos egercicios que exigen por su naturaleza cierta gracia y gallardia, cierta posicion de cuerpo esbelta y garbosa, y uno de ellos es la equitacion. Un ginete bien plantado sobre un brioso alazan ó sobre un ligero y fogoso corcél árabe ó español, es una figura interesante y graciosa. ¿A quién no interesaba un caballero de la edad media cuando se presentaba en un torneo armado de punta en blanco, oprimiendo los hijares de un noble y orgulloso bruto de raza africana y criado en los campos del Guadalete ó del Guadalquivir, haciendo el animal graciosas corbetas, y luciendo el mancebo la apostura y gallardia de su cuerpo?

Pero la civilizacion del siglo ha cambiado el gusto, tanto en lo relativo á los caballos, cuanto en el arte de cabalgar y en la escuela de equitacion. Asi es que los elegantes del dia y aficionados de gran tono á los egercicios hípicos encuentran feos y de mal gusto aquellos caballos árabes ó andaluces que antes nos parecian de tan bella estampa, y dan la preferencia á los caballos ingleses de pronunciada osamenta é inconmensurable cuello; y hallando desairada la postura recta y bizarra de los ginetes de otro tiempo, han adoptado como el *non plus ultra* de la gracia y la elegancia del hombre á caballo, el llevar el cuerpo en forma de signo algebraico de menoría, ó de una V echada <, como verbi gracia.

Alabemos el gusto ecuestre de la moderna civilizacion, y admiremos la fuerza de la anglomanía, que al fin si los caballos no son bonitos, son ingleses, y si la postura de los caballeros no es cosa mayor garbosa, en cambio parece que van sufriendo retortijones de tripas, lo cual tiene tambien su mérito y su gracia.

CRISIS.

Me acuerdo haber escrito en una ocasion (1) lo siguiente:

Crítica la semana ha sido á fé;
en *crísis* el *domingo* amaneció;
crísis el almanaque el *lunes* dió,
y de *crísis* el *mártes* tambien fué.
El *miércoles* la *crísis* observé,
sol en *crísis* el *jueves* continuó,
viernes la luna en *crísis* alumbró
y hoy *sabado* la *crísis* sigue en pié.

Y me acuerdo tambien de haber dicho unas líneas mas adelante.

La *crísis* que está corriendo,
las cosas que están pasando,
unos las toman llorando,
y otros las toman riendo.
Porque ofrecen al decir,
segun se quieran mirar,
bastante para llorar,
y mucho para reir.

Y me acuerdo tambien de haber leido en el *Hombre feliz* del P. Almeida, los versos siguientes:

Hermana, sabe pues que la *tristeza*
en mí llega á ser ya naturaleza:
triste me halla la noche, *triste* el dia,
triste la luna nueva, y á porfía
triste me halla en menguante y en creciente,
triste cuando está llena y refulgente:
triste el sol que al ocaso se avecina;
triste me halla tambien si al Sur camina:
triste me es el invierno, y *triste* me era
el verano, el otoño y primavera.

Sustituyendo la *crísis* nuestra de cada dia, á la tristeza de la otra, no hay mas que decir con poquísima variacion.

Hermanos, sabed pues que ya la *crísis*
es en España verdadera *tísis*.

(1) Esto fué en 5 de Junio de 1842: capillada 386, tomo 15. pág. 381.

crísis la noche dá, *crísis* da el dia,
crísis la luna nueva, y á porfía
crísis hay en menguante y en creciente,
crísis en luna llena y refulgente:
crísis alumbra el sol si al Sur camina,
crísis cuando al ocaso se avecina;
y *crísis* tan perenne y continuada
ya no es *crísis*, es *tísis* confirmada.

Habiendo visto cómo se pasa la semana, cómo se pasa el dia y la noche, y cómo se pasa cuando alumbra el sol y cuando hace luna, parece que no queda mas que saber. Sin embargo si alguno necesita saber cómo pasamos cada hora del día en Madrid, no tengo inconveniente en decírselo. Las pasamos de la manera siguiente.

A la *una* la *crísis* ha empezado;
dan las *dos* y la *crísis* va en aumento;
la *crísis* á las *tres* toma incremento;
y á las *cuatro* la *crísis* no ha acabado.
A las *cinco* la *crísis* disminuye;
pero á las *seis* la *crísis* se embravece;
la *crísis* á las *siete* permanece;
y á las *ocho* la *crísis* no concluye.
Crísis hay á las *nueve*, y no varía
ni á las *diez*, ni á las *once*, ni á las *doce*;
¿quiere usted *crísis*? pues que usted la goce
un *dia*, y otro *dia* y otro *dia*.

Y como la *crísis* tiene la ventaja de prestarse á todo género de metros, no tengo tampoco inconveniente en añadir:

Me pone ya melancólico
al ver el cuerpo político
en perpetuo estado *crítico*,
pues esto ya no es católico.
Porque no hay un cuerpo físico.....

Iba á continuar, pero será mejor dejarlo, no sea que se nos pegue tambien la *tísis*. Y asi me contentaré con decir por conclusion:

La *crísis* que está corriendo,
las cosas que están pasando,
los mas las toman llorando,
pocos las toman riendo.
Porque ofrecen al decir,
¿para qué disimular?
bastante para llorar,
muy poco para reir.

CORRESPONDENCIA PUBLICA.

Que inventen, que inventen los estrangeros reformas útiles y provechosas. Dejarles que se quemen las cejas, se rompan los cascos, se devanen los sesos, y se den de calabazadas, discurriendo, meditando, cavilando, y revolviendo en su imaginacion planes y mejoras que reporten utilidad al público, comodidades y ventajas á los particulares, y provecho y beneficio al país. Dejarles que carguen ellos con el trabajo de la invencion; que á bien que aqui estamos nosotros siempre alerta y en guardia, prontos, dispuestos y aparejados á servirnos de sus inventos en el mismo punto y hora que salen de sus cabezas, con la ventaja de tomar lo mejor para nosotros, y dejar para ellos la parte imperfecta y menos acabada, que es lo que tiene en su favor el que encuentra ya los trabajos hechos.

Y sinó que lo diga la reforma de correos que felizmente nos rige. Los meditabundos ingleses se llevaron largo tiempo pensando cómo organizarían un sistema general de correspondencia pública, que á la par que fuese económico para los individuos diese un acrecimiento de productos al Estado. Y en efecto lo consiguieron tan cumplidamente, que hoy en dia una carta sencilla recorre la línea mas larga de Inglaterra sin mas coste ó sobrecargo que un *penny* ó penique, que viene á ser tres cuartos y medio de España, habiendo logrado por este sistema que en pocos años haya subido la renta de correos una porcion de miles de libras esterlínas, efecto del desarrollo que con esta economía individual ha tomado la correspondencia familiar y mercantíl, aparte de la celeridad en el despacho y conduccion, y de la sencillez, economía y ahorro de brazos en las oficinas, y de la justísima reforma de que quien escribe la carta, y no el que la recibe, sea el que pague su coste; que todas estas ventajas ha producido su nuevo sistema de correos.

Una vez hecho el trabajo de la invencion por otros, y vistos sus buenos resultados, parecía que para conseguir los mismos no habia otra cosa que hacer sino copiar, ó tomar lo mejor y mas útil de aquella reforma, y dejar

lo que la esperiencia hubiera acreditado ó de inconveniente ó de menos provechoso, que es, como arriba he dicho, lo que tiene en su favor el que encuentra ya los trabajos hechos.

Pero nuestro ilustrado y siempre atinado gobierno no se contentó con esto, y quiso hacer mas en la reforma con que nos favoreció el año pasado, y que para gloria suya y felicidad nuestra está vigente. El dijo: «¿los ingleses han inventado el medio de hacer la correspondencia pública mas económica para los particulares y mas productiva para el Estado? Pues yo voy á tomar el rumbo opuesto, y á hacer de modo que á los particulares les salga mas cara, y la renta de correos disminuya.» Y lo ha conseguido tan cumplidamente, que en punto á resultados nada tenemos que envidiar á nuestros amigos los isleños, y el pedir mas fuera gollería.

Menester es no obstante confesar que en esto ha habido tambien su parte de invencion y de originalidad, y de consiguiente de mérito. Nuestros reformadores dijeron: «si un millon de cartas á medio real da medio millon de reales, el mismo millon de cartas á real deberá dar un millon de reales completo.» La cuenta parece clara y sencilla, pero es achaque de casi todas las grandes invenciones el parecer sencillas despues de hallado y esplicado el secreto. Este es el gran registro de nuestros reformadores. ¿Hacen falta recursos? Pues el remedio es muy sencillo: se reduce á que el que pagaba 10, pague ahora 30, y el que antes no pagaba nada, que pague ahora 10, sin considerar que quien debe 10, y los paga, da mas que el que debe 30 y paga 5.

Asi fué que los españoles, á quienes viene de muy antiguo el capricho de llevar la contraria de su gobierno, echaron otra cuenta y dijeron para sí: «si un millon de cartas á real produce un millon de reales, trescientas mil cartas no podrán producir mas que trescientos mil reales. Y por una especie de instinto natural, unánime y conforme, individual y no convenido, dieron de baja á toda comunicacion por el correo que no fuese de precisa necesidad, y la pública correspondencia disminuyó en dos terceras partes, y la renta sobre ella fundada bajó al respecto de esta disminucion, y la direccion de correos que orgullosa de su reforma habia ofrecido publicar estados mensuales de los productos de la correspondencia pública para que se viesen y admirasen los aumentos de la renta, dejó de publicarlos para que no se viese y se zumbase la baja que habia sufrido.

Todavia sin embargo tuvieron los reformadores la pretension de querernos persuadir que el porte de un real de vellon fijado por tipo general á las cartas sencillas, cualquiera que fuese la distancia que tuvieran que recorrer, reportaba un beneficio y un ahorro á la correspondencia particu-

lar; fundado en que, si bien las pequeñas distancias y las localidades céntricas salian perjudicadas, los puntos estremos resultaban favorecidos. Mas como el menos aritmético sabe que de cinco cuartos (porte mínimo anterior) á un real, van catorce mrs, y que de un real á once cuartos (coste máximo anterior) no van mas que diez, resultó que nadie se diera por convencido ni apreciára en una higa el beneficio que le regalaban los reformadores.

Por otra parte dieron en discurrir que la correspondencia era infinitamente mayor entre puntos poco distantes que entre localidades estremas. Porque el catalan, por ejemplo, naturalmente sostiene mas correspondencia dentro de Cataluña, donde tiene su familia, sus rentas, sus negocios, sus inmediatas autoridades, sus tribunales, y sus principales afecciones, que con Castilla ó Galicia, donde por casualidad tendrá un pariente ó un negocio. De modo y manera que no hay un español que no haya dado en la aprension y manía de que la reforma es gravosa al particular, y que no diga á los reformistas que agradece mucho el beneficio que le han querido hacer, pero que le renunciaria generosamente con la mejor voluntad.

Hasta en el tipo han estado acertados los reformistas de correos. *Un real* suena muy bien; pero *un real* son *ocho cuartos y medio*, y esto ya suena muy mal. Y no es lo peor que suene mal, sino que se pague mal, por el pícaro *ochavo*, que ya casi iba siendo una moneda histórica en España, y llevaba trazas de verse reducida muy pronto á figurar en los cajones de numismática de los museos y bibliotecas. De modo que con la reforma de correos el ochavo ha adquirido una importancia que en su vida pudo esperar. Las oficinas de correos tienen que estar provistas de ochavos; los carteros tienen que andar cargados de ochavos, y los particulares tienen que procurar estar surtidos de ochavos. Reforma ochavera, que recuerda naturalmente aquel cantar de las lavanderas y los soldados:

Dame los cuatro cuartos
y el ochavillo,
que con los otros cuatro
son un realillo.

Pero estos *inapreciables* beneficios que la reforma ha traido á la correspondencia epistolar y manuscrita, son nada en comparacion de los que han reportado los impresos y obras literarias. En un siglo esencialmente ilustrado, civilizador, literario, periodístico y tipográfico, parecia natural que un arreglo de la correspondencia pública principiara por facilitar la circulacion de las obras é impresos destinados á difundir las luces, la ilustracion y la civilizacion por todas las clases del pueblo, y por hacerles facil y ase-

quible la lectura, y con la lectura la instruccion. Pues no señor; nuestros ilustrados y siempre atinados reformistas tomaron el rumbo opuesto, y como si entrára en sus planes de civilizacion que las gentes no pudieran leer ni las empresas literarias pudieran vivir (lo cual tiene tambien su parte de invencion y de originalidad, y de consiguiente de mérito), favoreciéronles con un sobrecargo de porte, que hubiera bastado y aun sobrado para dar al traste con todas las empresas y hacerlas morir de un golpe de mano airada, si la superabundancia de vida no las hubiera hecho resistir á tan rudo ataque.

En este punto ha alcanzado una completa victoria la renta de correos; pues á pesar de ese sobrecargo inaudito que se traga y absorbe las utilidades de todas las empresas, la mania de escribir, el furor periodístico y el flujo de las asociaciones literarias han saltado por encima de todo, y prosiguen, y el sudor de los escritores va á parar convertido en gotas muy gordas de metálico á las tesorerías de correos, en obsequio á la civilizacion. Por mi paternidad misma saco la cuenta, que por participar de la mania del siglo tengo que enviar mensualmente al pozo airon de los sudores literarios, álias oficina de correos, una gotita de ocho mil rs. mensuales *plus minusve*, que son doce *beneficios* anuales que la empresa de este *Teatro* da á la empresa de correos, los cuales representan mil entradas en cada dia de funcion. Con esto y con estraviar de vez en cuando paquetes de ochenta y cien billetes y tener que abonar de nuevo su importe, ya pueden los *beneficiados* pedir que *se repita.*

Y para que la correspondencia comercial y mercantil quedára al nivél con la correspondencia familiar y con la correspondencia literaria, se recargó el quebranto de giro para las libranzas que se expedian por correos. De suerte que los autores de la reforma han conseguido cuatro objetos á un tiempo; á saber, perjudicar á la correspondencia epistolar, perjudicar á las empresas literarias, perjudicar al giro mercantil, y perjudicar á la misma renta que se propuso favorecer: los mismos cuatro objetos que consiguieron los ingleses con la suya, sin mas diferencia que los unos lo lograron al revés que los otros. Esto se llama entenderlo. Esto es saber aprovecharse de los trabajos agenos; y de los sistemas que á otros les ha costado el trabajo de discurrir é inventar.

En vista de los resultados que ha dado en Inglaterra la reforma de correos, los gobiernos de Austria y Francia acaban de presentar ahora tambien sus proyectos de *reforma postal*, aun mas perfeccionados si cabe y con mas ventajas para los particulares y para la renta que la de la Gran Bretaña. Yo me atrevo á culpar solemnemente á los ministros de esas dos gran-

des naciones por el tiempo que han malgastado en buscar los medios de añadir mejoras al sistema de la Inglaterra, pues con haber copiado y planteado el que ahora rige en España hubieran economizado mucho tiempo y obtenido una cosa acabada y completa, con la cual han conseguido nuestros reformadores otro objeto grandioso, y es el quinto, á saber: que la correspondencia pública de España, que era antes la mas barata de Europa, sea dentro de poco la mas gravosa y mas cara, que es cuanto se puede pedir á una innovacion.

Si me preguntan á mí, Fr. Gerundio, qué otro sistema seria mas ventajoso, responderé que uno muy sencillo: hacer todo lo contrario de lo que se ha hecho, lo cual daría resultados contrarios, que son precisamente los que queremos y apetecemos. En este punto estoy por el sistema allopático: *contraria contrariis curantur.*

No concluiré este artículo sin proponer á mis lectores varios *problemas de correos*, que seguramente les serán de algo mas difícil solucion que los problemas históricos. Y en prueba de ello ofrezco desde luego una luneta principal *gratis* por todo un año en este Teatro al que resuelva alguno de ellos satisfactoriamente.

PROBLEMAS DE CORREOS.

I.

El franquéo de una carta sencilla *de Madrid á Francia* cuesta 11 *cuartos*. Una carta sencilla de *Francia á Madrid* (viniendo franca hasta la frontera) cuesta 5 *reales*.

¿Se puede saber la razon de este vice-versa?

II.

Los periódicos estrangeros que siempre hemos recibido *francos*, nos cuestan ahora 6, 8, ó 10 rs. cada número ó paquete.

¿Pór qué regla?

III.

Cuatro números, paquetes ó cuadernos de un mismo periódico, de un mismo peso y tamaño, de igual número de páginas, de la propia letra, con idénticas márgenes, en igual forma doblados y fajados, el uno cuesta 3 cuartos solamente, el otro 33, el otro 7 rs. y el otro dos pesetas.

¿Quién me concierta estas medidas?

IV.

Yo dirijo un paquete de 100 ó 200 funciones de mi Teatro á Sevilla, y las pícaras funciones en vez de ir á Sevilla se largan á San Fernando, mientras otro paquete de 80 ó 100 que debia ir á Jerez de la Frontera, se me va á Jaen, y el de Valencia remanece en Valladolid, y el de Valladolid resucíta en Villarubia de los Ojos, ó en ninguna parte.

¿Pago yo un dineral á la renta de correos para que me haga estos *quid-pro-quós*?

V.

Yo franquéo mis funciones religiosamente, y los corresponsales las reciben *cargadas*, lo cual les carga á ellos, carga á los abonados, y me carga á mí.

¿Por qué carga de agua sucede esto?

CARRERAS DE CABALLOS.

La sociedad de fomento de la cria caballar de España, de quien es *protectora* S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II, ha anunciado al público que las carreras de que trata su reglamento tendrán efecto en los dias 5 y 6 de mayo próximo.

Segun su programa, habrá en cada uno de estos dos dias tres carreras de velocidad, á cada una de las cuales le está señalado un premio. De los seis premios, tres serán por la sociedad, consistentes en 6.000, 3.000 y 2.000 reales. Los otros tres, que se nombran extraordinarios, los ofrecen las personas siguientes. El 1.° S. M. LA REINA MADRE, y consiste en una magnífica petaca de oro. El 2.° S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II. Este premio será de 12,000 rs. El 3.° EL GOBIERNO DE S. M.; premio de 8.000 rs.

Está bien: nos ocuparémos luego de esto.

Anuncia en seguida el programa que ademas de estas carreras, en que solo podrán disputar los premios los caballos enteros y yeguas españolas, habrá otras llamadas *de guerra*, por apuestas particulares, en que podrán tomar parte yeguas y caballos estrangeros.

Todo está perfectamente. Ahora voy yo, y voy por partes.

Primera parte. La sociedad y las carreras.

La moda de las carreras públicas y solemnes de caballos es nueva en el *Teatro Social* de España. Data de hace muy pocos años; desde que se estableció la *Sociedad de fomento de la cria caballar*: cuya sociedad podrá no ser un areopago de sábios, literatos ó artistas, pero á no dudar es una sociedad de hombres de *carrera*, y de *carrera larga*.

¿Habrá que preguntar de dónde ha tomado orígen esta sociedad? ¿Hay

que preguntar por ventura de dónde traemos á España todas las modas y todas las sociedades? Una de dos; ó son oriundas y originarias de París, y de allá las trasplantamos acá derechamente, ó el original está en Londres, la copia en París, y en Madrid hacemos una copia de la copia. De esta segunda clase es la sociedad caballar y las carreras de caballos.

Sabida es la aficion, el gusto, la pasion, la manía, el furor, el entusiasmo, la locura, el fanatismo, la borrachera, el frenesí, la fiebre ardiente que tienen nuestros amigos de la Gran Bretaña por los caballos, por la equitacion, por los hipodromos, por las carreras, y hasta por las cuadras, y por todo lo que pertenece, toca y atañe á la familia equina. De aqui su *Jockey-Club*, ó sociedad de corredores de caballos, sus *gentlemen riders*, su *steeple-chase*, sus *sportsmen*, y su larga terminologia hippica ó caballar.

De Londres pasó la moda á París (porque es de saber que con toda la antipatía que se profesan las dos naciones divididas por el canal, los señores franceses se desviven por importar las costumbres inglesas, y París es á Londres lo que Madrid es á París), donde se fundó en 1833 su correspondiente *Jockey-Club*, tomando por título *Sociedad para mejorar las razas de caballos*, y haciendo su protector y presidente honorario al heredero presuntivo de la corona el Duque de Orleans. En España por toda variacion se llama *Sociedad de fomento de la cria caballar*, y tiene por protectora á la Reina.

La sociedad de París ha tomado de entonces acá un incremento extraordinario, tanto en número, pues se compone ya de mas de 300 miembros, como en importancia. Esta es tal, que la sociedad se ha hecho una especie de poder del Estado; ella ejerce su influencia en la corte, en las cámaras, en los ministerios, en la prensa, en el banco, en la diplomacia, en los tocadores de las damas, y hasta en las *ratas* en la opera. Verdad es que la raza caballar no ha mejorado gran cosa en Francia, pero en cambio han salido algunos socios del *Jockey-Club* para ministros y para prefectos, lo cual si no es un progreso para los caballos de carrera lo es para la carrera de los caballeros, y por ahí me las den todas.

Sucede sin embargo á ciertas costumbres lo propio que á ciertas plantas, que arrancadas del terreno en que han nacido y trasplantadas á otro clima no prevalecen, no prueban. Asi es que las carreras de caballos en París son frias, se ven sin entusiasmo, no causan alboroto, se hacen pocas apuestas y de poco dinero, el espectáculo es gratuito, la masa de los espectadores asiste con indiferencia, y finalmente las corridas del *Campo de Marte* distan mucho de ser las corridas de *Lancaster* ó de *New-Market*.

En Inglaterra una corrida de caballos pone en movimiento y agitacion

todo el pais: la afluencia de gentes de todos los puntos del reino es tal, que los aficionados que quieren asegurarse una localidad tienen que pagarla á peso de oro, solicitarla con muchísima anticipacion, y valerse de todos los empeños imaginables para conseguirla. Una carrera de caballos hace tanto ruido como una ley de cereales, y mucho mas que el tránsito de un ministerio tory á un gabinete whig. Los premios que se señalan á los caballos vencedores bastarian á hacer la fortuna de un rico avariento. Las apuestas son de miles de libras esterlinas; empiezan á hacerse desde el principio de la estacion de las carreras: se cotizan como los fondos públicos; los diarios dan cada dia el alza y baja de las apuestas como si fuesen títulos de la deuda ó acciones de caminos de hierro; y la suerte de mas de un capitalista, su ruina ó su fortuna, está pendiente de que un jamelgo, sobre el que tiene apostado, engorde ó enflaquezca, conserve mas ó menos buen apetito para el dia del vencimiento; y en fin la buena ó mala digestion de un jaco causa mas trastornos en los capitales de la Gran Bretaña que en los capitales españoles una alza ó baja repentina de un 6 ó un 8 por ciento en los treses.

Mas para que los abonados á este *Teatro* puedan formar idea de lo que son las corridas de caballos en la culta Inglaterra, voy á referirles la historia auténtica y verídica de una de las mas célebres que se verificó hace pocos años.

Segunda parte.—Una corrida de caballos en Inglaterra.

Esta fué una de las corridas que llama alli de *Saint-Léger* que se celebran en *Lancaster*. El caballo favorito de esta lucha se llamaba *Belzoni*. El *Señor Belzoni*, aparte de su desproporcionada grosura, y de su cabeza que era bastante fea, parecia reunir todas las cualidades que hacen un caballo singular en su especie, y los aficionados y profesores habian hecho correr por las mas apartadas comarcas de la Inglaterra la fama de las raras prendas de *Belzoni* como las mas brillantes que se habian conocido. La víspera misma de la lucha su propietario Mr. Watt habia rehusado 10,000 guineas (sobre un millon de rs.) que le habia ofrecido un especulador de carreras de caballos. Las apuestas eran enormes. Mas de una gran fortuna se hallaba comprometida en ellas. Desde muchos dias antes todos los objetos y artículos de necesidad para la vida habian cuadruplicado de precio, y la ciudad y sus alrededores estaban atestados de una turba inmensa de *damas*

libres que habian acudido de Londres, de una multitud de caballeros de industria, jugadores, truhanes y farsantes, que de todos los puntos habian concurrido, á ganarse un pedacito de pan cada cual á su modo.

Desde muy temprano corria á agruparse al rededor de la liza aquel mare-magnum de industriales y de curiosos. De todas las bocas se oia salir el nombre de *Belzoni*. Cruzábanse apuestas en todos los puntos, y cada uno manifestaba en su gesto ó con sus gritos la impaciencia que tenia de ver realizadas sus esperanzas ó disipados sus temores. Al fin se presentó en la escena el deseado *Belzoni*: jamás actor dramático, jamás conquistador alguno fué saludado con tan largos aplausos como los que recogió aquel cuadrúpedo al presentarse al pueblo: un tumulto, una agitacion difíciles de describir reinaron en toda aquella muchedumbre por algun espacio. De repente cesa la griteria, y sucede el mas profundo y respetuoso silencio. Era que se habia dado la señal para que *Belzoni* y sus rivales se lanzasen á la arena.

Los infinitos jugadores que se hallaban interesados en la lucha mostraban aquella impaciencia y agitacion, aquella atencion profunda que excita un debate en que se hallan comprometidas y empeñadas fortunas enteras. Todos los ojos estaban clavados en los cuadrúpedos; seguíanse atentamente sus menores movimientos; se observaba con inquietud la colocacion de cada uno, si se adelantaba ó se atrasaba algunas líneas; la ansiedad crecia y se hacia mas viva y mas general á medida que se aproximaban á la meta; por ultimo llegó el momento decisivo..... el problema se resolvió.....

¡desdichado el que confía en las cosas humanas! ¡*Belzoni* fué vencido!!! El heroe de la fiesta, el favorecido del pueblo, el aclamado de las gentes, se convirtió en uno de los mas desgraciados rocinantes que habian representado en aquellos teatros! ¡Asi ve muchas veces el pueblo sus esperanzas desvanecidas! ¡Asi caen las mas colosales reputaciones cuando los que las gozan se ponen en evidencia!

Entonces todos los genios, todas las diferencias de temperamento y de carácter que se conocen en las diversas clases de la especie humana, se desplegaron en toda su viveza y energía. Al lado de un grupo de individuos, que en el juego de sus fisonomías espresaban el corage y la desesperacion que los aquejaba, se veia otro grupo que hacia resonar los aires con gritos de alegria y de placer. Al lado de un peloton que se desahogaba con imprecaciones de cólera, se veía otro á quien el gozo hacia tirar al aire los sombreros. Sin embargo se notaba que los gananciosos movian en general mas ruido que sus adversarios.

En el primer momento *Belzoni* fué proclamado el matalon mas espantoso que hubiera figurado en las carreras caballísticas. Su dueño que antes habia despreciado 10,000 guineas, le tomó tal tirria que le vendió en el acto á un chalan que le ofreció 800. Pero una apuesta ganada dos dias despues por *Belzoni*, hizo que le saliera barato á su nuevo poseedor. Si *Belzoni* hubiera vencido en la primera carrera, hubiera asegurado para siempre la reputacion de su familia: la virtud fecundante de su padre *Blacklok* hubiera aumentado en 10 guineas por yegua, y él mismo, á pesar de lo mal parado que quedára por los esfuerzos prodigiosos de sus ranillas y corvejones, habria ciertamente ganado 25 guineas por cada acto de ayuntamiento.

Asi son las corridas de caballos en la Gran Bretaña. Los premios son exorbitantes, y las apuestas se llevan capitales enteros. En 1831 Lord Cherterfield compró el caballo *Priamo* en 300 guineas (sobre 15 mil duros): verdad es que su propietario habia ganado con él entre apuestas y premios mas de 50 mil. Y el lord Exeter ganó tambien entre premios y apuestas sobre 60 mil pesos.

Tercera parte.—Los premios.

En cuanto á los premios y recompensas que se ofrecen y adjudican á los caballos vencedores en estos certámenes, ya mi paternidad gerundiana consignó su opinion en la *Funcion* 16.ª, página 439, donde se puede ver.

Examinemos no obstante las que se consignan á las próximas carreras de Madrid. La sociedad ofrece tres premios ordinarios de dos, tres y seis mil rs. La sociedad está en su lugar, porque nada mas propio de una *Sociedad de Fomento de cria caballar* que da carreras públicas de caballos, que premiar á los caballos mas veloces en la carrera.

S M. la Reina Doña Isabel ofrece un premio estraordinario de 12.000 reales. Debe ser bien hecho, puesto que lo hace S. M. la Reina Doña Isabel II, y mas siendo la protectora de la Sociedad.

Otro premio estraordinario por S. M. la Reina Madre, consistente en una magnífica petaca de oro. Muy loable es sin duda alguna este rasgo de generosidad y desprendimiento de la Reina Madre en favor del caballo de mas ligeros remos, ó sea de su dueño ó poseedor, porque si bien todos los premios, aunque sean en metálico, refluyen siempre en provecho del propietario y no del cuadrúpedo, al cual no le toca sino trabajar, vencer y quedar estropeado, el de una petaca puede tener menos aplicacion al caballo vencedor, porque es de suponer que no fumará. Por eso observa bien un erudito en esto de hipódromos y de fiestas hípicas (1), que los premios están en razon inversa del mérito y del trabajo: el animal, que es el que mas trabaja, el que luce sus brillantes prendas, el protagonista de la funcion, y el que lo gana en fin, sino por sus puños, por sus patas, es el que recibe por todo premio el quedar estropeado, abierto de pechos, ó lisiado y lleno de ajes para toda la vida. El ginete, que ya trabaja algo y contrae algun mérito, aunque no el principal, solo recibe de rechazo y por carambola el premio que el propietario, segun los grados de su generosidad, quiera darle. Y el dueño, que por lo regular no trabaja nada y no tiene otro mérito que el de haber acertado á emplear su dinero en un caballo que por fortuna suya salió veloz, y que otro le cuidó, ensayó y amaestró, es el que obtiene el premio en su totalidad. Verdaderamente este viceversa de los premios hípicos no tiene nada de estraño si se atiende á que en todos los negocios de la vida suele acontecer lo mismo, y aplicarse los premios en el órden inverso de los méritos y servicios.

Tercer premio estraordinario: el de 8,000 rs. señalado por el gobierno de S. M. ¡Y habrá todavia quien nos venga con esa cantinela diaria de que los gobiernos de España no protegen la industria y las artes, que no premian las virtudes ni recompensan los buenos servicios! Ahí tienen vds. ocho mil rs. para el caballo mas corredor. No es una gran suma ciertamente, bien lo conozco. Pero al fin y al cabo menos logra un empleado de quince ó veinte años de servicios que es trasladado de un estremo á otro

(1) Albert Cler, en su obra titulada *La Comedie á cheval*.

de la Península, y no puede conseguir del gobierno el pago de una mensualidad atrasada, importante dos onzas de oro, para hacer el viaje, todo por los apuros del erario. Ocho mil rs. no son gran cosa para un caballo que corra mas que otro, es verdad: pero tambien hay clérigo secular y regular, cesante y jubilado, pensionista inválida, ó viuda en aptitud de reemplazo, que no percibe en ocho años los 8.000 rs., todo por la penuria del tesoro, y porque no alcanzan los presupuestos. Bien que ninguno de estos individuos corre tanto como un caballo, antes hay quien no puede moverse de una cama, y esto ¿para qué sirve en el mundo?

Yo me alegro que los presupuestos den de sí para destinar siquiera una gotita al caballo ó yegua que mas corra en un rato, aunque se reviente al fin de la carrera, porque en último caso no le vienen mal al pobrecito dueño para comprar otra, que buena falta le hacen al infeliz, y de este modo se protegen las industrias útiles, y el gobierno hace cuanto está de su parte en alivio de la humanidad.

Cuarta parte.---Las apuestas.

Cuando nos ponemos á adoptar una moda ó costumbre de otro pais, debemos adoptarla de lleno y con todas sus consecuencias; y esto es lo que ha hecho oportunamente la *Sociedad de fomento de la cria caballar en España*, procurando introducir con las carreras de caballos las apuestas. Y bien hecho, porque si inglesas son las corridas, inglesas son las apuestas, y toda vez que allí las apuestas son la mejor salsa de las corridas, aqui deben serlo tambien, llévelo ó no lo lleve el carácter del pais, y sean ellas racionales ó sean absurdas.

No participo yo de la opinion de un célebre legislador indio, que pretendia que en todas las apuestas habia un pícaro y un loco. Pienso que este legislador querria referirse á aquellas apuestas en que una de las partes lleva la evidencia y va á golpe seguro, en cuyo caso tiene razon, pues éste seria un pícaro y el otro un loco ó un tonto. Las apuestas de las corridas de caballos no son de esta especie, sino que el suceso depende del azar, de consiguiente podrán considerarse como otro cualquier juego de azar, pero no llevan la malicia de las otras.

Pues bien, los ingleses entre mil otras manías y estravagantes caprichos, originales suyos, tienen la manía de las apuestas. Ellos apuestan por todo. Desde los sucesos mas graves hasta los incidentes mas frívolos, todo

les presenta ocasion de satisfacer esta inclinacion favoríta, todo les ofrece motivo para apostar, y para apostar bárbaramente (perdóneme su cultura), pues por barbaridad tengo que la fortuna de una familia haya de depender de las corbas de un rocinante, de los puños de un luchador, ó de los espolones de un gallo, pues sobre todos estos juegos apuestan atrozmente aquellos ilustrados *gentlemen*.

¡Y ya si apostáran sobre eso solo! Pero oigamos al señor de C..... embajador de Nápoles en Lóndres sobre la materia. «Un dia (dice) se me desbocó el caballo yendo de paseo. Viéronlo dos ingleses..... «¿á que se mata ese hombre? dijo uno de ellos.—¿A que nó? replicó el otro.— Cincuenta guineas á que si.—Van puestas.»

«En la direccion en que yo iba habia una barrera. Creí que los empleados de aquel puesto procurarian detener mi caballo; pero nada menos que eso. «Dejadle, gritaron mis dos ingleses, que hay apuesta.» Asi fué que nadie se movió á socorrerme, porque habia apuesta. El caballo se estrelló contra la barrera; yo dí con mi cuerpo en el suelo, el sombrero se marchó por un lado, la peluca por otro, y no sé decir quién ganaria la apuesta, porque yo estaba tan muerto como vivo. ¿Podré yo amar un país en que se apuesta friamente sobre mi misma vida?»

Pues esta lindísima costumbre es la que nos ha importado tambien á España con las carreras de caballos la *Sociedad de fomento de la cria caballar*.

Quinta parte.---¿Son útiles las carreras de caballos?

Cuestion es esta, dice Alberto Cler en su citada obra, sobre la que se ha discutido mucho, sosteniendo unos que las carreras de caballos son muy convenientes para mejorar las razas y para estimular á los ganaderos y criadores, y pretendiendo otros que no pasan de ser un espectáculo de lujo y una diversion como otra cualquiera, revestida de ciertas decoraciones teatrales y de cierto aparato escénico, pero sin utilidad real y positiva; pues no pueden comprender que reporte gran provecho á un país el que seis ú ocho ricos-hombres á costa de mucho gasto, de mucho esmero y de mucha escuela, presenten cada año diez ó doce yeguas ó caballos, regularmente no de la mas bella anatomía, que podrán ser muy buenos para correr media hora ó un cuarto en un hipodromo, pero que acaso no prestan para otra clase de servicio.

No es ciertamente un pobre fraile, á quien la regla de su órden prohibía hasta cabalgar, el mejor voto para resolver una cuestion tan árdua y espinosa, y de tanto peso y trascendencia. Lo único que puede hacer mi paternidad es referir una curiosa anécdota, tal como nos la ha trasmitido Mr. Hamon, que ha pasado ocho años en Egipto, con el título de veterinario en gefe de Mehemet-Alí. Por ella se verá cómo han resuelto esta cuestion los árabes del desierto con su modo bárbaro de raciocinar.

«Hallándose (dice) el teniente general Kourchid-Pachá de gobernador del país de Nejd, (1) se presentaron unos ingleses poseedores de unos caballos de *pura sangre* (2), nacidos en Inglaterra, invitando á los Beduinos áque corrieran con ellos. Aceptan los indígenas la proposicion. Entonces los ingleses piden una tregua de 40 dias para *preparar*, dicen, sus caballos. Los Arabes, cuyos corceles están siempre preparados para correr, se rien de la condicion propuesta por los ingleses, pues no comprenden que para correr un caballo sea menester *prepararle*. Sin embargo acceden á la peticion, y cumplido el plazo acordado llegan las partes al lugar convenido para celebrar las carreras.

—«Escojed, dicen los Beduinos á los hombres de Europa, señalad vosotros mismos los caballos nuestros que querais oponer á los vuestros.»

Hácese en efecto la eleccion, y entonces los *Nejdis* preguntan cuántos dias han de correr. Los ingleses se miran estupefactos.

—«¡Cómo que cuantos dias! exclaman: nosotros no corremos mas que una hora.»

Los nómadas se rien á carcajada, y reusan una lucha que declaran insignificante.

—¿Y para correr *una hora* habeis pedido *cuarenta dias* de preparacion? En verdad que esto no da una idea muy aventajada de vuestros potros, que decis oriundos de los nuestros.

—Es la costumbre de nuestro pais, replican los ingleses, y despues de un tratamiento de 40 dias nuestros caballos vencerán á los vuestros como vencen y ganan á todos los de Europa.»

Los Beduinos se echaron de nuevo á reir. Estando en esto llegan al lugar de la escena dos hombrecillos pálidos, demacrados, muy armados de

(1) Comarca de la Arabia central, que hoy produce los caballos de mas estima.

(2) Nombre que dan en Inglaterra á los caballos de las mas estimadas razas, asi como los hay de *media sangre*, y de *cuarto de sangre*, segun la pureza de su orígen ó el cruzamiento de sus castas. La partida de nacimiento de cada potro *pura sangre*, y su nombre titular, son redactados y registrados con tanta solemnidad y ceremonia como si fuese el nacimiento de un primogénito de casa solariega y poco menos que si fuese de un príncipe.

botas, llevando de la mano dos grandes máquinas ambulantes muy secas, que á su aproximacion se reconoció ser caballos. Iban estos enmantados de orejas á uñas y de rabo á oreja sin descubrirse mas que los ojos. Los Arabes que no habian visto en su vida caballos ingleses *de carrera*, no se saciaban de examinarlos, preguntando á que iban alli aquellos dos cuadrúpedos.

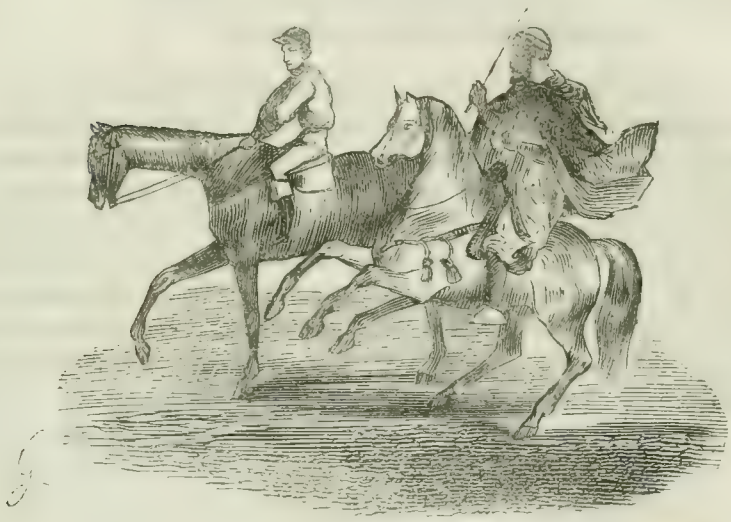
—A correr con los vuestros, respondieron con orgullo los ingleses; á probar á la tribu que los caballos de *pura sangre* de la Gran Bretaña son los primeros del mundo.»

Vuelven los Arabes á reirse, y se retiran persuadidos de que han sido burlados por los estrangeros. Pero estos protestan, insisten, y llegan á conseguir con no menos trabajo hacer volver á los incrédulos Beduinos. Kourchid-Pacha que se hallaba presente á esta escena habla á los Arabes, los cuales ceden á sus consejos, y se deciden en fin á correr. La vista de los dos hombrecillos extremadamente magros excita muy particularmente la curiosidad de los indígenas, y preguntan á los ingleses en qué region apartada del mundo han hallado unos entes tan estravagantes.

—Son nuestros *grooms* (mozos de caballos), responden los Bretones, hombres de nuestro país destinados á montar los caballos de carrera, y á quienes se *prepara* igualmente por medios que vosotros no conoceis.»

La sorpresa de los Arabes llega á su colmo, y si Kourchid-Pacha no hubiera confirmado el dicho de los ingleses, hubieran rehusado oponer caballos y hombres á criaturas que designaban con el nombre de *Máscara*.

En fin mientras que el escuálido *groom* se lanza sobre su trashijada cabalgadura, un robusto y vigoroso Beduino toma con mucha calma su arma favorita y se coloca gravemente sobre un caballo de mediana talla, que preludia saltando y jugando al rededor de la tienda que habita la familia de su señor.



«Se decide que la carrera será de tres horas. Dada la señal, los caballos parten simultáneamente. En la primer media hora los ingleses adelantan á susadversarios, pero bien pronto los Nejdis los alcanzan, los pasan, y cuando los ingleses llegaron á la meta ya los árabes estaban descansando muy tranquilos.

«Terminada la prueba, los caballos ingleses jadeando se quedan envarados é inmóviles: están desconocidos. Los Nejdis al contrario, golpean la tierra con el pié, se agitan, relinchan, y parece convidar á sus adversarios á nuevo certámen. Al ver los caballos ingleses, cuyos hijares baten con precipitacion, los hombres de *Nejd* se acercan á los estrangeros ocupados en limpiar sus cabalgaduras, y preguntan qué se hace en Inglaterra con los caballos á quienes una carrera de tres horas pone fuera de estado de servicio.—Se les *rehace*, contestan los ingleses.—¿Y qué es *rehacer*?

replican los Arabes.—Es decir, que por dos ó tres meses se los deja vivir á sus anchas y en completa libertad, sin hacer nada, en un vasto local, bien asistidos y cuidados.

—*Preparar* los caballos mucho tiempo antes de la carrera (exclamaron los Arabes), abandonarlos muchos meses despues para *rehacerlos*..... esto significa que vuestros caballos viven en un *estado artificial*, y que sirven muy poco á sus dueños. Si estas son vuestras costumbres, continuaron los Beduinos, preservenos Alá de semejantes costumbres.»

Y se fueron riendo como habian principiado.

Apesar de la significacion de esta anécdota es necesario de toda necesidad hacerse lenguas de las carreras de caballos, ir á verlas, hablar de ellas como de la ópera, decir que son una institucion utilísima, la mejor para mejorar las razas caballares, los premios oportunos y bien aplicados, las apuestas la mejor de las costumbres, el espectáculo ameno y de gusto, la moda elegante y de buen tono: es menester, en la temporada de corridas, hablar en toda buena sociedad, de yeguas y caballos, de hipódromo y de meta, de cuadrúpedos y de ginetes, y mostrase un Salomon hípico, so pena de pasar por hombre de mal gusto, y de ser tenido poco menos que por Beduino del pais de *Nejd*.

UN CASO RARO, Y UN CASO COMUN.

Leía yo Fr. Gerundio en compañia de mi lego Tirabeque *El Español* del 23 del que hoy espira; y al repasar la página 3.ª—«escucha, Pelegrin (le dije), y atiende y oye, y alegrémonos y regocijémonos, que aun hay virtudes morales en el Siglo XIX. Atiende y escucha un *rasgo de honradez.*» Y lei lo siguiente.

«Escriben de Oviedo: «Hace dias que salió de esta ciudad un trafican«te, llevando en una bolsa 150 onzas de oro, producto de sus tratos. Al «pasar por el concejo de Llanes, notó al salir de un pueblo que se le ha«bia perdido el dinero. Volvió atrás, y aunque con pocas esperanzas de re«cobrarlo, se dirigió á casa del cura para que si por una casualidad pare«ciese el bolsillo se lo devolviese.....

—Señor, hizo bien en decir «si por una casualidad,» porque si casualidades hay en este mundo civilizado, pienso que la mayor de todas es que parezca el dinero perdido.

—Escucha y no me interrumpas.

«Y en efecto (añade el corresponsal), despues de dar las señas y cer«ciorado el cura de que el reclamante era el verdadero dueño, se lo entre«gó, pues lo habia depositado en él una muger que lo habia encontrado. «El tratante, admirado de la honradez de aquella muger, le regaló las ga«nancias que habia hecho, consistentes en 10 ó 12 onzas.»

—Aqui tienes, Pelegrin, una prueba consoladora de que aun hay virtudes en este siglo de desmoralizacion en que vivimos, y que aun quedan algunos resíduos de aquella antigua honradez y probidad española que constituia la esencia y el tipo del carácter del país y de la índole de sus habitantes.

—Señor, ¿y no dicen el nombre de esa buena muger?

—No la nombran, Pelegrin, y lo siento.

—Yo tambien lo siento, señor, porque á esa muger debian traerla á la

Historia natural, y colocarla en un cajon entre vidrieras como un fenómeno ú objeto raro al lado del Meguiterio.

—Magaterio, PELEGRIN, que no Meguiterio. Y en cuanto á ser traida esa muger á la Historia natural, aunque la idea materialmente tomada es bastante insólita y absurda, comprendo su espíritu y lo que con ella has querido significar. Es en efecto un fenómeno en este siglo metalizado el de una muger, y probablemente una muger pobre, que espontáneamente deposita 150 onzas de oro que ha encontrado y que sobrarían para hacer la fortuna de toda su vida. Y es ciertamente sensible que no sepamos su nombre, para consignarle en nuestro *Teatro social* y ofrecerle por modelo de concienzuda honradez: porque semejantes rasgos en este Siglo debian escribirse, como decia San Bernardo hablando de otro asunto, con punta de diamante en marmol negro y letras de oro».

De esta manera nos gozábamos TIRABEQUE y mi reverendísima persona de hallar en estos tiempos un caso tan raro de desprendimiento y probidad, consolándonos como el viajero que fatigado de andar por ardientes arenales molido y sediendo, encuentra al cabo de leguas y jornadas un manantial de agua fresca, pura y cristalina, que le alegra, corrobora, refocíla, y da vida y aliento para seguir animoso su viaje.

En esto que me dió gana de volver la hoja, y en la página 4.ª del mismo *Español*, encabezada «DIARIO DE LA CAPITAL. *Gacetilla de la Córte*: leo lo siguiente.—«El Domingo, mientras se verificaba la reserva del Santísimo Sacramento en la iglesia de San Ginés, fueron robadas las borlas de oro de uno de los pendones que habian ido en la procesion.»

Descuajado me quedé, yo FR. GERUNDIO, al ver tan singulares contrastes como ofrecen las escenas del *Teatro social del Siglo XIX* á la vuelta de una hoja. Todo mi gozo cayó en un pozo, como dice el refran.

—¿Qué te parece de esto, PELEGRIN? le dije á mi lego.

—Señor, me respondió, estos son progresos de la civilizacion, y esta es la diferencia que hay entre los pueblos civilizados y los pueblos incultos, como vd. dijo en la *Funcion* 8.ª si mal no me acuerdo (1). Y es que la muger que volvió las 150 onzas vive en uno de esos lugarcejos de Asturias donde no conocerán la civilizacion ni por el forro, y el que robó las borlas del pendon en San Ginés delante del Santísimo Sacramento del altar, seria un ciudadano de la culta capital de las Españas. Y en cuanto á este caso no merece que hagamos el mayor alto, porque es un caso comun, puesto que

(1) En efecto, lease en la Funcion 8.ª la pieza titulada: «*Un contraste halagüeño. Pueblos civilizados y pueblos incultos.*

nunca ha habido mas robos en los templos de Madrid y con mas descaro hechos que en la Semana Santa que acaba de pasar.

—Triste cosa es, PELEGRIN mio, que una restitucion haya de ser *un caso raro*, y un robo en sagrado delante del Santísimo Sacramento haya de ser *un caso comun*; y que cuando uno se consuela de hallar un rasgo de moralidad en la página 3.ª de un periódico, haya de encontrarse *á la vuelta de una hoja* con otro de desmoralizacion como el que acabamos de leer.

—Señor, es la moralidad del siglo. Y no pensemos mas en esto, porque estas cosas son como la muerte, que si uno da en pensar en ellas es capaz de volverse loco.»

HISTÓRICO.

Dióme gana el mismo dia 23 de convidar al teatro á dos amigos franceses, de los que me habian dispensado mas obsequios y atenciones durante mi estancia en su pais, y que ahora á su turno acababan ellos de llegar al nuestro por la vez primera. Aceptaron al parecer con mucho gusto, manifestando que deseaban conocer la comedia española, y tanto era natural, y mas siendo uno de ellos por profesion hombre de letras, y conociendo ya ambos el español mas que medianamente.

Llevéles pues al Teatro del Príncipe, y confieso la verdad que no he quedado muy satisfecho de haberlos llevado en semejante noche.

Comenzó la representacion de la primera pieza, y á las pocas escenas comenzé yo á quedarme frio, al oir que me dijo el de mi derecha: «oh, esta pieza ya la conozco; esta comedia es francesa.» Al propio tiempo que el

de la izquierda me decia: «aunque no lo comprendo bien todo, estoy cierto de haber visto jugar esta pieza muchas veces en Francia.»

—No lo estraño, les respondia yo á los dos; es una traduccion del francés: alguna vez suelen darse en nuestros teatros traducciones francesas.» Y me hormigueaba todo el cuerpo, sintiendo una picazon semejante á la que se siente cuando una mano ó un pié se nos han adormecido y quieren despertar. Era esta primera comedia *El cambio de mano.*

Quedábame no obstante la esperanza de que en la segunda tendría ocasion de darles á conocer la comedia original española. Asi es que la esperaba con impaciencia. Y digo con impaciencia, porque aquella reforma de los *entreactos perdurables* que se acordarán vds. proponia mi paternidad en la *Funcion* 16.ª tengo el sentimiento de anunciarles que no se ha verificado, sino que continúan tan campantes y tan largos, latos y profundos como antes eran, habiéndonos entretenido aquella noche con 4 actos y dos decoraciones sencillas desde las ocho hasta las doce y media, que es la hora de recogerse la gente de buen vivir. Esto daba mucho que hacer tambien á mis dos amigos: me preguntaban si en España eran siempre los entre-actos tan largos, y yo les respondía que era una escepcion odiosa de aquella noche. Si vuelvo otra con ellos, no sé qué les habré de responder.

Llegó la representacion de la segunda pieza en otros dos actos titulada: ¿*Se sabe quién gobierna*? Y aqui tienen vds. á Fr. Gerundio hombre perdido; porque mis dos franceses, el uno al oido izquierdo y el otro al derecho comenzaron á regalarme con el mismo tema obligado: «oh, esta pieza tambien la conozco: ha sido muy jugada en Francia.»

—En efecto, les decia yo; tambien es traduccion.» Y el hormigueo del cuerpo subía de punto, y se convertía en una picazon gravemente molesta.

—¿Es que no hay comedias originales españolas aqui en España?

—Oh, sí, muchas y muy buenas.

—¿Porqué no las juegan pues?

—Sin duda por indisposicion de alguna dama.

—Y bien, pero este no debe ser un motivo.....

Reconozco que mi contestacion fué una torpeza, pero no me ocurrio otra salida que dar en el calor de la improvisacion. Y lo peor del cuento es que si ahora me lo preguntáran á sangre fría, dudo mucho que me ocurriera otra que les pudiera satisfacer.

Concluidas las dos piezas, el público empezó á retirarse en masa, quedando como cosa de un par de docenas de individuos dentro del Teatro.

—¿Es que se ha acabado la funcion? me preguntaban mis dos acompañantes.

—Nó, les respondí. Falta un baile nacional.

—¿Y cómo es que todo el mundo se ausenta? ¿Es que en España no gusta el baile nacional?

—No es que no guste; será que toda esta gente tendrá que hacer.

—¡Oh diablo! me decia uno; yo no entiendo estos teatros de España: están llenos *de mundo* mientras se juegan comedias francesas, y se va *el mundo* (la gente) cuando se va á jugar un baile del país.

—¿Y serán tocadas en este baile las castañetas? me preguntaba el otro.

—Sí, habrá castañuelas.»

Se bailó pues la Jota Aragonesa, nueva en estos Teatros. Las castañetas gustaron mucho á mis dos amigos, y seguidamente nos retiramos todos muy satisfechos; tan satisfechos como pueden quedar dos franceses que van por primera vez al Teatro principal de la corte de España deseosos de conocer la comedia española, y ven por toda funcion dos comedias traducidas del francés.

Por mi parte no podia menos de quedarlo tambien, puesto que habiéndose anunciado en todos los periódicos allá en la cuaresma: «En el tiempo que media de aqui á Pascua se ocuparán las empresas de los Teatros en ejecutar en ellos varias é importantes mejoras:» me hallé por gran mejora traducciones francesas á pares, entre-actos eternos, los mismos bigotes que antes eran, el mismo apuntador informándonos á gritos de lo que los actores van á decir, y por toda novedad la Jota Aragonesa con castañetas. Item mas, una corte de Luis XV, que es seguro que no la reconocieran los naturales del reino de aquel Luis. Estas reformas parecen las que hace el gobierno..... pero nó, no digo nada, que si malo está el Teatro, peores están las cosas, y no hay mejor palabra que la que se queda por decir.

UN MINISTRO.

La llaman silla de espinas, pero quiá..... no punzan.

LOS HOMBRES GRANDES.

Los vió Fr. Gerundio y esclamó: ¡poder de Dios y qué hombres tan grandes tenemos en España, y cuántos!

LOS MISMOS.

Fué la España echando mano de ellos, y..... ahí los teneis. Cuesta trabajo verlos aun con anteojo de larga vista.

JUNTAS Y SOCIEDADES.

Si se encontrára todavia algun filósofo tan estravagante, que dudára que el hombre habia sido criado para vivir en sociedad, le enviaría para su desengaño y confusion á la España del siglo XIX. No porque los españoles de todos los siglos no hayan vivido siempre en sociedad como Dios y la naturaleza mandan; muy al contrario, acaso no haya en el mundo hombres mas naturalmente sociales que los españoles; sino porque en este siglo gerundiano es tanto lo que ha crecido el espíritu societario, tanto lo que se va estrechando la sociabilidad en España, que me temo haya de ser menester por ley de *buen gobierno* (si no fuera esta pequeña cosa lo único de que está destinada á carecer la sociedad española) relajar y aflojar un poco los vínculos sociales, que nos van apretando en demasia.

Vaya enhoramala, que para nada la necesitamos, la *Teoria societaria* de *Fourrier*, y con ella todas las bellas utopias de los modernos socialistas, y todo lo que sobre sociabilidad se ha escrito y hablado. Nosotros españoles no hemos menester de sistemas, ni teorias, ni leyes ni consejos para juntarnos. Nosotros nos juntamos por nuestras propias tendencias, inclinaciones y natural impulso y aficion á todo lo que sea juntarse.

Dejo á un lado la sociedad conyugal y la doméstica, acaso mas estrechas en España que en otra parte alguna, aunque algo, y aun algos se va aflojando la primera al paso que nos vamos asociando fuera de casa. Prescindo de las sociedades literarias, artísticas y de recreo, como Liceos, Museos, Institutos, etc. los cuales tanto se van multiplicando, que dentro de poco

Habrá un Liceo en Pinto, otro en Brunete,
habrá en Carabanchel otro Liceo,
y otro en Galapagar ó en Alpedrete.

A mas de estas sociedades hay otras que se van desarrollando de un modo muy prodigioso, y constituyen la vida social de los españoles de este siglo. Porque pensar que haya español de un valor nominal cualquiera, que no sea socio de alguna sociedad ó juntero de alguna Junta, seria pensar en lo escusado.

Hay en Asturias una planta que llaman *Junta-conjunta*, en razon á que

su zumo tiene la propiedad de pegar cualquier cosa como la cola mas fuerte: dicen de ella que echada en la olla la carne hecha pedazos y añadida la yerba, hace que salga la carne entera. Esta *Junta-conjunta* es el emblema de la España actual. Cada español tira por su lado como la carne hecha pedazos, pero vienen las Juntas y los conglutinan, y *Junta-conjunta*.

Nos quejábamos no hace mucho tiempo de la falta de espíritu de asociacion. Por Dios Santo que si esto era cierto, nos vamos desquitando con usuras y setenas. «La Nacion española (decia el artículo 1.° de la Constitucion del año 12) es la reunion de todos los españoles de ambos hemisferios.» La Constitucion actual de España debería principiar diciendo: «La Nacion española es un conjunto de juntas y sociedades de españoles que se juntan y asocian para todo menos para gobernar y dejarse gobernar.»

Sin embargo, la aficion á las Juntas empieza por el gobierno y acaba por el pueblo. Nuestros gobiernos no saben dar un paso sin consultar á una Junta; no hacen una innovaciou sin crear una Junta; no conciben un proyecto sin instalar para él una Junta. En las conmociones populares, vulgo *pronunciamientos*, el primer paso es constituir una Junta, y tras ella otras Juntas. En las conspiraciones lo primero de todo es la Junta. Las Juntas son la palanca del poder, como son la palanca de las resistencias populares. Así, que el hipomoclio se halle entre el peso y la potencia, que el peso se halle entre la potencia y el hipomoclio, ó que la potencia esté entre el hipomoclio y el peso, la palanca es siempre la Junta. En lo político y en lo religioso, en lo militar y en lo civil, en lo mercantil y en lo literario, en lo artístico y en lo filantrópico, el elemento primordial, constitutivo, directivo, administrativo y sustancial; el alma, y el sosten, y la base, y el cimiento, y el cuerpo, y la cúspide del edificio es la Junta. Y la Junta es tan monárquica como oligárquica, tan oligárquica como aristocrática, y tan aristocrática como democrática: la Junta se aviene á todo.

La *Juntitis* es una enfermedad endémica que ha invadido los dos sexos, pues ya no son solo los varones los que se juntan, sino que hay tambien Juntas de Señoras para todo, y apenas habrá Señora de algun valer que no sea Presidenta, ó Secretaría, ó Contadora, ó Tesorera, ó Consiliaria, ó Visitadora, ó al menos simple socia, *miembra ó individua* de alguna Junta ó sociedad. Y tanto es justo, pues no está en el órden que se junten los hombres y no se junten las Señoras, hasta que poco á poco nos vayamos juntando todos, y *Junta-conjunta*.

Pero no es el nombre de *Junta* el que priva ya. Ahora el fuerte son las *Sociedades*. No es español el que no sea fundador, director, empresario, ó al menos accionista de alguna Sociedad. Aunque hay sociedades de todo y

para todo, las que están en boga son las Sociedades que tienen por objeto alguna especulacion mercantil, con arreglo al espíritu del Siglo. Apostemos á que no se pasa un solo dia sin que se anuncie una Sociedad. Individuo conozco..... miento, que no es individuo, porque no le ha quedado nada de la parte individual, porque ya no se pertenece á sí mismo, porque es un Hombre-Sociedad; puesto que pertenece á 65 Sociedades, y tiene que asistir á 35 Juntas por semana, que sale á 5 Juntas cada dia sin contar las extraordinarias, y lleva un libro maestro para anotar los dias y horas de cada Junta, á semejanza de los Contadores de horas de los cabildos catedrales.

Dentro de poco estoy viendo que se pregunta á uno: «¿su nombre de usted?» y que contesta: «Socio del *Ancora* y de la *Aurora*, servidor de vd.»

Asi es que hay hombre que pasa los dias y las semanas de Junta de Sociedad de *Socorros mutuos* á Junta de Sociedad de *Caminos de hierro*, de Junta de *Bolsa* á Junta de *Cárceles* , de Junta de *Banco* á Junta de *Minas*, de Junta de *Empresa azucarera* á Junta de la *Congregacion de la Amargura*, de Junta *agrícola* á Junta *dramática*, de Junta de *abogados y jurisconsultos* á Junta de *cria caballar*, de Junta de *conduccion de aguas* á Junta de *Sociedad amiga de la Juventud*, de Junta de *Seguros sobre la vida* á Junta de *Cofradía del santo entierro*, de Junta de *propietarios capitalistas* á Junta de *pobres de la parroquia*, de Junta de *seguros contra incendios* á Junta de *seguros contra granizo*, de Junta de *ganaderos* á Junta de *alumbrado de gas*, de Junta de *Probidad* á Junta de la *Alianza*, y de Junta de la *Aurora* á Junta del *Iris*, y de Junta del *Iris* á Junta de la *Estrella*, y de Junta de la *Estrella* á Junta del *Sol*, y desde el *Sol* no tengo ya donde subirle como no sea al quinto cielo; y asi de Sociedad en Sociedad y de Junta en Junta, especie de ardilla social, anda siempre en continuo movimiento sin tregua ni reposo como dicen que andaba Mendozilla, á quien no tuve el gusto de conocer sino por los muchos retratos ambulantes que de él han quedado en la España Societaria.

A las Sociedades son consiguientes las *acciones*, los dividendos etc. pero dejemos los *misterios de las acciones* para otro dia, que mas dias hay que longanizas, aunque no tantos como Sociedades.

TIRABEQUE

EL ACOMODADOR DEL TEATRO SOCIAL

A TODOS LOS ABONADOS, O QUE ABONARSE QUISIEREN.

Súplica en pies cojos.

Advierto á los hermanos abona-
y á cuantos las presentes entendié-
que con esta funcion hoy se comple-
el semestre primero del Teá-

Adjuntos hallaréis los repertó-
de las funciones del primer volú-
lo cual quiere deciros en resú-
que renoveis cuanto antes el abó-

Yo no puedo mandar, solo suplí-
y en cualquier tiempo que querais billé-
acudid con franqueza, á Tirabé-
y estad seguros que seréis servi-

Si palco me pedis, os daré pal-
si luneta quereis, tendreis luné-
que no puede hacer mas un pobre le-
y en tanto perdonad sus muchas fal-

Madrid treinta de abril del primer á-
del Teatro del Siglo diez y nue-
os besa vuestras manos.—*Tirabe-*
Señores Abonados al Tea-

P. D. Adviértoos, por si á este fin
puede ayudar algun tanto,
que hoy Tirabeque es un santo,
pues hoy es *San Pelegrin* (1).

(1) En efecto: véase el Almanaque. *Nota de Fr. Gerundio.*

REPERTORIO DE FUNCIONES DEL TOMO PRIMERO.

Títulos de las *piezas* ó capítulos.	Funciones en que se hallan.	Pag.
Aparicion y transformacion.	1.ª	1
Teatro-mundo	1.ª	10
La Civilizacion. Conferencias gerundianas.		
Conferencia 1.ª Lo que se entiende por Civilizacion	1.ª	17
Conferencia 2.ª ¿La Civilizacion hace mejores y mas virtuosos á los hombres?	1.ª	20
Conferencia 3.ª ¿La Civilizacion hace á los hombres mas felices?	6.ª	174
Conferencia 4.ª Presente y porvenir del mundo	9.ª	245
Conferencia 5.ª Consigue Tirabeque salir de sus dudas é incertidumbres.	16.ª	
La poesía en decadencia	1.ª	31
Fr. Gerundio y su lego en una casa de locos. Cuadro 1.°	2.ª	33
Idem. Departamento de las mugeres. Cuadro 2.°	13.ª	352
La Homeopatia. Dosis infinitesimales	2.ª	49
Idem. Estadística de mortalidad	4.ª	104
Idem. Tirabeque tratado homeopáticamente	5.ª	138
Idem. Sus principales capítulos	5.ª	142
Don Frutos de las Minas. Historia novelesca, etc. Capítulo 1.°	2.ª	56
Cap. 2.° Primera junta minera á que asistió don Frutos	2.ª	61
Cap. 3.° Afecciones mineralógicas de don Frutos	4.ª	99
Cap. 4.° Viaje de don Frutos y frutos de su viaje	6.ª	155
Cap. 5.° El regreso de la comision	8.ª	201
Cap. 6.° Anúblase la estrella minera de don Frutos	8.ª	205
Cap. 7.° Descubre don Frutos otra mina, persigue su filon y se hace rico.	8.ª	209
Napoleon y Fernando VII	3.ª	72
Juicio crítico dramático	3.ª	77
La buena muerte del siglo. Suicidios	3.ª	81
Causas que producen la frecuencia y repeticion de los suicidios	4.ª	89
El Plan de estudios vigente. Art. 1.°	4.ª	92
Art. 2.°	6.ª	164
Art. 3.°	7.ª	183
Art. 4.°	7.ª	188
Los Animales al gusto del siglo.		
Art. 1.° Los trages	4.ª	111
Art. 2.° Las condecoraciones	5.ª	126
Magnetismo. Tirabeque magnetizado	4.ª	117
Lo que vió Tirabeque magnetizado	6.ª	145
Tirabeque desmagnetizado	6.ª	150
Las patatas y la organizacion social del mundo	6.ª	171
Modas del siglo	6.ª	172
Idem	14.ª	392
Memoria póstuma que podrá dejar un español del siglo XIX. Lo que he vivido.	7.ª	190
La Empleatividad. Comedia en tres actos.		
Análisis del acto primero. Don Juan Aspirante	7.ª	194
Análisis del acto 2.° Don Juan Empleado	10.ª	286
Análisis del acto tercero. Don Juan Cesante	14.ª	377
Un contraste halagüeño. Pueblos civilizados y pueblos incultos	8.ª	213
Costumbres conyugales del siglo	8.ª	217
La Bolsa. Art. 1.° De las Bolsas en general	8.ª	218

Idem. Artículo 2.º La Bolsa de Madrid. Su parte material 9.ª 254
Idem. Art. 3.º Su parte moral. 10.ª 274
Don Tadeo, ó el Flaco y el Gordo. Comedia en abreviatura 8.ª 225
Estadística Real 8.ª 228
FISONOMIAS.
Decoracion 1.ª De las fisonomías en general. 8.ª 231
Decoracion 2.ª Fisonomía natural del hombre. 9.ª 236
Decoracion 3.ª Fisonomía cómica del hombre. 10.ª 269
Memoria póstuma que podrá dejar otro español del siglo XIX. Lo que he pagado. 9.ª 262
El paseo de Atocha. 10.ª 283
Lo que quedó pendiente. 11.ª 289
Las máscaras de ogaño. 11.ª 294
La fiesta del Buey Gordo en Paris. 11.ª 298
Libertad y registro. 11.ª 305
MUSICA ANIMADA. Wals.. . . . . 11.ª 317
Gran baile de trajes en el Teatro de Fr. Gerundio. 11.ª 321
Inundacion de máscaras populares. 12.ª 335
¡Pobre lengua! 12.ª 335
Gran batalla entre Don Carnaval y Doña Cuaresma. 12.ª 337
Fr. Gerundio y un solteron. 12.ª 342
Industria española. 13.ª 365
Dos fenómenos: uno de repulsion y otro de atraccion. 13.ª 367
Contribuciones indirectas. 13.ª 372
Invenciones diabólicas. 13.ª 373
Moralidad pública. Y prosigue la misma funcion. 13.ª 375
PROBLEMAS HISTORICOS. 13.ª 376
Solucion de los problemas de la funcion 13.ª. 14.ª 400
Otros problemas históricos. 15.ª 405
Solucion de estos. 16.ª
UNA APUNTACION DE TIRABEQUE. DESAFIOS.
Cuadro primero del drama. Su origen, progresos y formas que fueron tomando. 14.ª 384
Cuadro segundo. Los duelos en el siglo de las luces: belleza y moralidad que encierran. 15.ª 401
Cuadro tercero. Tirabeque aprendiendo esgrima. 16.ª
EL CIGARRO PARLANTE. I. 14.ª 395
Idem II. Observaciones higiénicas, amorosas, sacadas del cigarro. 15.ª 410
Idem. III. Observaciones económicas sacadas del cigarro 16.ª
Fr. Antolin y Fr. Pelegrin; ó los dos legos. 15.ª 416
Los Monitos. 15.ª 426
Trajes del siglo. 15.ª 432
Los Apóstoles. 17.ª 457
El Vapor, los caminos de hierro y un cura de Guipúzcoa. 17.ª 458
Gustos del siglo: otro solteron. 17.ª 464
Club de damas libres. 17.ª 468
Monólogos y apartes. 17.ª 474
Un literato y un capitalista. 17.ª 476
Equitacion antigua y equitacion moderna. 17.ª 478
Crisis. 17.ª 481
Correspondencia pública. 17.ª 483
Problemas de correos. 17.ª 487
Carreras de caballos. 18.ª 489
Un caso raro y un caso comun. 18.ª 501
Utro caso histórico. 18.ª 503
Un ministro en la silla de espinas. 18.ª 506
Los hombres grandes de España. 18.ª 507
Juntas y sociedades. 18.ª 509
Tirabeque á todos los abonados, ó que abonarse quisieren. 18.ª 51

REPERTORIO ALFABÉTICO DE MATERIAS.

(Los números espresan las páginas.)

A.

Academia Real de Música y Declamacion. Crítica de una de las medidas con que se inaugura. 425.

Aduanas. Molestias que en ellas sufren los viajeros. 306. Su objeto, fundamento y origen. 307. Que es absurdo el sistema de aduanas interiores. 309.

Agesilao. Fealdad de su cuerpo, y grandeza de su alma. 240.

Aire. Que habrá de reemplazar al vapor como agente mecánico. 251.

Album. Multitud de obras que llevan este título. 116. Nota.

Allopatia. Lo que es. 142.

Angulo facial. Doctrina y observaciones fisionómicas fundadas sobre él. 240. Si sirve su mayor ó menor abertura para conocer las cualidades intelectuales de cada hombre. 241.

Animales al gusto del Siglo (Los), Los trages. 111. Asamblea que celebraron á la presencia de Buffon. 112. Las condecoraciones. 126. En qué consiste la verdadera condecoracion del hombre. 136.

Aparicion y trasformacion. La que hizo el Siglo XIX á Fr. Gerundio y Tirabeque, y lo que les reveló en ella. Diferentes apariciones que se citan. 4

Apartes. Vide. *Monólogos.*

Aplausos (comisiones de). Lo que son. 12. Que desde que nace el hombre hasta que muere no ve sino comisiones de aplausos. 14. Que los pueblos son aplaudidores de oficio de los reyes. 15.

Apóstoles. Prodigioso número de pobres que solicitaron serlo para la ceremonia del jueves santo en el año 46. 457.

Apuntacion. (Una) de Tirabeque. 382.

Apuntadores. Su importancia en el Teatro. Sentido metafórico de la palabra. 12.

Aranceles. Disposicion ridícula que contienen los de España. 306.

Aranda (el Conde de). Que recibió de manos de Cárlos III el decreto de expulsion de los Jesuitas. 325.

Atraccion y repulsion. Vide. *Dos fenómenos.*

Augusto. Célebre aplaudidor de los Teatros de París. 14. Nota.

Austria (Don Juan de). Llamado á Madrid por los Grandes de su tiempo a causa de los temores que les inspiraba la influencia de la Reina Madre. 326.

B.

Baile de trages en el Teatro de Fr. Gerundio. 321.

Barcarola. Puesta en *música animada*, en que los signos y notas representan todos los accidentes que suceden á unos pescadores negros en el mar. 318.

Basili. Su ópera española, titulada *El Diablo Predicador.* 417.

Bienhechores de la humanidad. Quienes son. 442.

Bigotes. Que no deben tenerlos los cómicos. 455.

Boileau. Versos célebres suyos sobre el verdadero honor del hombre. 136.

Bolsa. La que llevaba el Siglo en la mano. 7. De las Bolsas en general. 218. Origen de la Bolsa como plaza de comercio. 219. Su objeto. Id. Esplicacion de las operaciones y cambios de Bolsa. 220. Escenas de la Bolsa de Londres. 223. La Bolsa de Madrid. Su parte material. 254. Su forma, y modo de publicar en ella las operaciones. 256. Lo que aconteció á Tirabeque en la Bolsa. 260. Su parte moral. 274. Noticias sobre las jugadas de Bolsa. 278. Consejos de Fr. Gerundio sobre la materia. 282.

Brimbilliers (Madame). Su refinada maldad, su belleza, y amabilidad de su trato. Ejemplo de lo que engañan las fisonomias. 240.

Buey. La fiesta del Buey Gordo en París, 298.

Buffon. Preside la academia de los animales. 111.

Burro. Ayo y maestro de Neron. Presidia á los que aplaudian y adulaban al Emperador en el Teatro. 15.

C.

Calmet (el Padre). Cuatro especies de apariciones que distingue. 1.

Caminos de hierro. Uno de los caracteres del

Siglo. 6. Cómo se viaja por ellos. 26. Su prohibicion en los Estados Pontificios. 28. Graciosa anécdota de un calderero y unos frailes acaecida con este motivo en los Estados del Papa. 29. Nota. Lo que tardan en ejecutarse en España. 458. Que en las empresas de caminos de hierro suele haber muchos misterios. 460. Indícanse algunos. 461.

Carabineros. Lo que con ellos sucede á los viajeros en España. 308.

Cárlos VI. Lo que motivó su locura. 2.

Carnaval. Gran batalla entre Don Carnaval y Doña Cuaresma. 337.

Carné (Luis de). Sobre el egoismo de las modernas sociedades. 472.

Carreras de caballos. Las que dispuso la *Sociedad de Fomento de la cria caballar de España* para los dias 5 y 6 de mayo de 1846 en Madrid. 489. De donde han tomado los españoles esta costumbre. 490 Descripcion de las carreras de caballos de Inglaterra. 491. Premios y apuesta. 494. Si son útiles las carreras de caballos. Anécdota curiosa. 497.

Carruajes. Mal arreglo y organizacion de su servicio en Madrid. Proposicion de un estrangero para mejorarle. Incuria española en este punto. 366.

Castigos. Desigualdad con que se castigan los delitos. 441.

Champagnac. Su opinion sobre los monólogos de las comedias. 475.

Chateaubriand. Cómo se espresa este escritor acerca de la civilizacion y las costumbres. 20. El mismo sobre la insaciabilidad de las pasiones. 176.

Cigarro parlante (El). Cuadro 1.° sobre el contrabando de tabacos que se hace en España, cómo se hace, y medios de evitarle ó estinguirlo. 395. Cuadro 2.° Observaciones higiénicas, amorosas, sociales y literarias, suministradas por el *Cigarro.* 410. Observaciones económico-domésticas sacadas del Cigarro. Cálculo de lo que gasta un fumador. 433.

Cisne. Su discurso en la academia de los animales. 113. Creencia errónea sobre la dulzura de su canto. Idem. Nota.

Civilidad. Que no se debe confundir con Civilizacion. 18.

Civilizacion. Lo que se entiende por civilizacion. 17. La civilizacion ¿hace mejores y mas virtuosos á los hombres? 19. ¿Los hace mas felices? 174. Presente y porvenir del mundo, considerado por la marcha de la civilizacion. 245. Consigue TIRABEQUE salir de sus dudas y confusiones. 435.

Claqueurs: ó aplaudidores de oficio en los Teatros de Francia. 13. Historia del mas célebre aplaudidor que se ha conocido. Anécdotas curiosas. 14. Nota.

Club de damas libres. Asociacion de señoras que con este título se ha establecido en Berlin. Su objeto: sus primeras medidas: si hallarán quien secunde sus planes. 468.

Colbert. Si fué el primero que introdujo el sistema de aduanas. 508. Proteccion que dispensó á los hombres de letras en el reinado de Luis XIV. 324.

Colegios privados. Requisitos que se exige á los profesores de ellos por el Plan de estudios. 169. Dificultad de hallarlos. Id.

Colegios de Francia. Su organizacion militar. 185.

Cómicos. Que lo son todos los hombres. 10. 16.

Condecoraciones. Las que llevaban los animales. 126. Injusticia y excesiva prodigalidad con que se distribuyen. 135.

Contratistas. Cómo se han enriquecido y *engordado* en nuestra época. 225.

Contribuciones indirectas. Reserva de billetes para un concierto. Escena de costumbres. 372.

Correspondencia pública. Inconveniencia y perjuicios de la reforma que se ha hecho en el Sistema de correos. Idea del que rige en Inglaterra. Comparacion con el de España. 483.

Corsés. Guerra que les ha declarado el *Club de damas libres* de Berlin. 469.

Costumbres. Comparacion entre las de los pueblos muy civilizados y las de los paises que no han tocado la estremada civilizacion. 29. Costumbres conyugales del Siglo. 217.

Courier (Pablo Luis). Dicho de este escritor satírico sobre el excesivo número de empleos. 195.

Crisis. Que en España estamos en crisis. 481.

Cuaresma. (V. Carnaval).

Cubí. Sus lecciones de Frenología y Magnetismo. 117. Notable manifestacion que hacen en su favor muchos vecinos de Reus. 153.

Culto del Siglo (El). Adoracion del Hombre-Moneda. 434.

Cuvier. Su regla para el estudio de las fisonomías. 266.

D.

Desafios. Cuadro 1.° Su origen, progresos, y formas que fueron tomando. 384. Cuadro 2.° Los duelos en el Siglo de las luces: belleza y moralidad que encierran. 401. Horroroso y trájico fin de un duelo en los Estados Unidos. 404. Cuadro 3.° Tirabeque aprendiendo esgrima. 448.

Despreocupacion. Una jóven despreocupada, garantida por un cirujano despreocupado. 375.

Diablo. En moda en la literatura del Siglo XIX. Multitud de obras que han tomado el título de él. 116 en la nota.

Diccionario de la lengua. Su falta de voces. 147

Diputacion. Que bien esplotada es la mejor mina. 211.
Doctores. Lo que eran y lo que deben ser. 167.
Don Tadeo, ó el Flaco y el Gordo. Comedia en abreviatura. 225.
Don Torcuato. Quién era, y los consejos que lo dió Fr. Gerundio. 343.
Donne (el Doctor). Impúgnase su doctrina sobre los suicidios. 86.
Dos fenómenos. Uno de repulsion y otro de atraccion. Noticia de una jóven eléctrica. Observaciones y comparaciones sobre esta rara propiedad. 367.
Dupin (Mr.) Su opinion sobre los desafíos. 408.
Durard (Guillermo). Aparicion que tubo. 2.

E.

Eduard (Milord). Su doctrina sobre los suicidios. 89.
Educacion moral. Lo desatendida que se halla en las naciones modernas. 442.
Egoismo. Su influjo en la sociedad moderna. Males que ocasiona. 22. Arbol genealógico del Egoismo. 23. Que produce la postracion de la dignidad humana. 442.
Emigracion. Cómo los hombres van emigrando de Europa, y las causas que á ello los mueven. 250.
Empleatividad (La). Comedia en tres actos.
Análisis del acto 1.° Don Juan Aspirante. 194.
Análisis del acto 2.° Don Juan Empleado. 286.
Análisis del acto 3.° Don Juan Cesante. 377.
Ensenada (el Marqués de la). Destructor del contrabando estrangero. 325.
Enseñanza. Establecimientos privados de ella. Trabas que les pone el nuevo Plan de estudios. 168.
Entre-actos. Su longitud, y reforma que se propone.
Epicuro. Que no es cierta la doctrina que generalmente se le atribuye sobre la felicidad. 175.
Equitacion antigua y *equitacion moderna.* Dase una idea de las dos. 479.
Escuelas. Estudios superiores. Vide: *Plan de estudios.*
Esquilache (el Príncipe de). Que se amotinó contra él el pueblo de Madrid, y porqué. 325.
Estadística real. Cuadro estadístico y comparado de las cualidades distintivas de todos los soberanos de las diversas naciones, desde el orígen de los imperios hasta fin del Siglo XVIII. 228.
Exposiciones públicas. Futilidad de los inventos y objetos que en ellas se suelen presentar y recibir premio. Las que se celebran en diferentes estados de Europa. 439.

F.

Farmacia. Que el Plan de estudios la hace una carrera escesivamente larga. 164.
Filangieri. Citado sobre los premios que se concede al que inventa un medio de destruir mas hombres. 439. Idem. Sobre el mundo físico y el mundo moral. 443.
Fisonomías. De las fisonomías en general. Decoracion 1.ª ¿Se puede conocer á los hombres por la cara? 231. Fisonomía natural del hombre. Decoracion 2.ª 236. Fisonomía cómica del hombre. Decoracion 3.ª 269.
Filantropía. Cítanse algunos notables ejemplos de esta virtud. 440.
Floridablanca (el Conde de). Lo que le debe la España. 325.
Fr. Gerundio y un Solteron. 342.
Fr. Gerundio y su lego en una casa de locos. Cuadro I. 33. Cuadro II. 352.
Fr. Antolin y Fr. Pelegrin, ó los dos legos, el uno cantando y el otro riendo. 416.

G.

Gonzalez (Domingo). Su viaje á la luna. 289.
Grandville. Sus curiosos descubrimientos sobre las fisonomías. 243. Idem. 266.
Griego. Crítica de las disposiciones del nuevo Plan de instruccion pública, sobre el estudio de esta lengua. 165.
Gustos del Siglo. Otro solteron. Poesía. 464.
Guyard (Augusto). Su obra titulada: *La Medicina juzgada por los Médicos.* 50.

H.

Hannemann. Descubridor de la Homeopatía. 51.
Homeopatía. Dosis infinitesimales. 49. Estadística de mortalidad. 105. Su propagacion. 108. Tirabeque tratado homeopáticamente. 138. Retrato del Dr. Nuñez. Id. Homeopatía: sus principales capítulos. 142.
Hombres grandes. Que lo merecen muchos en España. 507. Que cuando se echa mano de ellos se los encuentra muy chicos. 508.
Hospitalidad. La que encontraba antes el viajero, y la que encuentra ahora. 24.
Hospitales de locos. Descripcion de los de París y Londres. Su organizacion. Buen trato que se da en ellos á los dementes. 33. Compárase con el de las casas de locos de España. 34.

I.

Imitacion. Manía de imitaciones literarias. 115 en la nota.
Industria. Progreso industrial del Siglo, muy

efectos. 226. Industria española. Incuria de los industriales de España. 365.
Inglaterra. Su especie de delirio por los caminos de hierro. 28. Su furor por las carreras de caballos. 489.
Instruccion y educacion. Que son cosas distintas y que no deben confundirse. 442.
Invenciones diabólicas. Falsificacion de toda clase de documentos. 373.

J.

Jalade-Lafon. El mas célebre mecánico para la fabricacion de corsées. 471.
José II (el Emperador). Su decreto aboliendo el uso de los corsées. 469.
Jóven eléctrica (Una). Exámen que de ella se ha encargado de hacer la Academia de ciencias físicas de Paris. 369.
Juicio crítico-dramático. Contrariedad de los juicios analíticos que los periódicos hacen de un mismo drama. Como generalmente es la pasion y no la imparcialidad la que los dicta. 77.
Juntas y sociedades. Manía de los españoles por las Juntas. Prodigioso número de Sociedades que se forman cada dia. 509.

L.

Lamentos de doña Cuaresma. 400.
Laurentie. Doctrina de este escritor sobre el monopolio y la libertad de enseñanza. 186. Nota. Doctrina del mismo, sobre la falta de educacion moral. 442.
Lavater. Su obra sobre Fisonomías. 233. Anécdotas de su vida. 234. Su retrato. 237.
Law. Famoso agiotista, el mas famoso que han conocido los siglos. Tiene imitadores en los tiempos modernos. 282.
Lenguas. Las muchas del plan de estudios. Tirabeque hablando en muchas lenguas. 149. Lengua española. Lo que se está adulterando con la introduccion y uso de voces estrangeras. 335.
Libertad y registro. Anécdota de un francés viajando con Fr. Gerundio y Tirabeque. 305. Libertad de enseñanza. Cómo debe ser. 186. Nt.
Literato (Un) y un *capitalista*. Refiérese una anécdota sobre el encuentro que tuvieron, y reflexion filosófica que produjo en Fr. Gerundio. 477.
Locas. Visita al departamento de las mugeres en el hospital de dementes, y reseña de las que vieron en él. Cuadro II. 352.
Locos. (Fr. Gerundio y su lego en una casa de) Cuadro I. 33. Cómo se tratan en los establecimientos de Francia é Inglaterra. Id. Cómo en los de España. 34. Los que vieron Fr. Gerundio y Tirabeque. 35 y siguientes.
Luces. (Siglo de las). 7.

M.

Magin (Don). Sus conferencias con Fr. Gerundio y Tirabeque sobre la civilizacion del Siglo. 17. Quién era Don Magin. 445.
Maniáticos de la época. 40 y siguientes.
Magnetismo. Tirabeque magnetizado. 117. Como magnetizó Fr. Gerundio á Tirabeque. 123. Lo que vió Tirabeque magnetizado. 146. Tirabeque desmagnetizado. 150. Cómo se desmagnetiza. id.
Margarita de Valois. Aparicion que tuvo. 2.
Máscaras. Las máscaras de ogaño. 294. Inundacion de máscaras populares. 333.
Matrimonio de la Reina. Complicacion de este negocio. 146.
Matter. (Mr.) Citado sobre la influencia de la moral en los destinos de las naciones. 442.
Mecánica. Sus progresos y su influencia en el órden social y en la suerte de los hombres. 246.
Memoria póstuma que podrá dejar un español del Siglo XIX. Lo que he vivido. 190.
Memoria póstuma que podrá dejar otro español del Siglo XIX. Lo que he pagado. 262.
Metales. Cuál de ellos es el que debe dar el nombre al Siglo. 8. Nota. Metalizacion del siglo. 9.
Metalizacion del Siglo. 8.
Minas (Don Frutos de las). Espíritu minero en España. 56. Forma y nombre de las sociedades mineras. 68. Nombres mas comunes de las minas. 59. Primera junta minera á que asistió don Frutos, y lo que en ella pasó. 61. Croquis de unas pertenencias de minas. 64. Afecciones mineralógicas de Don Frutos. 99. Carta á su madre. 100. Versos á su amada. 101. Billete del presidente del Congreso, y contestacion de Don Frutos. 103. Viaje de Don Frutos, y frutos de su viaje. 155. Don Frutos visitando y reconociendo los pozos de las minas. 158. Percances que le sucedieron. 160. El regreso de la comision. 201. Anúblase la estrella minera de Don Frutos. 205. Descubre Don Frutos otra mina; prosigue su filon y se hace rico. 209.
Ministros. Que no les punzan las espinas de la silla. 506.
Mirabeau. Aventura que le sucedió con Lavater. 234.
Misterios. Multitud de obras con este título. 115 en la nota.
Modas del Siglo. Láminas. 172. 392.
Monedas. 72. Diálogo entre un Napoleon y un Fernando VII. 74. Perjuicios de la circulacion de la moneda francesa en España, y mala ley de ella. No tiene el valor real que se le dá. Necesidad de un buen sistema monetario. 76.
Monitos (Los). Descripcion crítica de un teatro y

funcion de monos. En qué se asemejan mas á los hombres y los hombres á ellos.
Monólogos y *Apartes*. Critícase la frecuencia con que se introducen en los dramas, su estension y su poca naturalidad y verosimilitud. 474. Consejo á los autores dramáticos sobre esta materia. 476.
Montesquieu. Dicho de este escritor sobre las causas por que se suicidan los ingleses. 87.
Moralidad pública. Robos y asesinatos. 375. Despreocupacion. idem.
Música animada. 317. Idem. Canto religioso. 433.

N.

Napoleon y Fernando VII. 72.
Napoleones. Prodigiosa circulacion de esta moneda en España. 74.
Neron. Fue el que introdujo en el Teatro las comisiones de aplausos. 15.
Nuñez (el Doctor). Médico español. Su retrato. 138. Cura á Tirabeque. 139.

O.

Opera española. Observaciones sobre la que con el título de *El Diablo Predicador*, se ejecutó en el Teatro de la Cruz. Obra del Maestro Basili. 416.

P.

Pasas. Lo que significan en la ciencia magnética. Cómo se dan. 118.
Paseo de Atocha (El). Su descripcion. Modaridícula. 283.
Patatas. Consecuencia que ha podido producir la enfermedad de las patatas en la organizacion política y social del mundo. 171.
Peinados. Variedad y rarezas de los peinados antiguos. 322.
Pesos duros. Escasez de esta moneda, y causas que la producen. 75.
Plan de estudios vigente. 92. Desconcierto en que estaba la enseñanza pública. 93. Confusion en el actual. Multiplicidad de asignaturas. Su inconnexion. 94. Longitud escesiva de las carreras. 164. Estudio del griego. 165. Universidades. 166. Lo que eran y lo que deben ser los Doctores. 167. Que en el régimen Universitario del nuevo Plan de Estudios domina la disciplina militar. 183. Observaciones sobre la libertad de enseñanza. 184. Sobre la junta de centralizacion de fondos propios de la instruccion pública. 186. Lo que contiene de bueno el nuevo Plan de Estudios. 187.
Poesia. Su decadencia. 31.
Procesiones de Semana Santa. Antes de la revolucion. 446. Despues de la revolucion. 447.
Problemas históricos. 376. Problema extraordinario. 400. Solucion de los problemas de la Funcion 13.ª 400. Otros problemas históricos. 415. Solucion de estos. 445. Problemas de correos. 487.
Pueblos civilizados y pueblos incultos. 213.

R.

Ricard. Casos que refiere este autor sobre los efectos del magnetismo. 122. Nota.
Robos. Lastimosa frecuencia con que se cometen. 215. El mismo asunto. 375. Robo notable en un templo de Madrid. 502.

S.

Sandwich. Virtudes que practican los habitantes de esta isla de la Oceanía. 214. Su contraste con los vicios de Europa y de España. 215.
Sauton (Mr.) Gefe de los aplaudidores del Teatro del Gimnasio de Paris. 14. Nota.
Seguros matrimoniales. Sociedad de ellos establecida en Londres. 345. Historia de Mr. Lorimond. Id.
Séneca. Que tuvo la flaqueza de adular á Neron. 15. Dicho de este filósofo sobre los placeres sensuales. 177.
Sierra Almagrera. Riquezas de sus minas. 57.
Siglo XIX. Su aparicion á Fr. Gerundio y Tirabeque. Principales caractéres que le distinguen. 4 y siguientes. Denominacion que conviene á cada uno de los 18 siglos pasados. 245.
Sixto V. Insigne ejemplo de perseverancia en la ficcion y en la hipocresía. 271.
Sociedades de seguros. 344-351.
Soissons. Célebre desafío á que dió lugar el cochero del Conde de Soissons, y particularidades de este duelo. 390.
Sonambulismo. Lo que és. Cómo se produce. 118.
Staël (Madame). Su opinion acerca de los suicidios. 88. 90.
Suicidios. Que son una de las manías mas deplorables del siglo. 80. Varios suicidios notables. Opinion de Tirabeque acerca de ellos. 84. Doctrina errónea del ingles *Donne* sobre el suicidio. 86. Opinion de Voltaire y de Montesquieu sobre la misma materia. 87. Causas que producen su repeticion. 89. Remedio para evitar este mal á la sociedad. 91.

T.

Teatro-mundo. Que el universo es un vasto teatro en que cada hombre es un actor encargado

de representar su papel 10. Reformas de teatros. 454. Que no se han realizado las que Fr. Gerundio propuso. 504.
Trajes del Siglo. Bufandas y nubes. 432.
Traducciones. Frecuencia con que se representan en los teatros de España los dramas traducidos del francés con menoscabo de las producciones originales españolas. Aventura auténtica de Fr. Gerundio y dos franceses en el Teatro del Príncipe á este propósito.
Trasformaciones. La del Siglo XIX. 6 y siguientes. Muchas notables. 8.

U.

Universidades. Lo que deben ser. 166. Lo que son segun el nuevo Plan de estudios. 167.
Uñas largas (las). Crítica de esta moda. 393.
Vapor (Barcos de). El Siglo camina con ellos. 6. Prodigios y adelantos del vapor. Su influencia en el órden social y en el porvenir del mundo. 246. Invenciones de un cura de Guipuzcoa para tener ferro-carriles sin necesidad del vapor como fuerza motriz. 462.
Virtud. Que ni se entiende ni se premia. 440. Distribucion de premios á la virtud en la Academia francesa, y su mezquindad comparada con los que se ofrecen á las obras artísticas. Id. Nota. Ejemplo raro de virtud en una muger de Asturias. Contraste con un delito ejecutado en un templo de la Córte. 501.
Volviendo á Don Torcuato. 354.
Voltaire. Desmiéntese su dicho sobre los suicidios. 87.

W.

Wals. Uno en que las mismas notas representan figuras humanas walsando, y las escenas que les suceden. 317.

Este tomo está adornado con 115 decoraciones ó grabados.

460236

HSp Lafuente y Zamalloa, Modesto
L1716t Teatro social del siglo XIX por Fray Gerundio
vol.1.

NAME OF BORROWER.

University of Toront
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITE